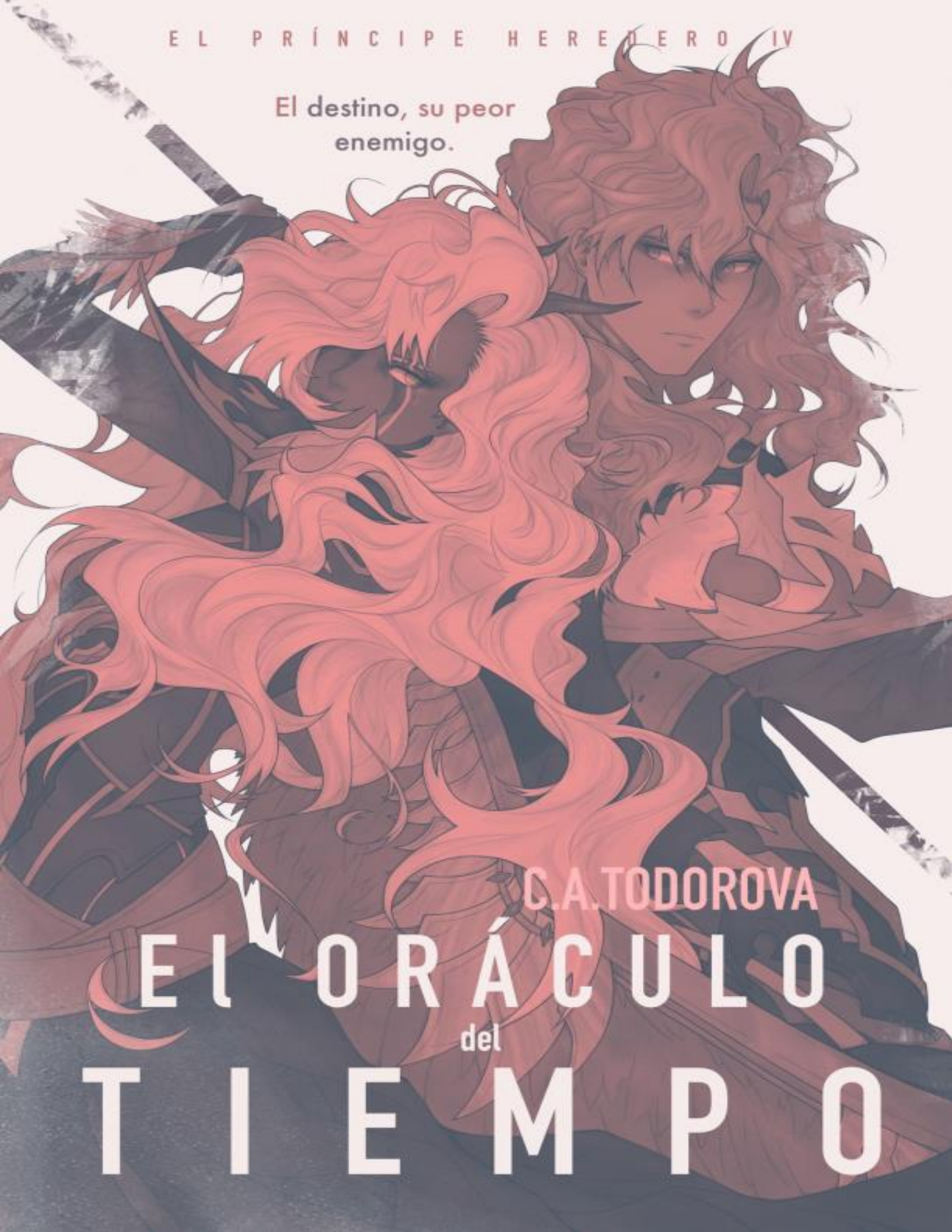
EL PRÍNCIPE HEREDERO IV

El destino, su peor enemigo.



C.A. TODOROVA

EL ORÁCULO del TIEMPO

El príncipe heredero IV

El oráculo del tiempo

CRISTINA ALMAGRO TODOROVA



Primera edición: noviembre 2023

ISBN: 978-84-1199-612-9

Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: Cristina Almagro Todorova
© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo
© Dibujo y diseño de cubierta: Cristina Almagro Todorova
© Diseño de mapa: Andrés Aguirre Jurado
© Supervisión de la corrección: Antonio Calle

Editorial Círculo Rojo

www.editorialcirculorojo.com

info@editorialcirculorojo.com

Editorial Círculo Rojo apoya la creación artística y la protección del copyright. Queda totalmente prohibida la reproducción, escaneo o distribución de esta obra por cualquier medio o canal sin permiso expreso tanto de autor como de editor, bajo la sanción establecida por la legislación.

Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o de las opiniones que el autor manifieste en ella.

Para el príncipe, la zeafírea y el dragón.
También para todos los que habéis andado los caminos de Gea conmigo. Y para Antonio que, desde el principio, me animó, me guio y cuidó mis palabras como si fueran suyas.


GEA
Oráculo de Finthais
Bosque Franthasio
Valle Escalpino
Dáskmir
Cordillera Centenaria
Laguda Lepitror
Ruinas de Agoshia
Ciudad Zvoia
Bosque de Galia
Elijean
Mnemeste
Zarested
GEA
Desierto de Niv
Arurísted
Imperio Gaelaro
Desierto de Niv
Luminaria
Omilia
Kieur
Antheria
Manglares
Atolón Esmeralda
Anthius
Bosque de Magulia
Manglares
Puerto Nithal
Aldea Torrogal
Río Anarchi
Aldea Nefror
Ganthia

Prólogo

La galería de retratos del palacio imperial era extensa. Derej tenía la costumbre de pasear por sus pasillos a menudo, admirando los retratos de los emperadores pasados y los suyos propios. Solía quedarse parado frente a uno en concreto durante varios minutos. A veces, incluso, horas.

El óleo del cuadro mantenía su brillo y viveza sobre el lienzo a pesar del paso de los años. La estancia desprendía el olor del aceite de linaza usado para disolver la pintura.

Había cuatro personas representadas. Derej entornó los ojos cuando su atención recayó sobre la única mujer. Su sonrisa parecía un poco tensa…

Los dos niños retratados se mostraban felices y risueños, sobre todo el más pequeño de los dos, que tendría apenas cinco años. Todos estaban ataviados con caros y lujosos ropajes, y una corona reposaba sobre la cabeza de cada adulto. El príncipe mayor estaba de pie junto a su madre, sentada en una silla dorada, y su hermano pequeño descansaba en el regazo de la emperatriz.

Derej levantó ligeramente la vista para observarse a sí mismo, erguido detrás de la mujer. Su rostro era de piedra, inexpresivo, con los ojos verdes reluciendo.

Los ojos marrones de Emeline, en cambio, eran casi opacos. Derej se preguntó cómo el pintor había reflejado tan bien la angustia permanente de la emperatriz, incluso cuando ella pretendía aparentar una sonrisa. Él había hecho todo lo posible para que ella fuera feliz, pero Emeline siempre estaba ausente, pensando en otros asuntos…, en otro hombre.

Derej tensó la mandíbula. Ese hombre ya estaba muerto. Emeline también. Y sus hijos…

«¿Acaso son tus hijos?», se mofó la voz de Saekish en su mente.

A sus *príncipes* tampoco los había acompañado la fortuna. Uno de ellos estaba muerto. El otro insistía en esquivar su destino, pero era cuestión de tiempo que acabara cayendo también.

Se desplazó al cuadro siguiente. En este ya solo había tres personas. Volvían a estar él y Emeline en la misma postura, pero el niño en el regazo de la emperatriz era otro: su cabello era de un tono rubio muy pálido y sus ojos verdes.

El príncipe Gavin. Su hijo. Quien también había terminado por marcharse de su lado, a pesar de que él no debería haberlo abandonado.

Derej estaba solo y la amargura invadía su mirada. Era un emperador sin emperatriz que lo acompañara. Y era un emperador sin heredero. De momento había conseguido que el pueblo no supiera sobre la decisión tomada por Gavin, pero…

«No importa. Prevaleceremos. Y triunfaremos —sentenció Saekish—. Tendremos todo lo que siempre hemos querido. Recuerda, Derej, que solo me necesitas a mí…».

Como siempre, Saekish tenía razón. Mientras ella siguiera a su lado, todo lo demás daba igual.

Tenía todo un imperio. Y él era su máxima autoridad. La familia era irrelevante.

Capítulo 1: Entre sueños

El sol brillaba en medio del cielo despejado de Ganthia. Las gaviotas graznaban, volando de un lado a otro en los acantilados negros donde rompían las olas del mar. La brisa marina esparcía el olor a sal…

La aldea de los torrogal ya había sido reconstruida por completo. Sus vidas no habían vuelto a la normalidad; seguían enzarzados en la lucha contra el imperio para defender sus tierras y su forma de vida. Pero se iban adaptando. Por algo eran la raza más resistente de todas.

Continuaba el esfuerzo por reconquistar Anthius y arrebatárselo a sus enemigos. Habían liberado más ciudades y cada vez tenían más gente a favor de su causa. Su objetivo era llegar a la capital, Antheria, y restaurar a Faye, la princesa Realyn, en el trono. Si lo conseguían, aunque no habrían ganado la guerra, supondría una victoria muy importante que les permitiría seguir avanzando en su misión de llegar hasta Luminaria, la capital del Imperio gaelaro.

Jay se encontraba en esos momentos solo en la isla. Sus compañeros, Tarvo, Connor, Gavin, Valikia y Faye, estaban en el continente, organizando la siguiente revuelta en una de las ciudades costeras de Anthius. Había pasado ya un mes desde su exitoso alzamiento en Puerto Nithal y Faye estaba decidida a liberar a todo su pueblo.

Jay, sin embargo, era incapaz de compartir su entusiasmo. Acompañaba a sus amigos siempre que podía, pero últimamente su ánimo estaba tan abatido que hasta le costaba arrastrarse fuera de la cama para entrenar. Era como si tuviera que apartar todas las mañanas una pesada losa de encima. Y cada vez tenía menos fuerzas para ello.

Llevaba ya tanto tiempo sin ver a Ayla… No había forma de saber cómo estaba y, por el momento, no había ninguna posibilidad de intentar el rescate con una mínima probabilidad de éxito.

Y Caedra…

Jay suspiró con una profunda amargura, reflejo de la tormenta en su interior. Se había sentado al borde del acantilado en el que solía ver la puesta de sol con la zeafírea. Estaba inclinado, con las manos reposando en las rodillas y sus piernas colgando sobre el mar que rodeaba la isla. Los rayos del sol incidían en su piel morena, pero Jay no era capaz de sentir la más mínima calidez.

Caedra seguía sin despertar. Habían pasado ya más de dos meses y Jay continuaba torturándose, consciente de que estaba así, en parte, por su culpa. No había nada que él pudiera hacer por ella…

Y, conforme pasaban los días y la zeafírea no mostraba ningún tipo de reacción, el ánimo de Jay se iba ensombreciendo. La angustia amenazaba con asfixiarlo. Después de tanto tiempo…, ¿y si Caedra no despertaba nunca?

Había estado tan seguro al principio de que Caedra, una vez más, lo superaría y volvería lista enseguida para luchar a su lado… Pero ahora la llama de la esperanza se apagaba. Jay estaba aterrado, cada vez más convencido de que iba a perderla. Y lo único que podía hacer él era

esperar…

Se sentía inútil. Y su corazón se hacía pedazos.

No tardó en regresar a la casa del maestro Shidan.

—Jay, has vuelto pronto —comentó Shidan al verlo entrar. Asomaba desde la cocina, donde había preparado el té. Era el encargado de ir entrenando a las personas que liberaban y querían unirse a su causa. Jay los había visto en alguna ocasión, al otro lado de la isla, pero en su estado era mejor dejar a los demás a cargo de ese trabajo.

—Ya… No tengo ganas de entrenar —fue todo lo que dijo Jay antes de desaparecer por el pasillo.

Shidan arrugó la frente. El chico estaba sin ganas, desanimado por completo… Se estaba convirtiendo en una sombra de sí mismo, nada más que un árbol marchito. Todos estaban preocupados por él, pero nada de lo que intentaran decirle calaba en Jay. Se habían resignado a continuar con sus esfuerzos de recuperar Anthius sin él, con la esperanza de que pronto se uniera de nuevo a ellos.

Porque el único que podría hacerle reaccionar era Alastair, y el dragón ya llevaba un mes sin dejarse ver por Ganthia. Nadie sabía a dónde había ido. Jay tampoco había vuelto a verlo ni siquiera en sus sueños. Era desconcertante. Si no fuera porque Jay sabía que Alastair jamás abandonaría a Caedra, sospecharía que les había dado la espalda.

Jay fue directo a la habitación de Caedra. Se topó con un pequeño grupo de denu saliendo. Ellos lo observaron con cierto temor antes de marcharse. Jay frunció el ceño.

Habían liberado a un grupo de denu capturados por el imperio varias semanas atrás. Estos buscaron refugio en Ganthia, donde los torrogal los habían acogido sin problema, pues la isla contaba con espacio de sobra. Los denu construyeron su hogar provisional en el bosque de bambú donde Alastair enseñó a Jay a controlar el hielo.

Las habilidades y conocimientos curativos de los denu eran muy superiores a los de los torrogal, por lo que ayudaban en este aspecto siempre que podían. La primera vez que fueron a tratar a Caedra, Jay esperaba que vieran lo que no habían encontrado los curanderos torrogal, que le dieran alguna esperanza…

Cuando los denu le comunicaron que no había nada que pudieran hacer por ella, Jay perdió los estribos. Se arrepentía de ello, pero su angustia había desembocado en furia y lo había pagado con los denu. Aunque se disculpó más tarde, desde entonces mantenían las distancias con él. Jay no los culpaba.

Entró en la habitación de Caedra y cerró la puerta. Comprobó, observando su pecho subir y bajar con lentitud, que la zeafírea seguía respirando. Retiró las cortinas de la ventana para que los rayos del sol iluminaran el lugar. No sabía por qué, pero el espacio alrededor de Caedra solía estar frío…

Se sentó junto a ella. Cogió un cepillo de la mesita y empezó a pasarlo con lentitud por los mechones blancos de Caedra. El pelo le había vuelto a crecer mientras permanecía dormida, llegándole ya hasta la mitad de la espalda. Jay se preguntó si querría cortarlo de nuevo cuando despertara.

«Si es que despierta…», pensó sin poder evitarlo. Sacudió la cabeza y apretó los ojos.

No. No podía sumirse en esa clase de pensamientos, o terminaría por ahogarse en la tristeza.

Levantó los párpados con lentitud. Clavó la mirada en el rostro de Caedra. Estaba algo pálida y tenía el ceño ligeramente fruncido. Jay se había fijado en que esto ocurría a veces, y se preguntaba si estaría soñando.

La expresión de Caedra se relajó al cabo de unos minutos. Jay dejó el cepillo en la mesita y extendió el brazo para acariciar con suavidad la mejilla de la zeafírea. Su piel solo transmitía frío.

—Tienes que despertar, Cai —murmuró Jay, tomando la mano izquierda de Caedra entre las suyas—. Por favor. Ya has… Ya has estado el tiempo suficiente dormida, ¿no crees?

Ella, como siempre, permaneció en silencio.

Jay parpadeó repetidamente al notar que le ardían los ojos. Acercó sus labios a la mano de Caedra.

—Necesito que vuelvas. Sé que he sido un estúpido. Sé que es mi culpa que estés así… Pero… —Calló un instante cuando se le rompió la voz. Respiró hondo antes de continuar—: Pero tú y yo hemos estado juntos desde el principio. Y me prometiste que estarías conmigo hasta el final, así que… Así que ya va siendo hora de que cumplas tu promesa…

Le temblaron los hombros. No pudo evitar que un par de lágrimas se deslizaran por sus mejillas y cayeran en las sábanas.

—Me gustaría saber si me estás escuchando…

Caedra se mantuvo inexpresiva.

Jay suspiró con tristeza. Apretó la mano de la zeafírea.

—¿Por qué no despiertas? —musitó, inclinado sobre ella—. No puedo terminar esto sin ti… Tenemos que vengarnos los dos del emperador, ¿recuerdas? No lo puedo hacer yo solo…

Una ligera brisa entró por la ventana y revolvió el cabello de Jay. Él frunció el ceño y apretó los dientes.

Sabía que sus amigos lo necesitaban y que no podía seguir ausentándose en las incursiones que hacían al continente. Pero sin Caedra, que permanecía dormida, sin Ayla, que continuaba presa del oráculo supremo, y sin Alastair, que no sabía a dónde se había marchado…, se sentía solo y perdido.

Era en esos momentos cuando más echaba de menos, también, a Hadriel. Su padre siempre sabía qué hacer, siempre sabía qué decir.

—Cai, en serio. —Ahogó un sollozo—. Vuelve, por favor. Te necesito a mi lado. Tienes… tienes que estar bien, porque si no, yo…

Esta vez dejó que las lágrimas cayeran con libertad. El pecho empezaba a dolerle por la presión que sentía. La desolación lo envolvía como una capa sin fin; ni siquiera recordaba la última vez que había sonreído. Sin Caedra, su corazón se ahogaba irremediablemente.

—Eres… Eres tonta, Cai —balbuceó y apretó los ojos—. ¿Por qué tuviste que acompañarme? Siempre quieres protegerme de todo, pero yo fui un estúpido y no te hice caso. No merezco que me quieras. Daría… —Su voz descendió hasta casi un murmullo. Agachó la cabeza y llevó la mano de Caedra a su frente—. Daría cualquier cosa por verte despertar.

Levantó ligeramente los párpados solo para comprobar a través de su velo de lágrimas que ella seguía en el mismo estado. Cruzó los brazos en la cama y se inclinó para esconder su rostro en ellos. Todo su cuerpo temblaba por los sollozos.

Deseó fervientemente sentir en su cabeza la mano de Caedra, con sus dedos largos y finos y la piel áspera por todos los combates. Caedra le preguntaría por qué estaba llorando… y él se lanzaría a abrazarla y se refugiaría en ella mientras la zeafírea lo calmaba con sus palabras, como siempre sabía hacer.

Pero el espacio a su alrededor permaneció frío.

***

Nunca había pisado un campo de lavanda. El morado se extendía hasta donde alcanzaba la vista, cubriendo vastas praderas y colinas. Los tallos cubiertos de flores se mecían con suavidad en las manos del viento mientras reflejaban, juguetones, los luminosos rayos del sol… Era un paisaje embriagador, digno de enmarcar. De haber tenido a Tarvo junto a él, se habría puesto a dibujarlo de inmediato.

Jay frunció el ceño cuando todo se oscureció. Alzó la vista al cielo y comprobó que se había nublado por completo.

—¿Es que solo piensas en Caedra?

Su corazón se aceleró al escuchar esa dulce voz. Se giró y encontró los ojos azules de Ayla, que lo observaban de cerca, apenas un par de pasos detrás de él. La chica vestía con la misma túnica blanca con la que solía verla en sus sueños.

—Claro que no… —empezó a decir Jay, extendiendo un brazo hacia ella.

Ayla arrugó la frente y retrocedió. Una corriente de aire revolvió su largo pelo rubio.

—¿Y por qué no te apartas de su lado y vienes a buscarme? ¿Cuánto más he de esperar, Jay?

—Ayla, yo… —Jay desvió la mirada al suelo y apretó los puños—. No puedo hacer eso. La última vez que lo intenté Caedra casi muere, y ahora… Ahora ni siquiera sé si va a despertar. Es todo por mi culpa…

Una risa tétrica inundó el lugar, retumbando en sus oídos. Jay tuvo un escalofrío y levantó la vista de nuevo. Lágrimas de sangre rodaban por las mejillas de Ayla.

—Sí, Jay, es todo por tu culpa. Eres un fracaso. Fallas a todos. —El chico abrió los ojos como platos al escuchar estas duras palabras—. Y ahora ni siquiera eres capaz de ayudar a tus amigos. No eres más que un estorbo. Nunca has servido para nada.

Jay dio un paso hacia atrás y sacudió la cabeza.

—No, Ayla. Tú no me hablarías de esa manera…

¿O sí?

Ahogó una exclamación al chocar con algo. Se dio la vuelta casi de un salto y jadeó al ver a cierta zeafírea de pelo blanco y alas rotas.

—Jay, eres un egoísta —susurró Caedra. Jay se quedó congelado. Había echado tanto de menos su voz… Pero no era eso lo que esperaba oír—. ¿Sabes por qué no despierto?

—Cai… —la llamó él, tratando de ir hacia ella.

Al igual que Ayla, Caedra retrocedió. Sus ojos amarillos brillaban con frialdad.

—Tú me has matado, Jay.

El corazón de Jay se aceleró.

—No, yo…

—Jay, me has abandonado —espetó a la vez Ayla a sus espaldas. El chico no sabía a cuál de las dos mirar.

—Es tu culpa —sentenció Caedra.

—Has fallado —repitió Ayla.

—Te mereces estar solo…

—No te mereces el amor de nadie.

—¡Eres un incompetente!

***

Jay jadeó y abrió los ojos de golpe, irguiéndose en la silla. El último grito de Caedra todavía retumbaba en sus oídos, taladrándole la mente.

Tardó un par de segundos en ubicarse. Relajó la tensión en los hombros y la espalda y se llevó una mano al pecho, tratando de normalizar su respiración.

Apenas se filtraba luz por la ventana. Había caído la noche; se había quedado dormido junto a Caedra sin darse cuenta y había perdido el día entero.

Desvió la vista hacia el rostro de la zeafírea y ahogó un sollozo al recordar sus palabras en el sueño.

«Tú me has matado, Jay».

Si Caedra no despertaba…, Jay nunca sería capaz de perdonarse a sí mismo.

***

La única luz del sol que había vislumbrado a lo largo de aquellos infernales meses era la que se filtraba por una rendija, arriba del todo, en la pared de su celda. Al menos, no le faltaba ni agua ni alimento, pues al oráculo supremo le interesaba que estuviera bien. Pero eso no evitaba el agobio que producía la permanente oscuridad. Sin contar con la constante tortura que suponía la dolorosa presión que ejercía Leveann en su mente todas las mañanas en su intento de borrarle la memoria.

Ayla no sabía cuánto más iba a aguantar. Estaba sentada en la esquina, en el duro y frío suelo de piedra. La espalda le dolía después de tanto tiempo sin dormir en una cama en condiciones. Las plumas de sus alas estaban sucias, pues, aunque le traían ropa limpia y agua para asearse con frecuencia, no era suficiente para lavar también las alas.

Jugueteó con las anchas mangas de su túnica roja. Los grilletes de umbrano no le impedían mover, en cierta medida, las manos.

Se preguntó, como cada noche, cómo estarían Jay y los demás. Seguía teniendo la vana esperanza de que Jay irrumpiera en el palacio para rescatarla… Pero sabía que eso era imposible. Si lo hacía, sería temerario y suicida. No había manera de que saliera bien en esas circunstancias.

Su-Nev había continuado visitándola de vez en cuando. Ayla había insistido en que siempre

mantuviera una mano en sus grilletes de umbrano mientras hablaban y Su-Nev, aunque escéptica al principio, terminó haciéndolo cuando Ayla le explicó que así el oráculo supremo no descubriría aquellas visitas en sus visiones. Porque, aunque los grilletes le impedirían ver a Ayla, sí escucharía la voz de Su-Nev si esta no lo bloqueaba también.

Su-Nev no sabía todavía qué pensar respecto a Leveann, pero había aceptado esta petición de Ayla. Al fin y al cabo, el oráculo supremo no debía enterarse de esas visitas que la denu realizaba a escondidas y con gran sigilo.

—Estoy… confusa —confesó Su-Nev nada más aparecer esa noche.

Ayla levantó la vista. Su-Nev ahora llevaba un colgante de umbrano que se ponía cuando bajaba a su celda. Así, tampoco habría riesgo de que Leveann tuviera una visión de sus desplazamientos hacia las mazmorras.

—¿Por qué? —inquirió Ayla. Se incorporó y volvió a sentarse junto a los barrotes.

Su-Nev la imitó, al otro lado de la reja, suspirando pesadamente y cruzando las piernas.

—Ya han pasado varios meses desde que el príncipe Gavin se marchó… El oráculo supremo insistió, al principio, en que solo estaba ocupado en una misión diplomática, pero conforme pasa el tiempo me lo creo menos. Gavin nunca ha estado tanto tiempo fuera.

Ayla frunció el ceño.

—Es sospechoso, desde luego.

—Pero… —Su-Nev se llevó una mano a la cabeza—. No sé qué pensar. Quiero creerte, porque estás con Jay, pero el oráculo supremo es quien me ha dado un nuevo hogar…

Ayla entornó los ojos.

—Eso pensaba yo. Pero todo lo que había hecho era borrarme la memoria y manipularme para que solo fuera una marioneta a sus órdenes.

Su-Nev torció el gesto. Ayla ya le había contado la historia en distintas ocasiones a lo largo de esos meses.

—Te oigo gritar todas las mañanas… —murmuró la denu, observando a la chica por debajo de las pestañas—. ¿Crees que conseguirá borrarte la memoria pronto?

Su-Nev solía hacerle esa pregunta, aunque ella siguiera convencida de que Leveann solo intentaba borrar la memoria a Ayla por haberlo traicionado en el pasado. Leveann siempre se presentaba como alguien benevolente… Sin embargo, ¿aplicaría alguien tan bondadoso un castigo así a la que había sido su discípula?

—Espero que no —contestó Ayla, sin poder evitar que el temor se filtrara en su voz.

Tenía miedo de que el oráculo supremo consiguiera lo que se proponía. Ayla no quería olvidar a Jay y volver a su anterior vida… Una vida fría, sin emoción y voluntad propia, completamente al servicio de Leveann.

Hubo varios segundos de silencio hasta que Ayla habló de nuevo:

—¿Cómo está la situación en el imperio?

—El emperador mantiene el control absoluto sobre todo el continente excepto Anthius —respondió Su-Nev con seriedad—. Anthius continúa rebelándose y, aunque todavía forma parte del imperio, si los rebeldes logran reconquistar la capital…

Ayla estaba segura de que Jay estaría al frente de aquella rebelión. Le daba mucho miedo que le hirieran de gravedad y ella no estuviera a su lado para curarlo.

Su-Nev también pensaba en Jay y había tensado la mandíbula. ¿Cómo podía saber si estaba haciendo lo correcto? En teoría el oráculo supremo quería acabar con el emperador y devolver la paz a todo el continente, pero todavía no había hecho nada al respecto y ella ya había entrenado suficientemente.

Leveann había comentado la posibilidad de mandarla a realizar alguna misión a Anthius. ¿Y si se cruzaba con Jay y tenía que enfrentarse a él? Su-Nev no quería volver a encontrarse en el bando contrario al chico que le había abierto su corazón, al que ella había sido forzada a traicionar…

Si tan solo hubiera alguna manera de comprobar de una vez por todas que Ayla decía la verdad…

***

La noche había caído también en Anthius.

Connor lanzaba un cuchillo tras otro mientras se preguntaba cómo estaría Jay. Le habría gustado que los acompañara, pero entendía que el estado de su amigo era delicado. No era aconsejable que luchara junto a ellos si su mente no estaba centrada en el combate; lo llevaría a cometer errores.

—Bien hecho —lo felicitó Tarvo cuando se quedó sin cuchillos que lanzar.

Connor practicaba su rapidez y puntería. Llevaba un mes de práctica intensiva, siempre supervisado por Tarvo, y había mejorado considerablemente. La mayoría de las hojas metálicas habían acabado en el centro de la diana.

Se refugiaban en unos almacenes subterráneos mientras estudiaban cómo atacar la ciudad que se había convertido en su siguiente objetivo. Tenían a gente analizando las mejores vías de acceso a través de la muralla, pues el emperador había ordenado a todas las ciudades erigir una. Esto complicaba las cosas, pero ellos iban formando un pequeño ejército con todos los que liberaban. Aunque el avance era lento, cada vez estaban más cerca de la capital, Antheria.

Connor sonrió al escuchar el comentario de Tarvo y se sacudió las manos. Se dirigió a la diana para recoger los cuchillos.

La única luz en aquel lugar era la de las antorchas, lo que resultaba un poco agobiante. El suelo y las paredes eran la tierra y roca del túnel, sustentado por pilares y arcos de madera. Había varias cajas del mismo material, apiladas a un lado y a otro de los pasillos, donde guardaban las provisiones.

—¿Podría estar al aire libre nuestro próximo campamento? —pidió Valikia y tosió un par de veces por el polvo que se levantó al andar. Arrugó la nariz con disgusto.

—No sabía que eras tan delicada, arpía —comentó Gavin, divertido. Caminaba detrás de ella.

Los dos acababan de aparecer por uno de los túneles. Tarvo y Connor se giraron al oírlos.

Valikia bufó e irguió la barbilla, muy digna.

—Nada de eso. Pero no me sorprende que un principito de pacotilla como tú no se dé cuenta de que los zeafíreos y los espacios cerrados no nos llevamos muy bien.

Gavin puso los ojos en blanco y escondió una sonrisa. Estaba acostumbrado a que se quejara a todas horas por algo.

—Lo siento, Valikia, pero bajo tierra es donde estamos más seguros —contestó Tarvo con sinceridad.

Para él, experto afín a la tierra, era fácil construir aquellas galerías donde ocultaban su ejército mientras trazaban la estrategia para tomar una ciudad. Además, también detectaría los pasos de sus enemigos si estos se acercaban.

—Qué remedio… —masculló ella y se cruzó de brazos.

—Qué pena —dijo Gavin, irónico—. La arpía va a tener que adaptarse.

Valikia lo miró y sacó la lengua. Gavin rio por lo bajo.

Connor arqueó una ceja. Había terminado de recoger los cuchillos y los estaba observando. Valikia y Gavin no hacían más que provocarse el uno al otro a cada oportunidad que tenían, pero luego en el campo de batalla su sincronía era perfecta; luchaban de una manera digna de ver, codo con codo.

Escucharon ruido de pasos una vez más y todos se giraron. La luz de las antorchas iluminó el rostro de Faye, a la vez que retiraba el pañuelo de su cabeza y liberaba su larga melena pelirroja, que cayó como una cascada por la espalda.

—Hemos infiltrado con éxito a gente al otro lado de las murallas —informó. Su rostro se mantuvo serio, como de costumbre—. Esperamos recibir información en un par de días.

Tarvo asintió con la cabeza, satisfecho.

—Excelente.

Faye lideraba la rebelión; era el símbolo que el pueblo de Anthius estaba dispuesto a seguir. Sin embargo, a la hora de organizar todo, ella compartía su autoridad con Tarvo y con Gavin, más expertos en esos temas, especialmente el primero. Valikia también podía dar órdenes, pero, contraria a su naturaleza inquieta, sabía respetar la experiencia de los demás y solía limitarse a dar su opinión. Connor observaba todo y se esforzaba en aprender rápido.

Connor ya había acompañado a Tarvo en varias ocasiones a luchar y, poco a poco, iba superando su miedo. Había ganado confianza en sus habilidades y era capaz de despejar pasillos enteros de soldados con su viento. Tenía ganas de que Jay regresara con ellos para combinar sus afiladas ráfagas de aire con el temible fuego de su amigo.

Faye había demostrado ser también una afín al fuego bastante competente. Aunque su fuego seguía siendo naranja, y donde realmente brillaba era en el combate cuerpo a cuerpo y en su capacidad para moverse con sigilo sin ser detectada.

Valikia le había preguntado en alguna ocasión a Gavin por qué no enseñaba a Faye a usar la llama azul. Gavin se había limitado a esbozar media sonrisa y contestar: «No querrás que muestre todos mis secretos a la futura reina de Anthius, ¿no? Será la rival política de Jay si acaba al frente del imperio».

Valikia había comprendido que, aunque todos trabajaban juntos para conseguir el mismo objetivo, seguían siendo aliados solo por las circunstancias. Estaba segura de que Faye tampoco había compartido con ellos todo lo que sabía por las mismas razones.

Se retiraron a dormir no mucho después, pero Valikia no podía conciliar el sueño. Tras la quinta vuelta intentando acomodarse en su manta sobre el suelo, decidió levantarse e ir a tomar el aire.

Caminó con sigilo y se desplazó con rapidez por los túneles. Ascendió por uno de ellos para salir por la grieta abierta en una de las paredes rocosas de aquel monte.

Respiró hondo, disfrutando el aire fresco de la noche. La luna en cuarto creciente brillaba en lo alto del cielo, arropada por un manto de estrellas. Esparcía su pálida luz por el bosque de pinos que rodeaba la ciudad que pretendían conquistar. La veía en la distancia, parcialmente oculta por la gruesa muralla de piedra. Se distinguían varios puntos naranjas a lo largo de toda la estructura: las antorchas que iluminaban los puestos de guardia.

—No estoy dispuesto a escuchar tus quejas cuando te despierte mañana porque ahora no te apetezca dormir, Val.

La zeafírea sonrió para sus adentros al escuchar aquella voz, ya familiar. Miró por encima del hombro, encontrándose con los ojos verdes de Gavin.

—¿Qué haces tú aquí, principito?

Él suspiró con falsa exasperación mientras se detenía junto a ella. Como de costumbre, llevaba las manos guardadas en los bolsillos de su chaqueta negra.

—¿No se me permite salir a tomar el aire a mí también, arpía?

—No, a ti no —bromeó Valikia y se le escapó una pequeña carcajada.

Estuvieron varios segundos en silencio. Solo se escuchaban los ruidos del bosque: el viento haciendo bailar las hojas, un búho cayendo a la tierra ávido de presas, algún pájaro huyendo despavorido, veloces carreras de pequeños animales…

Gavin observaba a Valikia de reojo. La vio fruncir el ceño.

—¿En qué piensas?

Ella parpadeó y volvió a la realidad.

—En Caedra y Jay —admitió por lo bajo. Alzó la vista al cielo, clavando sus ojos naranjas en la luna.

Gavin siguió mirándola durante unos instantes antes de responder:

—Jay tiene que asumirlo.

Valikia arqueó la ceja y ladeó la cabeza hacia él.

—¿El qué?

Gavin hizo una mueca de disgusto.

—Que Caedra no va a despertar.

El labio inferior de la zeafírea tembló. Parpadeó varias veces para contener las lágrimas por la angustia que se apoderó de ella.

—No digas eso, Gavin —masculló ella, molesta—. Claro que va a despertar.

Gavin la contempló con la tristeza reflejada en sus ojos. Puso una mano en su hombro.

—Ha pasado ya mucho tiempo, Val. Yo mismo estaba seguro de que acabaría por despertar,

pero ahora… —Gavin sacudió la cabeza—. Tenemos que seguir adelante.

Había sido un golpe duro también para él, aunque lo ocultara a los demás. Por algo portaba un colgante con una pluma de Caedra. Ella había sido su única referencia de pequeño. Después, fue la que decidió confiar en él y hacerle ver la realidad. Y Gavin, al cambiar de bando, había tenido la esperanza de luchar a su lado, de hablar con ella y, al fin, conocerla de verdad.

Pero la situación era la que era. El tiempo pasaba y Caedra no abría los ojos… No mostraba cambio alguno en su estado. Había que asumirlo.

Sin embargo, entendía que esto fuera muy difícil para sus compañeros. Ellos sí habían compartido muchos momentos especiales con ella. Era la mejor amiga de Valikia. Y para Jay…

Gavin sabía que Caedra era la persona más importante para Jay; era quien lo había acompañado desde el principio. Por lo que tenía entendido, era impresionante verlos luchar juntos. Pero ahora…

Suspiró tristemente. Valikia se pegó a él en busca de apoyo, y Gavin no dudó en pasar un brazo por su cintura y reposar la mejilla en la cabeza de la zeafírea, con cuidado de sus afilados cuernos.

—Tiene que despertar —balbuceó Valikia, aferrándose a la camisa de Gavin y apretando la tela en su puño—. Sé que despertará. Cai es fuerte.

Gavin no dijo nada. Sabía que Caedra era fuerte. El emperador la consideraba una de sus mayores amenazas. La había visto salir victoriosa de todas sus dificultades.

Pero incluso los más fuertes podían acabar sucumbiendo. Y no todo dependía de ellos.

Jay tendría que asumir la realidad, tarde o temprano.

Capítulo 2: Una mente atormentada

Jay se despertó de golpe esa mañana. Gruñó y se sentó en la cama, llevándose una mano a la cara. Las pesadillas lo habían acosado de nuevo.

Tras hacer una rápida visita a Caedra y comprobar que seguía dormida, se dirigió a la cocina para desayunar. Sabía que no podía continuar dejando pasar los días, pero carecía de motivación alguna…

—Buenos días, Jay —lo saludó Shidan. Estaba sirviendo té en unas tazas y aprovechó para tenderle una.

Jay aceptó el té en silencio. Se acomodó en uno de los taburetes de magma duro, sumido en sus pensamientos.

—Imagino que no has tenido buena noche —comentó Shidan, sentándose a su lado.

Jay sopló con suavidad el líquido en la taza antes de probar a darle un sorbo.

—Sigo teniendo pesadillas —masculló, irritado. Últimamente solía levantarse de mal humor.

—Te alegrará saber, entonces, que tenemos visita.

Jay arqueó las cejas y ladeó la cabeza para mirarlo, confuso.

—¿Quién?

—Vi antes a Alastair aterrizar en la playa. No creo que tarde en aparecer.

Los ojos de Jay se iluminaron al instante. Se bebió el té de un trago, casi abrasándose la boca. ¿Había oído bien? ¿Alastair había regresado?

No dudó en salir corriendo.

—Estos jóvenes y las prisas… —murmuró para sí Shidan con reprobación, sorbiendo de su taza con delicadeza.

***

Jay no frenó hasta que llegó a la playa. Jadeó al detenerse cuando, por fin, divisó la familiar y alta figura de Alastair, con su largo pelo blanco ondeando al viento. En medio de la oscuridad de aquel mes, fue una visión que casi le provocó lágrimas de alegría, un pequeño rayo de luz que desprendió algunas de las espinas hundidas en su corazón. La tentación de lanzarse a abrazarlo fue grande. Sin embargo, logró reprimirla.

El hombre se giró al escucharlo, clavando en él sus ojos de hielo. Jay abrió la boca para decir algo, pero calló. Junto a Alastair había una mujer de cabello azul ataviada con un ajustado vestido granate. Jay la reconoció enseguida: era Djaka.

Ya le sorprendía ver a Alastair y a Djaka juntos, pero quien más llamó la atención de Jay fue la tercera persona en la playa: de tez casi negra y llamativo pelo verde pálido, con ojos del mismo color…

—¿Luvann? —dijo Jay, extrañado.

Él arqueó una ceja.

—Efectivamente, Jay, aunque me sorprende que me hayas reconocido tan fácilmente en mi forma humana.

Jay agachó la cabeza, avergonzado.

—Te vi así en el futuro.

Luvann frunció el ceño. Miró a Djaka, quien sacudió la mano, indicando que se lo explicaría más tarde.

—En fin —prosiguió Jay, centrando su atención en Alastair—. ¿Se puede saber dónde has estado? —Pasada su alegría inicial, la oscuridad había vuelto a envolverlo con su manto, y ahora afloraba la irritación—. Has desaparecido durante un mes.

El aludido no se inmutó ante el enfado del chico.

—Djaka y yo partimos en busca de Luvann para pedirle ayuda —explicó en tono seco.

Alastair tenía los hombros tensos. Estaba claro que no le agradaba estar junto a Luvann. Y probablemente menos todavía cuando también tenía a Djaka al lado.

—¿Ayuda para qué? —inquirió Jay, confuso.

—Para Caedra, mortal, ¿para quién si no? —replicó Djaka, exasperada, como si fuera obvio.

El corazón de Jay se aceleró. Se acercó a Luvann con rapidez.

—¿En serio vas a ayudar a Caedra? —murmuró, casi con temor. Le daba miedo hacerse ilusiones.

—Por su bien, espero que sea capaz —dijo Alastair, con la misma calidez que una tundra congelada.

Luvann tuvo un escalofrío al notar la gélida mirada de Alastair taladrándole la espalda, pero logró ocultarlo.

—Veré qué puedo hacer —fue la respuesta de Luvann.

Echaron a andar por la arena negra de la playa, encaminados hacia el bosque que los llevaría hasta la aldea torrogal y al volcán donde vivía el maestro Shidan.

—¿Por qué has tardado tanto? —le susurró Jay a Alastair, aprovechando que iban varios pasos por delante de sus otros dos acompañantes. Sentía la repentina necesidad de estar pegado a él, de asegurarse de que ya no estaba solo.

Alastair lo observó de reojo. Se fijó en que caminaba prácticamente rozándole la mano, pero no se apartó.

—He vuelto lo más rápido que he podido. —Él también había estado inquieto dejando a Jay tanto tiempo solo. Se alegraba de comprobar que no había hecho ninguna estupidez—. Es un largo trayecto hasta Zarested.

Cierto. Luvann vivía en el continente al otro lado del océano.

—¿Y cómo es que has ido con Djaka? —inquirió Jay, curioso.

—Insistió en acompañarme —masculló Alastair.

Al ver que Caedra no despertaba, Alastair había ido a hablar con Djaka. Entre los dos habían

decidido que el único capaz de curarla sería Luvann. Con su luz podía traer de vuelta a alguien al borde de la muerte.

Aunque Alastair no lo admitiría en voz alta, la presencia de Djaka había ayudado a que Luvann no fuera tan reticente a mostrarse ante él. Luvann no estaba muy dispuesto a abandonar su continente, pues su ausencia haría que la marea de sombras, que se estaba expandiendo y amenazaba con devorarlo todo, se moviera con más rapidez. Pero había accedido a echarle un vistazo a Caedra solo para mantener la paz con Alastair, consciente de que era su culpa que el dragón blanco hubiera pasado un milenio sin su cuerpo. Y, aunque dudaba que esto le granjeara su perdón, era lo mínimo que podía hacer. Le había llamado la atención el interés de Alastair por una simple mortal, pero había optado por no decir nada al respecto.

Cuando llegaron a la vivienda del maestro Shidan, este no estaba en casa. Jay los llevó directos a la habitación de Caedra, impaciente.

Alastair no reflejó el pinchazo en el corazón al ver a la zeafírea igual que la última vez que la visitó: tumbada en la cama, con los ojos cerrados, fría y sin responder a ningún estímulo exterior.

Luvann, mientras viajaban a Ganthia, ya había sido informado de todo lo ocurrido, por lo que no hubo necesidad de que preguntara nada. Jay, aun así, habló:

—Lleva ya más de dos meses sin despertar… Luvann, tienes que traerla de vuelta, por favor.

Luvann percibió con la claridad del agua cristalina la desesperación en la voz del chico. Se quedó en silencio, acercándose a Caedra. Se inclinó sobre ella y situó la mano derecha encima de su frente. Su palma enseguida se cubrió de luz dorada.

Jay no se dio cuenta de que se le había cortado la respiración hasta que notó la falta de aire. Esperó con la espalda rígida, en tensión, a que Luvann dijera algo.

Pasaron los minutos. Caedra permanecía igual, sin reaccionar. Jay empezó a inquietarse según transcurrían los segundos y Caedra no despertaba.

La zeafírea fue rodeada por una luz dorada. El brillo cegó a Jay, obligándolo a cerrar los ojos. Cuando se apagó, los abrió enseguida de nuevo.

Y Luvann, al fin, se apartó. Se giró hacia ellos. El corazón de Jay dio un vuelco ante su expresión seria. Tuvo un mal presentimiento. Alastair también estaba en tensión.

—No puedo hacer nada por ella, Alastair —dijo Luvann, con gesto preocupado—. He curado su cuerpo, pero su mente… está atrapada en sus recuerdos.

Jay se quedó congelado.

—¿Cómo?

—¡Maldición! —masculló Alastair, frustrado. La situación se complicaba.

El corazón de Jay latía cada vez más deprisa. Su respiración era más corta. La habitación se iba estrechando a medida que el pánico aumentaba.

—Pero… Eso quiere decir… —Ahogó un sollozo—. ¿Caedra no va a despertar?

Alastair se situó delante de él y puso las manos en sus hombros. Jay alzó la vista para mirarlo, temeroso.

—Tranquilízate, Jay —dijo él, con voz firme.

Jay intentó obedecer, centrándose en el gélido, pero reconfortante, tacto de Alastair. Respiró

hondo una y otra vez hasta que todo dejó de dar vueltas. Pero la angustia seguía ejerciendo una desagradable presión en su pecho. Le ardían los ojos.

Su mayor miedo se estaba haciendo realidad: iba a perder a Caedra.

—De acuerdo —continuó Alastair, dándole la espalda para mirar a Luvann—. En ese caso, solo queda que Jay y yo nos adentremos en su mente y la traigamos de vuelta.

Jay arqueó las cejas.

—¿Qué?

—¿De qué te sorprendes, mortal? —comentó Djaka con desdén. Su mano derecha reposaba en la cintura—. Es la única posibilidad que os queda.

Jay sacudió la cabeza. Se frotó los ojos y miró decididamente a Alastair.

—¿Y a qué estamos esperando?

Alastair se giró hacia él. Tenía el ceño fruncido.

—No es tan sencillo.

—¿A qué te refieres? Es algo que has hecho muchas veces…

—La mente tiene sus peligros —cortó tajante Alastair—. Existe el riesgo de que, intentando rescatar a alguien de sus recuerdos, quedes atrapado tú también en ellos. Tendremos más posibilidades de éxito yendo los dos, pero ¿estás tú dispuesto a correr ese riesgo?

Jay apretó los puños y tensó la mandíbula. Caedra estaba así por su culpa. Por protegerlo a él. No importaban los riesgos. Por mínima que fuera la probabilidad de traerla de vuelta, él lo intentaría sin dudarlo. Sabía que Caedra haría lo mismo por él.

—Sí —declaró con firmeza, sin rastro de duda.

Djaka enarcó una ceja.

—No sé si tienes agallas o eres un necio, mortal. A estas alturas es ya casi imposible que logréis sacarla de sus recuerdos… —empezó a decir, indignada.

Alastair se giró bruscamente y clavó en ella sus ojos de hielo. Djaka calló de inmediato y puso rectos los hombros, intimidada.

—Siempre merecerá la pena intentarlo por Caedra —sentenció él con frialdad.

—La traeremos de vuelta, cueste lo que cueste —dijo Jay, dando un paso hacia delante. Bajó la vista hacia el rostro inerte de la zeafírea—. No me pienso rendir.

Sabía que sus compañeros, salvo, quizás, Valikia, no le permitirían cometer esa locura. Pero no estaban, y nadie iba a detenerlo.

Necesitaba a Caedra a su lado. Era el momento de hacer que despertara.

Luvann escondió una sonrisa al ver la decisión de Alastair y Jay. Tenía que admitir que ahora sentía curiosidad por esa mortal. ¿Quién era exactamente para hacer que no una, sino dos personas estuvieran dispuestas a arriesgar sus vidas de esa manera por ella? Y una, alguien como Alastair, ni más ni menos.

También le daba pena Djaka. Su compañera lo iba asumiendo poco a poco, pero no había terminado de aceptar que el corazón de Alastair ya no le pertenecía. Luvann consideraba todo un logro que Alastair tolerara su presencia junto a él.

—De acuerdo —habló Luvann, echando un último vistazo a la zeafírea antes de mirar a los demás—. Os dormiré al caer la noche y tú te encargarás del resto, Alastair. Hasta entonces, explícale al chico todo lo que tiene que hacer.

***

Jay había seguido a Alastair hasta la playa. Notaba que estaba menos tenso ahora que se habían alejado de Djaka y Luvann, aunque a ninguno de los dos le gustaba haberse apartado de Caedra.

Se detuvieron junto al risco que visitaban a menudo. Soplaba una ligera y agradable brisa marina.

—¿Por qué no me dijiste a dónde ibas? —cuestionó Jay. Los dos tenían la vista clavada en el vasto océano.

—¿Acaso he de informarte de todos mis movimientos? —replicó Alastair, sin inmutarse ante su irritación.

—Alastair —gruñó Jay. Tensó la mandíbula—. Un mes. Un maldito mes sin saber dónde estabas ni cuándo regresarías.

Alastair cruzó los brazos.

—No quería que te hicieras ilusiones si lo que tenía en mente no funcionaba.

Jay lo observó de reojo. Frunció el ceño.

—¿Y decidiste que era mejor dejarme con la duda? Confío en ti, Alastair. —Se fijó en que el hombre alzaba sutilmente las cejas—. Sabía que no habías abandonado a Caedra. Pero yo… —Jay giró la cabeza en la dirección contraria y espiró aire con brusquedad, frustrado al no encontrar las palabras que buscaba—. Yo… No sabía si me habías abandonado a mí. Si tu resentimiento hacia mí te habría llevado a apartarte e ignorarme.

Hubo unos segundos de silencio. Jay miró de nuevo a Alastair, con los nervios recorriendo sus manos y haciéndole apretar los puños.

—No es resentimiento lo que albergo hacia ti, Jay —dijo al fin Alastair. Lo encaró—. Sin embargo, admito que no reparé en que mis acciones podrían causarte esa duda. Los sentimientos de los mortales… —Inclinó la cabeza. Hizo una mueca—. Después de milenios de soledad, a veces me siento desconectado de ellos y me cuesta interpretarlos.

Jay se quedó con la boca abierta, sorprendido porque Alastair estuviera desnudando sus emociones ante él.

Pestañeó y reaccionó. Suspiró a la vez que relajaba las manos.

—Está bien. Supongo que… también estaba preocupado por ti.

Alastair suavizó la mirada.

—Si partí en este viaje fue para hallar una manera de salvar a Caedra, está claro. Pero también para evitar que te hundieras en una oscuridad de la que no podrías salir, Jay.

Jay frunció el ceño. Alastair no era consciente de hasta qué punto la luz le había abandonado en aquel tiempo. Pero Alastair solo buscaba que Caedra despertara, aquello que más deseaba Jay. Por lo que no se lo reprocharía.

—Gracias —murmuró, más tranquilo, aunque el ritmo de sus latidos se había incrementado al darse cuenta de que Alastair también había pensado en él.

Alastair recuperó su semblante serio.

—Y ahora, presta mucha atención a lo que voy a decir.

Jay asintió firmemente con la cabeza. Su corazón latía con fuerza ante la posibilidad de traer a Caedra, por fin, de vuelta. Superaría cualquier obstáculo con tal de salvarla, daría su propia vida si era necesario. No importaba lo que tuviera que hacer.

—Sabes lo peligroso que es visitar una mente —empezó Alastair. Jay afirmó una vez más con su cabeza—. No te apartes de mí en ningún momento y haz absolutamente todo lo que te diga. Caedra lleva más de dos meses sumida en ese sueño y no sé cuál será exactamente el estado de su mente, ni en qué recuerdo se habrá quedado atrapada. Sea cual sea, prepárate para que no te reconozca al principio.

—De acuerdo.

—Tendremos que convencerla de que lo que ve no es la realidad. Va a rechazarnos, por lo que no te rindas.

—Vale…

—Y, pase lo que pase —lo interrumpió Alastair con voz grave—, no pierdas la concentración. O acabarás perdido tú también en su mente sin darte cuenta.

Jay tuvo un escalofrío, pero asintió una vez más.

Hubo unos instantes de silencio en los que ambos contemplaron las olas rompiendo contra la orilla de arena negra. Para Jay era un momento de calma en medio de la tormenta de aquellos meses. Con Alastair a su lado se sentía mejor, más seguro. Su presencia gélida, que antes le molestaba e intimidaba, ahora lo reconfortaba.

No lo admitiría en voz alta, pero lo había echado de menos. Mucho más que al resto de sus compañeros.

Alastair lo observaba de reojo.

—Recuerdas cuando tuve que sacarte de tus recuerdos, ¿verdad?

Jay se encogió.

—Sí…

—Esto debería ser parecido. Verás los recuerdos a través de los ojos de Caedra y podrás comunicarte con ella. Será cuestión de convencerla sin olvidarte de ti mismo en el proceso.

Sonaba sencillo, pero Jay era consciente de que sería más complicado de lo que parecía. Aun así, no decepcionaría a Alastair y no le fallaría a Caedra.

—Lo conseguiremos —declaró, mirando a Alastair a los ojos—. Confía en mí.

El semblante de Alastair reflejaba la melancolía, pero las comisuras de sus labios se curvaron ligeramente hacia arriba.

—Ya lo hago, Jay.

Capítulo 3: Una mente peligrosa

La noche siempre daba un aspecto tétrico a la habitación de Caedra. Las cortinas blancas, traslúcidas, revoloteaban con la suavidad de una mariposa en la ligera y fría brisa que se filtraba. La única luz, la que arrojaba la luna, incidía en el rostro inerte de la zeafírea, dejando casi todo lo demás a oscuras.

Jay estaba tan nervioso que sentía un molesto hormigueo por todo el cuerpo. Le aterraba no hacerlo bien. Si fracasaba, Caedra nunca despertaría.

—No puedo despertaros mientras estéis en la mente de Caedra o correréis el riesgo de desestabilizaros —estaba diciendo Luvann—. Por tanto, Alastair, tendrás que llevar la cuenta del tiempo, que ya sabes que siempre se distorsiona en la mente. Si para el amanecer no habéis regresado, la posibilidad de que lo hagáis más tarde será mínima por llevar tanto tiempo fuera. Estaréis atrapados.

Jay notó la garganta seca y se forzó a tragar saliva. Tenía miedo de no poder regresar a su propio cuerpo, de perder su vida intentando salvar la de Caedra.

Pero no se iba a echar atrás. Estaba dispuesto a hacer lo que hiciera falta para que ella, al fin, despertara.

Se tumbó en el duro suelo de tierra, junto a Alastair. Respiró hondo, tratando de calmar su alterado corazón. Djaka los observaba desde la esquina, donde se había apoyado en la pared, con los brazos cruzados.

Jay vio a Luvann inclinarse sobre él. Sus hipnóticos ojos verde pálido empezaron a brillar…

—Buena suerte.

***

Jay no se sorprendió al encontrarse en aquel espacio de brumas negras ya conocido. Se giró para asegurarse de que Alastair estaba junto a él, y así era.

—¿Has podido hacerlo? —inquirió Jay, inquieto.

Alastair asintió con la cabeza.

—He conectado nuestras tres mentes.

Jay frunció el ceño y miró alrededor.

—¿Dónde está Caedra, entonces?

—Atrapada en su mente —le recordó Alastair, echando a andar. Jay no dudó en seguirlo; el tiempo que tenían era limitado—. Por tanto, no la puedo traer aquí. Seremos nosotros los que iremos hasta ella. Luvann nos está facilitando el acceso.

—¿No puedes tú solo?

Los labios de Alastair se volvieron una fina línea.

—Intenté antes de ir en busca de Luvann adentrarme en la mente de Caedra. Pero, en este

estado, me era imposible lograrlo por mi cuenta. Había una espesa bruma de oscuridad ocultándola…

—Ya veo —dijo Jay, con un escalofrío. ¿Qué se encontrarían?

No tardaron en llegar a una barrera plateada. Alastair la cruzó sin dudarlo y Jay hizo lo mismo, sin pararse a pensarlo, impulsado por la urgencia.

Lo que los recibió fue un vasto bosque de árboles muertos, sin hojas. Estas yacían sobre un suelo desnudo y seco en grandes montones de tonos rojizos, naranjas y amarillos. La tristeza lo impregnaba todo.

—La última vez que vine aquí, las hojas estaban en los árboles —comentó Alastair. Jay detectó el pesar en su voz.

El cielo estaba nublado, casi negro, amenazando lluvia en cualquier momento. A Jay le fascinaba lo diferente que era la mente de Caedra a la suya, que era un páramo seco.

Soplaba una brisa que arrastraba las hojas de vez en cuando. Jay las miraba, afligido, cuando pasaban a su lado. Era un paisaje con una atmósfera llena de nostalgia… ¿Seguiría Caedra tan atormentada por el pasado como cuando la conoció?

Superaron la barrera de árboles y llegaron al borde de un precipicio. Se notaba que las distancias en la mente eran relativas, pues habían atravesado el inmenso bosque en apenas unos minutos.

Jay se asomó con cautela. No veía dónde acababa aquel abismo. Era igual al que había en su propia mente. Enigmático, hipnotizante y peligroso. En él se hallaban las capas más profundas del ser de Caedra.

Se le erizó el vello en los brazos. El viento soplaba ahí con más fuerza y tuvo que separar las piernas para mantener el equilibrio y no ser arrastrado.

«¡Encantado de conocerte, Caedra! Yo soy Kendrij, pero puedes llamarme Ken…».

«Te cuido porque te quiero, Caedra, no porque sea una obligación…».

«Estoy seguro de que tu hermano volverá…».

Jay dio un paso hacia atrás inconscientemente al escuchar las voces. La primera sería la de Kendrij, como era lógico, la cual solo había escuchado en contadas ocasiones en sus propios recuerdos. La segunda era la de Loure; la recordaba con claridad de su encuentro con él en las minas… Y la tercera, tan cálida y reconfortante, era la de Hadriel.

«Dradra, ¡quiero volar…!».

Jay sintió un pinchazo en el corazón. Esa había sido la suya de pequeño. Se alegraba de, al menos, haber recuperado una parte de su memoria de esos años, pero nunca sería suficiente.

—Adelante.

Sacudió la cabeza. Alastair había dado la orden, y la arena caía en el reloj.

No dudó en saltar.

***

Abrió los ojos… y se encontró en medio de un campo de trigo.

Todo a su alrededor era amarillo, cubierto por el cereal como una onda que se expandía hacia

el horizonte. Jay miró a un lado y a otro, confuso. Alastair estaba a su lado. ¿Cómo era eso posible?

Y el hombre parecía igual de perdido que él, lo que no lo reconfortó.

—Alastair, ¿qué está pasando?

Él no dijo nada; miraba a su alrededor. Jay aprovechó para hacer lo mismo. El trigo se extendía por toda la llanura, inundando cada rincón. Había una casa en la distancia, de sencilla piedra blanca y tejado rojo a dos vertientes, habitada como lo indicaba la tira de ropa tendida en una cuerda.

El sol pegaba con fuerza en medio de un cielo azul completamente despejado. Los pájaros cantaban a lo lejos, en la línea del horizonte, donde divisaron una línea de encinas… y, tras ellas, una ciudad de casas y edificios grises más altos. Luminaria.

—¿Por qué estamos aquí? —dijo Jay, que no entendía nada. Al menos, estaba claro que no era el presente; la última vez que había pasado por la zona los campos de cultivo estaban completamente secos y desatendidos ante la falta de mano de obra. La casa habría estado abandonada, destartalada, con el tejado lleno de agujeros—. ¿Dónde está Caedra?

Alastair entornó los ojos. Una sospecha iba naciendo en su interior.

—Vamos a averiguarlo.

Caminaron en dirección a la casa en la lejanía. No tardaron mucho, pues iban a paso rápido, conscientes de que el tiempo corría en su contra.

Jay llamó a la puerta.

—¿Hola? ¿Hay alguien aquí?

Escucharon el ruido de alguien andando y, a continuación, la áspera voz de un hombre anciano:

—¿Quién lo pregunta?

—Eh… Esto… —Jay no supo muy bien qué decir. Era una situación muy extraña; era como hablar con un espectro. ¿Cómo podía existir aquel señor?—. Estamos buscando a nuestra amiga, es una zeafírea de pelo blanco y alas marrones. No sé si la habrás visto…

El hombre rio a carcajada limpia y abrió la puerta. Efectivamente, era de avanzada edad, encorvado y con una espesa barba gris.

—La única zeafírea que se deja ver por esta zona es la prometida del príncipe, muchacho, así que, a no ser que te estés refiriendo a ella, me temo que no —comentó, claramente convencido de que no sería la amiga a la que buscaban.

Jay tensó los hombros.

—¿La prometida del príncipe?

—Así es. Anunciaron hace un tiempo su compromiso en la Plaza Magna, ¡fue todo un espectáculo! Y muy bonito, he de añadir. Mis ancianos ojos no habían presenciado nunca tanto júbilo en Luminaria.

—Ya… veo —dijo Jay, pero en realidad estaba cada vez más desconcertado.

Se despidió del hombre, pues Alastair permaneció en silencio, y siguieron andando, esta vez

hacia el encinar.

—Alastair… ¿Tú entiendes algo? —inquirió Jay, ladeando la cabeza para mirarlo, confuso.

Alastair se había llevado la mano a la barbilla, pensativo.

—Esto es algo que no me esperaba —dijo al fin—. La situación es muy complicada, y ahora entiendo por qué Caedra no despertaba. Me extrañaba que se hubiera perdido en sus recuerdos cuando le advertí en múltiples ocasiones sobre aquel peligro…

Jay frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir?

Alastair suspiró con pesadez.

—Caedra está atrapada en otra realidad, Jay. Una realidad idílica para ella que su mente ha creado para protegerla del sufrimiento.

Jay palideció. Su corazón empezó a latir más deprisa.

—Pero, entonces…, ¿cómo vamos a conseguir que despierte?

Alastair endureció la mirada.

—La encontraremos. Y hablaremos con ella. Haremos que se dé cuenta de que esto no es más que una realidad falsa.

***

Realizaron el trayecto hasta Luminaria con rapidez. No tuvieron problema para acceder a la ciudad, pues esta carecía de muralla, aunque sí que se ganaron alguna que otra mirada por el intimidante aspecto de Alastair, con su pelo blanco y sus ojos de hielo.

Se desplazaron por las calles evitando chocarse con nadie. Era inquietante; las personas actuaban tal y como en la vida real, llevando conversaciones, vendiendo productos en el mercadillo, los niños corriendo de un lugar a otro... Jay tuvo un escalofrío. ¿Cómo era posible? La mente era un lugar impresionante… y terrorífico. ¿Y Caedra había estado viviendo durante todo ese tiempo allí?

No tardaron en llegar al palacio, que sí que estaba vigilado, pero no tanto como en el presente. Alastair no tuvo problema en transportarlos a los jardines, con sus bonitas flores y árboles de copas podadas a la perfección, en un cúmulo de sombras.

Se escondieron detrás de las columnas de mármol en los soportales, lejos de la luz del sol.

—Vale, y ahora, ¿qué? —susurró Jay cruzado de brazos.

—Recorremos el palacio hasta dar con Caedra —contestó Alastair con sencillez—. Y… —Calló de golpe al escuchar el ruido de unos pasos. Le advirtió a Jay con una mirada que hiciera lo mismo. El chico asintió con la cabeza.

Vieron a una pareja descender por unas escaleras en el lado opuesto del jardín. El corazón de Jay se aceleró. Por un momento se pensó que era él mismo, pero pronto se dio cuenta de que se trataba de Kendrij, con la misma edad que Caedra en la actualidad, veintiséis años. Su piel pálida resplandecía bajo el sol, sus cálidos ojos marrones brillaban con alegría, su largo pelo castaño estaba recogido en una alta coleta y una refulgente corona dorada adornaba su cabeza. Vestía un elaborado traje escarlata con bordes de oro y varias gemas incrustadas.

Agarrada de su brazo iba cierta zeafírea de pelo blanco. Su cabello estaba peinado en un bonito moño, con algunos mechones rizados cayendo a los lados. Su rostro despejado permitía ver sus afilados ojos rapaces. La cicatriz estaba ausente. En vez de un vestido, portaba un traje similar al de Kendrij, pero más ajustado. Sus alas estaban plegadas contra su espalda, lejos de estar rotas.

—¿Qué…? —balbuceó Jay, perplejo.

Caedra estaba realmente radiante. Jay jamás la había visto tan bella, tan feliz y tan despreocupada. Sonreía, con las mejillas rosas, pegada a Kendrij. No había ni rastro de tensión en sus músculos.

«Normal que no quiera despertar…», pensó Jay, y su corazón se encogió. Lo que daría por verla así en la realidad…

—Considero que el color amarillo debe estar presente en nuestra boda —escuchó a Kendrij. Su voz era más grave que la suya.

—Ken, no seas necio. ¿Cómo vas a ignorar el rojo? Es el color del imperio —protestó Caedra, aunque seguía sonriendo.

—Pero el amarillo es el color de tus ojos, a los cuales quiero más que al imperio —bromeó él y se inclinó para darle un beso en los labios. A Jay se le revolvió el estómago, recordando su propio beso con Caedra…

Quería besarla de nuevo, quería ser él quien tuviera toda su atención. Pero para eso tendría que despertar…, y ahora veía que las cadenas que retenían a la zeafírea en aquel lugar eran tan duras como el diamante.

Caedra rio con suavidad y rodeó el cuello de Kendrij con los brazos.

—Eso no le va a gustar a Hadriel…

—¿A padre? —Kendrij se apartó para mirarla y soltó una pequeña carcajada—. Con tal de que tome ya la corona y lo libre del puesto de emperador regente, hará lo que yo quiera.

—Eres cruel, Ken —lo provocó Caedra—. Mira que hacer esperar a tu pobre padre a casarte para coronarte como emperador… Sabes que lo único que quiere Hadriel es retirarse a un rincón tranquilo con tu madre y pasarse el día investigando las antiguas leyendas del imperio.

Jay no daba crédito a lo que estaba oyendo. ¿Hadriel era el emperador? ¿Cómo? Y Kendrij se refería a él como su padre…

—Lo sé, Cai, pero una vez sea emperador tendré muchas más responsabilidades y no podré pasar tanto tiempo contigo… —se lamentó Kendrij. Tomó las manos de la zeafírea, envueltas en guantes blancos con un bonito encaje, y las acarició con los pulgares—. Solo deseaba alargar esto todo lo posible.

Caedra esbozó una pequeña sonrisa.

—Y lo aprecio, Ken. Pero no te permito que atrases tu coronación más tiempo. Es hora de que lideres el imperio.

Jay notó que sus ojos ardían. Era una realidad tan bonita… Hadriel estaba vivo y era el emperador hasta que Kendrij ascendiera al trono, lo cual significaba que Derej, el emperador anterior, había sido eliminado. Emeline tampoco había muerto…

—¿Cómo ha recibido tu hermano la noticia de que en breve serás la emperatriz? —inquirió Kendrij, curioso.

Jay tensó la mandíbula. Loure también seguía vivo y no había desaparecido…

—Oh, no te preocupes por eso, está encantado.

Dolía ver a Caedra tan feliz, lejos de él, lejos de su realidad. Era lo que la zeafírea se merecía; jamás la había visto tan alegre. Jay no podía ser tan egoísta como para apartarla de aquel lugar…

Pero la echaba de menos. Él no era capaz de estar sin ella… Ya había aprendido en esos dos meses que su vida carecía de sentido sin Caedra.

Cayó de rodillas al suelo. El golpe fue seco, contra el suelo de mármol de los soportales, pero fue suficiente para que Kendrij y Caedra miraran en su dirección con brusquedad, alerta.

Alastair, que se había limitado a observar hasta entonces, maldijo para sus adentros.

—Alastair… —murmuró Jay mientras Kendrij y Caedra iban hacia ellos. Luchó por contener las lágrimas, pero fue incapaz—. ¿Qué derecho tenemos a arrebatarle esta felicidad a Caedra?

El hombre de hielo se quedó rígido al escuchar esto.

Capítulo 4: Amarga felicidad

—¿Althalos? ¿Qué haces aquí? —fue lo primero que dijo Caedra al llegar hasta él.

Alastair se había fundido con las sombras. No podían detectarlo.

«Por muy feliz que veas a Caedra, Jay, es una felicidad falsa que hará que su corazón termine por apagarse. —La voz de Alastair le llegó por telepatía—. No debes olvidarlo. Esta no es la realidad. Hay que sacarla de aquí».

Jay no discutió. Pero era un mundo tan bonito en el que todos estaban vivos… ¿Cómo no querer quedarse a vivir en él?

—Yo… Esto… —balbuceó Jay, sin saber cómo responder.

«Ni se te ocurra, Jay —espetó Alastair con frialdad—. Recuerda tu misión: traer a Caedra de vuelta. Si te quedas aquí con ella, os habrás condenado a los dos».

—¿Qué te ha pasado? —inquirió Caedra, consternada, inclinándose hacia Jay. Extendió la mano para limpiar las lágrimas de las mejillas del chico, que se alteró más con el contacto. Lo echaba de menos, aunque aquí la piel de la zeafírea fuera suave, cubierta por su guante, en vez de áspera.

Jay se repitió una y otra vez lo que le había dicho Alastair. No iba a fracasar. Tenía que traerla de vuelta…

—¿Ya estás otra vez metiéndote en líos? —dijo Kendrij, pero no lo hizo con reproche—. Y, por todos los dioses, cámbiate de ropa antes de que madre te vea con eso… Y péinate, por favor.

Caedra lo ayudó a levantarse. Jay se contuvo a duras penas para no abrazarla.

—Althalos, no deberías…

—Alto, Cai —la interrumpió Kendrij, repentinamente serio. Tiró del brazo de la zeafírea, que protestó con una exclamación, para apartarla—. Este no es Althalos.

Jay frunció el ceño. Caedra sacudió la cabeza.

—¿Qué quieres decir, Ken? ¿No ves que…?

—¡Cai, Ken! ¡Madre y padre quieren que ven…! —La exclamación del chico que se aproximaba fue interrumpida al ver con quién estaban Kendrij y Caedra.

Jay también palideció. Era como mirarse en un espejo, solo que su otro yo tenía la piel clara, pues no había estado tan expuesto al sol, y su pelo estaba recogido en el mismo peinado que el de su hermano mayor, dejando su rostro perfectamente despejado. El traje escarlata que portaba tenía algunos acentos azules.

—Qué… ¡Por Luvann! —estalló el otro Jay, Althalos, retrocediendo casi de un salto y señalándolo acusadoramente—. ¿Quién eres tú?

—Es un impostor —bramó Kendrij, dando un paso hacia él.

—¡No! —protestó Jay de inmediato, reaccionando al fin. Tenía que darse prisa; el tiempo

corría en su contra—. ¡No soy un impostor! —Giró la cabeza para mirar a Caedra, que se había quedado con la boca abierta—. ¡Cai! —Por mucho que doliera apartarla de su felicidad, debía actuar—. ¡Esto no es real!

Las palabras le sentaron como un jarro de agua fría a la zeafírea, que retrocedió con los ojos abiertos como platos. Althalos fue de inmediato junto a ella, poniendo las manos en los brazos de Caedra y observando a Jay con cara de pocos amigos.

—¿Se puede saber qué tonterías estás diciendo, plebeyo? —espetó Althalos—. Debería ordenar que te ejecutaran por el mero hecho de habernos mirado a los ojos.

—¡Althalos! —exclamó Caedra, escandalizada—. No digas eso.

—¡Lo que digo es la verdad! —insistió Jay, sin amedrentarse. Era increíble que fuera su propio reflejo en esa realidad el que le estuviera llevando la contraria.

—Ignóralo, Cai. No es más que otro de los intentos del oráculo supremo por infiltrarse en el palacio y desestabilizarnos —declaró Kendrij. Alzó el brazo.

Jay apretó los dientes. Aquel cielo tan despejado, el sol tan brillante, las hojas tan verdes y los pájaros tan risueños; aquel lugar, en general, tan perfecto, comenzaba a agobiarlo. Su luz no era más que veneno.

—¡Cai! —Clavó sus ojos marrones en los amarillos de ella, que observaban lo que estaba sucediendo con temor—. Soy Jay. Tienes que recordarme, ¡esto no es la realidad! ¡Vuelve con nosotros!

Kendrij gruñó.

—Suficiente. ¡Guardias!

Bajó el brazo a la vez que empezaban a escucharse los atronadores pasos acelerados de hombres con armadura. Jay soltó una ristra de maldiciones.

—¡Cai! —Se lanzó a ella. Kendrij trató de detenerlo, pero Jay lo apartó con facilidad de un empujón. Althalos se puso de inmediato delante de Caedra, listo para enfrentarse a él—. ¡No tengo tiempo para esto!

Le dio un puñetazo en la mandíbula al joven príncipe, ignorando la espeluznante sensación de estar golpeándose a sí mismo. Althalos fue arrojado hacia atrás por la fuerza del gancho, desorientado.

Jay llegó hasta Caedra. Puso las manos en sus hombros. La zeafírea estaba rígida, con las plumas crispadas.

—Cai, por favor, tienes que reaccionar. ¿No me reconoces?

Ella seguía con los ojos abiertos como platos. Su respiración era acelerada.

—No… No… —balbuceaba una y otra vez mientras sacudía la cabeza.

Jay la zarandeó con suavidad.

—Caedra, ¡por favor! Tienes que volver conmigo… —Le escocían los ojos. Parpadeó repetidamente—. Esto no es real. Es algo que ha creado tu mente. ¡El emperador no ha sido derrotado! ¡Tienes que vengar la muerte de Kendrij!

Caedra se retorció y se apartó con un grito. Se llevó las manos a la cabeza y cayó de rodillas al suelo. El corazón de Jay se encogió al verla. No había ni rastro de la felicidad que la había

rodeado apenas unos minutos atrás. Y era él quien la había hecho añicos.

—¡Ken no está muerto! —chilló ella. Su mente amenazaba con devolverle esos recuerdos que no quería, que tanto la hacían sufrir. Sentía los pinchazos en las sienes.

Jay endureció la mirada. No debía ablandarse; debía atacar con todo, por mucho que odiara hacerle daño.

—Sí que lo está. El emperador lo asesinó.

—¡Cállate!

Jay no se iba a dar por vencido.

—¿Acaso vas a dejar que el emperador quede impune? ¿No vas a vengar a Kendrij? —Tensó la mandíbula y se forzó a continuar—: ¿Y qué hay de Hadriel? ¡También lo mató a él! ¿Y acaso piensas abandonar a Loure a merced del oráculo supremo?

Caedra había apretado los ojos y se había encogido. Se negaba a mirarlo y tenía las manos tapando sus oídos.

Jay escuchó ruido detrás de él. Echó un breve vistazo por encima del hombro y comprobó que Alastair se estaba encargando de mantener alejados a los guardias y a Kendrij.

—Cai, tienes que reaccionar —dijo Jay, suavizando su tono. Se arrodilló frente a ella—. ¿Acaso me abandonarías a mí?

Caedra levantó ligeramente los párpados. Lo miró, temerosa, por debajo de las pestañas.

—A ti… —repitió, confusa.

—Sí, a mí —asintió él—. Jay. Con quien has estado desde el principio. ¿No recuerdas todas las cosas por las que hemos pasado juntos?

Había algo en el fondo de su mente que le susurraba que aquel chico tenía razón. Era una voz tan tenue…

—Pero… Ken y Hadriel están vivos… —musitó ella. Sus ojos se llenaron de lágrimas—. Loure sigue conmigo…

—Lo siento, Cai, pero esa no es la realidad —susurró Jay, acercando su rostro al de ella. La tomó de la barbilla y la obligó a mirarlo. Iba a convencerla, costara lo que costara. No la perdería—. Por favor, vuelve conmigo.

¿Volver? Ahí estaba a salvo.

—No…

—No puedo seguir adelante sin ti —siguió él, sin darle tiempo a protestar.

—No…

—Te necesito a mi lado.

—Te necesitamos a nuestro lado —lo corrigió una familiar y fría voz a sus espaldas. Alastair se agachó junto a él y Caedra desvió la vista hacia el hombre, quedándose paralizada ante sus ojos de hielo.

Ese hombre…

«Alastair», pensó Caedra, angustiada. Había algo que no encajaba. Ella lo conocía. Pero no

era alguien que existiera en esa realidad. Porque no lo habría conocido si todo hubiera sido como creía que era.

Y ella lo conocía. ¿Por qué lo conocía? ¿Acaso su vida no era como se imaginaba?

—Por favor, Cai —suplicó Jay—. Tienes que entender que esto no es real. La realidad está con nosotros.

—Yo… —Caedra no sabía a quién mirar, cada vez más confusa.

No entendía por qué, pero ese Althalos de piel bronceada y pelo más claro, el que se hacía llamar Jay, tenía algo tan cálido en su esencia que hacía que ella estuviera inclinada a confiar en él, algo que la hacía anhelar estar a su lado. Y ese otro hombre, Alastair, la descolocaba por completo con su presencia. Lo conocía… Pero pertenecía a otra realidad…

¿Qué estaba pasando?

—¡Caedra, no les hagas caso! —gritó Althalos, que ya iba recuperando la consciencia—. ¡Intentan engañarte!

—Caedra. —Alastair la llamó con suavidad. Consiguió la atención de la zeafírea—. Lo que ves a tu alrededor no es más que una ilusión creada por tu mente.

¿Una ilusión? Hadriel le había hablado con detalle de las ilusiones…, cuando habían viajado por Zarested…

Pero ella no había estado nunca en Zarested. ¿O sí?

¿No se había enfrentado una vez a una denu mestiza con el poder de las ilusiones? Pero ella llevaba años sin combatir… ¿O no?

Se llevó una mano a la frente, confusa.

—¿Realmente quieres vivir una vida falsa? —prosiguió Alastair, muy serio—. ¿Abandonarías a tus amigos en el mundo real? ¿Nos darías la espalda a Jay y a mí?

Caedra abrió los ojos como platos. Sacudió la cabeza y se apartó de ellos, poniéndose en pie. Jay y Alastair también se incorporaron.

—No es… ¿real? —balbuceó ella, clavando la vista en la hierba verde exuberante del jardín.

Todo era demasiado perfecto. Todo marchaba demasiado bien. No le faltaba nadie…

Y ella, en el fondo, siempre había sabido que eso no era del todo cierto. Que las piezas en esa falsa realidad no terminaban de encajar… Estaba recordando momentos que habían sucedido… y que ella no había experimentado en esa realidad.

No lograba completar el puzle…

—No lo es, Cai —dijo Jay con amargura, tomando la mano izquierda de la zeafírea. Le quitó el guante—. Puede que Hadriel, Emeline, Kendrij y Loure ya no estén...

No estaban… ¿Cómo que no estaban? Ella los veía todos los días… Siempre cálidos, siempre amables, siempre hablando con ella…

Siempre vivos, tal y como ella los mantenía en sus recuerdos. Los mantenía vivos en sus recuerdos… porque en la realidad ya no estaban.

Caedra jadeó, sacudiendo la cabeza. Su corazón empezaba a sentir el dolor provocado por esas pérdidas.

—Pero siempre nos tendrás a mí y a Alastair —insistió Jay—. A Valikia, a Tarvo, a Connor, a Ayla, a Gavin… Todos nosotros te queremos de vuelta.

Todos ellos… no estaban en esa realidad. Pero Caedra los conocía. Eran sus amigos…

Caedra se quedó observando la mano de Jay. Su piel era tan morena en comparación a Althalos… Su tacto era áspero; era una piel curtida tras años de lucha. Años de lucha en los que ella siempre lo había acompañado. Desde el principio…

Caedra ahogó una exclamación. Y a Jay le dieron ganas de llorar de la alegría al ver, al fin, el brillo de reconocimiento en los ojos de la zeafírea.

—Cai… —musitó Althalos, extendiendo el brazo hacia ella. Kendrij estaba junto a él.

Caedra se forzó a ignorarlos; se forzó a desoír el dolor que estaba floreciendo en su pecho. Había sido bonito… Su mente había creado la realidad perfecta para ella. Había logrado engañarse a sí misma. Había estado tan convencida de que todo estaba bien…

Pero había sido una ilusión frágil. Fácilmente desbaratada por la intervención exterior. Ella no era una telépata; sus barreras habían sido débiles.

Y, aun así, el espacio, las personas que su mente había creado, eran tan convincentes…

¿Por qué dolía tanto?

—Cai.

Fue esta vez Jay quien la llamó. Caedra lo observó, angustiada. ¿Cómo había sido capaz de olvidarlo? ¿Cómo había sido capaz de sustituirlo por una realidad falsa? A él, a quien quería más que a nadie. Aunque había alguien más…

—Es hora de regresar.

El espacio a su alrededor comenzó a desvanecerse. Caedra miró a un lado y a otro, nerviosa. Si su atención caía de nuevo sobre Kendrij y Althalos, no sería capaz de abandonarlos.

Se topó con los ojos azul hielo de Alastair, tan intimidantes para otros, pero tan reconfortantes para ella… Él era la otra persona a la que quería más que a nadie. Los necesitaba a ambos, a Jay y a Alastair, por igual a su lado.

«Estoy contigo, Caedra. Vuelve». La voz de Alastair la calmó lo suficiente para respirar hondo. Se dejó llevar…

Capítulo 5: Frágil realidad

Al abrir los ojos, lo primero que notó fue lo mucho que le dolía la cabeza. Jay se sentó y se llevó una mano a la frente, soltando una queja.

—¡Habéis vuelto! —comentó Djaka con evidente alegría, yendo de inmediato junto a Alastair.

Él gruñó y se levantó por su cuenta. Jay lo imitó, nervioso.

Tenía miedo de girarse y ver que Caedra seguía igual que siempre, sin reaccionar. La falsa realidad de la que habían ido a rescatarla había sido tan tentadora… ¿Y si al final no habían logrado convencerla?

Estaba amaneciendo en el exterior. El sol había comenzado a bañar la habitación con sus rayos naranjas. Habían vuelto justo a tiempo.

—Jay —lo llamó Alastair, quien tenía clavados sus ojos de hielo en la zeafírea.

Jay respiró hondo y se dio la vuelta. Se le cortó la respiración al ver aquello que tanto había anhelado esos meses: Caedra iba levantando poco a poco los párpados.

Lo habían conseguido. ¡Había vuelto con ellos!

—Parece que habéis tenido éxito en vuestra misión —dijo Luvann, apartándose para dejarles espacio. Djaka hizo lo mismo a regañadientes.

Caedra frunció el ceño al encontrarse en aquella habitación. Tardó unos segundos en reconocer el espacio a su alrededor. Todo le daba vueltas… Escuchaba la conversación de los demás distorsionada.

Trató de mover la mano y el esfuerzo fue considerable. ¿Qué le pasaba a su cuerpo?

Jay oía con claridad el latido desbocado de su propio corazón. Caedra clavó en él aquellos cálidos ojos amarillos que tanto había echado de menos.

—C-Cai… —Se le quebró la voz por el sollozo que brotó de su garganta. Parecía un sueño, pero eso sí que era la realidad.

Estaba viendo a Caedra, al fin, despertar.

—¿Jay…? —Ella trató de hablar, pero su voz estaba rasposa después de tanto tiempo sin usarse. Tosió y Alastair se marchó para traerle un vaso de agua.

—Cai, estoy aquí —murmuró Jay, arrodillándose a su lado y agarrando la mano izquierda de la zeafírea, como si fuera a desvanecerse si no la retenía junto a él. Su piel ya no estaba tan fría.

Alastair regresó y Jay ayudó a Caedra a incorporarse con lentitud hasta quedar sentada. Frunció el ceño al ver el esfuerzo que esto le supuso a la zeafírea.

—Tras tanto tiempo sin usar tu cuerpo, es normal que ahora te cueste hacer cualquier movimiento —explicó Luvann mientras Caedra bebía agua para calmar su garganta irritada.

—¿Por… qué? —balbuceó ella. Jay cogió el vaso y lo dejó en la mesita—. ¿Qué ha pasado?

—¿No lo recuerdas? —inquirió Jay, consternado.

—Yo…

—Fuiste atacada por tu hermano y perdiste la consciencia —explicó Alastair, sin vacilar. Se había quedado de pie junto a Jay, con los brazos cruzados—. Llevabas sumida en un profundo sueño desde entonces.

—Han sido más de dos meses, Cai —sollozó Jay, volviendo a agarrar su mano.

Ella parpadeó varias veces, confusa. Aunque su mente seguía un tanto nublada, poco a poco iba recordando todo.

¿Cómo había podido pasar tanto tiempo?

—Tómate estos días con calma —dijo Luvann—. Vas a tener que pasar por un breve período de rehabilitación.

Caedra gruñó para sus adentros. Eso era un serio impedimento…

A Jay, sin embargo, le daba igual. La felicidad por tenerla de nuevo a su lado superaba todo lo demás. Estaría todas las horas del día con ella si hacía falta para ayudarla a recuperar la movilidad.

Djaka bufó y se marchó de la habitación. Nadie la detuvo.

—Os dejaré a solas —decidió también Luvann, inclinando la cabeza—. Cualquier cosa que necesitéis, estaré con Djaka en la cocina.

Alastair frunció el ceño y, sorprendentemente, también fue con ellos. Jay supuso que querría averiguar más sobre el estado de Caedra.

La puerta se cerró.

Jay era incapaz de apartar la mirada de la zeafírea. Se temía que, si la perdía de vista, desaparecería para siempre.

—Cai, no te imaginas cuánto me alegro de verte despierta por fin —murmuró él. Caedra ladeó la cabeza hacia él. Jay parpadeó repetidamente—. Han sido los peores dos meses de mi vida.

Ella torció el gesto. Seguía sin comprender muy bien lo que había sucedido.

—Lo siento, Jay.

Él gruñó.

—Ni se te ocurra disculparte, Cai. —Apretó los ojos—. Si alguien tiene que disculparse, soy yo. Es mi culpa que estés así.

Se le cortó la respiración al notar la mano áspera de Caedra en su mejilla. Era lo que tanto había deseado en múltiples ocasiones cuando había ido a visitarla…

Le costaba creer que fuera realidad. Que ella por fin hubiera despertado.

Levantó los párpados y se encontró con el cálido rostro de Caedra frente al suyo. Su corazón se aceleró.

—No es tu culpa, Jay. Sabes que yo siempre estaré a tu lado. Es culpa de quien nos atacó, y de nadie más.

Él sacudió la cabeza.

—No, Cai. Los dos sabemos que no es así. Si no hubiera sido tan temerario… Si te hubiera

hecho caso… —Le tembló la voz y se le escapó un sollozo.

—Jay… —murmuró ella, afligida al verlo así. Estaba claro que se arrepentía de sus acciones y se estaba torturando en exceso. Y ella también había querido acompañarlo, movida por el mismo deseo de rescatar a Ayla. No era su culpa.

Jay no lo soportó más. Se lanzó a abrazarla, hundiendo el rostro en su pecho. La zeafírea lo miró con sorpresa, pero reaccionó enseguida. Aunque le costó más de lo que le habría gustado, logró rodearlo con sus brazos.

—Llegué a pensar que te iba a perder para siempre —dijo Jay mientras las lágrimas se escapaban de sus ojos. Se aferró a ella con fuerza, como si fuera a desaparecer—. Ha sido horrible, Cai. He vivido este tiempo con un miedo constante y…

—Tranquilo, Jay —susurró ella, dejando caer la mano sobre el pelo castaño del chico. Acarició sus mechones, ya bastante crecidos, con suavidad—. Ya estoy aquí, y no pienso marcharme. No es tan fácil librarse de mí, ¿sabes?

A Jay se le escapó una carcajada en medio de sus lágrimas. Había temido también que ella prefiriera quedarse encerrada en aquella falsa realidad creada por su mente en vez de regresar con él.

—Eso ya lo veo. Pero no vuelvas a seguirme nunca más si voy a cometer una estupidez, por favor.

—Ya te lo dije, Jay: te seguiré hasta el fin del mundo si hace falta —replicó ella con firmeza.

Jay cerró los ojos, esbozando una sonrisa cansada, tranquilo después de mucho tiempo. Siempre se sentía a salvo en los brazos de Caedra; ya no tenía que luchar por nadar hacia la superficie en un lago de angustia. Ella era su refugio, y la tempestad había pasado.

***

Luvann no se sorprendió al notar la gélida presencia de Alastair detrás de él.

—¿Cuánto tiempo tardará Caedra en recuperarse? —exigió saber Alastair. Directo al grano, como de costumbre.

Se habían parado en medio del pasillo. Djaka había seguido hasta la cocina.

Luvann se giró para mirarlo. Alastair había cruzado los brazos, esperando una respuesta.

—Trataré de quedarme todo el tiempo que pueda para acelerar el proceso de rehabilitación, pero no conseguiré que sea menos de un mes.

Alastair no dijo nada. Un mes era aceptable, en comparación con lo que habría sido de no contar con la ayuda del mejor curandero de Gea.

Continuó su interrogatorio:

—¿Tendrá algún tipo de secuelas?

Al fin y al cabo, habían sido más de dos meses.

Luvann suspiró pesadamente y se pellizcó el puente de la nariz con los dedos.

—Es… complicado. Lo lógico sería que no hubiera ninguna, y que consiga volver a moverse con total normalidad tras la rehabilitación. Al fin y al cabo, ha estado protegida y sostenida por tu esencia inmortal… La cual se ha disipado en cuanto ha despertado —señaló.

Alastair asintió secamente con la cabeza.

—Continúa.

Luvann frunció el ceño.

—No parece que haya sufrido pérdida de visión, de habla o de memoria… Por tanto, lo único de lo que habría que estar pendientes es de ayudarla a recuperar toda su movilidad. Puede que sufra cambios en su estado de ánimo… No convendría dejarla sola, al menos hasta que se haya recuperado del todo.

—De acuerdo —asintió Alastair. Se encargaría de que él o Jay siempre estuvieran con ella. Entornó los ojos—. ¿Qué hay de sus alas?

—Sabía que te darías cuenta —dijo Luvann, esbozando una pequeña sonrisa, si bien era un tanto amarga—. Me temo que seguirá sin poder volar con ellas, pues no había nada que yo pudiera hacer respecto a eso. Sin embargo, he sido capaz de curarlas para que, al menos, pueda plegarlas y así no las arrastre por el suelo.

Alastair no dijo nada. Luvann no se molestó cuando lo vio dar media vuelta y entrar de nuevo en la habitación de Caedra. Estaba acostumbrado a su actitud.

***

Caedra alzó la vista al escuchar la puerta abrirse y cerrarse. Sonrió al ver de quién se trataba.

—Alastair —lo llamó ella. Su voz todavía estaba rasposa—. No sabía si volverías.

Él arqueó una ceja y se acercó a la cama.

—¿Realmente creías que me marcharía después de que despertaras por fin? —Bajó la vista y entornó los ojos—. Veo que no ha aguantado mucho.

Jay se había quedado dormido en los brazos de Caedra. Ella rio con suavidad para no despertarlo. Alastair se quedó rígido al escucharla. Había echado tanto de menos su risa…

—¿Puedes culparlo? —contestó ella. Se había fijado, no sin cierta angustia, en las marcadas ojeras que ahora presentaba Jay talladas en su rostro—. Imagino que estará agotado.

Alastair no dijo nada. Reaccionó y se sentó en la silla.

—¿Cómo estás? —quiso saber. El corazón de Caedra se aceleró al notar sus ojos de hielo sobre ella.

—Apenas puedo moverme y sigo bastante confusa… Pero bien, por lo demás —respondió ella, aunque frunció el ceño—. Alastair… Necesito saber qué ha pasado exactamente.

—Has estado dos meses dormida.

—¿Qué ha pasado *de verdad*? —cuestionó Caedra, muy seria. Se habría cruzado de brazos de no estar Jay ahí.

Alastair torció el gesto. No quería abrumar a la zeafírea ahora que acababa de despertar con la historia completa…

—Alastair —lo llamó ella, en tono de advertencia—. No es normal que haya sobrevivido a dos meses de estar dormida. Dime, ¿qué ha pasado?

Alastair se inclinó para apoyar los codos en las rodillas. Entrelazó los dedos de las manos.

—Solo había una manera de salvarte, Caedra.

—¿Cuál?

Respiró hondo.

—Dar mi inmortalidad a cambio de tu vida.

La zeafírea abrió los ojos como platos y se le cortó la respiración.

—¿Qué? ¿Por qué has hecho eso? —quiso saber, alarmada.

Él gruñó.

—¿Crees acaso que me costó tomar la decisión? No dudé en pagar ese precio para salvarte. ¿Qué sentido tiene la inmortalidad sin ti a mi lado?

Caedra se quedó con la boca abierta, impactada por sus palabras.

—Alastair… —musitó ella, conmovida.

Él se quedó en silencio. Era incapaz de mirarla; no podía revelarle que en realidad había muerto y había tenido que viajar en el tiempo para cambiar el pasado y evitarlo.

El alivio que sentía ahora que Caedra había despertado era inmenso; el hielo en su corazón se derretía y el invierno volvía a dar paso a la primavera. Pero su temor no había desaparecido del todo, pues no olvidaba las palabras de Djaka: el destino se esforzaría en corregir la alteración en el curso del río. Ya había supuesto un verdadero esfuerzo que Caedra saliera de ese sueño en el que se había visto atrapada.

—Gracias.

Alzó la vista y esta vez sí que la miró al escucharla hablar de nuevo. Había echado tanto de menos su voz…

—No me las des, Caedra. Sabes que haría lo que fuera por ti.

Ella arqueó las cejas. ¿Qué le pasaba a Alastair? No solía ser tan expresivo.

—Alastair, ¿seguro que no ocurre nada más? —murmuró, consternada.

Él tensó la mandíbula.

—¿Te parece poco el hecho de que casi mueres? —espetó con frialdad. Al darse cuenta de su tono y de lo rígida que se había puesto ella, suavizó la mirada—. Lo siento, Caedra. Es solo que llegó a haber un momento en el que… no sabía si ibas a despertar. —Y se había sentido vacío por dentro. Igual que Jay, había estado a nada de romperse irremediablemente.

—Ya… Yo no era consciente de nada de esto —contestó ella, relajándose de nuevo.

Alastair entrecerró los ojos.

—¿No recuerdas nada de lo que has soñado mientras estabas dormida?

Ella negó con la cabeza.

—¿Debería?

—No —respondió Alastair con rapidez—. Es mejor así.

Se ahorraría el sufrimiento por la falsa felicidad que había tenido que sacrificar para volver a la realidad con ellos.

***

Su-Nev se desplazaba en silencio por los pasillos del palacio, con cuidado de que su silueta no

fuera alumbrada por ninguna de las antorchas que permanecían encendidas. Su colgante de umbrano reposaba contra la piel de su pecho, bloqueando las visiones de Leveann.

Bajaba por las escaleras cuando escuchó una voz familiar en la lejanía. Pegó la espalda de inmediato a la pared. Esperó unos segundos antes de bajar al último escalón con cuidado y asomarse por la esquina.

Lo que vio le heló la sangre.

—Debéis ir de inmediato… —fue todo lo que alcanzó a escuchar al oráculo supremo, pero eso era irrelevante.

Leveann estaba de espaldas a ella. Su-Nev sabía que él no detectaría su presencia gracias a su bisutería de umbrano. Delante del oráculo supremo había un par de zeafíreos. Su-Nev había visto en más de una ocasión al que estaba a la izquierda, de pelo y alas negras. Sabía hasta su nombre: Denkuro.

El otro, sin embargo…

Su-Nev parpadeó repetidas veces y se pellizcó para asegurarse de que lo que estaba presenciando era real.

Porque el otro era cierto zeafíreo de largo cabello blanco, alas marrones y un cuerno partido. Lo recordaba a la perfección de su terrible paso por las minas en la frontera de Omilia y Anthius, donde Jay la había protegido de unos latigazos y aquel zeafíreo le había ofrecido una de sus geodas para que recibiera agua y comida.

—Loure… —musitó para sí, afligida.

El momento en el que Loure había sido acribillado por los carámbanos de hielo también estaba fresco en su memoria. Lo había visto morir, junto a Jay y a Caedra.

«No puede ser», pensó. Ahogó una exclamación al fijarse en los ojos amarillos de Loure. Incluso a esa distancia, percibía que estaban vacíos por completo. ¿Qué le había pasado?

Se escondió de nuevo tras la pared de las escaleras y se llevó la mano al pecho, tratando de controlar su respiración.

Escuchó el ruido de pasos acercándose y todas sus alarmas se dispararon. A duras penas logró arrancarse el cordón de su colgante y guardar el umbrano en el bolsillo de la túnica. Leveann dobló la esquina y Su-Nev puso la pierna en otro escalón en el último momento para aparentar que había estado bajando.

—Oráculo supremo —exclamó ella con falsa sorpresa, como si no hubiera esperado encontrarse con él.

—Su-Nev. —Él la saludó con un asentimiento de cabeza. Arqueó una ceja—. ¿Qué haces despierta a estas horas?

La denu desvió la mirada hacia una de las antorchas y se aclaró la garganta.

—Era incapaz de dormir… Iba a dar un paseo por los jardines.

Mientras Leveann no clavara aquellos ojos de acero en los suyos durante más de unos instantes, no podría leerle la mente.

Si el oráculo supremo sospechaba algo de sus acciones, no lo mostró.

—Ya veo —fue todo lo que dijo—. En ese caso, espero que disfrutes de tu paseo. La noche es

cálida hoy…

Y siguió andando por el pasillo. Su-Nev no liberó el aire que había estado conteniendo hasta que lo perdió de vista.

«Eso ha estado cerca…», pensó, con un escalofrío.

No había ni rastro de los dos zeafíreos. Pero Su-Nev era incapaz de borrar de su mente lo que había presenciado.

Loure estaba vivo. Cómo, no lo sabía. Y estaba al servicio de Leveann…

«Tiene que haber una explicación», se dijo, tratando de calmar sus nervios.

Pero Loure sí debía de saber que ella estaba en el palacio. Y no había ido a buscarla. ¿Acaso no se acordaba de ella?

«No entiendo nada».

No dejaba de pensar en aquella mirada vacía. Había sido espeluznante…

Se encaminó hacia los jardines. Daría una vuelta rápida para despejar su mente y regresaría a su habitación. Visitar a Ayla aquella noche sería demasiado arriesgado tras su encuentro con el oráculo supremo.

Así tendría tiempo para procesar lo que había visto.

Capítulo 6: Un largo proceso

El mero acto de levantarse de la cama era difícil. Sus piernas temblaban y todos sus músculos protestaban. Y eso, después de una semana de rehabilitación.

—No te estreses —le recomendó Luvann a Caedra—. Luego se irá volviendo progresivamente más sencillo.

Caedra apretó los labios y no dijo nada. Se centró en intentar dar más de dos pasos sin que sus rodillas fallaran y se precipitara al suelo. Jay estaba a su lado, con un brazo en su cintura y preparado para evitar cualquier caída.

La zeafírea veía el bonito día que hacía en el exterior desde su habitación. El sol brillaba, calentando la isla. El cielo azul estaba casi despejado salvo por algunas nubes blancas y esponjosas. Los pájaros cantaban en los árboles…

Y ella seguía encerrada en aquella casa. Resultaba agobiante. Quería salir… y todavía quedaba mucho trabajo por delante.

Pasaron un par de horas más antes de que Luvann decidiera que era el momento de que se tomara un descanso. El hombre de pelo verde los dejó a ella y a Jay solos en la habitación.

Era así todos los días. Luvann le realizaba un tratamiento con su luz todas las mañanas para ir fortaleciendo sus huesos y músculos e ir reparando el daño. Luego, ella intentaba levantarse y andar. Le frustraba la poca resistencia que tenía. Había tanto que recuperar…

Jay la ayudó a sentarse en la cama y la observó con preocupación.

—¿Qué te pasa, Cai? ¿Te encuentras mal?

Ella bajó la vista al suelo.

—No. Solo estoy cansada.

Jay frunció el ceño. Había algo más que la tenía inquieta. Evitaba mirarlo cuando mentía.

—Cai…

Caedra se sentía inútil por completo. Por si fuera poco la incapacidad de sus alas, ahora también tenía que volver a entrenar su cuerpo.

—No sé cómo voy a luchar así, Jay —murmuró la zeafírea.

—¿Quién dice que tienes que luchar? —replicó él.

De hecho, él tenía la esperanza de que Caedra no interviniera en los combates. Así estaría mucho más tranquilo. Le aterraba que le pasara algo. Pero sabía que no tendría sentido intentar convencerla; ella nunca estaría dispuesta.

—¿Cómo no voy a luchar? Es mi vida. Es todo lo que sé hacer.

Había crecido en un mundo en guerra. Había perdido a muchos seres queridos por ello. Se había adaptado y se había vuelto más fuerte para sobrevivir.

Todo para nada.

—Así no voy a poder protegerte, Jay —concluyó ella en tono bajo. Se le formó un nudo en la garganta.

Jay suavizó la mirada. Se sentó a su lado y puso una mano en su espalda, entre las alas.

—No necesito que me protejas, Cai. Solo necesito que estés bien.

Ella no respondió. Apretó los dientes. No quería llorar, pero se sentía tan mal…

Jay juntó las cejas al percibir su angustia.

—Vamos, Cai, recuerda que tú eres la optimista. Has despertado y vuelves a estar con nosotros. Eso es lo importante. Lo demás, lo iremos recuperando poco a poco, ¿vale? No estás sola.

Caedra siguió en silencio.

Jay suspiró con tristeza. Cogió el cepillo de la mesita y empezó a peinar con cuidado el pelo blanco de su compañera.

Caedra cerró los ojos. La sensación era agradable y frustrante a la vez. Ni siquiera era capaz de peinarse el cabello porque esa mera acción la dejaba agotada…

—Quizás habría sido mejor no despertar —masculló.

Para Jay fue como si le hubieran dado una bofetada. Se quedó rígido. Y Caedra se encogió al escuchar cómo el cepillo caía al suelo.

Alastair le había advertido a Jay que la zeafírea podía sufrir cambios bruscos en su estado de ánimo, hasta extremos peligrosos. Respiró hondo.

—No digas eso, por favor.

Caedra frunció el ceño ante la tristeza en su voz. Se giró para mirarlo, consternada. Los ojos del chico se habían llenado de lágrimas.

—Lo… Lo siento, Jay —murmuró de inmediato, arrepentida. Cogió sus manos, que temblaban —. No sé por qué lo he dicho, yo…

Él sacudió la cabeza.

—Sé que tendría que estar animándote yo a ti, pero…

Pero al escucharla decir eso, se había venido abajo. Caedra lo rodeó con sus brazos y lo acercó a ella. Jay se aferró a la tela de su camisa de inmediato.

—Sabes… ¿Sabes el miedo que pasé cuando… cuando parecía que no ibas a despertar? — sollozó él.

Caedra se mordió el labio inferior, tratando de contener sus propias lágrimas.

—Lo siento. Soy una egoísta.

Jay se separó de ella y se limpió los ojos con el dorso de la mano. Respiró hondo. Tenía que recomponerse.

—No lo eres, Cai. Es normal que todo esto te frustre. —A él también le dolía verla de esa manera, sobre todo al saber lo afectada que estaba Caedra. La miró a los ojos—. Pero saldremos juntos de esta, como siempre. Verás como en un mes estás recuperada por completo.

Ella esbozó una pequeña sonrisa. Jay se sintió un poco mejor, si bien mantenía un amargo sabor de boca. Tan solo quería que Caedra fuera feliz, como en aquella realidad falsa de la que había

tenido que sacarla.

—Gracias, Jay. No sé qué haría sin tu ayuda.

Él sonrió también.

—Bueno, para eso somos un equipo, ¿no?

—Sí…

Jay se agachó para recoger el cepillo que había quedado en el suelo y lo dejó de nuevo en la mesita. Se levantó y puso los brazos en jarras. La miró de soslayo.

—¿Qué pasa? —inquirió Caedra al ver que se quedaba en silencio.

—¿Qué te parece si vamos a dar un paseo fuera?

Ella frunció el ceño.

—Pero, Jay, sabes que no puedo…

Jay, sin embargo, se limitó a mantener su sonrisa.

—Se me ocurre una forma.

***

Era agradable volver a notar los rayos del sol en su piel después de tantos días. Y la sensación de respirar aquel aire fresco con el olor a sal del mar era vivificador.

Jay la llevaba en su espalda, con las manos sujetándole las piernas y los brazos de ella rodeándole el cuello. Caminaba despacio, pero sin dificultad. Caedra no pesaba nada.

—¿Qué te parece? —dijo él. Sintió mariposas en el estómago al escucharla reír con suavidad. Era real. Caedra estaba a su lado.

—Una muy buena idea. Gracias.

Habían rodeado la aldea y estaban atravesando el bosque de bambú. Caedra extendió una mano para acariciar la rígida hoja de uno de los tallos verdes.

La habían puesto al día a lo largo de esa semana. Se había sentido profundamente decepcionada con la traición de Ilyor, pero, al menos, lo habían descubierto antes de que hiciera más daño. Se alegraba de que Connor hubiera seguido entrenando con Tarvo; tenía ganas de ver su progreso. Sonrió satisfecha cuando Jay le contó que Gavin se había unido a ellos, aunque arqueó una ceja cuando el chico comentó con cierta picardía que le daba la sensación de que había algo entre Valikia y Gavin…

Jay, al igual que Alastair, había optado por no mencionar el viaje al pasado que había sido necesario para salvar su vida. No querían que Caedra se agobiara más.

Llegaron al acantilado y Caedra cerró los ojos por un instante cuando la brisa marina le revolvió el pelo.

—Es agradable, ¿eh? —comentó Jay, divertido, al observar su cara.

—Sí…

Jay se agachó y dejó a Caedra con suavidad en el suelo. La ayudó a apoyar su espalda en el tronco de un árbol y se sentó a su lado.

—Mucho mejor aquí que en esa habitación —declaró Jay, satisfecho.

—Sí, me agobiaba llevar ya tantos días encerrada —admitió ella, abrazando sus rodillas para apoyar la barbilla en ellas. Sus músculos ardieron con ese simple movimiento, pero lo ignoró—. Espero que los demás estén bien.

Se había alegrado al escuchar todo el progreso conseguido en Anthius, si bien lamentaba que el plan para rescatar a Ayla no hubiera podido llevarse a cabo. Ella también estaba muy preocupada por la chica, pero no había nada que hacer por el momento.

—Estoy seguro de que sí. Tarvo los tendrá bien organizados —bromeó Jay.

Caedra dejó escapar una pequeña carcajada.

—No me cabe duda de ello.

Se sumieron en un agradable silencio durante los siguientes minutos. A Caedra le encantaba el sonido de las olas rompiendo contra la pared del risco.

Jay la observaba de reojo, reconfortado con su presencia. Se alegraba de verla feliz. Era increíble que, al fin, después de tanta angustia, de que la oscuridad lo rodeara durante tanto tiempo, Caedra estuviera a su lado de nuevo, transmitiéndole su luz. Su pelo blanco ondeaba con el viento, que arrastraba hacia él su familiar aroma a resina y madera recién cortada. Su piel brillaba con los rayos del sol, que también iluminaba sus ojos amarillos, bajo los que aún no habían desaparecido las ojeras. Y su sonrisa, que temió no ver nunca más, hizo que una agradable calidez floreciera en su pecho.

Había sido un alivio que Caedra no recordara nada de la falsa realidad en la que había vivido en su mente. Sabía que habría sido inevitable que la echara de menos.

Él mismo habría querido quedarse allí para siempre. Había sido todo tan bonito…

Pero tenían que seguir adelante. No podían descansar hasta vengar a los que habían perdido y hacer pagar al emperador por todo lo que les había hecho sufrir. Tenían que rescatar a la gente del imperio de sus garras, liberar los pueblos que había oprimido…

Alzó la vista al cielo. Alastair se había desplazado al continente para comunicar al resto de sus compañeros que Caedra había despertado y ayudarlos si lo necesitaban. Pronto regresaría.

Alastair le había advertido que no se separara de Caedra en ningún momento esos días, aunque a Jay no se le habría ocurrido apartarse de su lado.

La zeafírea bostezó. El simple hecho de estar en el exterior ya la había dejado agotada. Notaba los párpados de plomo…

—Ven aquí.

Parpadeó, confusa, al escuchar la suave voz de Jay y notar su brazo rodeándola. No se había dado cuenta de que se estaba inclinando a su derecha, medio dormida. El chico la recostó en él y Caedra se relajó, apoyando la cabeza en su hombro. Suspiró y cerró los ojos.

Jay la observó con una pequeña sonrisa, dejando caer los párpados. Apretó los dedos en el brazo de Caedra y llevó su otra mano a la mejilla, acariciando la cicatriz. La respiración de Caedra no tardó en volverse lenta y pausada, indicando que se había dormido.

Y Jay, por mucho que se alegrara de tenerla a su lado y de verla así de tranquila, sintió el familiar pinchazo de la angustia en el corazón. No se calmaría de nuevo hasta que Caedra despertara; era incapaz de superar el miedo que había pasado esos dos meses, y todavía seguía

experimentando ese terror irracional.

«Caedra está bien —se dijo, inclinando la cabeza para darle un beso en la coronilla, teniendo cuidado con sus cuernos. Ella murmuró algo entre sueños y los nervios de Jay se disiparon un poco—. Solo está durmiendo para descansar. Con normalidad».

***

Su-Nev casi había recorrido el palacio entero a lo largo de esa semana, en vano. No había vuelto a ver a Loure por ninguna parte. Necesitaba hablar con él y comprobar si se acordaba de ella.

Tampoco había bajado a visitar a Ayla. Quería esperar a aclarar sus ideas. Se encogía cuando pasaba cerca de las mazmorras por las mañanas y escuchaba sus gritos…

Era frustrante no dar con el paradero de Loure, pero era lógico. Salvo esa vez que lo había divisado por casualidad en medio de la noche, nunca antes se había encontrado con él en el palacio. Por alguna razón, el oráculo supremo lo mantenía oculto, lo que ya parecía sospechoso de por sí…

Salió a los jardines en un descanso del entrenamiento y arqueó las cejas al localizar a Denkuro en la distancia. El zeafíreo estaba de espaldas a ella, pero sabía que había detectado su presencia cuando se acercó a él.

—Denkuro, buenos días —le saludó en un intento de ser cortés.

Él, sin embargo, se limitó a asentir con la cabeza. Tenía los brazos cruzados y parecía haber estado observando algo antes de que apareciera ella.

Su-Nev movió su pie descalzo sobre la hierba en un pequeño círculo, incómoda ante su silencio. Denkuro intimidaba bastante con esas alas negras, afilados cuernos y ojos rojos.

Tendría que tener cuidado con la conversación, pues no quería levantar sospechas.

—Oye, el otro día me pareció ver pasar por aquí a un zeafíreo de pelo blanco… —empezó con aire casual. Cruzó las manos detrás de la espalda—. ¿Sabes algo de él?

Denkuro frunció el ceño.

—No sé mucho —fue su seca respuesta—. Apenas habla.

Su-Nev torció el gesto.

—¿Sí? Jo, yo que quería conocerle… —Fingió estar decepcionada y suspiró tristemente—. Qué pena que sea un antipático, entonces…

Denkuro no dijo nada, pero no lo negó. Vieron pasar un par de soldados a marcha rápida por los balcones. Su-Nev se preguntó por qué tendrían tanta prisa.

Como Denkuro permanecía en silencio, Su-Nev inclinó la cabeza y retrocedió.

—Que tengas un buen día, Denkuro.

Dio media vuelta y regresó al interior del palacio. Se llevó el dedo índice a los labios. Todo el asunto de Loure era muy extraño…

Leveann lo mantenía oculto; hasta el propio Denkuro, quien ya de por sí era seco y reservado, estaba de acuerdo en que Loure era arisco…

Ella no recordaba así a Loure para nada.

***

Había pasado otra semana y Caedra ya era capaz de caminar, si bien despacio, por su cuenta. Cada día era mayor el tiempo que aguantaba haciendo rehabilitación y, poco a poco, iba recuperando la confianza.

Alastair había regresado y no había tardado en obligar a Jay a retomar sus entrenamientos, a lo que el chico no se había opuesto, animado ahora que Caedra ya había despertado.

Caedra los observaba siempre en sus combates de práctica. Era asombroso ver a Jay manejar el fuego blanco, el hielo y las sombras cada vez con más destreza.

Sentía una mezcla de orgullo y pesar. Estaba orgullosa de lo mucho que había mejorado Jay, no solo por todo lo nuevo que había aprendido en aquellos meses en los que ella había estado dormida, sino también desde que lo había conocido. Ahora era un guerrero formidable. Y se alegraba mucho de que fuera Alastair quien le estaba enseñando.

La tristeza provenía del hecho de que, viéndolos, Caedra no podía evitar sentir que se estaba quedando atrás. Llevaba ya un tiempo decayendo… Primero le habían roto las alas, y había trabajado duro para recuperar la movilidad y poder volar de nuevo. Había tenido que adaptar su estilo de lucha a un arma completamente diferente, sustituyendo la lanza por los abanicos. Luego, sus alas se habían roto de nuevo, esta vez ya sin posibilidad de recuperación… Aunque Luvann las había curado para que pudiera plegarlas y estirarlas, Caedra era consciente de que ya nunca más volaría.

Era un obstáculo tras otro. Sumado a su estado actual, Caedra se sentía muy lejos de su época de plenitud como letal guardaespaldas…

—¿Qué te ha parecido, Cai?

Jay fue directo hacia ella una vez concluyeron su entrenamiento. Estaba atardeciendo y el cielo se había teñido de naranja. Los graznidos de las gaviotas se escuchaban en la distancia.

Ella se esforzó en sonreír.

—Impresionante, Jay.

El chico sonrió también. Le hacía ilusión que Caedra viera lo mucho que había progresado.

Alastair les había comentado que sus compañeros estaban a punto de reconquistar otra ciudad más en el continente. Se les había resistido un poco, pero, mientras el emperador siguiera sin mandar refuerzos, era ya cuestión de tiempo que terminara cayendo.

Estaban cada vez más cerca de la capital.

Jay, aunque impaciente por ir a ayudarlos, había decidido, sin embargo, que no se separaría de Caedra hasta que ella concluyera su rehabilitación. Quedaban otras dos semanas.

Luvann continuaba visitándola todos los días para acelerar el proceso de recuperación. Él también se marcharía cuando concluyera aquel mes, ya que necesitaba volver a Zarested. El continente estaba cada vez más amenazado por las sombras.

Djaka, sorprendentemente, permanecía en la isla. De vez en cuando intentaba hablar con Alastair, pero, por lo demás, no se relacionaba mucho con ellos, y Jay siempre se preguntaba qué estaría haciendo.

***

Había caído la noche. La tranquilidad reinaba en Ganthia y todos sus habitantes dormían. Todos, salvo dos.

Caedra se desplazó con lentitud hasta la playa. Tuvo un escalofrío al poner sus pies descalzos en la arena, a esas horas ya fría. Sonrió al divisar en la distancia la familiar forma de un dragón blanco junto a su risco favorito.

Alastair giró la cabeza y frunció el ceño al ver a Caedra acercándose. La zeafírea jadeaba por el esfuerzo.

Al fin, llegó hasta él y prácticamente se dejó caer en el suelo.

«¿Qué haces, Caedra? —protestó Alastair de inmediato—. No deberías moverte tanto».

—Quería verte —replicó ella, sin muestra alguna de arrepentimiento. Respiró hondo y se llevó una mano al pecho, intentando recuperar el aliento—. Últimamente no hemos tenido ningún momento a solas.

Alastair calló, reconfortado por las palabras de la zeafírea. En el fondo, le alegraba que hubiera ido a buscarlo.

«¿Y Jay?».

Caedra respondió divertida.

—Lo he despertado para decirle que iba a ir a verte; no quería que se despertara él luego por casualidad y se asustara al no encontrarme… Le ha faltado tiempo para moverse de la silla a mi cama.

Alastair puso los ojos en blanco. Típico de Jay.

Caedra se recostó en su hombro, sin importarle la dureza de sus escamas. Él inclinó la cabeza para mirarla y la cubrió con una de sus alas.

Caedra cerró los ojos y sonrió.

—Echaba de menos esto.

Alastair sintió un pinchazo en el corazón. Había temido no volver a tener un momento como ese nunca más.

«Yo también».

Estuvieron varios minutos en silencio. Las olas del mar rompían con suavidad en la orilla. Al fondo el agua negra, cerca de la línea del horizonte, reflejaba la luna en cuarto menguante. Tras tanta angustia y sufrimiento, ese instante de intimidad era un milagro inesperado.

—Alastair —habló de nuevo Caedra, abriendo ligeramente los ojos, pero manteniendo la vista fija en la arena—, sigo sin creerme que hayas sacrificado tu inmortalidad por mí. ¿De verdad ha merecido…?

«No sigas, Caedra —la interrumpió él con seriedad—. Claro que ha merecido la pena. Ahora te tengo de nuevo a mi lado. Y no tendré que afrontar una eternidad solo, sin ti».

Caedra parpadeó repetidamente para contener las lágrimas. Alastair había hecho un gran sacrificio por ella.

Y Caedra ni siquiera era consciente de hasta qué punto.

—Gracias, Alastair. Me alegro tanto de haber encontrado a alguien como tú...

Alastair resopló. Caedra lo notó a través de sus escamas y levantó la vista para mirarlo.

«Desconozco qué ves en un dragón tan gélido como yo», dijo él.

Ella frunció el ceño.

—Alastair, me has ayudado mucho y me has apoyado todo este tiempo. Habría muerto ya en varias ocasiones de no ser por ti —declaró con firmeza—. Es evidente lo mucho que te importo y todo lo que te preocupas por mí, incluso por Jay… Si los demás no son capaces de ver lo maravilloso que eres, es su problema. Yo lo veo…, y lo siento.

Alastair arqueó las cejas y su corazón se aceleró. Esbozó una casi imperceptible sonrisa, pero Caedra se dio cuenta y sonrió también.

«Gracias, Caedra».

Se sumieron de nuevo en el silencio. Caedra cerró los ojos y se relajó.

Alastair se quedó observándola, pensativo. El solo hecho de recordar aquel pasado que había cambiado, cuando ella había muerto en sus brazos, le provocaba un inmenso dolor, peor que si lo ataran con venenosas cadenas de umbrano. Pero no podía dejar de repetirse las últimas palabras de la zeafírea en su mente: «Te quiero». Era lo que le había dicho Caedra antes de morir, antes de que él viajara en el tiempo para salvarla.

A pesar de todo el tiempo que había pasado en la mente de la zeafírea, no había terminado de descifrar sus sentimientos hacia él. Caedra evitaba reflexionar sobre ello. Alastair, sin embargo, comprendió hacía mucho lo que significaba Caedra para él.

Estaba enamorado, pero no se atrevía a decírselo. Antes, su inmortalidad era lo que se lo impedía. Caedra se merecía estar con alguien que envejeciera con ella. Ahora, en cambio, no sabía si sería capaz de hacerla feliz…

Comprobó que la zeafírea se había quedado dormida. Le preocupaba lo desanimada que estaba últimamente, pero entendía que se sintiera de esa forma por su debilidad. Era consciente de lo importante que era para Caedra poder luchar, poder defenderse y poder proteger a sus seres queridos.

Él se conformaba con que estuviera viva. Pero haría todo lo posible para ayudarla a recuperarse y entrenar de nuevo sus poderes y habilidades para que ella se sintiera bien. Lo único que deseaba era que Caedra fuera feliz.

***

Ayla había escondido el rostro en las rodillas, hecha un ovillo en la esquina al fondo de su celda. Su-Nev llevaba varios días ya sin visitarla, por lo que nada rompía su angustiosa monotonía, y Leveann era cada vez más agresivo en sus intentos de borrarle la memoria. La dejaba con un dolor de cabeza casi permanente.

Echaba tanto de menos a Jay… No quería perder la esperanza de volver a verlo. Sin embargo, era difícil mantenerse optimista en sus circunstancias.

¿Le habría pasado algo a la denu?

Estaba a punto de quedarse dormida cuando escuchó un ruido tenue de pasos. Tiempo atrás no habría sido capaz de oírlos a esa distancia, pero, tras varios meses en las mazmorras, ya se había acostumbrado y sabía reconocer cuándo venía Su-Nev.

Se irguió y apenas unos segundos después apareció la chica de piel y pelo verdes. Se acercó a los barrotes y Ayla frunció el ceño al verla cabizbaja.

—Su-Nev —la llamó, contenta por volver a recibir su visita—. Estaba preocupada; llevabas varios días sin venir…

—Lo sé —murmuró ella, aunque no se disculpó. Tampoco había prometido ir a visitarla cada noche—. He estado pensando en varios temas.

Hubo unos segundos de silencio y Ayla, al fin, la instó a continuar:

—¿En qué?

Su-Nev suspiró pesadamente. Se llevó la mano al colgante en su cuello, para asegurarse de que el umbrano estaba en contacto con su piel, y la miró a los ojos.

—Creo que tienes razón.

El corazón de Ayla comenzó a latir más deprisa. Agarró los barrotes con las manos en un intento de acercarse a ella.

—¿Qué has visto?

Su-Nev agachó la cabeza.

—El otro día, mientras bajaba a las mazmorras, escuché voces en la lejanía. Me asomé y vi al oráculo supremo hablando con Denkuro y con otro zeafíreo…

Ayla frunció el ceño, apenada. Sabía a quién se refería.

—Loure, el hermano de Caedra.

Su-Nev asintió.

—He tratado de averiguar un poco más… Parece que está cambiado.

—No sabemos exactamente qué pasó con él —dijo Ayla—. Sospechamos que el oráculo supremo le borró la memoria, pero tiene que haber algo más… Al fin y al cabo, no muestra tampoco ningún tipo de emoción.

Ayla no conocía la explicación que Gavin dio a Jay y no podía ofrecer nada más a Su-nev.

Ella torció el gesto.

—Ya veo.

—¿Qué piensas hacer? —quiso saber Ayla, muy seria.

Su-Nev gruñó. Se cruzó de brazos.

—Está claro que una nunca puede fiarse de los humanos… —masculló—. Tendré que ver cómo marcharme de aquí.

Ayla se quedó en silencio, sin atreverse a pedir nada. Pero Su-Nev ladeó la cabeza y esbozó una sonrisa pícara, pues no era muy difícil de adivinar.

—Tranquila, Ayla, no me iré hasta que haya visto la manera de ayudarte a escapar.

Era lo menos que podía hacer por una amiga de Jay después de haberlo traicionado años atrás.

Ayla sintió que le temblaban las manos de la emoción. Su corazón se aceleró de nuevo.

—Eso… sería increíble.

¿Podría realmente salir de aquella prisión y volver con sus amigos? ¿Volvería a ver a Jay?

No imaginaba qué podría hacer la denu. Podría luchar contra los guardias y liberarla, quizás, de la celda… Pero ¿cómo saldrían del palacio?

Su-Nev también se había quedado pensando en un plan de acción. Ya sería complicado escapar sola; mucho más teniendo que llevar también a Ayla…

—Hay algo que podría facilitar la huida —dijo Ayla en un susurro. Su-Nev acercó su rostro al de la chica, curiosa—. Tenemos dos aliados, Makus y Silvary, que están aquí, en Luminaria. Usan un pasadizo para entrar y salir de la ciudad sin ser detectados.

Su-Nev frunció el ceño.

—¿Cómo podré dar con ellos?

Ayla torció el gesto y se apartó.

—No lo sé… No he visto nunca el pasadizo y no sé por dónde pueden estar. Se mueven por la ciudad, pero no se dejan ver.

—Entonces, no nos sirve de mucho.

—Lo primero será escapar del palacio. Luego, ya veremos cómo damos con ellos.

Su-Nev asintió con la cabeza, decidida.

—De acuerdo. Pensaremos estos días la forma de hacerlo. Cuanto antes se nos ocurra algo, mejor. El oráculo supremo quiere mandarme ya a Anthius; no tenemos mucho tiempo.

Ayla sabía que esa noche iba a ser incapaz de dormir. Revisaría todos los planos del palacio en su mente, estudiando posibles planes de fuga…

«Jay, voy a volver contigo», pensó, endureciendo la mirada.

Ahora ya nada iba a detenerla.

Capítulo 7: Cuerpo de cristal

Era su última semana de rehabilitación y Caedra estaba lejos de sentirse bien. Ya se movía casi con total libertad, pero su resistencia seguía siendo muy baja… y no podía volar.

Estaba en un combate de práctica con Jay. El chico le había devuelto sus abanicos; Caedra se alegraba de que se hubiera encargado de cuidarlos en su ausencia. Los utilizaba para desatar temibles ráfagas de aire, ya fueran vientos huracanados o afilados. Intentaba, también, disparar algún que otro rayo. Pero daba igual lo que hiciera. Su movilidad sin las alas, sumada a sus pocas fuerzas, era muy reducida. Se veía forzada a estar prácticamente estática, clavada en el sitio, y eso era una seria desventaja.

Sabía que Jay se estaba conteniendo y, aun así, la derrotaba casi sin dificultades. El chico no tenía la culpa, pero ella se sentía un tanto humillada.

«No es justo», pensó, frustrada consigo misma. Ahora no era mejor que cualquier soldado del imperio con conocimiento básico sobre sus poderes.

Le llevaría años trasladar su estilo de combate a uno en el que no podía volar. Se había adaptado a los abanicos y renunciado a su lanza, a la que seguía echando de menos, pero no poder volar… Lo veía como un obstáculo insuperable. Ella no era capaz de moverse con rapidez a pie, no lo suficiente para mantener el ritmo en un combate, y menos todavía ahora que no había terminado de recuperarse.

—Creo que ya es suficiente por hoy —dijo Jay cuando Caedra volvió a caer al suelo.

La zeafírea se quedó durante unos segundos así, boca arriba, mirando el cielo naranja del atardecer. Divisó una bandada de pájaros negros sobrevolándola, graznando para comunicarse entre ellos. Lo que habría dado por desplazarse por el aire de nuevo.

—¿Cai? —la llamó Jay al ver que ella no contestaba. Se acercó a ella y le tendió la mano.

Caedra la rechazó y se levantó por su cuenta, irritada. Jay arqueó una ceja. La zeafírea respiraba con pesadez.

—No. Aún no —dijo ella, estirando ligeramente las alas—. Continuemos.

Jay negó con la cabeza.

—Ya llevamos un par de horas y sabes que tienes que tomártelo con calma.

—No estoy cansada, Jay —mintió Caedra, forzándose a mirarlo a los ojos.

No podía parar. Estaba muy atrás; no sería más que un estorbo en combate. Tenía que recuperar la fuerza que había perdido cuanto antes.

Él frunció el ceño, no muy convencido.

—Si tú lo dices…

Retrocedió hasta el otro extremo del claro del bosque.

—Y tómatelo un poco más en serio, ¿quieres? —le pidió Caedra con cierta acidez, abriendo de nuevo sus abanicos.

Jay abrió la boca para protestar, pero calló al ver que ella ya había desencadenado una poderosa ráfaga en su dirección. Saltó a un lado para esquivarla y escuchó varias ramas cercenadas detrás de él.

Se detuvo durante solo un instante, pero Caedra se dio cuenta:

—¡No te pares!

Se sentía como cuando había entrenado a Ayla, solo que esta vez era ella la que estaba en desventaja. Y ella, a diferencia de Ayla, no tenía la habilidad de curarse.

Lo notó con claridad cuando fue golpeada por una onda de sombras. Trató de moverse para evadirla, pero, sin sus alas, no fue lo suficientemente rápida.

Gritó cuando su espalda chocó contra un árbol. Cayó al suelo con un golpe seco.

—¡Cai! —la llamó Jay, alarmado. Echó a correr hacia ella—. ¡Pensaba que lo ibas a esquivar! ¿Estás…?

—Sí —gruñó ella sin darle tiempo a acabar la frase. Jay se quedó quieto, confuso.

Caedra se levantó a duras penas, jadeando y utilizando el tronco como apoyo. Uno de sus abanicos se había quedado en el suelo.

Le ardían los pulmones y todo le daba vueltas; el bosque no era más que un torbellino de manchas verdes a su alrededor. Tenía el estómago revuelto y un desagradable cosquilleo recorría sus dedos. Sin embargo, su mayor malestar era emocional.

¿Por qué? ¿Cómo había acabado siendo tan débil?

Las piernas le temblaban. Se le estaban durmiendo las manos… El abanico que le quedaba se deslizó por sus dedos y acabó también en la tierra.

—¡Cai!

Parpadeó y soltó un quejido al ser atrapada por los brazos de Jay, que se había desplazado a su lado en un abrir y cerrar de ojos, adivinando lo que iba a suceder. Caedra ni se había dado cuenta de que estaba cayendo.

—Tranquila, te tengo —murmuró él, observándola con consternación. Parecía desorientada—. ¿Cai?

Ella cerró los ojos. Reposó la cabeza en el pecho de Jay y escuchó el latido acelerado de su corazón.

—Solo… necesito… descansar —logró decir a duras penas. Hasta hablar suponía ahora un esfuerzo. Ella, que había sido una temida combatiente en el pasado, reducida a esto.

Jay esbozó una sonrisa triste.

—Sabía que te estabas forzando demasiado. Vas a acabar haciéndote daño.

Ahora era él el que tenía que estar pendiente de ella. Caedra ahogó un sollozo; la amargura la envolvía como una neblina. Se suponía que era ella la guerrera veterana. Se habían cambiado los roles.

—Pero así no… Así no voy a poder… —Caedra jadeó. Su respiración era cada vez más entrecortada y rápida. Le temblaron las rodillas y Jay descendió al suelo con ella. La ayudó a sentarse y mantuvo las manos en sus brazos.

Sabía que tenía que actuar rápido. Y que él no debía perder la calma.

—Cai, tranquila. Respira hondo.

Ella trató de obedecer, pero solo se le escapó el sollozo que había estado conteniendo. Sus ojos se inundaron de lágrimas.

—No voy a poder protegerte, Jay. —El miedo, la rabia, la humillación y la decepción consigo misma se revolvían en su interior, desestabilizándola, empujándola al borde del precipicio—. No sirvo para nada. No…

—Cai —la interrumpió él de inmediato. La tomó de la barbilla para obligarla a mirarlo a los ojos. Se le encogió el corazón ante su expresión desolada—. Eres mucho más que eso. Tu valía no se reduce a si puedes protegerme o no, ¿entiendes? Yo te voy a seguir queriendo, más que…

Ella sacudió la cabeza, angustiada.

—No, Jay, no me lo voy a perdonar si te pasa algo y yo no puedo hacer nada y…

—Caedra —gruñó él. Puso de nuevo las manos en los brazos de la zeafírea y apretó los dedos —. Por favor, hazme caso. Terminarás por recuperarte. Tan solo tienes que tener un poco de paciencia. Yo puedo protegerme a mí mismo precisamente gracias a todo lo que tú, Alastair y mi padre me habéis enseñado, ¿de acuerdo? Así que no te preocupes por eso y tan solo céntrate en ponerte bien.

Caedra permaneció esta vez en silencio. Bajó la vista al suelo y se mordió el labio, parpadeando con ahínco. Las ácidas lágrimas eran obstinadas.

—Bien —dijo Jay, suavizando su tono—. Ahora, respira hondo.

Ella obedeció. Jay esperó unos segundos antes de ayudarla a ponerse de pie, aunque se mantuvo a su lado, por si acaso.

—Cai, en serio, no te tortures de esa forma —murmuró él, limpiando las lágrimas en las mejillas de su compañera, que se había quedado encorvada, sin mover los brazos—. Tómatelo con calma y, poco a poco, irás recuperando tus habilidades y poderes. Volverás a ser la temible guerrera que me secuestró y me arrastró a este mundo —bromeó, intentando animarla, y ella esbozó una pequeña sonrisa—. Hasta entonces, sin embargo, yo te sigo queriendo estés como estés. —Su propio corazón se aceleró al decir estas palabras. No solía expresarse con tanta libertad con ella, pero era lo que Caedra necesitaba escuchar—. Ninguno de nosotros te va a apreciar menos si no puedes luchar.

—Está bien —murmuró ella, pero su sonrisa se había borrado.

Jay suspiró con tristeza. Le frustraba no poder ayudarla tanto como quería.

—Vamos a descansar. Mañana será otro día —dijo, echando a andar.

Caedra dio un paso para ir tras él. Pero sus piernas fallaron y cayó de rodillas al suelo, ahogando una queja.

Apoyó las palmas de las manos en la tierra y apretó los puños. Agachó la cabeza y dejó que su largo pelo blanco ocultara la ardiente rabia en su rostro.

Era inútil. Odiaba ser tan débil. Todo su esfuerzo para volverse más fuerte a lo largo de los años, para vengar a Kendrij y para proteger a Jay e impedir que le sucediera lo mismo, no había servido de nada. Se sentía miserable, patética. Y estaba obligando a Jay a cuidarla, cuando

tendría que ser al revés.

Jay soltó una exclamación al mirar por encima del hombro y ver lo que había pasado. Fue junto a ella de inmediato y se agachó, reposando una mano en su espalda, entre las alas, que estaban rígidas y con las plumas crispadas.

Casi podía oír el enfado en la agitada respiración de la zeafírea.

—Cai, no puedes andar —dijo Jay, con una nota de angustia en su voz. Se arrodilló y le apartó el cabello de la cara para ver sus ojos. Una vez más, brillaban con lágrimas. Se le clavó una espina en el corazón—. Tranquila, yo te llevo.

—Déjalo, Jay —masculló ella—. No sirvo para nada.

Jay tensó la mandíbula al escuchar esto. ¿Por qué no dejaba de menospreciarse? Aquella no era la Caedra radiante y optimista que él conocía. Estaba apagada, hundida en un lago de tristeza y amargura que era cada vez más profundo.

Y no sabía cómo rescatarla en esta ocasión.

—Eso no es cierto, Cai —replicó, con los hombros tensos—. Sabes que no lo es. Siempre has podido con todo, y esto no será diferente.

Caedra apretó los dientes.

—Para ti es fácil decirlo…

¿Fácil? Jay espiró aire con brusquedad, sintiendo que le habían dado una bofetada. Después de aquellos meses de oscuridad perpetua, de angustia, de odiarse a sí mismo por haber sido el culpable indirecto de que ella hubiera acabado en ese estado, de ser incapaz de disfrutar lo más mínimo de la vida, de ahogarse en un mar de lágrimas cada día…

Jay intentó controlar la ira que estalló en su interior ante las palabras de la zeafírea. Realmente lo intentó.

Pero no fue capaz.

—¿Fácil para mí? —bramó, apartando la mano de la espalda de Caedra. Ella giró la cabeza bruscamente para mirarlo, sorprendida por su reacción—. ¿Te crees que ha sido fácil para mí ver que tu hermano te atacaba y yo no podía hacer nada para protegerte? —Estuvo a punto de añadir que la había visto morir, atravesada por una lanza. La terrible imagen seguía grabada a fuego en su memoria, atormentándolo con pesadillas. Respiró hondo y continuó—: ¿Te crees que han sido fáciles para mí estos dos meses, viéndote todos los días tumbada en la cama, sin reaccionar ante nada? ¿Escuchar a un curandero tras otro decir que no había nada que pudieran hacer por ti, temiendo que no fueras a despertar nunca más? —Jay sacudió la cabeza. La temperatura en el ambiente estaba subiendo, fruto de su rabia, y no podía controlarse—. ¿Te crees que es fácil para mí ver ahora cómo te torturas pensando que solo nos importas a Alastair y a mí por tu capacidad para luchar? ¿Por qué no puedes ver lo mucho que te queremos a ti, tal como eres, sin importar todo lo demás?

Caedra se había quedado con la boca abierta. Fue incapaz de reaccionar durante varios segundos en los que Jay trató de normalizar su respiración acelerada. Se había alterado demasiado; estaba a punto de echar humo y su rostro estaba rojo por el enfado.

—Tienes razón, Jay —murmuró Caedra, arrepentida. Sus palabras la habían impresionado. Agachó la cabeza, notando que la vergüenza caía como una maza sobre ella—. Lo siento. No

tendría que haber dicho eso.

Jay se llevó una mano a la frente para apartar el pelo que la cubría. Cerró los ojos unos instantes, suspiró profundamente y los abrió de nuevo.

—Yo también lo siento, Cai. No debería haberte gritado.

Alastair ya le había advertido sobre sus cambios de ánimo; llevaba experimentándolos a lo largo de todas esas semanas. Pero le dolía tanto ver a Caedra odiarse a sí misma de esa forma, cuando lo único que se merecía era ser tan feliz como en aquella falsa realidad que había creado…

El naranja del cielo ya estaba pasando a azul oscuro, permitiendo que empezaran a vislumbrarse las estrellas. Era tarde y tenían que volver.

Jay ayudó a Caedra, una vez más, a ponerse en pie. No se arriesgó, sin embargo, y pasó una mano por su espalda y otra por detrás de las rodillas, levantándola en sus brazos.

Ella ya no protestó. Apoyó la cabeza en su hombro y cerró los ojos. Estaba agotada.

Jay la observó de reojo mientras caminaba por el bosque. Le preocupaba mucho el estado de Caedra, ahora más el emocional que el físico. Esa situación había sido un duro golpe para ella. No podía culparla por su reacción, pero sufría igualmente.

Caedra era tan ligera que Jay no tuvo problema para elevar más sus brazos con ella, inclinar la cabeza y darle un beso en la frente. Caedra abrió los ojos, con un brillo de sorpresa en ellos y un tenue color rojo adornando sus mejillas. El corazón de Jay se aceleró, esta vez por la alegría de ver aquella expresión de felicidad en la zeafírea, por efímera que fuera.

—Vas a estar bien, Cai —le susurró, y Caedra se aferró a la calidez de sus palabras—. Confía en mí.

Jay estaba convencido de que Caedra acabaría por ser de nuevo aquella temible luchadora que él había conocido y que ella, aparentemente, necesitaba ser para sentirse completa. La ayudaría en todo, la acompañaría en cada paso y nunca la abandonaría. Solo tenía que conseguir que se lo tomara con calma, pues iba a ser un proceso largo y complicado.

Ni Jay ni Caedra se habían dado cuenta de que había alguien más escuchando su conversación. Djaka se adentró en el claro de árboles que acababan de abandonar, con el ceño fruncido.

Capítulo 8: A la luz de las estrellas

Caedra se arrastró hasta un acantilado a la mañana siguiente. No fue al que solía visitar con Jay, pues sabía que ese sería uno de los primeros lugares en los que la buscarían. En vez de eso, había ido al lado opuesto de la isla, a una zona casi despejada de vegetación.

Necesitaba estar a solas. Apenas le quedaban unos días de rehabilitación y se sentía muy lejos de considerarse recuperada. Era inútil. Sin fuerzas, sin alas…

Observó el fondo del risco. Las olas rompían con fuerza contra la pared de roca negra. Soplaba una intensa brisa marina que revolvía su largo pelo blanco de un lado a otro.

Se preguntó cuán profundo sería aquel mar verde azulado. Unas gotas de agua salpicaron sus mejillas y cerró los ojos.

—Espero que no estés pensando en saltar —dijo una voz femenina a sus espaldas.

Caedra levantó los párpados y giró sobre los talones. Se encontró a quien menos se esperaba: Djaka.

La mujer había sustituido hoy el último vestido granate, con el que la había visto, por uno azul igual de ajustado, a juego con su pelo, cuyos mechones también revoloteaban en torno a su cara por el viento.

Caedra frunció el ceño.

—No. Jamás insultaría a Alastair de esa manera después de que él haya sacrificado su inmortalidad por mí.

Djaka arqueó una ceja. Se mantuvo donde estaba, a unos metros de distancia, pero su voz era arrastrada con claridad por el aire.

—¿Solo por eso?

Caedra desvió la mirada de nuevo hacia el mar.

—Mi vida no tiene sentido si no puedo luchar y proteger a las personas que quiero.

¿Qué era un zeafíreo sin sus alas y sin sus poderes?

Djaka cruzó los brazos y se llevó el dedo índice a sus labios rojos, pensativa, observándola con detenimiento. Caedra ahora le daba la espalda.

Esa era la mortal de la que Alastair se había enamorado. Era la mortal que la había superado a ella, una dragona inmortal mucho más adecuada para Alastair… ¿Y qué se encontraba? A una chica sumida en la tristeza, abatida, con los hombros hundidos en un mar de desprecio a sí misma y unos ojos sin brillo en una mirada ausente.

Apretó los dientes. ¿Acaso valoraba lo que hacían los demás por ella?

—No entiendo qué ha visto Alastair en ti —comentó sin poder evitarlo.

Y Caedra la observó por encima del hombro, recuperando algo de vida en su expresión, pero no de la manera que Djaka habría esperado. Lo que brilló en sus ojos amarillos fue un gélido

desdén, demasiado similar al hielo de Alastair.

—Quizás sea el simple hecho de que yo no lo abandoné y no lo traicioné.

Caedra había animado en muchas ocasiones a Alastair a reconciliarse con Djaka tras ver que la dragona, a pesar de todo, seguía siendo importante para él. Caedra había sido quien lo había convencido de usar la pluma de Luvann para salvar la vida de Djaka.

Pero no por eso iba a permitir que Djaka la pisoteara. Y menos cuando su ánimo estaba tan bajo. Le daba igual lo poderosa que fuera.

Djaka había abierto los ojos como platos, enmudecida.

«Vaya. Veo que sabe hacer algo más que lamentarse», pensó, intrigada.

Suspiró con tristeza. Debía aceptar los sentimientos de Alastair. Ella tendría que buscar la felicidad en otro lado. Pero, mientras tanto, quería esforzarse en compensar el sufrimiento al que lo había conducido, con la esperanza de que la perdonara algún día y, al menos, fueran amigos.

—Alastair y ese mortal arriesgaron sus vidas para traerte de vuelta. Deberías apreciarlo.

Caedra arqueó una ceja al escucharla. Inclinó la cabeza, confusa.

—¿A qué te refieres?

—Tuvieron que adentrarse en tu mente para sacarte de los recuerdos en los que te habías perdido. Supongo que sabes lo peligroso que es esto.

Caedra se quedó con la boca abierta. Así que por eso no había despertado. ¿Cómo había sido tan estúpida?

Djaka dio media vuelta y se alejó por donde había venido. Caedra la observó marcharse con el ceño fruncido.

Y Djaka, por su parte, empezó a contemplar una idea un tanto inesperada.

***

Esa noche, Caedra era incapaz de dejar de dar vueltas en la cama. Rebobinaba una y otra vez su conversación con Djaka, consciente de que la mujer tenía razón, al menos, en algo: debía apreciar lo que habían arriesgado Alastair y Jay por ella.

Se le encogió el corazón. ¿Realmente había dicho que, si no fuera por el hecho de que Alastair había sacrificado su inmortalidad, habría saltado por el acantilado? Si bien era cierto que todo era más complicado ahora que no podía volar y que aún no había recuperado toda su fuerza, no era verdad que su vida no tuviera sentido. Jay y Alastair estaban con ella, habían luchado por ella y seguían dispuestos a darlo todo con tal de que fuera feliz…

Pero las lágrimas de la amargura no tardaron en invadir sus ojos, igualmente. Tan solo deseaba poder caminar a su lado siendo tan fuerte como ellos. Temía tanto quedarse atrás…

—¿No puedes dormir?

Era la voz, un tanto apagada, de Jay. Caedra se giró para mirarlo.

El chico estaba encorvado en la silla con los brazos cruzados. Aunque algunos mechones de pelo ensombrecían su rostro, y la luz que se filtraba por la ventana era escasa, Caedra distinguió a la perfección las marcadas ojeras y el brillo cansado en sus ojos, acentuado por sus hombros hundidos y la cabeza inclinada. No solo entrenaba duro todos los días que Alastair estaba en la

isla, sino que también descansaba menos al dormir en aquella silla, que no debía de ser muy cómoda. Por más que Caedra había insistido en que podía dormir sola, Jay no estaría tranquilo alejándose de ella. Y Caedra, como entendía que era un miedo que no podía combatir y que él se sentía mejor permaneciendo a su lado, lo dejaba.

—No —murmuró, un tanto avergonzada.

Jay se levantó con cierta lentitud; todavía notaba las agujetas de los agresivos combates de práctica. Hoy unas vendas adornaban sus antebrazos, pues se había pasado con el fuego blanco. Se inclinó sobre ella y frunció el ceño al captar el brillo de las lágrimas.

—Estoy bien —se apresuró a decir Caedra. Sabía que Jay necesitaba descansar—. Solo… no puedo parar de pensar.

Jay no necesitaba preguntar para saber qué la atormentaba. Torció el gesto.

—Te recuperarás, Cai.

—Ya lo sé, pero…

—Y no serás menos fuerte —la interrumpió él, adivinando lo que iba a decir—. Pero… —Se irguió y puso las manos en las caderas. Sacudió la cabeza. Era el momento de probar otro enfoque—. ¿Sabes qué? Te vienes conmigo.

—¿Qué…? —empezó ella. Jay pasó una mano por su espalda y otra por debajo de las rodillas, levantándola en sus brazos tal y como estaba, envuelta en la manta. Caedra se aferró a sus hombros, perpleja—. ¡Jay!

Él rio por lo bajo ante su expresión.

—¿Qué le pasa a mi intrépida zeafírea? ¿Acaso tiene miedo? —dijo, divertido, mientras iba hacia la puerta.

El corazón de Caedra se aceleró.

—Es solo que no sé a dónde…

—Espera y verás.

Caedra permaneció en silencio, notando que le ardía el rostro. Salieron al exterior y, cuando caminaban por las afueras del volcán, se atrevió a mirar a Jay. El chico mantenía la vista fija al frente. Su largo cabello revoloteaba con suavidad por la brisa nocturna, dejando despejadas sus facciones, endurecidas por el paso de los años. Había cambiado tanto desde que lo encontró en la Tierra, hacía tanto tiempo ya…

Le preocupaba que se estuviera haciendo daño al cargar con ella; las heridas en sus antebrazos eran muy recientes y las vendas no las protegían de la presión. Pero Jay no emitió queja alguna.

Llegaron a lo alto de su acantilado favorito. Jay se sentó en la base del pino bajo el que se habían acomodado en otras ocasiones. Caedra se quedó entre sus piernas, todavía envuelta en la manta. Jay la abrazó para protegerla del frío que provenía del mar.

Caedra respiró hondo, recostada en él, disfrutando del olor a sal.

—Mira —dijo Jay, señalando hacia arriba.

Ella siguió la dirección marcada por su dedo. Y se quedó con la boca abierta al ser recibida por aquel inmenso océano de estrellas. Los diminutos puntos de luz brillaban en tonos azules, violetas y rosas, vistiendo el cielo nocturno de una belleza exquisita, hipnotizándola hasta el

punto de contemplarlas mucho tiempo sin decir nada.

Jay se inclinó hacia delante para apoyar la barbilla en el hombro de Caedra. Sonrió al ver la fascinación plasmada en su rostro.

—Siempre están ahí, destacando mucho más que en la Tierra. Es algo que me llamó la atención desde el primer momento que vine a Gea.

—Son preciosas… —murmuró ella. Debía admitir que llevaba años sin detenerse a observarlas con calma.

—Es fácil olvidarse de las maravillas que hay a nuestro alrededor en medio de la vida tan complicada que llevamos —prosiguió Jay. Él había pasado esos meses envuelto en la oscuridad, atormentado por la ausencia de Caedra. Ahora ella había vuelto, y Jay estaba decidido a hacer todo lo que estuviera en sus manos para que la oscuridad no la envolviera a ella también—. Pero la naturaleza tiene muchos tesoros que ofrecernos. Tesoros que, afortunadamente, podemos compartir con aquellos a los que más queremos…

El corazón de Caedra se aceleró. Jay ensanchó su sonrisa al ver el rojo que coloreó sus mejillas.

Era tan reconfortante estar ahí, contemplando las estrellas recostada en Jay, rodeada por sus brazos, que por un instante Caedra se sintió tan ligera como si estuviera flotando en una nube, completamente olvidadas sus preocupaciones.

—Lo que es realmente una suerte… —dijo Caedra, casi sin darse cuenta—, es poder tenerte a mi lado y disfrutar contigo de algo así.

Fue el turno de Jay de sentir que su ritmo cardíaco aumentaba. Se echó hacia atrás para apoyar la espalda en el tronco, llevando a Caedra con él, y la zeafírea reposó la cabeza en su pecho, ahora con una suave sonrisa pintada en los labios.

—La vida es más que combatir, ¿eh? —dijo Caedra, dejando caer los párpados.

—Eso es lo que intento que veas, pero eres una cabezotita…

Caedra soltó una pequeña carcajada. Se echó hacia atrás para mirarlo a los ojos. Jay la observaba con ese profundo cariño que reservaba para ella, manteniéndose despierto para hacer que se sintiera mejor a pesar de lo agotado que estaba…

Caedra llevó una mano a su mejilla.

—Gracias por estar siempre tan pendiente de mí, Jay.

—No me des las gracias por eso, no es ninguna obligación —dijo él de inmediato—. Lo hago porque quiero. Y porque… —Acercó su rostro al de Caedra, que inspiró aire con brusquedad. Jay sonrió, si bien esta vez cierta tristeza se reflejó en sus ojos—. No hay nada que desee más que hacerte feliz, Cai. Bajaría esas estrellas que tanto te gustan para que no necesitaras volar hasta alcanzarlas. —Caedra dejó escapar una pequeña y alegre carcajada. La sonrisa de Jay se ensanchó, reconfortado al escuchar su risa—. Para que veas que puedo ser cursi cuando quiero. Pero es la verdad.

Una ligera sonrisa asomó en los labios de Caedra, conmovida.

—No tendrás que hacerlo. Ver las estrellas reflejadas en tus ojos es todo lo que necesito. —Fue el turno de reír de Jay, y la sonrisa de Caedra se tornó divertida—. Para que veas que yo también puedo serlo. Pero es la verdad también. —Se fue acercando hasta que sus labios se rozaron. Notó

que Jay se tensaba—. Jay, yo…

Jay subió la mano a su cuello, apartando los mechones blancos de Caedra para que cayeran por su espalda. Caedra sentía su cálido aliento acariciándole las mejillas, envuelta en su reconfortante olor a humo de hoguera. Su corazón latía cada vez más deprisa y, por la mano que mantenía en el pecho de Jay, sabía que no era la única.

—Cai —susurró él. Abrió la boca para decir algo más, pero Caedra llevó ambas manos a su rostro y lo atrajo hacia ella. Y Jay no opuso resistencia.

Se fundieron en un dulce y largo beso bajo la luz de las estrellas. Ambos cerraron los ojos, entregándose a la felicidad de aquel momento. Jay la estrechó, pegándola a él, y enredó los dedos en el cabello de la zeafírea. Ella había crispado las plumas de la emoción, disfrutando de la suavidad de los labios de Jay, que le transmitían la misma intensidad de las llamas. Y, al pensar en el fuego…, terminó por recordar su opuesto: el hielo.

Se separó para recuperar aire, pero lo hizo con más brusquedad de lo que le habría gustado. Y Jay la miró, incapaz de ocultar el dolor en sus ojos, recordando lo que había sucedido después de su primer beso. Fue como una cuchillada para Caedra.

—Jay —dijo en un suspiro, pegando su frente a la de él. Ambos jadeaban—. Perdóname, yo…

—Todavía no estás preparada —adivinó él, bajando la vista. No había enfado alguno en su tono, solo una tristeza que Caedra habría querido borrar de inmediato.

—Lo siento —balbuceó ella, notando que le ardían los ojos. No había sido capaz de contenerse y le había hecho daño. ¿Cómo había sido tan estúpida? Se alarmó al ver que unas lágrimas de resignación se deslizaban por el rostro del chico—. Jay, Jay —dijo con rapidez, llevando las manos a sus mejillas—. Mírame, por favor.

Él obedeció, no sin cierto temor ante lo que iba a encontrarse. Caedra lo observaba con una mezcla de amor… y angustia.

—Te quiero —prosiguió ella, deslizando los dedos por su piel. Jay sentía un agradable cosquilleo ante su tacto. Al escuchar sus palabras, se le cortó la respiración—. Te quiero —repitió, con más firmeza—. Es solo que…

Jay tensó la mandíbula cuando calló. Se forzó a mantener la compostura; no quería dejarse desbordar por la tristeza, no cuando su objetivo aquella noche había sido alegrar a Caedra.

Aun así, había algo que necesitaba saber:

—¿Es… por Kendrij?

Caedra lo miró con los ojos muy abiertos y se echó hacia atrás. Y Jay se preparó para que confirmara su mayor temor, para que admitiera que lo que ocurría era que lo confundía con él, para que quedara claro que siempre sería relegado por el espectro de su hermano…

Pero Caedra se apresuró a negar con la cabeza.

—¡No! —exclamó, casi con angustia. ¿Cómo no se había dado cuenta? Había dejado que Jay creyera, desde su primer beso, que se había apartado porque lo confundía con Kendrij… Y Jay, respetando su deseo de posponer la conversación sobre sus sentimientos, como ella le había pedido, había estado sufriendo en silencio—. Claro que no, Jay, yo… —Respiró hondo, tratando de organizar lo que quería decir—. Hace ya tanto que no pienso en Kendrij…

—¿No?

Ella se mordió el labio inferior.

—No. Al principio, lo que sucedía era que me sentía culpable; como si lo estuviera traicionando al superar los sentimientos que había tenido por él… Pero acabé por darme cuenta de que Kendrij habría querido que me enamorara de nuevo. —Acarició el rostro de Jay, que la observaba sin pestañear, esforzándose por escuchar sus palabras por encima del latido nervioso de su propio corazón—. De que habría querido que fuera feliz… —Suspiró pesadamente—. También fue difícil para mí asumir que no podía dedicar mi vida solo a vengarlo…

—Entonces… —habló Jay cuando ella calló, la presión en su pecho ahora mucho más ligera, puesto que se había quitado un gran peso de encima—. ¿Qué es lo que te impide…?

Caedra dejó caer los párpados. ¿Cómo le explicaba que la cuestión era que se había enamorado de dos personas y sentía que no sería justo para ninguno de ellos que eligiera estar solo con uno? No podría borrar sus sentimientos por el otro: el hielo y el fuego reinaban por igual en su corazón.

—Es… complicado. Pero, Jay… —Volvió a apoyar su frente en la de él y cerró los ojos, manteniendo las manos en sus mejillas—. Jay, Kendrij y tú sois muy diferentes para mí. Me enamoré de Kendrij cuando todavía era apenas una cría, y, aunque nunca dejaré de tenerle cariño, ahora veo que mis sentimientos por él permanecieron tanto tiempo arraigados en mí por aquel abrupto fin. —Se echó hacia atrás de nuevo. Quería mirarlo a los ojos—. Me he dado cuenta de que la manera de quererte a ti, Jay, es mucho más intensa. —Sonrió viendo que las mejillas de Jay se coloreaban de rojo—. Lo que siento cuando te beso… Esa felicidad supera a cualquier cosa que haya experimentado antes.

—A mí me pasa igual —dijo él, su voz apenas un susurro.

Caedra sintió mariposas en el estómago. Pero todavía tenía algo más que añadir:

—También me sentía culpable por esto —admitió—. Pero ya he aprendido que Kendrij simplemente llegó en una etapa diferente de mi vida. Y que no debo avergonzarme por este amor ya maduro que siento hacia ti.

Jay se quedó con la boca abierta. No había esperado que Caedra le dijera todo aquello y, aunque ya respiraba más tranquilo, su corazón seguía latiendo a mil por hora produciendo un cosquilleo que le recorría todo el cuerpo. Esta vez, sin embargo, era algo agradable, provocado por la calidez que florecía en su pecho.

—¿Qué es lo que te preocupa, entonces? —preguntó de nuevo, confuso.

Ella pasó una mano por su largo cabello blanco, echándolo hacia atrás. El conflicto se exacerbaba en su interior, y Jay lo percibió con facilidad a través de sus ojos. Aunque era incapaz de imaginar la causa.

—No… estoy preparada para hablar de ello todavía —susurró al final, casi con temor. Lo miró por debajo de las pestañas. Odiaba decepcionar a Jay…

Pero se encontró con que él la miraba con una suave sonrisa, más relajado al saber que su luz brillaba por encima de la sombra de su hermano.

—Está bien, Cai —dijo, abrazándola. Ella se dejó arrastrar por él, recostándose en su pecho—. Puedo esperar un poco más. Cuando tú estés lista.

Caedra parpadeó, asegurándose de que había escuchado bien.

—Jay, no te fuerces…

—No lo hago. Es cierto que nada me gustaría más que seguir besándote ahora mismo… —admitió con una sonrisa pícara—. Pero puedo esperar. —Había esperado meses desde su primer beso. Luego había esperado meses para que ella despertara. Eso, en comparación, no era nada—. Ante todo, quiero que tú estés cómoda y segura. Cuando sientas que es el momento adecuado, puedes hablarlo conmigo.

Y Caedra suspiró, más tranquila. Apoyó la cabeza en su hombro y cerró los ojos.

—¿Ves por qué soy tan afortunada de tenerte?

—No dirás lo mismo la próxima vez que decida hacerte cosquillas.

Caedra dejó escapar una pequeña carcajada. Se abrazó a él y sonrió cuando Jay le dio un beso en la frente. Las mariposas en su estómago, sin embargo, solo le recordaron su encrucijada.

La calidez de los brazos de Jay hizo que el sueño desconectara su mente con rapidez. Él apoyó la mejilla en su cabeza, estrechándola contra su cuerpo.

¿Cuándo estaría preparada para hablar con Jay? No lo tendría esperando eternamente, no sería tan cruel. Y no volvería a besarlo hasta haber aclarado sus sentimientos; no podía apartarse de nuevo y ver el dolor en aquellos ojos marrones que amaba.

Ojos de fuego. Ojos de hielo. No podía decidirse. Ni sabía si quería hacerlo. Sin Jay o sin Alastair, su corazón se marchitaría poco a poco, roto por una mitad…

¿Y si lo compartía con ellos? Pero ¿por qué iban a aceptar algo así? ¿Acaso era posible? ¿O era que su corazón estaba defectuoso? ¿Podrían comprenderla? ¿O ambos la apartarían de su lado?

Lo que tenía claro era que no soportaría perderlos, ni estropear su relación con ninguno de ellos, y menos cuando vivían en un peligro constante. Quizás lo mejor sería esperar a que hubieran acabado con el emperador…

¿Podría esperar tanto, sin embargo?

Jay tiró de la manta hacia arriba para cubrir los hombros de Caedra. Su respiración lenta y pausada indicaba que se había dormido. Él todavía sentía la electricidad en sus labios, y ahora no dejaba de dar vueltas a cuál podía ser el conflicto de la zeafírea.

Lo quería. Le había besado. No pensaba en Kendrij al verlo. Entonces, ¿cuál era el problema? Caedra confiaba en él para todo, ¿de qué podía tratarse para que no se lo contara? Estaba enamorada de él, pero no estaba preparada para que estuvieran juntos. ¿Qué impedimento podía haber ahora…?

La fría brisa marina echó su pelo hacia atrás. Jay cerró los ojos, dejando que le acariciara el rostro. Y los abrió de golpe, pensando en cierto tacto gélido.

¿Sería posible que Caedra también estuviera enamorada de Alastair? Tendría sentido, por la manera en la que ella se relacionaba con él. Y Jay sabía que Alastair quería a Caedra más que a nada.

Sin embargo, no hubo ardor alguno en su estómago por los celos. Continuó tranquilo, con Caedra en sus brazos, sintiendo su suave respiración contra su cuello.

Si lo confirmaba… Lo hablaría él mismo con ella; no quería que se angustiara más cuando él lo

aceptaría… Aunque todavía necesitara reflexionar sobre ello. Sus circunstancias eran especiales; los tres habían vivido juntos experiencias que los habían cambiado para siempre, uniéndolos de forma indisoluble. Lo más extraño era que sentía que no lo haría solo para que Caedra fuera feliz, por más que ella lo mereciera más que nadie…

Él también sería feliz de esa manera.

Capítulo 9: Una propuesta

Luvann se había marchado de vuelta a Zarested al concluir el mes de rehabilitación. Caedra ya podía moverse por completo y había recuperado la mayor parte de su fuerza, aunque todavía le quedaba trabajar la resistencia. Jay le había preguntado a Luvann antes de marcharse si les podría dar otra pluma, pero el fénix, ya transformado, le explicó que solo podía desprender plumas de ese tipo cada cierto tiempo.

Sorprendentemente, Djaka no se había ido todavía.

Jay era consciente de que era hora de ver cómo les iba a sus compañeros en Anthius y ayudarlos con la reconquista del reino, pero no quería alejarse de Caedra. Sabía que su estado era todavía delicado, y solo perderla de vista ya le provocaba una gran angustia. Al menos, la notaba más animada desde aquel momento a solas en el acantilado.

Alastair estaba de acuerdo en que era pronto para dejar sola a Caedra. Él continuaba haciendo viajes entre la isla y el continente para mantener a ambos grupos informados y ayudar en la toma de ciudades. Si seguían a ese ritmo, conseguirían llegar en pocas semanas a la capital, Antheria.

Jay tenía ganas de unirse a la rebelión, pero antes quería asegurarse de que Caedra se mantenía estable.

No habían vuelto a hablar del beso, pero tampoco había incomodidad alguna entre ellos. Sabían lo que sentían el uno por el otro. Lo único que faltaba era lo que Jay esperaba que fuera la conversación definitiva sobre ese tema.

Quería hablar con Alastair para ver qué pensaba él, pero no había encontrado el momento para hacerlo. Y era una cuestión muy delicada que le daba vergüenza sacar de la nada. No sabía muy bien cómo plantearlo…

Por ahora, Jay se limitaba a esperar.

Alastair y Jay se habían enzarzado en combates de práctica después de comer, mientras Caedra descansaba tras toda una mañana de entrenamiento. La zeafírea los observaba sentada en la tierra con la espalda apoyada en el tronco de un árbol, como de costumbre.

Solo habían pasado unos minutos cuando detectó una presencia a su lado. Caedra alzó la vista y se topó con los ojos naranjas de Djaka, que la contemplaban con diversión.

—Te veo un poco triste…

Caedra frunció el ceño.

—¿Has venido a burlarte de mí?

—En absoluto. De hecho, quería proponerte una cosa, si me acompañas un momento… —dijo Djaka con una sonrisa que no le inspiró mucha confianza a Caedra, que todavía no sabía qué pensar de aquella mujer. Sus intenciones no estaban nunca claras.

Se puso en pie y, tras recibir un breve asentimiento de Alastair y una mirada confusa de Jay, siguió a Djaka.

Caminaron en silencio hasta llegar a la playa. El mar volvía a estar tranquilo y la brisa marina las acarició con suavidad.

—Bien, antes de nada, necesito que no te hagas muchas ilusiones con lo que te voy a decir, porque no sé si va a funcionar —empezó Djaka, girándose para mirarla con una mano reposando en la cintura—. Dependerá de lo competente que seas.

—De acuerdo —asintió Caedra con sencillez, optando por no ofenderse, al menos por el momento. Se cruzó de brazos, esperando a que continuara.

—Imagino que tus alas son muy importantes para ti, ¿no?

Caedra entornó los ojos. ¿Qué clase de pregunta era esa?

—Soy una zeafírea —respondió con cierto mal humor. ¡Como si no fuera obvio! Tenía poca paciencia con Djaka después del comentario que había hecho el otro día.

Djaka, sin embargo, sonrió.

—Ya. También sería muy duro para mí perder mis alas.

Caedra enarcó una ceja. Era cierto, aunque la mujer las llevara ocultas en su forma humana, en realidad era una dragona.

—He estado pensando en ello y se me ha ocurrido una posible solución —continuó Djaka, cruzando las manos detrás de la espalda e irguiendo la barbilla para mirarla desde arriba, pues era incluso más alta que la zeafírea, como si quisiera marcar su superioridad—. Para ello, sin embargo, tendrías que aceptar una parte de mi poder.

—¿Una parte de tu poder? —repitió Caedra, confusa.

¿Qué sentido tenía todo aquello? ¿Por qué iba a compartir su poder con ella alguien como Djaka?

Tuvo un escalofrío al darse cuenta de algo.

—No… No lo quiero —dijo con rapidez, retrocediendo un par de pasos—. No quiero tener visiones.

La asustaba vislumbrar los posibles futuros y volverse loca si veía algo que no pudiera evitar, como la muerte de alguno de sus compañeros.

Djaka se acercó un poco.

—Tranquila, Caedra. No me refería a eso —le aseguró con suavidad—. Solo puedo otorgar el poder de la clarividencia a bebés recién nacidos; en adultos solo causaría daño en sus mentes.

Caedra respiró más tranquila y se dejó llevar por la curiosidad.

—Entonces, ¿a qué te refieres?

—Además de controlar el tiempo, mi otro poder es la afinidad al metal. Esto último sí que es un poder que podría otorgarte, aunque no niego que puede que te duela un poco, ya que lo haría mientras tú estás consciente y tu cuerpo adulto, al principio, lo rechazaría.

—Y… ¿qué ganaría yo con eso? —murmuró Caedra, confusa. Su principal problema era la falta de movilidad y tener que adaptarse a un estilo de lucha completamente distinto, uno que no dependiera de sus alas. Aparte de eso, no le faltaran recursos: tenía el viento y el rayo.

Djaka esbozó media sonrisa.

—¿Te interesaría si te digo que quizá así podríamos salvar tus alas?

Caedra abrió los ojos como platos. Su corazón latió más deprisa.

—¿Cómo?

Djaka rio, satisfecha, al captar su interés.

—El problema de tus alas es que el hueso ha quedado excesivamente debilitado. Si creamos una estructura de metal que se ajuste a ellas, un esqueleto metálico para tus alas, por llamarlo de alguna forma, podríamos solventar este problema. La cuestión sería que esa estructura tiene que moverse al mismo ritmo que tus alas; tiene que plegarse y extenderse junto a tus alas con cada movimiento que hagas. De eso te encargarías tú manejando el metal. Y así, si hubiera cualquier problema con el esqueleto metálico, también podrías solucionarlo.

Caedra se había quedado con la boca abierta. Era algo complejo, y la propia Djaka había dicho que no estaba segura de que fuera a funcionar, pero era una opción…

Supuso que sería complicado aprender a manejar el metal. Pero sería más sencillo, y más ilusionante, que pasarse años luchando por adaptarse a un estilo de lucha completamente diferente; a pasarse el resto de su vida sin volar.

La decisión era sencilla.

—Acepto.

—Va a doler al principio —le recordó Djaka.

—Lo soportaré —replicó Caedra sin dudarlo. Entornó los ojos—. Aunque… ¿Qué ganas tú con todo esto, Djaka?

Djaka frunció el ceño.

—¿Por qué tengo que ganar algo?

—No soy tonta; he percibido con claridad el poco aprecio que me tienes.

Djaka desvió la vista y torció el gesto.

—Eso es… —Apretó los labios y necesitó un par de segundos para pensar lo que iba a decir—. No tiene nada que ver contigo, en concreto. Es más bien… indirecto. Nunca he tenido en alta estima a los mortales…

—Ya, veo que eso es algo común en los inmortales —dijo Caedra con amargura, recordando la actitud de Alastair con ella cuando se conocieron.

—Y luego está Alastair… —prosiguió Djaka. Suspiró con tristeza y la miró a los ojos—. Ahora solo le importas tú. Me engañé a mí misma convenciéndome de que podría recuperarlo y acabaría olvidándote. Tras todos mis esfuerzos me estoy dando cuenta, al fin, de que eso no sucederá.

—Aun así, sigo sin comprender que de repente me ofrezcas tu ayuda.

Djaka apretó los dientes, frustrada. Giró la cabeza hacia el mar.

—¿Tan difícil es de creer que simplemente quiera ver feliz a Alastair? Si yo no puedo darle ya esa felicidad, si eres tú quien tiene ese poder ahora…, tendré que asumirlo. Y, si la felicidad de Alastair también depende de que tú estés bien, contribuiré a ello.

Caedra había arqueado las cejas, sorprendida. Dejó caer los brazos a los lados.

—Perdona, simplemente me cuesta fiarme de otros —murmuró la zeafírea. Ya había experimentado demasiadas traiciones en su vida.

Djaka se abrazó a sí misma y suspiró pesadamente.

—Eso lo comprendo. Pero lo que me hizo plantearme esta idea fueron, sobre todo, dos cosas.

—¿Cuáles?

—Vi tu conversación con Jay el otro día. Cuando lloraste por no poder luchar, por no poder volar…

El rostro de Caedra se coloreó de rojo. Odiaba que la vieran así personas en las que no confiaba.

—¿Nos espiaste? —masculló, avergonzada y ofendida.

—Fue un accidente; simplemente paseaba por allí y os escuché —se defendió Djaka—. Y la otra, cuando te vi en el acantilado.

—¿En el acantilado? —repitió Caedra, ladeando la cabeza, confusa.

—Sí, cuando me reprochaste lo que le había hecho a Alastair… Razón no te faltaba —admitió Djaka, con sus ojos naranjas ahora clavados en el suelo—. Me hizo ver que, aunque lo pareciera, no eras un caso perdido. Todavía te queda algo de chispa.

Caedra frunció el ceño.

—Supongo…

—Por tanto, solo te ofrezco esto porque quiero ayudarte —concluyó Djaka, levantando la vista para mirarla—. Sé que Alastair estará más tranquilo si eres capaz de luchar como antes.

Djaka se negaba a acabar como la Djaka de aquel futuro oscuro, sola, a punto de perder la cordura, aferrándose a un Alastair que nunca correspondería sus sentimientos. Iba a cambiar.

—De acuerdo —asintió Caedra, pero se mantuvo seria. Como había aconsejado Djaka, no se haría ilusiones todavía. Quedaba por ver si sería capaz de manejar el metal.

—Muy bien, acércate.

La zeafírea obedeció, aunque no sin cierto recelo, y se quedó frente a la mujer de pelo azul.

No perdía nada por intentarlo. En el peor de los casos, la idea de Djaka no funcionaría y todo estaría igual que antes…

—¿Estás preparada? —inquirió Djaka, alzando la palma de la mano izquierda. Esta se cubrió enseguida de extrañas gotas plateadas, como si fuera metal líquido.

Caedra tuvo un escalofrío.

—Sí.

—Espero que valores esto, mortal. En todos mis milenios de vida, jamás he compartido mi afinidad al metal con nadie —dijo Djaka, alzando la barbilla.

Igual que Alastair no había otorgado nunca sus poderes sobre el hielo y las sombras a nadie hasta que había llegado Jay.

—Siempre hay una primera vez para todo —contestó Caedra, intentando mentalizarse para el dolor que vendría a continuación. Estaba convencida de que había soportado cosas mucho peores

—. Pero te lo agradezco en el alma, Djaka.

La mujer esbozó una pequeña sonrisa. Y, sin previo aviso, estampó la palma de la mano en el pecho de Caedra, justo donde estaría su corazón. Las gotas de metal fueron absorbidas por la piel con rapidez, pasando a través de la tela de la camisa y las plumas que cubrían todo su torso.

Al principio, no pasó nada. Y, al segundo siguiente, Caedra sintió que toda su sangre ardía.

Capítulo 10: Voluntad de acero

Caedra viró en el aire y movió ligeramente los dedos. El metal en sus alas se adaptó de inmediato, respondiendo a la orden de plegado. Al completar el giro y tratar de estirarlas de nuevo, sin embargo, no consiguió actuar sobre el metal con la suficiente rapidez. Su vuelo se interrumpió y Caedra gritó al precipitarse contra el suelo, apretando los ojos.

El impacto no llegó. Alguien la había atrapado en sus brazos.

—No te bloquees si tu primer intento falla, mortal. Sigue moldeando el metal hasta que lo consigas.

Era la voz de Djaka. Caedra levantó lentamente los párpados, encontrándose el rostro de porcelana de su salvadora. Djaka la dejó en el suelo y Caedra se separó, impresionada. Tenía más fuerza de lo que parecía.

—¿Cómo consigues atraparme siempre que caigo? —inquirió Caedra, asombrada.

Había ocasiones en las que Djaka estaba en la otra punta de la playa, pues la zeafírea a veces se alejaba en sus ejercicios.

Djaka se llevó una mano a la cintura y le dedicó una sonrisa arrogante.

—Distorsiono el tiempo a mi alrededor; lo ralentizo o lo acelero. Es cuestión de hacer que todo vaya más despacio hasta que llego a ti.

Caedra arqueó las cejas. La mujer no dejaba de sorprenderla con sus poderes.

Echó un vistazo por encima del hombro a sus alas, estirándolas. Una fina capa de metal cubría todo el hueso, desde el nacimiento en su espalda hasta el final. Una diminuta tira del mismo material bajaba a la altura donde las plumas terciarias pasaban a las secundarias, y otra igual, pero más larga, donde las secundarias cedían el paso a las primarias. En general, el esqueleto de metal imitaba la estructura ósea de las alas membranosas de Djaka en su forma de dragón.

Djaka tenía que admitir que estaba impresionada con el rápido avance de la zeafírea, gracias a su esfuerzo y determinación. Pasaban prácticamente todo el día entrenando: por las mañanas, Caedra practicaba el control del metal, manejando distintos objetos de este material, alterándolos y moldeando su forma; a mediodía, realizaba ejercicios de vuelo, que incrementaban gradualmente su complejidad; y, por la tarde, realizaba maniobras más complicadas para mejorar la velocidad a la que era capaz de gobernar el metal.

***

Djaka acababa de estampar su palma en el pecho de la zeafírea. Observó que su cuerpo absorbía con rapidez las gotas de metal y se apartó, lista para ignorar la agonía de Caedra.

Arqueó una ceja al percibir claramente que Caedra a duras penas lograba contener un grito desgarrado. Había apretado los puños y los ojos; su mandíbula estaba en tensión y la sangre brotaba de donde se había mordido el labio. Las gotas de sudor se deslizaban por su rostro, pero ella se esforzaba en ocultar todo su dolor.

«Puede que sea más fuerte de lo que pensaba». Pero Djaka nunca diría esto en voz alta.

El proceso se completó al cabo de unos minutos y Caedra resolló, sin haber gritado en ningún momento. Cayó de rodillas sobre la arena, tratando de calmar su alterada respiración. Se limpió con el dorso de la mano las lágrimas que se le habían escapado y la sangre que se deslizaba desde su labio.

—¿Ya… está? —quiso saber, mirándola por debajo de las pestañas.

—Sí —confirmó Djaka—. Has aguantado mejor de lo que esperaba.

***

Caedra había demostrado una gran resistencia desde el principio. A Djaka le gustaba esa cualidad de la zeafírea.

Habían avanzado rápido a lo largo de esas dos semanas. A Caedra le resultó más sencillo el manejo del metal que de la electricidad. El metal era un elemento, según Djaka le había explicado, más asociado a la calma que a la furia. Por tanto, se adecuaba mejor a la afinidad al viento nativa de la zeafírea.

Habían pasado los dos primeros días, desde el amanecer hasta el anochecer, centradas en que Caedra aprendiera a mover el metal. Luego, otros dos para moldearlo y cambiar su forma. Al quinto día, Djaka había materializado aquel esqueleto de metal del que ahora dependían las alas de Caedra. El sexto día Caedra lo había dedicado a familiarizarse con esa estructura, moviéndola a su voluntad. Y, desde el séptimo día hasta entonces, habían establecido ya la rutina de entrenamiento que estaban siguiendo en ese momento.

Fue también, el séptimo día, cuando Caedra había volado de nuevo por primera vez.

***

Era temprano por la mañana. Tan pronto que el sol apenas estaba empezando a asomar como una tímida mancha naranja por la línea del horizonte.

Soplaba una brisa fresca. Caedra tuvo un escalofrío, con las plumas crispadas.

—Ánimo, Cai —le dijo Jay, que caminaba junto a ella—. Estoy seguro de que saldrá bien.

Se dirigían a la playa, donde habían quedado en encontrarse con Djaka y Alastair para la prueba del primer vuelo de Caedra.

Jay todavía no sabía qué pensar de Djaka. Pero parecía que estaba ayudando a Caedra… Desde luego, lo que menos había esperado una semana antes era que la zeafírea fuera a buscarlo para contarle que ahora controlaría el metal. Si, efectivamente, conseguía que Caedra volara de nuevo, Jay le estaría eternamente agradecido.

Llegaron a la playa, donde divisaron a una mujer de larga cabellera azul oscuro y a un hombre de pelo blanco. Ambos se giraron para recibirlos.

—¡Buenos días, mortal! —la saludó Djaka, claramente animada.

Jay se preguntó qué tendría a la mujer de tan buen humor.

Caedra se limitó a asentir con la cabeza. Jay sabía que era porque estaba nerviosa, pero encontró divertido el parecido con la forma de saludar de Alastair.

Cogió la mano de Caedra y la apretó durante unos instantes, tratando de infundirle ánimos, antes de soltarla.

—Sé que podrás —le susurró antes de ir junto a Alastair.

Caedra respiró hondo. Se detuvo frente a Djaka.

—Estoy preparada.

—Muy bien. Solo tendrás que poner en práctica lo que te he enseñado estos días. En tu primer vuelo me ocuparé de ti, ¿de acuerdo?

Caedra ladeó la cabeza, confusa.

—¿Cómo?

Djaka le guiñó un ojo.

—No te preocupes, me anticiparé a tus movimientos.

***

Caedra entendía ahora las palabras de Djaka: la distorsión del tiempo. Habría visto sus movimientos con gran lentitud y analizado cómo iba a querer mover las alas.

Aquel primer vuelo después de tantos meses había sido increíble. Jay insistía en que su sonrisa había sido la más luminosa que había visto desde hacía mucho tiempo.

***

La sensación de estar volando de nuevo era indescriptible. Caedra no terminaba de creérselo. ¿Y si estaba soñando?

Pero el frío de la mañana que azotaba su piel era muy real. Aquello estaba sucediendo de verdad.

No notaba que sus movimientos fueran más pesados. Le había preocupado que el metal entorpeciera sus alas, pero era tan ligero que casi ni lo sentía.

Fueron solo unos minutos, pues le daba miedo cometer algún error si lo alargaba más tiempo. No necesitaba más por el momento; se conformaba con saber que había recuperado la capacidad de volar.

Lo primero que hizo al aterrizar fue lanzarse a abrazar a Jay. El chico, que la había visto venir, estuvo preparado para su impulso y solo tuvo que retroceder un paso para no caerse. Rio con suavidad.

—¡Enhorabuena, Cai! —la felicitó, estrechándola también entre sus brazos.

Caedra se separó de él y le dedicó una radiante sonrisa que le aceleró el corazón. Llevaba mucho tiempo sin ver esa alegría en su rostro.

Caedra se giró hacia Alastair para comprobar, no sin cierta sorpresa, que el hombre de hielo estaba sonriendo también, aunque se mantuvo en silencio.

—No ha estado nada mal —dijo Djaka, asintiendo para sí, satisfecha.

Caedra la miró. Sonrió ya con más calma, si bien el cosquilleo de la emoción permanecía en sus dedos.

—Muchas gracias, Djaka. Me has devuelto la capacidad de volar.

—He de decir que estoy impresionado —habló, al fin, Alastair. Volvía a estar serio, aunque por dentro el hielo se había derretido en el mismo instante en que contempló la felicidad de

Caedra—. Has hecho un gran trabajo, Djaka.

Caedra observó con cierta diversión cómo las mejillas de la mujer se coloreaban de rosa.

—Yo… No ha sido nada, Alastair —murmuró con timidez, algo que no le pegaba en absoluto, pues Caedra se había acostumbrado a verla siempre llena de confianza.

***

Caedra llegaba ahora al punto en el que se estaba estancando y ya era más difícil evolucionar. Pero Djaka le había advertido de que sería lo que sucedería: avanzarían con rapidez al principio hasta que llegara un momento en el que ya progresarían más despacio.

Ese momento llegaría cuando Caedra tratara de reaccionar con más rapidez y manejar el metal a mayor velocidad. Era complicado.

Pero no se desanimó por ello en absoluto. Ya dominaba lo básico, así que era cuestión de seguir entrenando. Ahora que había recuperado su capacidad de vuelo, nada iba a detenerla.

Hicieron otros cinco intentos de maniobras complicadas en el aire antes de que Djaka decidiera que se tomaran un pequeño descanso. Fueron a sentarse a la sombra de una palmera. Caedra aprovechó para observarla de reojo.

Era curioso que, incluso para entrenar, la mujer vistiera siempre con un lujoso vestido, en esa ocasión de color blanco. Caedra se preguntó dónde los guardaba todos.

***

—¡Vamos, mortal, muévete más deprisa! ¿Acaso esperas que tu enemigo te dé todo el tiempo que necesitas para realizar los ajustes en el esqueleto de tus alas?

Nuevo día de entrenamiento, nuevo día aguantando los comentarios de Djaka.

—¿Qué haces moviendo de esa forma el pobre metal? ¿Es que quieres romperlo?

A pesar de que solía hablar con tono despectivo, a Caedra no se le escapaba la sonrisa de orgullo que iluminaba el rostro de Djaka siempre que completaba con éxito un ejercicio.

—¡Dale una estructura al metal, mortal! ¡No puedes ser tan inútil para pensar que el metal es igualito a tu viento!

En vez de desmotivarla o irritarla, los comentarios de Djaka animaban a Caedra a seguir adelante, dispuesta a demostrarle de lo que era capaz. Por algo había sido temida en su época de guardaespaldas; por algo había considerado el oráculo supremo una prioridad eliminarla.

—Pero ¿qué haces? ¿Te crees que el metal es agua? ¡Solidifícalo antes de que se evapore de esperar tanto! ¡De verdad, estos mortales…!

Y así pasaba Caedra todo su tiempo de entrenamiento, por lo que hoy no era diferente a los demás días.

—Oh, vamos, ¿quieres ser más agresiva en tus movimientos? El metal no te va a hacer daño; de eso ya se encargarán tus enemigos como sigas tardando tanto en lanzarte a la ofensiva.

Caedra se había planteado muchas veces escribir un libro recopilando todos los comentarios que iba soltando Djaka. Así lo leería en el futuro y reiría al recordar esos momentos.

—¡No es tan difícil saber la diferencia entre la composición del hierro, acero, estaño, cobre, plata…! ¿Cómo no os enseñan algo tan básico nada más nacer? ¡Los mortales no tenéis las

prioridades nada claras!

Caedra puso los ojos en blanco.

Al caer la tarde, sin embargo, se encontró con una sorpresa al terminar la última ronda de maniobras de vuelo.

Acababa de aterrizar. Vio que Djaka tenía algo en sus manos. Algo que no estaba ahí un par de horas antes.

—Tengo un regalo —dijo Djaka, elevando el brazo y, en él, el arma que había empuñado—. Esto es para ti.

Caedra se quedó con los ojos muy abiertos, reconociendo de inmediato lo que Djaka le ofrecía.

Su astil era largo y fino, de color rojo oscuro. Tenía varias anillas doradas en el punto donde se unía a la cuchilla plateada, de ancha superficie y mínimo grosor, rematada en una afilada punta que resplandecía bajo la luz del sol.

Una lanza.

Caedra la recibió en sus manos cuando Djaka se la tendió, todavía boquiabierta, examinándola más de cerca. El metal del astil tenía grabadas las siluetas de varios pájaros. Un detalle muy discreto, pero que demostraba una minuciosa y experimentada labor.

—He decidido que ya es el momento de que practiques con armas de metal y, aunque también practicaremos con tus abanicos, sé que esto ya te es familiar y es con lo que siempre te has sentido más cómoda —explicó Djaka—. Yo soy más de guadañas, pero Alastair insistió en que una lanza sería lo mejor para ti… Y como ahora puedes volar con libertad de nuevo…

Calló de golpe al notar que la zeafírea la rodeaba con sus brazos.

—¡Gracias, Djaka! —exclamó Caedra, con una sonrisa de oreja a oreja—. ¡Es preciosa!

En condiciones normales, todavía estaría lejos de confiar en la mujer; pero después de esas dos semanas de intenso entrenamiento en las que la había ayudado a volar de nuevo, a recuperar la autoestima y a volverse más fuerte, Caedra había decidido hacer una excepción. Tampoco la habría abrazado en otras circunstancias. Pero la emoción había podido con ella en ese momento.

Djaka se quedó rígida por completo, con los brazos pegados a sus costados y atrapados por los de la zeafírea.

—Qué… ¿Se puede saber qué estás haciendo, mortal? —logró balbucear Djaka, acalorada. Le ardía el rostro.

Caedra rio y se apartó. Sus carcajadas aumentaron ante la expresión perpleja de Djaka.

—Lo siento. Es solo que estoy muy contenta. Muchas gracias por el regalo, Djaka, de verdad.

—Y-ya… Tan solo no vuelvas a hacer eso sin avisar, ¿vale? Quién sabe si no le afectará a mi piel de inmortal el contacto con una simple mortal… —murmuró Djaka atropelladamente antes de darle la espalda.

Pero Caedra logró ver su sonrojo. Rio esta vez en silencio, divertida ante la vergüenza de Djaka.

Estaba entusiasmada por empezar a practicar también con armas. La lanza, además, era el símbolo de que su vuelo, al fin, volvía a ser el de siempre. Ni tenía las alas rotas, ni sus huesos, fortalecidos con el metal, eran ya frágiles. Había tenido que cambiar a los abanicos porque la

debilidad en sus alas impedía las maniobras más complicadas necesarias para la efectividad de la lanza.

Ahora había recuperado esa capacidad.

La lanza le permitiría crear ráfagas de aire afilado, y ya no necesitaría los abanicos para eso. Sin embargo, los abanicos seguían siendo muy útiles para crear vientos huracanados y mandarlos a gran velocidad contra sus enemigos. Controlando el metal, ya no tendría dificultades a la hora de recogerlos.

—Esa lanza la he hecho yo misma… —confesó Djaka una vez se hubo calmado, girándose hacia ella de nuevo. Se cruzó de brazos y alzó la barbilla—. Espero que lo aprecies. Porque no cualquier mortal tiene la inmensa fortuna de recibir un regalo creado por un inmortal, ¿sabes?

Caedra esbozó una radiante sonrisa. La oscuridad, la rabia y la angustia se habían disipado por completo de su corazón. Volvía a albergar la luz de la esperanza por el futuro y, aunque era consciente de que todavía le quedaba un largo camino hasta ser realmente capaz de combatir como antes, este era el primer paso hacia una recuperación ya segura. No se quedaría atrás. Lucharía de nuevo junto a Jay y a Alastair.

Y podría protegerlos.

—Lo sé y lo aprecio, Djaka.

***

La noche se cernía sobre Ganthia cuando Caedra entró en la casa del maestro Shidan. Divisó a Jay esperándola en la mesa de la cocina, alumbrado por la tenue luz naranja de una vela.

—¿Qué tal tu día hoy, Cai? —inquirió, y arqueó las cejas al ver lo que empuñaba la zeafírea en su mano derecha—. ¿Se puede saber qué es eso?

—Una lanza —contestó Caedra con sencillez.

Jay gruñó.

—¿En serio? —ironizó. Se echó hacia atrás en el respaldo de la silla y cruzó los brazos—. ¿De dónde la has sacado?

—Me la ha regalado Djaka —respondió Caedra, alegre—. ¿A que es bonita?

—Es preciosa —asintió Jay tras observarla durante un par de segundos.

—Estoy impaciente por volver a usar una lanza —comentó ella mientras la dejaba apoyada en la esquina. Se sentó junto a Jay.

Él sonrió. Se le notaba cansado. Él también pasaba los días entrenando con Alastair, pero había querido esperar a que ella volviera para comentar el día, como hacían cada noche.

—Sé la ilusión que te hace, Cai. Me alegro mucho.

Había estado muy preocupado por el estado emocional de la zeafírea, temiendo que volviera a caer en picado, aun después de su conversación en el acantilado, bajo las estrellas. Pero desde que había adquirido la capacidad de manejar el metal y había recuperado el vuelo, su ánimo no había hecho más que ascender.

Y ahora tenía delante de él a la Caedra que conocía y más quería, feliz y radiante. Podía respirar tranquilo.

Sin embargo, como la zeafírea ya estaba estable, era el momento de que él se pusiera en marcha.

Jay se inclinó hacia delante, apoyando los codos en la mesa.

—Cai —empezó, y Caedra frunció el ceño al escuchar su tono serio—. Tengo que volver a Anthius.

Se acercaba la hora de tomar la capital del reino, Antheria. Y Jay quería estar allí para prestar su ayuda, era lo mínimo. Si la capital caía, tenía la esperanza de que el emperador, al fin, se lo tomara en serio y mandara una buena parte de sus tropas a detenerlos. Y, entonces, se infiltraría en el palacio… para rescatar a Ayla.

Ahora que Caedra estaba mejor, Ayla volvía a ocupar buena parte de sus pensamientos. Le preocupaba lo que el oráculo supremo le hubiera podido hacer. ¿Y si Ayla creía que la habían abandonado?

Caedra hundió los hombros.

—Está bien… ¿Puedo ir contigo?

Jay esbozó una sonrisa triste.

—Sabes que no, Cai. Además, tienes que seguir entrenando con Djaka.

Caedra suspiró profundamente. Se irguió de nuevo. Se conformaba con saber que dentro de no mucho ella también podría unirse a la lucha.

—Sí, lo sé. —Lo miró a los ojos—. Ten mucho cuidado, Jay, por favor. Alastair irá contigo, así que haz caso a todo lo que él te diga.

—Sé cuidar de mí mismo, Cai —replicó Jay, divertido—. Pero está bien. Ten cuidado tú también y no te fuerces más de lo necesario, ¿vale? Llevas buen ritmo, así que no te agobies.

Ella sonrió.

—Gracias, Jay.

***

Djaka se sorprendió al detectar una familiar y gélida presencia acercándose a ella. Se había tumbado en la playa en su forma de dragón, entre sus dos palmeras favoritas, y no había esperado visita. Solía ser más bien ella quien iba a buscar a Alastair.

El dragón blanco se paró frente a ella. Djaka se levantó y sacudió sus escamas azul oscuro de la arena.

—Alastair, ¿qué te trae por aquí? —inquirió, confusa.

No había necesidad de usar la telepatía con él; ambos tenían su propio lenguaje como dragones.

—Solo quería darte las gracias —dijo Alastair. Su tono no era exactamente cálido, pero tampoco era tan frío como de costumbre—. Por todo lo que estás haciendo por Caedra.

Djaka arqueó las cejas. La última vez que Alastair le había dado las gracias por algo había sido milenios atrás…

—Es lo mínimo que podía hacer. Ahora he comprendido, al fin, lo mucho que significa ella para ti.

—Si estás haciendo esto con la esperanza de que vuelva contigo… —amenazó Alastair,

erizando las plumas del cuello.

Djaka se apresuró a aclarar la situación interrumpiéndolo:

—No, no te preocupes. Ya he asumido que… la quieres a ella.

Con todo lo que había dado y sacrificado Alastair por la zeafírea, estaba claro que Caedra sería siempre su prioridad.

—Me alegro —dijo él, aunque se mantuvo serio—. En ese caso, Djaka, aprecio tu ayuda. Has triunfado donde Jay y yo lo teníamos muy complicado. No veía la manera de sacar a Caedra de ese estado…

Había llegado a estar realmente afligido, hasta el punto de que temía perderla de vista.

—Caedra tiene un espíritu guerrero, Alastair, y necesita luchar y sentirse capaz de proteger a aquellos a los que quiere. Estaba claro que esta era la única forma —respondió ella con suavidad.

Era curioso, pero a lo largo de esas semanas ella también había empezado a apreciar, poco a poco, a la zeafírea. Aunque todavía se dirigía a ella como «mortal», ya usaba su nombre en las conversaciones que tenía con Alastair.

Caedra, una vez le había concedido la oportunidad, había demostrado ser fuerte. Su inteligencia brillaba en su rápido aprendizaje en el control del metal. Y sabía pensar a la hora de actuar.

Iba entendiendo por qué Alastair se había fijado en ella. Y Djaka tenía que admitir que, aunque se había esforzado en ocultarlo, le había hecho ilusión que a Caedra le hubiera gustado tanto su regalo.

—Quiero pedirte un favor, Djaka.

La dragona ladeó la cabeza, confusa.

—¿De qué se trata?

—Jay y yo vamos a marcharnos a Anthius. Desconozco el tiempo que tardaremos en volver, pero no será menos de dos semanas, quizás hasta un mes. ¿Cuidarás de Caedra?

Alastair sabía que la zeafírea ya volvía a estar anímicamente bien, lo cual lo tranquilizaba en gran medida. Pero, aunque estaba recuperando su fuerza con rapidez, seguía siendo vulnerable si atacaban Ganthia mientras no estaban, como ya había sucedido hacía meses.

Y continuaba pendiendo sobre ellos el asunto de que el destino se esforzaría en corregir el cambio que habían realizado en el pasado…

Djaka también era consciente de esto.

—Te prometo que cuidaré de ella, Alastair. Puedes estar tranquilo, no dejaré que le pase nada —contestó ella con firmeza.

Alastair no dijo nada, pero Djaka leyó con facilidad el brillo de agradecimiento en sus ojos de hielo. No importaba el tiempo que pasara; conocía muy bien sus reacciones después de haber estado juntos durante milenios.

***

Al regresar al risco donde pasaba las noches, Alastair no se sorprendió al ver a Caedra esperándolo. Sabía que Jay le habría contado que iban a marcharse.

—Alastair —lo llamó ella—. ¿Dónde estabas?

Había temido por un momento que el dragón no quisiera despedirse antes de partir a la mañana siguiente con Jay.

Alastair se envolvió en un brillo blanco y regresó a su forma humana.

—Hablando con Djaka.

—Pues menos mal que has vuelto. Me preocupaba no verte antes de que os fuerais… —confesó Caedra. Lo miró a los ojos—. Ten cuidado… Y cuida también de Jay, por favor.

—Lo haré, Caedra, no te preocupes.

—Claro que me preocupo. Sois las dos personas más importantes para mí y no puedo acompañaros —murmuró ella, bajando la vista. No podría cubrirles las espaldas ante un posible peligro…

Alastair frunció el ceño. La observó durante unos segundos, acostumbrándose todavía a verla con aquel esqueleto de metal en las alas. Le daba un aspecto aún más intimidante.

—Estaremos bien —le aseguró para tranquilizarla—. Céntrate en seguir entrenando con Djaka. Estás progresando mucho.

Una pequeña sonrisa adornó los labios de Caedra al escucharlo.

—Espero impresionarte con todo lo que he avanzado cuando vuelvas.

—Estoy seguro de que lo harás —dijo, sonriendo, aunque Caedra no se dio cuenta, pues había desviado la vista al mar.

—Es curioso lo fácil que es manejar el metal en comparación con la electricidad —comentó ella en voz baja. Observaba las olas rompiendo con suavidad en la orilla.

Alastair gruñó.

—Eso es porque no me haces caso, Caedra, e insistes en tirar de tus emociones para controlar los elementos. Es la debilidad de todo mortal.

El único mortal capaz de superar esa limitación había sido Jay, cuando le enseñó a usar el fuego blanco.

Ella suspiró pesadamente.

—Lo sé, Alastair, pero es demasiado complicado para mí. Son años de combate con esa mentalidad arraigada.

Era cierto que Jay, en ese aspecto, había sido más moldeable. Alastair, sin embargo, no quiso presionarla. Ya no era tan duro con la zeafírea como antes.

Iba a echarla de menos el tiempo que se ausentaran para combatir en Anthius y tomar, al fin, la capital. Pero era necesario si querían avanzar en su objetivo de derrotar algún día al emperador. Alastair todavía tenía pendiente su venganza con Saekish, y sabía que Caedra no descansaría hasta vengar el asesinato de Kendrij matando al emperador.

Tan solo esperaba que ambos sobrevivieran a esa batalla.

Como si le hubiera leído el pensamiento, la zeafírea preguntó:

—¿Qué harás cuando todo esto termine, Alastair?

Él frunció el ceño y permaneció varios segundos en silencio. Caedra ladeó la cabeza para mirarlo, esperando una respuesta.

—Permaneceré a tu lado… Por lo que dependerá de lo que quieras hacer tú —contestó al fin.

El corazón de Caedra se aceleró. Sus palabras eran tan reconfortantes como las llamas de una hoguera. Que Alastair quisiera estar con ella significaba mucho. Se había convertido en alguien imprescindible, y ya no concebía la vida sin Jay o sin Alastair. Pero era lógico, los necesitaba a ambos por igual.

Sin embargo, ¿cómo podría plantearles esta situación? Estaba claro que no era el momento de hablar de ello. Se marcharían al día siguiente, por lo que encerró el dilema en un rincón de su mente.

—Así que lo que yo quiera… —murmuró, con una sonrisa pícara. Alastair arqueó una ceja—. Lo primero que haré será llevarte a la Tierra a probar el helado.

A Alastair se le escapó una pequeña sonrisa. Le alegraba que Caedra hubiera recuperado su buen humor y que lo mantuviera aun sabiendo que se irían al amanecer.

—No sé por qué, me esperaba algo diferente.

—Bueno, ya tendremos tiempo para pensar después —dijo ella, encogiéndose de hombros y alzando la vista para mirar la luna.

Alastair contempló su rostro iluminado por la pálida luz. Veía su perfil izquierdo, el que estaba marcado por la cicatriz. Sería un recordatorio permanente de la horrible experiencia en aquel mundo, Titaia… Pero también fue el momento en el que él empezó a abrirse a ella. Cuando comenzó a llamarla por su nombre. Cuando se dio cuenta de que podía llegar a apreciarla…

Y así había sido. Había acabado queriéndola más que a su propia vida. A esa zeafírea, tan insignificante para él al principio, que le había tendido la mano y lo había ayudado a recuperar no solo su cuerpo, sino también la ilusión por existir.

Caedra había agachado la cabeza al notar que el agua alcanzaba sus pies. Esa ola había entrado en la playa con más fuerza que las otras.

Abrió los ojos con sorpresa al notar unos labios fríos en su frente. Alastair no tardó en apartarse, pero ese breve instante había sido suficiente para que el corazón de la zeafírea latiera a mil por hora. Consciente de que Alastair lo escucharía, el rostro de Caedra comenzó a arder…

—Alastair… —murmuró ella, emocionada por aquel gesto que venía de alguien que rechazaba el contacto físico. Se llevó una mano al pecho y se atrevió a mirarlo, con agradables mariposas revoloteando en el estómago.

A pesar de sus ojos de hielo, la calidez la invadió por dentro al ver que Alastair sonreía. Se envolvió en un brillo cegador. Cuando se apagó, un impresionante dragón blanco se alzaba frente a ella.

Alastair extendió su ala izquierda.

«¿Duermes conmigo?».

Caedra sonrió.

—Claro.

Capítulo 11: Niebla

Solo había pasado un día y Jay ya echaba de menos a Caedra, inquieto al haberse separado de ella, pero contento de volver a ver también al resto de sus compañeros.

Lo que no había echado tanto de menos era estar en un túnel bajo tierra, dada su ligera claustrofobia. Sabía, sin embargo, que era lo más seguro de cara a mantenerse ocultos. Y debía admitir que la labor de Tarvo realizando aquellas galerías subterráneas era impresionante, sobre todo teniendo en cuenta que las construía de nuevo cada vez que se desplazaban.

Se encontraban a un par de días de viaje de la capital, Antheria. Estaban esperando a que llegaran todos aquellos que habían liberado para unirse a su pequeño ejército, ya fueran humanos, torrogal o denu. Estos últimos ejercían sobre todo de curanderos.

Partirían en apenas una hora y Jay estaba nervioso, a la vez que impaciente.

Se alegró de respirar el aire fresco de la mañana, fuera ya de los túneles. Tarvo y Faye lo acompañaban.

La chica estaba terminando de ajustar el pañuelo que le cubría la cabeza y ocultaba su melena roja. Tarvo estaba pendiente de la cuesta por la que tendrían que regresar los exploradores, que habían avanzado esa noche para hacer un reconocimiento del terreno y comprobar que no había enemigos acechándolos en el camino.

Los tres hombres, ataviados con el sencillo uniforme negro y la armadura marrón de los rebeldes, no tardaron en aparecer.

—Todo despejado, Sombra del viento —dijo el que los lideraba, dirigiéndose a Faye e inclinando la cabeza.

Ella asintió, satisfecha.

—Muy bien. —Se giró hacia Tarvo a la vez que los hombres se adentraban en los túneles—. Hora de partir.

***

El día había amanecido nublado, por lo que, al menos, el sol no supondría una tortura añadida a la fatiga de caminar a marchas forzadas. Aunque cargaban con toda la armadura y el equipaje, querían llegar cuanto antes a la capital para dar menos tiempo a sus enemigos para prepararse.

Jay se había sorprendido al ver la gran cantidad de gente con la que contaban. Lideraban ya un ejército importante. Se notaban los frutos del trabajo liberando Anthius esos meses.

El terreno se hacía más difícil a medida que avanzaban, volviéndose progresivamente más rocoso, si bien todavía había vegetación. Su último obstáculo antes de llegar a Antheria eran unos montes.

Antheria estaba bien protegida, no solo por la gruesa muralla que habían erigido para ocultarla, sino también por el inmenso lago que la rodeaba por el extremo norte de la ciudad. Se había construido junto a aquel cuerpo de agua a propósito: era un flanco por el que no tendrían que

preocuparse ante una posible invasión, pues no había forma de llevar hasta allí una flota de barcos.

Pero Gavin y Tarvo habían ideado una estrategia que incluía, precisamente, aquel lago.

Las armas que utilizarían para el asedio de Antheria, como arietes, trabuquetes o catapultas, avanzaban rodeadas de soldados que las arrastraban sin protestar. Jay no quiso ni imaginarse lo fatigoso que tenía que ser. Su tamaño era inmenso.

Acamparon al caer la noche en una llanura en medio de los montes. No tardaron en cubrir el lugar con tiendas de campaña. Situaron puestos de guardia alrededor de todo el perímetro y Tarvo envió grupos de exploradores en todas direcciones para que comprobaran que todo seguía en orden.

El peligro aumentaba a medida que se acercaban a Antheria. Un día más de viaje y estarían a sus puertas. Hasta ese momento no habían tenido mucha oposición en la toma de las diferentes ciudades, apenas algo de resistencia en las murallas. Pero Gavin ya había advertido que esto sería diferente en la capital, un punto decisivo en su campaña. Estaban seguros de que el enemigo intentaría detenerlos de alguna forma.

Jay se había sentado a cenar en un tronco situado junto a una hoguera. A su izquierda tenía a Tarvo; Connor se había situado a su derecha.

Connor le había hecho antes una demostración de su habilidad con los cuchillos. Jay estaba impresionado con lo mucho que había mejorado su amigo.

Gavin y Valikia se habían acomodado al otro lado del fuego, en el suelo de tierra y hierba. A Jay le pareció que se habían sentado un poco pegados… No sabía si eran conscientes de ello.

Faye recorría el campamento, asegurándose de que todo estaba en orden. Y Alastair, para más tranquilidad, también había ido a supervisar el perímetro.

Jay no tenía muchas novedades que contarles a sus compañeros, pues Alastair había ido informándoles a lo largo de esas semanas. Valikia se había quedado muy decepcionada al ver que Caedra no iba con ellos, pero había entendido que necesitara todavía más entrenamiento.

—Caedra tiene que dar miedo con esas alas de metal —estaba comentando Connor mientras masticaba un trozo de pan que había cogido del cuenco que sujetaba en las manos. La cena era sencilla, pues tenían que racionar las provisiones.

—Es cierto que intimida un poco —afirmó Jay, sonriendo al recordarlo—. Pero la verdad es que lo maneja bastante bien.

—Podría cubrir sus plumas enteras de metal y así dispararlas como proyectiles… —dijo Valikia, frotándose las manos—. Sería divertido. Ojalá pudiera hacer yo eso.

—Me preocupa que tus buenas ideas estén casi siempre relacionadas con matar, arpía —habló Gavin, y se ganó un codazo de la zeafírea en el costado. Se le escapó un quejido—. ¡Oye!

—Habló el principito que ha diseñado una estrategia para tumbar una ciudad entera —replicó ella y sacó la lengua.

—No empecéis, que quiero una noche tranquila… —imploró Connor.

—¿A qué te refieres? —preguntó Valikia con falsa inocencia. Se abrazó a Gavin, que la miró con sorpresa y un ligero tinte rojo en las mejillas que no se le escapó a Jay—. Si nosotros nunca

discutimos… —Puso la mano en la barbilla de Gavin—. ¿Acaso vosotros seríais capaces de cuestionarle algo a un rostro así de apuesto?

—Pero ¿se puede saber qué tonterías dices, arpía? —gruñó Gavin y la apartó con un suave empujón, avergonzado. Le ardían las orejas—. De verdad que a veces eres insoportable…

Valikia rio a carcajada limpia.

—Pero en el fondo me quieres —señaló, pinchando la mejilla del chico con el dedo índice.

—*Muy* en el fondo —masculló él.

—Oh, vamos, ¿qué harías en el campo de batalla si no estuviera yo para cubrirte las espaldas?

Connor se llevó la mano a la cara.

—Ya empiezan…

A Tarvo se le escapó una carcajada.

—Pensaba que a estas alturas ya te habrías acostumbrado, Connor.

—Es imposible acostumbrarse a esto…

***

Jay daba vueltas sobre la manta que había tendido en el suelo, incapaz de dormir. Llegarían al día siguiente a Antheria, a medianoche, momento en el que también iniciarían el asedio a la ciudad.

Estaba nervioso, pues le preocupaba que todo saliera mal. Estarían perdidos si eso sucedía. La capital era un punto crucial. Si lo conseguían…, al fin podrían ir a rescatar a Ayla.

Se giró de nuevo. El otro ocupante de su tienda de campaña, Alastair, no había regresado todavía. Jay esperaba que no tardara mucho.

Era extraño volver a ver a sus compañeros después de tanto tiempo y comprobar que se habían agrupado más estrechamente en dos parejas: por un lado, estaban Gavin y Valikia; por otro, Tarvo y Connor. ¿Serían ellos conscientes de esto?

Tenía que admitir que se sentía más inseguro al no tener a Caedra a su lado. Pero había sido capaz de apañárselas por su cuenta en la batalla de Puerto Nithal y había entrenado todavía más desde entonces. Era fuerte y confiaba en sus habilidades. Podría con ello. Sin embargo, siempre le ayudaba la presencia de Caedra.

—Duérmete ya, Jay. No seré yo quien te arrastre mañana cuando no quieras despertar.

Jay contuvo la risa, divertido, ante el comentario de Alastair. No lo había oído acercarse, siempre era muy sigiloso. Había hablado a la vez que levantaba la tela de la entrada para pasar a la tienda de campaña. Era cuadrada y no muy amplia, pero había espacio suficiente para los dos.

—¿Imagino que todo bien? —inquirió Jay en tono bajo. Al fin y al cabo, Alastair había vuelto con calma y había ido directo a tumbarse.

—Todo en orden —asintió él. Sin embargo, frunció el ceño—. Aunque es sospechoso…

Jay imitó su expresión.

—Ya… Yo también creo que intentarán algo.

Solo esperaba que, fuera lo que fuera, supieran reaccionar a tiempo y pudieran enfrentarse a

ello.

***

El campamento amaneció lleno de humedad, con la hierba bañada de rocío. Los rayos del sol luchaban por filtrarse a través del cielo nublado.

Jay salió de la tienda de campaña ya preparado y estiró los brazos. Alastair lo esperaba fuera, con semblante sombrío. Jay enseguida se dio cuenta de la causa de su inquietud: todo estaba cubierto por una espesa capa de niebla.

—¿Habrá bajado de la cordillera? —dijo Jay, mirando a un lado y a otro. Apenas veía más allá de tres tiendas de campaña.

Jay se giró al escuchar pasos detrás de él. Tarvo y Connor se acercaban.

—Tarvo, ¿qué piensas de esto? —le preguntó Jay de inmediato.

—Que es sospechoso —contestó Tarvo y se llevó una mano a la barbilla, pensativo—. Pero los exploradores volvieron hace una hora y confirmaron que no habían visto nada fuera de lo normal…

Alastair entornó los ojos.

—Esta niebla no estaba hace una hora.

—¡Buenos días, chicos!

Ese fue el único aviso que Jay recibió antes de ser abrazado con fuerza por la zeafírea que descendió del cielo.

—Buenos días, Val —la saludó él, esbozando una breve sonrisa antes de ponerse serio de nuevo.

—No entiendo cómo tienes tanta energía a estas horas de la mañana, arpía… —masculló Gavin, que caminaba hacia ellos con las manos en los bolsillos de la chaqueta.

A la vez, Faye se acercaba desde el extremo opuesto.

—Tarvo —lo llamó, y él giró la cabeza para mirarla, expectante—. Creo que deberíamos adelantarnos y ponernos en marcha ya mismo. Esta niebla es muy extraña y cuanto antes nos alejemos de esta llanura, mejor.

Faye apenas había terminado de hablar cuando empezaron a escuchar gritos en la distancia. El suelo comenzó a temblar ligeramente, acompañado del sonido atronador de miles de pasos…

Tarvo hizo un escaneo sísmico y abrió los ojos como platos.

—¡Nos atacan!

—¿Qué? —soltó Jay, alarmado.

—¡Connor! —exclamó Tarvo, y su compañero asintió y empezó a mover los brazos. A pesar del viento que invocó, la niebla no se movió ni un ápice.

Alastair frunció el ceño.

—La niebla es una ilusión —gruñó antes de transformarse en dragón.

—Niren —dijo Gavin con una mueca en su rostro, adivinando enseguida de quién se trataba. La denu mestiza con el poder de crear ilusiones.

Los gritos eran cada vez más fuertes y estaban más cerca. El sonido de un cuerno retumbó por todo el campamento, dando la voz de alarma. Los soldados ya estaban saliendo de las tiendas de campaña, lanzándose a la carga.

—Nos han tendido una emboscada —maldijo Tarvo antes de irse corriendo. Connor no dudó en ir tras él.

—Esto va a ser una carnicería —dijo Gavin, muy serio—. Nuestras tropas no pueden ver nada debido a la niebla, pero como es artificial y solo afecta a nuestras mentes, los soldados del emperador no tienen nublada su visión…

—Sea como sea, ¡tenemos que defendernos! —exclamó Faye y salió corriendo en la dirección opuesta a Tarvo y Connor para liderar la otra mitad del campamento.

—Alastair, Jay, ¿podéis encargaros de localizar a Niren? —les pidió Gavin. Mientras hablaba, Jay ya estaba trepando por el hombro de Alastair para acomodarse en el lomo del dragón—. Tenéis que acabar con ella. Estará oculta en algún sitio, en la retaguardia de su ejército.

«Vamos a por ella», confirmó Alastair y despegó, levantando una fuerte ráfaga de aire que, una vez más, no pudo despejar la niebla.

Gavin se giró hacia Valikia, que esperaba junto a él, lista para recibir órdenes.

—No te separes de mí, Val.

—No era mi intención, principito, no te preocupes —contestó ella mientras echaba su largo pelo hacia atrás y extendía las alas. Desenganchó la lanza del cinto en su espalda.

—Bien. ¿Lista para arrasar con esas tropas del emperador? —dijo Gavin, dándose la vuelta y desenvainando su espada.

Valikia asintió con la cabeza, sonriendo maliciosamente. La expresión, sumada a sus afilados cuernos y plumas negras, le dio un aspecto terrorífico.

—Por supuesto. Yo me encargo de cubrirte las espaldas.

Y Gavin echó a correr, con Valikia volando justo por encima de él, como si fuera su ángel guardián.

***

Jay palideció al ver desde las alturas las miles de siluetas enemigas que se desplazaban a través de la niebla, descendiendo por los montes hacia los bordes del campamento. Los habían rodeado por todas partes.

—¡No lo entiendo! —dijo Jay, alzando la voz para hacerse oír por encima del viento, aunque Alastair, con sus agudos sentidos de dragón, lo escucharía sin problemas—. ¿Por qué los exploradores no han visto nada?

El ejército enemigo era inmenso. Era imposible que los hubieran ocultado a todos hasta una hora antes del ataque.

«Todos llevan brazaletes de umbrano que anulan su presencia frente a un telépata rastreador —explicó Alastair—. Y las ilusiones también los habrían ocultado a la vista hasta el amanecer, momento en el que Niren ha sustituido la ilusión de su invisibilidad por la de la niebla».

—¿Y cómo es que Niren no ha hecho las dos cosas a la vez? ¿Invisibilidad y niebla?

No era que se estuviera quejando al respecto. Al contrario. Ya era una situación complicada

cuando sus aliados tenían la visión tan reducida. Si encima no hubieran podido ver a sus enemigos…

«Incluso para el ilusionista más experimentado, proyectar una ilusión sobre miles de mentes es agotador. No puede combinar ambas en un caso así», contestó Alastair.

Habían pasado ya la línea de árboles por la que todavía había soldados moviéndose. El corazón de Jay se aceleró al ver que no paraban de aparecer enemigos. Eran demasiados.

El emperador quería acabar con su rebelión en ese punto. Y, aun así, no había movilizado a una gran parte de sus tropas. Contaba con que las ilusiones de Niren le dieran la victoria sin desplegar un gran ejército.

«Jay».

El chico parpadeó y puso los hombros rectos al escuchar la voz de Alastair.

«¿Estás preparado para matar?».

Jay tuvo un escalofrío. Era muy consciente de que estaba en medio de una guerra. Ya se había ido mentalizando para ello según viajaban hacia Anthius. Y era otra de las razones por las que había estado tan nervioso la noche anterior.

Él nunca había matado a nadie… Al menos, no de forma consciente; quién sabía si algún soldado enemigo habría sucumbido a heridas provocadas por él en la batalla de Puerto Nithal. Habría preferido no tener que hacerlo. Pero su vida estaba en juego. Y el propio Hadriel le había contado tiempo atrás, cuando habían ido por primera vez a Gea, que había tenido que segar cientos de vidas en sus tiempos como soldado imperial.

Así era la guerra. O mataba al enemigo, o el enemigo lo mataría a él. Jay no podía vacilar ni por un instante. Hadriel lo había expresado con claridad: no mataría sin causa justificada, y nunca mataría si había otras opciones. Sin embargo, si las circunstancias lo requerían, no debía dudar.

—Sí —respondió Jay, al fin, endureciendo la mirada.

Niren iba a caer. Jay estaba decidido. Era la principal culpable de que el ataque que habían realizado a Ganthia meses atrás hubiera sido tan exitoso para el emperador, y era la razón por la que Ayla y Caedra habían estado en una seria desventaja luchando contra ellos. El ataque había acabado con el secuestro de Ayla y había dejado a Caedra con una herida casi mortal y con las alas rotas.

La mestiza de denu ya les había causado suficientes problemas. Ahora amenazaba con destruir el ejército que habían conseguido reunir. Jay no lo iba a permitir.

Algunos proyectiles empezaron a ir hacia arriba. Habían divisado a Alastair y querían derribarlo. Jay se agarró con fuerza a su cuello, aferrándose a las plumas, y el dragón maniobró con gran destreza para esquivar todos.

«Si Loure está aquí…, tampoco puedes dudar —dijo Alastair, en tono frío—. Gavin ya nos explicó que su cuerpo no es más que una cáscara. No es el hermano de Caedra, por mucho que lo parezca. Es solo un títere manejado por el oráculo supremo».

Jay apretó los dientes, pero asintió con la cabeza, aunque Alastair no lo viera por estar mirando al frente.

Tenía razón. Si Loure iba a morir…, mejor que fuera mientras Caedra no estaba ahí con ellos

para presenciarlo.

Ascendían ya por los montes, aunque estos parecían insignificantes en comparación con la monstruosa cordillera que se atisbaba en la lejanía. Hacía rato que no había tropas enemigas en el suelo. Jay miraba alrededor, con el cabello revuelto por el viento, pero no era capaz de localizar a nadie.

—¡Alastair! ¿Ves algo?

Sabía que la visión del dragón era muy superior a la suya. Y teniendo en cuenta que parecía que se dirigían a un punto en concreto, Jay sospechó que sí.

«La tengo —confirmó Alastair—. Está acompañada».

El viento sopló con más fuerza y Jay entornó los ojos, parpadeando para que no le saltaran las lágrimas. Divisó tres personas en el borde de un alto precipicio desde el cual contemplaban todo lo que ocurría más abajo, en la llanura, donde los soldados enemigos asaltaban el campamento.

Niren tenía las manos extendidas al frente, concentrada en proyectar la niebla. Detrás de ella había dos imponentes zeafíreos, uno de pelo y alas negras, y otro de cabello blanco y alas marrones.

Jay apretó los dientes. Denkuro… y Loure.

Alastair no dudó un instante. Abrió la boca y disparó un rayo de hielo.

Denkuro se interpuso delante de Niren para protegerla con un escudo de rayos. Esto le confirmó a Jay que la denu no podía moverse si no quería estropear la ilusión. Por tanto, era vulnerable.

Alastair descendió y Jay saltó al suelo. Sus rodillas protestaron un poco por el impacto, pero enseguida se lanzó a la carga.

Desenvainó la espada y de ella salió despedida una onda de fuego azul directa a Niren. Loure batió las alas con fuerza y lo dispersó en varias direcciones, siendo alcanzado solo por pequeñas ascuas.

Denkuro despegó para ir detrás de Alastair. Jay escuchó el chasquido de un rayo y una explosión seguida de la caída de rocas.

Se le encogió el corazón al ver la mirada vacía de Loure. Pero eran esos ojos amarillos carentes de emoción, aunque fueran tan parecidos a los de Caedra, los que le demostraban que realmente no era el Loure que él había conocido.

—Tengo que detenerte, Loure —murmuró, como si él fuera capaz de escucharlo. Alzó la espada—. Lo siento.

Fue corriendo hacia él, sabiendo que no podría apartarse si no quería dejar expuesta a Niren. Loure frenó su hoja metálica con la lanza y el sonido retumbó en los montes. Jay aplicó más fuerza y envolvió su arma en llamas. Loure le dio una patada en el abdomen para alejarlo.

Jay saltó hacia atrás. Materializó un círculo de carámbanos de hielo y los disparó. Loure, con sorprendente agilidad, los destruyó uno a uno con ráfagas de aire y golpes de su lanza. Uno se clavó en su hombro, pero el zeafíreo no emitió queja alguna y su expresión no varió en absoluto.

Jay tuvo un escalofrío. Ciertamente, no era más que una marioneta.

«¡Jay!».

La voz de Alastair sonó en su mente con fuerza y Jay fue capaz de lanzarse a su izquierda antes

de que un rayo impactara donde había estado un instante antes. Pequeñas esquirlas rasgaron su ropa.

No debía olvidarse de que, aunque Denkuro estaba enzarzado en un combate contra Alastair, no desaprovecharía la oportunidad de intentar alcanzarlo también a él.

El chico se giró y disparó una bola de fuego blanco. Denkuro se desplazó con rapidez y la roca detrás de él se derritió. El zeafíreo arqueó una ceja al verlo.

—¿Qué clase de fuego es este? —cuestionó antes de que Alastair descendiera en picado sobre él, listo para descuartizarlo con sus garras.

Denkuro se propulsó y ganó altura justo a tiempo para esquivarlo.

Jay, mientras tanto, se envolvió en un cúmulo de sombras y desapareció, evitando que la lanza de Loure lo atravesara. Se materializó de nuevo a sus espaldas y consiguió clavarle una serie de carámbanos de hielo, si bien lo hizo con una mueca en su rostro.

Loure no se detuvo. Alzó el vuelo y viró en el aire, deslizando su lanza en diagonal. Jay se desplazó con una pirueta hacia atrás, aunque no sin recibir un par de cortes en las piernas por el viento afilado.

Niren había quedado expuesta, y parecía que la denu se había dado cuenta, porque cambió de posición y elevó los brazos para que brotaran gruesas y espinosas raíces del suelo. Estas absorbieron todos los carámbanos que Jay había disparado en su dirección.

La niebla había desaparecido en esos segundos que Niren había tardado en protegerse. Reapareció inmediatamente después, sin embargo.

Jay frenó con su espada la lanza de Loure, siendo arrastrado un par de pasos por la roca debido al impulso que llevaba el zeafíreo.

Jay apretó los dientes y se concentró. Se disolvió en un cúmulo de sombras, pero Loure, adivinando lo que pretendía hacer, ya se había girado para cuando reapareció a sus espaldas en el segundo siguiente.

La lanza y la espada chocaron de nuevo. Jay se impulsó hacia atrás con el fuego desde sus pies, quemando la suela de las botas, y giró el brazo izquierdo para enviar una espiral de llamas blancas, que abrasaron ligeramente la piel de su mano, en dirección a Loure. Este volvía a estar delante de Niren y sus raíces.

El zeafíreo trató de disiparlas con su viento, pero esta vez no fue capaz. No profirió grito alguno cuando el fuego lo alcanzó; se limitó a apartarse con rapidez y rodó por el suelo para apagar las llamas lo más rápido posible. El fuego blanco siguió su trayectoria hasta las raíces, que combustionaron enseguida.

El lugar comenzó a llenarse de humo. Jay vio a Loure levantarse con graves quemaduras en los brazos, que había usado para proteger su rostro. Una vez más, no mostraba ningún signo de dolor, lo cual solo reafirmó la convicción de Jay de que no estaba vivo realmente.

Loure lo tomó ahora más en serio. Jay soltó una exclamación cuando apareció delante de él en un abrir y cerrar de ojos. Logró interponer su espada en el último momento y el choque metálico de la lanza resonó de nuevo.

Se enzarzaron en una serie de estocadas, desplazándose al borde del precipicio. Intercambiaron golpes a gran velocidad y Jay acabó con un par de cortes en los brazos y uno en el costado,

afortunadamente ninguno de ellos profundo.

Loure batió sus alas con fuerza y Jay, tan centrado en frenar su lanza, no reaccionó a tiempo. Gritó al ser disparado hacia atrás. Cayó con dureza al suelo de roca y rodó unos metros antes de frenarse.

Tosió, dolorido. Loure ya volaba hacia él.

Un rayo de hielo rozó al zeafíreo, que lo esquivó en el último momento. Las plumas de sus alas se llenaron de escarcha y varios carámbanos de hielo brotaron en el lugar del impacto. Alastair no pudo hacer mucho más, pues él mismo tuvo que maniobrar para no ser alcanzado por la descarga eléctrica de Denkuro.

Jay ya había conseguido ponerse en pie cuando Loure desató un viento huracanado en su dirección. Cerró los ojos, se concentró y reapareció justo detrás de Niren, entre ella y las raíces. Loure se había alejado demasiado y no llegaría a tiempo de detenerlo.

Ese error le costaría la vida a Niren. Jay solo tuvo un instante para respirar hondo y convertir sus nervios en acero.

—Se acabaron tus ilusiones —sentenció con dureza a la vez que la atravesaba con el metal de su arma.

La denu abrió los ojos como platos. Un gemido de dolor brotó de su garganta. Ni siquiera había tenido tiempo de reaccionar. El chico había aparecido de repente cuando ella no estaba mirando, centrada en seguir proyectando su ilusión.

La niebla se había desvanecido.

Jay se forzó a ignorar la desagradable sensación que lo inundó por dentro al ver toda la sangre. Retiró la espada y Niren no tuvo nada a lo que aferrarse, cayendo por el precipicio…

Por un momento, sin embargo, todo lo que Jay vio fue a Loure atravesando a Caedra con su lanza. Se quedó paralizado, dándose cuenta, al fin, de lo que había hecho realmente.

«¡Jay!».

El aviso de Alastair le hizo reaccionar, pero tarde. Gritó al ser golpeado por una fuerte ráfaga de viento que lo lanzó por los aires.

Empezó a caer por el precipicio. Apretó los ojos al ver las rocas del fondo acercarse con rapidez. El latido acelerado de su corazón le impedía concentrarse para transportarse utilizando las sombras…

Soltó un grito al aterrizar sobre algo duro y frío. Levantó los párpados y se dio cuenta de que estaba en el lomo de Alastair, que ya volaba para alejarse del lugar.

Lo había salvado.

—¡Alastair! —exclamó Jay, con su voz ahogada por la desagradable sensación que seguía teniendo por dentro. Se le había revuelto el estómago—. ¿A dónde vamos?

«De vuelta a ayudar a los demás. Si es que queda alguien que salvar».

Jay apretó los dientes. Esperaba que hubieran conseguido disipar la niebla a tiempo.

Echó un vistazo por encima del hombro, con los mechones de su pelo revoloteando alrededor de su rostro por el viento. Divisó a Loure y a Denkuro retirándose, probablemente para curar sus heridas.

Niren ya no sería una amenaza para ellos nunca más.

***

Ayla estaba ya de pie y preparada en su celda cuando Su-Nev bajó a las mazmorras esa noche. La chica se acercó a los barrotes, ansiosa por lo que le diría la denu.

—¿Los guardias? —inquirió en cuanto Su-Nev se detuvo frente a su celda.

—Dormidos —anunció ella triunfalmente, alzando el brazo y permitiendo ver las llaves que colgaban de su mano. Unas cuantas esporas habían sido suficientes para sumirlos en un sueño profundo.

Tenían que actuar deprisa, por lo que Su-Nev no perdió el tiempo. Abrió la puerta de metal y el corazón de Ayla latió con rapidez al dar un paso fuera.

No habían elegido esa noche por casualidad. Leveann tenía audiencia especial con el emperador, y estas solían durar horas. Ocurrían una vez al mes. Y ese era el momento. Estaría un poco más distraído.

Su-Nev introdujo la llave en la cerradura de los grilletes de Ayla. Se los quitó y los dejó con suavidad en el suelo para que no hicieran ruido, pero no antes de haberle plantado un brazalete con una pieza de umbrano en el brazo. No podían arriesgarse a que el oráculo supremo detectara su presencia. La denu había sustituido su colgante por una pulsera con el mineral incrustado también, pues ya no hacía falta que estuviera en contacto con su piel. Solo lo necesitaban para que ningún telépata las rastreara.

Su-Nev no había matado a los guardias, precisamente, para que Leveann no sospechara nada. Si sus presencias se hubieran apagado en su mapa mental, habría acudido de inmediato a ver qué sucedía.

La denu miró fijamente a los ojos de su compañera.

—Bien, Ayla. Hora de salir de aquí.

Capítulo 12: Cuestión de principios

Prácticamente todo el palacio estaba en silencio. Ayla y Su-Nev se desplazaban con sigilo, siguiendo el camino que habían ido trazando a lo largo de esas semanas. Era el más corto de cara a salir por los jardines detrás del palacio, y con el que evitarían la mayor cantidad de puntos vigilados.

Aunque Su-Nev, por si acaso, había hecho que Ayla se vistiera como un soldado imperial. A la chica le resultaba extraño ir con aquella ropa roja y armadura dorada. Llevaba un casco que le tapaba la cabeza y ocultaba su melena rubia, y se había echado una capa marrón encima de las alas.

A ojos de cualquiera, Su-Nev, a quien todos conocían por estar al servicio del oráculo supremo, caminaba con un soldado más.

Salieron a los jardines del ala izquierda. Bordearon el palacio por los soportales. Se cruzaron con un par de guardias. Su-Nev asintió con la cabeza y Ayla hizo lo mismo. Los otros dos hicieron lo propio.

Uno de ellos, sin embargo, miró por encima del hombro y entornó los ojos, observándolas alejarse. El soldado que acompañaba a Su-Nev no caminaba con el porte de alguien del ejército… Y, además, no podía rastrear con su psiquis a ninguna de las dos. ¿Por qué iban a ocultar su presencia estando en el palacio?

***

Ayla caminaba en tensión. Se estaban acercando ya a la parte trasera del palacio y hasta ahora todo marchaba bien. ¿Serían realmente capaces de escapar?

Divisaba ya la muralla blanca que rodeaba los jardines y marcaba su fin. Había antorchas situadas cada pocos metros y, junto a cada una, un soldado estacionado. Ese sería su último obstáculo…

O no.

—He de reconocer que no vi venir esto, Su-Nev.

La voz a sus espaldas hizo que las dos se detuvieran, congeladas. Se giraron con lentitud, sin querer asumir lo que esto significaba.

Leveann estaba iluminado por la pálida luz de la luna, enmarcando su tétrica sonrisa. La larga túnica dorada que vestía ondeaba con suavidad por el viento. Estaba flanqueado a un lado y a otro por los soldados con los que se habían cruzado antes.

Su-Nev maldijo entre dientes.

—Habéis sido más hábiles de lo que imaginaba —prosiguió Leveann. Su voz retumbó con fuerza por todo el lugar—. Pero deberíais saber que nada escapa al oráculo supremo…

—Pues bien que te lo habíamos ocultado hasta ahora —replicó Su-Nev con sorna, cruzándose de brazos y luchando por no dejarse intimidar.

Los ojos plateados de Leveann brillaron con rabia contenida. El comentario de la denu le había molestado.

Al contrario que Ayla, sin embargo, Su-Nev sí que había estado preparada para la posible aparición del oráculo supremo. Dentro de lo que cabía, eran afortunadas: no las había alcanzado hasta que habían llegado a los límites del palacio. Unos metros más y estarían fuera.

Aunque ella no acompañaría a Ayla.

Espiró un suspiro tembloroso. Puso una mano en el hombro de la chica. Ella la miró, asustada, los nervios hacían que le temblaran los dedos. Los soldados se prepararon para atacar si era necesario, desenvainando sus espadas. Leveann comenzó a estirar los brazos…

—Dile a Jay que lo siento mucho —susurró Su-Nev, y el corazón de Ayla, que ya de por sí latía con fuerza, se aceleró todavía más. ¿A qué venía eso?—. Y que espero que con esto me perdone.

—¿Qué…? —balbuceó Ayla, confusa.

Su-Nev la empujó.

—¡Corre, Ayla! ¡Ya!

Ayla observó con los ojos desorbitados cómo la denu alzaba los brazos con brusquedad. Varias raíces finas brotaron del suelo, levantando pedazos de la tierra según emergían, y se enrollaron en torno a las muñecas de sus enemigos.

—¿Te burlas de mí, Su-Nev? —dijo Leveann, listo para detenerlas con su psiquis.

Sin embargo, su poder no ejerció ningún efecto. Bajó la mirada a sus manos y arqueó las cejas al darse cuenta de las pequeñas piezas de umbrano que reposaban ahora en su piel, enganchadas a las raíces.

—He estado preparando esto durante días, oráculo supremo —se mofó Su-Nev—. ¿O me creíais tan descuidada?

Los soldados de las murallas pronto empezaron a disparar también proyectiles, ya fueran bolas de fuego, carámbanos de hielo, esferas de agua, rocas o rayos.

Su-Nev y Ayla se escudaron bajo muros de tierra y luz.

—¿Se puede saber a qué esperas? —ladró Su-Nev con agresividad. Las raíces ya estaban empezando a partirse con la fuerza ejercida por sus enemigos—. ¡No podré detenerlos durante mucho más tiempo!

—Pero… —intentó protestar Ayla, extendiendo una mano hacia ella.

Su-Nev la apartó con un movimiento brusco, tragándose su propia angustia, consciente de que ya nunca más vería la luz del sol.

—¡No seas necia! —Parpadeó varias veces, despejando las lágrimas que amenazaban con escaparse—. Es imposible ya que podamos salir de aquí las dos. ¡Vete!

La empujó de nuevo. A pesar de la tremenda opresión en su pecho, Ayla, al fin, reaccionó. Con la visión empañada, alzó el vuelo.

Los soldados ya se habían deshecho de las raíces con los filos de sus espadas. Iban a liberar a Leveann también. Su-Nev los retrasó un poco más lanzándoles proyectiles de tierra que tuvieron que esquivar, además de bloquear los que habrían golpeado al oráculo supremo.

Ayla se elevó por encima de la muralla. Los soldados enseguida la apuntaron a ella.

La chica respiró hondo. No iba a dejar que el sacrificio de Su-Nev fuera en vano. Se envolvió en un halo de luz y, en un abrir y cerrar de ojos, había atravesado la barrera de soldados, dejando a su paso una pequeña estela que lanzó disparados hacia atrás a los desafortunados que la rozaron.

La mirada del oráculo supremo era aterradora. No se molestó en ocultar su ira, que deformaba su rostro.

—¡Id tras ella! ¡No puede escapar!

Pero sabía que era inútil. Aunque solo para distancias muy cortas y en cantidad limitada, Ayla se movía a la velocidad de la luz. Los soldados que habían saltado al otro de la muralla para ir tras ella nunca la alcanzarían en medio de la noche.

Dirigió toda su rabia hacia Su-Nev, centrada en repeler a los guardias que se habían abalanzado sobre ella.

Leveann los paralizó a todos con un solo gesto de la mano ahora que ya estaba libre de los trozos de umbrano. Atrajo hacia él a Su-Nev, que no pudo hacer nada para evitarlo.

La denu ya tenía algunos cortes y magulladuras en su piel verde. Aun así, logró esbozar una sonrisa altanera.

—Creo que se te ha escapado alguien, oráculo supremo. —Pronunció su título con sorna—. Qué inútiles sois los humanos…

No iba a dejar que viera el miedo que sentía por dentro. Prefería provocarlo. Así, con un poco de suerte, su muerte sería rápida. Sabía que estaba condenada.

Pero no se arrepentía de lo que había hecho. Había cargado durante años con el remordimiento de haber traicionado a Jay, que había sido su primer amigo, para salvar la vida de su padre. Luego, cuando invadieron Omilia, su padre había muerto de todos modos. Y Su-Nev había estado durante un largo tiempo vagando sin rumbo, sin propósito, simplemente luchando por sobrevivir…

Creía que había encontrado un nuevo hogar allí, donde podría entrenarse para asesinar al emperador desde las sombras y luego combatir para liberar a su pueblo. Sin embargo, había resultado ser solo un engaño.

Ayla le había contado todo el daño que el oráculo supremo le había hecho a ella, a Jay y a sus amigos. Era un ser despreciable, y Su-Nev no iba a dejarse intimidar por él. No podría darle su merecido, pero al menos había ayudado a Ayla a escapar, lo que sabía que era un duro golpe para Leveann.

Esperaba que, salvando a Ayla, Jay la perdonara.

Leveann apretó los dientes al escuchar su comentario. Cerró el puño y a Su-Nev le empezó a faltar el aire.

—Se acabó —siseó el oráculo supremo.

Su voz distorsionada fue lo último que escuchó la denu. Todo se apagó.

***

Habían perdido a una cuarta parte de su ejército. Muchas personas habían muerto.

Y Gavin, aun así, insistía en que podría haber sido mucho peor. Partían de una seria desventaja numérica y la niebla solo había hecho más difíciles todavía las cosas. Pero, al final, los rebeldes habían sido más hábiles y, una vez vieron con claridad de nuevo, habían conseguido rechazar a sus enemigos.

El maestro Shidan, Tarvo y Gavin habían entrenado bien a sus tropas. Sin embargo, seguía resultando sorprendente que no hubieran tenido más bajas. Pero cuando Gavin observó los cadáveres de los soldados imperiales se dio cuenta de por qué: no procedían de Gaelar, sino que eran gente sometida de Omilia a la que habían dado armas y habían lanzado a luchar sin más.

A Jay se le encogió el corazón al escuchar esto. Era una muestra más de la crueldad del imperio, y ya no había nada que pudieran hacer por ellos. Lo único que quedaba era seguir adelante, con la esperanza de que, algún día, Omilia también fuera un reino libre. Pero tenían que centrarse primero en Anthius.

Aun así, la emboscada había sido un duro golpe. El campamento había quedado arrasado y la mitad de sus máquinas de guerra destruidas, aunque todavía tenían suficientes.

Los rebeldes estaban terminando de enterrar a sus compañeros fallecidos. Jay, al menos, se alegraba de que todos sus amigos estuvieran bien. Solo Tarvo había sufrido una pequeña lesión en el brazo derecho, pero se recuperaría.

—¡No podemos detenernos! —estaba diciendo Faye, encaramada a lo alto de un ariete para que la escucharan con claridad. La multitud se estaba concentrando con rapidez a su alrededor. Era imperativo que les subiera la moral tras el ataque sufrido—. Seguiremos adelante. El emperador ha intentado frenarnos, pero vamos a demostrarle no puede contra nosotros. Honraremos a nuestros hermanos caídos recuperando la capital de nuestro reino, aquel por el que han entregado sus vidas. ¡No dejaremos que su sacrificio sea en vano! ¿Estáis conmigo?

—¡Sí!

Jay se alegró cuando la exclamación fue colectiva. ¿Sería él capaz algún día de levantar así el ánimo de las tropas?

Faye alzó su puño.

—¡Demostrémosle a ese cobarde emperador el ardiente espíritu que corre por las venas de la gente de Anthius!

—¡Sí!

—¡No podrá con nosotros!

La multitud entera estalló en vítores.

—¡Bien! —exclamó Faye, sonriendo—. ¡En marcha!

***

Las gotas de agua de la lluvia lo acribillaban como agujas, clavándose en su piel. La tormenta dificultaba la visión en la montaña. La tierra se había convertido en escurridizo barro. Apenas podía moverse…

Caedra intercambiaba golpes con Loure en la distancia. Luchó por levantarse e ir hacia ellos. Echó a correr, con el ruido del chapoteo de los pasos en el lodo retumbando en su mente.

Caedra perdió el equilibrio. Jay vio a Loure blandir su lanza. No iba a llegar a tiempo.

Los pulmones le ardían, y aun así trató de ir más rápido. No fue suficiente.

El mundo se detuvo un instante a su alrededor. Jay abrió los ojos como platos al ver a Loure atravesar con la lanza el abdomen de Caedra. La cuchilla, goteando sangre, brotaba ahora de la espalda de la zeafírea, cuyo rostro se había quedado congelado en una mueca de dolor.

No. No. No.

Otra vez no.

—¡Cai! —gritó desgarradoramente. Se envolvió en fuego blanco y se abalanzó sobre Loure…

Pero tanto Loure como Caedra desaparecieron. Jay extinguió las llamas y miró a un lado y a otro, confuso.

—¿Por qué te muestras tan horrorizado ante lo que acabas de ver?

La aterciopelada voz femenina a sus espaldas le produjo un escalofrío. Era imposible. La había visto caer por aquel precipicio…

Temeroso, se dio la vuelta con lentitud. Jadeó, incrédulo, al reconocer a Niren de pie frente a él. La denu estaba empapada por la lluvia, con su pelo chorreando pegado a la cabeza. Y, en el centro de su abdomen…

Jay retrocedió, aterrado. Niren caminó hacia él, sin mostrarse afectada por el agujero que tenía en su cuerpo, del cual manaba sangre sin parar.

—¿De qué te sorprendes? Tú me has hecho esto. No eres tan diferente a tus enemigos.

***

Jay se sentó de golpe y se llevó una mano al pecho. Su corazón latía desbocadamente y su respiración era entrecortada. Estaba cubierto de sudor frío.

—Jay, ¿qué ocurre?

El chico giró la cabeza con brusquedad a su derecha. Los ojos azules de Alastair relucían en la tenue luz de la tienda de campaña.

Jay se tensó al recordar lo que acababa de ver.

—Niren. Niren está aquí…

—Niren está muerta, Jay —contestó Alastair con sorprendente suavidad.

Habían parado para descansar un poco y dormir unas horas antes de continuar su marcha hacia Antheria. Después de eso ya no se detendrían hasta alcanzar la ciudad e iniciarían su asedio de inmediato, de madrugada, bajo los pálidos rayos de la luna.

Jay suspiró profundamente y se llevó una mano a la cabeza para apartar los mechones de pelo que se habían pegado a su frente.

—Ya… Solo ha sido una pesadilla.

Alastair lo observó durante unos segundos y frunció el ceño.

—Esa denu había segado las vidas de muchos a lo largo de varios años, Jay. Y habría continuado si no la hubieras detenido.

—Lo sé, pero…

Pero era difícil asumir que había matado a alguien. Jay calló, con un nudo en la garganta.

—Si no hubiéramos hecho nada, habría conseguido con su niebla que todo el ejército de los rebeldes fuera aniquilado. ¿Querrías eso?

Jay negó con la cabeza.

—No. Claro que no.

—Has salvado muchas vidas. Quédate con eso.

Jay lo miró, sorprendido. Sintió una extraña calidez en el pecho ante las palabras de Alastair, reconfortado por haberse molestado en hablar con él. Ahora que ya se podía decir que eran amigos, su relación había cambiado bastante. Y Jay lo apreciaba mucho.

—Sí, tienes razón —dijo, más tranquilo, y sonrió—. Gracias, Alastair.

El hombre, por su parte, se levantó.

—Si ya has terminado de lamentarte, es hora de continuar.

Jay lo imitó. Alisó las arrugas de la camisa y entornó los ojos.

Quedaba mucha guerra por delante. El camino hasta llegar al emperador estaría plagado de enfrentamientos en los que no podría dudar y tendría que matar si era necesario. No debía permitir que cada una de esas muertes le afectara, o acabaría por ser incapaz de actuar.

—No creo que sea bueno que me acostumbre a matar —murmuró casi sin darse cuenta.

Alastair, que iba a salir de la tienda de campaña, se detuvo al escucharlo. Se giró hacia él.

—Creo que no será necesario que te repita por qué debes hacerlo —empezó, y Jay lo observó, curioso—. O matas, o te matan, ya lo sabes.

—Sí, pero…

—Nadie va a pensar mal de ti por ello. —Tras reflexionar unos instantes, añadió—: Caedra no va a pensar mal de ti por ello.

Jay hizo una mueca. Era consciente de que las leyes en Gea eran distintas a la Tierra, pero…

—No estoy tan seguro. —Gruñó y sacudió la cabeza. Apretó los puños—. Lo que sí tengo claro es que haré todo lo que sea necesario para protegerla. Aunque eso signifique tener que acostumbrarme a esto.

Alastair dejó caer la mano en su hombro. Jay alzó la vista, con un fogonazo de sorpresa recorriendo su rostro.

—Si te sirve de algo, Jay, es un camino que no tendrás que recorrer solo.

Jay esbozó una pequeña sonrisa.

—Gracias, Alastair.

Él se apartó y le dio la espalda. Jay dio la conversación por concluida, pero entonces Alastair lo miró por encima del hombro y añadió:

—Matar a inocentes es de débiles. Segar la vida de aquellos que disfrutan con el sufrimiento ajeno, de aquellos que dañan a los que amas, sin embargo… —Los ojos de hielo de Alastair brillaron en la oscuridad—. Eso, Jay, es justicia. Y el destino siempre estará a tu favor en esos casos.

Capítulo 13: Asedio

La llegada a Antheria en medio de la noche fue sigilosa. Habían dejado un poco más atrás los arietes, que no necesitarían todavía, y avanzaron moviendo las catapultas y trabuquetes con el mínimo ruido posible. En la ciudad estarían advertidos de su llegada, pero no sabían cuándo se iba a producir exactamente.

Antheria estaba situada en lo alto de una colina no muy elevada. Todo lo que veían desde su posición eran las luces naranjas de las antorchas y el grueso muro que protegía y ocultaba sus edificaciones.

Fueron rodeando su base hasta cubrir todo el espacio salvo el lago que quedaba detrás de la capital.

Tarvo se paseó para comprobar que todas las máquinas de madera estaban preparadas. Regresó a la cubierta de los árboles, donde lo esperaban sus compañeros.

—Está todo listo —comunicó.

Tarvo se fue a la derecha, acompañado por Connor. Gavin se dirigió a la izquierda junto a Valikia. Jay y Alastair se quedarían ahí, en el centro, con Faye.

Faye avanzó hasta situarse en medio de sus soldados. Todos la miraron y asintieron.

Faye sonrió maliciosamente. Era hora de recuperar lo que pertenecía a su pueblo.

—¡Fuego!

Con esa orden, las catapultas se activaron, propulsando enormes rocas directas al interior de la ciudad. Las hondas de los trabuquetes también zumbaron, disparando proyectiles más pequeños y afilados. No tardaron en ser secundados por los grupos de la derecha y la izquierda.

Jay se encogió ante el ruido atronador de los impactos. Una cacofonía de gritos brotó de la capital casi al instante.

Una lluvia de flechas de fuego cayó sobre los rebeldes. Tarvo y los demás afines a la tierra enseguida erigieron muros de roca para cubrirse a ellos y a los demás.

—¡Arqueros! —gritó Faye para dar la orden de que imitaran el ataque de sus enemigos.

Y una horda de saetas voló en la dirección opuesta.

Jay iba prendiendo fuego a los proyectiles. Contaban con pocos afines al fuego, y solo él, Faye y otros diez soldados se encargaban de aportar las llamas a las armas en su sección.

Alastair se mantenía en las sombras, observando en silencio. Solo intervenía si alguna roca o flecha enemiga se dirigía hacia Jay, bloqueándola.

Y así se inició el asedio a Antheria.

***

El ritmo se mantuvo a lo largo de los siguientes días. Por las noches, acribillaban la ciudad con sus proyectiles. Durante el día, en cambio, reinaba un tétrico silencio. Las tropas de ambos

bandos descansaban, pero los rebeldes también se aseguraban de rastrear y vigilar la zona constantemente para asegurarse de que no llegaban provisiones a Antheria.

A lo largo de la primera semana se enfrentaron a diversos batallones enviados desde ciudades próximas. Poco tuvieron que hacer ante los rebeldes, sin embargo, que estaban esperándolos y se agazapaban para tenderles emboscadas, emergiendo desde la tierra gracias a los túneles creados por Tarvo. Aprovechaban también para quedarse con sus armas y la comida que traían para Antheria.

Durante la segunda semana intensificaron sus ataques. No paraban de atosigar a los soldados que defendían la capital mientras esperaban refuerzos imperiales que no llegaban. Jay estaba seguro de que el emperador estaba convencido de que no lograrían traspasar los muros, pero iban a demostrarle su error al subestimarlos. Serían solo unos cuantos rebeldes, pero no carecían de recursos.

Las últimas noches Tarvo se apartó para hacer túneles que llevaran al interior de la ciudad sin ser detectado, cubierto por el zumbido y el ruido de las explosiones.

Era un ritmo cansado y monótono. A Jay, además, no dejaban de angustiarle los gritos de agonía que se escuchaban en el interior de la capital. Pero sabía que era un paso necesario en su camino de acabar con el emperador. Nadie más lo haría.

***

Era una mañana al final de la segunda semana cuando Jay desayunaba en un claro en el bosque con Connor. El aire en la zona estaba lleno de partículas de polvo.

Los dos se habían sentado en torno a una de las pequeñas hogueras. Todos tenían diferentes turnos de guardias y sueño, por lo que en ese momento el resto de sus compañeros estaba durmiendo, salvo Tarvo, que seguía perfeccionando detalles en los túneles, y Alastair, que recorría el perímetro sin parar, asegurándose de que no les sorprendía ningún enemigo. Al menos, las tropas del emperador ya no contaban con ilusionistas que pudieran engañarlos.

Tanto Connor como Jay tenían los ojos ensombrecidos por ojeras. Pero era normal. Ninguno de ellos iba a descansar bien mientras durara el asedio.

—Es extraño —comentó Connor tras morder la manzana roja que tenía en la mano.

—¿Qué de todo? —bromeó Jay en un intento de animar el ambiente.

La atmósfera era casi permanentemente asfixiante, lúgubre. Estaban en medio de una guerra.

Connor resopló.

—Ya, buena pregunta… Pero me refiero al hecho de que estemos tú y yo, aquí, combatiendo en una auténtica batalla medieval.

Jay sonrió con tristeza. Él acababa de terminar su manzana y tiró los restos al suelo. Se inclinó y suspiró profundamente.

—Sí… Yo ya me he ido acostumbrando con los años, pero he de admitir que no había estado en una situación así hasta ahora.

—Pensaba que solo vería cosas así en películas —dijo Connor, frunciendo el ceño—. Es mucho más aterrador y cruel de lo que parece en la pantalla.

—Lo sé. Pero piensa que lo hacemos para derrotar al emperador y que vuelva la paz al

continente…

Connor soltó una pequeña carcajada amarga.

—Ya. Todo el mundo tiene una justificación para sus actos en la guerra.

Jay ladeó la cabeza para mirarlo, dibujando una mueca en su rostro.

—Siento que te hayas visto envuelto en esto.

Estaban los dos cubiertos de tierra y ceniza. Apenas tenían tiempo para lavarse. Connor, además, portaba una venda en el hombro, aunque le había asegurado a Jay que no era nada serio.

Connor lo miró a los ojos.

—No lo sientas, Jay. Es cierto que hubo un momento en el que me arrepentí de haber decidido acompañarte, pero, de una forma u otra, fue mi decisión —dijo. Suspiró con tristeza—. Y ahora ya me sería imposible daros la espalda. Llevo meses con vosotros y me he implicado demasiado. ¿Cómo podría volver a la Tierra y olvidarme de todo?

—Bueno, si quisieras… —empezó Jay, apenado por su amigo.

—No —lo interrumpió Connor—. Siempre estaría preguntándome si estáis bien. Si yo hubiera podido hacer algo para ayudar… No estaría tranquilo.

—Lo sé. Y yo te agradezco mucho que estés aquí, Connor —admitió Jay con una tímida sonrisa —. Haces que no me sienta tan solo. Porque, aunque naciera aquí, en Gea, para mí el verdadero hogar es la Tierra… Y, contigo aquí, no soy el único. No sé si me entiendes, pero… —Desvió su mirada al fuego de la hoguera, que crepitaba con lentitud—. Es como si tuviera una parte de mi hogar aquí conmigo.

Connor sonrió, conmovido, y puso una mano en la espalda de Jay.

—Me alegro, Jay. Era lo que quería conseguir, darte mi apoyo. Eso hace que merezca la pena todo esto.

Jay clavó sus ojos de nuevo en él.

—Sí, bueno… —Decidió picarlo un poco—. No me negarás que has hecho también buenas migas con Tarvo, ¿eh?

Connor se apartó y giró la cabeza para tratar de ocultar su sonrojo.

—Yo… ¡Fuiste tú el que insistió en que teníamos que llevarnos bien por ser tus amigos de la infancia! —se defendió, avergonzado.

Jay rio, divertido con su expresión.

—Ya, ya… Pero ahora pasas mucho más tiempo con él que conmigo porque te gusta, admítelo.

Connor gruñó.

—¿Y qué si me gusta? Tarvo es un combatiente experto y hay muchas cosas que puedo aprender de él. Me ha enseñado a sobrevivir en Gea y le estoy muy agradecido.

—Lo sé, pero ni siquiera a Caedra la seguías a todas partes de esa forma… —dijo Jay con intención—. Es adorable verte detrás de Tarvo, ¿sabes?

El rostro de Connor estaba rojo. Sus orejas ardían. Jay estalló en carcajadas. Y Connor, en contra de su voluntad, no tardó en imitarlo después.

***

Al final de la tercera semana, decidieron que era el momento de ejecutar su plan. Los soldados enemigos ya estaban débiles, pues se estaban quedando sin provisiones. A pesar de esto, no podían acercarse a las murallas sin ser acribillados al instante. Pero ya habían pensado en alternativas.

Gavin, Valikia y Faye se quedarían con las tropas en la base de la colina. Ya tenían preparados los arietes, con los troncos listos para impactar en las rocas del muro.

Cayó la noche y reanudaron su ataque con las catapultas y los trabuquetes. Al mismo tiempo, sin embargo, otros dos grupos se desplazaron en las sombras a derecha e izquierda.

Uno de ellos lo lideraba Tarvo. Junto a Connor y un grupo de soldados, se adentraron en los túneles que había ido preparando esos días.

La única iluminación con la que contaban era la de un puñado de antorchas, pero avanzaban con decisión, siguiendo a Tarvo, que se había aprendido los caminos de memoria. Aunque los pasillos eran bajos y estrechos, tenían el espacio suficiente para moverse.

Connor apretaba y estiraba las manos, nervioso. Sabía que en breve se vería enzarzado en un feroz combate cuerpo a cuerpo. Esperaba que su armadura fuera suficiente para protegerlo.

Tarvo se detuvo al calcular que se encontraban en el punto adecuado. Se giró hacia los rebeldes.

—Hemos llegado. ¿Estáis preparados?

Obtuvo asentimientos de cabeza por parte de todos. Connor respiró hondo. Y su corazón se aceleró cuando Tarvo le dedicó una breve sonrisa.

Tarvo apretó el puño y estiró los brazos. El techo encima de ellos salió volando por los aires. Estampó el pie en el suelo y una plataforma de tierra los elevó a todos. Saltaron sobre los sorprendidos soldados al otro lado del muro, que habían subido por las escaleras para relevar a sus compañeros.

***

Al mismo tiempo, el otro grupo rodeó la ciudad hasta quedar en la parte de atrás.

Jay alzó la vista y comprobó que únicamente tenían un par de guardias estacionados en esa parte de la muralla, pues no consideraban que hubiera riesgo alguno de ataque enemigo desde ese lado. Ese sería un error que les saldría muy caro.

Jay miró a Alastair y este asintió. Cerraron los ojos y se concentraron. Los rebeldes que los acompañaban trataron de no dejarse intimidar al ver las sombras que los rodearon como si de un torbellino se tratara. Les habían avisado de que eso sucedería y lo habían estado practicando esos días en las montañas, pero aun así se pegaron unos a otros, por si acaso.

Desaparecieron.

Y, al instante siguiente, se materializaron al otro lado de la muralla, en el interior de la ciudad.

El caos estalló cuando Alastair se transformó. El rugido del dragón retumbó por toda la capital, seguido de los gritos de terror de sus habitantes y los soldados enemigos.

Jay envolvió su espada en fuego azul y preparó una bola de fuego blanco en la otra mano. Era el momento de tomar la ciudad de una vez por todas. Y no habría duda que lo frenara. Estaba decidido a triunfar.

***

Gavin entornó los ojos al ver que una esfera de llamas blancas se alzaba en el cielo desde la parte posterior de la ciudad. Acto seguido, otra idéntica, pero de fuego naranja, la imitó en el lado derecho.

—¡Ahora! —gritó, y todos a su alrededor se movilizaron con rapidez.

Ascendieron por la colina, empujando los arietes. Solo unos pocos se quedaron atrás para seguir operando las catapultas y trabuquetes.

Los proyectiles que llovían a su alrededor habían disminuido. Los soldados del emperador tenían que enfrentarse ahora también a aquellos que se habían infiltrado en el interior de la ciudad.

—¡A la carga! —gritó Faye.

Los troncos de los arietes impactaron con un ruido atronador en las rocas del muro. La estructura tembló.

—¡Otra vez!

Cada golpe hacía que la muralla desprendiera polvo y pequeñas piedras. Varios rebeldes iban cayendo al ser alcanzados por flechas o rocas, y Gavin vio por el rabillo del ojo a un grupo entero ser arrastrado por una oleada de agua hirviendo.

Pero, al fin, el ariete junto al que estaban él y Valikia logró su propósito: abrió un enorme agujero en la muralla.

—¡Todos dentro! —ordenó, aunque no hizo falta. Los rebeldes, con gritos de guerra, empezaron a inundar la ciudad.

Capítulo 14: Coronación

Jay caminaba por los pasillos del castillo, comparándolo con lo que había visto del interior del palacio imperial en sus recuerdos. Las paredes y el suelo eran de piedra gris, cubiertos por alfombras y tapices de color azul oscuro y bordes dorados. Por más que buscó, los únicos adornos que encontró fueron jarrones, flores y armaduras. No había ni rastro de los retratos de la familia real; el emperador habría ordenado su destrucción tras la conquista.

Llevaban una semana poniendo orden en Antheria. Habían iniciado la reparación de las partes de la muralla que había caído, habían capturado y ejecutado a los soldados imperiales supervivientes. Jay se había forzado a verlo, aunque había sido duro. Mantuvieron a algunos presos por si podían extraer información que les fuera de utilidad; habían limpiado las calles de escombros y habían comenzado la reconstrucción de las viviendas destruidas en el ataque.

Se encontraban muchos mendigos en las calles, consecuencia de la pobreza que había llevado el Imperio gaelaro tras la conquista de Anthius. El imperio conquistaba y expoliaba los territorios de todos sus bienes y recursos, esclavizando a sus gentes.

Una de las alegrías de Jay había sido ir repartiendo comida a todos aquellos que la necesitaban, aprovechando las provisiones que habían arrebatado a los batallones imperiales. Muchos ancianos y madres desesperadas con niños lo habían agarrado de las manos y habían llorado mientras le daban las gracias.

Eso lo ayudaba a enterrar la angustia que había sentido con cada vida que había segado en esas batallas. Ya no había vuelta atrás; estaba sumergido por completo en aquella guerra y se había manchado de sangre.

Se repetía una y otra vez que era por una buena causa. No había otra forma de luchar contra la tiranía.

Sus compañeros no tenían los mismos reparos que él, pues ya llevaban años acostumbrados a matar a sus enemigos en un mundo como aquel. Y, por lo que había comprobado, Connor ya se había visto obligado a quitar alguna vida en las batallas por reconquistar las otras ciudades de Anthius.

Recordó con un escalofrío un momento concreto en la batalla final del asedio de Antheria.

***

Jay jadeaba por el esfuerzo. Se limpió varias gotas de sudor y sangre de su rostro. No quería imaginarse el aspecto que tenía.

El cielo oscuro de la noche estaba casi borrado por el humo del fuego que se elevaba y cubría toda la ciudad como una cúpula. Había casas derruidas a su alrededor, cadáveres de enemigos y aliados… Era un caos.

—¡Jay, agacha!

El chico había obedecido la orden automáticamente antes de saber siquiera quién la había dicho. Un cuchillo voló por encima de su cabeza. Se giró justo para ver cómo se hundía

limpiamente en la frente de un soldado que había querido atacarlo por detrás. Se desplomó al instante, muerto.

Levantó la vista y su corazón se aceleró al localizar a Connor en lo alto de un tejado. Pero su amigo ya se alejaba de un salto. No había vacilado. No había mirado atrás. No había tenido problemas para continuar.

Él mismo había rasgado ya más de una garganta con su espada a lo largo de aquella noche. Era cierto que matar era más sencillo después de la primera vez…

No sabía cómo sentirse al respecto. Lo único que lo consolaba era que su padre habría estado de acuerdo con lo que estaba haciendo… y que contaba con el apoyo de Alastair.

***

¿Cómo podría mantener Caedra su promesa de no matar a nadie si se unía a ellos en las próximas batallas? La zeafírea era una luchadora experta y veterana, pero había conseguido evitar quitar las vidas de otros hasta el momento al participar solo en combates contra pequeños grupos de gente en los que era más sencillo no llegar a ese punto. Ahora que ya estaban sumidos en una guerra, sin embargo…

Cada soldado que dejara sin matar se levantaría de inmediato, listo para clavarle un puñal. Por no decir que tenía que utilizar ataques que cubrieran más terreno, sin importar lo que destrozara a su paso. Era inevitable que muchos acabaran perdiendo la vida por su culpa…

Lo hablaría con ella cuando volviera a verla, pero Jay sabía que Caedra no era tonta y ya habría reflexionado sobre ello. Al menos, suponía que a ella le afectaría menos que a él. Estaba acostumbrada a esas cosas.

Y, para bien o para mal, él se estaba acostumbrando también.

Llegó a la sala del trono, amplia y con el techo tan alto que hasta Alastair habría podido adoptar su forma de dragón si hubiera querido. En el centro se proyectaba la sombra del candelabro gigante que colgaba encima, acompañado de varias guirnaldas azules que adornaban los arcos de la bóveda. Una alfombra dorada llevaba a los dos tronos engarzados con joyas que había al fondo. A la derecha, un largo balcón desde el que se podía ver la ciudad entera. A la izquierda, vitrinas de cristal con cojines rojos en su interior en los que reposaban distintos objetos valiosos.

Faye estaba de espaldas a él, de pie en el último escalón de los tres que llevaban a los tronos. En Antheria la habían recibido con los brazos abiertos; ya se había corrido la voz de que la Sombra del viento era en realidad la princesa Realyn, que había vuelto de los muertos para liberarlos de sus opresores.

La ceremonia de coronación sería esa tarde. Jay se había quedado para estar presente en la celebración. A la mañana siguiente partiría junto con Alastair para visitar a Caedra, pues ya llevaban un mes sin verla. Jay la echaba de menos y estaba impaciente por conocer sus avances en el manejo del metal.

Faye llevaba ahora su larga melena pelirroja al descubierto. Seguía ataviada, sin embargo, con su uniforme negro rodeado de cinturones con distintas cuchillas enganchadas a ellos.

—Espero que no vayas a presentarte así a la ceremonia —bromeó Jay, anunciando su presencia.

Faye se giró y le dedicó una breve sonrisa. Su carácter era algo arisco, pero al menos no era de piedra, como Alastair.

—No es mi intención, tranquilo —contestó ella. Bajó los escalones y caminó hacia él—. Aunque después de tantos años sin llevar vestidos, se me hará raro…

Por la mueca en su rostro, Jay dedujo que la idea no le entusiasmaba. Se quedaron los dos parados bajo el candelabro.

—¿Y por qué tienes que llevar un vestido? —dijo Jay, encogiéndose de hombros.

Recordó la forma de vestir de Caedra en aquella idílica realidad que su mente había creado cuando no despertaba. No llevaba un vestido, sino un traje idéntico al que portaría un hombre. Y a Jay le había parecido que estaba igual de elegante.

Faye lo miró como si hubiera dicho la cosa más estúpida del mundo. Abrió la boca para replicar, pero la cerró de nuevo tras pensar en sus palabras y frunció el ceño.

—Cierto —murmuró al fin. Sus ojos verdes se iluminaron—. No tengo por qué llevar un vestido, y no lo haré. Voy a ser la reina de Anthius, por lo que nadie tendrá autoridad para decirme lo contrario.

Jay rio y asintió con la cabeza.

—Efectivamente.

—Además, no pienso dejar de luchar —prosiguió Faye—. Creo que la gente no se opondrá a que su reina guerrera vista con traje…

—No creo que se atrevan a reprochártelo después de que los hayas liberado —señaló Jay. Se cruzó de brazos y ladeó la cabeza—. ¿Hay algo más que te preocupe?

A pesar parecer más animada ahora que se había librado del vestido, Faye continuaba con el ceño fruncido.

Ella suspiró con tristeza.

—Es solo que… no quiero perder mi poder si me caso.

—¿Y por qué ibas a perderlo?

Faye desvió la vista inconscientemente hacia el fondo de la sala, donde tiempo atrás un inmenso retrato de la familia imperial había adornado la pared.

—En Anthius es así. El rey se encarga de todo; la reina solo lo acompaña.

—Eso pude cambiar ahora. Contigo —dijo Jay, convencido—. Tienes el poder de cambiar la ley, Faye. Nadie te detendría. Ahora mismo, eres la líder de todo el pueblo de Anthius.

Faye esbozó una pequeña sonrisa y relajó la tensión en sus hombros.

—Tienes razón, Jay. Supongo que solo estoy un poco nerviosa y no pienso con claridad. Jamás pensé que llegaría este día…

Jay sonrió también.

—Pues este día es tuyo, Faye. Esta tarde relájate y disfruta. Ya tendremos tiempo mañana de continuar planificando los siguientes pasos.

***

La ceremonia se llevó a cabo en la plaza del centro de la capital, que había quedado relativamente intacta tras el ataque. Fue modesta, pues seguían en guerra y, aunque había sido una gran victoria, todavía quedaba mucho trabajo por delante. Tendrían que terminar de echar a

los soldados imperiales del resto de ciudades de Anthius que aún estaban en su poder.

A pesar de todo, habían podido arreglar un bonito traje blanco para Faye, con bordes dorados, que hacía resaltar sus ojos verdes, su piel bronceada y su pelo rojo. El largo cabello estaba recogido en un elaborado moño del que se habían encargado varias de las antiguas criadas del castillo, contentas por poder regresar a sus labores ahora que la presencia del imperio había sido borrada de Antheria.

—Nos encontramos ante el amanecer de un nuevo reinado —estaba diciendo el sacerdote junto a Faye, ataviado con una túnica azul oscuro. Los dos estaban en un escenario de madera, rodeados de gente—. Uno bendecido por la luz de Luvann.

Jay observaba desde una esquina de la plaza. Su definición de arreglarse un poco había sido simplemente ponerse ropa nueva y limpia: una camisa negra y unos pantalones marrones.

—¡Qué emocionante! —comentó Valikia, a su lado. Había convencido a Jay para que peinara su pelo en una bonita trenza, como le había visto hacer varias veces con Ayla cuando viajaban en busca de Luvann—. Nunca pensé que presenciaría una coronación.

Gavin, de pie detrás de ella, rio.

—Espero que en un futuro también puedas ver la de Jay.

—Eso, eso, Jay —dijo Valikia y se abrazó al chico—. Cuando seas emperador no te olvides de todos nosotros, ¿eh? Yo quiero ser la duquesa de algún sitio con buenas vistas.

A Jay se le escapó una carcajada.

—Lo tendré en cuenta.

Pero, aunque bromeaba con sus amigos, por más que pasaban los años seguía sin verse al frente del imperio. Él no tenía ni idea de en qué consistía gobernar…

Lo que le extrañaba era la aceptación de Gavin, quien hasta hacía solo unos meses se había enfrentado a él por el trono. Pero eso había sido cuando todavía seguía engañado por el oráculo supremo y creía que las intenciones de Jay eran sumir a Gaelar en la oscuridad de las sombras.

Aun así, a Jay le costaba creer que Gavin no tuviera ninguna objeción al respecto. Había crecido como el heredero del emperador; había sido educado para gobernar…

Pero la verdad era que su hermano no había mostrado más que devoción por él desde que se había unido a su bando. Se había esforzado en crear un vínculo entre ellos. Jay era la única persona que le quedaba a Gavin que pudiera considerar su familia de verdad, pues el emperador siempre lo había utilizado como una simple herramienta. Por tanto, Jay suponía que para Gavin era más importante tenerlo a él como hermano que el trono del imperio.

Y Jay ya no podía decir que no se alegrara de tener a Gavin a su lado. Aunque todavía no se acostumbraba a verlo como su hermano, y se trataban más como simples amigos, su aprecio por él iba creciendo. Había visto su habilidad para comandar las tropas en el campo de batalla. Era todo un estratega, revestido de autoridad.

—Es agradable tener este momento de paz en medio de tanta lucha —comentó Connor. Él estaba sentado en un bloque de piedra que quedaba por limpiar, Tarvo acomodado en otro idéntico a su lado.

—Estoy seguro de que todos lo apreciamos —asintió Tarvo.

Habían organizado una gran fiesta la segunda noche después de su victoria para celebrarlo. Era importante que sus soldados se sintieran recompensados tras la dura batalla.

El único que faltaba era Alastair. Se había ido a Luminaria para comprobar si Makus y Silvary tenían información sobre si el emperador planeaba movilizar una buena cantidad de tropas ahora que habían conquistado la capital. Estaba a punto de perder Anthius por completo.

Jay tenía la esperanza de que sí, aunque no quería hacerse ilusiones. Estaba tan preocupado por Ayla… Solo esperaba que el emperador moviera su ejército para que pudieran infiltrarse en el palacio y rescatarla.

Se suponía que Alastair regresaría esa noche, para volver al día siguiente a Ganthia. El resto de sus compañeros se quedaría para ayudar en la labor de reconquista del resto del territorio, pero ahora que habían recuperado la capital y disponían de todos sus recursos, lo que quedaba sería más fácil. Estaban seguros de que la gente de Anthius se rebelaría también en las ciudades que faltaban una vez se corriera la voz de que la reina Faye había sido restaurada en el trono.

Porque el sacerdote acababa de colocar la corona de oro en la cabeza de Faye, convirtiéndola, oficialmente, en la reina de Anthius. La chica se irguió con la espalda y los hombros rectos, sonriendo.

—¡Larga vida a la reina Faye! —gritó alguien del público. No tardó en ser coreado por el resto de los presentes.

***

Jay estaba en un patio del castillo, listo para recibir a Alastair en cuanto este aterrizó.

—¿Y bien? ¿Sabes algo? —preguntó de inmediato después de que hubiera regresado a su forma humana, yendo hacia él.

Alastair no se sorprendió ante la impaciencia del chico.

Había caído la noche. Estaban a solas, iluminados por la luz naranja de las antorchas.

—El emperador no movilizará sus tropas —lo informó Alastair en tono seco—. Parece que da Anthius por perdido y se centrará en reforzar el resto de sus territorios para que no se vean contagiados por la rebelión de este reino. Esperará a más adelante para reconquistarlo.

Jay hundió los hombros. Sabía que no tenía que haberse hecho ilusiones…

Por otra parte, tenía sentido que el emperador ya los tomara en serio y prefiriera asegurar primero su posición en el resto de los reinos. Se podía permitir ser paciente y esperar a que fuera el momento adecuado para atacar Anthius otra vez.

—Sin embargo —prosiguió Alastair, sorprendiéndolo. Jay alzó la vista para mirarlo de nuevo —, Makus y Silvary ayudaron a alguien a escapar de Luminaria hace un mes.

El corazón de Jay se aceleró. Alastair asintió con la cabeza.

Jay casi no podía creérselo de la emoción. ¡Ayla había huido del palacio!

—¿Dónde está? —inquirió de inmediato, conteniéndose a duras penas para no pegarse a Alastair, como si este fuera a responder más rápido por ello.

El chico tuvo un mal presentimiento al verlo fruncir el ceño.

—Ese es el problema. No saben dónde está. Se marchó en cuanto salió de Luminaria con destino a Ganthia.

Un mes era suficiente para que Ayla hubiera llegado a la isla si no había tenido ningún problema.

—Tenemos que volver y comprobar si ha regresado —dijo Jay, acelerado. Dio media vuelta.

Alastair lo frenó con una mano en su hombro. Jay lo miró, irritado.

—¿Qué? —cuestionó, cruzando los brazos.

—Regresaremos al amanecer.

—No, tenemos que irnos de inmediato —insistió—. Es muy importante y no hay riesgos en el viaje. Alastair, por favor…

El hombre gruñó.

—Está bien. Coge tus cosas.

Jay sonrió.

—¡Gracias!

Le faltó tiempo para subir corriendo a la que era su habitación provisional en el castillo. Notaba retumbar en el pecho los fuertes latidos de su corazón. La emoción hacía que casi le temblaran las manos.

Ayla había escapado. Y existía la posibilidad de que ya hubiera llegado a Ganthia. Necesitaba comprobar cuanto antes si era así. Él tenía la esperanza de encontrarla en la isla. Y si no, no descansaría hasta averiguar dónde estaba.

Se despidió con rapidez de sus compañeros, que comprendieron enseguida la situación cuando Jay contó lo dicho por Alastair.

—Avísanos si necesitas ayuda —le pidió Tarvo.

—¡Y dale un abrazo a Ayla de mi parte cuando la veas! —exclamó Valikia, mientras estrechaba ella misma a Jay entre sus brazos.

—Espero que vuelvas pronto, Jay. Con un poco de suerte, acompañado de Caedra y Ayla —dijo Connor con una sonrisa.

—Y ten mucho cuidado, pase lo que pase —completó Gavin, cruzado de brazos.

—Gracias, chicos —dijo Jay con una sonrisa, conmovido por el apoyo de sus amigos.

Bajó corriendo por las escaleras. Alastair ya lo esperaba transformado de nuevo en dragón.

«No te hagas demasiadas ilusiones, Jay», le advirtió antes de extender las alas y despegar.

***

Llegaron a Ganthia de madrugada. La isla estaba en silencio, solo con algunas antorchas encendidas en la aldea torrogal, además de la hoguera que ardía perpetuamente en el centro.

Jay había echado de menos el relajante ruido de las olas. Bajó al suelo de un salto, hundiéndose ligeramente en la arena negra.

Alastair pasó a su forma humana y echó a andar. Jay lo siguió. Era incapaz de hablar de lo nervioso que estaba.

Los guardias en la entrada del túnel que atravesaba el volcán los dejaron pasar sin problema. La casa de Shidan estaba a oscuras, como era normal, pues estarían durmiendo.

Jay fue directo a la habitación de Caedra. Llamó insistentemente a la puerta.

—Cai, abre, soy yo.

Pasaron un par de segundos y una somnolienta zeafírea se asomó al pasillo, frotándose un ojo con el puño. Estaba vestida solo con su camisón blanco de dormir y su pelo estaba un tanto revuelto. El metal en sus alas brillaba tenuemente con los rayos lunares que se filtraban por la ventana.

—Jay, me alegro de verte, pero ¿qué…?

Fue interrumpida por el abrazo de Jay, que la estrechó contra él con fuerza. La había echado de menos, contando los segundos hasta volver a verla de nuevo. La zeafírea olía ligeramente a ceniza, y Jay se preguntó si habría estado entrenando por el volcán.

Caedra sonrió, respondiendo enseguida al abrazo, ya más despejada. Para ella era un profundo alivio comprobar que no le había pasado nada a Jay en su tiempo en Anthius.

—No esperaba que volvierais en medio de la noche —comentó una vez se separaron—. ¿Ha pasado algo?

—Hemos conquistado Antheria y recuperado Anthius casi por completo, pero ya te pondré al día más tarde —contestó Jay con rapidez. Se puso serio—. ¿Está Ayla aquí?

—¿Ayla? —repitió Caedra, extrañada.

Jay hundió los hombros, desanimado. Se había hecho ilusiones para nada…

Sacudió la cabeza y se irguió de nuevo. No podía entristecerse por eso, Ayla había conseguido escapar y, si no estaba allí, estaría en algún sitio del continente. O a punto de llegar a la isla, incluso.

—Makus y Silvary le han dicho a Alastair que Ayla logró huir del palacio hace un mes, aunque no tenemos mucha información sobre cómo lo hizo —explicó Jay—. Se fue de Luminaria y se dirigía a Ganthia, pero si no está aquí…

—Ya veo —asintió Caedra, frunciendo el ceño.

Alastair apareció también en el pasillo. La mirada de Caedra se iluminó al verlo, y fue ella la que se lanzó a abrazar al hombre, que arqueó las cejas, sorprendido.

—¡Alastair! ¡Os he echado de menos! —exclamó, separándose no mucho después. Rio interiormente al ver su expresión.

Una vez recuperado de su sorpresa, sin embargo, Alastair esbozó una pequeña sonrisa. Él también la había echado de menos y había estado un tanto ansioso por comprobar que estaba bien.

Recuperó su semblante serio antes de mirar a Jay.

—Es posible que Djaka pueda averiguar la localización de Ayla con una de sus visiones —dijo, y el rostro de Jay se iluminó.

—¿Y a qué esperamos?

—¿Me vas a hacer ir a hablar con ella en camisón? —protestó Caedra.

Jay rio ligeramente.

—Sí.

***

Encontraron a Djaka en su forma de dragón, enroscada entre sus dos palmeras favoritas. Abrió los ojos al escuchar sus pasos e irguió el cuello.

«Jay, Alastair, no me había dado cuenta de que habíais regresado», comentó.

Jay notó con curiosidad que lo había llamado por su nombre, en vez de «mortal» o cualquier variante similar.

—Acabamos de volver —contestó Alastair con sequedad.

—Djaka, necesito que veas si puedes localizar a Ayla con alguna visión, por favor —le pidió Jay de inmediato.

La dragona arqueó una ceja.

«¿A qué vienen esas prisas, mortal?».

Y ahí estaba, llamándolo «mortal» de nuevo. Eso era más normal en ella.

—Ayla escapó hace un mes del palacio del emperador y no sabemos dónde está —explicó Caedra—. Es posible que esté en peligro y necesitamos conocer su ubicación para ayudarla y traerla de vuelta.

Djaka se levantó y se estiró. Gruñó, fastidiada por estar perdiendo tiempo de sueño. Jay la miró fijamente.

«De acuerdo, de acuerdo. Ya voy…», masculló ella.

Cerró los ojos y se concentró. Las gemas en su cornamenta brillaron tenuemente, con mucha menos intensidad que cuando iba a abrir un portal.

***

Sonaban pasos en la madera del techo. Ayla arrugó la nariz ante el polvo que se desprendió.

El espacio era pequeño y un tanto asfixiante. Se encontraban en el sótano abandonado de unos almacenes en la ciudad. Había muchos como ese después de que los mercaderes hubieran huido de Kieur años atrás, cuando el Imperio gaelaro había conseguido romper la frontera de Omilia tras casi una década de guerra.

—Bueno, el botín de hoy no está nada mal. Los soldados en Kieur son cada día más despistados…

Ayla levantó la vista al escuchar aquella voz grave. Enfocó a un chico de su edad bastante delgado, con la piel oscura y ojos negros. Su pelo era corto y rizado. Vestía con un pantalón ocre hecho jirones y una camisa blanca dada de sí en los hombros, dejando al descubierto sus marcadas clavículas.

Soltó una bolsa de tela que hizo un sonido metálico al caer en la superficie de la mesa.

Ayla sonrió al ver que un niño de unos cinco años y una niña de unos doce iban corriendo a por la barra de pan que también llevaba en el brazo. El chico se la tendió de inmediato, observándolos con el ceño fruncido. Los niños estaban en los huesos.

—¿Seguro que no quieres que te ayude? —inquirió Ayla con suavidad.

El chico se pasó una mano por la cabeza y suspiró pesadamente.

—Llamarías demasiado la atención con esas pintas aristocráticas…

—Uzair… —murmuró ella, poniéndose en pie—. Por favor. Enséñame. Bastante has hecho por mí acogiéndome estos días. Siento que me estoy aprovechando, y no sé cuándo podré salir de la ciudad…

El chico, Uzair, pasó unos segundos en silencio. La miró a los ojos.

—Está bien —cedió al fin—. Pero vas a tener que seguirme el ritmo.

***

Djaka proyectó sin dificultad la visión que había tenido en las mentes de Alastair, Jay y Caedra.

Jay frunció el ceño.

—¿Está en Omilia?

Caedra asintió con la cabeza.

—En Kieur. La capital.

Jay repasó en su mente el mapa de Gea que había tenido que aprenderse. El camino más directo a la costa de Anthius, desde donde se podía ir a Ganthia, pasaba a través de Kieur. Pero lo más lógico era rodearla cuando uno era buscado por el emperador. Aunque Ayla hubiera tenido que buscar provisiones en alguna población, había sitios mucho menos peligrosos que la capital de un reino…

¿Cómo habría acabado allí? Según lo que decía en la visión, parecía estar atrapada sin poder salir de la ciudad.

«No olvidéis que esta visión es de algún punto en el futuro. Puede ser dentro de unas horas, o dentro de unas semanas —señaló Djaka—. Pero, si este futuro se cumple, Ayla estará en Kieur tarde o temprano».

—De acuerdo. En ese caso, partiremos de inmediato hacia Omilia —decidió Jay, listo para dar media vuelta.

Caedra lo frenó agarrándolo del brazo. Jay ladeó la cabeza para mirarla, con la interrogación reflejada en sus ojos.

—No antes de que hayamos dormido unas horas, Jay. No has dormido nada esta noche todavía.

El corazón de Jay latió con fuerza, esperanzado.

—¿Te vienes?

Por mucho que sabía que la zeafírea estaría más a salvo en Ganthia, siempre se sentía más seguro, más fuerte, con Caedra a su lado.

Ella sonrió.

—¿Lo dudabas?

Alastair, sin embargo, frunció el ceño.

—De ninguna manera.

Y Djaka puso los ojos en blanco.

«Alastair, querido, la mortal está ya más que preparada —dijo, exasperada—. No hemos hecho más que entrenar desde el amanecer hasta el ocaso durante todo este mes».

—Exacto —afirmó Caedra, cruzándose de brazos, indicando que no iba a ceder—. No iría con

vosotros si fuera a ser un estorbo, Alastair.

—Jamás serías un estorbo, Caedra —replicó él de inmediato, muy serio—. Tan solo… —Calló y apartó la vista, tensando la mandíbula.

Jay dibujó una mueca en su rostro. Comprendía la preocupación de Alastair, y la compartía. El asunto del destino…

La ilusión por que Caedra los acompañara había desaparecido. Jay la miró, consternado.

—¿Seguro que no necesitas un poco más de entrenamiento, Cai?

Ella bufó.

—Pero ¿acaso esperáis que me quede en esta isla para siempre? Ya me he recuperado. Quiero ayudaros.

Alastair gruñó. Era cierto que no podían retenerla eternamente…

«Tened en cuenta que, si yo he podido verla en esta visión, el oráculo supremo también —advirtió Djaka—. Os vendrá bien tener más ayuda».

Jay palideció.

—Debemos ir cuanto antes.

Capítulo 15: Los marginados

Ayla suspiró pesadamente al sentarse. Había limpiado el sótano lo mejor que había podido, pero sabía que no tardaría en llenarse de nuevo del polvo que se filtraba a través de la madera del techo. Se preguntó quién viviría arriba.

Se sentó en una de las piedras que estaban talladas a modo de asiento y bajó la vista al escuchar el tenue golpe seco de algo contra la tierra. La cuerda de su colgante de umbrano se había desatado y este había caído al suelo. Lo llevaba siempre sobre su cuello para evitar que el oráculo supremo la descubriera en sus visiones. Si localizaba su paradero antes de que llegara a Ganthia, estaba perdida.

Se agachó para recogerlo…, pero la mano de Kadria se le adelantó.

—Vaya, ¿qué es esto? —inquirió la niña, alzándolo para que fuera iluminado por la luz de una vela en la estantería junto a ellas.

—¡Yo también quiero verlo! —exclamó Sandir, el otro niño que vivía con ellos, abandonando el oso de peluche con el que había estado jugando en el suelo y yendo hacia ellas.

—Chicos, devolvedme eso, por favor —les pidió Ayla, extendiendo el brazo. Intentaba no mostrar el nerviosismo que le provocaba no tener el umbrano en su poder.

—Pero yo también quiero verlo… —protestó Sandir, inflando la cara.

Escucharon la trampilla de las escaleras abrirse y cerrarse a la vez que los pasos de alguien encima hacían que se desprendiera polvo. Sandir tosió.

—Bueno, el botín de hoy no está nada mal. Los soldados en Kieur son cada día más despistados…

Ayla levantó la vista al oír aquella voz grave. Era Uzair, un chico de su edad bastante delgado, con la piel oscura y ojos negros.

Soltó una bolsa de tela que hizo un sonido metálico al caer en la superficie de la mesa de madera que tenían. Era el mueble que ocupaba más espacio en el reducido habitáculo.

Ayla sonrió al ver que Sandir y Kadria iban corriendo a por la barra de pan que Uzair llevaba en el brazo. El chico se la tendió de inmediato, observándolos con el ceño fruncido. Los niños estaban en los huesos, era normal que estuvieran hambrientos.

Sandir y Kadria llevaban ya, según le había contado Uzair, varios años bajo su cuidado. Los padres de los tres habían sido amigos, pero se habían quedado huérfanos cuando el imperio tomó la capital.

Sandir era el más pequeño, con la piel rosada y rizos castaños. Kadria era su hermana mayor, de aspecto casi idéntico salvo por sus ojos azules, mientras que los de él eran marrones.

Uzair había encontrado ese sótano vacío y lo habían convertido en su hogar. Ahora la acogían también a ella.

—¿Seguro que no quieres que te ayude? —inquirió Ayla con suavidad.

Vivían ocultos de los soldados del emperador, o se convertirían en esclavos. Uzair se pasaba el día robando lo que podía para sacarlos adelante, desde monedas en los bolsillos de los soldados a comida de los puestos cuando nadie miraba.

Era complicado.

Uzair pasó una mano por la cabeza y suspiró pesadamente.

—Llamarías demasiado la atención con esas pintas aristocráticas…

—Uzair… —murmuró ella, poniéndose en pie—. Por favor. Enséñame. Bastante has hecho por mí acogiéndome estos días. Siento que me estoy aprovechando, y no sé cuándo podré salir de la ciudad…

Uzair pasó unos segundos en silencio. La miró a los ojos.

—Está bien —cedió al fin—. Pero vas a tener que seguirme el ritmo.

El emperador había dado la voz de alarma: se buscaba a la aprendiz del oráculo supremo, una chica de pelo rubio pálido, piel blanca y grandes ojos azules, con un par de alas marrones en su espalda. Había carteles por toda la ciudad… y la recompensa era muy generosa. Las guardias en Kieur se habían reforzado poco después de su llegada por si alguien la veía entrar o salir de la capital.

Ayla había acabado ahí huyendo de una manada de volpires en la noche, aprovechando un momento en el que las puertas de la ciudad habían estado abiertas para la llegada tardía de unos mercaderes. Había pasado corriendo entre ellos y, antes de que los guardias pudieran detenerla, los volpires se habían abalanzado sobre todos…

***

Ayla se encogió al escuchar el grito de agonía de uno de los guardias, seguido del crujir de huesos. Los volpires eran enormes y sus mandíbulas quebraban hasta el material más duro; el cuerpo de un humano no era nada para ellos.

Notaba los músculos entumecidos y su estómago se revolvió al darse cuenta de que aquel soldado habría muerto por su culpa. La ciudad no era más que manchas oscuras a su alrededor. Estaba desierta, con todos refugiados en sus casas para dormir. Esto significaba que nadie la vería para capturarla. Pero también quería decir que nadie la ayudaría.

Resollaba y los pulmones le ardían del esfuerzo; corría sin parar. Las gotas de sudor se deslizaban por sus sienes y el pelo se pegaba de forma desagradable a su cuello. Hasta la ropa le pesaba. Tropezó y palideció al darse cuenta de que era incapaz de mover la pierna izquierda. Al bajar la vista, comprobó la razón: tenía la púa de un volpir clavada. El veneno paralizante no tardaría en extenderse y dejarla inmovilizada durante un tiempo.

—No, no, no… —murmuraba una y otra vez, con los ojos muy abiertos y el corazón latiendo en la garganta. ¡No podía caer ahora! Los guardias que patrullaban la ciudad la encontrarían enseguida, una vez iniciaran la búsqueda después de encargarse de los volpires que ella había llevado a la entrada. Todavía escuchaba sus tétricos aullidos en la distancia y las maldiciones de los soldados.

Renqueando, logró arrastrarse al fondo de un callejón. Se desplomó entre varias cajas de madera. Esperaba no haber dejado ningún rastro; bastaba con que se hubiera desprendido alguna pluma de sus alas o una gota de sangre… Tendría que confiar en la suerte.

Se hizo un ovillo, temblando. Sus extremidades se dormían con rapidez. Apretó los dientes para ahogar un sollozo.

Estaba hambrienta, desorientada y herida. Había acabado por accidente en Kieur, la capital de uno de los reinos conquistados por el imperio. ¿Cómo iba a salir de allí ahora? Estaba segura de que blindarían todo para evitar que escapara…

Se mordió el labio. Las lágrimas se acumulaban en sus ojos y cada vez era más difícil no dejarlas caer. No iba a permitir que el sacrifico de Su-Nev fuera en vano. No iban a capturarla de nuevo. Pero era tan difícil tener que realizar aquel viaje sola…

«Jay —pensó, dejando caer los párpados—. Ojalá estuvieras aquí…».

Habría dado lo que fuera con tal de verlo ahora. Jay la recogería en sus brazos y la protegería de todo, arropándola con su cálida presencia. Y todo estaría bien…

Pero Jay se encontraba todavía muy lejos. Ni siquiera sabía dónde estaba ella. Era imposible que fuera a salvarla.

Ayla no se iba a rendir. Llegaría hasta él por su propia cuenta. Le demostraría también a Caedra que su entrenamiento había merecido la pena. En esos instantes, sin embargo, cuando apenas sentía su propio cuerpo, estaba indefensa en territorio enemigo y rodeada por la más absoluta oscuridad, el mundo se le venía encima. Quería sumirse en un profundo sueño y despertar por arte de magia en Ganthia, rodeada de todos sus amigos…

—Oye, ¿estás bien?

La trémula voz le pareció al principio una alucinación. ¿Sería un efecto secundario del veneno de los volpires?

Alguien se aclaró la garganta y, de haber sido capaz, Ayla habría tensado todos los músculos. Alcanzó a abrir los ojos y echar un vistazo por encima del hombro.

Un chico asomaba detrás de las cajas. Era complicado distinguir sus facciones en medio de la oscuridad de la noche, pero estaba claro que no portaba la armadura del imperio.

—¿Necesitas ayuda?

Le tendió la mano. El labio inferior de Ayla tembló. Y rompió a llorar, desbordada por la situación.

***

Era una suerte que Uzair la hubiera encontrado justo en ese momento.

Al día siguiente, Kieur entera había sido empapelada con carteles con su descripción y la recompensa ofrecida. Ayla estaba segura de que Uzair los había visto, pues había comprobado en repetidas ocasiones que el chico sabía leer, y que la habría reconocido, pues era muy obvio. A pesar de todo, no la había delatado y, al contrario, le había ofrecido quedarse con ellos todo el tiempo que necesitara.

Había tardado dos semanas en llegar a la capital de Omilia. Había sido complicado, pues no tenía dinero y las únicas provisiones eran las que habían podido conseguirle Makus y Silvary apresuradamente. Para entonces, se había quedado sin comida… y había sido atacada por los volpires.

Habían transcurrido otras dos semanas desde que había acabado en Kieur. Ayla sabía que

suponía un mayor esfuerzo para Uzair conseguir comida para alimentarla a ella también.

No era seguro intentar escapar de la ciudad todavía; estaba esperando a que relajaran un poco el nivel de alerta… Incluso aunque consiguiera superar la muralla moviéndose a la velocidad de la luz, los soldados la divisarían en cuanto intentara volar para ganar altura. Y esta vez no había ningún aliado que los entretuviera… No podría esquivarlos a todos.

Había llorado mucho las noches siguientes a su huida del palacio por la muerte de Su-Nev. No esperaba que la denu fuera a sacrificarse por ella… Había empezado a considerarla su amiga tras todas las visitas que le había hecho. Había sido su única compañía en aquellos oscuros meses.

Quizás pudiera intentar escapar oculta en el carro de algún mercader cuando rebajaran un poco la seguridad. Ahora todavía los examinaban minuciosamente.

Y así había acabado viviendo en ese sótano en compañía de aquel chico y dos niños.

El rostro de Ayla se iluminó al escuchar las palabras de Uzair. ¡Por fin iba a dejar que lo ayudara!

—No te defraudaré.

Al ver a Kadria tomar la barra de pan en sus manos, se percató de que su colgante todavía pendía de los dedos de la niña.

—Kadria, necesito que me devuelvas eso —le pidió con suavidad.

Ella se encogió de hombros, ahora entretenida con la comida.

—Vaaale…

Ayla se lo ató al cuello de inmediato, un tanto nerviosa. Esperaba que ese breve instante sin el colgante no hubiera sido suficiente para que el oráculo supremo tuviera una visión de ella…

Kadria ya le estaba pasando trozos de pan a su hermano pequeño, que los devoró de inmediato.

—¿Qué es? —inquirió Uzair, curioso.

—Es… algo que impide que me localicen —murmuró Ayla, incómoda.

Respiró un poco más tranquila cuando Uzair se limitó a asentir con la cabeza. Él sacó algo de su bolsillo y se lo tendió.

—Toma.

Ayla aceptó la galleta en sus manos.

—¿Y tú, Uzair? —inquirió ella, consternada.

El chico apartó la mirada.

—Puedo estar un día sin comer, no te preocupes.

No había conseguido nada más.

Ayla frunció el ceño. Partió la galleta por la mitad y le tendió uno de los fragmentos. Él suspiró con tristeza y lo aceptó. Tardaron apenas unos segundos en engullirla.

Escucharon a Kadria y a Sandir reír mientras se pasaban el oso de peluche de uno a otro. Al menos, estaban entretenidos. Salían solo unos minutos cada día a pasear por el callejón en el que Uzair había encontrado a Ayla, el mismo que albergaba la puerta que llevaba a los almacenes en cuyo sótano se refugiaban.

Uzair la miró.

—Vas a tener que ser rápida y ágil si quieres ayudarme —le dijo, muy serio—. No puedes dudar a la hora de hacer las cosas o te pillarán. Y, si alguien te observa con sospecha, actúa con naturalidad, como si fueras un esclavo retornando de tu turno en los campos de trigo.

Ayla asintió con la cabeza.

—De acuerdo.

Uzair se llevó una mano a la barbilla y la observó, pensativo.

—Vamos a tener que hacer algo para ocultar tu pelo…

Se dirigió a las cajas de cartón que tenían en la estantería y rebuscó. Tenían almacenado todo lo que Uzair había ido encontrando a lo largo de los años, por inútil que pareciera. Nunca se sabía cuándo lo podían necesitar.

Extrajo un gorro de tela marrón y se lo tendió a la chica, junto a un pequeño hilo de cuerda. Ayla entendió enseguida lo que quería que hiciera y se recogió el pelo en un moño. Acto seguido, se colocó el gorro.

Se levantó y dio una vuelta completa para que Uzair opinara.

—Perfecto, no se ve nada —confirmó él, satisfecho—. Usaremos tu capa para ocultar las alas; llevarás una mochila por encima y así no se apreciará tanto el bulto. Ah, y si, a pesar de todo, algún soldado te detiene, lo mejor que puedes hacer es toser y fingir estar enferma. Eso hará que se alejen rápido.

A Ayla se le escapó una pequeña carcajada al escuchar esto último.

Capítulo 16: Oportunistas

Aterrizaron en las afueras de Omilia, en la base de la cordillera que formaba la frontera natural entre Omilia y Anthius. Aquellas montañas en las que Jay había sido capturado como esclavo años atrás, y en las que el hermano de Caedra los había atacado hacía unos meses.

Jay tuvo un escalofrío al mirar por encima del hombro y verlas, alzándose detrás de él, amenazantes. Se alegró de no tener que atravesarlas.

Alastair se transformó en humano, pues llamaría demasiado la atención como dragón a partir de ese punto.

Djaka no los había acompañado, a pesar de que Caedra se lo había pedido, alegando que esos eran asuntos de «mortales» y que no se implicaría. A Jay no le sorprendió.

Lo que sí le había sorprendido era ver el nuevo brazalete que adornaba el brazo izquierdo de Caedra, una fina tira de metal que se enrollaba en torno a su piel, quedando ajustada. Su color era un degradado de rojo oscuro a plateado. La zeafírea le había hecho una demostración de cómo podía convertirlo en su lanza del mismo modo que Djaka convertía sus pulseras en una guadaña. Era muy práctico para llevar oculta su arma. Los abanicos, en cambio, los llevaba colgados del cinto, pues no eran tan llamativos.

Tendrían que caminar a pie desde la frontera hasta la capital. Les llevaría por lo menos una semana, ya que no podrían utilizar ninguna de las rutas comerciales, patrulladas por el ejército imperial. Atravesarían también el bosque de Magulia, donde Jay había conocido a Su-Nev…

Llevaban provisiones de sobra para no tener que parar más que para descansar. Así tampoco habría necesidad de que se adentraran en ninguna población, donde habría riesgo de que alguien los viera.

Emprendieron la marcha en silencio. Jay se alegró al comprobar que Caedra les seguía el ritmo sin problema. La zeafírea estiraba de vez en cuando sus alas, enmarcadas por el metal, también contenta.

Jay le había contado todo lo acontecido en Antheria mientras viajaban al continente. Caedra tenía ganas de ver al resto de sus compañeros, pero ahora la prioridad era Ayla, por quien estaba muy preocupada.

Al caer la noche, pararon entre unas rocas para descansar. Cenaron los tres carne seca y pan. Alastair, ahora que había perdido la inmortalidad, necesitaba alimentarse con la misma frecuencia que ellos, a lo que le había costado adaptarse.

Jay y Caedra estaban sentados frente a la hoguera. Alastair se había acomodado con la espalda apoyada en unas rocas no mucho más atrás, en las sombras. No hablaba mucho con ellos, pero eso era lo normal en él.

Jay se fijó en que unos finos anillos también adornaban ahora la mano derecha de la zeafírea.

—¿Y eso para qué es? —preguntó, señalándolos, una vez terminó su cena.

Caedra, que todavía estaba comiendo, esperó a terminar de masticar para tragar y responderle.

—Mira —dijo, levantando el brazo.

Los anillos se despegaron de su piel. El metal se volvió líquido y tomó la forma de afiladas cuchillas.

Jay arqueó las cejas, impresionado.

—He de admitir que ser afín al metal es bastante útil.

Caedra rio con suavidad, recuperando los anillos y bajando la mano.

—Lo es.

Jay se inclinó hacia ella.

—¿De verdad no te ha pedido nada a cambio Djaka?

Caedra negó con la cabeza.

—A mí también me extrañó al principio.

—Lo hace por mí —dijo Alastair con frialdad desde donde estaba.

—Sí, eso me comentó ella —confirmó Caedra, mirándolo por encima del hombro. Le gustaría que no se sentara tan apartado de ellos, pero le daba vergüenza pedírselo—. Y a mí me basta con eso. Podría haber optado por no hacer nada.

—Eso es cierto —aceptó Jay. Se echó hacia atrás y apoyó las palmas de las manos en la tierra.

Alzó la vista al cielo estrellado. Ayla estaría viendo esas mismas estrellas… En nada se encontrarían de nuevo con ella.

***

La tarea de Ayla a la mañana siguiente fue la de seguir a Uzair por la concurrida zona del mercadillo, observando y analizando todos sus movimientos. Le fascinaba la agilidad con la que se movía el chico. Metía y extraía la mano del bolsillo del soldado que le precedía en un abrir y cerrar de ojos. Cuando lo adelantaba, ya había guardado su botín en el bolsillo, que más tarde, sin testigos, movería al bolso.

Se paraba junto a las cajas de fruta que había en el suelo frente a un puesto de madera. Guardaba una manzana en su bolso según se estaba inclinando y, para cuando las sospechas del mercader le llevaban a comprobar qué estaba haciendo, Uzair solo se estaba atando los cordones de cuero de sus zapatillas de tela.

Fingía tropezar al cruzarse con algún noble que estuviera visitando la capital de Omilia por negocios, disculpándose cuando ya había arrancado el reloj de oro enganchado a su chaqueta. Si alguno de ellos se enfadaba, Uzair tosía con fuerza y el noble no dudaba en alejarse, decidiendo que no merecía la pena el riesgo.

Era increíble la habilidad que tenía. Ayla quería ayudar, pero no se veía capaz de imitarlo…

Se refugiaron a la hora de comer en un callejón, sentándose en las cajas de madera apiladas. Uzair le tendió a Ayla la mitad de la manzana que había sustraído.

—¿Qué te parece? —inquirió el chico tras darle un mordisco a su trozo.

Ayla suspiró profundamente.

—Muy complicado…

Uzair rio por lo bajo.

—Lo imagino. No es algo que se aprenda de la noche a la mañana.

Los dos se sumieron en el silencio. Ayla aprovechó para observar a su compañero de reojo mientras terminaba su mitad de la manzana. Se fijó en que tenía la cicatriz de un corte en el labio y la barbilla.

Frunció el ceño. Había vivido en la ignorancia todos esos años pasados en el palacio, ajena a los horrores del imperio.

«No puedo permitir que esto siga así», pensó, más decidida que nunca a acabar con el oráculo supremo y el emperador.

—¿Qué hay de tus padres, Ayla? —habló Uzair al cabo de un rato. Se había recostado en la pared y tenía la vista clavada en el cielo azul—. ¿Te los arrebató también la guerra?

—No… Murieron cuando yo era pequeña, pero no lo recuerdo —contestó ella con sencillez, ya acostumbrada. Aunque seguía sin superar la rabia que le produjo enterarse de que había sido el oráculo supremo quien le había borrado la memoria.

***

Jay palideció al ver el bosque de Magulia… o lo que quedaba de él.

—¿Qué ha pasado aquí? —balbuceó desolado.

Casi todos los árboles habían desaparecido, dejando únicamente un páramo de tierra marrón al descubierto. El enorme árbol, un ficus gigante, en torno al cual los denu habían construido la aldea, era lo único que quedaba en pie, si bien carecía de hojas y su tronco estaba seco y ennegrecido, hueco por dentro. Cualquier tormenta violenta lo derrumbaría. No había ni rastro de las chozas.

—La guerra —respondió Caedra con amargura.

—Pero… Si estuvimos aquí hace tan solo unos años… ¿Y los denu?

La expresión en el rostro de Caedra se endureció.

—Exterminados o esclavizados, probablemente.

Jay no pudo evitar pensar en Su-Nev, a pesar de la traición de la denu en el pasado. ¿Estaría bien? ¿Habría acabado de nuevo en las minas?

—Continuemos —dijo Alastair, quien ni se había inmutado ante el inhóspito paisaje, manteniendo su porte frío. Aunque no lo aparentara, estaba en tensión constante, pendiente de cualquier cambio en el ambiente.

Caedra echó a andar tras él, descendiendo por la colina. Jay necesitó un par de segundos más para recomponerse e seguirla.

Atravesaban ya el terreno que antes había sido el bosque. Jay oyó crujir algo bajo sus pies y miró al suelo. Tuvo un escalofrío al reconocer los restos de un arco de los denu quemado. Recordó cuando los habían salvado a él, a Caedra y a Hadriel de los volpires con sus flechas…

Pasaron junto a la pared rocosa desde la que descendía la impresionante cascada. El agua se había secado por completo. Solo quedaba un cráter donde había estado el lago.

Jay no sabía que echaría tanto de menos un lugar en el que solo había pasado un mes ahora que

lo veía destruido. Se sentía melancólico…

Caminaron en dirección al noreste. La última vez que habían estado allí habían venido desde el noroeste, desde el bosque de Gallia. Ahora, sin embargo, se dirigían a la capital de Omilia, a Kieur.

—Es todo tan triste… —murmuró Caedra cuando llegaron al gran árbol. Puso la mano en su corteza y alzó la vista—. Espero que, en un futuro, el bosque vuelva a florecer.

—Yo también… —dijo Jay, apenado.

—Mientras las sombras no triunfen, Gea siempre florece de nuevo —dijo Alastair, que siguió andando, sin detenerse. Caedra y Jay se vieron obligados a seguirlo.

Acamparon al otro lado del páramo, junto a un diminuto riachuelo que bajaba del monte.

—Cai… —la llamó Jay cuando se sentaron frente a la hoguera.

Alastair, como de costumbre, no estaba con ellos. Se había acomodado en lo alto de una gran roca, observando la llanura, con algún que otro árbol esparcido por su superficie, que se extendía más allá. El cielo estaba nublado esa noche, ocultando las estrellas.

Caedra siempre se preguntaba en qué estaría pensando, además de vigilar. Giró la cabeza hacia a su compañero.

—Dime, Jay.

El chico estaba inclinado, con la vista clavada en sus piernas cruzadas.

—Cuando nos tendieron la emboscada de camino a Antheria… —Respiró hondo. Se forzó a mirarla, aunque fuera por debajo de las pestañas—. Tuve que matar a Niren. La denu que creaba ilusiones…

Caedra frunció el ceño.

—Sé a quién te refieres.

Jay esperó a que la zeafírea dijera algo más, pero se mantuvo en silencio. Siguió con la cena como si su comentario fuera lo más normal del mundo.

—No… ¿No estás enfadada? —inquirió Jay con cierto miedo.

Ella lo miró de nuevo, arqueando una ceja.

—¿Por qué iba a estarlo?

—Porque he matado a alguien… Bueno, de hecho tuve que matar a más gente en el asedio de Antheria —admitió en voz baja. Apretó los puños, nervioso—. Y tú tienes la promesa de no matar a nadie.

Caedra suspiró profundamente.

—No, Jay, claro que no estoy enfadada. ¿Acaso me has visto alguna vez disgustada por eso con Hadriel o con Tarvo?

—No…

Y era cierto que tanto su padre como su amigo habían acabado con la vida de muchos.

—Es lo que hay. Es un mundo en guerra. —Esbozó una sonrisa amarga—. Ya te lo dije cuando nos conocimos. Hay que hacer todo lo necesario para sobrevivir.

—¿Y qué hay de tu promesa?

—La mantengo solo porque se la hice a Kendrij… Sin embargo, soy consciente de que, una vez participe en las batallas, no seré capaz de mantenerla —dijo, con una mueca en su rostro—. Al menos, la he respetado durante algo más de una década.

Jay asintió con la cabeza. Sabía que Caedra ya habría reflexionado sobre esa cuestión.

—Además —prosiguió la zeafírea—, ¿quién dice que no hayamos matado ya a alguien sin querer en cualquiera de nuestros enfrentamientos con los soldados imperiales? Atacamos con fuerza para huir sin mirar atrás… No sabemos, a veces, el resultado de nuestros combates.

Jay arrugó la frente. Prefería no pensarlo.

Alastair los observaba de reojo desde lo alto de la roca. Escuchaba perfectamente su conversación, a pesar de estar algo más alejado.

No le gustaba que tuvieran que arriesgarse por una chica que todavía no se había ganado su aprecio. Solo había accedido a aquella misión de rescate por lo mucho que la querían Jay y Caedra, pero como les pasara algo…

Desgraciadamente, no podía estar pendiente de todo para protegerlos siempre. Tendría que confiar en ellos y su destreza.

Seguía atormentado por haber presenciado la muerte de Caedra, aunque hubiera modificado el pasado. ¿Y si volvía a suceder sin que él pudiera evitarlo? Sus vidas estaban en un peligro constante…

Y él todavía no había sido capaz de decirle lo que sentía por ella. Pero ¿qué le podría ofrecer él a la zeafírea? Por mucho que hubiera cambiado un poco gracias a Caedra, volviéndose menos reservado y frío, sobre todo con ella y Jay, era gélido por naturaleza. Era en el silencio donde se sentía más cómodo.

Caedra le había dicho tiempo atrás que las personas apreciaban que los demás expresaran con palabras lo mucho que las querían. Pero él solo era capaz de demostrárselo con sus gestos. Y la zeafírea nunca había sido una experta en interpretar esa clase de sentimientos.

Si un día le pasaba algo a Caedra sin que hubiera tenido la oportunidad de decirle lo importante que era para él…, se arrepentiría durante el resto de sus años en Gea. No soportaría que Caedra muriera. Desde que la conoció y ella le había devuelto las ganas de vivir, la zeafírea se había convertido en la razón de su existencia.

Ya le daba igual que eso le hiciera vulnerable o que fuera su punto débil. Lo había aceptado hacía mucho tiempo. Ahora solo se preocupaba de que ella estuviera bien.

Comprobó que tanto Caedra como Jay se habían tumbado. Los dos susurraban acomodados sobre sus costados para mirarse, sin que ahora alcanzara a escucharlos.

Jamás habría imaginado, miles de años atrás, que acabaría enamorado de una mortal. Y, menos todavía, que acabaría sacrificando su propia inmortalidad por ella.

No se arrepentía.

***

Era su segundo día observando a Uzair mientras robaba con una elegancia que Ayla nunca poseería. El chico la había animado a que lo intentara por la tarde, pero Ayla había estado tan

nerviosa que no había sido capaz de hacer nada.

Regresaban en la oscuridad de la noche. Habían conseguido, o Uzair había conseguido, más fruta y pan que de costumbre y una buena cantidad de monedas de oro, las cuales Uzair solía cambiar al cabo de unos días por agua, ropa y juguetes para los niños, o más comida. Intentaba ahorrar la mayor parte con la esperanza de comprar algún día una casa en condiciones para ellos, fuera de aquella ciudad.

Ayla frunció el ceño cuando ya se estaban acercando al escondite que llamaban hogar. Llevaba un rato con la sensación de que los estaban siguiendo…

—Ayla, ¿ocurre algo? —le preguntó Uzair en un susurro. Se había dado cuenta de lo tensa que tenía la espalda.

—No, no…

Serían imaginaciones suyas, porque, por más que miraba por encima del hombro, no localizaba a nadie.

Las calles de Kieur eran un tanto tétricas por la noche. Casi todo estaba hecho de piedra negra y las estructuras eran altas y anchas, haciendo que los pálidos rayos de la luna proyectaran grandes sombras. Todo lo que se escuchaba era el crepitar de las llamas de las antorchas situadas en las entradas de cada casa en las avenidas principales.

Las calles transversales quedaban completamente oscuras. Caminaban con sigilo para que sus pasos no retumbaran en el suelo de losa negra.

Daba igual en qué punto de la ciudad estuvieran, siempre se podía ver, alzándose con sus largas y afiladas torres puntiagudas, el enorme castillo erigido en el centro de la capital, elevado sobre una pequeña colina y rodeado por un foso de agua.

Doblaron una esquina y a Ayla le pareció captar una sombra por el rabillo del ojo. Al asomarse, sin embargo, comprobó que todo seguía desierto.

No tardaron mucho más en llegar al callejón sin salida en el que se hallaban los almacenes.

—Bueno, bueno, Uzair… ¿No vas a compartir tu botín con nosotros?

Uzair se quedó rígido al escuchar esta voz, familiar para él. Se giró a la vez que Ayla, viendo a tres chicos de su edad bloquear la salida del callejón.

—Mira, Relric, ahora Uzair tiene compañía —dijo con sorna otro de ellos—. ¿No te parece enternecedor?

—Largaos —gruñó Uzair, situándose delante de Ayla—. No tengo nada que daros.

Relric, el primero que había hablado, chasqueó la lengua.

—Eso es lo que dices siempre, pero bien que nos marchamos con un buen botín cada vez que te damos una paliza.

Uzair apretó los dientes. Ayla frunció el ceño al escuchar esto.

—Dejadnos en paz —suplicó Uzair—. Lo que llevo es para los niños.

—Oh, ¿por qué sigues molestándote en cuidar de ellos? —dijo el único que no había hablado hasta ahora, con los brazos en jarras—. No son más que un estorbo.

—Esas provisiones estarán mucho mejor con nosotros —asintió Relric, dando un paso hacia

delante.

—Sandir y Kadria no son un estorbo. Vosotros, en cambio, sí lo sois —espetó Uzair, sin dejarse intimidar—. ¿Por qué no aprendéis a conseguir las cosas por vuestra cuenta?

Ayla escuchaba la conversación, nerviosa, sin saber qué hacer para intervenir. La rabia la había inundado al entender a qué se dedicaban esos tres chicos. Pobres y marginados de la sociedad como Uzair, se dedicaban a abusar de otros en sus mismas condiciones para obtener lo que necesitaban sin esfuerzo.

Eran despreciables.

Relric juntó las manos y las estiró, esbozando una sonrisa cargada de malicia.

—Muy bien, Uzair. Te has ganado una buena paliza después de ese comentario. A ver si piensas que somos un estorbo cuando estés en el suelo… —Miró a Ayla—. Y luego podremos divertirnos un rato contigo. Las chicas escasean por aquí…

Ayla tuvo un escalofrío. En vez de asustarse, sin embargo, avivó las llamas de su enfado. Ya había pasado por muchas dificultades en su vida. Unos simples matones jamás la intimidarían.

—Ni se os ocurra tocarla —vociferó Uzair, avanzando hacia ellos a la vez que estos caminaban hacia él, dispuesto a defenderla, a pesar de la superioridad numérica de sus contrincantes.

Relric rio con arrogancia. Alzó el puño.

—No deis ni un paso más —habló, al fin, Ayla. Logró que su voz no temblara. Se arrancó el colgante de umbrano y lo guardó en el bolsillo del pantalón.

Los tres chicos la miraron. Estallaron en carcajadas.

—¿Y qué piensas hacer tú, chica bonita? —se mofó Relric.

—Esto —siseó Ayla, elevando el brazo derecho y materializando una serie de carámbanos de hielo—, como no os marchéis de inmediato.

Relric abrió los ojos como platos. Sus dos acompañantes retrocedieron un paso con cautela, intimidados. Uzair, confuso por sus reacciones, la miró por encima del hombro y arqueó las cejas.

—Está bien —dijo Relric entre dientes. No había nada que hacer contra ella; ninguno de los tres tenía poderes ni estaba entrenado para el combate—. Vosotros ganáis… Por ahora.

Con esa amenaza, dio media vuelta y se marchó. Los otros no dudaron en seguirlo.

Uzair se permitió relajar la tensión en sus músculos. Fue de nuevo junto a Ayla.

—¿Se puede saber cuándo me ibas a decir que eres afín al agua? —preguntó él, pero no estaba enfadado en absoluto. Estaba profundamente aliviado, aunque muy sorprendido.

Ayla esbozó una tímida sonrisa mientras se ataba de nuevo el colgante al cuello. Y eso que Uzair desconocía que también podía controlar la luz y a veces recibía visiones que le permitían vislumbrar el futuro…

Se encogió de hombros.

—No es un tema que haya aparecido en nuestras conversaciones…

Ella también se había preguntado si Uzair tendría alguna clase de poder, pero había quedado claro que no. Supuso que era lógico.

A Uzair se le escapó una carcajada.

—Bueno —empezó él, poniendo los brazos en jarras—. Ya que, por lo que hemos visto, no se te daría muy bien robar… ¿Qué te parece si, en vez de eso, te contrato como guardaespaldas? —propuso, solo medio en broma.

Ayla rio con suavidad.

—Eso estaría bien.

Capítulo 17: Una promesa

Era de noche y se habían detenido ya a poca distancia de Kieur. Acamparon entre los árboles y esta vez sí estaban los tres en torno a la hoguera, discutiendo el plan a seguir.

La capital se divisaba ya en la lejanía, aunque lo único que se apreciaba era la muralla y las altas torres del castillo. Había un pequeño poblado al otro lado del muro junto a los campos de cultivo.

—¿Quizás podríamos hacernos pasar por mercaderes? —sugirió Jay.

Caedra negó con la cabeza.

—No tenemos licencia para cuando nos paren en la entrada.

—¿Atacar a los guardias y forzar el paso?

—Lograríamos entrar en la ciudad, pero salir sería imposible porque ya estarían sobre aviso.

Jay suspiró pesadamente. Clavó los ojos en el fuego de la hoguera, que iluminaba de naranja sus rostros. Estaban ya tan cerca de Ayla… Pero no tenían ni la más mínima idea de en qué parte de la capital se encontraba. En la visión había estado en un sótano. Ese sótano, sin embargo, sería complicado de localizar.

Y luego estaba el principal problema: cómo acceder a Kieur.

Alastair intervino:

—Nos acercaremos esta noche y robaré un par de armaduras imperiales para vosotros.

Jay arqueó una ceja.

—¿Y cómo harás eso?

Alastair le dedicó una de sus características miradas frías, irritado porque no lo hubiera deducido.

Caedra, afortunadamente, sí que había adivinado a qué se refería:

—De acuerdo, puedes aprovechar un cambio de guardias para incapacitar a los que se marchan.

Jay, al fin, lo comprendió.

—Pero… ¿no te verán?

—Sé cómo ser sigiloso —dijo Alastair con sequedad. Se puso en pie y sus compañeros lo imitaron. Jay apagó el fuego de la hoguera.

Un par de horas más tarde se encontraban nuevamente escondidos entre los árboles, pero esta vez la ciudad ya se alzaba frente a ellos. Caedra se subió a las ramas para observar lo que ocurría en lo alto de la muralla.

—Jay.

El chico giró la cabeza para mirar a Alastair cuando este lo llamó, extrañado. Ellos dos se habían quedado agachados en el suelo a la espera de que la zeafírea diera la señal. Y ahora Jay comprendía por qué Alastair le había pedido a Caedra que se encargara de vigilar: estaba claro

que quería hablar con él de algo.

—Si vuelves a fallar protegiendo a Caedra… —prosiguió Alastair. No formuló en palabras su amenaza, pero su tono gélido fue suficiente.

Jay tuvo un escalofrío al recordar el momento en el que Loure atravesaba a Caedra con su lanza. Tensó la mandíbula.

—No fallaré —declaró con firmeza—. Esta vez, no. Te lo prometo, Alastair.

Se encontraban en una situación parecida. Caedra lo acompañaba en una misión para rescatar a Ayla. Alastair no entraría con ellos en Kieur, pues sus ojos del color del hielo, con la esclerótica negra, llamarían demasiado la atención. Jay entendía, por tanto, que Alastair estuviera inquieto. Pero se aseguraría de no cometer ninguna estupidez en esta ocasión. Ya había aprendido la lección, aunque hubiera sido de forma traumática para él. Estaría siempre pendiente de Caedra, tanto por Alastair…, como por él.

Alastair debió de quedar satisfecho con su respuesta, porque permaneció en silencio. Jay lo observó de reojo, consciente de que el hombre se daría cuenta de que lo estaba mirando por mucho que intentara disimularlo.

¿Qué opinaría Alastair del dilema que, según sospechaba Jay, Caedra tenía con sus sentimientos? Le gustaría tanto poder preguntárselo… Pero estaba convencido de que, si lo hacía, Alastair simplemente lo taladraría con una de sus gélidas miradas y lo ignoraría. No era el momento de hablar de ello.

—Ten cuidado tú también, Jay.

El corazón del chico se aceleró al escuchar esto. Alastair había girado la cabeza para mirarlo.

—No te preocupes.

Jay frunció el ceño cuando Alastair devolvió su atención al frente. Ahora también estaba empezando a pensar en las reacciones que tenía él con el hombre de hielo. ¿Acaso iba a acabar con el mismo dilema que Caedra? ¿Era por eso que no sentía celos de Alastair?

En cualquier caso, sus reflexiones tendrían que esperar.

Una hora más tarde, Caedra aterrizó a su lado. Jay alzó la vista.

—Cambian la guardia —les informó ella.

Alastair desapareció en un cúmulo de sombras. Caedra se agachó junto a Jay y los dos esperaron en silencio, en tensión. No podían ver lo que estaría haciendo Alastair al otro lado de la muralla…

Pasaban los minutos. Al menos, por el momento no habían escuchado gritos ni dar la voz de alarma. Los soldados en la muralla seguían mirando al frente, pendientes de lo que había más allá de los muros.

Jay dio un respingo cuando Alastair se materializó de nuevo delante de ellos. Tenía en sus brazos un par de uniformes rojos y armaduras doradas, que enseguida dejó en el suelo. Su expresión era, como de costumbre, de piedra.

Jay arqueó una ceja.

—¿Y los soldados a los que pertenecía esto? —inquirió, curioso.

—Los he dejado junto a los campos de cultivo —contestó Alastair con frialdad, sin ganas de

dar más explicaciones.

Se pusieron el uniforme y la armadura imperial. Caedra sonrió al ver a Jay.

—Mírate, Jay. Todo un guerrero —comentó por lo bajo. La zeafírea estaba terminando de ajustar las placas en su antebrazo izquierdo, donde estaba enroscado el brazalete que era su lanza camuflada.

Jay puso los ojos en blanco.

—Una lástima que tenga que ser con la armadura de Gaelar. —Ladeó la cabeza hacia Alastair, que permanecía en silencio—. ¿Nos esperarás aquí?

Alastair asintió.

—No tenía intención de moverme.

Jay ayudó a Caedra a ajustar su capa marrón por encima de la armadura para que cubriera las alas. La zeafírea se puso la ancha capucha para ocultar los cuernos, manteniendo el rostro despejado para no levantar sospechas. Esto dejaba las marcas bajo sus ojos al descubierto, pero tendrían que arriesgarse a que no le llamaran la atención a nadie. Ir con la cara oculta solo haría que repararan en ellos.

—Bueno, Cai, ¿preparada? —le dijo Jay, impaciente.

—Sí —confirmó ella.

Jay la cogió de la mano y desaparecieron en una nube de sombras.

Alastair frunció el ceño, sintiendo de inmediato que una tortuosa angustia por separarse de Caedra lo invadía. Con los hombros tensos, clavó las uñas en las palmas de las manos y respiró hondo, cerrando los ojos y centrándose en los ruidos a su alrededor.

Confiaría en Jay. Sabía que el chico daría su vida por Caedra si era necesario.

Sin embargo, ¿por qué le inquietaba tanto también la posibilidad de que le pasara algo a Jay?

***

Caedra abrió los ojos. Ahora se encontraban en las calles oscuras y desiertas de Kieur.

—Nos he transportado al punto que ha proyectado Alastair en mi mente —explicó Jay en un susurro, observando atentamente alrededor—. Pero no sé dónde estamos exactamente. Solo que estamos cerca de la muralla…

Al fin y al cabo, no tenía la habilidad de viajar mucha distancia con las sombras. Habían aparecido entre las cajas de madera de un callejón en el que no había ninguna ventana en las paredes. Nadie los habría visto.

Jay se sentó en el suelo y Caedra lo imitó. El chico ocultó un bostezo y Caedra esbozó una pequeña sonrisa.

—¿Por qué no descansas un poco? Quedan todavía unas horas hasta el amanecer.

—Pero… —empezó a protestar Jay.

—Yo vigilo, no te preocupes.

Jay frunció el ceño.

—Tú también necesitas descansar, Cai.

—Bueno, ya te encargarás tú de vigilar mañana por la noche si todavía no hemos encontrado a Ayla, ¿de acuerdo? —propuso ella para convencerlo.

—Vale, vale… —murmuró él, sin oponer más resistencia. Estaba agotado.

Iba a apoyar la cabeza en el hombro de Caedra, pero reparó en las hombreras de metal de la armadura. No se las podía quitar, pues tenían que estar listos para incorporarse a las calles de la ciudad con la primera hora de luz. Al final, se acomodó en el regazo de la zeafírea y cerró los ojos.

Notó la mano de Caedra en su pelo y sonrió, relajándose. Confiaba en ella y sabía que si había algún peligro lo despertaría de inmediato. Incluso en territorio enemigo, en aquel duro suelo, cuando la zeafírea lo cubrió con una de sus alas, se sintió como en el más cálido hogar, arropado por una manta tejida de cariño.

Caedra, aunque habría querido estar centrada en Jay, se obligó a estar atenta. Miraba a un lado y a otro, inquieta. Le preocupaba lo que había dicho Djaka de que, si ella había tenido esa visión, era posible que el oráculo supremo también.

¿Y si los estaban esperando para tenderles una trampa?

***

Al amanecer, se adentraron en el concurrido mercadillo, abarrotado ya desde primera hora de la mañana.

Paseaban con lentitud por los puestos, observando. Jay se contuvo para que no se reflejara en su rostro el desagrado que experimentó al divisar a un grupo de soldados arrastrando a esclavos con cadenas, caminando en dirección contraria.

Por ahora, al menos, nadie había reparado en ellos.

—¡Eh, mira por dónde vas!

Jay se dio la vuelta y vio a un soldado imperial empujar a una anciana vestida con harapos, que cayó al suelo. Jay gruñó y dio un paso hacia él. Una mano en su brazo lo frenó. Giró la cabeza.

—No podemos —le susurró Caedra.

Jay apretó los puños, pero asintió.

Iban a continuar su recorrido por el mercadillo cuando Jay captó algo más por el rabillo del ojo. Miró de nuevo en dirección a la anciana y comprobó que, en cuanto el soldado se había ido, una chica se había acercado a ayudarla.

Jay se detuvo, observándola. Estaba casi de espaldas a él, por lo que solo distinguía que era delgada y de baja estatura, con la capa que caía por su espalda arrastrándose por el suelo. Llevaba un gorro de tela marrón en la cabeza y una mochila de cuero.

La anciana se puso en pie con su ayuda y le dio las gracias. La chica sonrió y se despidió de ella.

Jay frunció el ceño. Le resultaba familiar…

—¿Jay? —lo llamó Caedra, extrañada. ¿Por qué se había parado?

Un joven de piel oscura se acercó a la chica cuando la anciana se hubo marchado. Hablaron entre sí unos segundos. La chica miró en dirección al mercadillo…

Y a Jay se le cortó la respiración por un momento.

—Ayla —murmuró sin darse cuenta. Esos grandes ojos azules eran inconfundibles.

—¿Qué? —soltó Caedra—. ¿Dónde?

Siguió la mirada de su amigo y divisó a la chica. Si no hubiera sido por Jay, no habría reparado en ella. Era difícil reconocerla con lo bien que se había disfrazado.

Al principio, fue como si se tratara de un espejismo. Por fin, tras meses de angustia, tenían a Ayla a su alcance.

Fueron hacia ella. El chico que la acompañaba se quedó rígido al ver lo que parecía un par de soldados imperiales dirigiéndose hacia ellos y agarró a Ayla de la muñeca, tirando de ella.

Pero la mirada de Ayla al fin se cruzó con la de Jay, y su rostro se iluminó al instante.

«¡Jay!», pensó, conteniéndose a duras penas para no gritar su nombre. Aquello que tanto había anhelado se estaba haciendo realidad y su corazón se aceleró hasta tal punto que le temblaron las manos. ¿Cómo era posible? ¿Qué hacía Jay ahí, en medio de Kieur?

¿Había ido específicamente a por ella?

No había tenido problema alguno para reconocerlo, pues no llevaba puesto ningún casco y su ya crecido pelo castaño caía en ondas alrededor de los hombros. Lo había echado tanto de menos…

Para cuando Jay y Caedra llegaron hasta Ayla, esta ya había logrado apaciguar en cierta medida sus nervios.

—No te preocupes, Uzair —dijo para tranquilizar a su compañero. Estaban ahora en la esquina que daba a otra calle, al borde de la avenida del mercadillo—. Los conozco; son mis amigos.

Había identificado también a Caedra cuando la había tenido delante, con sus inconfundibles ojos rapaces amarillos.

Uzair dibujó una mueca en su rostro.

—¿Tienes amigos que son soldados imperiales? —dijo, con claro disgusto.

Ayla soltó una pequeña carcajada. Tanto Jay como Caedra estaban ahí, con ella. No había sentido tal felicidad en meses.

—No, tranquilo.

—Solo estamos… disfrazados —aclaró Jay, entendiendo por la actitud de Ayla con aquel chico que sería alguien de fiar. Era a quien habían visto con ella en la visión de Djaka—. Ayla…

Jay no sabía qué decir. Tampoco podían hablar mucho, pues estaban todavía expuestos en plena avenida principal, aunque estuvieran apartados. Era la razón por la que no se había lanzado a abrazarla en cuanto la había divisado.

Su corazón latía acelerado. Era difícil de creer. Después de tanto tiempo, se había reunido de nuevo con Ayla. Había llegado a temer que no la vería nunca más y la culpa por no haber sido capaz de rescatarla habría pesado siempre sobre sus hombros. Pero ahora la tenía delante de él. Y las pesadillas pararían al fin.

Ella estaba viviendo un momento similar. No era capaz de apartar la vista del rostro de Jay, con una sonrisa tonta plasmada en sus labios. Había soñado tantas veces con aquel momento a lo

largo de esos tortuosos meses…

Caedra arqueó una ceja ante la expresión de Ayla. Uzair la imitó, desconcertado.

La zeafírea se aclaró la garganta para atraer su atención.

—¿Qué tal si charlamos en un lugar más apartado? —propuso.

Uzair asintió, de acuerdo con ella.

—Sí, vámonos de aquí.

Caminaron en silencio por las calles de la ciudad. Jay y Caedra se mantenían a cierta distancia de Ayla y Uzair, pues podría resultar sospechoso que fueran juntos. Se desplazaron hasta llegar al callejón con el acceso a los almacenes. Uzair abrió una trampilla en el suelo y los invitó a bajar.

Jay frunció el ceño al ver el reducido espacio del sótano. Era oscuro y asfixiante, y el polvo flotaba en el aire. No se filtraba nada de luz del exterior; solo estaba iluminado por una única vela.

—Sandir, Kadria, traemos visita —dijo Uzair al cerrar la trampilla tras de sí y bajar las escaleras.

Kadria chilló al verlos. Señaló a Jay y a Caedra.

—¡Sois los malos!

Jay arqueó las cejas y bajó la vista para observar su uniforme y armadura. Caedra rio, divertida, mientras se quitaba la capucha para dejar al descubierto sus cuernos y largo pelo blanco.

—No, solo estamos vestidos así temporalmente —explicó la zeafírea y la niña calló, aunque no parecía muy convencida.

—¿Tenéis juguetes? —inquirió Sandir, mirándolos con los ojos muy abiertos, esperanzado.

—Sandir, ahora no es momento de jugar —le dijo Uzair y se giró hacia los desconocidos para él, cruzándose de brazos—. Entonces… ¿Quiénes sois vosotros, exactamente? Solo os he traído aquí porque me fío de Ayla, pero…

—Hemos venido a rescatar a Ayla y llevarla de vuelta con nosotros —contestó Jay con sencillez. Miró a Ayla—. Si estás lista, nos marcharemos esta misma noche.

Sería el momento más seguro para ir en la oscuridad hasta la zona de la muralla. No podía sacarlos desde el sótano con las sombras; estaban demasiado lejos.

Ayla asintió con la cabeza. Jay sonrió, abriendo la boca para hablar de nuevo, pero Ayla se le adelantó:

—Ellos se vienen conmigo.

La declaración tan firme de la chica cogió a Jay por sorpresa. Ayla señalaba a Uzair y a los niños.

Uzair sacudió la cabeza.

—Espera, ¿qué?

—Podemos sacaros de la ciudad, Uzair —respondió Ayla, acercándose a él—. Os llevaremos a Ganthia; allí los torrogal os darán refugio y podréis empezar una nueva vida.

Uzair había abierto los ojos como platos. Desvió la vista hacia Sandir y Kandria. Los dos niños se limitaban a escuchar, confusos.

—Eso… ¿Sería eso realmente posible? —murmuró Uzair. No se atrevía a hacerse ilusiones. Llevaban ya tantos años atrapados en aquel sótano, luchando él para sacar adelante a los tres…

Jay decidió intervenir:

—Claro que es posible. Podéis venir con nosotros.

Obligaría a Alastair a que los llevara a ellos también, si era necesario, pues sabía que al dragón no le iba a hacer ninguna gracia.

Caedra, por su parte, sonrió.

—Gracias, Jay —habló Ayla, mirándolo, agradecida—. No habría sobrevivido estas semanas de no ser por Uzair. Él me salvó y ha cuidado de mí.

Jay clavó sus ojos en el chico, que ahora había bajado la vista al suelo, avergonzado.

—En ese caso, soy yo quien tiene que darte las gracias a ti, Uzair —dijo, sonriendo.

—No ha sido nada… —murmuró Uzair, con las mejillas rojas.

Capítulo 18: El precio de la libertad

Había caído la noche y se estaban preparando para salir. Ayla le había dado a Uzair la mochila que solía utilizar para ocultar el bulto de sus alas. Al chico no le cabría todo lo que quería llevarse en el bolso.

—Muy bien —dijo Uzair, agachándose para coger a Sandir en brazos—. Quiero que estéis todo el camino en silencio, ¿de acuerdo?

Sandir ya estaba medio dormido. Kadria dio un pequeño salto.

—¡Puedes contar con nosotros!

Ayla sonrió. Se giró hacia Jay mientras terminaba de ajustarse el gorro.

—Estamos listos.

—Pues vamos allá —dijo Jay tras mirar a Caedra, que asintió.

Abrieron la trampilla y subieron al pasillo que daba a los almacenes. La cerraron y se dirigieron a la puerta.

Al salir, sin embargo, se encontraron con una desagradable sorpresa.

—Pensaba que no ibais a salir nunca de ahí. ¿A qué ha venido la tardanza?

Era la áspera voz de Denkuro.

La noche cubría con su manto Kieur, sumiendo todo en la oscuridad. Denkuro y Loure los esperaban en la salida del callejón, iluminados por las luces de las antorchas a sus espaldas.

Jay tensó los músculos. Quedaba confirmado que el oráculo supremo había tenido la misma visión. Al posar sus ojos en Denkuro, sin embargo, la respiración de Jay se aceleró.

—Tú —gruñó, apretando los dientes. No había olvidado que fue Denkuro el que estuvo a punto de matar a Caedra en el ataque a Ganthia, quien le había desgarrado el torso y le había roto las alas.

Envolvió los puños en fuego. Iba a hacérselo pagar…

Caedra puso una mano en su hombro.

—Jay.

Él siguió la dirección de su mirada y soltó una maldición. Las siluetas de cinco hombres enmascarados en lo alto de los edificios se recortaban a la luz de la luna.

Los Shak’ti. El emperador ya había encontrado sustitutos para los que habían abandonado el grupo de asesinos de élite.

—¿Cómo…? —balbuceó Ayla, con los ojos abiertos como platos.

Estaban tan cerca…

—Llevábamos un tiempo observándote, Ayla —explicó Denkuro, que se había cruzado de brazos, aburrido, pues sabía que sus presas no tenían nada que hacer contra ellos—. Solo estábamos esperando a que tus amigos vinieran a por ti para matar dos pájaros de un tiro. —Fijó

su atención en Jay y Caedra—. Sois un estorbo para el oráculo supremo.

—Acércate —lo animó Jay, con un brillo siniestro en la mirada—. Y te explicaré hundiéndote la espada lo que pasará si te atreves a volver a tocar a Caedra.

Denkuro crispó el rostro, irritado.

—Chico insolente. ¿No te das cuenta de que lleváis las de perder?

Caedra se situó junto a Jay. No iban a caer sin luchar. Se quitó la capa y sus alas revestidas de metal quedaron al descubierto.

—No os lo vamos a poner fácil —advirtió con los dedos estirados, lista para materializar su lanza.

Ayla estaba asustada, pero no lo iba a mostrar más; combatiría junto con sus compañeros. Arrancó el colgante de umbrano y dejó que cayera al suelo, pues no lo iba a necesitar: o escapaban, o sus compañeros morirían… y ella sería capturada de nuevo. Se pegó a Uzair y a los niños, lista para defenderlos.

Jay aprovechó esos segundos para inspeccionar los alrededores. Sabía que no tenían ninguna posibilidad de salir todos con vida luchando a la vez contra Loure, Denkuro y los Shak'ti. Solo eran tres contra todos ellos, y tendrían que proteger también a los amigos de Ayla… Pero, por más que buscaba, no había vía de escape alguna.

Denkuro alzó la vista para dirigirse a los Shak'ti:

—Matadlos a todos menos a la aprendiz del oráculo supremo. A ella la necesitamos.

—¡Ellos no han hecho nada! —exclamó Ayla, angustiada, señalando a Uzair y a los niños. Uzair la miró con sorpresa—. Dejadlos marchar.

—Una pena que siempre haya daños colaterales —dijo Denkuro con sarcasmo, en absoluto conmovido—. No pueden quedar cabos sueltos.

Los Shak'ti se prepararon para saltar de los tejados. El corazón de Jay latía con fuerza…

—¡Cogeos de las manos! —gritó, girándose hacia sus compañeros.

Ayla no entendió qué pretendía hacer, pero no dudó en obedecerlo. Cogió la mano de Uzair, quien ya tenía agarrada a Kadria además de llevar a Sandir en brazos. Caedra, que sí había adivinado las intenciones de Jay, se adelantó a ella y ya había cogido la mano de la chica para cuando esta se hubo dado la vuelta.

Jay cogió la mano de Caedra que quedaba libre. Desaparecieron todos en un cúmulo de sombras justo cuando los Shak'ti ya caían sobre ellos.

Reaparecieron solo unos metros más lejos, pues Jay no podía cubrir más distancia y menos con tantas personas, pero habían salido del callejón en el que estaban atrapados.

—¡Corred!

La orden de Jay fue obedecida de inmediato. Caedra llevaba a Kadria, que no podría seguirles el ritmo, en sus brazos, apretada contra su pecho, y volaba por encima de ellos.

Sin embargo, su intento de huida fue inútil. Los Shak'ti no solo les estaban dando rápido alcance saltando encima de los tejados, sino que Loure y Denkuro también les cortaron de nuevo el paso aterrizando delante de ellos.

Frenaron con brusquedad. Los Shak’ti aterrizaron alrededor.

—Será por las malas, pues —amenazó Jay mientras las ascuas azules danzaban alrededor de sus dedos. Al menos, ahora tenían más espacio para maniobrar.

No hubo conversación. Denkuro liberó una descarga eléctrica contra ellos y Ayla los protegió con un escudo de luz.

Caedra dejó a Kadria en el suelo, junto a Uzair, y se dio la vuelta a la vez que todas las placas metálicas de su armadura se desenganchaban de su cuerpo, convirtiéndose en afilados picos. Las disparó contra el Shak’ti que tenía más cerca, el cual no logró esquivarlas todas. Acto seguido, materializó su lanza.

Ayla no comprendía cómo Caedra había adquirido esa clase de poderes, pero las preguntas tendrían que esperar. Frenó en el aire la ola de agua que un Shak’ti había mandado contra ellos, devolviéndosela. Jay, mientras tanto, envolvió sus puños en fuego y creó una esfera de llamas azules. Denkuro la esquivó.

—¡No huyas! —bramó Jay, frustrado por la desventaja de no poder desplazarse por el aire. No quería utilizar sus sombras para evitar alejarse en exceso; no podía dejar desprotegidos a Ayla y sus amigos.

Loure voló por encima de ellos. Batió las alas con fuerza para invocar un viento huracanado. Caedra lo interceptó con un ataque idéntico desde abajo al abrir uno de sus abanicos y moverlo con rapidez. El aire se extendió en todas las direcciones, forzando a muchos a retroceder unos pasos. Arrancó el gorro de Ayla, cuya larga melena rubia quedó flotando.

«Solo tienes el cuerpo de mi hermano —pensó Caedra, analizando los movimientos de Loure y su rostro inexpresivo. Apartó cualquier tipo de reparo y endureció la mirada—. No eres realmente él. No voy a permitir que hagas daño a Jay y a Ayla».

Antes, sin embargo, tenía otro enemigo más cerca. Caedra aprovechó que un Shak’ti había perdido el equilibrio para lanzarle ese mismo abanico. Este cortó limpiamente su garganta y el hombre se desplomó al suelo. Caedra atrajo su arma de vuelta a ella, tragándose su arrepentimiento.

«Lo siento, Kendrij». Estaba segura de que lo habría entendido… Y ella no iba a vacilar lo más mínimo. Si querían salir de aquel combate con vida, tenía que romper su promesa.

Denkuro se había desplazado a la izquierda del grupo. Disparó un rayo que Ayla frenó una vez más con un escudo de luz. Jay disipó al mismo tiempo la llamarada que les venía por la espalda. Caedra repelió con un tornado la lluvia de rocas y carámbanos.

La lanza de Loure descendió con rapidez del cielo. Iba directa hacia Uzair. Caedra la frenó en el último momento ejerciendo su control sobre el metal. Movió el brazo y la lanza fue a clavarse en el Shak’ti que estaba saltando sobre ella, creando una bola de electricidad en sus manos. La cuchilla del arma le atravesó el pecho.

Jay, que había visto lo sucedido por el rabillo del ojo, arqueó las cejas, un tanto intimidado. Caedra era realmente letal ahora que había decidido que tendría que renunciar a su promesa y matar a sus enemigos, sumado a la poderosa afinidad al metal.

Pero no podía distraerse. Otro Shak’ti ya caía sobre él con la espada por delante. Jay la interceptó con la suya y saltaron llamas.

Ayla extendió los brazos e hizo que el rayo de Denkuro rebotara en su escudo de luz. Caedra evitó que varios proyectiles de fuego alcanzaran a Ayla, disipándolos con su viento. Sin embargo, fue golpeada con varias rocas que hicieron que cayera al suelo con una queja de dolor.

—¡Caedra!

Ayla enseguida se situó delante de ella y repelió al Shak'ti con una bola de luz. Pero al segundo siguiente fue alcanzada por una esfera de agua que explotó al impactar en su costado. Gritó al rodar por las duras losas de piedra. Por suerte, Caedra ya se estaba levantando.

Jay le dio una patada envuelta en llamas azules en el abdomen a Loure, quien había intentado atacarlo con la lanza que había recuperado del cadáver del Shak'ti, impulsándolo hacia atrás. Alejó a Denkuro, que intentaba aproximarse, con una ola de fuego. A cambio, fue acribillado por el viento cortante de Loure. A duras penas logró proteger su rostro con los brazos. La armadura, afortunadamente, cubrió el resto de su cuerpo, aunque no pudo evitar ser lanzado por los aires.

Por muy fuertes que fueran, sus enemigos tenían la superioridad numérica. No había nada que hacer… Podían limitarse a defenderse, pero acabarían cansándose. Y cada vez que se arriesgaban y atacaban, quedaban expuestos, especialmente Uzair y los niños.

Sin embargo, no estaban dispuestos a rendirse.

Caedra, ya recuperada, volaba hacia Denkuro. Él disparó un rayo hacia ella, pero la zeafírea lo desvió con su lanza.

Uzair gritó, asustado, cuando un Shak'ti aterrizó delante de él, listo para cortarlo con su espada.

—¡Déjalo!

Ayla lo repelió con una ola de agua que hizo que acabara estampado contra la pared. Y ella recibió otra igual que la lanzó hacia atrás, soltando una exclamación.

—¡Ayla!

Jay la atrapó en sus brazos y la protegió del impacto contra el suelo. Los dos se incorporaron con rapidez, pero no la suficiente para esquivar la potente descarga eléctrica de Denkuro, y a Ayla se le escapó un grito. Se derrumbaron de nuevo, con los cuerpos temblando.

Jay luchó por incorporarse, clavando los codos en el suelo, dolorido. Sus músculos estaban ahora entumecidos. Alzó la vista. Caedra había transformado sus anillos en dagas y las había utilizado para evitar que Loure los rematara con su lanza, haciendo que las cuchillas se clavaran en sus alas, seguido de un pequeño rayo que fue suficiente para desestabilizarlo y que se estrellara en un tejado.

Jay escuchó algo silbar en el aire. Caedra voló encima de él y Ayla, y deslizó su lanza en diagonal. La corriente de viento afilado partió la flecha en dos.

Pero Jay escuchó un segundo silbido.

—¡No!

Fue Ayla la que profirió aquel grito desgarrador a su lado. Jay, con el corazón latiendo a mil por hora, comprobó que la flecha no la había alcanzado. Siguió la dirección de su mirada horrorizada y se le cortó la respiración.

La saeta había atravesado limpiamente el cuello de Uzair. Este tenía los ojos abiertos como platos, luchando por tomar una bocanada de aire que no llegaría. Sandir lloraba y Kadria

chillaba.

Caedra descargó un viento huracanado sobre los tres Shak'ti que intentaban ir hacia ellos. Estos saltaron en diferentes direcciones para esquivarlo. La atacaron con fuego, rocas y hielo. La zeafírea rotó y el aire repelió todo. Extendió un abanico en la mano que tenía libre de la lanza y lo envió contra el Shak'ti del agua, hundiéndolo en su abdomen. Cuando estiró los dedos para recuperarlo, sin embargo, fue alcanzada por el viento de Loure desde atrás. Recuperó el equilibrio antes de estrellarse contra el suelo y fue a por él.

Ayla y Jay ya habían conseguido ponerse en pie, aunque sus músculos seguían agarrotados por la descarga eléctrica. Jay había tenido que deshacerse de su armadura, pues le pesaba demasiado y entorpecía sus movimientos.

Ayla gritó de nuevo al ver cómo Sandir y Kadria, que lloraban junto al cuerpo de Uzair, fueron acribillados por afiladas piedras. Rodaron por el suelo y no se movieron. Ayla había tratado de extender su brazo hacia ellos, pero la corriente de agua que había materializado no había sido suficientemente rápida.

Ayla chilló, desolada.

—¡No, no, no…!

Era todo su culpa. Si Uzair no la hubiera conocido, si no la hubiera rescatado, si ella no los hubiera invitado a acompañarlos…

—¡Ayla, céntrate…! —trató de decir Jay, consternado, al ver que se distraía. Entendía que estuviera afectada, pero seguían en medio del combate, luchando por sus vidas.

Descargó una tormenta de llamas blancas contra el Shak'ti que intentaba hacer lo mismo en dirección a Ayla con su fuego naranja. Las llamas blancas lo absorbieron sin problema y el Shak'ti aulló de agonía al ser cubierto por aquel fuego infernal. La temperatura en el lugar subió con brusquedad.

Jay no fue capaz de sentir lástima alguna. El Shak'ti había intentado matarlos primero.

—No juegues con fuego que no puedes controlar —gruñó, malhumorado y con el corazón latiendo a mil por hora. Solo había hecho lo necesario para proteger a Ayla. Se encontraban lejos de estar a salvo y aquello era culpa de sus enemigos; por supuesto que no se iba a contener luchando contra ellos.

Apartó el pelo que se había pegado a su frente y comprobó de reojo que Caedra seguía en pie, luchando contra Loure. La sensación de asfixia era constante cada vez que la perdía de vista.

El Shak'ti de la tierra intentó echar arena sobre su compañero, pero fue inútil; las llamas lo estaban consumiendo con demasiada rapidez. Y Ayla, llena de rabia, no dudó en aprovechar su momento de distracción para aparecer en un parpadeo delante de él. Su contrincante solo pudo ahogar una exclamación antes de que su corazón fuera atravesado por un rayo de luz.

—¿Cómo has podido matar a unos niños inocentes? —bramó Ayla, enfurecida, pero el hombre ya había dejado de respirar. Y se desplomó.

Ayla jadeó, muy alterada, sin creer por un instante que ella hubiera hecho eso, y sus dedos temblaron. Se forzó a apartar la vista del cadáver, inquieta. Jay la miró con las cejas arqueadas, impresionado, si bien con el estómago un tanto revuelto. No le gustaba que Ayla también hubiera tenido que manchar sus manos de sangre…

No quedaba ningún Shak’ti. Pero eso no les daba la victoria. Aunque habían invertido la ventaja de números, los tres estaban ya cansados y malheridos por el combate.

Caedra intercambiaba golpes con Loure. Por muy decidida que estuviera a enfrentarse a él, no dejaba de ser complicado. Tenía que recordarse constantemente que no era su hermano, como había hecho al principio del combate, para ser capaz de atacar. Lo había desarmado.

Loure movió las manos y batió las alas para crear un poderoso viento huracanado. A la vez que lo liberaba contra ella, Caedra deslizaba su lanza en diagonal por el aire. La afilada ráfaga cortó el ataque de su enemigo y, al estar tan cerca el uno del otro, la burbuja de viento explotó con violencia, disparándolos en direcciones opuestas.

Caedra se estrelló contra el suelo. Apretó los ojos y gruñó, notando pinchazos de dolor por todas partes. Sus brazos temblaron al intentar sostenerla cuando los apoyó en la losa de piedra para levantarse. Loure tenía más resistencia que ella.

—¡Cai! —Jay, que estaba pendiente, echó a correr de inmediato para ayudarla.

Ayla sacudió la cabeza y salió de su trance; no era el momento de pensar en sus acciones y el hombre al que había matado. Mandó una bola de agua contra Loure para impedir que este se incorporara.

Denkuro ya cargaba la próxima flecha en su arco desde las alturas. Jay alzó la vista y su corazón se congeló de terror al ver que apuntaba a la zeafírea.

No. No lo iba a permitir.

—¡Cai, cuidado…!

Se envolvió en un cúmulo de sombras. La flecha silbó en el aire, a gran velocidad. Caedra jadeó al reconocer ese sonido. Ya había sido alcanzada por una en el pasado. Miró hacia arriba y luchó por levantarse, aunque sabía que era imposible que pudiera moverse a tiempo…

Y Jay se materializó delante de ella, rodeado de brumas negras. La flecha se hundió limpiamente en su espalda.

Caedra gritó.

Capítulo 19: Vulnerable

No era posible. Tenía que ser una alucinación provocada por su mente agotada.

¿De dónde había aparecido Jay? ¿Por qué se había puesto delante de ella? ¿En qué estaba pensando? ¿Por qué…?

Ayla también gritó, en la distancia, y Caedra logró reaccionar. Se incorporó justo para atrapar en sus brazos a Jay, que se desplomaba rígido por el dolor que le había producido la flecha al clavarse en su cuerpo.

—¡Jay!

Él escuchó la llamada desesperada de Caedra solo de forma distorsionada. Un lamento brotó de su garganta.

¿Cómo había sido la zeafírea capaz de soportar aquel dolor años atrás? Ella había aguantado hasta sacar a la emperatriz de la ciudad, pero él estaba perdiendo la consciencia con rapidez…

Caedra alzó la vista, abriendo los ojos como platos al ver que tanto Loure como Denkuro descendían sobre ella. El corazón le latía a mil por hora y tenía todo el cuerpo rígido de la tensión. Apretó la cabeza de Jay contra su pecho y cruzó las alas delante de él, como si eso fuera a servir para protegerlo…

Un temible rugido taladró los tímpanos de todos. Caedra cayó de espaldas, con Jay sobre ella, cuando el suelo entero tembló.

Alastair acababa de aterrizar delante de ellos. El dragón enseñó todos sus colmillos y Denkuro y Loure cambiaron de rumbo enseguida, optando por rodearlo en vez de ir de frente.

Se escucharon gritos en la distancia. Los soldados imperiales ya iban también al lugar del conflicto.

Ayla trató de ir volando hacia Jay y Caedra. Tenía que curarlo cuanto antes, Jay no aguantaría mucho tiempo…

Fue alcanzada por otra descarga de Denkuro que la mandó al suelo, paralizada.

Alastair lo apartó de ella con un rayo de hielo que Denkuro se vio forzado a esquivar. El dragón se enzarzó en una feroz lucha contra los dos zeafíreos enemigos.

Caedra, a la vez, lograba a duras penas incorporarse con Jay en sus brazos.

—¡Jay! ¡Jay! —Lo llamaba sin parar, desesperada por obtener alguna respuesta por su parte. El chico apenas respiraba y la sangre se deslizaba abundantemente por su espalda…

Jay casi no la oía. Solo sabía que estaba en brazos de Caedra y que el corazón de la zeafírea latía de una forma tan errática que temió que fuera a explotar. Pero, aunque le habría gustado preguntarle qué le pasaba, de su garganta no brotó sonido alguno. Estaba dejando de sentir el cuerpo.

—¡Jay, por favor, aguanta! —gritó Caedra cuando él no reaccionó. Su visión se había nublado por las lágrimas.

Era ella la que tenía que protegerlo a él, no al revés. ¿Por qué lo había hecho? ¿Por qué se había interpuesto entre ella y la flecha? Caedra habría preferido mil veces ser ella quien la recibiera.

El miedo amenazaba con bloquearla. Se le estaba acelerando la respiración.

—Jay, no me hagas esto —sollozó Caedra, abrazándolo—. No me abandones, por favor, por favor, por favor…

Ya había perdido a Kendrij. Se había jurado que no permitiría que le pasara nada a su hermano pequeño. Y necesitaba a Jay en su vida. Se rompería sin él.

—C-Cai… —Él trató de decirle algo, pero fue incapaz—. Yo… Jamás… —Había escuchado sus últimas palabras y había querido asegurarle que él jamás la abandonaría. Sin embargo, no le quedaban fuerzas. Apoyó la cabeza en el pecho de la zeafírea y luchó por abrir los ojos. No quería sumirse en la oscuridad. Todo le daba vueltas…

—¡Jay, quédate conmigo, vamos! —lo animó ella entre lágrimas, acariciando su rostro, cada vez más pálido.

No. No iba a perderlo. No iba a permitir que fuera Jay el que se sacrificara por ella. Tenía que ser al revés. Iba a salvarlo…

Se limpió las lágrimas con el dorso de la mano y buscó a Ayla con la mirada. La chica estaba luchando por incorporarse, con el mismo objetivo en mente que ella, pero ya había recibido dos descargas eléctricas en aquel combate. Era un milagro, incluso, que hiciera el intento de moverse. Sollozaba, consciente de que a Jay no le quedaba mucho tiempo.

Caedra apretó los dientes. Sería ella la que llevaría a Jay hasta Ayla.

Partió el palo de la flecha por la mitad, con cuidado de no arrancarla.

—Aguanta, Jay —dijo mientras se levantaba con él en sus brazos. Pero él pesaba mucho más que ella, y las rodillas de la zeafírea temblaron. Se precipitó de nuevo al suelo.

Alastair rugió encima de ellos cuando bloqueó la descarga eléctrica con la que Denkuro había pretendido abatirlos. La temperatura bajó con brusquedad y una casa quedó congelada por completo en la distancia.

Caedra pasó un brazo de Jay por encima de sus hombros, y el suyo por la cintura del chico. Respiró hondo e intentó levantarse. Sus piernas fallaron de nuevo.

—Vamos, Jay —gruñó Caedra. No iba a rendirse—. Dime… Dime que sigues aquí…

Jay la escuchaba, pero no fue capaz de hablar. Se le estaba durmiendo el cuerpo entero… Ya ni siquiera notaba el dolor de la herida en su espalda.

Y Caedra luchó, una vez más, por incorporarse con él. Sus pulmones protestaron y sus músculos ardieron por el esfuerzo.

Gritó de la rabia. No iba a fracasar.

Se levantó con Jay. Dio un paso hacia delante. Y otro más.

Jay se dejaba arrastrar. Todo a su alrededor eran manchas borrosas que giraban y giraban…

Apenas oía a Caedra llamándolo. Su visión se llenaba de puntos negros. Estaba agotado y solo quería descansar…

¿Por qué seguir aguantando? No sería una mala forma de morir. Habría dado su vida

protegiendo la de la persona más importante para él. Y vería de nuevo a su padre. Estaba seguro de que Hadriel estaría esperándolo con los brazos abiertos… Echaba de menos sus cálidos abrazos.

—¡Jay…! —Caedra gritó mientras luchaba por seguir avanzando—. ¡No me abandones!

Pero no podía dejar a Caedra sola. Habían empezado esto juntos… y tenían que acabarlo juntos.

Hubo una explosión cerca de ellos. Caedra a duras penas materializó un muro de aire que frenó la onda expansiva.

Ayla, mientras tanto, ya había logrado sentarse. Vio a Caedra llegando hasta ella…

Escuchó un chasquido y captó movimiento por el rabillo del ojo. Su rostro se arrugó en una mueca de horror al ver el rayo que iba hacia Jay y Caedra. Trató de levantar el brazo para protegerlos con un escudo de luz, pero solo fue capaz de mover ligeramente los dedos…

Alastair aterrizó frente a ellos y recibió el impacto de la electricidad. Gruñó con fiereza, clavando sus ojos de hielo en Denkuro. A Loure lo había incapacitado congelando sus alas, y no había acabado con él solo porque la descarga de ataques de Denkuro lo había forzado a apartarse.

Caedra se dejó caer, al fin, junto a Ayla. Resollaba por el esfuerzo.

—Ayla… —balbuceó, con los brazos en los que acunaba a Jay temblando por el terror que se clavaba en ella como cuchillas—. Haz… ¿Puedes…?

No fue capaz de hablar más, pero no fue necesario. Ayla entendió a qué se refería perfectamente.

—S-sí… —Hasta hablar le costaba cuando aún no se había recuperado de los efectos de la descarga.

Caedra asintió y, sin dudarlo más, desenganchó del cinto el abanico que le quedaba. Lo abrió e hizo una incisión con su filo en la piel de Jay, en el omoplato derecho, donde tenía clavada la flecha. El mismo lugar en el que Caedra la había recibido años atrás.

«Qué irónico es el destino», pensó.

Tiró con suavidad para comprobar que no estaba enganchada en el hueso. Y ya la arrancó sin dudar.

Jay ni siquiera reaccionó ante el dolor. Apenas respiraba. Caedra se mordió el labio, angustiada.

Ayla no perdió el tiempo. Caedra acercó a Jay a la mano temblorosa de Ayla. Y ella envolvió la palma en una luz cegadora y la presionó sobre la herida.

Caedra miró por encima del hombro al escuchar un rugido de Alastair. El dragón se había interpuesto entre ellos y los soldados imperiales que ya estaban llegando. Tenía varias lanzas clavadas en el costado, que los habrían alcanzado a ellos si Alastair no los hubiera protegido. No había ni rastro de Denkuro, pero el pavor atacó a Caedra como una descarga eléctrica.

—¡Alastair! —gritó, a punto de salir volando hacia él. ¿Sería capaz de aguantar?

Ayla seguía centrada en curar del todo la herida de Jay. Poco a poco se iba cerrando. Una gota de sudor se deslizó por el rostro de la chica, que había apretado los dientes por el esfuerzo.

—Ya… está…

A pesar de que lo dijo en apenas un susurro en cuanto la luz se apagó, su tenue voz llegó a los

agudos oídos del dragón. Alastair extendió las alas, disparando un rayo de hielo hacia sus enemigos para hacerlos retroceder. Viró en el aire y descendió de nuevo. Caedra adivinó sus intenciones y se apartó. Alastair agarró a Jay y a Ayla con sus patas delanteras. Ganó altura.

Caedra se irguió y abrió su abanico. Atrajo hacia ella el otro que había quedado en el suelo. Los juntó y los separó con brusquedad, invocando un viento huracanado que mandó a decenas de soldados gritando por los aires.

—¡Atrás!

Enganchó los abanicos al cinto y alzó el vuelo. Los soldados en la retaguardia volvían a apuntar sus lanzas hacia Alastair.

Caedra extendió el brazo y las lanzas quedaron suspendidas en el aire. Lo deslizó hacia sus enemigos y las armas cambiaron de dirección.

Buscó con la mirada su propia lanza y la divisó tirada en el suelo, donde ella había caído tras el choque con Loure. Guio el metal para que volviera a su mano.

—¡Ya basta! —vociferó. Y, sin perder ni un segundo, cortó el aire en diagonal con la lanza.

Los soldados que fueron alcanzados por este temible viento afilado perdieron sus extremidades. Caedra solo los observó con rencor. La furia ardía en su interior como un salvaje incendio por haber estado a punto de perder a Jay. Esos guardias estaban al servicio del emperador, el culpable de todo, y también se habían atrevido a apuntar a Alastair. No contendría su ira con nadie que se atreviera a atacarlos.

«Ya no hay vuelta atrás, Ken». Porque ya no viviría para su venganza ni sería condicionada por un fantasma del pasado. Viviría para proteger a aquellos que amaba. Aunque eso significara tener que matar a otros.

Comprobó por el rabillo del ojo que Alastair ya se había alejado lo suficiente. Dio media vuelta y fue tras él.

***

Ayla gritó cuando Alastair impactó contra el suelo. El dragón se había girado en el último momento y había caído sobre su costado izquierdo, el que no tenía las lanzas clavadas, para evitar que Ayla y Jay recibieran el golpe.

—¡Alastair! —lo llamó Caedra, aterrizando tras él, alarmada—. ¿Estás bien?

Él no respondió. Y el terror se asentó en forma de hielo en las venas de Caedra.

—¿Alastair?

«Asegúrate de que Jay está bien», fue todo lo que dijo. Su respiración era pesada, y Caedra apretó los dientes.

Ayla, que ya había recuperado la movilidad en gran medida, se desenganchó de las garras de Alastair y se dejó caer al suelo. Fue a hacer lo mismo con Jay.

Caedra ayudó a Ayla con rapidez, muy nerviosa por el estado del dragón. Acomodaron a Jay, que estaba dormido, sobre una manta en el suelo.

—Solo necesita descansar, tranquila —le dijo Ayla a Caedra al ver su mirada de consternación.

Ella asintió, aunque estaba lejos de calmarse.

—Gracias, Ayla.

Le habría gustado quedarse con Jay, pero su preocupación por Alastair le revolvía el estómago; necesitaba comprobar cómo estaba con urgencia. Y Jay tendría a Ayla con él.

Habían acabado en un pequeño bosque más allá de los campos de cultivo de Kieur. Caedra esperaba que los soldados enemigos tardaran en localizarlos, pues necesitaban recuperarse.

Se acercó a Alastair, que no había variado su posición. Había derribado un par de árboles con sus alas en aquel aterrizaje forzoso.

—Alastair… —lo llamó ella con suavidad, dejando caer la mano en las frías escamas del rostro del dragón.

Él levantó los párpados y la miró con su iris de hielo. La pupila no era más que una rendija. No se movió, y no tardó en cerrar los ojos de nuevo. Parecía exhausto.

Caedra frunció el ceño, con los hombros rígidos. Se irguió y echó un vistazo a las lanzas que tenía clavadas en el costado. Cinco en total.

El miedo se apoderó de su corazón. ¿Y si habían alcanzado algún órgano vital y hecho demasiado daño interno…?

—No puedo curarlo —dijo Ayla desde donde estaba, sentada junto a Jay. Había acomodado la cabeza del chico en su regazo para que estuviera más cómodo—. Tengo que recuperar energía primero…

Caedra tensó la mandíbula. Alastair no iba a aguantar si tenía que esperar.

Se agachó y empezó a sacar cosas de su bolso. Agujas, hilo, vendas, la cantimplora con agua, un saquito con polvo de tomillo…

Ayla palideció.

—¿Qué vas a hacer?

—Curarle las heridas yo misma —declaró Caedra con firmeza. No por nada se había encargado de cerrar todos los cortes que había recibido en sus años de guardaespaldas. Hadriel le había enseñado de pequeña.

Solo había un problema: no tenía nada para desinfectar sus herramientas. El fuego serviría, pero Jay seguía inconsciente, ella había perdido hacía mucho tiempo el mechero que le había regalado…

Tendría que crearlo ella misma.

Ayla la observó reunir las hojas y ramas finas que servirían de yesca en un pequeño montoncito en el suelo de tierra. Recogió unas cuantas ramas más gruesas que dejó en un lado aparte. Partió con su lanza una de estas ramas por la mitad, colocando la superficie que había quedado lisa en el interior mirando hacia ella. Se sentó y echó la yesca por encima. Cogió otra rama, que clavó en vertical en la madera. Empezó a frotar con rapidez.

Pasaron los minutos. Un fino hilo de humo blanco brotó de la rama. Caedra continuó el proceso, ignorando el acelerado latido de su corazón, y salió más y más humo. Saltó una pequeña chispa en las hojas. Quizás habría sido más rápido intentar prender un fuego con su control de la electricidad, pero ella no tenía la precisión de Valikia.

Caedra consideró que era suficiente y se agachó, acercando su rostro a la yesca y soplando con

suavidad. Ayla contempló, fascinada, cómo la yesca al fin se prendía con diminutas llamas.

Caedra cogió las otras ramas que había apartado y las fue echando poco a poco como combustible. El fuego aumentó en intensidad y tamaño progresivamente hasta que acabaron con una pequeña hoguera.

La zeafírea se levantó de nuevo. Acercó las puntas de las agujas y de la cuchilla al fuego. Esperó unos segundos antes de apartarse y volver junto a Alastair.

Se mordió el labio, angustiada, al ver que no se había movido. Aun así, probó a llamarlo otra vez:

—Alastair…

Él abrió los ojos de nuevo. Su respiración no había mejorado, era laboriosa.

«Apenas me quedan fuerzas».

Caedra contuvo un suspiro de alivio al escuchar aquella fría voz en su mente. Esbozó una pequeña sonrisa cansada.

—Lo sé. Tranquilo, yo me encargo.

Trabajó herida por herida. Primero hacía una incisión con la cuchilla que le permitiera extraer la lanza. La arrancaba con cuidado y la dejaba en el suelo. Echaba agua a la herida para limpiarla y polvo de tomillo para que ejerciera como antiséptico; no tenía nada más que eso en su bolso. Presionaba con algunas vendas para absorber la sangre alrededor del corte y luego ya enganchaba el hilo a la aguja y cosía la herida hasta que quedaba cerrada. Alastair se mantenía en silencio, sin protestar.

Repitió el proceso cinco veces, lo que le llevó bastante tiempo. Para cuando terminó, estaba agotada. Llevaba casi dos días enteros sin dormir y se le cerraban los ojos.

Se levantó para dejar las lanzas apartadas a un lado y echó tierra sobre la hoguera ahora que ya no necesitaría más el fuego.

Comprobó que, en algún momento mientras trabajaba, Ayla se había quedado dormida pegada a Jay. Se acercó a ellos. Ayla tenía rastros de lágrimas en sus mejillas y el ceño fruncido; se habría sumido en un sueño de pesadillas, llorando por los amigos que había perdido. Caedra acarició su pelo, sabiendo que poco podría hacer para ayudarla en ese aspecto.

Se agachó junto a Jay, observando su rostro, ahora tranquilo, sin muestras de la angustia que reflejaba cuando lo alcanzó la flecha.

«¿Por qué lo hiciste? —pensó, y suspiró con tristeza—. No habría sabido cómo seguir adelante sin ti».

Afortunadamente, todo había quedado en un susto. Apartó con suavidad un mechón de pelo que caía entre los ojos de Jay, le dio un beso en la frente y se levantó. Las comisuras de los labios del chico se curvaron ligeramente hacia arriba.

Caedra se acercó a Alastair. Al menos, ahora ya respiraba con más normalidad. Esperó que las lanzas no hubieran alcanzado ningún órgano interno; no tenía forma de comprobarlo. Y tampoco había nada que pudiera hacer al respecto. Lo único que había podido hacer por él fue curar y cerrar sus heridas para eliminar el riesgo de infección y que no se desangrara.

Solo quedaba esperar y ver el resultado, pero ella no estaría tranquila hasta saber que estaba

fuera de peligro. Con un poco de suerte, Ayla estaría mejor la mañana siguiente y le echaría un vistazo a Alastair.

—Aguanta hasta mañana, por favor… —murmuró Caedra, con la esperanza de que le respondiera.

Pero Alastair siguió callado.

Caedra se dejó caer junto a él, agotada. Apoyó la espalda en el punto donde se unían el pecho y el cuello del dragón, con cuidado de no hacerle daño con el metal en las alas. Reposó los codos en las rodillas. Echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos, dejando que las lágrimas se deslizaran en silencio por sus mejillas.

Había sufrido demasiadas emociones angustiosas en muy poco tiempo; había sido como nadar río arriba contra la corriente más fuerte de su vida. Primero, Jay casi se sacrificaba por ella, interponiéndose entre la flecha y ella, cubriéndola con su propio cuerpo. Luego había aparecido Alastair. Habrían estado perdidos sin él; Caedra suponía que habría escuchado el ruido del combate y se había arriesgado a intervenir al ver que este se prolongaba.

Pero había tenido que enfrentarse a todos mientras Ayla y ella se encargaban de Jay. Los había protegido de múltiples ataques y ese era el resultado.

Estaba aterrada. Alastair nunca había estado así… Nunca lo había visto así de mal. Alastair, tan intimidante, con su porte frío y su vida milenaria, siempre le había parecido invencible…

Habían salvado a Jay. Pero ¿y si perdía a Alastair? Habían vivido muchas cosas juntos desde que se habían conocido. En ese tiempo había aprendido mucho de él. Alastair la había ayudado, protegido y cuidado… Le había salvado la vida en varias ocasiones. Y había sido su principal punto de apoyo en muchas otras. Había entregado su inmortalidad por ella…

Caedra se quedó fascinada con Alastair desde aquella vez que visitaron las mentes del otro, cuando él no había recuperado su cuerpo todavía. Con el tiempo, su aprecio por él había ido creciendo hasta convertirse en algo más, aunque había tardado en darse cuenta de lo que era exactamente, en parte debido a sus sentimientos confusos y divididos. Hasta que había comprendido que estaba enamorada tanto de él como de Jay.

Suspiró con tristeza. ¿Cómo decírselo, sin embargo? Ni siquiera estaba segura de lo que él sentía. Era tan difícil de descifrar a veces… A Caedra le costaba creer que él pudiera fijarse en alguien como ella, tan inferior en muchos aspectos. Estaba convencida de que volvería con Djaka, mucho más acorde a él, tarde o temprano… Ella no era más que una simple zeafírea, nada en comparación a un majestuoso dragón…

«¿Por qué lloras?».

La fría, pero reconfortante para ella, voz de Alastair en su mente la hizo abrir los ojos. Ladeó la cabeza. El dragón también había levantado los párpados y la observaba.

—Estoy preocupada por ti —admitió Caedra en voz baja. Se limpió las lágrimas con el brazo.

«Estaré bien», dijo Alastair, pero Caedra, que ya lo conocía demasiado, detectó la casi imperceptible incertidumbre en su tono.

—Has acabado así por nosotros. Lo siento…

«Y lo haría otra vez —declaró Alastair. Caedra lo miró con sorpresa—. No te sientas culpable por eso. Así que no llores».

Caedra esbozó una triste sonrisa.

—Hace un tiempo me habrías dicho que llorar es de débiles.

El dragón resopló.

«Hace tiempo no me habría involucrado jamás en asuntos de mortales —replicó—. Pero aquí estoy. Todo cambió desde que te conocí».

Caedra se giró para estar apoyada sobre su costado. Extendió el brazo y acarició con suavidad las duras y frías escamas de Alastair.

—No quiero que te arriesgues de esta forma por mí, Alastair —murmuró, dibujando una mueca en su rostro.

«No vas a detenerme, Caedra —replicó él. Suspiró con pesar—. Mi existencia carecería de sentido sin ti. Haré siempre todo lo que pueda para protegerte».

La zeafírea notó que le ardían las mejillas. Siempre que Alastair se expresaba así la pillaba por sorpresa. Relajó su expresión.

—¿Qué ha pasado con lo de ser solo aliados para conseguir nuestra venganza?

La suave risa del dragón sorprendió a Caedra, que lo miró con las cejas arqueadas. Sonrió. La escuchaba solo en contadas ocasiones, pero le encantaba siempre que ocurría.

«Creo que ya te he demostrado muchas veces que esa dejó de ser, hace mucho tiempo, la razón por la que estoy a tu lado».

Caedra ensanchó su sonrisa. Apoyó la cabeza en el cuello del dragón.

—Tengo ganas de que todo esto se acabe para irnos a un lugar tranquilo.

Alastair puso los ojos en blanco.

«¿A comer helado?».

A Caedra se le escapó una pequeña carcajada.

—Por ejemplo —asintió, y el dragón gruñó—. Vamos, Alastair, tienes que dejar de ser tan amargado. Hay cosas muy simples que también le alegran la vida a uno. Yo te las enseñaré, no te preocupes.

«Cuando hablas así me recuerdas a Jay —dijo él, divertido. Caedra rio de nuevo—. Confiaré en ti para ello», concluyó y cerró los ojos.

Caedra tuvo la tentación de hacer lo mismo, pero era la única que quedaba para encargarse de vigilar que no los atacara nadie. No sabía si habrían encontrado su rastro y los localizarían pronto, o si les habrían perdido la pista…

No podía arriesgarse.

Estaba exhausta y tenía mucho sueño. Se forzó a mantenerse despierta. Volvió a su postura anterior, con las piernas dobladas y la espalda apoyada en Alastair. Al menos, así comprobaría constantemente que seguía respirando.

***

Amanecía al fin. Esas horas se le habían hecho eternas a Caedra. Necesitaba dormir con urgencia, sus párpados eran de plomo y le escocían los ojos, pero no era el momento todavía.

Se levantó y estiró las alas. Se giró, frotándose los brazos por el frío de la mañana.

—¿Alastair?

No respondió, lo cual hizo que la preocupación y el miedo se apoderaran de ella de nuevo. Se agachó y puso la mano en la frente del dragón.

Ahogó una exclamación. Estaba ardiendo.

Sorteó sus patas y afiladas garras y comprobó su costado. Cuatro de las cinco heridas estaban bien, pero la última estaba con los bordes rojos e inflamada. A pesar de sus esfuerzos, se había infectado.

Caedra apretó los dientes. Era pronto todavía; habría algo que pudiera hacer al respecto.

—¿Cai?

Su corazón se aceleró al escuchar la voz de Jay llamándola con suavidad. Se dio la vuelta y comprobó que el chico había despertado. Estaba sentado.

—¡Jay! —exclamó Caedra, yendo a su lado. Se arrodilló para observarlo más de cerca—. ¿Cómo estás?

Él frunció el ceño. Recordaba haber visto una flecha se dirigía hacia Caedra… Él se había interpuesto… Y le había dado a él.

Miró por encima del hombro y se llevó la mano al lugar de la herida. Solo quedaba una cicatriz.

—Ayla te curó —explicó Caedra.

—Me lo imaginaba —dijo, desviando su atención hacia la chica que seguía durmiendo junto a él. Sonrió al verla. Se puso serio antes de mirar de nuevo a Caedra para responder a la pregunta que le había hecho—. Estoy… bien, supongo.

Caedra suspiró con alivio.

—Me alegro, Jay. No te imaginas el susto que nos diste.

Ella se había visto inundada por la angustia. El horror se había apoderado de su corazón. Jay era demasiado importante para ella.

A Jay se le escapó una risilla nerviosa.

—Lo siento… Pero no iba a permitir que esa flecha te alcanzara.

Caedra dibujó una mueca en su rostro, con las plumas crispadas.

—No vuelvas a hacerlo, por favor.

—No prometo nada. Además, míralo por el lado positivo… Ahora tenemos cicatrices a juego —bromeó Jay, intentando animarla.

Pero ella no rio.

Jay frunció el ceño, consternado, al fijarse en el aspecto de la zeafírea. Tenía unas marcadas ojeras y bolsas bajo los ojos, no era capaz de mantener los párpados levantados del todo; en general, mostraba un profundo agotamiento.

—Cai, ¿estás bien?

—Solo estoy cansada, no te preocupes —contestó ella, intentando sonreír. Se puso en pie y miró por encima del hombro a Alastair, que seguía sin moverse. Torció el gesto—. Pero

Alastair…

Jay giró la cabeza. Palideció al ver al dragón tumbado sobre el costado, con las alas todavía extendidas, y las cinco heridas de las lanzas.

—¿Qué le ha pasado? —preguntó, tenso. Se incorporó con lentitud. Sus músculos protestaron un poco, pero se había recuperado casi del todo.

Caedra lo observó por el rabillo del ojo para comprobar que no se caía.

—Tuvo que venir para ayudarnos a salir de la ciudad. Lo hirieron mientras nos defendía —explicó con amargura.

Sí, Jay recordaba haber escuchado sus rugidos…

—¿No puede curarlo Ayla?

—Ayer estaba agotada después de todo y tras haberte curado a ti. Pero espero que sí que pueda echarle un vistazo en cuanto se despierte… —dijo Caedra mientras iba otra vez junto a Alastair —. Una de las heridas se ha infectado y tiene fiebre.

Jay frunció el ceño. Era duro ver al normalmente majestuoso dragón en ese estado, y la angustia también se apoderó de su corazón.

«Más te vale estar bien», pensó, clavando sus ojos en Alastair. Caedra se rompería si lo perdía, y Jay no soportaría verla sufrir. Pero, además, se dio cuenta de que él también sentía un miedo profundo ante la idea de que no se recuperara.

Se inclinó sobre Ayla. Supuso que no habría pasado una buena noche, lamentándose por las muertes de sus amigos, pero tenía que despertarla. Todavía estaban demasiado cerca de sus enemigos.

—Ayla… —la llamó, sacudiendo su hombro con suavidad.

Ella apretó los ojos antes de abrirlos. Parpadeó varias veces. Jay se apartó y le dejó espacio para que se sentara.

—Jay, ¿estás bien? —fue lo primero que quiso saber ella.

—Sí, tranquila. Pero Alastair está bastante mal —dijo, con una mueca en su rostro y desagradables piedras en el estómago. Si no se recobraba…—. Por favor, ¿puedes intentar curarlo?

—Veré qué puedo hacer —musitó Ayla. La fatiga seguía aferrada a ella.

Jay ayudó a Ayla a levantarse. Esta estiró ligeramente las alas.

A pesar de la situación en la que se encontraban, el alivio de Jay por tener a Ayla de nuevo a su lado era inmenso. La había echado tanto de menos… Pero tendrían que dejar la charla y la emoción del reencuentro para más tarde.

Caedra se apartó al escucharlos acercarse. Ayla examinó los cortes con detenimiento, sobre todo el que estaba infectado.

—Creo que sí tendré la energía suficiente para curarlo —les informó, elevando el brazo.

No había descansado mucho esa noche, despertándose constantemente con pesadillas. Se sentía muy culpable por lo ocurrido con Uzair y los niños. Si no la hubieran conocido, seguirían vivos. Sin embargo, no era el momento de pensar en eso.

Ayla acababa de iluminar la palma de su mano cuando escucharon pasos acercándose. Los tres se giraron, alerta y en tensión.

No estaban a salvo. Sus enemigos los habían encontrado.

Capítulo 20: Tiempo limitado

—Ni un paso más.

Esa fue la amenaza de Caedra en cuanto vio a Denkuro aparecer entre los árboles. La zeafírea había extendido un brazo hacia él. Las cinco lanzas que había dejado apartadas en el suelo, después de extraerlas del cuerpo de Alastair, ahora apuntaban a Denkuro, flotando peligrosamente en el aire.

—Estáis cansados y heridos —replicó Denkuro sin inmutarse.

—Y tú estás demasiado tranquilo para tener el filo de la muerte tan cerca —gruñó Caedra. Entornó los ojos—. ¿Qué escondes?

Jay, por más que miraba a un lado y a otro, no veía a nadie más.

—Entregad a la chica —Denkuro señaló a Ayla—, y me marcharé. Si no lo hacéis, esto no acabará bien para vosotros.

—Piérdete —bramó Jay, poniéndose delante de Ayla y envolviendo sus puños en fuego azul—. ¿Ya se te ha olvidado mi amenaza de antes? Porque sigo muy dispuesto a cumplirla.

Caedra se apartó hacia la derecha con brusquedad. Una lanza se clavó en el punto en el que había estado un segundo atrás. La zeafírea había recibido un corte en su brazo izquierdo que sangraba.

Sabía que Denkuro no era más que una distracción. Pero en ese breve instante que ella había utilizado para esquivar el ataque de Loure, que ya saltaba de entre las ramas, Denkuro había apartado las armas que lo apuntaban con una descarga eléctrica.

Denkuro extendió las alas para alzar el vuelo, pero Jay fue más rápido. Apareció detrás de él en un cúmulo de sombras, con la espada ya desenvainada y el rostro arrugado en una mueca de furia.

—¡Esta vez no te escapas! —exclamó mientras deslizaba el acero hacia él.

Denkuro a duras penas logró echarse a un lado. Recibió un corte superficial en el costado derecho.

Jay iba a continuar cargando contra él, pero fue estampado contra un árbol por una ráfaga de aire. Cayó al suelo con un golpe seco y gruñó. Todavía no se había recuperado del combate del día anterior…

Y esa era precisamente la razón por la que sus enemigos los habían rastreado. No les iban a permitir huir teniéndolos a su alcance y sabiendo que eran vulnerables. Daba igual que fueran menos que ellos en esas circunstancias.

Loure descendió sobre él con su lanza. Jay la frenó con la espada. Pudo fijarse a la luz del día que los brazos del zeafíreo habían quedado marcados con feas cicatrices de las quemaduras que le había provocado en su combate en la montaña.

Denkuro, mientras tanto, disparó un rayo contra Caedra. Ella, sabiendo que tenía a Alastair y

Ayla detrás, no se movió para evitar dejarlos expuestos. Logró desviarlo con su lanza.

Ayla había preparado una serie de esferas de agua. Las envió contra Denkuro, que alzó el vuelo para esquivarlas. Impactaron en unos árboles de troncos finos y estos se astillaron por completo. Varias aves escaparon graznando cuando sus copas cayeron al suelo.

Ayla jamás había sentido tanta rabia por dentro como en aquel momento, observando a Denkuro y Loure, los responsables de las muertes de Uzair, Kadria y Sandir. Habían estado tan cerca de escapar todos de Kieur y conseguir que sus amigos tuvieran una vida mejor…

Tenía que hacérselo pagar.

Apareció delante de Denkuro en el aire en un abrir y cerrar de ojos con las alas extendidas, dejando una estela de luz tras de sí. Pero los reflejos del cazador eran buenos. Antes de que Ayla lo alcanzara con su estaca de hielo, Denkuro estampó un puño cargado de electricidad en su abdomen. La chica abrió los ojos como platos y escupió sangre.

—¡Ayla!

Caedra ya iba a rescatarla. La atrapó en sus brazos antes de que cayera al suelo y aterrizó, dejándola con suavidad en la tierra. Ayla resolló, mareada.

—Lo siento… —murmuró, con las manos en la tripa. Se había dejado llevar por un impulso.

—No te preocupes ahora por… —empezó Caedra. Calló al captar el próximo movimiento de Denkuro, que no les iba a dar descanso. La zeafírea rotó y el aire giró a una velocidad vertiginosa a su alrededor, haciendo trizas la flecha que había disparado.

Jay no hacía más que mirar por encima del hombro para comprobar que sus compañeras estaban bien, sobre todo por Caedra. Ahora vivía con unas cadenas que se clavaban en su piel debido al miedo permanente, todo por aquel terrorífico asunto del destino, que pendía sobre él siempre como una guillotina a punto de caer.

Eso le costó que su espada saliera volando por los aires con el siguiente golpe de la lanza de Loure. Jay solo consiguió evitar ser atravesado al disolverse en un cúmulo de sombras en el último momento. Reapareció detrás de su contrincante y disparó un rayo de hielo desde el dedo índice dirigido al nacimiento de las alas de Loure, buscando incapacitarlo. Pero él ya había predicho su movimiento y se impulsó alto en el aire con el viento desde sus pies.

Caedra apretó los dientes al ver que una descarga eléctrica se dirigía hacia ella. No podía apartarse, o dejaría expuesto a Alastair…

Ayla se interpuso y levantó un escudo de luz a duras penas. Todavía estaba revuelta por dentro por el golpe que había recibido.

Caedra saltó por encima de ella y batió las alas. Llevó consigo las lanzas que Denkuro había apartado antes y las mandó contra él una por una, pero su enemigo logró esquivarlas todas con gran habilidad.

Caedra siguió avanzando hacia él.

—Serás el hermano de Valikia —exclamó, abriendo uno de sus abanicos. Se elevaron por encima de las copas de los árboles—, pero creo que ya has hecho suficiente daño.

Mandó contra él el abanico girando y envuelto en electricidad. Cuando Denkuro se desplazó a la izquierda para esquivarlo, Caedra ya lo esperaba con su propia lanza. Denkuro la repelió con

un rayo y Caedra maniobró para evadirlo, echándose hacia atrás.

Sonrió triunfalmente y Denkuro apenas tuvo tiempo de preguntarse por qué. La zeafírea cerró el puño derecho y lo trajo con brusquedad hacia su pecho.

Al instante siguiente, Denkuro tuvo que contener una profunda exclamación al notar cómo el abanico de antes se hundía dolorosamente en su espalda, junto al nacimiento de su ala izquierda. Solo había evitado que le cortara el cuello al haber ganado algo de altura en el último momento.

Pero Caedra no iba a detenerse. Ya había alzado su otro brazo con la lanza preparada.

Denkuro apretó los dientes. Apenas logró rotar en el aire y envolverse en un escudo de electricidad en el que el arma rebotó. Pero el abanico que todavía tenía clavado entorpecía el movimiento de sus alas. Se vio forzado a arrancárselo, permitiendo que la sangre empezara a fluir en abundancia.

Lo dejó caer al suelo y miró a Caedra con un nuevo brillo de respeto en sus ojos.

—Al final, sí que eres diferente a Uma —masculló Denkuro.

Caedra arqueó una ceja al escucharlo pronunciar el nombre de su pareja muerta. No lo persiguió cuando Denkuro dio media vuelta y se alejó volando. Alastair requería todavía su atención urgentemente.

Jay acababa de crear un muro de hielo para protegerse tras él de una ráfaga de aire. Cuando esta terminó hizo añicos la pared y la transformó en carámbanos que disparó contra Loure. El zeafíreo ganó altura para evadirlos. Preparó su lanza, dispuesto a intentar acercarse a él de nuevo, pero entonces se percató de la retirada de Denkuro.

Dándose cuenta de su desventaja, Loure se alejó con rapidez, perdiéndose entre los árboles del bosque.

Jay suspiró y se dejó caer de rodillas al suelo, aliviado.

Caedra aterrizó junto a Ayla y Alastair, jadeando por el esfuerzo. Había recogido el abanico, devolviéndolo a su cinto junto al otro, y su lanza volvía a ser un inocente brazalete.

—Ayla… —empezó, con el ceño fruncido.

Pero la chica ya se estaba poniendo en pie y situando la palma de su mano iluminada en el costado de Alastair. Cerró los ojos y se concentró.

Jay también fue con ellas tras recoger y envainar su espada.

—Por favor, que no nos ataquen más… —suplicó Jay, que había acabado cubierto de tierra. Lo único que quería en esos momentos era llegar a Ganthia y tumbarse en su cama… Aunque se había quedado con las ganas de darle una paliza a Denkuro, sabía que ahora ya no estaba en condiciones para ello.

—Creo que esos dos tardarán en volver —dijo Caedra, satisfecha. La herida que le había provocado a Denkuro era grave.

La zeafírea notaba que le pesaban los párpados como si fueran de plomo. Los ojos le escocían y el cansancio ejercía una desagradable presión en su pecho. Pero tenía que asegurarse de que Alastair estaría bien. Se le revolvía el estómago solo de pensar en que no se recuperara…

La luz de Ayla se apagó. Ella hizo un gesto con la mano a Jay y a Caedra para que esperaran. Caedra arqueó una ceja, se cruzó de brazos y la dejó trabajar. Observó cómo Ayla quitaba los

puntos con cuidado y su palma se iluminaba de nuevo.

Unos minutos después, el brillo desapareció al fin. La chica suspiró con alivio y se giró hacia sus dos compañeros.

—Ya no queda ni rastro de la infección y he curado los cortes.

Apenas había terminado de hablar, Alastair ya estaba gruñendo y moviéndose. Plegó las alas y cambió su postura para quedar tumbado sobre el abdomen. Se puso en pie a la vez que se envolvía en un brillo blanco.

Clavó sus ojos de hielo en ellos tras regresar a su forma humana.

—Espero que no tengamos que repetir esto nunca más —espetó con una frialdad que habría congelado hasta una llama.

A Jay se le escapó una risilla nerviosa y se rascó la cabeza.

—Ya… Me alegro de que estés bien, Alastair.

Alastair, sin embargo, lo ignoró. Miraba a Caedra, preocupado.

La zeafírea se tambaleaba. Su visión se había nublado. Estaba agotada…

Caedra notó la gélida mano de Alastair en su muñeca. Tiró de ella hacia él para evitar que cayera hacia atrás.

—¡Cai! —exclamó Jay, alarmado. Se acercó a ellos, frunciendo el ceño por la pesadumbre—. Alastair, ¿qué le pasa? —añadió, inquieto, al ver que no respondía.

La zeafírea había apoyado la cabeza en el pecho de Alastair y había cerrado los ojos, suspirando profundamente. Todo le daba vueltas… Al escuchar el latido del corazón de Alastair, sin embargo, sintió que todo había merecido la pena. Había agotado todas sus energías, pero él seguía vivo. Con ella. Sosteniéndola.

—Caedra lleva más de dos días sin dormir —explicó Alastair, con una mano en la cintura de la zeafírea para mantenerla pegada a él y otra enredada en su alborotado pelo—. Solo necesita descansar.

Jay abrió los ojos como platos.

—¿Qué? —soltó sorprendido.

¿Caedra había estado vigilando toda la noche? Después de haberse quedado de guardia cuando se había infiltrado con él en Kieur la noche anterior… Y, aun así, había sido capaz de combatir. Jay la miró, entristecido por que hubiera tenido que someterse a tal esfuerzo. Pero por algo su fortaleza era digna de admirar.

Sonrió al ver que Caedra, al menos, estaba en buenas manos. Alastair había bajado la vista para observarla, comprobando que su respiración se había suavizado. Acariciaba su pelo con una expresión extraña en su mirada, entre la admiración y la nostalgia. Parecía sumido en sus pensamientos.

***

Llegaron a Ganthia cuando ya había caído la noche. Alastair había tenido que esperar unas horas para recuperar la energía necesaria para transformarse en dragón, tras lo cual habían partido de inmediato.

Jay había ido directo a bañarse al río. Se sintió mucho mejor una vez se puso de nuevo su ropa, deshaciéndose al fin del uniforme del ejército del imperio. Había sido un tanto espeluznante llevar el uniforme del enemigo, como ponerse una capa de veneno que se infiltraría en su piel en cuanto se descuidara.

Caminó hasta la casa del maestro Shidan. Tenía ganas de cenar algo calentito e irse a la cama. Caedra estaba durmiendo desde que habían vuelto.

Se encontró, sin embargo, con que alguien lo esperaba en la entrada.

—Jay. —Alastair lo saludó con un asentimiento de cabeza.

—Alastair, ¿pasa algo? —inquirió Jay, extrañado por que Alastair quisiera hablar con él.

—Solo quería darte las gracias por salvar a Caedra.

Era extraño que el hombre que era la personificación del invierno, igual de gélido y silencioso, le diera las gracias por algo. Jay se quedó con los hombros rígidos, con un destello de dolor cruzando su rostro al recordar la agonía que lo había atravesado al ser alcanzado por la flecha. Todavía notaba cierta molestia al mover el brazo derecho, a pesar de que Ayla lo había curado.

—Te dije que esta vez no fallaría —dijo con ardiente firmeza en su voz. Y lo haría de nuevo si hiciera falta. Porque, a pesar de lo que había sufrido, no soportaría que le faltara Caedra.

Alastair, sin embargo, frunció el ceño.

—Intenta no poner tu vida en peligro para ello. Caedra no resistiría perderte.

Jay hizo una mueca. Sabía que las palabras de Alastair eran ciertas. Sentía con la claridad del día el aprecio y la devoción de Caedra hacia él. Y a él le pasaba lo mismo con ella. No podría describirlo con exactitud, pero era muy consciente de que nunca encontraría a nadie igual, alguien con quien se sintiera así de seguro, reconfortado, casi invencible y, a la vez, se pudiera mostrar vulnerable. Caedra era un hogar para él, alguien por quien estaba dispuesto a dar su propia vida. Caedra lo era todo, y sin ella Jay no era nada. El vínculo que habían forjado a lo largo de los años era inquebrantable y su mayor estímulo…

Pero también su mayor debilidad. Si perdía a Caedra, el corazón de Jay quedaría destrozado para siempre. Y a ella le sucedería lo mismo si lo perdía a él. No serían capaces de avanzar sin el otro…

Jay cruzó los brazos, clavando los dedos en la piel. Por si no tenían suficiente con el emperador, ahora el destino también acechaba a Caedra, buscando arrebatársela a toda costa. ¿Sería así para siempre? ¿Nunca se ganarían un descanso, un tiempo de paz para, simplemente, disfrutar de la vida juntos?

Era mejor no sumirse en esos pensamientos. Sacudió la cabeza.

—¿Es que tú no me echarías de menos, Alastair? —dijo, medio bromeando.

—Eso es irrelevante —replicó él, entornando los ojos.

—Sí, pero responde —insistió Jay, divertido.

—Quizás —contestó Alastair con sequedad y el chico sonrió. Era lo más cerca que estaría de un «sí» por parte de él—. Jay… —añadió, muy serio, queriendo volver al tema anterior.

Jay suspiró con tristeza y hundió los hombros.

—Ya, lo siento. Pero no tuve tiempo de pensar al ver esa flecha, reaccioné por instinto y… —

Miró a Alastair a los ojos—. Yo tampoco soportaría perder a Caedra, ¿sabes?

—Lo sé. Me costó asumirlo al principio, pero los dos tenéis una relación especial.

Jay agachó la cabeza. Esbozó una suave sonrisa y relajó la tensión en sus dedos.

—Supongo que sí.

Por lo que veía, Alastair tampoco sabría cómo describirlo. Sin embargo, ladeó la cabeza, confuso. Él también había percibido algo similar creciendo entre Alastair y Caedra… Y, teniendo en cuenta la manera en la que el dragón amaba a la zeafírea, ¿acaso no le molestaba la relación que tenía él con Caedra? No parecía haber ninguna amargura oculta en sus palabras… Lo había planteado como un hecho, sin más.

Se le aceleró el corazón. ¿Sería el momento de sacar aquel tema, de hablar sobre ellos tres?

—¿Y qué hay de ti y Caedra, Alastair?

Alastair no respondió. Se limitó a tensar las comisuras de los labios. Pasó a su lado sin decir nada más y se marchó.

Jay lo observó alejarse con una ceja arqueada. Ahora sí que había visto un destello de dolor en esos ojos de hielo… ¿Por qué?

***

Jay acababa de reposar la cabeza en la almohada, soltando un suspiro de felicidad al estar al fin sobre algo blandito, cuando alguien llamó a la puerta.

Gruñó y se sentó.

—Adelante.

Su mal humor desapareció de la misma manera que un montón de hojas esparcidas por el viento en cuanto la puerta se abrió y asomó Ayla.

—¿Puedo pasar? —inquirió ella en tono bajo.

Jay puso los hombros rectos.

—Claro. Siéntate aquí conmigo —dijo a la vez que encendía la pequeña vela de su mesita. Así tendrían algo de luz.

Ayla cerró la puerta. Vestía ahora con una sencilla túnica blanca de mangas anchas. Su largo pelo rubio caía libre por su espalda, brillante y recién lavado. Después de meses en aquella celda, y luego semanas huyendo y escondida, sentirse limpia era una sensación maravillosa.

Pero ni el agua y el jabón borrarían las experiencias que insistían en torturar su mente.

Se acomodó en el borde de la cama. Jay cruzó las piernas y se inclinó hacia ella, consternado al ver su expresión de angustia.

—¿Qué ocurre, Ayla?

—Nada, es solo que… me gustaría hablar contigo —admitió ella, mirándolo de reojo.

Jay aventuró una pequeña sonrisa.

—Podemos hablar de todo lo que necesites.

Habían sido un par de días ajetreados desde que, al fin, se habían reencontrado. Apenas habían tenido tiempo para alegrarse y conversar con tranquilidad.

Ayla suspiró con tristeza.

—Quiero contarte algo… sobre el tiempo que pasé encerrada en el palacio.

El rostro de Jay se ensombreció. Le dolía saber que Ayla había estado tantos meses atrapada allí y que ellos no habían podido hacer nada para ayudarla. Ya había sufrido la peor experiencia de su vida por su intento temerario de rescatarla. Todo porque no había estado dispuesto a abandonar a ninguno de sus amigos; sentía que eran su responsabilidad por apoyarlo en su enfrentamiento con el emperador. Y, aunque quedó claro que no estaba en sus manos rescatarla, fue muy duro igualmente.

—Dime.

—Conocí a Su-Nev —empezó Ayla, girando la cabeza para observar su reacción.

Jay arqueó las cejas. Se le aceleró el corazón y los bonitos ojos marrones de la denu aparecieron como un fogonazo en su mente…

—¿Su-Nev? ¿Qué hacía Su-Nev allí?

—Es una larga historia… —Ayla se encogió. Ella conocía el desenlace, y la angustia ya amenazaba con atascarse en su garganta—. El oráculo supremo la tenía engañada…

—¿Estaba al servicio del oráculo supremo? —bufó Jay, interrumpiéndola—. ¿Por qué no me sorprende?

—No. Déjame terminar —le pidió Ayla con suavidad y Jay tensó la mandíbula, pero asintió con la cabeza—. Su-Nev perdió a su padre, Jay…

—¿El que nos traicionó? Cuánto lo siento —dijo él con sarcasmo.

—Jay… —murmuró Ayla en tono de advertencia.

—Vale, vale… —masculló él—. Perdón. Continúa.

—El oráculo supremo le hizo creer que él era bueno, que él estaba en contra de todas las acciones del emperador y que, si trabajaba con él, asesinarían al emperador y devolverían la libertad a todos los reinos —explicó Ayla—. Pero poco después de que me encerraran, Su-Nev comenzó a visitarme porque tenía curiosidad.

—Ya. ¿A que es una antipática?

Ayla esbozó una sonrisa cargada de tristeza y Jay se preguntó por qué.

—En absoluto, Jay. Fue mi única compañía durante todos esos meses… Estaba realmente arrepentida por lo que os hizo a ti y a Caedra.

—Pues que no nos hubiera traicionado —replicó él, cruzando los brazos. Pero la amargura empañaba cada una de sus palabras.

¿Por qué? ¿Por qué se habían tenido que conocer en tiempos de guerra? ¿Por qué se había visto obligada a tomar aquella decisión que le había roto el corazón?

Ayla dejó caer los párpados.

—La vida de su padre estaba en juego, Jay. Es normal que se sintiera presionada en ese momento.

Jay bajó la vista. Era su rabia la que le impedía analizar lo sucedido entre ellos de forma racional. Él también habría hecho lo necesario para salvar a Hadriel…

Apretó los puños.

—Supongo.

—Poco a poco, logré convencerla de que investigara sobre la verdadera naturaleza del oráculo supremo y, afortunadamente, me creyó —prosiguió Ayla. Respiró hondo—. Escapé del palacio solo gracias a ella.

Jay la miró de nuevo, arqueando las cejas.

—¿Escapaste gracias a Su-Nev? —inquirió, sorprendido. Eso sí que no se lo había esperado—. ¿Y dónde está ella ahora?

Los hombros de Ayla temblaron y se le escapó un sollozo. Jay se inclinó hacia ella y puso una mano en su espalda, consternado.

Ayla no quería recordar ese momento. No quería recordar su fracaso. No había podido hacer nada por Su-Nev mientras la denu sí había tenido la valentía y bondad necesarias para sacrificarse por ella.

Si tan solo no hubiera estado el oráculo supremo…

—Su-Nev se sacrificó para que yo huyera. Está… —No quería decirlo. Quería que fuera mentira, pero era la realidad—. Está muerta. —Clavó sus ojos, ya anegados de lágrimas, en las sábanas, donde caían las gotas.

Esto le sentó como un jarro de agua fría a Jay, que retiró la mano con brusquedad.

—¿Qué? —soltó, impactado.

Pero Ayla negó con la cabeza. No quería repetirlo.

Jay cerró los ojos, espirando tembloroso el aire. Ahora se arrepentía de lo que había dicho hacía unos minutos de la denu.

En el fondo, nunca había dejado de pensar en ella, preguntándose qué estaría haciendo. Y siempre había tenido la tonta esperanza de encontrársela y poder así recriminarle sus acciones, discutir con ella, y… Y no sabía qué. Pero ya no tendría oportunidad de descubrirlo.

Al final tenían a Ayla de vuelta, lejos del oráculo supremo, solo gracias a Su-Nev.

—Quería… Su-Nev quería que te dijera… que lo siente mucho —balbuceó Ayla, apretando las sábanas en sus manos.

Jay se mantuvo en silencio, inclinado.

«Está bien, Su-Nev —pensó, como si la denu fuera a escucharlo—. Te perdono».

Nunca le estaría suficientemente agradecido por haber ayudado a Ayla a escapar. Él no había sido capaz de rescatarla. Ninguno de ellos habría podido.

Ayla, sin embargo, continuó:

—Y es que yo… Jay, han muerto tantas personas por mi culpa…

—¿Qué quieres decir? —inquirió él, abriendo los ojos para observarla con preocupación.

—Su-Nev… Uzair, Kadria, Sandir… —musitó ella entre lágrimas. Agachó la cabeza, incapaz de soportar su peso—. Todos ellos han muerto por mi culpa.

Jay frunció el ceño. La tomó de la barbilla con suavidad para que lo mirara a los ojos. La cara

de Ayla estaba roja.

—No, Ayla, no es tu culpa. Su-Nev tomó sus decisiones… Y Uzair y los niños murieron por culpa del ataque de Denkuro, Loure y los Shak'ti. Ellos son los responsables.

—Pe-pero fui yo la que les dijo que vinieran con nosotros… —sollozó Ayla. Le tembló la voz.

Jay torció el gesto. Recordó la conversación que había tenido ya tanto tiempo atrás con Kratmathor, mientras estuvo retenido en el coliseo de aquel mundo maldito, Titaia, en el que tanto habían sufrido él y Caedra.

Kratmathor era el más veterano de todos los guerreros presos, un mestizo de torrogal y sekrimer. Se había negado al principio a participar en su plan de escape por temor a las represalias que podría sufrir su mujer. Jay solo lo había convencido al hacerle ver que, tras tantos años allí, esclavizada, su mujer no estaba viviendo realmente. Le había hecho darse cuenta de que el riesgo merecía la pena.

Tenía la misma opinión en este caso, aunque el resultado hubiera sido terriblemente distinto.

Jay acarició la mejilla de Ayla. Ella apoyó la cabeza en su mano.

—Ayla, ellos estaban sufriendo en esa ciudad. Tú les ofreciste algo mejor, algo por lo que merecía la pena intentar escapar. Pero todo tiene sus riesgos, Uzair lo sabía… Los únicos culpables son aquellos que nos atacaron. Tú luchaste por defender a Uzair y los niños. No pudiste hacer más, pero les habías dado una esperanza —sentenció con firmeza.

Ayla se frotó los ojos con un puño; las lágrimas no paraban de salir.

—Los e-echo de menos… —dijo con un hipido—. Y-yo…

Ayla se abrazó a él y enterró el rostro en su hombro. Jay, aunque sorprendido, no dudó en abrazarla también, reposando una mano en su espalda y otra en su cabeza.

—Tranquila, Ayla —susurró Jay, acariciando su pelo—. Ahora estás con nosotros.

—S-solo me gustaría… que ellos hubieran escapado también… —balbuceó Ayla. Su voz estaba distorsionada por la tela de la camisa.

—Lo sé. Pero es por esto que tenemos que seguir luchando para acabar con el emperador y el oráculo supremo —dijo Jay con suavidad—. Así ya nadie más tendrá que vivir como ellos.

Ayla no dijo nada. Jay la dejó llorar en silencio, abrazándola. A veces, Ayla le recordaba a sí mismo años atrás, cuando había sido inocente e ingenuo. Poco a poco, la crueldad de Gea lo había curtido, le había hecho adquirir las mismas sombras en sus ojos que poseía cualquiera que entraba en contacto con las oscuras brumas de aquel mundo.

Había echado de menos a Ayla. Ahora veía que, desgraciadamente, a la joven chica todavía le quedaba mucho por aprender. Y él no podría ayudarla en ese aspecto. Solo podría estar pendiente de hacer que se levantara siempre que cayera, como había hecho Hadriel con él…

Ayla se fue tranquilizando poco a poco. La calidez de los brazos de Jay calmó sus nervios. Con él siempre se sentía a salvo. Al fin, podía relajarse después de aquellos meses de soledad en la oscura y fría celda, donde su única luz había sido una curiosa denu a la que ya nunca más vería…

Había pasado mucho miedo, luchando por dormir con el temor de que al día siguiente Leveann consiguiera borrarle la memoria. Y olvidaría a Jay y todo lo que le había enseñado, todo lo que había aprendido gracias a él de las cosas maravillosas que tenía el mundo y que el oráculo

supremo no había querido que ella experimentara nunca.

—No quiero volver a separarme de ti… —murmuró Ayla.

Jay esbozó una pequeña sonrisa, enternecido, si bien sus ojos permanecieron ensombrecidos. Él tampoco dejaba de pensar en Su-Nev.

—No dejaremos que te lleven de nuevo, Ayla, no te preocupes —declaró con toda la firmeza que pudo.

La rabia que había sentido hacía meses al volver a Ganthia, ver todo arrasado y no encontrar a Ayla por ninguna parte todavía le afectaba. Estaba seguro de que Hadriel no habría permitido que algo así sucediera, que uno de los suyos fuera arrastrado por los enemigos… Y Caedra casi perdió la vida en su intento de evitarlo. Ella había hecho todo lo posible para proteger a Ayla, incluso había acabado con las alas rotas.

Si Djaka no hubiera decidido ayudarla, seguiría sin poder volar. Jay sintió un pinchazo en el corazón al recordar los ojos apagados de Caedra las semanas posteriores a su despertar…

Ayla también se había sentido mal cuando Jay le había contado esto y todo lo demás ocurrido en su ausencia. La había puesto al día mientras regresaban a Ganthia. Ayla se quedó muy sorprendida con las nuevas habilidades de Jay y Caedra en los combates, hasta que conoció la explicación: Alastair y Djaka los habían entrenado.

Los sollozos de Ayla se fueron apagando. Pasaron varios segundos de silencio hasta que Ayla abrió la boca de nuevo:

—Jay…

—¿Sí?

Ayla se separó de él y se limpió la cara de lágrimas con el brazo. Lo miró por debajo de las pestañas.

—Gracias por escucharme.

Jay sonrió.

—Sabes que puedes hablar conmigo siempre que lo necesites. Y con Caedra también.

—Esto… —Ayla se aclaró la garganta, tragándose su timidez para ser capaz de preguntar—: ¿Crees que a Caedra le molestaría si duermo esta noche con ella? No he querido despertarla antes, pero…

Pero necesitaba desesperadamente compañía. No quería pasar la noche sola como todos esos meses en la celda; sabía que su sueño acabaría plagado de pesadillas. Y con Caedra se sentiría a salvo.

—Pues… —Jay habría dicho de inmediato que sí; estaba convencido de que la zeafírea estaría encantada de acoger a Ayla. Pero se le revolvía el estómago solo de recordar cómo se había derrumbado extenuada… Quería evitar despertarla a toda costa. Se llevó una mano al cuello, incómodo—. Está agotada. Quizás mañana. —Y los ojos de Ayla se apagaron. Estaba claro que la chica no iba a replicar, pero su tristeza era evidente. Jay se sintió mal e hizo una mueca—. ¿Quieres dormir conmigo? Yo me tumbaré en el suelo, no me importa, de verdad.

Ayla juntó las manos en su regazo, nerviosa.

—¿Seguro que no te molestaría?

—Seguro.

—Puedo dormir yo en el suelo…

—No me importa, Ayla, de verdad —dijo él, levantándose. Bastante había tenido la pobre con meses encerrada en una horrible celda. Se dirigió al armario para sacar otra manta que extender en el suelo de tierra y se tumbó, sin dar más oportunidad a la chica de replicar—. Y, si tienes una pesadilla, no dudes en despertarme, ¿vale?

El corazón de Ayla latía con fuerza. Asintió tímidamente con la cabeza y se tumbó en la cama, arropándose. El típico olor a humo de hoguera de los afines al fuego impregnaba la almohada. Esto la calmó.

Era lo que le había llamado la atención de Jay desde el principio. Lo mucho que se preocupaba por sus amigos. Y, aunque sus sentimientos por él fueran más allá, no se amargaría porque él no los correspondiera. Le bastaba con momentos así.

La luz naranja desapareció. Jay apagó la vela y la habitación quedó a oscuras, salvo por los pálidos rayos de la luna que se filtraban por la ventana.

—Buenas noches, Ayla —escuchó decir a Jay.

Ayla sonrió, reconfortada por su voz.

—Buenas noches, Jay. Y gracias.

Él sonrió también.

—No me las des. Intenta descansar.

***

Alastair estaba tumbado en la arena, junto a su risco favorito, observando las estrellas. La noche era fresca, pero a él no le afectaba. Estaba bien protegido con sus gélidas escamas.

—Sabía que estarías aquí.

Alastair giró la cabeza, irritado, al escuchar la voz de Djaka. La dragona caminaba hacia él con su característico porte elegante.

—¿Qué quieres, Djaka? —gruñó. Prefería estar a solas.

—Nada, solo saber qué te ha pasado —dijo ella, sentándose junto a él, aunque dejando un par de metros de distancia—. ¿O creías que no me había fijado en tus nuevas cicatrices?

Alastair las tenía en su costado derecho, y Djaka ahora veía su perfil izquierdo. Pero había tenido tiempo de contemplarlas cuando ella los había recibido a su regreso.

—Protegí a Caedra de unos ataques. Nada más —dijo él con frialdad, esperando que con eso se marchara.

Djaka se mantuvo en su sitio. Ladeó la cabeza para mirarlo.

—Es increíble todo lo que haces por ella, Alastair, y que aun así no seas capaz de confesarle tus sentimientos.

El dragón blanco se quedó rígido, como si le hubieran dado un latigazo. Enseñó los colmillos.

—Eso no es asunto tuyo.

—Alastair —dijo ella con suavidad, sorprendiéndolo lo suficiente como para que decidiera

mirarla de reojo—, ya no eres inmortal. Y, aunque lo fueras, ella es mortal. No tiene tiempo ilimitado. Y tú, ahora, tampoco.

La arena del reloj caía. Alastair era perfectamente consciente.

—Ya lo sé —dijo con cierta acidez.

—Y, aun así, no haces nada al respecto. Recuerdo a la perfección tu dolor, tu pánico, tu desesperación cuando acudiste a mí para que te enviara al pasado con el fin de evitar la muerte de Caedra…

Porque Djaka había tenido una visión de aquel momento aunque el pasado hubiera sido cambiado, al igual que había visto todo lo que había sucedido en el futuro oscuro. Ella siempre tenía conocimiento de todo lo que tuviera que ver con el tiempo y sus alteraciones; por alguna razón, poseía esa conexión con Gea.

—¿Qué es lo que quieres decirme? —gruñó Alastair, irritado.

Djaka suspiró con pesar.

—Te mereces ser feliz, Alastair. Y no olvides la situación en la que te encuentras. Te has involucrado en un conflicto de mortales. Te has convertido en uno de ellos. Cualquier batalla puede ser la última… —Endureció la mirada—. Y ya no habrá segundas oportunidades.

Alastair, al fin, giró la cabeza para observarla. Sus ojos de hielo no delataron la emoción que sentía por dentro.

—¿Por qué me cuentas todo esto? —preguntó.

Djaka esbozó una sonrisa triste que lo pilló por sorpresa.

—Porque ya he renunciado a ti, Alastair. Te hice daño y ya he asumido que nunca te recuperaré. Ya no te tendré a mi lado para afrontar juntos la eternidad… Solo me queda intentar que tú, al menos, seas feliz. Quizás así lo seré yo también.

Con estas palabras, Djaka se levantó y se marchó, dejando a Alastair sumido en sus pensamientos.

Capítulo 21: Sentimientos

Jay frunció el ceño al despertar y notar la espalda rígida. ¿Desde cuándo se sentía así al dormir en su mullido colchón? Abrió los ojos, confuso, y vio la cama enfrente de él.

Cierto. Había dejado a Ayla durmiendo en su cama para que la chica no estuviera sola.

Él había dormido toda la noche del tirón. Esperaba que Ayla también; desde luego, no lo había despertado por ninguna pesadilla. Parecía tranquila y, de hecho, tenía una casi imperceptible sonrisa plasmada en sus labios pequeños y rosas. Jay se incorporó hasta quedar sentado, estirando los brazos y llevando luego las manos a la espalda para presionarla.

Aunque todavía lo envolvía una ligera neblina de sueño, tenía que empezar el día. Por la cantidad de luz que se filtraba por la ventana, ya habían pasado, al menos, un par de horas desde el amanecer.

Se levantó con cuidado de no hacer ruido para no molestar a Ayla. Cambió el pijama por su camisa negra y pantalones marrones con rapidez, esperando que la chica no escogiera justo ese momento para abrir los ojos. Ella permaneció dormida. Jay se puso las botas y abrió la puerta…

Se encontró con Caedra, que tenía el puño alzado, lista para llamar.

—Hola, Jay —lo saludó ella, sorprendida por la coincidencia—. Justo venía a ver si ya estabas despierto.

Jay situó el dedo índice delante de los labios para indicarle que se mantuviera en silencio. Caedra arqueó una ceja. Iba a asomarse a la habitación del chico, curiosa, pero Jay salió y se apresuró a cerrar la puerta detrás de él.

—Está Ayla durmiendo —explicó el chico en un susurro—. No quiero despertarla.

La información fue como una patada en el estómago para Caedra. Ella se contuvo para no mostrar su alteración en el rostro, solo frunciendo ligeramente el ceño. ¿Qué hacía Ayla durmiendo en la habitación de Jay?

Jay echó a andar por el pasillo y Caedra lo siguió, todavía callada. Tensó las comisuras de los labios. Lo que hiciera o dejara de hacer Jay en ese aspecto no era asunto suyo; era ella la que no terminaba de decidirse a aceptar sus sentimientos y hablarlo con él confesándole lo de Alastair. ¿Acaso Jay no tenía derecho a fijarse también en otra persona?

Extrañado por su silencio, Jay se giró hacia ella una vez estuvieron en la cocina. La zeafírea respiró hondo.

—Bien, Jay —dijo, ahora que podían hablar en un tono normal. Se aclaró la garganta. Cruzó los brazos y alzó la barbilla, tratando de aparentar indiferencia—. ¿Algo que quieras contarme?

Jay se llevó una mano al cuello. No se había dado cuenta de que Caedra, sin saber el contexto, lo habría interpretado mal. Ella ahora evitaba mirarlo a los ojos y se mordía el labio, con los hombros en tensión. Los dedos se le clavaban en la piel de los brazos.

—No es lo que parece —dijo con suavidad.

—¿Qué es lo que parece? —replicó Caedra, ladeando la cabeza para mirarlo de reojo.

Jay se dio la vuelta para empezar a preparar su desayuno: unas rebanadas de pan con queso.

—Ayla no quería estar sola esta noche, nada más —explicó Jay con calma, tratando de no decir más de lo que debía, de no mostrar lo mucho que quería aclararle a Caedra que no tenía nada de lo que preocuparse… Aún no había podido hablar con Alastair sobre ese tema y todavía no podía tranquilizar a Caedra asegurándole que ambos aceptaban lo que sentía.

—¿Y cómo es que ha ido a tu habitación?

—Ayla quería dormir contigo, pero estabas ya dormida. Así que le ofrecí dormir en mi habitación, pero yo he dormido en el suelo.

Caedra dejó caer los brazos, más tranquila. Agachó la cabeza, ahora avergonzada por haber dudado siquiera.

Y Jay, a pesar de todo, no pudo resistirse a provocarla:

—¿Y por qué le ha interesado tanto esto a mi intrépida zeafírea? —dijo, girándose hacia ella con un trozo de pan en la mano.

—Solo… tenía curiosidad —aseguró Caedra, apoyándose en la mesa y apartando la mirada de nuevo.

Jay esbozó una sonrisa pícara. Dejó el pan y se acercó a ella. Se inclinó.

—¿Sí? ¿Por qué?

Caedra tragó saliva. El rostro de Jay estaba cada vez más próximo al suyo…

—Porque… —Su corazón se aceleró. Le ardían las mejillas—. Jay…

El chico se apartó, soltando una carcajada. Caedra gruñó, y Jay rio con más intensidad. Le encantaba cuando Caedra se sonrojaba. Sobre todo si era por él.

Regresó junto a su desayuno y contuvo un suspiro de tristeza. ¿Y si dejaba de esperar y sacaba el tema ahora mismo? E iban ambos a hablar con Alastair…

Apretó los labios. No era el momento, sería tan precipitado que Caedra se bloquearía. Y no podía predecir la reacción del dragón, por eso quería conversar antes con él.

Hizo desaparecer las rebanadas de pan con rapidez y miró a Caedra. Ella, por su parte, permanecía con aquel gran conflicto en su interior.

Tanto Jay como Alastair eran tremendamente importantes para ella. Sus sentimientos por ellos eran cada día más intensos; no soportaría perder a ninguno de los dos. Y, por más que sabía que debería luchar por reprimir lo que sentía…, no era capaz. Ni sabía si quería. Los amaba a ambos, por igual. Y nunca estaría preparada para afrontarlo, para confesarlo ante ellos. ¿Cómo abordar algo así? Los dos la rechazarían, defraudados, y no los culparía en absoluto.

Se mordió el interior de la mejilla. ¿Por qué tenía que ser todo tan complicado?

Jay la observaba, percibiendo que seguía con su dilema interno por la manera en la que había entrecerrado los ojos. Al menos, ya tenía mejor aspecto, aunque todavía se le notaban las ojeras.

—Oye, Cai… —dijo, y ella alzó la vista—. ¿Estás mejor? Ayer me asustaste un poco.

Ella sonrió, apartando sus preocupaciones sentimentales por el momento.

—Sí, estoy bien. —Frunció el ceño y se puso seria, cruzando los brazos—. Pero creo que si

hablamos de sustos yo me llevé uno mayor que tú. ¿En qué estabas pensando, Jay?

Jay hizo una mueca. Sabía que saldría el tema.

—Cai… No iba a dejar que la flecha te alcanzara —dijo, llevándose inconscientemente la mano al hombro derecho, en cuyo omoplato destacaba la cicatriz.

Caedra se fijó en esto. Apartó la vista.

—Casi mueres por protegerme —musitó ella, afligida. Sin Jay, ella no era nada. Había tenido tanto miedo de perderlo, de que no aguantara, que casi había dejado de respirar de la angustia que le había oprimido el corazón—. Nunca me lo habría perdonado.

—No habrías tenido nada que perdonarte —replicó Jay—. Fue mi decisión. Cai, eres muy importante para mí y…

—Soy yo la que tiene que protegerte a ti, Jay, no al revés —lo interrumpió ella con fiereza, girando la cabeza en aquel movimiento de ave rapaz que era tan característico suyo. Clavó sus ojos amarillos en él—. *Yo* me tendría que sacrificar por ti… No al revés.

Jay tensó la mandíbula. Entendía que estuviera afectada por lo sucedido. Debía intentar ser paciente…

—¿Por qué, Cai? —dijo, apenado—. ¿Es que acaso yo no tengo derecho a protegerte a ti? ¿A dar mi vida por ti? ¿Después de todo lo que has hecho por mí desde que nos conocemos?

—No, no puedes —espetó ella, implacable. Ella era la protectora. Así había sido desde el principio. Se había esforzado para combatir de nuevo, había soportado el infierno de aceptar el metal en su cuerpo para poder proteger a Jay. Si fracasaba en su misión, si fracasaba protegiendo a Jay, su vida dejaría de tener sentido.

Jay gruñó, molesto. ¿A qué venía esa actitud tan cerrada?

—¡Tú habrías hecho lo mismo por mí en esa situación! —exclamó Jay, dejando que la irritación se filtrara en su voz y dando un paso hacia ella—. ¿Y ahora resulta que yo no puedo hacerlo por ti? No tiene sentido.

—No, no puedes —repitió ella con más fuerza. Apretó los ojos.

—¿Por qué?

Caedra se irguió. Levantó los párpados de nuevo para mirarlo.

—Ya fallé una vez con Kendrij. No pienso fallar contigo. —Su voz tembló—. Así que no vuelvas a hacer…

Jay apretó los puños al escucharlo. Otra vez el espectro de su hermano arrojaba su sombra sobre él, si bien ahora sabía, al menos, que era distinto en el amor, y podía entender el trauma de Caedra.

Sin embargo, el recuerdo de Loure atravesando a Caedra con su lanza lo golpeó como una maza. Se le revolvió el estómago y, por un momento, todo dio vueltas a su alrededor.

Él sí había fallado. Y jamás se lo perdonaría. Sus ojos humearon con rabia y la ira burbujeó en su interior. La temperatura en la cocina empezó a subir.

—¿Te crees que eres la única que ha fallado, Cai? —espetó, su voz retumbando por las paredes. No aguantaba más—. ¿Cómo piensas que me sentí yo cuando vi que te mataban delante de mis ojos sin que yo pudiera hacer nada para evitarlo? —Su pupila era apenas un punto en su

ensombrecido iris—. ¡No pude protegerte! ¡Y no estaba dispuesto a fallar otra vez!

Jay se dio cuenta de su error al ver la cara de la zeafírea, cuyos ojos se habían abierto como platos. Calló, jadeando después de haber alzado la voz, pero ya era demasiado tarde.

—¿Qué…? ¿Qué quieres decir? —balbuceó ella, congelada.

Jay se llevó una mano a la frente y echó el pelo hacia atrás, corroído por los nervios. Espiró aire con brusquedad.

—Nada. Olvida lo que he dicho…

—No, Jay, ¡dímelo! —exigió ella, recuperando su indignación e inclinándose hacia él—. ¡Porque no voy a permitir que hagas algo así de…!

—¡Tú no decides lo que yo puedo hacer y lo que no! —estalló Jay, interrumpiéndola. Caedra retrocedió, intimidada por la furia que ardía en sus ojos, tan intensa como un volcán en plena erupción—. Si tú puedes protegerme, Cai, yo entonces a ti también. Ya no soy aquel chico débil que conociste en la Tierra. Me he hecho más fuerte… ¡Y no soporto cuando actúas así!

—¿Cómo?

—¡Como si tu vida fuera menos importante que la mía! —exclamó Jay. Ahogó un sollozo, dándose cuenta de que se le estaba formando un nudo en la garganta; la angustia ahora amenazaba con asfixiarlo. Su respiración se había acelerado y le ardían los ojos—. Sabes… No… Por qué… —Gruñó, frustrado, al ver que no le salían las palabras—. ¿Por qué no te das cuenta de lo importante que eres para mí? ¡No voy a permitir que te pase nada porque no podría seguir adelante sin ti!

Jadeó y sollozó, sin impedir esta vez que las lágrimas rodaran por sus mejillas. Estaba muy alterado y no sabía cómo calmarse; le temblaban los hombros. Apartó la vista.

Caedra frunció el ceño, consternada. Sentía una desagradable presión en el pecho al ver así a Jay, por su culpa. Había sido una estúpida. En esos momentos, que le clavaran una daga habría dolido menos.

—Jay, lo siento —dijo, suavizando el tono. Se atrevió a acercarse y, tras dudarlo un segundo, lo abrazó. Él se aferró de inmediato a ella, casi con desesperación, escondiendo el rostro en su pelo blanco y clavando los dedos en la cabeza de la zeafírea. Ella lo miró de reojo, afligida—. Perdóname. A veces… soy muy egoísta.

—Sí. En este caso sí lo eres —balbuceó él. Trató de reprimir sus temblores—. No puedes pretender que me quede de brazos cruzados si puedo hacer algo para salvarte. Aunque tenga que dar mi vida a cambio.

—Pero no soportaría perderte, Jay… —empezó ella, angustiada.

—¿Y crees que yo a ti sí? —replicó él con voz ahogada. Apretó los dedos de la mano que tenía en la cabeza de la zeafírea y respiró hondo.

El pelo de Caedra olía a una mezcla de cuero, resina y madera recién cortada, como siempre desde que la conocía. La curiosa combinación se había convertido en un aroma reconfortante para Jay y ahora lo envolvía, aplacando, poco a poco, sus nervios.

Luchó por calmarse.

—Yo también voy a hacer todo lo que pueda para protegerte, como has hecho tú siempre

conmigo —dijo en tono bajo—. No puedes impedirme que haga lo que yo quiera.

Caedra suspiró tristemente.

—Lo sé. Y tienes razón. No estaba pensando con claridad. Solo me asusté mucho…

—Cai… ¿Sabes lo mal que me siento todavía por lo que te sucedió después de marcharme tan neciamente de Ganthia forzándote a acompañarme? —No se refería solo a lo que había presenciado en aquella tétrica visión, sino también a los meses que después había pasado ella dormida. Y su despertar tan abatido y sin fuerzas…—. Siempre lo das todo por mí, y yo… Yo también quiero hacer lo mismo por ti, ¿vale?

—Ya lo haces, Jay —replicó ella, llevando una mano al áspero pelo del chico—. Me has ayudado mucho a lo largo de estos años.

Pasaron unos segundos en los que los dos estuvieron en silencio. Jay, al fin, se separó para mirarla a los ojos, más tranquilo, y sonrió. El corazón de Caedra se aceleró.

—Bien, ¿entonces queda claro que los dos somos muy importantes para el otro y que podemos protegernos mutuamente? —dijo él, acariciando la mejilla de la zeafírea, por donde pasaba la cicatriz.

Caedra suspiró de nuevo, esta vez con resignación, y sonrió también.

—Sí, Jay.

Se quedaron mirándose a los ojos durante varios instantes. Lo que más deseaba Caedra en ese momento era que él acercara su cara, la besara y volver a experimentar aquella nube de felicidad. Y Jay, por la forma de mirar sus labios, estaba pensando lo mismo.

Pero ella no debía hacerlo mientras no confesara sus sentimientos con claridad, tanto a Jay como a Alastair. Se obligó a girar la cabeza a la derecha, con el ceño fruncido.

Y Jay, ignorando el pinchazo en el corazón, se dio la vuelta, listo para recoger lo que había desordenado mientras preparaba el desayuno. Caedra, sin embargo, lo frenó agarrándolo de la muñeca y le dio la vuelta para que la mirara a ella.

Jay parpadeó repetidamente, perplejo.

—¿Qué?

—Todavía no me has respondido a la pregunta que te hice antes, Jay —le recordó, seria de nuevo.

Jay se quedó rígido, como si un torrente de agua gélida hubiera caído sobre él. Tendría que haber imaginado que la zeafírea no se olvidaría de su desliz.

—¿Es que acaso Djaka ha tenido una visión? —prosiguió ella al ver que el chico permanecía en silencio. Lo soltó y cruzó los brazos—. Puedes contármelo, Jay.

Él negó con la cabeza.

—Yo… Cai… Lo mejor sería que no supieras nada…

—Pero ya sé algo —señaló ella, firme en su postura.

Jay bajó la vista. Espinas de angustia se clavaban en su garganta, dificultándole hablar. Pero lo hizo:

—No, no es una visión de Djaka. Cuando estuviste dos meses sin despertar por el ataque de

Loure… —Respiró hondo y apretó los puños. Se forzó a continuar—: Recuerdas que, cuando nos atacó, Alastair apareció en el último momento para salvarnos, ¿verdad?

Caedra asintió.

—Sí, lo recuerdo.

Era hora de que Caedra supiera la historia completa. Jay tensó las comisuras de los labios.

—Alastair llegó a tiempo solo gracias a que viajó al pasado —dijo con voz queda.

—¿Qué? —soltó Caedra, perpleja, y arqueó las cejas.

—En el pasado que cambió él… llegaba tarde. Y tú morías a manos de Loure —dijo Jay, pronunciando las palabras con dificultad; era como si unas garras se clavaran en su corazón. Prefirió ahorrarle los detalles. La miró a los ojos—. Y yo no podía hacer nada para evitarlo…

La expresión de horror se había quedado congelada en el rostro de Caedra. Pero parpadeó y reaccionó. Sacudió la cabeza.

—¿Cómo es eso posible?

—Alastair acudió a Djaka. Ella lo envió al pasado. Pero según me contó, el poder de Djaka es limitado. No habrá reunido la energía suficiente para otro viaje al pasado hasta dentro de unos siglos —explicó Jay por lo bajo, temiendo la reacción de su compañera.

Caedra se llevó una mano a la frente y respiró hondo.

—Jamás lo habría imaginado. ¿Por qué me lo ocultasteis?

—No lo sé. —Jay desvió la vista—. Ya fue difícil para ti cuando te despertaste después de tanto tiempo; no queríamos agobiarte más.

Caedra frunció el ceño. Sus ojos se oscurecieron.

—Tengo que hablar con Alastair.

Eso fue todo lo que dijo antes de salir a paso rápido de la casa, su largo pelo blanco revolviéndose detrás de ella. Jay gruñó y echó la cabeza hacia atrás, clavando la vista en el techo.

Alastair lo iba a matar.

—¿Jay?

La suave voz de Ayla lo devolvió a la realidad. Miró hacia ella y vio a la chica asomando tímidamente por la entrada de la cocina.

—Buenos días, Ayla —dijo, forzándose a plasmar una sonrisa en su rostro alterado—. ¿Has dormido bien?

Las mejillas de Ayla se colorearon de rosa, pero logró asentir con la cabeza. Sin embargo, hizo una mueca.

—Os he escuchado discutir a ti y a Caedra. ¿Ha pasado algo?

Jay se llevó una mano a la cabeza y suspiró profundamente.

—No, tranquila, ya está resuelto. Aunque es posible que Alastair venga en breve a asesinarme…

***

Caedra había salido con la intención de ir directa a hablar con Alastair, pero decidió que haría

una parada antes para visitar a Djaka.

Sobrevoló la isla hasta que divisó a la mujer de largo pelo azul tumbada boca arriba sobre una manta en la arena negra, tomando el sol con los ojos cerrados. No era la primera vez que Caedra se la encontraba así y siempre se preguntaba para qué lo hacía. Seguía teniendo la piel tan blanca como el alabastro…

Aterrizó a su lado casi sin hacer ruido, pero Djaka percibió la sombra de la zeafírea. Abrió los ojos y se sentó, observándola con curiosidad.

—¿Ya quieres entrenar otra vez, mortal? Estaba en uno de mis momentos de relax… —protestó, haciendo un mohín.

Caedra la miró desde arriba, con su silueta recortada por la luz del sol a sus espaldas.

—Quiero hablar sobre el viaje al pasado de Alastair.

Djaka se atragantó. Tosió y se aclaró la garganta.

—¿Cómo te has enterado tú de eso? —cuestionó, poniéndose en pie con los brazos en jarras.

—Se le ha escapado a Jay.

Djaka puso los ojos en blanco.

—Desde luego, los mortales sois unos inútiles. Vamos a hablarlo a la sombra.

Recogió la manta y se la llevó bajo una de las palmeras, situándola de nuevo en la arena. Se sentó en un extremo y dejó el otro para Caedra, que se acomodó a su lado.

—Entonces, ¿es cierto? —inquirió Caedra, aunque sabía que Jay no mentiría sobre eso.

—Sí. Tu hermanito te asesinó, así que moriste, como suele pasar cuando te asesinan… —contestó Djaka, incómoda, aunque intentando dar un toque de humor que rebajara la tensión del momento. No quería hablar de ello cuando sabía que Alastair había preferido ocultárselo a la zeafírea. ¿Estaría firmando su sentencia de muerte?

Caedra la miró con una ceja arqueada, pero todo lo que pudo decir fue:

—En realidad no es mi hermano. Solo es su cuerpo manipulado por el oráculo supremo.

Djaka sacudió la mano, desentendiéndose.

—Tecnicismos. La cuestión es que Alastair me pidió que lo enviara al pasado para evitar esto, y así lo hice. Alastair cambió el pasado, y aquí estamos —concluyó Djaka, con ese aparente tono descuidado que había elegido para ocultar su malestar. Se echó hacia delante y apoyó el pecho en sus piernas dobladas, ladeando la cabeza para observar a Caedra—. ¿Qué más quieres saber?

Caedra tensó la mandíbula.

—¿Por qué accediste? Ya no se puede usar ese viaje al pasado para otra cosa que sea más necesaria, como si llegamos a enfrentarnos al emperador y acaba con todos…

Djaka la calló presionando el dedo índice en sus labios. Caedra la miró con la indignación brillando en sus ojos rapaces.

—Mi querida Caedra —dijo con lentitud, extrañando a la zeafírea, como siempre que la llamaba por su nombre—, ¿acaso crees que yo habría accedido a una petición de regresar al pasado hecha por cualquier mortal? Es más, cambiar el pasado tiene sus peligros, por lo que normalmente daría igual quien me lo pidiera. Solo accedí porque se lo debía a Alastair por todo

lo que sucedió entre nosotros.

Caedra frunció el ceño. Djaka se apartó y se echó hacia atrás, apoyando las palmas de las manos en la manta.

Sopló una suave brisa que les revolvió el pelo y arrastró hacia ellas olor a sal.

Caedra, al fin, habló de nuevo:

—¿Y por qué hizo eso Alastair?

Djaka la miró por debajo de las pestañas con las cejas arqueadas.

—Caedra, querida, me alegro un montón de haber decidido ayudarte y entrenarte. Eres mi alumna favorita, porque, vaya, en realidad eres la única alumna que he tenido —empezó Djaka y Caedra entornó los ojos, sin entender por qué le estaba contando eso precisamente ahora—. Escuchas con atención, aprendes con rapidez, tienes una gran habilidad, sabes pensar… Ay. —Djaka se llevó una mano a la cara, fingiendo limpiarse una lágrima—. ¿Es esto lo que siente una mortal al ser madre?

—Djaka… —gruñó Caedra en tono de advertencia. Se estaba yendo por las ramas y todavía no le había respondido a la pregunta.

La mujer puso los ojos en blanco.

—Qué aburridos sois los mortales. Lo que quería decir con todo esto es que, con lo inteligente que eres para unas cosas, no deja de sorprenderme lo simple que puedes ser para otras —concluyó.

Caedra se quedó con la boca abierta ante el insulto.

—¿Por qué?

Djaka suspiró dramáticamente.

—¿Cómo que por qué? ¿En serio me preguntas por qué hizo eso Alastair? —Djaka se inclinó de nuevo hacia delante—. ¿Por qué te crees que ha permanecido contigo incluso después de recuperar su cuerpo? ¿Por qué crees que ha apartado por el momento su ansia de venganza? ¿Por qué crees que te ha protegido una y otra vez? ¿Por qué crees que hace siempre todo lo que puede para ayudarte? Ah, y… ¿por qué crees que sacrificó su inmortalidad para salvar tu vida?

Pasaron varios segundos de silencio. Caedra, que había cruzado las piernas, clavó la vista en las botas que cubrían sus pies, asimilando las palabras de Djaka.

Finalmente, la zeafírea abrió los ojos como platos. Djaka suspiró de nuevo, esta vez con exasperación.

—Has tardado en darte cuenta, ¿eh?

—Pero… Yo… Él… Alastair… —Caedra sacudió la cabeza y respiró hondo en un intento de recuperar la calma. Se había puesto muy nerviosa. Miró a Djaka casi con desesperación—. ¿Por qué iba él a fijarse en alguien como yo?

Una cosa eran sus sentimientos por Jay y por Alastair, que la angustiaban al aumentar en igual medida hacia ambos. Otra cosa bien distinta era que Alastair los correspondiera, lo cual sospechaba desde hacía un tiempo, pero no se atrevía a creérselo.

—Sí, eso me preguntaba yo al principio —admitió Djaka, sin cortarse—. Pero eso era por mi baja opinión de los mortales, que tú has contribuido mucho a cambiar. ¿Por qué piensas eso tú

ahora?

Caedra frunció el ceño.

—Porque yo… —Hundió los hombros—. Yo no soy más que, como dirías tú, una simple mortal. Él es un dragón. Ha vivido tanto… ¿Qué podría darle yo?

—Tú no lo abandonaste. Creíste en él y lo ayudaste cuando lo necesitaba —dijo Djaka con amargura. Caedra se sintió mal al ver una nostalgia triste reflejada en sus ojos—. Caedra, eres tú la que le ha devuelto las ganas de vivir. Ahora tiene algo por lo que luchar.

—Pero… ¿Cómo puedo gustarle a alguien con esto? —replicó la zeafírea, llevándose una mano al rostro y posando los dedos en su cicatriz—. ¡Y tengo muchas más por el cuerpo!

Djaka arqueó una ceja.

—Sí, Alastair también tiene varias cicatrices. De hecho, vaya, regresó justo ayer con unas cuantas más —dijo con ironía y se puso seria de nuevo—. ¿Quieres dejar de poner excusas? ¿A qué le tienes miedo?

Caedra suspiró tristemente. Dobló las piernas y abrazó sus rodillas, apoyando la barbilla en ellas. Clavó la vista en el horizonte. El mar azul siempre la relajaba.

—Tengo miedo de no ser suficiente para él. De que se canse de mí una vez se dé cuenta de lo poco que tengo que ofrecerle… —Tensó la mandíbula—. De que sienta que ha sacrificado su inmortalidad para nada.

Era cierto que se sentía tonta por no haber reparado en ello con total seguridad antes. Pero seguía sin atreverse a creerlo… Y también estaba el asunto de Jay. Eso sí que no había manera de sortearlo.

Djaka la miró con el ceño fruncido.

—Caedra, no digas tonterías. Alastair no se fijaría en cualquiera. Ya lo he dicho antes, eres una gran guerrera. Pero, además, estás siempre pendiente de tus amigos, te preocupas por ellos, no te rindes, no pierdes la esperanza. Nadie había hecho por Alastair lo que has hecho tú.

—No sé… —murmuró la zeafírea y se puso en pie. Un torbellino de emociones la revolvía por dentro. Estiró las alas—. Tengo que pensarlo.

Djaka la observó marcharse, negando para sí con la cabeza.

«Menudo par de tontos», pensó y se tumbó.

***

Caedra había buscado a Alastair por toda la isla, pero no había conseguido dar con él. Por tanto, al caer la noche, fue al risco. Era su último recurso.

Su corazón se aceleró al ver ahí al familiar dragón blanco. Miraba las estrellas, sumido en sus pensamientos, y, por una vez, no reparó en ella hasta que se paró a su lado.

—Alastair.

Él inclinó la cabeza para mirarla.

«Caedra. ¿Ocurre algo?».

La zeafírea tenía el ceño fruncido.

—No, es solo que… —Respiró hondo. Necesitaba calmar sus nervios. Alzó la vista—. ¿Puedo

quedarme contigo?

Por toda respuesta, Alastair extendió el ala. Caedra se refugió en su costado y él la arropó, haciéndole cosquillas en el brazo con la aspereza de sus plumas.

Se quedaron en silencio. Alastair volvió a observar las estrellas y Caedra lo miraba a él.

Se sentía insignificante a su lado. ¿Por qué había tenido que sacrificar su inmortalidad por ella? Había vivido milenios, y podría haber vivido otros tantos y seguir contemplando la evolución de Gea…

No podía terminar de asumir lo que había insinuado Djaka. Seguro que se había confundido. No era posible…

Sí tenía claro lo que sentía ella por Alastair. Aunque dudaba que fuera a reunir alguna vez el valor necesario para decírselo, más aún, sintiendo lo mismo por Jay.

Alastair era muy diferente a Jay… Jay era cálido y radiante como el sol. Alastair era frío y silencioso como la luna. Jay era la viveza y la luz del día. Alastair era la calma y la oscuridad de la noche.

Y los amaba a ambos. Eran polos opuestos, sí, pero se complementaban a la perfección.

Sin embargo, en vez de alegrarse por ello, se estaba sumiendo en la amargura. Era una situación tan complicada que era imposible que terminara bien.

¿Por qué había tenido que acabar enamorándose también de Alastair? Él era muy superior a ella. Incluso, aunque fuera cierto lo que decía Djaka, Caedra estaba convencida de que Alastair acabaría, tarde o temprano, decepcionado.

Y si se enteraba de lo de Jay…

«Caedra, ¿por qué me observas tan atentamente?».

La fría voz de Alastair en su mente la devolvió a la realidad. Parpadeó y se dio cuenta de que el dragón la miraba de reojo.

—Yo… —Luchó por controlar el sonrojo en sus mejillas, avergonzada. Menos mal que ya no podía leerle los pensamientos—. Solo me preguntaba si estás bien.

Lo cual era cierto. Seguía preocupada por él. Había sentido verdadero terror al ver al normalmente imbatible dragón en el suelo, deseando poder aliviarle el dolor, quedárselo ella, si hacía falta, con tal de que estuviera bien. Si no se hubiera recuperado…, lo habría quemado todo, cegada por la ira.

En comparación, sus sentimientos por Kendrij ahora palidecían. Seguía pendiente su venganza del emperador. Pero, si perdía a Jay o a Alastair, no le bastaría con destruir a la persona responsable. No, lo que recorrería sus venas sería un terrible e irrefrenable deseo de arrasar Gea entera.

Afortunadamente, las escamas de Alastair habían vuelto a su temperatura gélida. Ya no ardía. Se había recuperado y estaba a su lado.

Alastair frunció el ceño, adivinando que había algo más en la mente de Caedra, pero no presionó.

«Sí. Estoy bien».

Alastair, por su parte, continuaba dándole vueltas a su conversación con Djaka la noche

anterior.

No tenían tiempo ilimitado. No habría ya segundas oportunidades…

—Oye, Alastair…

Él clavó sus ojos de hielo en ella. El corazón de Caedra se aceleró.

—Sé que viajaste al pasado para salvarme —confesó, esperando su reacción—. Jay me lo ha contado.

«¿Es que no sabe estarse callado?», gruñó Alastair.

A Caedra se le escapó una pequeña carcajada, pero enseguida recuperó el semblante serio.

—Solo quería darte las gracias por lo que hiciste. Aunque… —Hizo una mueca—. ¿Seguro que no te arrepentirás de haber entregado tu inmortalidad por mí?

Alastair protestó.

«Te lo repetiré las veces que haga falta, Caedra. Jamás me arrepentiría, porque eres lo que da sentido a mi existencia».

Ella sonrió, sintiendo una agradable calidez en el pecho.

—Está bien. Gracias, Alastair.

Quizás más adelante se atrevería a hablarlo con él. En ese momento prefirió simplemente apoyar la cabeza en su hombro y cerrar los ojos, con la sonrisa todavía plasmada en sus labios. Con él se sentía tranquila por completo.

Alastair la observó. Se había negado a aceptarlo al principio, pero ya se había resignado. Una simple sonrisa de Caedra lo hacía sentirse feliz. Su mera presencia lo reconfortaba, cuando por lo general prefería estar solo. Disfrutaba del contacto físico con ella, cuando lo odiaba con todos los demás. Salvo, quizás, también con Jay, lo cual era curioso.

Y pensar que había sido casualidad que se hubiera cruzado con ella en aquel continente de sombras por el que él vagaba sin rumbo, tras aniquilar a cientos de huéspedes a los que había sometido a lo largo de los siglos…

Ella lo había cambiado todo. Alastair se sintió estúpido, necio, por haberla rechazado al comienzo, a Caedra y a todo lo nuevo que ella le estaba descubriendo.

Djaka tenía razón. Se había lamentado tanto después de oír las últimas palabras de Caedra antes de morir en aquel terrible pasado borrado, cuando le había susurrado «te quiero»… Y él no tuvo tiempo de decirle que sentía lo mismo.

Bajó la vista, decidido al fin. Pero Caedra se había quedado dormida.

Alastair la observó con una pequeña sonrisa, dejando caer los párpados, resignado.

Tendría que esperar un poco más.

Capítulo 22: Visiones

Alastair partiría al día siguiente hacia Anthius para comunicar a sus compañeros que Ayla volvía a estar con ellos. También querían ver cómo iba la campaña y si todo estaba controlado. Antes de que se marchara, sin embargo, Jay tenía algo que pedirle.

Se levantó temprano por la mañana y desayunó rápido. Se dirigió primero al lugar en el que era más probable que estuviera: el risco.

Atravesó el bosque de bambú con rapidez, sorteando a los denu, y llegó a la playa. Vio enseguida a Alastair tumbado junto al risco. Pero el dragón blanco no estaba solo: Caedra se acurrucaba contra su costado.

Se quedó rígido. Esperó una vez más a sentir el ardor de los celos, pero este no llegó. Y ya no le extrañaba tanto. Caedra era la persona más importante para él. Lo daría todo por ella, hasta su propia vida. Era evidente que su corazón le pertenecía. Ver que ella se sentía feliz así, solo le produjo a él una felicidad tan plena como las olas que entraban en la orilla, en calma.

Una suave sonrisa se asentó en sus labios. Él sabía que era igual de importante para Caedra. La zeafírea se lo había demostrado una y otra vez. Quizás por ello era incapaz de sufrir inseguridad alguna en ese aspecto. Y porque sabía, además, que con Alastair estaba a salvo. Que el dragón también daría su vida por ella. Eso no le molestaba, sino que lo reconfortaba.

Después de ver esto, ya no tenía ninguna duda de por qué Caedra insistía en retrasar la conversación que tenían pendiente, a pesar de que ambos sentían lo mismo el uno por el otro.

Paró a una distancia prudente y se aclaró la garganta. Alastair enseguida irguió el cuello y lo miró por encima del hombro.

«¿Qué quieres, Jay?», preguntó directamente, con su característica frialdad.

Jay puso los ojos en blanco.

—¿No me das ni los buenos días? Yo que pensaba que tú y yo ya nos teníamos cierto aprecio, Alastair… —dijo él, llevándose una mano al pecho y fingiendo estar dolido.

El dragón gruñó. El sonido despertó a Caedra, que se sentó y miró a un lado y a otro, confusa. Se dio la vuelta y divisó a Jay.

—Hola, Jay, ¿qué haces aquí? —habló ella, reprimiendo un bostezo y estirando las alas.

—¿Ves, Alastair? Caedra sí que me saluda.

«Jay…», dijo Alastair en tono de advertencia.

—Vale, vale… —Jay alzó las palmas de las manos—. Necesito tu ayuda con un par de cosas. Bueno, Cai —Miró a la zeafírea—, a lo mejor me puedes ayudar tú también con una de ellas.

—¿De qué se trata? —inquirió Caedra, curiosa. Se levantó y se sacudió los pantalones de arena.

Alastair se envolvió en un brillo blanco y regresó a su forma humana. Los dos se acercaron andando a Jay.

—Pues… —Jay se llevó una mano a la cabeza, nervioso, al tener a ambos delante de él,

expectantes—. La primera es si me ayudaríais a pedirle a Djaka que entrene a Ayla.

—¿Qué podría hacer por ella? —planteó la zeafírea.

—Hace tiempo me contaste que el oráculo supremo podía predecir los movimientos de sus oponentes antes de que estos los realizaran…

—Sí —asintió ella. Cruzó los brazos—. De hecho, en las semanas que pasé entrenando a Ayla, ella y yo empezamos a practicarlo. Creo que adquirió la base.

Jay arqueó las cejas.

—¿Sí?

Era cierto que él no sabía mucho de eso, ya que justo después habían secuestrado a Ayla…, y habían pasado meses desde entonces.

—Supongo que Djaka podría ayudarla a perfeccionarlo —asintió Caedra, llevándose una mano a la barbilla, pensativa—. No creo que cueste mucho convencerla. Estará aburrida.

—Veo que la vas conociendo —comentó Alastair con sequedad. Caedra contuvo la risa.

—Vamos a decírselo —decidió Jay, tan impaciente como de costumbre.

—Alto ahí —lo frenó Caedra, agarrándolo del brazo cuando echó a andar—. ¿Qué era la otra cosa que querías pedirle a Alastair?

—Ah, pues… —Jay se giró de nuevo para mirarlos, aunque acabó desviando la vista, recuperando los nervios—. Había pensado que a lo mejor podrías ayudar a Ayla con sus recuerdos perdidos…

Alastair arqueó una ceja.

—¿En qué nos beneficiaría eso?

Jay frunció el ceño.

—¿Por qué nos tiene que beneficiar en algo? Solo creo que le gustaría saber cómo fue su vida antes de que el oráculo supremo la raptara y borrara su memoria.

—Tengo mejores asuntos que atender que ayudar a una mortal a la que apenas conozco —espetó Alastair con frialdad, listo para dar la conversación por concluida.

—Vamos, Alastair, no seas así —dijo Caedra. Jay se fijó en que Alastair se tensó—. Seguro que a Ayla le hace ilusión recuperar algún recuerdo.

Alastair gruñó.

—O acaba por enterarse de algo que habría preferido no saber. No siempre nuestro pasado es el que nos gustaría. En cualquier caso, sería perder el tiempo.

—Por favor, Alastair… —suplicó Jay, juntando las manos.

—¿He de recordaros los peligros que supone visitar la parte más profunda de una mente?

Caedra torció el gesto.

—Eso es cierto, Jay. Y Ayla no sabe cómo funciona…

—No te pongas de su parte, Cai —lloriqueó Jay. La miró con su expresión de cachorro abandonado.

Caedra suspiró exasperadamente. Giró la cabeza hacia Alastair.

—¿Quizás podríais realizar una pequeña prueba, a ver cómo va? —sugirió con suavidad.

Alastair la observó de reojo. Ella sonrió.

—Está bien.

Jay arqueó las cejas, sin terminar de creerse que lo hubiera conseguido. Aunque estaba convencido de que Alastair solo había accedido porque se lo había pedido Caedra.

—¡Genial! —celebró con alegría. Puso los brazos en jarras—. ¿Qué tal si regresamos a casa de Shidan para recoger a Ayla y vamos todos a hablar con Djaka?

***

Ayla caminaba un tanto nerviosa, pegada a Jay y agarrada a su brazo. Observaba de reojo a Alastair, que iba junto a Caedra.

No lo admitiría en voz alta, pero el hombre siempre le había dado un poco de miedo, tanto en su forma humana, como en su forma dragón. Era alto e intimidante, de facciones duras y anguladas. Y, sobre todo, esos ojos, con el iris de hielo y la esclerótica negra, hacían que saltaran todas sus alarmas biológicas. Su instinto de supervivencia le gritaba que huyera, que se refugiara de la ventisca que se desataría en cualquier momento…

Localizaron a Djaka tumbada sobre una manta en la arena, tomando el sol. Caedra rio para ella.

La mujer escuchó sus pasos y se sentó, mirando por encima del hombro. Bufó.

—Y ahora ¿qué? ¿No veis que estoy en mi momento de relax?

—Tenemos algo que pedirte —explicó Caedra con una mirada de disculpa.

Djaka se levantó y se giró hacia ellos, cruzando los brazos.

—Muy bien. ¿De qué se trata?

—¿Podrías ayudar a Ayla a predecir los movimientos del enemigo en un combate? —preguntó Jay, esperanzado.

Djaka arqueó una ceja. Miró fijamente a Ayla.

—¿Y por qué no me lo pide ella misma?

Ayla se puso roja como un tomate. Apretó los dedos en el brazo de Jay. Esa mujer también era un poco intimidante. Sus ojos eran como los de Alastair, con el iris naranja. La última vez que la había visto fue cuando la rescataron de las cadenas de umbrano. Djaka estaba entonces muy deteriorada por los efectos del veneno.

Ahora la veía en toda su gloria.

Se forzó a hablar:

—Me ayudaría mucho si pudieras… entrenarme. —Le tembló un poco la voz, pero lo había conseguido.

Djaka puso los ojos en blanco.

—Estos mortales… Aceptas una alumna y de repente aparecen más. —Miró a Ayla con una sonrisa pícara, mostrando sus dientes perlados, enmarcados por el pintalabios rojo—. Pero de acuerdo, mortal, probaremos a ver cómo va la cosa. Te advierto que soy bastante dura en mis métodos.

Ayla miró a Caedra, asustada. A ella se le escapó una risita nerviosa. No iba a negarlo.

—A ver —prosiguió Djaka, dando un paso hacia Ayla, que se forzó a no retroceder. Se inclinó para observarla mejor, pues era bastante más alta que la chica—. ¿Has llegado al punto en el que eres capaz de invocar una visión relacionada con un objeto que toques?

—No… Eso lo podía hacer el oráculo supremo —murmuró ella. Le costó no apartar la mirada.

—Entonces, tenemos bastante trabajo por delante. Para predecir constantemente y de forma efectiva el movimiento de tus rivales tendrás que haber adquirido el control total del tiempo. Bueno, al menos hasta la capacidad que tenéis los mortales —se corrigió con sorna—. Y eso no sucederá mientras no hayas aprendido a invocar visiones a voluntad.

—La verdad es que es un poder bastante útil —comentó Jay.

—Sí, aunque un mortal no podrá usar ese don de la predicción más de unos minutos por combate sin décadas de entrenamiento previas —señaló Djaka—. Aun así, sigue siendo mejor que nada. —Alzó el brazo y sacudió la mano, como si estuviera espantando a unas moscas—. Venga, largo de aquí todos menos la mortal rubia. Empezamos ahora mismo; tenemos bastante trabajo por delante.

Ayla palideció. No había tenido tiempo para mentalizarse. Iba a quedarse a solas con aquella mujer con voz de acero.

—Suerte, Ayla —le deseó Caedra con una sonrisa antes de marcharse, seguida de Alastair, que permaneció en silencio.

—¡Ánimo! —exclamó Jay, separándose también—. Luego nos cuentas qué tal, pero sé que lo harás de maravilla.

Y se fue tras sus otros dos compañeros. Ayla tragó saliva, notando la garganta seca.

Djaka rio con sorna.

—¿Qué eres, una oveja esperando a ser devorada por un dragón? Anda, sígueme…

***

—¿Cuándo fue la última vez que tuviste una visión?

Esa fue la primera pregunta de Djaka cuando llegaron a un claro en el bosque. La mujer se había girado para mirarla con una mano en la cintura. Ayla no entendía cómo podía moverse con tanta facilidad entre la maleza con su largo vestido granate.

Frunció el ceño.

—Hace meses… Estuve con cadenas de umbrano y cuando escapé también llevaba una pequeña pieza. No quería que el oráculo supremo me localizara.

—Hm. Muy bien —dijo Djaka y chasqueó los dedos.

Los ojos de Ayla se iluminaron.

***

Jay estaba en la cocina de la casa del maestro Shidan, de espaldas a ella. Lo observaba desde la mesa, sentada.

—¿Qué quieres para desayunar hoy? Tienes una gran elección: pan con queso o… pan con queso —bromeó él.

Ayla rio y el chico se giró para mirarla con una sonrisa.

***

Ayla parpadeó y regresó a la realidad. Retrocedió un paso y sacudió la cabeza, aturdida.

—¿Cómo has hecho eso?

—Fingiré que no le has hecho esa pregunta a la inmortal que controla el tiempo por encima de todos en Gea, y que os otorga esa clase de poderes a los mortales… —dijo Djaka, divertida—. Haré como si no hubiera escuchado nada.

Ayla bajó la vista, con las mejillas ardiendo de la vergüenza.

—Quiero que te fijes en la sensación que tienes justo antes de que comience la visión —prosiguió Djaka, más seria—. Vas a tener que interiorizarla de cara a nuestro próximo ejercicio.

—Vale —asintió Ayla, centrándose.

Djaka chasqueó los dedos.

Era como si todo diera vueltas a su alrededor, pero no se encontraba mareada. Sus sentidos se agudizaban extraordinariamente un instante; había podido escuchar el zumbido de una libélula, aunque no estuviera cerca de ella en ese momento, y ver, incluso a esa distancia, el diminuto lunar que tenía Djaka en el cuello.

A su vez, era como si abandonara su cuerpo por unos instantes…

La visión empezó con un destello blanco.

***

Caedra ladeó la cabeza para observarla con una sonrisa, divertida.

—¿Por qué no se lo pides?

—¡M-me da vergüenza! —respondió muy bajo Ayla.

Se encontraban en una especie de cueva en la que retumbó la suave risa de Caedra.

—A Jay no le va a molestar en absoluto, te lo aseguro.

***

Ayla parpadeó.

—Creo que lo tengo.

—Bien. Ahora intenta que continúe esa visión.

—¿Eh? ¿C-cómo? —balbuceó Ayla, nerviosa.

—Céntrate en permanecer en ella —le indicó Djaka.

Chasqueó los dedos.

***

—A Jay no le va a molestar en absoluto, te lo aseguro. —Ese había sido el último comentario de Caedra antes de que concluyera la visión.

El espacio a su alrededor se distorsionó.

No. Quería ver más, quería ver más, quería ver más…

La imagen recuperó nitidez.

—¿Y tú cómo lo sabes? —inquirió la Ayla de la visión, curiosa.

Caedra le dio la espalda, pero no pudo ocultar a tiempo su sonrojo.

—Bueno, yo…

***

Ayla parpadeó y apretó los dientes. Había vuelto a la realidad.

—No está mal para tu primer intento —comentó Djaka—. Lo has conseguido a la primera, aunque solo lo hayas alargado un par de segundos. Lo siguiente que haremos es tratar de enfocar a la persona que queremos ver en la visión.

Ayla lo tenía claro. Quería ver a Jay. Asintió con la cabeza.

Djaka chasqueó los dedos y Ayla se aseguró de seguir memorizando la sensación.

Hubo un destello blanco.

***

Era de noche y el cielo entero estaba iluminado por brillantes estrellas. Se escuchaban los grillos en la distancia. Estaba sentada en la hierba con las piernas cruzadas. Jay se encontraba junto a ella, tumbado boca arriba apoyado en los codos clavados en la tierra.

Hacía algo de fresco, pero Jay le había dado su chaqueta. Aunque a Ayla le quedaba grande, le gustaba. Olía lejanamente a carbón y a humo de hoguera.

—¿Te parecen iguales a las de Gea? —inquirió él.

Ayla lo miró por encima del hombro.

—Bueno… Me llama la atención que tengamos que alejarnos tanto de la ciudad para poder verlas con la misma claridad.

Jay se incorporó hasta quedar sentado.

—Ya, a mí también me parece triste después de acostumbrarme a Gea. Las luces en la Tierra son útiles, pero oscurecen el cielo…

Ayla lo observó, frunciendo el ceño. Los ojos de Jay estaban fijos en las estrellas, pero apenas reflejaban su brillo. Estaban sombríos, tristes, enmarcados por unas profundas ojeras…

***

Ayla abrió los ojos en la realidad, con una mueca de desconcierto en su rostro.

¿Qué clase de visión había sido esa? Era cierto que mostraban solo futuros posibles, nada estaba escrito en piedra, pero ¿qué hacían en la Tierra? ¿Acaso tendrían la necesidad de volver por algo?

Y, sobre todo, ¿por qué la mirada de Jay había sido tan apagada? ¿Qué lo atormentaba?

Aun así, sintió mariposas en el estómago. Habían estado Jay y ella a solas. Lo veía siempre tan pendiente de Caedra… No quería, pero no podía evitar los celos que sentía hacia la zeafírea, por mucho que a Ayla también le encantara estar con ella.

Djaka rio con las manos en la tripa.

—Vaya, vaya, así que eso es lo que sientes por ese mortal… —Ante la mirada escandalizada de Ayla, explicó—: Si has tenido esa facilidad para invocar una visión sobre él, es porque tus

sentimientos hacia él son intensos.

El rostro de Ayla echaba vapor.

«¡Qué vergüenza!», pensó, agachando la cabeza. ¿Por qué tenía que saberlo precisamente aquella mujer?

—Esto que acabas de hacer es un pequeño adelanto. Para que tengas una visión tocando un objeto relacionado con lo que quieres ver es necesario, en primer lugar, que sepas invocarla, para lo que debes memorizar las sensaciones cuando recibes una. Y, en segundo, tienes que haber aprendido a enfocar la visión para que te muestre lo que quieres ver —explicó Djaka, ya más seria. Ayla trataba de normalizar su respiración—. Cuando recibes una visión aleatoria, no tienes tiempo para prepararte y ver lo que tú quieres. Es la ventaja de que aprendas a invocarla a través de un objeto.

—V-vale… —balbuceó Ayla.

—Muy bien. Pasaremos el resto del día practicando todo esto. Y, si veo que avanzas bien, mañana ya traeremos algún objeto. —Djaka se pegó a ella. Ayla se quedó rígida, sintiéndose como un cervatillo amenazado por un volpir. La mujer la tomó de la barbilla y la observó con una sonrisa pícara—. Eres la mortal más bella que he visto hasta ahora, ¿sabes?

Ese comentario era lo último que había esperado Ayla y, por un momento, se quedó desconcertada.

—¿Qué?

Djaka se apartó, ensanchando su sonrisa al conseguir que su rostro estuviera de nuevo rojo como un tomate.

—Solo era una observación.

—Tú eres la mujer más bonita que he visto… —se atrevió a decir Ayla, juntando las manos en su regazo y mirándola por debajo de las pestañas.

—Lo sé —se jactó ella, poniendo los brazos en jarras y ensanchando el pecho. Echó un largo mechón de pelo azul hacia atrás con la mano.

Ayla dejó escapar una suave carcajada. Si Djaka quería que estuviera más relajada con ella, lo había conseguido.

***

Ayla llegó esa noche a casa del maestro Shidan exhausta mentalmente. Arrastraba los pies. Djaka casi no le había dado ningún descanso.

—¡Ayla! —exclamó Jay con alegría al verla. Estaba en la cocina junto con Caedra. Shidan ya se había ido a dormir—. Pensábamos que no ibas a volver nunca más —añadió en broma.

Caedra soltó una pequeña carcajada.

—Sí, a Djaka le gusta entrenar hasta bien tarde.

—Pero te hemos esperado para prepararte la cena —prosiguió Jay, orgulloso—. Porque sabíamos que llegarías lista para morirte de cansancio.

Ayla solo fue capaz de parpadear. Jay rio y se situó detrás de ella, poniendo las manos en sus hombros para guiarla hasta una de las sillas, donde la sentó.

—Jay, me has sometido a una tortura —murmuró Ayla, inclinada. Ni siquiera fue capaz de ponerse nerviosa al tener a Jay tan cerca—. ¿Por qué querías que entrenara con Djaka?

—Vamos, no será para tanto…

—Oh, Jay, créeme, sí que lo es —dijo Caedra, divertida—. Djaka es así.

—Bueno… ¿Al menos has aprendido algo? —inquirió Jay, mirando a Ayla. Se había quedado de pie junto a su silla, con una mano apoyada en el respaldo.

—Sí, ha sido bastante productivo, la verdad —admitió ella—. Así que tengo ganas de continuar mañana… A la vez que no…

Jay rio.

—Me ha quedado claro.

Caedra se encaminó hacia su habitación. Sabía que Jay quería plantearle a Ayla lo que habían hablado esa mañana y que la chica se sentiría menos presionada si estaba sola con él.

—Yo voy a dormir ya —dijo mientras se marchaba—. Buenas noches.

—Buenas noches, Cai —se despidió Jay.

—Buenas noches… —murmuró Ayla, a quien le costaba hasta hablar.

Jay se sentó a su lado y se inclinó hacia ella.

—Ayla, te quería comentar una cosa…

El corazón de Ayla se aceleró. Se apartó de él, roja como un tomate.

Jay arqueó las cejas, perplejo.

—¿Qué pasa?

—No, nada… Solo me has asustado —mintió ella, avergonzada.

Jay frunció el ceño, pero no la presionó.

—Lo que te quería comentar es que, si tú quieres, quizás podamos recuperar algún recuerdo del pasado… de antes de que Leveann te borrara la memoria.

Había esperado que Ayla se alegrara, pero fue todo lo contrario. Ella dibujó una mueca en su rostro y negó con la cabeza.

—Gracias, Jay, pero prefiero que se mantenga en el olvido.

—¿Y eso? —inquirió él, extrañado. Con lo difícil que había sido convencer a Alastair…

Ayla suspiró con tristeza. Dejó caer las manos en su regazo.

—Ahora mismo no sé nada. No tengo nada que echar de menos, o nada que quiera olvidar, porque no lo recuerdo. Sea lo que sea que haya en mi memoria… probablemente ya no lo pueda recuperar. Mis padres estarán muertos. Cualquier amigo que pudiera haber tenido, desaparecido… —Lo miró a los ojos, apenada—. Creo que solo me causaría más dolor. Estoy mejor así.

Jay frunció el ceño. Ahora entendía a qué se refería.

Sus situaciones, aunque similares, eran diferentes. Él había querido recuperar la memoria porque sus recuerdos eran sobre personas que había vuelto a conocer después de que se la borraran.

Ayla, en cambio, no había vuelto a saber nada de esas personas.

—Ya —dijo Jay, esbozando una sonrisa triste—. Lo entiendo.

Se levantó y Ayla lo miró interrogante.

—¿Qué tal si te pongo algo de cenar y te vas a dormir? Estás agotada —propuso Jay mientras se dirigía a por comida.

Ayla sonrió.

—Sí, eso estaría bien. Gracias, Jay.

***

Alastair estaba intentando dormir cuando detectó la presencia de Jay en la distancia. Gruñó e irguió el cuello. Ladeó la cabeza para mirarlo cuando llegó hasta él.

«¿Y ahora qué quieres, Jay?».

El chico suspiró profundamente y guardó las manos en los bolsillos de su chaqueta. Soplaba una fría brisa marina que le revolvía el pelo.

—Ayla no quiere recuperar ningún recuerdo.

Alastair arqueó una ceja.

«Por tanto, me has hecho perder el tiempo».

—Algo así… —murmuró Jay con una risilla nerviosa—. Pero entiendo sus razones.

La playa, de noche, era negra por completo: arena negra, cielo negro, agua negra, rocas negras… Resultaba un poco tétrico.

Y, en medio de toda aquella oscuridad, estaba Alastair, con sus plumas y escamas blancas como la nieve, que prácticamente absorbían la luz de la luna, dándole un aspecto fantasmagórico. Pero, a pesar de ese toque terrorífico, amenazador, resaltado por sus ojos de hielo, Jay tenía que admitir que era una visión preciosa.

Desde luego, nunca se lo comentaría a Alastair.

Dio media vuelta, listo para irse a dormir ahora que le había avisado de que al final no harían ninguna visita a la mente de Ayla esa noche.

«Jay».

La fría voz de Alastair lo frenó. Se giró de nuevo, inclinando la cabeza, confuso.

—¿Sí?

«¿Crees que yo podría hacer feliz a alguien?», inquirió el dragón con seriedad, frunciendo el ceño.

Jay arqueó las cejas, perplejo.

—Pero… —Se le escapó una carcajada—. ¿Desde cuándo eres tan sentimental, Alastair?

El dragón enseñó los colmillos, irritado.

«Contesta a la pregunta».

Jay meditó durante unos segundos su respuesta.

—Cuando te conocí, me pareciste un capullo —dijo con sinceridad, y Alastair gruñó—. Y me

costó confiar en ti. Pero ahora que ha pasado el tiempo y te he ido conociendo, ahora que he visto todo lo que haces por Caedra y todo lo que has dado por ella, por nosotros… —La zeafírea, al fin y al cabo, ni siquiera estaría viva de no ser por Alastair—. Te entregas totalmente a aquellos a los que quieres, aunque sea a tu manera. —Jay sonrió—. Estoy seguro de que sí, Alastair. No lo dudes. Pero ¿por qué…?

«Por nada —masculló Alastair. ¿Qué lo había poseído para hacer semejante pregunta?—. Eso era todo».

Jay suavizó la mirada. No habría mejor momento para sacar el tema al que llevaba tanto tiempo dando vueltas.

—Es por Caedra, ¿verdad?

Alastair agachó la cabeza.

«¿Acaso no te molesta?».

Jay se llevó una mano al cuello, manteniendo la otra en el bolsillo de la chaqueta.

—Si todavía no confiara en ti, admito que me sentaría mal. —Alzó la vista al cielo estrellado y respiró hondo—. Ahora que confío en ti y he podido ver lo mucho que la quieres, sin embargo… No, no me molesta. De hecho, me hace… Me hace feliz que Caedra también te tenga a ti, ¿sabes? —Ladeó la cabeza para observarlo de reojo y volvió a guardar en el bolsillo la mano que había sacado—. Es difícil de explicar. Pero ella siempre se entrega tanto, a la vez que nos necesita, a mí, a ti…, que siento que es lo que se merece.

Alastair frunció el ceño.

«No esperaba un razonamiento tan lógico por parte de un mortal».

Jay puso los ojos en blanco.

—Venga, Alastair, no estropees el momento.

Jay se sorprendió al escuchar la risa del dragón, tenue, apenas el susurro de una brisa invernal, pero ahí estaba. Lo miró y Alastair sacudió la cabeza.

«Me sucede igual contigo —admitió—. Al principio, me irritaba tu relación con ella. Ahora, en cambio, es algo que aprecio y que me transmite tranquilidad por el mero hecho de ver a Caedra tan feliz contigo. Al fin, he comprendido que la quieres con la misma intensidad que yo».

Jay se había quedado con la boca abierta. Pestañeó, con el cabello revuelto por el viento marino.

—Primero ríes y ahora me dices todo eso. ¿Quién eres y qué has hecho con Alastair?

El dragón gruñó.

«Jay…».

Al chico se le escapó una pequeña carcajada. Inspiró el olor de la sal en el ambiente.

—Supongo que nos hemos visto arrastrados por el aprecio que nos tiene Caedra a cada uno, ¿eh?

Las comisuras de los labios de Alastair se curvaron ligeramente hacia arriba.

«Quizás».

Jay sintió una agradable calidez en el pecho. Se acercó a Alastair y, ya sin necesidad de

preguntar, se sentó a su lado. Disimuló un bostezo y se recostó en su hombro de escamas frías.

—¿Y qué hacemos?

«¿Con qué?». Alastair ladeó la cabeza para mirarlo, desconcertado.

—Con… esto. Con lo que sentimos.

Alastair suspiró despacio. Para eso no tenía respuesta.

«Lo que el destino nos permita», dijo, y dejó que cada una de sus palabras fuera un ruego al futuro.

Jay tensó la mandíbula. Apretó los ojos, tratando de calmarse al notar el ala de Alastair cubriéndolo, pero su pecho ya sufría la presión de la inquietud.

Era cierto. Si surgía la oportunidad adecuada, si Caedra en algún momento estaba preparada, hablarían de ello. Mientras tanto, sin embargo, no podían distraerse. Tenían que estar pendientes para protegerla de cualquier amenaza.

A Jay le daba igual lo agotador que pudiera ser esto; por Caedra merecía la pena. Él la defendería de todo. Y sabía que Alastair también.

El destino no se la arrebataría.

Capítulo 23: Reina de Anthius

Jay y Caedra habían decidido acompañar a Alastair a Anthius. Al fin y al cabo, ninguno de los dos tendría nada más que hacer en la isla, ya que tanto Ayla como Djaka pasarían el día entrenando. Al menos, se suponía que sería una visita corta. Y tampoco podían abandonar a sus compañeros en Anthius.

Aterrizaron al atardecer en el patio del castillo de Antheria, el cual no parecía tener mucha actividad en aquel momento. Jay sonrió al ver que todos sus amigos salían a recibirlos.

Caedra apenas había puesto los pies en el suelo cuando alguien se abalanzó sobre ella. La zeafírea soltó una exclamación y, al no haberlo esperado, el impulso del abrazo las llevó a ambas al suelo.

Y, así, se encontró mirando al cielo naranja. Parpadeó y ladeó la cabeza. Valikia la abrazaba con fuerza.

—¡Cai, no te imaginas cuánto te he echado de menos! —chilló ella. Irradiaba felicidad.

Caedra rio, enternecida por el gesto.

—Y yo a ti, Val.

Alastair regresó a su forma humana y las miró con el ceño fruncido. Jay se percató de esto.

—Tranquilo, ya sabes que Valikia es así… —le susurró, queriendo prevenir un asesinato.

Gavin, que había ido detrás de Valikia, se llevó una mano a la cara al verlas. Bajó el brazo y sonrió, resignado.

—Yo también me alegro de verte, Caedra. Esta vez en el mismo bando.

Caedra alcanzó a devolverle la sonrisa desde el suelo. Esperaba tener algún rato más tarde para hablar con él tranquilamente.

—¡Jay!

El chico se giró al escuchar la exclamación de Connor, que también fue a abrazarlo.

—Hola, Connor, ¿qué tal todo por aquí?

Connor se separó de él.

—Bien, Anthius ya ha sido recuperado casi entero. —Hizo una mueca—. Pero…

—¿Pero…? —Jay lo instó a continuar al ver que se quedaba callado, preocupado.

—Estamos teniendo problemas con Faye —completó Gavin, con el rostro crispado. La nueva reina les estaba amargando la existencia.

Valikia y Caedra ya se habían puesto en pie de nuevo. Valikia bufó, soplando los mechones de su flequillo hacia arriba.

—¡Es una asquerosa! Dice que no va a ayudarnos a seguir avanzando hacia Omilia.

Jay palideció.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Alega que no quiere arriesgar de nuevo a su pueblo ahora que por fin lo ha recuperado —dijo Tarvo, enfadado.

Jay se llevó una mano a la cara y gruñó. ¿Por qué siempre que parecía que avanzaban en algo surgía una nueva dificultad?

—No me lo puedo creer. —No estaría mal tener un respiro de vez en cuando. Gea, sin embargo, no lo permitiría. Endureció la mirada—. Voy a hablar con ella.

***

Y así, media hora más tarde, se encontraba en una audiencia privada con la reina Faye en la sala del trono.

Jay miraba a un lado y a otro. Entornó los ojos ante la presencia de tantos guardias pegados a la pared, con porte perfectamente erguido y empuñando lanzas. Por lo demás, el lugar no había cambiado mucho desde la última vez que lo había visitado. Y si Faye pensaba que un puñado de soldados serían suficiente para intimidarlo, estaba muy equivocada.

—Faye…

—Es *reina* Faye ahora, Jay —lo corrigió ella desde su trono, sentada con la espalda recta. Una corona reposaba en su cabeza, con su largo pelo rojo echado por encima de un hombro. Vestía un elegante traje azul con detalles blancos y dorados.

Jay gruñó.

«Sí que se lo tiene creído», pensó, irritado.

—Reina Faye —probó de nuevo Jay, esforzándose por no sonar sarcástico—. No entiendo por qué ahora no quieres…

—Habla con el plural de cortesía, Jay —lo interrumpió de nuevo Faye, sonriendo con las comisuras de los labios tensas. Debía mostrar autoridad, sin excepciones, si quería asegurarse de que todos le mostraran el mismo respeto que si fuera un hombre—. Te estás dirigiendo a la reina.

Jay apretó los dientes. ¿Desde cuándo era tan insoportable? Era cierto que nunca había llegado a hablar a solas con ella más allá del momento en el que se habían conocido y el día de su coronación, pero jamás habría imaginado algo así.

—No entiendo por qué ahora no *queréis* ayudarnos a extender la rebelión en otros reinos… —intentó continuar.

—Te falta un «majestad» al final de esa frase.

Jay iba a empezar a escupir fuego como lo corrigiera más veces. Clavó las uñas en las palmas de las manos.

—No entiendo por qué no queréis ayudarnos a extender la rebelión a otros reinos…, majestad —completó entre dientes.

Faye traqueteó con sus uñas en el reposabrazos.

—¿Por qué iba a hacerlo? No obtendría ningún beneficio.

—Os aseguraríais de seguir debilitando al imperio para que no vuelva a ser una amenaza en el futuro para Anthius…, majestad. —Odiaba tener que hablar así.

—Mi gente acaba de pasar por un periodo muy duro. Primero, la opresión del imperio. Ahora, la lucha por la liberación —replicó Faye. Su voz, alta y clara, se extendía por toda la sala del trono—. Están, como es comprensible, agotados, y necesitan descansar. ¿Cómo crees que se sentirían si les digo que ahora tienen que seguir luchando por gente a la que no conocen de nada? Omilia ha sido nuestro enemigo en el pasado.

Jay maldijo para sus adentros. Tendrían que haberlo supuesto. Sin embargo, Faye había parecido siempre tan razonable…

Entendía su postura, pero…

—Nos has utilizado —gruñó.

—Recuerda hablar bien, Jay.

—Nos habéis utilizado, majestad —se corrigió él, con la rabia palpable en su voz. Le temblaban los puños.

Faye suspiró con exageración.

—En absoluto, Jay. Luchábamos con un objetivo común, ¿recuerdas? Vosotros me ayudaríais a recuperar Anthius para que el emperador dividiera su ejército y vosotros pudierais infiltraros en su palacio para acabar con él. Una pena que el emperador actuara de forma diferente, pero… —Sonrió con clara indiferencia—, eso no es mi culpa. Yo he cumplido mi parte.

—El imperio os aplastará de nuevo no tardando mucho tiempo si no nos ayudáis, majestad —amenazó Jay, y era la verdad.

—Mi respuesta se mantiene, Jay —sentenció Faye. Se puso en pie, mirándolo con condescendencia, con la corona reluciendo en su cabeza—. Nuestra alianza ha concluido.

—Pero…

—Además —prosiguió Faye, interrumpiéndolo y cruzando las manos detrás de la espalda—, no temas por el futuro de mi reino. Aunque agradezco la preocupación, ya me he encargado… de ese pequeño asunto.

Jay notó un pinchazo en el cuello. Se llevó de inmediato una mano al lugar afectado y abrió los ojos como platos al arrancar una aguja de metal.

Todo dio vueltas a su alrededor. Se tambaleó, aunque luchó por mantenerse en pie. Parpadeó repetidamente, tratando de enfocar…

Se había descuidado.

—Siento que esto haya tenido que acabar así, Jay. Disfruté luchando a vuestro lado, créeme. —Escuchaba la voz de Faye un tanto distorsionada. Los pasos que dio hacia él retumbaron en sus oídos. La capa dorada de la chica ondeó tras ella mientras caminaba—. Pero supongo que entenderás que mi prioridad siempre será mi pueblo.

Jay trató de aferrarse a algo. Faye lo miró con frialdad y no le tendió la mano. Jay se desplomó en el suelo. Luchó por mantenerse despierto.

—¿Por… qué…?

Su visión se llenaba de puntos negros.

—El oráculo supremo del Imperio gaelaro ha garantizado que dejará Anthius en paz una vez usurpe el trono de Gaelar. El único requisito era que tenía que entregaros a vosotros, así que…

ha sido una decisión sencilla.

Y Jay ya no escuchó más.

***

Al levantar los párpados, al principio, no vio nada. Tuvo que esperar varios segundos para que sus ojos se acostumbraran a la oscuridad. El ambiente era un poco asfixiante, evidenciando que no se encontraba en un lugar bien ventilado.

—¿No adoráis cuando las cosas salen bien? —dijo una familiar voz sarcástica.

—Cállate, principito.

—Perdóname por intentar mantener un poco de dignidad en estas circunstancias, arpía.

Gavin y Valikia. A Jay le costó sentarse, pues sus muñecas y tobillos estaban atrapados por grilletes. Al probar a invocar su fuego y no obtener resultado, comprobó que eran de umbrano.

Apretó los dientes. El oráculo supremo le habría facilitado el material a Faye.

—¿Jay?

El chico giró la cabeza a su izquierda. Caedra estaba a su lado.

—Veo que nos ha atrapado a todos —masculló Connor.

—Ha sido hábil —dijo Tarvo desde la esquina.

Se encontraban en los calabozos del castillo, bajo tierra, en una de las celdas de piedra. Los barrotes de metal daban a un pasillo donde una única antorcha en la distancia alumbraba pobremente.

—A todos, no —replicó Caedra—. Alastair no está aquí.

El dragón se había marchado antes de que se sentaran a cenar, pues no tenía deseo alguno de estar entre tantos mortales si no era necesario. Caedra ahora se alegraba más que nunca de su actitud tan arisca.

—Pues espero que mueva el culo y nos saque pronto de aquí —gruñó Valikia, tratando de estirar las alas y fallando. Estaban atadas con cadenas—. Mira que decía que era asquerosa, pero no me imaginé que Faye fuera a llegar hasta este punto.

Jay tensó la mandíbula al recordar su última conversación con ella.

—Ha hecho un trato con el oráculo supremo.

—¿Qué? —soltó Gavin, rígido—. ¡Eso no es posible!

—Así se garantiza la protección de Anthius —explicó Jay con amargura.

—No me lo puedo creer… —masculló Caedra. Echó la cabeza hacia atrás, desanimada. Otra vez se complicaban las cosas.

—¿Y qué hacemos? —inquirió Connor, asustado.

—Ahora mismo no hay nada que podamos hacer —contestó Tarvo con sequedad.

—El oráculo supremo la está engañando. Jamás cumplirá su parte del trato —dijo Jay, frustrado.

—Sí, pero no lograremos convencer a Faye de ello. Solo nos queda esperar a ver qué sucede —dijo Gavin, resignado. Apoyó la espalda en la pared.

—¿Planeamos cómo ejecutar a Faye mientras? —propuso Valikia.

Gavin la miró, incrédulo. Apenas veía a su compañera por la falta de luz, pero fue suficiente para distinguir la sonrisa pícara.

—¿Se puede saber qué dices, arpía? Es posible que muramos en cualquier momento.

—¿No eras tú el que hablaba hace un momento de mantener la dignidad?

Connor gruñó.

—Que alguien haga que se callen, por favor.

***

Pasaban las horas y seguían en la misma situación.

Jay se maldecía una y otra vez a sí mismo por no haberse dado cuenta antes de las verdaderas intenciones de Faye. Su único consuelo era que sus compañeros tampoco lo habían imaginado siquiera. Aunque Caedra no la había visto nunca y dudaba que Alastair hubiera hablado mucho con ella.

Pero la guerra era también un juego de traiciones. Y Faye simplemente había hecho lo que se esperaba de ella como reina.

Aun así, los había traicionado, pues sin ellos nunca hubiera alcanzado el trono. Estaba realmente enfurecido.

Al menos, Ayla no había ido con ellos. Estaría a salvo en Ganthia, junto a Djaka. El problema era que, para cuando se dieran cuenta de que algo marchaba mal, ya sería demasiado tarde.

Jay observaba a sus compañeros de reojo, ya más acostumbrado a la falta de luz. Valikia se había dormido con la cabeza apoyada en el hombro de Gavin. Él tenía la vista clavada en ella, en silencio. Desde luego, Valikia era la única capaz de conciliar el sueño en esas circunstancias.

Connor y Tarvo hablaban en susurros sobre algo que Jay no alcanzaba a escuchar, pues estaban en el extremo opuesto de la celda. Y Caedra callaba, como él.

Escucharon pasos y todos se pusieron alerta. Jay esperó con los músculos en tensión, dispuesto a soltarle una ristra de insultos a Faye si decidía aparecer…

Pero no era Faye. El corazón de Jay se aceleró al ver a una esbelta mujer de pelo azul, un hombre de piel oscura y cabello blanco, y una chica pálida y de larga melena rubia…

Djaka, Alastair y Ayla. Por un momento se temió que su mente le estuviera jugando una mala pasada.

—Caedra, querida, te dejo desatendida un minuto y ya te estás metiendo en líos —protestó Djaka exageradamente.

—Yo… —balbuceó la zeafírea, perpleja. ¿Cómo se habían enterado tan rápido?

—Tuvimos una visión —explicó Ayla en voz baja.

—¿Cómo habéis llegado hasta aquí? —inquirió Jay, agradecido, pero curioso.

—Moviéndonos a través de las sombras —contestó Alastair con sequedad.

—Y planeamos salir a la fuerza, así que apartaos —dijo Djaka mientras ejercía su control sobre el metal para romper los barrotes de la celda.

Caedra, sin embargo, frunció el ceño. Le seguía pareciendo extraño que no tuvieran guardias dentro del propio calabozo…

Algo crujió en el techo de roca. Y Caedra supo que, si habían llegado hasta ellos con tanta facilidad, era por algo.

Al segundo siguiente, varias cadenas salieron despedidas hacia Alastair y Djaka. Estos intentaron moverse, pero ya era tarde. Los dos cayeron al suelo, atrapados, y Djaka aulló al instante.

El sonido le puso los pelos de punta a Caedra. Era umbrano, venenoso para ellos.

—¡Alastair! ¡Djaka! —gritó Caedra, aterrada. Intentó levantarse, en vano.

No podía hacer nada para ayudarlos. Su corazón latió frenéticamente al darse cuenta del peligro en el que se encontraban. ¿Cuánto aguantarían Alastair y Djaka en contacto con ese metal mortal para ellos? Debía hacer algo, lo que fuera. Trató de arrastrarse y solo consiguió caer de bruces al suelo.

—¡Cai! —la llamó Jay, que tenía los ojos abiertos como platos, tan asustado como ella. Él también había recordado al instante la debilidad mortal de los dragones frente a ese metal.

—¡Es una trampa! —exclamó Gavin con una estridente frustración, girándose hacia la entrada.

Escucharon más pasos acercarse, iluminando el pasillo de naranja. Era Faye, escoltada por varios soldados que portaban antorchas.

Faye dio unas cuantas palmadas.

—Una brillante deducción, Gavin —ironizó Faye. Miró a los caídos, Alastair y Djaka, con desdén—. Espero que esto sirva para apagar un poco esa arrogancia que tienen los inmortales.

Caedra se mordió el labio con tanta fuerza que se hizo sangre. Luchaba por liberarse de los grilletes, sin éxito, desgarrando su piel en el proceso. Estaba desesperada; era como si el veneno se estuviera filtrando en sus propias venas de la angustia. Tenía que ir junto a Alastair y Djaka. No sabía cuánto aguantarían y cada segundo contaba. Su preocupación la estaba alterando, y Jay no podía hacer nada para detenerla. Sus propias manos estaban retenidas.

El corazón de Jay se encogió al ver a Alastair con la mandíbula así de tensa, apretando los dientes, incapaz de ocultar del todo su dolor. No quería ni imaginarse lo mucho que estaría sufriendo. Djaka gemía por la agonía.

Por más que trató de invocar el fuego, incluso el blanco, aunque este destrozara también sus propias manos, no hubo resultado. Desvió la mirada hacia Caedra, afligido al saber que ella también estaría sufriendo, su corazón desgarrándose ante la posibilidad de perder a Alastair. Pero, por más que quería impedirlo, no se le ocurría cómo salir de esa situación.

Los ojos de hielo de Alastair se clavaron en Caedra. Ella le sostuvo la mirada, tratando de infundirle ánimo a distancia.

«Aguanta, Alastair, por favor…», pensó, apretando los puños. La ira la incendiaba de tal manera que nada deseó más que librarse de sus cadenas para volar hacia Faye y borrarle aquella arrogante sonrisa de su rostro cortándole la cabeza. Era macabro, era cruel, y era consciente de ello.

Pero nadie hacía sufrir a Alastair, que siempre lo había dado todo por ella, de esa manera y

quedaba impune. Iba a encontrar la forma…

Pero, hasta entonces, estaba impotente. Gritó y se retorció de la rabia, sus ojos brillando con lágrimas. Para Jay fue como una cuchillada.

Alastair habría querido tranquilizar a Caedra. No soportaba verla romperse así por él. Pero el umbrano le estaba arrebatando la energía con rapidez, quemando su piel a través de la ropa y goteando el veneno en su sangre, que hervía. Luchaba por mantener la vista enfocada, pero esta empezaba a llenarse de puntos negros. Sus pulmones ardían al respirar, extendiendo una ola de agonía por su pecho cada vez que tomaba una bocanada de aire. Y el hielo no acudía a su llamada.

Ayla, sin embargo, seguía libre, observando con cautela. Faye arqueó una ceja al reparar en ella.

—¿Y tú quién eres? —quiso saber Faye, cruzando los brazos—. No aparecías en la visión del oráculo supremo.

«Eso es porque las visiones nunca son fijas», pensó Ayla, aunque no lo dijo en voz alta.

—Faye, ¡libéralos! —exigió Jay, tan furioso que sus pupilas eran apenas un punto diminuto en sus ojos ensombrecidos y sus labios se contraían en un rictus de ira. La situación cada vez se complicaba más, y ellos continuaban atrapados. No podían perder a Alastair, tenían que actuar —. ¡El umbrano es venenoso para ellos!

Faye, sin embargo, rio de forma macabra.

—¿Te crees que no lo sé? Para eso estaba preparada la trampa; es la única razón por la que no os ejecuté de inmediato. El oráculo supremo quería que atrapara a estos dos también… —Miró de nuevo a Ayla con desdén—. De ti, en cambio, no sé nada. Guardias, deshaceos de ella.

Jay la observó, consternado. Sacudió la cabeza. Ayla era fuerte.

—¡Vamos, Ayla! —exclamó para animarla, irguiéndose todo lo que pudo—. ¡Sé que puedes con esto!

Faye la estaba subestimando. Jay confiaba plenamente en las habilidades de su amiga. Ella lograría salvarlos. Debía aferrarse a ello.

Ayla flexionó las piernas y endureció la expresión en su rostro. Ella había ido a aquel castillo a liberar a todos sus compañeros, y era lo que iba a hacer. No había tiempo para dudar. Todo dependía de ella… y no estaba dispuesta a fallar. No vacilaría.

«Jay… Observa», pensó con decisión. Iba a demostrarle que su confianza en ella estaba justificada.

Se movió a la velocidad de la luz. Apareció en un parpadeo al otro lado de los guardias y Faye, y los mandó al suelo con una ola de agua que congeló, dejándolos atrapados. Faye había abierto los ojos como platos.

—Qué… —musitó, perpleja. La había pillado por sorpresa. Se envolvió en fuego, derritiendo el hielo. Quemó a algunos de sus soldados en el proceso debido a la urgencia, pero todos fueron liberados—. ¡Detenedla!

Ayla ya volaba por encima de ellos, logrando controlar sus nervios. Descargó una lluvia de carámbanos que hizo que dos de ellos se derrumbaran.

Quedaban seis.

Faye trató de alcanzarla con bolas de fuego. Estas se estrellaron inofensivamente en el techo de piedra. Ayla aterrizó a sus espaldas y disparó una bola de luz. Faye saltó a un lado para esquivarla, pero el guardia detrás de ella quedó expuesto.

Quedaban cinco.

Ayla apretó los dientes. Todavía tenía trabajo por delante. Pero si el oráculo supremo había querido convertirla en un arma, le demostraría que sabía serlo destruyendo a su nueva aliada.

—¿A qué esperáis? —bramó Faye, estresada, al ver que sus soldados se limitaban a mirar a un lado y a otro, confusos, sin saber qué hacer—. ¡Acabad con ella!

Pero no tenían poder alguno y no eran capaces de alcanzarla con sus espadas. Ayla rotó en el aire para esquivar un filo de metal y estampó una bola de agua a presión en el pecho de un guardia. Este se estrelló contra la pared con un boquete en su armadura.

Quedaban cuatro.

—¡Demuéstrales lo que vales, Ayla! —la animó Valikia. Sus ojos naranjas brillaban de la emoción—. ¡Dale su merecido a la traidora!

Caedra la observaba con orgullo, viendo que Ayla, al fin, era capaz de poner en práctica lo que había aprendido entrenando con ella. Todos estaban maravillados. Los movimientos de Ayla eran elegantes y precisos.

La chica cayó con brusquedad al suelo y una ola de agua se extendió desde sus pies, inundando el pasillo. Se deslizó con rapidez por encima de ella y se agachó para que la hoja de una espada pasara por encima de su cabeza. Se giró, irguiéndose de nuevo. Rasgó el cuello de un soldado con una daga de luz.

Quedaban tres. Ayla resollaba, pero no iba a detenerse.

Aprovechando que estaba cerca de ellos, sus enemigos intentaron rodearla y acorralarla. Faye saltó por encima, cubriendo sus puños de fuego.

Ayla se envolvió en un escudo de luz. Los cuatro salieron despedidos. Ayla clavó carámbanos de hielo en las gargantas de dos de ellos. Se forzó a ignorar sus gritos de dolor. No podía permitirse dudar. No cuando las vidas de todos sus amigos dependían de ella. Era una gran responsabilidad, y no iba a defraudarlos.

Respiró hondo y se irguió.

Quedaba solo un soldado.

Faye jadeó al incorporarse, incrédula ante lo que estaba presenciando. Nunca antes había visto a esa chica, no tenía ni la más mínima idea de quién era o de qué poderes tenía. Y los estaba derrotando a todos.

Ayla extendió un látigo de agua hacia el último soldado. Este trató de hacerse a un lado para esquivarlo, pero Ayla cambió la dirección en el último momento y le clavó el extremo, ahora convertido en una guadaña de hielo, en la espalda.

Ya no quedaban guardias.

Ayla encaró a Faye, que ya había adoptado una postura defensiva. Ayla estiró los dedos, controlando el temblor que amenazaba sus manos. No iba a dejar que sus nervios le jugaran una

mala pasada. Lograría mantener la calma hasta el final.

—Puede que hayas derrotado a mis soldados —ladró Faye, creando dos esferas de fuego en las manos—. Pero ahora te vas a enfrentar a la Sombra del viento.

—Sí, quien ha resultado ser una sucia traidora —escupió Valikia.

Tarvo era el que más decepcionado estaba con Faye. Había trabajado codo con codo con ella… Connor lo miraba de reojo, adivinando su pensamiento.

Era cierto que no habían llegado a ser amigos. Sin embargo, Tarvo había esperado más de Faye después de la cantidad de combates que habían librado juntos. Como mínimo, aunque no estuviera dispuesta a seguir luchando con ellos, que por respeto a su alianza previa, y su apoyo, no los hubiera vendido a sus enemigos.

Era el problema de aquellas campañas tan agresivas que habían llevado a cabo. Solo había habido tiempo para la batalla… No habían llegado a conocerse realmente.

Y había quedado claro que Faye se había tomado su nuevo papel como reina demasiado en serio.

Caedra, mientras tanto, había bajado la vista a Alastair y Djaka, angustiada. Alastair seguía con esa mueca de dolor en su rostro. Tenía la mandíbula tensa y los ojos apretados, tratando de contener su agonía, cada vez más evidente. Los gritos de Djaka se habían ido apagando, y la normalmente orgullosa mujer ahora sollozaba.

«Date prisa, Ayla», le suplicó Caedra, aunque no pudiera escucharla. Su preocupación por Alastair hacía que su corazón no hubiera dejado de latir a mil por hora desde que los habían atrapado con las cadenas. Era muy duro no poder ir con él mientras lo veía sufrir.

Ayla no se había dejado intimidar por el título de su oponente. Jadeaba por el esfuerzo, pero estaba lista para enfrentarse a ella.

Las dos se lanzaron una contra otra. Ayla ahogó con un escudo de agua el fuego de Faye, pero su enemiga saltó y rebotó contra la pared, cayendo detrás de ella.

Ayla gruñó cuando un cuchillo se clavó en su hombro. Jay se tensó al verlo.

Pero Ayla no se detuvo. Giró y extendió una onda de luz con sus alas que forzó a Faye a saltar de nuevo, evitando que le lanzara más cuchillos.

Se deslizó hacia ella aprovechando el agua que todavía quedaba en el suelo. Faye destruyó con su fuego los carámbanos de hielo y ladeó su cuerpo para evadir la estaca que había materializado Ayla en la mano. Faye se agachó y deslizó su pierna por los tobillos de Ayla, haciendo que esta perdiera el equilibrio y se precipitara al suelo de espaldas.

—¡Ayla! —exclamó Jay, consternado. Se retorció, pero no había manera de romper los grilletes por su cuenta.

—¡Arriba, Ayla! —vociferó Valikia—. ¡No permitas que esa traidora te derrote!

Ayla había rodado por el suelo para esquivar otro cuchillo. Se puso en pie de un salto y se movió a la velocidad de la luz, atravesando un torrente de fuego envuelta en un escudo. Las ascuas salieron disparadas en todas las direcciones.

Faye ahogó una exclamación cuando, al parpadear, Ayla estaba de repente a escasos centímetros de ella. Ayla ya tenía preparada una bola de agua en sus brazos que estampó contra

su abdomen. Faye salió despedida contra la pared del fondo, cayendo sobre el cuerpo de un soldado.

Se levantó con rapidez, resollando por el cansancio y con el rostro perlado de sudor. Ayla estaba igual, pero no se iba a detener.

Faye no se podía creer lo que estaba sucediendo. Había estado tan cerca de tenerlo todo… ¡Y ahora aquella simple chica se interponía entre ella y su reino! Si al menos no tuviera que luchar en un espacio tan estrecho… Estaba en seria desventaja. Ayla tenía muchos más recursos a su alcance.

Faye envió una espiral de fuego contra su oponente. La temperatura en los calabozos subió, solo para descender de nuevo cuando una ola de agua se estampó contra las llamas. Una nube de vapor lo cubrió todo.

Jay contenía la respiración, nervioso. Trató de divisar a Ayla.

Faye tosió, agitando la mano para despejar el vapor a su alrededor. Para cuando pudo ver de nuevo, sin embargo, ya era demasiado tarde.

—Siento que tenga que terminar así.

La suave voz en su oído fue lo último que escuchó. Un rayo de luz le atravesó el pecho desde la espalda. Cayó al suelo sobre sus rodillas, con los ojos abiertos como platos. Trató de levantar la mano y decir algo mientras un fino hilo de humo subía desde su herida.

Había sido demasiado avariciosa… Se había precipitado abandonando y traicionando tan pronto a sus antiguos aliados. Pero ya no había nada que hacer…

Se desplomó, inmóvil.

Ayla respiró hondo, luchando por recuperar el aliento. Su estómago estaba revuelto por lo que acababa de hacer, pero era otra muerte de la que no se arrepentía. Faye había cruzado la línea, y la verdadera responsable de lo que había pasado. No estaba dispuesta a fallar a sus amigos.

Lo había conseguido.

—¡Bien hecho, Ayla! —la felicitó Gavin, emocionado.

—¡Eres increíble! —añadió Valikia con alegría—. ¡Vamos, sácanos de aquí!

Gavin la habría picado, llamándola impaciente, pero Valikia tenía razón. No tenían mucho tiempo antes de que el resto de soldados del castillo bajara a ver qué sucedía. El ruido los habría alertado.

Caedra y Jay, mientras tanto, no apartaban la vista de Alastair y Djaka.

Ayla corrió a liberar a Jay, destruyendo sus grilletes con una esfera de luz bien calculada. Le tendió la espada de un soldado y Jay rompió las cadenas de Caedra para que esta fuera hacia Alastair y Djaka mientras liberaban a los demás. El corazón de Jay se encogió ante la desesperación brillando en los ojos de la zeafírea.

Caedra materializó la lanza de su brazalete y la descargó contra el umbrano una y otra vez hasta que lo partió todo, con una agresividad fruto de la rabia y la angustia, de querer destruir a toda costa aquel metal que tan dañino era para Alastair, que amenazaba con arrebatárselo.

Se arrodilló inmediatamente junto a él, respirando agitadamente. Varios mechones de pelo blanco caían por su rostro. Ni se atrevió a soltar un suspiro de alivio al ver que Alastair clavaba

en ella sus ojos de hielo y se incorporaba hasta quedar sentado. Caedra llevó una mano a su espalda por si acaso.

—Estoy bien —le aseguró él, aunque Caedra detectó un matiz de dolor en su voz. A la zeafírea le tembló el labio, al borde del llanto, pero se forzó a pestañear y a contenerse para no abrazarlo y no soltarlo nunca.

Habían sido solo unos minutos, pero le habían parecido una eternidad viéndolo sufrir.

Caedra se desplazó hacia Djaka. La mujer sollozaba, dolorida. Caedra pasó una mano por debajo de su espalda y la ayudó a sentarse también. Respiraba entrecortadamente y Caedra dejó que se recostara en ella, envolviéndola con un ala.

—Ojalá… no existiera… el umbrano. —Djaka a duras penas consiguió hablar. Notaba que le ardía toda la piel y todavía sentía un molesto cosquilleo por el cuerpo, como ascuas que se negaban a apagarse.

Caedra le apartó el pelo de la cara, juntando las cejas.

—Tranquila, Djaka, ya está todo destruido —le dijo con suavidad mientras pasaba el brazo de la mujer por encima de sus hombros y la ayudaba a ponerse en pie, manteniendo una mano en su cintura—. Nos vamos de aquí.

Gavin se acercó a ellas al ver cómo temblaban las piernas de Djaka.

—Yo me encargo de ella, Caedra.

La zeafírea sonrió, alegrándose una vez más de tener ahora a Gavin de su parte. El chico levantó a Djaka en sus brazos con cuidado. Ella apoyó la cabeza en su pecho, mareada, y apretó los ojos.

—Esto es lo que pasa cuando me inmiscuyo en asuntos de mortales… —masculló Djaka, que ya iba normalizando su respiración.

Gavin puso los ojos en blanco, pero no le molestó el comentario. Sabía que le tendría que dar las gracias cuando salieran de ahí por haber ido a rescatarlos.

—Me temo que debes prepararte —le advirtió Alastair, que seguía encorvado en el suelo, a Djaka. No había frialdad en su voz y Caedra se preguntó si se debía a que estaba exhausto o a la preocupación por su compañera. Probablemente ambas—. Tendremos que transformarnos en cuanto salgamos del castillo.

Caedra frunció el ceño. Era cierto. Esperaba que les quedara energía suficiente…

Sus compañeros, mientras tanto, habían ido a la celda de al lado, donde todas sus pertenencias habían sido abandonadas. Jay recuperó los abanicos de Caedra para dárselos más tarde y se agachó junto a Alastair.

—Arriba, dragón —dijo, pasando el brazo del hombre por encima de sus hombros y tirando de él para ponerlo en pie. La respiración de Alastair enseguida se volvió pesada y le temblaron las rodillas. Jay tensó la mandíbula, manteniendo el otro brazo en su cintura. Habría preferido que lo apuñalaran a verlo en ese estado. No quería ni imaginar lo mucho que habría sufrido para que estuviera así…

Caedra se inclinó hacia Alastair, también consternada. ¿Podría andar?

Jay no iba a arriesgarse. Cruzó los brazos de Alastair alrededor de su cuello y lo subió a su

espalda, manteniendo las manos en sus piernas. Que él no opusiera resistencia solo revelaba que no le quedaban fuerzas.

—Quién iba a decir que iba a ser yo quien te tuviera que llevar a ti, ¿eh? —dijo Jay, girando la cabeza para mirarlo con una sonrisa, en un intento de animar el ambiente. Alastair gruñó, derrotado, y apoyó la frente en el hombro de Jay, cerrando los ojos y espirando aire con lentitud. La sensación de ardor que aún permanecía en sus entrañas hacía que estuviera revuelto. Jay sintió la desagradable presión del miedo y endureció la mirada—. No te preocupes, te tengo.

Caedra esbozó una pequeña sonrisa, si bien en esas circunstancias era imposible que fuera alegre del todo, al ver cómo Jay se preocupaba por Alastair. Sus ojos amarillos brillaban con profundo agradecimiento, aunque Jay no se dio cuenta.

—¡En marcha! —exclamó Jay con fuerza. Ya habían estado demasiado tiempo ahí encerrados.

Valikia y Tarvo lideraron el grupo, subiendo por las escaleras. Gavin, cargando con Djaka, fue tras ellos, acompañado por Connor.

Jay se detuvo un instante junto al cuerpo sin vida de Faye. Las sombras danzaron en sus ojos oscuros y la observó con tal frialdad que hasta Caedra crispó las plumas. Pero ella compartía el siniestro sentimiento de Jay: Faye se había merecido ese final.

***

Atacando a un lado y a otro a soldados, en su mayoría, sin experiencia, no tuvieron problemas en llegar hasta el patio. Allí Alastair y Djaka, algo más recuperados, se esforzaron en transformarse y todos subieron a los dragones, que despegaron de inmediato para alejarse volando de Antheria.

Tuvieron que aterrizar en un bosque próximo para que Ayla terminara de purificar su sangre del veneno del umbrano. Tras eso, continuaron en dirección a Ganthia.

Jay observó desde las alturas con una mueca en su rostro el reino de Anthius, que quedaba bajo ellos. No podían dejar que todo su esfuerzo en aquel lugar fuera para nada…

—Ahora Anthius no tiene nadie que lo gobierne —murmuró.

Jamás habría imaginado que las cosas se torcerían de esa manera. Recordó con amargura cuando había salvado a Faye de los soldados la segunda vez que la había visto. Ella había luchado por su pueblo, no creía que se hubieran equivocado al elegirla para liderar la rebelión… Sin embargo, estaba claro que se habían confiado, pues ella no había sido la líder leal que esperaban.

Era la guerra. Los aliados podían cambiar en el momento menos sospechado. Y Faye había sido muy ingenua escuchando los cantos de sirena del oráculo supremo…

Caedra, que iba delante de él, frunció el ceño.

—No tardarán en nombrar un nuevo rey.

—Sí, pero ¿quién? —dijo Connor, que iba detrás, con Tarvo—. Faye no tenía más familia…

—No quedan herederos —confirmó Tarvo—. Supongo que habrá votaciones para establecer una nueva dinastía… O quizás sí quede alguien de familia más lejana.

Caedra suspiró pesadamente.

—Tendremos que volver más adelante a ver qué sucede.

No hablaron más durante el resto del viaje.

Una vez estuvieron sobrevolando el mar, Jay miró de reojo a Ayla, que iba sobre Djaka, volando a su lado. La chica los había salvado a todos. Había sido una suerte que el oráculo supremo no la hubiera visto en su visión, o hubiera habido cadenas preparadas para ella también…

Habían estado muy cerca de no contarlo por la traición de Faye. Tendrían que ser más precavidos.

Apretó en sus manos las plumas de Alastair. Nadie habría podido evitar que desatara un infierno de fuego blanco en aquel reino si lo hubieran perdido. La furia todavía bullía en su interior, y sabía que tardaría en calmarse.

Capítulo 24: Organización

—¿Seguro que estás bien?

—Caedra, ya te he dicho que sí.

—Pero a Djaka le ha afectado mucho… A ti te habrá dolido lo mismo. Ni siquiera podías andar…

Caedra intentaba hablar con Alastair en lo alto de un acantilado. La zeafírea lo había seguido cuando, tras llegar a Ganthia, Alastair se había apartado del grupo para estar a solas. Los demás habían ido directos a dormir. Se reunirían de nuevo al amanecer, después de haber descansado, para discutir qué harían.

Sin embargo, Caedra estaba preocupada por Alastair. Se le ponían los pelos de punta al recordar los horribles gritos de Djaka, un reflejo de la agonía que estaba sintiendo por el contacto del umbrano con su piel.

—No —dijo Alastair, deteniéndose al borde del acantilado. El sol estaba a punto de desaparecer por la línea del horizonte; no era más que un punto rojo en medio del cielo ya oscuro—. A mí me afecta menos que a Djaka; me he recuperado antes que ella.

Caedra arqueó las cejas.

—¿Y eso?

Alastair suspiró pesadamente.

—El umbrano… no es un mineral natural.

—¿Cómo?

—Lo creó Saekish —explicó Alastair, entornando los ojos. Caedra, a su lado, tenía toda su atención puesta en él—. Antaño había un mineral que era altamente desagradable tanto para mí como para Djaka. Ella, que sí llegó a vivir con más dragones antes de que todos fueran consumidos por las sombras, me advertía cuando éramos pequeños de que no me acercara…

***

Alastair observaba a Djaka saltar de un montón de flores a otro, riendo mientras los pétalos revoloteaban a su alrededor. Los dos no eran más que un par de crías todavía. Djaka no había desarrollado aún su majestuosa cornamenta, y a Alastair no le habían crecido los cuernos.

El oasis que habían encontrado era más grande que de costumbre. Eso no impedía que pudiera ver los límites en la lejanía, amenazados por las temibles sombras, en cualquier dirección que mirara.

Djaka chilló y retrocedió con brusquedad.

—¿Qué ocurre? —inquirió Alastair, yendo junto a ella de inmediato, preocupado. Frotó su mejilla contra la de su compañera en un intento de tranquilizarla al ver que respiraba entrecortadamente y tenía sus ojos naranjas abiertos como platos.

—Es… —Djaka calló y frunció el ceño. Sacudió la cabeza y respiró hondo. Pegó su pequeño

cuerpo al de Alastair, tratando de reprimir sus temblores. Señaló con la pata delantera izquierda algo que había entre las flores violetas.

Alastair, curioso, inclinó el cuello para acercarse y comprobar de qué se trataba.

Parcialmente oculto por las plantas y tallos, además de algunos pétalos encima, reconoció una roca incrustada en la tierra. Era gris oscuro, con reflejos verdes. Al acercarse a olfatearla, tuvo un escalofrío y se echó hacia atrás.

¿Qué era? Parecía inofensivo, pero…

—Mis padres me advirtieron sobre esto —habló de nuevo Djaka, ahora ya más tranquila, aunque tenía la cola entre las piernas—. No recuerdo cómo se llama… Decían que es capaz de drenar la fuerza de un dragón si estamos mucho tiempo en contacto con la piedra.

Djaka se apartó, dando media vuelta. Miró por encima del hombro y comprobó que Alastair seguía observando la roca.

—Ni se te ocurra tocarla —dijo, muy seria. Su expresión era muy diferente a la alegría que solía adornar su rostro—. Mejor vamos a por algo de comer, tengo hambre…

La pequeña dragona echó a andar por la pradera. Alastair, después de un último vistazo, fue tras ella.

***

—Saekish debió de averiguarlo en algún momento —prosiguió Alastair con amargura—. Y, después de crear nosotros la esfera primaria, ella imbuyó de sombras aquel mineral, formando lo que hoy conocemos como umbrano. La combinación de aquel mineral que ya de por sí era perjudicial para nosotros, combinado con las sombras, se convirtió en algo muy peligroso.

Caedra se llevó una mano a la barbilla, pensativa.

—¿Es por eso que a ti te afecta menos que a Djaka?

Alastair asintió con la cabeza.

—Yo puedo vivir entre las sombras; tengo cierto control sobre ellas, aunque nunca al mismo nivel que Saekish. Djaka, en cambio, es vulnerable por completo. El umbrano tardaría el doble en acabar conmigo que con Djaka.

Caedra no dijo nada, reflexionando sobre lo que acababa de aprender. Supuso que era también el efecto de las sombras lo que bloqueaba los poderes.

—Siempre me he preguntado por qué sigue habiendo tanta actividad en las minas de umbrano, en la frontera entre Omilia y Anthius —habló al fin. Alastair la miró de reojo—. ¿No tiene el imperio ya umbrano más que de sobra después de tantas décadas extrayéndolo? Solo lo utilizan para retener a los presos y bloquear sus poderes. No comercian con él ni nada…

—Imagino que es una de las formas con las que Saekish está recuperando poco a poco su poder —contestó Alastair en tono seco—. Absorbe las sombras que hay en el umbrano.

Caedra arqueó las cejas.

—Pero, entonces…, ¿por qué no hemos destruido las minas de umbrano?

—Saekish lleva ya más de dos siglos nutriéndose de ello. Ignoro si merecería la pena cortarle el suministro a estas alturas.

—Estoy segura de que sí —declaró Caedra—. Mañana se lo comentaremos a los demás. De una forma u otra, el umbrano es útil para el imperio. Por tanto, de algo servirá destruir las minas. Y así, además, estaremos liberando a miles de esclavos.

Alastair frunció el ceño, pero no dijo nada.

El sol ya se había ocultado por completo y eran las estrellas las que ahora adornaban el cielo. Las olas del mar, al fondo del acantilado, chocaban con suavidad contra las paredes rocosas.

—La verdad es que ha sido una decepción lo de Faye —dijo Caedra y suspiró con tristeza—. Después de todo el esfuerzo en Anthius… A veces me cuesta creer que realmente exista la posibilidad de que algún día derrotemos al emperador, pero no quiero perder la esperanza…

—El emperador y Saekish caerán, tarde o temprano —replicó Alastair con firmeza—. Me aseguraré de ello.

Caedra ladeó la cabeza para mirarlo. Él tenía la vista clavada en el horizonte.

Estuvieron un tiempo así, en silencio. Uno de los momentos favoritos de Caedra era cuando estaba con Alastair junto a la tranquilidad del mar. Ojalá no tuvieran enemigos y pudieran simplemente relajarse y disfrutar de la vida…

Pero todavía quedaba bastante para eso.

—Será mejor que nos vayamos a dormir —dijo Caedra, dando media vuelta. El viento sopló a sus espaldas, revolviendo su pelo y las plumas de las alas.

Alastair la miró por encima del hombro, con varios mechones también cruzándose en su rostro.

Como siempre, el destino lo presionaba. Si no hubieran logrado escapar de los calabozos del castillo, tanto él como Caedra habrían estado acabados. Y ya no hubiera podido decirle lo mucho que ella significaba para él.

—Caedra.

Ella se detuvo al escucharlo. Se giró hacia él de nuevo.

—¿Sí, Alastair?

Alastair se quedó rígido bajo aquella esperanzada mirada de ojos amarillos. Por más que quisiera expresarlo, no le salían las palabras.

—Descansa —fue todo lo que dijo al final. Desvió la vista de nuevo hacia el horizonte.

Caedra esbozó una sonrisa triste. Le había dado la sensación de que iba a decirle algo más…

—Tú también, Alastair.

***

Jay se había despertado con el sonido de un trueno retumbando por toda la isla. Temiendo que los estuvieran atacando, apartó las sábanas y se levantó de la cama de un salto. Fue corriendo a mirar por la ventana, donde comprobó que todo estaba tranquilo.

El cielo estaba nublado por completo, negro, amenazando lluvia. No solía llover en Ganthia, pero parecía que ese día tendrían tormenta.

Alguien llamó a la puerta.

—¿Jay? —Era la suave voz de Ayla.

—Pasa —dijo él a la vez que se giraba.

Ayla abrió y se asomó a la habitación.

—Buenos días —dijo con una sonrisa—. ¿Puedo hablar un momento contigo?

Jay asintió con la cabeza.

—Claro.

Ayla cerró la puerta y se acercó a él. Los dos se quedaron junto a la ventana.

La chica se puso seria y respiró hondo. Juntó las manos.

—Solo quería preguntarte si estás molesto… por lo que le hice a Faye.

Jay arqueó las cejas. Ayla había bajado la vista y jugueteaba con los dedos, nerviosa, aguardando su respuesta.

—¿Por qué iba a estar molesto? —dijo él, perplejo—. Todo lo contrario. Ayla, si estamos todos vivos es gracias a ti.

Tuvo un escalofrío al pensar en que todo por lo que habían luchado, todo lo que habían vivido, había estado a punto de llegar a su fin la noche anterior. Faye los había atrapado a todos…, excepto a Ayla.

—Pero Faye era vuestra compañera… —murmuró ella, intranquila.

Había sido fácil actuar con la adrenalina del momento. Ella era la única que quedaba libre y todos sus amigos, sin excepción, dependían de ella. No había margen de error posible. Tenía que derrotar a todos los enemigos sin contenerse en sus métodos; no podía arriesgarse lo más mínimo. Tenía que sacar de ahí a sus compañeros.

Esa noche, sin embargo, había tenido tiempo para pensar en sus acciones… y se había visto asaltada por las dudas.

Jay bufó.

—No, no lo era. Nos dio la espalda y nos traicionó, Ayla —dijo, con la rabia palpable en su voz. Había tenido el siniestro deseo de estrangular a Faye con sus propias manos, de hacerle pagar que hubiera torturado de esa forma a Alastair, pero, por suerte, no haría falta. Estaba muerta—. A pesar de que no habría sido capaz de recuperar Anthius sin nosotros, a Faye le dio igual.

—Ya… —Ayla hundió los hombros—. Lo siento. Sé todo el tiempo y el esfuerzo que invertisteis en Anthius.

—No importa. —Jay respiró hondo para calmarse. Sonrió—. Lo recuperaremos. Lo importante es que estamos todos bien, gracias a ti.

La chica se sonrojó.

—M-me alegro de haber podido ayudar en algo…

—¿En algo? —repitió Jay y rio, incrédulo—. Ayla, muchos de nosotros habríamos muerto ya de nuestras heridas en varias ocasiones de no ser porque te tenemos a ti para curarnos. Ayer, además, pudiste demostrar también tu gran potencial en combate cuando te lo propones.

Ayla esbozó una pequeña sonrisa.

—Gracias, Jay.

Escucharon el ruido de pasos y voces en el pasillo.

—Supongo que los demás también se habrán despertado —dijo Jay, girando la cabeza hacia la puerta—. Tendremos que ir a desayunar y ver qué hacemos…

Ayla asintió.

—Te dejo que te cambies. Estaré en la cocina con los demás.

***

Estaban todos reunidos en la cocina. Jay y Ayla se habían sentado en un lado de la mesa, con Gavin y Valikia frente a ellos, Tarvo en un extremo y Connor en el otro. Caedra y Alastair permanecían de pie. No había ni rastro de Djaka.

Todos llevaban una pieza de umbrano para que el oráculo supremo no tuviera ninguna visión de sus planes. A Caedra le preocupaba Alastair, pero él había insistido en que podría soportarlo sin problema mientras fuera un fragmento pequeño y no excesivo tiempo. No era como Djaka, cuya piel empezaba a arder al más mínimo contacto.

—La situación en Anthius ahora mismo será delicada —empezó Tarvo, apoyando los codos en la mesa y entrelazando los dedos—. Sin nadie que los gobierne, son vulnerables y lo saben. Estos días van a ser un auténtico caos; habrá luchas internas para decidir quién los lidera ahora que Faye no está.

—Se van a fragmentar y eso solo facilitará al imperio recuperar el territorio —dijo Gavin—. Esto significa que, si el emperador es listo, aprovechará el momento y esta vez sí movilizará sus tropas.

—Es el mejor momento para que recupere Anthius —asintió Tarvo.

—¿Insinuáis que es el momento de infiltrarnos en el palacio y acabar con él? —inquirió Jay, tensando la espalda.

—No será suficiente —habló Caedra desde donde estaba, apoyada en la pared con Alastair—. El emperador sabe que intentaremos aprovechar esa oportunidad y estará preparado.

—En cualquier caso, debemos asegurarnos de que el nuevo líder de Anthius está dispuesto a enfrentarse al imperio —dijo Gavin, con el ceño fruncido—. Si lo convenciéramos de seguir avanzando hacia Omilia…

—El obstáculo ahí sería la cordillera en la que se encuentran las minas de umbrano. Es difícil de atravesar —comentó Tarvo.

La mirada de Caedra se iluminó.

—Sobre eso… Creo que deberíamos destruir las minas.

—¿Qué? —soltó Jay. No tenía el más mínimo interés en volver a aquellas montañas malditas. Solo había vivido en ellas experiencias traumáticas.

—Saekish gana poder con el umbrano —explicó Caedra—. Por lo que, destruyendo las minas, abriríamos el camino de Anthius hacia Omilia, haciendo que estén más dispuestos a colaborar, y, además, cortaríamos el suministro de umbrano al imperio.

—Es buena idea —aceptó Gavin.

—Y también liberaríamos a los esclavos —añadió Caedra—. Estoy segura de que muchos de ellos se unirían a nosotros.

—A mí también me parece bien —asintió Tarvo. Miró a sus compañeros—. ¿Estamos todos de acuerdo?

Jay gruñó al ver que todos daban su aprobación. Él se cruzó de brazos y se quedó en silencio. Ese lugar solo le traía recuerdos terribles que preferiría olvidar… Intercambió una mirada con Alastair. El hombre había tensado la mandíbula.

—Bien —prosiguió Tarvo—. Lo mejor será que nos dividamos para cubrir los distintos objetivos. Y yo había pensado en algo más.

—¿Qué? —inquirió Jay, inclinándose hacia delante, curioso. Con un poco de suerte no tendría que ir a las minas.

—Si conseguimos de nuevo el apoyo de Anthius y avanzamos hacia Omilia, es el momento también de ir creando tensión dentro del propio Gaelar. Aunque una gran parte de la población sigue con ciega adoración al emperador como a un dios, según Makus y Silvary ya cada vez son más los que están descontentos —explicó Tarvo.

—Es normal —asintió Gavin—. El emperador lleva años conquistando territorios sin parar, obligando a la gente a alistarse en el ejército. Los cultivos se quedan desatendidos, hay hambre y el emperador no hace nada para remediarlo, pues las ganancias que obtiene con sus conquistas se las queda todas él.

—Aplacó un poco a la población con la renovación de Luminaria —prosiguió Tarvo—. Pensaron que, después de la capital, el resto de las ciudades de Gaelar recibirían el mismo trato. Pero no fue así.

—Y, además, cuentan que lleva a grupos de jóvenes a su palacio y ya nunca se sabe nada más de ellos, ¿no? —señaló Connor, decidiendo intervenir. Tarvo le había hablado de ello en alguna ocasión.

—Sí. Son las «cosechas» del emperador que hace Saekish a través de él. Arrebata la vida a otros para mantenerse joven y ganar poder —explicó Jay, a quien Alastair se lo había contado tiempo atrás —. Es por eso que los dos emperadores anteriores tuvieron vidas tan longevas.

—En ese caso, hay que ir trabajando ya también en Gaelar —dijo Gavin, decidido—. Tenemos que ir corriendo la voz de que el príncipe Althalos sigue vivo, con el mismo poder de mantener las sombras alejadas de Gaelar, y que él se enfrentará al emperador y cambiará todo. Que es gracias a él que Anthius ha sido liberado…

—Eso serviría para ganarnos a los que todavía se muestran reticentes por el miedo a que las sombras consuman de nuevo toda la tierra si el emperador es asesinado —habló Tarvo, que se llevó una mano a la barbilla, pensativo—. Solo quedaría ver cómo nos dividimos.

—A ver, a ver —dijo Valikia, alzando las palmas de las manos—. Que yo me pierdo…

—Ya imaginaba que no serías capaz de procesar todo tan rápido, arpía —se mofó Gavin, mirándola con una sonrisa pícara.

Se ganó un puñetazo en el hombro.

—A ver si dices eso la próxima vez que tenga que salvar tu bonito culo en el campo de batalla —replicó ella, y a Jay se le escapó una carcajada. Gavin calló, sonrojado—. Como iba diciendo… Entonces, ¿qué es todo lo que tenemos que hacer?

—Ir a Anthius a conocer al nuevo rey o reina y convencerle de que debe ayudarnos si no quiere

acabar sometido otra vez al imperio. Destruir las minas de umbrano para facilitar el avance. Posteriormente, avanzar hacia Omilia. Y, a la vez, hacer que germine también en Gaelar la semilla de una rebelión —enumeró Tarvo con lentitud y sencillez.

—Vale, eso está mejor —asintió Valikia, satisfecha, recostándose en su asiento.

—Solo queda decidir cómo nos dividimos —dijo Gavin, entornando los ojos—. Supongo que el que mejor llevará las relaciones diplomáticas con el nuevo líder de Anthius seré yo. —Al fin y al cabo, había recibido la educación para ello.

Tarvo asintió, de acuerdo.

—Yo voy con él, soy su guardaespaldas —anunció Valikia, inflando el pecho con orgullo.

Gavin puso los ojos en blanco.

—Pues ya puedes mantener la boca cerrada en las audiencias, arpía.

—Oye, ¿qué insinúas, principito de pacotilla?

Connor se llevó una mano a la cara. Caedra sonrió, divertida, pues era una de las primeras veces que veía sus discusiones. Y Jay rio para sus adentros al imaginar a Valikia intentando llevar una conversación diplomática con su, en ocasiones, desafortunada sinceridad.

—Connor y yo podríamos infiltrarnos en Gaelar —prosiguió Tarvo y Connor lo miró con las cejas arqueadas—. Pasaríamos desapercibidos. Y contaríamos con la ayuda de Makus y Silvary para ir organizando la rebelión.

—En ese caso, los demás nos encargaremos de las minas de umbrano —concluyó Caedra.

—¿Qué? —saltó Jay y se puso en pie. El ruido de la silla arrastrándose por el suelo chirrió en los oídos de todos—. No quiero tener que volver allí. Ese lugar es…

Miró a Caedra y calló, pues no quería decir todo lo que sentía delante de sus compañeros. La zeafírea, sin embargo, lo entendió.

A Alastair tampoco le agradaba la idea de volver al sitio en el que Caedra había muerto en el pasado que había cambiado. Entornó los ojos.

—Considero la idea demasiado arriesgada.

Caedra giró la cabeza para mirarlo con indignación. ¡Si lo habían hablado el día anterior y no se había opuesto!

Supuso que Alastair había tenido la esperanza de que fuera otro grupo el encargado de la destrucción de las minas. Pero la distribución que habían hecho era la mejor.

—Esas minas tienen que caer —declaró Caedra con firmeza, alzando la barbilla—. Y yo me encargaré de ello.

Aunque entendía la reticencia de Jay y Alastair, no iba a pasarse el resto de su vida sin volver a esas montañas. Podían atacarlos allí o en cualquier otro lugar.

—Está bien, está bien —aceptó Jay a regañadientes. Había intentado pensar en alguna alternativa al reparto realizado, pero no se le ocurría ninguna.

El más preparado para negociar con el nuevo rey de Anthius era Gavin, al que acompañaría Valikia. Por otra parte, Jay sabía que era demasiado arriesgado que él fuera a Gaelar ahora. Caedra tampoco pasaría desapercibida allí al ser una zeafírea. Y no llevarían a Ayla tan al

alcance del oráculo supremo. Eso dejaba a Tarvo y Connor como los mejores candidatos para desplazarse por Gaelar. Por lo tanto, solo quedaban ellos para ir a las minas.

Alastair gruñó y se marchó sin decir nada.

—Creo que se lo ha tomado bien —ironizó Gavin.

Caedra suspiró pesadamente y fue tras él.

—Descansaremos el resto del día de hoy y todos partiremos mañana —decidió Tarvo, poniéndose en pie. Los demás lo imitaron. Miró a Gavin—. Vamos a hablar con el maestro Shidan para ver si hay algún torrogal dispuesto a ir con vosotros a Anthius y ejercer mayor presión diplomática.

***

Caedra voló para alcanzar a Alastair, que se movía con rapidez. Aterrizó detrás de él y lo agarró del brazo.

—Alastair, espera —le pidió ella, y él se detuvo, pero no la miró—. No tienes por qué acompañarnos a las minas de umbrano si no quieres…

Al fin y al cabo, él era vulnerable al mineral.

—¿Te crees que ese es mi problema? —espetó él con frialdad. Se zafó de su mano y siguió andando.

Caedra frunció el ceño. Lo siguió.

—Alastair, da igual que sean las montañas donde ocurrió… eso. ¡No tiene por qué volver a ocurrir solo por ser el mismo lugar!

Él la ignoró. Pasaban ya por el túnel para salir del volcán. Su mente rebobinaba una y otra vez la secuencia de Loure atravesando a Caedra con su lanza. ¿Cómo iba a ser capaz de regresar a aquel sitio?

—Es importante que destruyamos esas minas —insistió Caedra.

Un trueno retumbó cuando salieron de nuevo al exterior, a la aldea torrogal. Caedra hizo una mueca.

—Alastair, deberíamos volver. Va a empezar a llover en cualquier momento.

—Vuelve tú si lo deseas —replicó él, sin detenerse.

Caedra aceleró el paso para situarse a su lado y mirarlo.

—Por favor, no te enfades. Nos pueden atacar en cualquier sitio, ya lo sabes. Y yo… podría morir en cualquier parte. Lo que tenga que suceder, sucederá. Que vayamos a esas montañas no aumenta la probabilidad de nada. No es distinto a otro lugar… No podemos permitir que el miedo nos derrote antes de tiempo. Alastair, tenemos que ir —pidió, a la vez firme y suplicante.

Alastair tensó la mandíbula. Caedra se quedó rígida cuando clavó en ella sus ojos de hielo, que brillaban con la intensidad de algo que no supo descifrar.

—Caedra, te acompañaré allá donde vayas. Tan solo no esperes que me alegre de hacerlo.

Y el hombre desapareció en un cúmulo de sombras. Caedra se detuvo y contuvo un grito, frustrada. Odiaba que hiciera eso.

***

Alastair observó a Caedra marcharse, oculto entre los árboles. Aunque no fue en dirección al volcán, sino a la playa. Supuso que trataría de buscarlo, no lo encontraría y, con un poco de suerte, se daría por vencida antes de que empezara la tormenta y regresaría a la casa del maestro Shidan, con los demás.

—Eso no ha sido muy bonito por tu parte —comentó una aterciopelada voz a sus espaldas.

Alastair arqueó una ceja y se dio la vuelta. Djaka lo observaba con los brazos cruzados.

—Habría acabado diciendo algo de lo que me arrepentiría de haber seguido discutiendo —replicó él.

Djaka bufó.

—Y en vez de eso has dejado a Caedra con la palabra en la boca, preocupada porque está convencida de que te has enfadado con ella.

—No estoy enfadado.

—¿No? —dijo Djaka con sarcasmo—. ¿Y por qué te has ido?

Alastair apartó la mirada y gruñó.

—Qué bonito —prosiguió Djaka, divertida—. Tienes miedo. Pero sabes que Caedra tiene razón. El destino va a ser igual de caprichoso aquí que en esas montañas, Alastair. Seguirá intentando arrebatártela de la misma manera en un sitio que en otro.

Alastair apretó los dientes.

—Lo sé.

—Pues ve a hablar con ella y discúlpate.

Alastair entornó los ojos.

—Tú también tienes interés en que destruyamos las minas de umbrano.

Djaka resopló.

—Naturalmente. Cuanto menos umbrano haya en el mundo, mejor para mí. Y para ti también. Y así Saekish no podrá seguir fortaleciéndose por el momento. Además —Djaka puso los brazos en jarras—, necesitáis abrir el paso hacia Omilia si queréis que los estúpidos mortales de Anthius os ayuden. El fin es llegar hasta el emperador y Saekish, así que no soy la única beneficiada. Simplemente… me conviene.

Alastair no dijo nada. Le dio la espalda y clavó los ojos en el cielo. Una gota cayó en su frente.

—Ugh. No soporto mojarme —protestó Djaka, sacudiendo la cabeza—. Tú haz lo que quieras, pero yo voy a ponerme a cubierto, aunque tenga que juntarme con esos mortales…

Alastair la dejó ir sumido en sus pensamientos.

***

—¡Qué fantástico día de descanso! —exclamó Valikia con sarcasmo, mirando por la ventana del salón cómo la lluvia caía con fuerza en el exterior—. Está claro que el destino no quiere que disfrute de mis vacaciones.

—Yo hoy pensaba tomar el sol y eso ya no será posible —protestó Djaka, aburrida.

Encima aquel lugar era tan soso… No había más que una chimenea, que habían encendido, y

unos cuantos jarrones. ¿Acaso los torrogal no sabían lo que era la decoración?

Clavó sus ojos naranjas en Ayla, que se tensó al notar su mirada.

—Ayla, mi mortal querida —ronroneó Djaka, acercándose a ella y enrollando un largo mechón de pelo rubio de la chica en su dedo índice—. Creo que es buen momento para que retomemos nuestro entrenamiento. Podemos trabajar en interiores y no hay nada más que hacer, así que…

Jay rio al ver el ceño fruncido de Ayla. No era capaz de ocultar su disgusto. Al igual que sus mejillas rojas por el gesto de la mujer.

—Está bien —aceptó ella, resignada, y se fue a su habitación con Djaka tras ella.

Al menos, ellas aprovecharían el tiempo.

—¿Alguien quiere un poco de té? —ofreció el maestro Shidan, saliendo de la cocina con varias tazas que echaban vapor.

Tarvo sonrió.

—Gracias, Shidan.

Habían conseguido hablar con él, localizándolo en la aldea, mientras las primeras gotas empezaban a caer. Apenas habían terminado de acordar que ocho torrogal acompañarían a Gavin y a Valikia en su misión diplomática cuando la tormenta estalló sin piedad sobre la isla.

—Es un evento extraño, esta tormenta —comentó Shidan mientras repartía las tazas—. Espero que no dure mucho, o habrá inundaciones.

Jay frunció el ceño. Se acercó a la ventana para mirar él también a través del cristal. Valikia se echó a un lado para dejarle hueco.

—Cai está tardando en volver, ¿no? —murmuró Valikia, preocupada.

—Sí, pero tranquila —dijo Jay, poniendo una mano en su hombro—. Estará con Alastair.

O, al menos, eso esperaba. Los había visto marcharse juntos a los dos.

—Este té es mucho mejor que el de la Tierra —comentó Connor tras darle un sorbo—. Cuando vuelva tendré que llevarme varias bolsas.

Tarvo rio.

—Bueno, podrás visitarnos siempre que quieras. Yo, por mi parte, tengo ganas de que todo esto acabe para explorar un poco la Tierra. Solo he estado una vez y no fueron más que unos días.

—Tengo un montón de sitios que enseñarte —dijo Connor, animado ante la idea—. Te va a encantar.

Jay los miró por encima del hombro, divertido.

—Recuerda que el primer sitio al que habría que llevarlo es a probar la pizza. A Cai y a Ayla les gustó mucho.

—Oye, oye, yo también quiero probar eso —protestó Valikia—. Has hablado tantas veces de la pizza que ya tengo curiosidad.

—A mí tampoco me importaría probarlo, aunque no sea té —añadió Shidan.

Jay soltó una pequeña carcajada.

—Bueno, bueno, que nadie se preocupe, habrá pizza para todos. Será nuestra celebración una

vez el emperador y el oráculo supremo hayan mordido el polvo.

—Estoy impaciente —dijo Connor con una sonrisa.

—Es un buen premio —bromeó Tarvo.

—Exacto. Nuestra merecida recompensa —declaró Jay dramáticamente, asintiendo para sí con la cabeza.

Todos menos Gavin rieron. Gavin se mantenía en silencio, con la espalda apoyada en la pared y los brazos cruzados, pensativo.

Esa tormenta tan repentina era extraña…

Capítulo 25: Tormenta

La lluvia tronaba en el exterior. Se habían refugiado en esa cueva, de techo bajo y estrecha, en el último momento. Hacía mucho frío y tiritaba, aferrándose desesperadamente a su hermano, que la había cubierto con las alas en un intento de darle calor.

—¿S-siguen ahí los volpires? —preguntó, asustada.

Loure bajó la vista para mirarla y sonrió.

—No, Caedra, tranquila. Los espanté antes.

La pequeña Caedra frunció el ceño, no muy convencida, pero decidió que confiaría en él. Loure siempre hacía todo bien, así que sería cierto. Había pasado mucho miedo con aquellos monstruosos animales tan feroces.

—Y si… ¿Y si vuelven…? —preguntó con un hilo de voz.

—Los ahuyentaré de nuevo. Yo te protegeré, no te preocupes.

—¿Siempre? —quiso saber, temerosa.

—Siempre. Siempre estaré a tu lado para que no te pase nada. —Loure acarició con suavidad su cabeza y ella sonrió—. Ahora intenta descansar. Yo vigilaré.

Caedra se relajó, acurrucándose y bostezando. Clavó sus grandes ojos amarillos en la cortina de agua que caía por la entrada de la cueva, separándolos del exterior…

***

Los días de lluvia solían recordarle a Loure. No sabía por qué. Supuso que era por el sentimiento de nostalgia que evocaban.

La tormenta la había sorprendido en el acantilado, el último rincón en el que había buscado a Alastair, sin éxito. Había acabado calada en muy poco tiempo, pero no se había movido.

Se mantenía de pie en el borde, sumida en sus recuerdos. El mar lanzaba con violencia las olas contra la orilla y las paredes rocosas, salpicando todavía más agua.

Loure ya no estaba. Tenía que asumirlo. Solo de pensar en el oráculo supremo profanando su cadáver para utilizarlo de aquella manera le revolvía el estómago.

¿Cómo se atrevía Leveann a deshonrar así la memoria de Loure? Loure, quien siempre había tenido una sonrisa cálida, radiante, preocupado por los demás, cuidando de ella…

Ahora intentaba matarla. Pero no era él realmente.

El oráculo supremo había conseguido su propósito de desestabilizarla en su primer encuentro con él. En el segundo, había intentado hacerle recordar hablando con él… Él casi consiguió asesinarla.

Ahora ya sabía que era inútil tratar de conversar y que era imposible que Loure volviera; su cuerpo no era más que una marioneta vacía. En sus siguientes enfrentamientos había sido capaz de luchar contra él viéndolo como un asesino completamente extraño a ella.

Estaba decidida a acabar con él la próxima vez que lo viera. Le dolía más saber que el cuerpo de Loure estaba siendo utilizado para el mal que la idea de tener que presenciar su muerte de nuevo. Sería duro, pero lo haría, por él. No se merecía el ultraje al que lo habían sometido al servicio del emperador.

Echó la cabeza hacia atrás y apretó los ojos, dejando que las gotas de agua se clavaran en su piel.

Puso los músculos en tensión y levantó los párpados, alerta. No se movió, pero se centró en escuchar más allá de la ensordecedora tormenta…

No estaba sola.

***

Jay miraba por la ventana, inquieto. Ya había pasado un buen rato y no había ni rastro de Caedra. Supuso que seguiría con Alastair.

Su rostro se iluminó intensamente con la luz de un poyente rayo que descendió con brusquedad sobre la isla. Cayó al otro lado del volcán y hubo una explosión.

—¡Ha caído en la aldea! —exclamó Shidan, alarmado. Dejó caer la taza de té al suelo y salió corriendo sin dudarlo.

—¿Qué…? —balbuceó Valikia, perpleja, observando los restos de porcelana.

Hubo otro rayo casi en el mismo punto. Y otro más. Este último en el bosque de bambú.

Valikia se puso en pie, con el corazón latiendo a mil por hora.

—Esto no es normal.

—No lo es —afirmó Gavin, muy serio. Sus sospechas eran ciertas—. ¡Nos están atacando!

—¡Todos fuera! —bramó Tarvo.

Jay tensó los músculos. Mientras sus compañeros salían a toda prisa, él fue corriendo por el pasillo.

Abrió con brusquedad la puerta de la habitación de Ayla. Djaka y Ayla se giraron para mirarlo.

—¿Qué clase de modales son esos, mortal…? —empezó a protestar Djaka, indignada.

Pero Jay la interrumpió con urgencia:

—¡Hay que salir! ¡Nos están atacando!

Djaka decidió dejar las preguntas para más tarde. Agarró a Ayla de la muñeca y las dos fueron corriendo detrás de Jay.

Apenas habían salido de la casa, al jardín donde los esperaban los demás, cuando un rayo impactó en la edificación. La explosión hizo que los tres salieran disparados.

Jay cayó al suelo con un quejido. Gavin se acercó a ayudarlo.

—¡Ayla! —la llamó Jay en cuanto se puso en pie, consternado.

Contuvo un suspiro de alivio al divisarla relativamente intacta, solo con algún corte por los trozos de piedra. Djaka estaba a su lado.

—¿Se puede saber qué está pasando? —inquirió Connor, asustado.

Estaban todos calados hasta los huesos. Las gotas de agua se clavaban en la piel como

dolorosas agujas. La visibilidad era muy reducida y tenían que alzar la voz para oírse.

—No lo sé —contestó Jay, crispando el rostro.

Otro rayo cayó en la distancia.

—¡Es Denkuro! —exclamó Valikia, convencida.

Eso explicaba la electricidad, pero…

—¿Y qué hay de la tormenta? —cuestionó Jay.

—¡Debe de ser Ridre, el aquitón que el oráculo supremo llevaba unos meses entrenando antes de irme! —dijo Gavin, con una mano encima de los ojos en un intento de protegerlos del agua—. Los más poderosos tienen el poder de invocar este tipo de tormentas.

Jay se acordó de Darmacus, su amigo aquitón del otro mundo, Titaia. Ojalá hubiera estado ahí para ayudarlos…

Su corazón se aceleró al darse cuenta de que Caedra no estaba con ellos. Seguía perdida en algún punto de la isla. ¿Y si no estaba con Alastair? ¿Y si la habían atacado?

Luchó por controlar su miedo y respiró hondo. Lo lógico sería que estuviera con Alastair y que no tuviera de qué preocuparse… Pero no estaría tranquilo hasta que se asegurara.

—¿Y qué hacemos? —preguntó Valikia—. ¡Tenemos que detenerlos!

Sabía que su hermano necesitaría un tiempo de recarga tras invocar tantos rayos seguidos, pero no sería más de unos minutos.

Gavin frunció el ceño.

—¿Podrás encargarte de Denkuro?

No se sentía cómodo mandando a Valikia sola contra Denkuro, pero era la única que lo alcanzaría en el aire…

—Claro —asintió Valikia con decisión, extendiendo las alas y desenganchando la lanza de su cinto—. Yo me encargo.

Gavin se percató de algo. Giró la cabeza hacia a Ayla, que se había desplazado para quedarse junto a Jay.

—Ayla, ¿podrías ir con Valikia?

Así, al menos, no estaría sola. Y, por lo que había visto cuando los había rescatado del calabozo, Ayla era bastante hábil.

La chica miró a Jay con las cejas muy juntas, temerosa.

—Adelante —la animó Jay, poniendo las manos en sus hombros—. Demostradle a Denkuro que no puede venir a Ganthia así como así e irse de rositas. Dadle una paliza de mi parte.

Ayla respiró hondo y asintió con la cabeza. Valikia esperó a que la chica también hubiera extendido las alas y las dos alzaron el vuelo.

—Connor y yo nos encargaremos de proteger la aldea —decidió Tarvo—. Encargaos de evacuar a los denu del bosque de bambú y traedlos también a la aldea para que podamos concentrar nuestro esfuerzo.

Se refería a Gavin y a Jay, los dos que quedaban, pues nadie se atrevía a dar órdenes a Djaka.

La mujer se envolvió en un brillo blanco y se transformó en dragón, despegando al instante. Ninguno tenía ni la más mínima idea de a dónde se dirigía.

***

Jay corría por delante de Gavin, desesperado por llegar cuanto antes al refugio de los denu. Quería evacuarlos rápido para ir a buscar a Caedra. Todavía no la había visto por ninguna parte. Era una espina clavada en su corazón que no se desprendería hasta que la localizara sana y salva.

Gavin le seguía el ritmo.

—¡Ten cuidado si nos topamos con el aquitón! —le iba advirtiendo Gavin, jadeando por el esfuerzo de la carrera y tener que ir hablando a la vez—. ¡Puede convertirse en agua!

Jay no entendió muy bien esto último, pero no le dio importancia. Se movían ya entre los altos y gruesos tallos de bambú. Había varios caídos en el suelo, chamuscados.

Empezaron a escuchar gritos por encima del ruido de la tormenta. Jay aceleró.

Llegaron al claro donde los denu habían construido sus chozas. No quedaba ni una en pie; todas habían sido reducidas a montones de barro y paja. A Jay se le revolvió el estómago al reconocer varios cadáveres de denu entre los restos. Pero tenía que reaccionar; todavía quedaban algunos con vida.

Retrocedían del enemigo que los perseguía. Habían sido acorralados contra una pared rocosa.

Unas raíces espinosas brotaron del suelo, dirigiéndose hacia los denu con rapidez. Uno de ellos alzó el brazo, tratando de detenerlas, aunque sabía que era inútil. Su atacante, fuera quien fuera, tenía un control mucho mayor del elemento.

Gavin los salvó de ser atravesados interponiéndose y rotando en el aire con su espada iluminada por llamas azules. Estas se apagaron enseguida por la lluvia, pero fueron suficientes para ayudar a la hoja metálica a cercenar limpiamente todas las raíces.

Jay buscó con la mirada al responsable. Se le cortó la respiración al divisar a una chica denu en lo alto de una roca, moviendo los brazos, ya lista para la siguiente oleada de raíces.

Había crecido desde la última vez que la había visto, pero seguía igual en muchos aspectos. Todavía llevaba el pelo recogido en una gruesa trenza por encima del hombro… Ahora, sin embargo, llevaba una túnica y pantalones del color del imperio: rojo.

—Su-Nev… —pronunció Jay su nombre, desconcertado. Era como ver un espectro.

¿No había ayudado a Ayla a escapar del palacio? Se había sacrificado para que ella huyera…

Y entonces, como si lo hubiera escuchado, ella giró la cabeza, clavando sus oscuros ojos en él.

Jay tuvo un escalofrío. Era una mirada vacía, carente de emoción…

Lo comprendió todo.

El oráculo supremo había hecho lo mismo con Su-Nev que con Loure. La había matado… y la había traído de vuelta como un títere completamente a su servicio.

Le daban ganas de gritar. ¿Cómo podía ser tan cruel Leveann? ¿Acaso todo le daba igual? ¿Carecía de emociones? ¿Compasión? Todo valía para él en la guerra…

Se tragó la bilis que subía por su garganta. No había tiempo para venirse abajo. Por muy duro que hubiera sido el golpe.

—Lo siento, Su-Nev —murmuró Jay, como si fuera ella la receptora de sus palabras, aunque lo que tenía delante de él no era más que un cuerpo vacío manejado por los hilos de una ambición sin límites—. Pero sé que no eres tú. Por lo que no me voy a detener.

Apretó los puños. Los envolvió en fuego blanco, vaporizando el agua a su alrededor y abrasando la piel en sus manos. Gritó y mandó una llamarada contra la denu, su antigua amiga, obligándola a parar su ataque para esquivarlo.

Gavin arqueó las cejas al comprobar que aquel fuego ardía incluso bajo la lluvia.

Su-Nev saltaba entre los árboles con sorprendente rapidez. La última vez que Jay la había visto solo había sido la denu más prometedora de su aldea. Ahora era una asesina letal.

Disparó una lluvia de agujas venenosas contra él. Jay rotó sobre su propio eje y se envolvió en un escudo de fuego blanco que las desintegró todas.

Su-Nev aterrizó en el suelo, solo para ser forzada a moverse de nuevo de un salto para esquivar el filo de la espada de Gavin. Giró en el aire y estiró el brazo.

Jay notó temblar la tierra a sus pies y se echó a un lado. Al instante siguiente de ahí brotaron gruesas raíces que fueron a por él.

Cerró los ojos y se concentró. Apareció envuelto en sombras detrás de Su-Nev. Pero ella, sorprendentemente, se había adelantado a su movimiento. Jay tuvo que frenar con un muro de hielo una ola de barro.

Las ramas de los árboles descendieron sobre él. Jay las cortó con su espada. Su-Nev tuvo que dejar de atosigarlo cuando Gavin se acercó a ella de nuevo. No había mucho que Gavin pudiera hacer bajo la tormenta con su fuego azul, pero nada le impedía demostrar su gran agilidad y destreza con la espada.

Su-Nev saltó sobre una raíz que hizo brotar y se elevó alto en el aire. Alzó los brazos y las afiladas hojas de los tallos de bambú salieron disparadas hacia ella, girando a su alrededor y creando una esfera.

—¡Cuidado! —gritó Jay, materializándose desde las sombras delante de Gavin y levantando otro muro de hielo. Las hojas cortantes se estrellaron en él con la suficiente fuerza para hacerlo añicos.

Su-Nev estampó el pie en el suelo y el temblor que se extendió por el lugar desestabilizó a Jay. Gavin se interpuso esta vez para cortar con su espada la siguiente oleada de raíces.

—¡Llévate a los denu! —le dijo Jay a Gavin, alzando la voz para que lo oyera con claridad—. Yo me encargo de ella.

Al fin y al cabo, cuanto más tiempo permanecieran ahí los denu, agazapados contra la pared de roca, más probabilidades había de que acabaran sufriendo algún daño o, peor, acabaran como sus compañeros, asesinados.

Gavin asintió y se separó de él. Jay vio por el rabillo del ojo cómo empezaba a animar a los denu a moverse. Su-Nev también se dio cuenta de ello.

Jay aniquiló las raíces con fuego blanco. Apareció delante de ella con la espada preparada.

—¡Tu pelea es conmigo, Su-Nev! —exclamó mientras deslizaba la hoja de metal en diagonal.

Su-Nev saltó hacia atrás con una elegante pirueta. Movió los dedos y el barro se elevó,

empezando a girar alrededor de Jay. Este no esperó a ver las intenciones de la denu y desapareció en un cúmulo de sombras, materializándose a una distancia prudente.

La denu disparó proyectiles de piedra esta vez. Jay fue golpeado por unos cuantos y gruñó, cayendo al suelo.

Desapareció envuelto en sombras justo antes de ser atravesado por afiladas raíces espinosas. Reapareció solo unos metros a la derecha, jadeando. Estaba gastando su energía demasiado rápido.

Su-Nev ya iba hacia él con afiladas hojas de bambú rodeándola. Jay disparó varias bolas de fuego blanco, desintegrándolas, y consiguió que una de ellas impactara en su abdomen.

La denu salió despedida hacia atrás con una estela de humo. Cayó al suelo sin emitir quejido alguno, reafirmando las sospechas de Jay. El chico no iba a darle tiempo de recuperarse; congeló las gotas de agua de la lluvia y las convirtió en estacas de hielo.

Su-Nev alzó un muro de barro por encima de ella que solidificó en el último momento. Pero Jay ya había preparado una nueva oleada de proyectiles que disparó por el hueco que había quedado abierto en la defensa de la denu.

Los carámbanos se hundieron en su costado. La sangre brotó con rapidez.

Su-Nev se incorporó, llevándose una mano al lugar afectado; su rostro era un lienzo en blanco. Estaba demasiado herida para continuar.

Estampó el pie en el suelo y una masa de raíces se elevó, reptando con rapidez hacia Jay. Este envolvió su espada en fuego blanco, haciendo que el metal se derritiera un poco, y empezó a cortarlas una tras otra.

Para cuando terminó, se dio cuenta de que la denu había huido. Normalmente habría tratado de alcanzarla al estar en territorio aliado, pero sería muy complicado divisarla con la lluvia y, sobre todo, estaba preocupado por Caedra.

Envainó la espada y salió corriendo, dispuesto a dar con ella.

***

Tarvo y Connor se encontraron el caos al llegar a la aldea. Divisaron en el extremo oeste al maestro Shidan junto a un grupo de guerreros torrogal, luchando, extrañamente, contra otro de su especie.

Pero los torrogal y los humanos que acogían refugiados seguían corriendo de un lado a otro, indicando que había otro atacante.

—¡Ahí! —señaló Connor, y Tarvo miró en esa dirección.

Localizó a un aquitón vestido con la armadura imperial que se deslizaba con rapidez sobre la fina capa de agua que ya se estaba acumulando en el suelo. Atravesaba el cuerpo de cada persona que se cruzaba con su tridente, sin detenerse, mientras destruía casa tras casa con olas de agua.

Era Ridre, sobre quien Gavin les había advertido.

—Tenemos que pararlo —bramó Tarvo y se lanzó a la acción.

Estampó el puño en el suelo y una grieta se abrió, dirigiéndose hacia donde había calculado que iba a pasar el aquitón. Lo desestabilizó lo suficiente como para forzarlo a detener su marcha. Ridre los encaró.

—Vaya, ya estaba echando de menos algo de resistencia —ronroneó Ridre, con una sonrisa cargada de malicia bailando en sus labios.

—¿Qué haces de parte del emperador? —exigió saber Tarvo, extrañado.

—Yo sirvo al oráculo supremo —lo corrigió Ridre, pero no iba a darle más conversación.

El aquitón se lanzó a la carga, con sus brazos extendidos detrás de él y acumulando toda el agua que había a su paso. Connor dio puñetazos al aire, mandando violentas ráfagas contra él, pero su enemigo logró esquivarlas todas.

Tarvo desenvainó su espada y frenó el golpe de su tridente. Ridre rio con alegría, como si solo estuvieran jugando.

—Buenos reflejos —lo felicitó antes de que tanto su arma como él se disolvieran en agua que cayó con un chapoteo al suelo.

Connor miró a Tarvo, horrorizado y confuso.

—¡Aparta! —ordenó Tarvo con urgencia, abriendo los ojos como platos al ver que se materializaba de nuevo detrás de su amigo, listo para atravesarlo con el tridente.

Tarvo estampó el pie en el suelo y una losa de piedra se interpuso entre la espalda de Connor y el arma de su contrincante.

Connor se dio la vuelta, con el corazón latiendo a mil por hora por lo cerca que había estado de no contarlo, y alzó los brazos, moviéndolos en círculo. Atrapó a Ridre en su poderosa ráfaga y lo lanzó hacia atrás, pero este dio una voltereta en el aire a la vez que una lluvia de carámbanos se dirigía hacia ellos desde el extremo opuesto.

Connor desvió su viento para que repeliera los trozos de hielo. Tarvo, mientras tanto, disparaba proyectiles de tierra hacia Ridre, que se deslizaba por la superficie de barro y agua con demasiada rapidez.

—¡Esto ya se parece más a la diversión que yo buscaba aquí! —rio el aquitón a la vez que se agachaba para esquivar un cuchillo.

Connor ya preparaba el siguiente, pero era imposible dar en el blanco.

Gritó al ser golpeado por una ola de agua que lo lanzó al suelo. Tarvo aterrizó delante de él y levantó el barro para solidificarlo y crear una barrera en la que se clavaron los carámbanos de hielo. Lo partió en trozos y lo envió contra su enemigo.

Ridre los rodeó para quedar detrás de ellos. Era demasiado rápido estando en su elemento y ellos combatían en una seria desventaja. Era difícil hasta mantener los ojos abiertos con toda el agua de aquella tormenta.

Se escuchó un rayo en la distancia a la vez que Ridre se disolvió. Tarvo puso su espada delante del pecho de Connor, frenando el tridente.

—Tus reflejos no dejan de impresionarme —comentó el aquitón, pero ese segundo de distracción le salió caro.

Connor impactó la palma de la mano en el pecho de su enemigo. Este salió disparado hacia atrás con violencia, propulsado por la corriente de aire. Sin detenerse, Connor lanzó tres cuchillos con su otra mano. Ridre tuvo que cruzar los brazos delante de él para protegerse, recibiendo en ellos las tres hojas de metal.

Dio una voltereta en el aire y cayó al suelo de pie, deslizándose unos metros hacia atrás. Gruñó, dolorido.

Se preparó para su siguiente ataque, pero tuvo que esquivar la columna de lava que brotó donde él había estado un segundo antes. El maestro Shidan ya avanzaba también hacia él. Ridre buscó con la vista a su compañero; el torrogal enemigo había sido derrotado y ya lo rodeaban, listos para ejecutarlo.

El aquitón se disolvió. Reapareció junto a su aliado y lo cogió en brazos, desapareciendo en un abrir y cerrar de ojos deslizándose por el agua.

Connor soltó un profundo suspiro de alivio.

—Espero no tener que enfrentarme a él nunca más. Al menos, no en medio de una tormenta.

Tarvo resopló.

—No cuentes con ello —dijo, y le dio una palmada en la espalda—. Bien hecho, Connor.

Connor sonrió, agradeciendo que la lluvia ocultara su sonrojo.

—Gracias, aunque me has tenido que salvar el culo en varias ocasiones…

Tarvo rio.

—Bueno, para eso estoy. —Se puso serio de nuevo y miró por encima del hombro, frunciendo el ceño—. Espero que los demás estén bien.

Gavin apareció en ese momento en la aldea, con una hilera de denu detrás de él.

***

Valikia apretó los dientes al localizar a Denkuro, con chispas ya formándose en sus dedos para invocar su próximo rayo.

Era peligroso utilizar la electricidad en medio de la tormenta a no ser que se tuviera un control total de ella. Los zeafíreos que lo conseguían podían descargar fulminantes rayos que extraían de las nubes.

Valikia poseía esta habilidad, y no vaciló a la hora de utilizarla.

—¡Hola, hermanito! —lo saludó con falsa alegría a la vez que alzaba su lanza, con la cuchilla envuelta en electricidad, al cielo.

La bajó con brusquedad y un rayo descendió de las nubes negras sobre Denkuro. Este se desplazó con rapidez hacia delante, esquivándolo. Los árboles en los que impactó el rayo se astillaron y carbonizaron.

—Valikia, márchate de aquí si no quieres que te haga daño —vociferó Denkuro. Era la misma advertencia que le hacía siempre que se cruzaban.

Ayla movió el agua alrededor de su enemigo para intentar atraparlo, pero él se dio cuenta de sus intenciones. Cargó el arco con rapidez y disparó una flecha hacia ella, forzándola a moverse y rompiendo su concentración.

—¡Voy a ser yo la que te haga daño a ti! —replicó Valikia con fiereza, cayendo en picado sobre él con su lanza por delante.

Denkuro la frenó con una nueva arma, una espada, más útil para combates cuerpo a cuerpo. Valikia apretó los dientes al ver esto.

—Espero que hayas practicado lo suficiente —gruñó, retrocediendo solo para deslizar su lanza por el aire.

El choque metálico de las cuchillas resonó con fuerza. Ayla, mientras tanto, se había desplazado detrás de Denkuro. Disparó una bola de agua que lo golpeó en la espalda y él apretó los dientes, molesto al ser desestabilizado. Consiguió repeler a Valikia con una patada en el abdomen y batió las alas, ganando altura mientras cambiaba de arma.

Ayla fue tras él, acumulando agua para su próxima esfera. La envió contra él, pero Denkuro maniobró para esquivarla. Rotó, con la flecha ya cargada, y disparó.

Ayla abrió los ojos como platos. Esta vez no le había visto prepararla. Consiguió poner la mano frente a ella y materializar un escudo de luz en el último momento. La saeta rebotó y cayó a los árboles bajo ellos.

Denkuro se tuvo que mover para evitar el siguiente rayo que invocó Valikia.

—¡Denkuro, en serio! —bramó Valikia, irritada. Cada encuentro con su hermano hacía que la ira le incendiara los ojos—. ¿Acaso has averiguado algo nuevo sobre la muerte de Uma desde que estás con el oráculo supremo?

Denkuro frunció el ceño y no respondió. Disparó una flecha contra ella y Valikia viró con brusquedad para esquivarla.

—Tengo que eliminar las amenazas al imperio antes de que me proporcione la información que busco —contestó al fin Denkuro en tono seco.

Ayla apareció en un abrir y cerrar de ojos detrás de él. Denkuro batió las alas con fuerza y retrocedió a la vez que alzaba su puño envuelto en electricidad. Lo bajó violentamente y, aunque Ayla trató de esquivarlo moviéndose a la velocidad de la luz, no fue lo suficientemente rápida y los extremos de sus alas fueron alcanzados.

Gritó al perder el equilibrio y precipitarse contra el suelo. Logró recuperarse justo antes del impacto y planeó sobre la arena, girando y propulsándose con el agua para ganar altura.

Valikia, mientras tanto, había lanzado su arma contra Denkuro, provocándole un corte en el brazo. Él esquivó las esferas de agua de Ayla.

Valikia estaba descendiendo para recuperar su lanza cuando escuchó a Ayla gritar:

—¡Valikia, cuidado!

Miró por encima del hombro y rotó a su izquierda, pero no pudo evitar que la flecha se hundiera en su ala, cerca del nacimiento. Esto le impidió moverla y chilló al precipitarse contra el suelo, cruzando los brazos delante de su rostro. Por suerte, al haber perdido altura previamente, el impacto no fue tan grande.

Ayla no podía ir a ayudarla en ese momento. Se centró en Denkuro, materializando una esfera de luz entre sus manos.

La disparó al mismo tiempo que él su flecha. Se cruzaron en el camino y la esfera desintegró la saeta, siguiendo su camino hasta el zeafíreo. Impactó en su pecho y lo empujó hacia atrás.

Denkuro gruñó al detenerse y batió las alas para recuperar la estabilidad. Le había dejado una buena quemadura.

Ayla formó un círculo de agua alrededor de él y lo convirtió en hielo al cerrarlo, buscando

atraparlo. Denkuro extendió sus alas envueltas en electricidad y lo rompió.

Captó movimiento por el rabillo del ojo, pero solo pudo esquivar parte de los proyectiles de afiladas rocas.

Tarvo y Connor corrían entre los árboles, listos para atacarlo también.

Ante la desventaja numérica, Denkuro apretó los dientes y dio media vuelta. Tendría que retirarse.

***

Caedra había escuchado un rayo en la distancia y se había girado rápidamente, en tensión. Luego otro. Y otro más. Hasta cinco rayos en total.

¿Qué estaba pasando?

Detectó un cambio en la corriente de aire. Saltó hacia atrás y una lanza se clavó donde había estado un segundo antes.

Frunció el ceño y levantó la vista. Logró divisar a cierto zeafíreo de pelo blanco descendiendo sobre ella en la tormenta y se le cayó el alma a los pies.

Sacudió la cabeza y apretó los dientes, obligándose a fortalecer su corazón con una capa de acero que le impidiera dudar a la hora de combatir.

Iba a asegurarse de que ese fuera el enfrentamiento definitivo entre ellos.

Capítulo 26: A merced de las olas

Caedra materializó la lanza de su brazalete y alzó el vuelo. Esquivó una ráfaga de viento cortante y giró la cabeza para que el agua salpicada no fuera a sus ojos.

Fue hacia Loure y él se desplazó para alejarse de ella. Caedra lo persiguió, extendiendo la mano en la que llevaba los anillos y los convirtió en afiladas dagas. Loure viró en el aire y las evadió todas. Deslizó su lanza en diagonal y Caedra usó uno de los abanicos para mandar otra corriente de viento igual a la de su enemigo, ambas anulándose entre sí.

Volaban ahora sobre el mar. Chocaron sus lanzas y se desplazaron por encima del agua intercambiando golpes.

Se vieron forzados a separarse cuando una ola de grandes dimensiones se levantó por encima de ellos. La esquivaron yendo en direcciones opuestas y la ola impactó contra el acantilado, inundando todo.

Caedra movió su lanza en diferentes direcciones con rapidez. Loure se desplazó de un sitio a otro para esquivar las corrientes de aire.

Caedra apretó los dientes.

«¿Qué le has hecho a mi hermano, Leveann?», pensó, con una profunda ira y rencor burbujeando en el pecho.

Loure odiaba combatir, lo contrario a ella. Había hecho siempre todo lo necesario para defenderla, pero evitaba el conflicto en la medida de lo posible.

Ahora era un asesino con habilidades que rivalizaban con las suyas.

—Esto se acaba hoy —sentenció con voz de hielo.

Abrió un abanico y lo deslizó en horizontal. Loure cayó en picado y extendió de nuevo sus alas cuando rozaba la superficie del agua para esquivar el viento huracanado. Planeó con rapidez hasta ella y subió con brusquedad.

Caedra frenó el impacto de la lanza con la suya. Retrocedió con una voltereta y mandó su abanico girando contra Loure. Él lo esquivó. Caedra lo dirigió de vuelta hacia ella. Loure viró de nuevo, pero esta vez recibió un corte en el brazo.

De espaldas al mar, Caedra reaccionó tarde al ver a Loure batir las alas para ganar altura. Trató de hacer lo mismo, pero sus piernas fueron alcanzadas por la ola. El golpe la desestabilizó y Loure no desaprovechó la oportunidad. Caedra se echó hacia atrás, recibiendo solo un corte superficial en el vientre.

Se llevó una mano a la herida sangrante, retrocediendo. Loure había enviado su lanza contra ella, pero Caedra fue capaz de frenarla en el aire y devolverla contra él.

Loure la esquivó y la recogió antes de que cayera al agua. Caedra movió el abanico y el viento huracanado golpeó a Loure en la espalda.

Por mucho que tratara de convencerse de que no era su hermano, era complicado no mirarlo y

recordar todos los momentos felices, cálidos, cargados de cariño, que habían vivido juntos. Caedra maldijo entre dientes ante el leve alivio que sintió al ver que Loure lograba recuperar el equilibrio antes de caer al mar.

Tenía que acabar con él.

Loure se impulsó con una corriente de aire. Giró en el último momento al llegar a ella, buscando cortarla por la espalda. Caedra se dio la vuelta también, y los extremos de las plumas que fueron alcanzadas revolotearon a su alrededor.

Las lanzas chocaron. Caedra tenía que parpadear repetidamente para evitar que el agua de la lluvia entrara en sus ojos, pero esto no parecía molestar a Loure, que apenas pestañeaba.

La zeafírea trató de ejercer presión sobre el metal del arma de su hermano. Había empezado a doblarlo cuando él le dio una patada en el abdomen, rompiendo su concentración. Caedra contraatacó con un puñetazo a su mandíbula. Loure retrocedió, aturdido. Caedra descargó su lanza de nuevo contra él, pero él logró frenarla interponiendo el astil de la suya.

Loure batió las alas con fuerza y se propulsó hacia atrás. Una vez más tuvieron que desplazarse para esquivar otra ola.

Caedra se estaba girando hacia la izquierda para encarar a su enemigo cuando fue golpeada por su viento huracanado. Gritó al salir disparada varios metros hacia atrás y caer dolorosamente sobre su costado en la dura roca del acantilado.

Tosió. Sintió un fuerte pinchazo al respirar y supo que se había roto una costilla. Al menos, no le había perforado el pulmón.

Rodó por el suelo para evitar ser atravesada por la lanza de Loure. Se puso en pie de un salto y batió las alas. Loure fue tras ella.

Caedra miró por encima del hombro y extendió el brazo hacia atrás, lanzando su abanico. Loure lo golpeó con su arma y desvió su trayectoria. Caedra no tuvo tiempo de recogerlo, pues Loure ya se abalanzaba sobre ella con su lanza por delante.

Caedra se giró y bloqueó el impulso de la lanza con la suya. Comprobó por el rabillo del ojo que el abanico había caído a las tormentosas aguas del mar.

Tendría que lamentarse más tarde por su pérdida. Loure y ella se enzarzaron en un frenesí de golpes con las lanzas, danzando por encima de las olas.

Sus corrientes de aire chocaban y salían disparadas en direcciones opuestas. Caedra batió las alas para frenarse y sacudió la cabeza. Se apartó el pelo mojado de la cara con la mano.

Era más difícil de lo que parecía mantener una trayectoria de vuelo adecuada cuando el agua de la tormenta la acribillaba sin piedad. Eso hacía que se estuviera cansando con rapidez.

Escuchó el chasquido de un rayo en la distancia, pero no pudo permitirse el lujo de mirar.

Buscó a Loure con la mirada, nerviosa. Su corazón se aceleró al no ser capaz de divisarlo. ¿Dónde estaba?

Una ola se alzó a su izquierda. Caedra batió las alas para ganar altura y esquivarla.

Y ahogó una exclamación cuando Loure apareció rompiendo el muro de agua desde abajo, buscando atravesarla con su lanza. Caedra se echó hacia atrás e inclinó la cabeza en el último segundo. Loure alcanzó a cortar levemente su mejilla derecha.

Caedra retrocedió, jadeando. Eso había estado demasiado cerca.

Tenía que acabar aquel combate deprisa. Se estaba quedando sin fuerzas, aunque estaba segura de que Loure también. Por más que no expresara sus emociones, no dejaba de ser un zeafíreo, como ella.

«No es mi hermano. No es mi hermano», se decía una y otra vez.

Pero acababa fijándose en su cuerno roto y sintiéndose culpable por no haberlo reconocido cuando había liberado a Jay y a Su-Nev de aquellas minas. Si se hubiera dado cuenta de que era él, lo habría protegido. No habría muerto, Leveann no habría podido traerlo de vuelta a la vida de aquella macabra manera y ahora no se encontrarían en esta situación.

Ella podría haberlo evitado todo.

Y ahora, encima, debía ser ella quien lo matara. ¿Era una especie de castigo divino por sus errores del pasado? Aunque los dioses al final no existieran como tal, a veces lo parecía.

Loure batió las alas y movió los brazos en círculo. Caedra arqueó las cejas, perpleja, al ver que un tornado empezaba a materializarse entre ellos. ¡Era imposible que él solo tuviera el poder para hacer eso!

Pero el tornado creció hasta terminar de formarse. Su potente viento arrastró el agua del mar a su alrededor, creando un auténtico torbellino. Caedra luchó por alejarse, en vano. La potencia del aire era excesiva.

Gritó al ser arrastrada a su interior. Impactó contra el agua y se mareó mientras todo giraba a su alrededor. Trató de respirar, pero era imposible. Sus pulmones empezaron a arder.

No podía ver nada. Se estaba agotando con rapidez, desorientada por completo. Le daba la sensación de que su cabeza iba a estallar de la presión.

Apretó los dientes y se forzó a llevar su mano al abanico que le quedaba. Lo desenganchó del cinto y alzó el brazo. La corriente le impedía bajarlo. Las fuerzas la abandonaban…

Gritó de nuevo, aunque el sonido fue absorbido por el agua. Y consiguió hacer descender el abanico, a través del cual canalizó de inmediato el viento. La afilada ráfaga cortó el torbellino y el aire se extendió en todas las direcciones, golpeando a Loure con el agua que también salió despedida.

Caedra sabía que era ahora o nunca. Su hermano había quedado desestabilizado. Y ella no tendría otra oportunidad, pues le estaba empezando a fallar la visión y sus alas temblaban.

Tomó una amplia bocanada de aire y salió propulsada hacia Loure, que, desde luego, no había esperado que sobreviviera al torbellino.

—¡Esto se acaba aquí! —gritó Caedra, elevando su lanza—. ¡¡Libera a Loure, oráculo miserable!!

Y deslizó la cuchilla metálica en diagonal hacia abajo. El filo se hundió en la piel de Loure, desgarrándolo desde el hombro hasta la cadera.

Caedra jadeó. La lanza se escapó de sus manos. Escuchaba un desagradable pitido en los oídos. Todo le daba vueltas…

Loure cayó al mar. Y ella se precipitó detrás de él, drenada por completo de toda energía.

«Se acabó. Para mí también», pensó justo antes de golpear la superficie del agua.

El impacto la dejó sin aliento. Las burbujas que salieron de su boca flotaron hacia arriba, inocentes. Su largo pelo blanco ondeaba a su alrededor, hipnotizándola…

Giró la cabeza hacia la izquierda y localizó la silueta de Loure en la oscuridad, hundiéndose igual que ella.

«Lo siento, Loure».

Tendría que estar agobiándose por la sensación de falta de aire, por hallarse cada vez más lejos del cielo, a donde ella pertenecía. Sus pulmones ardían, pero no lo notaba. No sentía nada, hundida en la profundidad del mar, donde el silencio reinaba.

Estaba tan cansada que simplemente se dejó llevar por el agua. Miró de nuevo hacia la superficie, tratando de distinguir algo de luz en medio de la tormenta.

Se arrepentía de muchas cosas, pero ya hasta le costaba pensar. Solo esperaba que Jay no se enfadara mucho con ella si incumplía su promesa… Lo había dado todo en esa batalla y ese había sido el resultado; no había podido hacer más.

Y Alastair… Caedra solo deseaba que fuera feliz. Le habría gustado decirle lo mucho que significaba para ella. Habría sido maravilloso poder hablar tanto con Jay como con Alastair de sus sentimientos, pero ya daba igual…

Hubo un bonito destello blanco. Vio una sombra moviéndose hacia ella. La agarraron de la muñeca. Notó un tirón.

Cerró los ojos.

***

Alastair salió del agua con Caedra en brazos, apretando los dientes por el esfuerzo. Había nadado cargando con la zeafírea sin parar a través de las enfurecidas olas hasta la orilla, donde se dejó caer con ella.

Pero no era el momento de descansar. Situó a Caedra de lado intentando que expulsara el agua que tuviera en los pulmones. Ella no reaccionó; sus alas caían a su alrededor como una capa sin vida.

El terror se estaba apoderando de él con rapidez al ver que no respiraba, asentándose como hielo en sus venas. No escuchaba el latido del corazón de Caedra…

La iba a perder otra vez. Y esta vez no tendría una segunda oportunidad.

Luchó por mantener la calma. Tumbó a Caedra boca arriba en la arena y le apartó el pelo mojado de la cara. Su piel estaba helada y sus labios habían cobrado un tinte azul.

Cruzó las manos sobre la base de su esternón y presionó una y otra vez. Paró unos instantes para presionar su boca contra la de la zeafírea e insuflar aire a sus pulmones. Siguió presionando su pecho.

—Caedra, reacciona, vamos… —suplicaba mientras sentía cómo su corazón se iba agrietando. No escondía la desesperación en su voz.

La lluvia iba amainando, aunque el cielo se mantuvo nublado.

Pasaban los segundos. Caedra permanecía inmóvil, como una estatua.

—Caedra, por favor. —Su voz se había roto al final. No quería asumirlo; no iba a verla morir una segunda vez. Continuó presionando su pecho e insuflando aire a sus pulmones. No iba a

rendirse…

¿Había llegado, otra vez, demasiado tarde? Se había lanzado a buscar a Caedra por toda la isla al escuchar el primer rayo, arrepentido por haberse marchado sin dejarla terminar de hablar. Si no lo hubiera hecho, Caedra no habría estado en paradero desconocido…

Había visto el tornado y se había acercado de inmediato al acantilado, justo para presenciar cómo Caedra partía el torbellino por la mitad y salía disparada contra Loure. Los dos habían caído al mar y Alastair, con el corazón latiendo a mil por hora, había saltado tras ella.

¿Había conseguido el destino lo que tanto quería? ¿Corregir la alteración en el curso del río y arrebatarle a la persona que él amaba?

Y con el fin de la lluvia, Caedra, al fin, abrió los ojos.

La zeafírea tomó una amplia y desesperada bocanada de aire, volviendo con ansiedad a la vida. Tosió y escupió algo de agua.

—¡Caedra! —Alastair la llamó casi sin darse cuenta. Su corazón latía con fuerza, todavía con el terror invadiendo sus venas y las espinas de la angustia clavadas en su pecho. Ni siquiera percibía su entorno. Estaba únicamente centrado en el rostro de la zeafírea.

Caedra miró a un lado y a otro, confusa e incapaz de moverse. Le costó recordar lo sucedido. Había estado hundiéndose en el mar…

Alastair se apartó para observarla mejor, liberando algo de la tensión en sus hombros. Había estado demasiado cerca. Y su ritmo cardíaco se negaba a calmarse.

—¿Alastair…? —dijo ella con un hilo de voz. Respiraba ahora un poco rápido.

—Estoy aquí, Caedra —respondió él con suavidad, deslizando una mano por debajo de su espalda. La ayudó a recostarse en él, con cuidado, y pasó un brazo por sus hombros. Necesitaba tenerla pegada para asegurarse de que realmente seguía allí, a su lado.

Ella apoyó la cabeza en su pecho, mareada. Todavía no había sido capaz de plegar las alas. Apenas notaba las extremidades.

—He… He matado a… —Trató de hablar, pero le costaba. Calló al ser interrumpida por un ataque de tos.

—Lo sé. Lo he visto —contestó Alastair, sin apartar la mirada de su rostro, aún temeroso. Poco a poco iba recuperando el color en las mejillas y los labios. Limpió la sangre del corte en su pómulo derecho—. Tranquila, Caedra. Estás a salvo. Descansa.

Caedra respiró hondo y suspiró profundamente, cerrando los ojos. Estuvieron así unos segundos, en silencio.

La zeafírea, reconfortada en los brazos de Alastair, se fue relajando. Alastair, en cambio, aunque intentara no mostrarlo, seguía asustado.

—He estado a punto de perderte —dijo él, con los músculos de nuevo en tensión. Habían sido los peores segundos de su vida. No podía mantenerse en silencio, estaba demasiado alterado.

Ella abrió los ojos al notar la angustia en su voz. Echó la cabeza ligeramente hacia atrás para mirarlo.

—Pero ahora estoy aquí. No te preocupes.

Alzó el brazo y puso su mano empapada en la mejilla también mojada de él. Sonrió.

Alastair pensó en lo cerca que había estado de no volver a ver esa cálida sonrisa, la única que había sido capaz de derretir el hielo en su gélido corazón. Sintió una desagradable presión en el pecho. Ya no le costaba admitirlo; ya le daba igual que fuera su punto débil. Solo quería ocuparse de que no le pasara nada.

Esta vez había llegado a tiempo. Pero si hubiera sido unos segundos más tarde…

No podía esperar más. No *quería* esperar más.

Apretó los dedos en la fría piel de Caedra. La observó fijamente, yendo desde sus brillantes ojos amarillos, pasando por la cicatriz, hasta detenerse en sus labios, todavía mojados. Ella respiraba tranquila, reconfortada por su presencia.

Inclinó su rostro hacia el de ella casi sin darse cuenta. Caedra se tensó al percatarse, nerviosa, y sus mejillas se colorearon de rojo. Alastair sonrió por dentro al verlo. Estaba adorable, aunque no lo diría en voz alta.

Sus labios estaban a punto de rozarse. Alastair esperó, atento a su reacción, pero ella no se apartó. Casi estaba conteniendo la respiración, expectante.

—Alastair, ¿qué…? —empezó ella al ver que se había quedado quieto.

Y él la calló con un beso. Caedra abrió los ojos como platos. Su corazón empezó a latir a mil por hora.

¿Estaba ocurriendo de verdad? ¿No era un sueño fabricado por su mente mientras ella seguía hundiéndose en el mar?

Sopló una suave brisa y Caedra tembló. No, aquel frío era muy real. Echó los brazos al cuello de Alastair, mientras él la abrazaba contra su cuerpo y hundía sus dedos en el pelo mojado de la zeafírea. Se relajaron y cerraron los ojos. La arena, las olas, el cielo y la humedad que flotaba en el ambiente desaparecieron, dejando lugar únicamente para el otro en aquella burbuja que habían creado.

Los labios de Alastair eran gélidos, casi como la textura del helado, y Caedra sonrió en medio del beso. No quería que terminara, por mucho frío que estuviera pasando en aquella playa, empapada por la lluvia. La calidez que sentía por dentro, inundando cada rincón de su ser, hacía que se olvidara de todo lo demás. Estaba abrazada a Alastair y él la estaba besando; no había hueco para nada más en su mente. Las plumas de sus alas se crisparon como si hubiera recibido una descarga eléctrica, solo que la corriente que la recorría era de la más pura y embriagadora felicidad.

Cuando se separaron para tomar aire, Caedra jadeó.

—¿Qué…? —balbuceó, aturdida por la emoción del momento. Todavía se sentía flotando en el aire.

Las mariposas revolotearon en su estómago al ver que Alastair también estaba sonriendo. Tenía el pelo empapado de agua, casi gris, echado hacia atrás, dejando su oscuro rostro al descubierto. Contemplarlo así, con la felicidad reflejada de esa manera en sus ojos y en sus labios, hizo que el corazón de Caedra diera un brinco. No quería olvidar nunca esa imagen tan bonita. Se aseguró de grabarla en su mente como uno de sus más preciados tesoros.

—Te quiero, Caedra —susurró Alastair, acariciando su mejilla—. No soy capaz... —Sacudió la cabeza—. No voy a ocultarlo más.

A Caedra se le cortó la respiración por un instante. Pero la alegría que experimentó al escuchar estas palabras fue empañada por el torbellino de emociones que empezaba a girar en su interior.

—Alastair, yo también te quiero —respondió ella, subiendo la mano para ponerla sobre la de él. Dejó caer los párpados, ahora irradiando vergüenza, culpabilidad. Y Alastair adivinó lo que iba a decir—: Pero Jay…

—Lo sé.

Caedra cerró la boca de golpe, perpleja. Lo miró a los ojos, buscando el resentimiento, la rabia, el odio. Pero solo halló el mismo cariño con el que la había estado observando antes. Su visión se nubló de lágrimas.

—¿Cómo…?

—Siempre he sabido lo especial que es Jay para ti, Caedra —dijo él, sin hielo en su voz—. Te recuerdo que pasé varios meses en tu mente.

—Pero, entonces… —balbuceó ella, cada vez más confusa. Alastair puso el dedo índice en sus labios, indicándole que esperara.

—Al principio, me irritaba. Ahora… lo comprendo. —Alastair respiró hondo. Desvió la mirada a la izquierda, hacia el mar que casi le había arrebatado a Caedra. Apretó los dedos de la mano que mantenía en el hombro de la zeafírea—. Él te quiere tanto como yo, Caedra, y ya ha demostrado que también daría su propia vida por ti.

Caedra esbozó una sonrisa triste, recordando el terrible momento en el que Jay la había protegido de la flecha.

—Supongo que sí.

Alastair la observó se nuevo. Acarició sus labios con el pulgar.

—Y he descubierto que no siento celos de él. Más bien, siento aprecio por él. Porque, si lo amas con la misma intensidad que a mí, y él te ama con la misma intensidad que yo… —Frunció el ceño—. No veo por qué habríamos de hacerte sufrir eligiendo a uno de los dos, cuando eso significaría que la mitad de tu corazón se marchitaría.

Caedra apretó los ojos.

—Pero Alastair, yo no puedo pedirte…

—No me estás pidiendo nada. La vida de los mortales es efímera, Caedra —dijo, con cierto pesar—. No veo por qué amargarnos con una situación que no va a dejar feliz a nadie si debes elegir. Creo que nosotros tres podemos hallar el equilibrio adecuado.

Caedra lo miró por debajo de las pestañas con la sorpresa impresa en su rostro. Jamás se habría imaginado que Alastair lo vería de esa manera, que la comprendería a la perfección.

—Pero Jay…

—Opina lo mismo.

Caedra espiró aire con brusquedad. Las lágrimas empañaron sus ojos, pero esta vez eran por una mezcla de incredulidad y alegría. Se le escapó una pequeña carcajada y Alastair sonrió ante el agradable sonido. Caedra, al fin, liberó la tensión y la angustia por la que se había visto atormentada durante meses debido a sus sentimientos. Por un momento, hasta se olvidó del dolor de sus heridas.

—Y pensar que le he estado dando vueltas a esto convencida de que no había solución posible... Yo… —Suspiró—. Ojalá hubiera tenido el valor de hablarlo antes.

Había tenido miedo de hacerles daño. De hacerse daño a sí misma. De estropear la relación que tenía con cada uno…

Al final, ellos solo habían estado esperando a que ella también viera lo evidente.

Alastair, sin embargo, se puso serio.

—No eres la única.

—¿Qué quieres decir?

—Yo tampoco me atreví a decírtelo antes. —Frunció el ceño—. Temía no ser adecuado para ti.

Caedra arqueó las cejas. Jamás habría sospechado que el frío Alastair hubiera podido dudar sobre ese tipo de asuntos.

—Alastair, ¿cómo has podido pensar eso? —dijo ella, apenada, acariciando su gélida mejilla. Él cerró los ojos, relajado ante su cálido contacto—. Con todo lo que has hecho, has entregado, por mí.

—No siempre expreso lo que siento.

—Creo que, ahora que ya hemos aclarado la situación, puedo entender todo lo que sientes a través de tus acciones —insistió Caedra. Alastair la miró—. Soy feliz contigo, Alastair. Te quiero. Y siempre me sentiré muy afortunada por habernos encontrado.

El corazón de Alastair latió más deprisa. Deslizó el dedo índice por los labios de Caedra, todavía resecos por la sal del mar. Estuvo unos segundos en silencio.

Apreciaba, mucho, que a Caedra no le importara que él fuera de pocas palabras. Pero, con la amenaza del destino siempre acechando en la sombra, y después de haber estado a punto de perderla, Alastair quería asegurarse de que ella entendía hasta qué punto era importante para él.

La miró fijamente a los ojos. Esos ojos que lo habían torturado durante los meses que permanecieron cerrados… Se forzó a hablar:

—Caedra, mi vida solo volvió a cobrar sentido después de conocerte. Y dejaría de tener sentido sin ti.

Ella sonrió, incorporándose para que su espalda estuviera más recta y poder mirarlo más de cerca. Plegó las alas.

—No vas a perderme, Alastair. Ahora que sé lo que sientes por mí, ahora que hemos aclarado la situación entre tú, Jay, y yo, no voy a irme a ninguna parte sabiendo que os tengo esperándome. Soy muy cabezota cuando quiero.

Alastair esbozó media sonrisa. Apartó un mechón húmedo de la frente de Caedra que insistía en rebelarse ahora que su pelo se iba secando.

—Lo sé. Después de habitar tu mente, después de todo lo que hemos pasado juntos, con todo lo que has hecho por mí a pesar de cómo te traté al principio… Siempre me he arrepentido de mi actitud entonces. —Alastair tensó la mandíbula y desvió la vista.

Caedra frunció el ceño.

—No te tortures por eso, Alastair. Tu vida no ha sido sencilla, precisamente, y tu reacción en

ese momento fue producto de ella. Lo importante es que fuimos capaces de comunicarnos y tú estuviste dispuesto a escucharme, y a cambiar.

Él la miró de nuevo. Nunca se explicaría cómo había tenido la suerte de que, a pesar de ese comienzo, ella insistiera en conocerlo y ayudarlo.

Había dejado de estar solo gracias a ella. Caedra había sido el rayo de luz que había traído la calidez del día, después de más de un milenio sumido en la fría oscuridad de la noche. Le había mostrado, al fin, por qué Gea era un planeta que merecía la pena ser salvado.

Le había hecho sentirse vivo de nuevo.

—Caedra —dijo, poniendo la mano en su mejilla, sobre la cicatriz—. Eres muy importante para mí. Y Jay, por lo que él significa para ti…, también. —Endureció la mirada—. Siempre lucharé para protegeros a los dos. No lo dudes.

Caedra lo observó durante unos segundos, incapaz de borrar la sonrisa en su rostro, alimentada por la alegría que inundó su pecho. Puso su mano sobre la de Alastair. Él seguía estando más frío que ella.

Todavía le costaba asimilar que lo que estaba ocurriendo era real. Todas sus dudas habían sido para nada. Alastair sentía lo mismo que ella por él. Alastair la comprendía. Y, en cuanto lo hablara también con Jay, todo estaría bien.

Por una vez, se sentía la zeafírea más afortunada del mundo. Aunque lo hubiera provocado su casi desaparición en el mar.

Y que Alastair, tan frío y reservado, se expresara de esa manera… El corazón de Caedra no era capaz de calmar sus acelerados latidos.

—Alastair, yo… —empezó ella.

Él prosiguió, sin embargo, muy serio:

—Caedra… Antes, cuando parecía que no ibas a despertar… —Respiró hondo. Sus ojos de hielo reflejaron un profundo dolor—. Temí haber llegado demasiado tarde. No vuelvas a darme otro susto así, por favor.

Caedra frunció el ceño, apenada. Sí que entendía su angustia y malestar; era lo mismo que sufría ella cuando veía a Jay o a Alastair en peligro.

—Siento haber hecho que lo pases mal.

—No importa —susurró él. Acarició su rostro con lentitud. Caedra cerró los ojos, relajándose. Alastair esbozó una casi imperceptible sonrisa, teñida de tristeza—. No es tu culpa. Me conformo con que ahora estés bien. Solo te pido que tengas cuidado.

Caedra era fuerte, de eso Alastair no tenía duda. Pero a veces le parecía que su cuerpo era tan frágil… Y el destino, muy obstinado.

—Lo tendré, de verdad —murmuró ella, escondiendo el rostro en su cuello. Olía a la sal del mar. Él se tensó brevemente antes de relajarse de nuevo—. Gracias por cuidar siempre de mí.

—Siempre lo haré.

Caedra se apartó para mirarlo. Sonrió, algo nerviosa.

—¿Puedo besarte?

Solo habían pasado unos minutos desde su primer beso y ya tenía ganas de más. Pero sabía que Alastair no era demasiado aficionado al contacto físico…

—Caedra… No necesitas mi permiso para eso —contestó Alastair, divertido. Aunque era cierto que ambos necesitarían un tiempo para adaptarse a su nueva relación.

Caedra rio con suavidad y posó sus labios en los de él, cerrando los ojos. Era una sensación maravillosa, se atrevía a decir que mejor, incluso, que surcar los cielos. Había estado tan convencida de que nunca volvería a experimentar la sensación de besar a la persona a la que amaba, sumida en las tinieblas de la venganza…

Y, entonces, Jay y Alastair habían aparecido en su vida.

Alastair, por su parte, se daba cuenta de que había sido un estúpido ocultando tanto tiempo sus sentimientos por ella. Caedra ahora se veía realmente feliz, riendo, y los ojos brillando con la intensidad del oro recién pulido. *Él* la estaba haciendo feliz. Sus temores habían sido en vano.

Alguien detrás de ellos se aclaró la garganta. Alastair miró por encima del hombro, taladrando al intruso con sus ojos de hielo. Caedra se asomó por el costado derecho de Alastair y su rostro se incendió al ver a Jay.

El chico esbozó una pícara sonrisa, ladeando la cabeza y cruzando los brazos.

—¿Interrumpo algo?

Alastair gruñó. Y Caedra, que ya había tenido suficientes emociones por un día, notó cómo todo le daba vueltas…

***

Volvió a despertar, esta vez en los brazos de Jay. Estaban sentados junto a una hoguera y Caedra agradeció el fuego, pues todavía tenía algo de frío y el ambiente era húmedo. Al menos, Jay desprendía calor, su presencia era tan reconfortante como el más cálido hogar.

Pero, por muy a gusto que estuviera así, la zeafírea no entendía por qué no estaba con Alastair. Lo último que recordaba era los dos en la playa… Ahora se encontraba en el bosque de bambú, que mostraba los efectos de la tormenta en su tierra húmeda, cubierta de tallos rotos y hojas desperdigadas.

Inclinó la cabeza hacia atrás para mirar a Jay y él se percató de que había despertado. Bajó la vista y clavó sus ojos marrones en ella.

—Buenos días, dormilona —bromeó él, y rio al ver su expresión escandalizada—. Tranquila, Cai, solo han pasado un par de horas. Estabas helada y necesitabas entrar en calor, así que aquí estás, conmigo.

—Y… ¿Y Alastair? —inquirió, temerosa.

¿Acaso todo lo que había pasado en la playa no había sido más que un sueño?

—Ha ido a ver si encuentra tu lanza y el abanico que has perdido —explicó Jay. Esbozó una sonrisa pícara, decidiendo provocarla un poco—: Dime, Cai, ¿qué tal tu experiencia besándolo? ¿Es tan frío como parece?

Desde luego, era lo último que había esperado encontrar cuando llegó corriendo a la playa, desesperado porque no lograba dar con Caedra. El terror se había cerrado como garras en torno a su garganta, convencido de que le había pasado algo y él no iba a llegar a tiempo para salvarla.

Y, según le había contado Alastair, así había sido. Afortunadamente, Alastair sí que había podido rescatarla.

Caedra se relajó al confirmar que no había sido un sueño…, solo para ponerse igual de roja que un tomate al recordar las preguntas de Jay.

—Jay, yo… —Calló, pues las palabras no le salían. Su corazón se había acelerado tanto que notó el cosquilleo de los nervios por todas partes, bloqueándola.

—¿Qué? —la instó a continuar Jay, divertido, agachándose sobre ella y acercando su rostro. Sus largos mechones de pelo hicieron cosquillas a Caedra en las mejillas.

—Alastair y yo hemos hablado… —Caedra tragó saliva. Veía su reflejo avergonzado en los oscuros ojos de Jay. Él mantenía la traviesa sonrisa en sus labios—. Yo… —Respiró hondo. Su mente le estaba jugando una mala pasada. Con Jay tan cerca y su olor a humo rodeándola, las mariposas en su estómago no la dejaban pensar—. Jay, os quiero a los dos.

La sonrisa de Jay se suavizó. Decidió que ya la había provocado bastante. Acarició el rostro de la zeafírea, apartando los mechones de pelo blanco que tenía en la frente.

—Siento no haberme dado cuenta antes de que eso era lo que te impedía hablar de… —Jay desvió la mirada durante un par de segundos. Se habría llevado la mano al cuello, nervioso, pero prefería seguir con Caedra en sus brazos—. Bueno, de lo que pasaba entre nosotros. Si lo hubiera sabido, te habría tranquilizado mucho antes…

—¿Cómo iba a imaginar que aceptaríais algo así? —lo interrumpió ella, su respiración acelerada—. ¡Al principio os odiabais!

Jay soltó una pequeña carcajada.

—No lo voy a negar, pero dicen que del amor al odio hay un paso, así que también se podrá aplicar a la inversa, ¿no? —Los ojos de Jay brillaron con un cariño que conmovió a Caedra—. Y ese paso has sido tú, Cai. Mi intrépida zeafírea.

Caedra suspiró. Cerró los ojos, apoyando la cabeza en el pecho de Jay. Sonrió al escuchar su latido también más intenso.

—No me merezco tener esta suerte.

—Claro que te lo mereces —replicó él con firmeza—. Siempre lo das todo por nosotros. Y yo… solo quiero que seas feliz. Así lo seré yo también. —Caedra se relajó al escuchar la dulzura de su voz, envolviéndola y acariciándola. Inspiró aire al notar los labios de Jay en su frente. Levantó los párpados y los dos se miraron a los ojos. Jay frunció el ceño—. Y creo que las circunstancias en las que estamos, luchando cada día por nuestras vidas, hacen que no merezca la pena pararse a pensar en qué dirán los demás. Nosotros somos felices así, ¿no?

—Sí…

—Pues ya está. No le des más vueltas. —Jay se irguió, y Caedra, aunque respiró un poco más tranquila, sin su olor a humo de hoguera nublando sus sentidos, no pudo evitar sentirse decepcionada. Jay inclinó la cabeza para observarla. Recuperó su sonrisa pícara y arqueó una ceja—. ¿Qué pasa, Cai?

—Nada —soltó ella, rígida. Quería que la besara, pero todavía no era capaz de asumir su nueva relación y no le salían las palabras.

—¿Seguro? —Jay hizo un mohín—. Vaya, yo que había pensando en torturarte un poco por todas las veces que me quedé con las ganas de besarte… Pero si no quieres que te bese ahora, supongo que no tiene sentido…

Caedra gruñó. Jay rio. Y, sin previo aviso, se inclinó de nuevo y presionó sus cálidos labios contra los de ella. Caedra al principio se quedó con los ojos muy abiertos, pero enseguida reaccionó y se abrazó a él, pegando su cuerpo casi con desesperación. Jay sonrió y los dos cerraron los ojos, entregándose, esta vez, por completo al beso, al fin sin preocupaciones que los frenaran.

Jay se apartó solo brevemente para apoyar su frente en la de Caedra. Los dos jadeaban, sus corazones latiendo desbocados en perfecta sincronía.

—Cai —susurró Jay. Ella contuvo la respiración—. Nunca dudes de lo mucho que te quiero. Nunca dudes de que me enfrentaré a todo, de que desafiaré al mismo destino, para impedir que te aparte de mi lado.

Ella sonrió, parpadeando varias veces.

—Nunca lo he dudado, Jay. —Subió la mano para ponerla en su mejilla—. Y yo… lo daría todo por ti. No habrá sombras que me detengan cuando se trate de protegerte.

—Lo sé. Ahora más que nunca, Cai… —Jay respiró hondo. Cerró los ojos un instante antes de abrirlos de nuevo—. Prométeme que siempre estarás conmigo. Por favor. Conmigo… y con Alastair, por supuesto —añadió, divertido, antes de ponerse serio de nuevo y terminar con voz ahogada—: No soportaría perderte. Y sé que él tampoco.

—Mantendré mi promesa hasta el final, Jay —dijo ella con toda la firmeza que pudo. Era algo que no siempre estaría en sus manos. El peligro acechaba en cada rincón de Gea. Pero haría todo lo posible. Porque ella también deseaba estar para siempre a su lado, protegiéndolo y apoyándolo —. Y…

—¿Se puede saber qué me he perdido?

Ambos se irguieron al escuchar una voz a sus espaldas. Valikia entraba en el claro, seguida de Ayla. Valikia los observaba con una sonrisa burlona.

Jay igualó su expresión con una sonrisa pícara.

—Oh, nada, solo estábamos aclarando unos cuantos asuntos entre Caedra, Alastair y yo… —respondió Jay con aire casual—. Besándonos para terminar de solucionarlo, claro.

—¡Jay! —protestó Caedra, escandalizada. Se retorció en sus brazos. ¿Cómo podía soltarlo así, sin más? ¡Ella ya se estaba muriendo de la vergüenza!

Valikia había roto a reír, divertida, a la vez que alegrándose por su amiga. Ayla, en cambio, bajó la mirada al suelo, en silencio.

—Vale, vale, perdona —se disculpó Jay entre carcajadas, con el objetivo de calmar a Caedra. Ella se relajó de nuevo, aunque no sin resoplar antes—. Tranquilízate o Alastair me va a matar cuando vuelva. Me advirtió que me asesinaría si te pasaba algo mientras él no estaba, y la verdad es que me lo creo. Y ahora mismo tu corazón está latiendo muy deprisa, Cai, así que…

—No estaría tan alterada si hubieras mantenido la boca cerrada —refunfuñó ella.

Valikia, por su parte, rebobinó las palabras de Jay y su risa desapareció de golpe. Estaba tan

cansada después del ataque que se le había escapado un detalle. Sacudió la cabeza y parpadeó.

—Espera, ¿qué? —exclamó, plantándose frente a ellos—. ¿Has dicho también Alastair?

Caedra gruñó y escondió su rostro incendiado en el pecho de Jay. Este llevó una mano a su cabeza, hundiendo los dedos en su enredado cabello blanco, riendo todavía.

—Puede que lo haya dicho, sí.

Caedra aprovechó que no la veían para sonreír, a pesar de la vergonzosa situación. Era reconfortante estar en los brazos de Jay, sintiendo las vibraciones de su risa alegre en su pecho.

«Si supieras lo feliz que me haces», pensó, cerrando los ojos. Su emoción era inigualable. No había fuego como el suyo.

—Vamos, Cai, cuéntame qué ha pasado —suplicó Valikia, agachándose y mirándola con expresión de cachorro abandonado, aunque su amiga seguía con la cara oculta.

—Nada… —murmuró Caedra—. Jay, te odio.

Jay sonrió. Detectó la risa que estaba conteniendo en su voz.

—Lo sé.

Ayla se mordió el labio. Siempre había visto claro como el día el vínculo que unía a Jay y a Caedra. Jay estaba pendiente de la zeafírea por encima de todo.

Pero que no la sorprendiera no quería decir que no le doliera, por mucho que no deseara sentirse así. Sabía que Jay no le debía nada y Caedra la había ayudado en tantas ocasiones que había perdido la cuenta. A ella también le tenía un gran aprecio. Pero era algo que no podía controlar, y se llevó las manos al pecho, tragándose su amargura para que no quedara retratada en su rostro.

Observó a Jay, que tenía la cabeza inclinada y miraba a Caedra, en sus brazos, con una radiante sonrisa mientras le peinaba el pelo. Cada movimiento de sus dedos estaba cargado de ternura. Ayla suspiró interiormente. En el fondo, se alegraba por ellos. Y Jay, aunque no correspondiera a sus sentimientos, la había devuelto al mundo y siempre se preocupaba por ella también. Tenerlo como amigo ya era un gran tesoro que le había cambiado la vida.

Valikia la contemplaba de reojo, sin disimular la mueca en su cara. Ella era consciente de los sentimientos de Ayla hacia Jay, y ahora se daba cuenta de que la pobre chica tendría que estar bastante desanimada. Pasó un ala por los hombros de Ayla, que dio un respingo y la miró con sorpresa. Valikia se aclaró la garganta.

Jay la observó, interrogante, y Caedra giró ligeramente la cabeza.

—Bueno, aunque esto es ciertamente un acontecimiento histórico… —empezó Valikia.

—Sí, a ver cuándo haces tú lo mismo con Gavin —dijo Jay, aprovechando la oportunidad para picarla a ella también.

Valikia se quedó con la boca abierta, parpadeando varias veces mientras su rostro se ponía cada vez más rojo. Ese comentario sí que no lo había esperado.

—¿Qué insinúas? ¡Jamás besaría a ese principito de pacotilla!

—Claro, Val, lo que tú digas…

—¡Que no!

—Vale, vale…

Ayla miraba a uno y a otro, tratando de seguir la conversación. Caedra, por su parte, había cerrado de nuevo los ojos, intentando dormir. Estaba muy cansada y cada vez le dolía más la cabeza...

Todavía le costaba creer que eso hubiera sucedido de verdad. Que Alastair le hubiera confesado sus sentimientos. Que ella también le hubiera contado todo lo que sentía por él. Que se hubieran besado. Que Jay y Alastair hubieran aceptado que estaba enamorada de ambos… Y también había besado a Jay, esta vez sin remordimiento alguno.

Tuvo un escalofrío al darse cuenta de que, si se hubiera hundido en el mar sin nadie que la rescatara, no habría llegado a experimentar nada de eso. Y habría muerto sin saberlo…

Frunció el ceño al pensar en Loure. Había sido duro, pero no se arrepentía de lo que había hecho. El oráculo supremo ya no podría utilizarlo más.

Estuviera donde estuviera, Caedra solo esperaba que su hermano al fin descansara en paz. Su memoria ya no sería mancillada nunca más al servicio de Leveann.

Respiró hondo, disfrutando del olor a tierra mojada que quedaba después de la lluvia. Era uno de sus favoritos. Y en los cálidos brazos de Jay se sentía como en una nube. Lo único que estropeaba aquella idílica situación era las voces que se escuchaban…

Porque Jay y Valikia seguían discutiendo, pero ella ya no les prestaba atención. Aunque se sentía mal por Ayla, que estaría presenciándolo, no había nada en ese momento que pudiera hacer por ella…

—En fin —resopló Valikia, estampando un pie en el suelo e irguiendo la barbilla, muy digna. Se dio la vuelta, forzando a Ayla a hacer lo mismo al mantener el ala rodeando sus hombros—. Nosotras nos vamos a que Ayla termine de curarme. No hagáis cositas inapropiadas, ¿vale?

Caedra, con la cabeza apoyada en el pecho de Jay, escuchó a la perfección cómo el corazón del chico empezaba a latir a mil por hora.

—¡Valikia! —bramó él, con la cara roja.

Ella echó la cabeza hacia atrás y rio. Se alejó andando, arrastrando a Ayla con ella, que tampoco entendía mucho. Ya la había curado del todo antes, era la razón por la que podía mover el ala…

—¿Qué es lo que ha dicho? —murmuró Caedra, que tuvo que disimular un bostezo. Estaba exhausta—. No he oído bien…

Jay gruñó.

—Mejor.

Capítulo 27: Gratitud

La tormenta y el ataque habían causado estragos en la isla. Había muchos árboles partidos o derribados por completo. Las chozas de los denu habían sido arrasadas. Las inundaciones habían arrastrado hojas, ramas y barro a todos los rincones. La aldea torrogal había sufrido serios daños, aunque la mayoría de casas, al menos, seguían en pie.

Lo más duro, sin ninguna duda, había sido tener que enterrar a las víctimas.

La vivienda del maestro Shidan estaba siendo reparada con rapidez entre Tarvo y Shidan. Connor iba secando todo con su viento. Valikia, en reposo tras haberle curado el ala, estaba sentada observándolos, llevándoles comida cuando lo requerían o actuando de mensajera entre ellos y los demás grupos distribuidos por la isla.

Jay y Ayla habían ido a ayudar a los denu. Ayla iba apartando el agua para que ellos pudieran moldear un barro más sólido para sus chozas. Jay transportaba todo lo que necesitaban. Se alegraba de que ahora los denu estuvieran más abiertos a tratar con él. Habían abandonado las distancias que establecieron después de que Jay, hacía unos meses, hubiera pagado su enfado con ellos, cuando Caedra no despertaba.

—Pobrecitos —comentó Ayla en un descanso.

Se había sentado con Jay en una de las rocas más secas para comer algo de pan. Observaban a unos niños denu que lloraban mientras otros trataban de consolarlos. Sus padres habían sido víctimas del ataque.

Ayla suspiró con tristeza.

—Todavía no me puedo creer que Su-Nev… —Calló, pero no fue necesario que se explicara más.

Jay tensó la mandíbula al recordar la mirada vacía de su antigua amiga.

—El oráculo supremo es despreciable. No tiene respeto por nada, ni siquiera por la muerte.

Ayla se frotó los ojos para limpiarse las lágrimas antes de que cayeran. Jay inclinó la cabeza para mirarla y frunció el ceño al darse cuenta de esto. Pasó un brazo por los hombros de la chica y ella se recostó en él.

—M-me duele mucho que Su-Nev haya acabado así por mi culpa, Jay… —sollozó Ayla.

—No es tu culpa, Ayla. El único responsable de todo esto es el oráculo supremo…, y el emperador. Su-Nev se sacrificó por ti porque así lo quiso ella.

A él también le costaba hablar de Su-Nev. Supuso que en su caso sí que era cierto que el tiempo había curado las heridas, y con el paso de los años había ido entendiendo poco a poco la razón de sus acciones, aunque seguía sin poder justificarlo.

No sabía cómo habría actuado él de estar en su situación y ser la vida de Hadriel la que hubiera corrido peligro; quería pensar que no habría traicionado a sus únicos amigos y no se habría marchado, abandonándolos a su suerte para que los mataran. Pero él había crecido en un mundo

en paz, mientras que Su-Nev había crecido en un mundo en guerra. Tenían puntos de vista diferentes.

Cuando Ayla le comunicó las últimas palabras de Su-Nev, disculpándose con él, Jay se había sentido mal. Mal porque sabía que Su-Nev había estado años arrepintiéndose de lo que hizo y, aunque al final solo la hubiera perdonado por dar su vida a cambio de que Ayla escapara del palacio, él habría estado dispuesto a aceptar sus disculpas y, quizá, a retomar la amistad. En el poco tiempo que habían estado juntos, había sentido un gran aprecio por la denu.

Ya no tendría oportunidad de decirle que la perdonaba, porque cuando se enteró de todo, Su-Nev estaba muerta.

Se le había revuelto el estómago al encontrarse de nuevo con aquella Su-Nev vacía. Era como enfrentarse a un zombi. Sabía que no era ella, que era solo su cuerpo manejado por otro, pero eso no significaba que no fuera difícil atacarla, incluso hasta la muerte. Al fin y al cabo, seguía teniendo su aspecto.

Y Su-Nev era la razón por la que Ayla ahora volvía a estar con ellos. Había sido la única capaz de rescatarla de las mazmorras del palacio imperial.

«Siento que todo haya acabado así, Su-Nev —pensó Jay, clavando los dedos en el brazo de Ayla. Ella había agachado la cabeza, dejando que las lágrimas fluyeran libremente por sus mejillas—. Espero que, al menos, ahora estés con tu padre».

Había sido una de sus primeras amigas en aquel mundo, cuando Gea todavía era un territorio hostil y desconocido. Continuaba siendo hostil, pero ahora, al menos, él ya estaba familiarizado y había acumulado experiencia. Su-Nev también le había enseñado mucho.

Se preguntó cómo habría sido todo si Su-Nev no les hubiera traicionado…

Sacudió la cabeza. No tenía sentido pensar en esas cosas. Al fin y al cabo, nunca sucedieron.

***

En la aldea, Caedra transportaba materiales volando de un lado a otro y manejaba el metal. Estaba cansada todavía de su combate a muerte con Loure y no había tenido tiempo de asimilar del todo lo que había hecho. Pero Ganthia no podía esperar, y sus habitantes necesitaban toda la ayuda posible cuanto antes.

Gavin dirigía de forma eficaz a los torrogal y humanos para distribuir el trabajo. Observaba de vez en cuando a Caedra, viviendo una sensación extraña, pero reconfortante, al saber que los dos colaboraban juntos.

Ese había sido su sueño desde pequeño. Conocer a la zeafírea que le visitaba frecuentemente asomándose desde el tejado del palacio a los jardines, y que de vez en cuando le dedicaba una sonrisa cuando pensaba que él no estaba mirando. Hasta que él la había espantado torturando a los pájaros…

Siempre había sentido una curiosidad inmensa hacia ella. Sabía que era una guerrera feroz, de las más temidas en el imperio, y que había sido la pareja de su hermano mayor. En sus enfrentamientos contra Caedra había visto lo leal que era con sus amigos y lo mucho que estaba dispuesta a dar por ellos. Pero seguía desconociendo muchas cosas sobre ella.

Algún día se atrevería a decirle que llevaba oculto bajo la camisa un colgante con una pluma suya… Era su amuleto de la suerte, así que esperaba que no se enfadara con él.

Estaba atardeciendo cuando Caedra, al fin, aterrizó a su lado. La zeafírea jadeaba tras el esfuerzo de todo un día de trabajo sin parar.

—Ya era hora de que te tomaras un descanso, ¿no? —bromeó Gavin, girándose para mirarla. Estaban en una parte más alta del terreno a la que había subido para comprobar que todo marchaba bien.

—Sí, la verdad es que… —Caedra se llevó una mano a la frente, apretando los ojos. Ahora que se detenía le venía todo el cansancio de golpe. Estaba revuelta por dentro...

—¡Eh! —exclamó Gavin al ver que las rodillas de la zeafírea temblaban y esta se tambaleaba. Extendió sus brazos hacia ella por si acaso, pero al final logró mantenerse en pie—. Caedra, ¿estás bien?

Ella gruñó.

—Sí, lo siento —murmuró, con una mueca en su rostro. Todavía no tenía mucha confianza con Gavin y le daba vergüenza que la viera de esa manera—. No he podido recuperarme aún del enfrentamiento de esta mañana, ha sido bastante duro y…

Casi moría ahogada. Su hermano… Tuvo un escalofrío al recordar todo y se sentó con los hombros en tensión.

—Tranquila —dijo Gavin con suavidad. Él se arrodilló a su lado, observándola con el ceño fruncido—. Puedo entenderlo. No tienes que darme ninguna explicación.

Ella suspiró pesadamente. Apartó el pelo que había caído en su rostro con una mano.

—Oye, Gavin, gracias por… —Respiró hondo y lo miró a los ojos. Gavin se quedó rígido ante aquella mirada rapaz tan afilada, tan peligrosa—. Gracias por explicarnos lo que le pasaba realmente a Loure.

Gavin se relajó. Se sentó también, cruzando las piernas.

—Es lo mínimo que podía hacer. Siento que hayas tenido que pasar por eso.

—No importa —se forzó a decir—. Ya no tendremos que enfrentarnos más a él.

Gavin la observó de reojo. Caedra había alzado la vista, contemplando el cielo naranja que iba adquiriendo tonalidades moradas. Una bandada de pájaros los sobrevoló y algunas hojas fueron arrastradas por el viento.

Hubo unos segundos de silencio hasta que Gavin decidió hablar:

—Caedra, no te he dado las gracias todavía por darme una oportunidad.

Ella ladeó la cabeza para mirarlo.

—Y me alegro mucho de haberlo hecho. Solo tendría que haberme dado cuenta antes de que no eras como el resto de nuestros enemigos.

—Lo importante es que, a pesar de todo, confiaste en mí —replicó Gavin, sonriendo—. Si no te hubieras tomado la molestia de hablar conmigo aquel día en el bosque y hacerme ver la verdad, yo nunca me habría unido a vosotros. Y o seguiría al servicio del oráculo supremo, engañado…, o ya habría muerto, pues él estaba buscando deshacerse de mí.

—Tú también tuviste valor, Gavin —señaló ella, sonriendo también—. Lo más fácil para ti hubiera sido ignorarme. Pero decidiste investigar y te atreviste a elegir el camino probablemente más arriesgado.

—No tuve ninguna duda tras averiguar la verdad —dijo él, encogiéndose de hombros.

Aunque no escucharon pasos, notaron una presencia gélida tras ellos. Se giraron de cintura para arriba, topándose con la fría mirada de Alastair.

El rostro de Caedra se iluminó al verlo. Empuñaba su lanza.

—¡Alastair! —lo llamó, levantándose y yendo hacia él.

Gavin también se incorporó, aunque mantuvo la distancia.

—¿Todo bien? —quiso saber Alastair, examinando a Caedra con la mirada.

—Sí, hemos avanzado bastante en la reconstrucción de la aldea —respondió ella y le dio un abrazo.

Alastair se tensó antes de relajarse y rodearla con el brazo que tenía libre. Clavó sus ojos de hielo en Gavin.

—Eh… Os dejo solos —se despidió el chico con rapidez, dando media vuelta y bajando por la cuesta. Alastair le seguía intimidando bastante.

—¡Has encontrado mi lanza! —exclamó Caedra con alegría.

Alastair asintió y se la acercó. Caedra estiró los dedos y la lanza cambió de forma hasta convertirse en su brazalete, que enroscó alrededor de la muñeca.

—La corriente la devolvió a la orilla. Pero no he podido encontrar tu abanico. Lo siento.

Caedra frunció el ceño, apenada.

—No importa. Tengo el otro —murmuró, llevando una mano al cinto para asegurarse de que estaba ahí. Era lo único que le quedaba de Hadriel, junto al cuaderno.

Lo primero que hizo, antes de dirigirse a la aldea para ayudar en la reconstrucción, fue comprobar que el cuaderno había sobrevivido al rayo que casi destruyó la casa del maestro Shidan. Afortunadamente, apenas había sufrido daño, solo estaban un poco chamuscadas las tapas de cuero.

Caedra se separó de Alastair y lo miró a los ojos. Alastair la observó, expectante.

—¿Puedo…? —empezó ella, poniendo las manos en el pecho del hombre.

Alastair gruñó.

—¿Desde cuándo eres tan tímida conmigo, Caedra?

Ella rio con suavidad y se alzó de puntillas para darle un beso en los labios. Alastair la sorprendió pasando una mano por su espalda y otra por detrás de las rodillas, elevándola en sus brazos.

Caedra abrió los ojos como platos ante su ímpetu, pero enseguida se relajó y soltó una pequeña carcajada.

—¿Desde cuándo eres tan romántico, Alastair? —bromeó ella, clavando los dedos en sus hombros.

Sus ojos de hielo brillaron con diversión.

—Desde que puedo serlo contigo.

Ella rio y le dio otro beso.

—La verdad es que podría acostumbrarme a esto. —Echó la cabeza hacia atrás para mirarlo y torció el gesto—. Pero tenemos que volver con los demás…

Alastair arqueó una ceja. No se movió en absoluto, reteniéndola en sus brazos.

—Pueden esperar unos minutos.

***

La noche había caído en Ganthia. El cielo, para tranquilidad de todos, continuaba despejado, permitiendo ver las estrellas.

Se habían reunido en torno a una hoguera encendida en el jardín, junto a la casa. Incluso Djaka estaba ahí esta vez, aunque el maestro Shidan seguía atendiendo distintos asuntos en la aldea.

—Así que el oráculo supremo ha reunido un grupo de mercenarios con miembros de cada especie —estaba diciendo Tarvo, con una mano en la barbilla, pensativo—. ¿Por qué? ¿Cuál es el propósito?

—El oráculo supremo trabaja a espaldas del emperador para acabar con él mientras finge ser su más leal seguidor —contestó Gavin con los ojos entornados—. Según me contó antes de que yo me marchara, quería reunir un grupo así para asesinar al emperador y luego culparlos de ello. Él estaría libre de toda sospecha y fomentaría entre los habitantes de Gaelar el odio hacia las otras razas.

—Al menos, Loure ya no forma parte de eso —masculló Caedra.

Jay sacudió la cabeza.

—Es increíble. El oráculo supremo me tenía convencido hasta a mí de que vivía por y para el emperador. ¿Cómo es que el emperador no se da cuenta?

—Sabemos lo manipulador que es —gruñó Gavin—. Estoy seguro de que la única razón por la que está poniendo tanto empeño en recuperar el cuerpo de Saekish sin que el emperador sepa nada es para convencer a Saekish de que lo ayude a él una vez lo tenga localizado.

—Es importante que, cuando ataquemos el palacio, acabemos tanto con el emperador, como con Saekish y con el oráculo supremo —dijo Caedra, muy seria—. No puede escapar ninguno de los tres.

Jay, que estaba sentado a su derecha en el suelo, se fijó en el nuevo corte que adornaba la mejilla de la zeafírea. Esperó que se curara sin dejar rastro, porque sabía lo mucho que odiaba Caedra la cicatriz que surcaba la mitad izquierda de su rostro. A él le parecería igual de bella con cualquier marca.

Alastair y Djaka eran los únicos que permanecían de pie, Alastair con la espalda apoyada en el tronco de un árbol, casi en las sombras, y Djaka detrás de Ayla.

—Por lo que veo, con el ataque de hoy —prosiguió Gavin, inclinándose hacia delante y entrelazando los dedos de las manos— Leveann ya considera que su pequeño grupo está preparado y los está poniendo a prueba. Quiere ver si puede acabar antes con nosotros para que su transición a emperador sea lo menos conflictiva posible.

Jay bufó.

—Me temo que le voy a decepcionar, porque pienso ponérselo bien difícil.

—Ese aquitón al que nos enfrentamos Tarvo y yo daba un poco de miedo —admitió Connor—.

Se… disolvía en el agua, como si nada.

—Era complicado atacarlo —lo apoyó Tarvo con un asentimiento de cabeza—. Tened cuidado si os encontráis con él.

—Sí, es Ridre —informó Gavin y suspiró con pesadez—. Es, por naturaleza, ya bastante sádico, y de los pocos a los que el oráculo supremo no ha tenido que manipular en absoluto: le gusta matar por matar, y Leveann le ha ofrecido la oportunidad perfecta para ello. No me sorprendería que a él sí lo mantuviera como su guardaespaldas si consigue hacerse con el poder del imperio.

—Lo que no entiendo es de dónde saca el oráculo supremo tantas plumas de Luvann —dijo Jay, irritado—. Primero Loure, ahora Su-Nev… ¿No se supone que las plumas cargadas con su luz son extremadamente raras?

—Así es —intervino Djaka. Su voz llegó con fuerza y claridad a todos—. Sin embargo, bastaría con que hubiera conseguido una para invocar una visión que le llevara a ver quién en el futuro podría tener otras. Sospecho que se las habrá arrebatado.

—Imagino que yo tendría una cuando me encontró —murmuró Ayla, respirando hondo al notar la atención de todos sobre ella, nerviosa—. Supongo que la utilizaría para conseguir la otra.

—¿Y quién más podría haber tenido una? —inquirió Valikia, frunciendo el ceño—. Ni siquiera yo, que dediqué varios años de mi vida a buscar a Luvann, conseguí más que plumas suyas sin luz. Y nosotros solo acabamos con una pluma de luz en nuestro poder porque fuimos a buscarlo y nos la otorgó.

—Es posible que haya alguien más a quien Luvann salvara como hizo con Ayla —señaló Jay —, y que el oráculo supremo se la arrebatara a él.

—Djaka —la llamó Caedra, girando la cabeza y alzando la vista para mirarla—. ¿Podrías consultar a Luvann sobre eso? Convendría saber de dónde obtuvo el oráculo supremo esa segunda pluma y si hay más que pueda tener a su alcance. Habría que evitar que se haga con ellas.

Djaka puso los ojos en blanco.

—¿Soy ahora vuestra dragona de los recados o qué?

—Djaka… —dijo Caedra en tono de suplica—. Es muy importante. No podemos permitir que siga reviviendo a nuestros seres queridos para convertirlos en sus títeres.

—Está bien, está bien —cedió ella, alzando las palmas de las manos—. Partiré mañana mismo hacia Zarested para hablar con Luvann.

Caedra sonrió, más tranquila.

—Gracias.

Ayla se aclaró la garganta. Se sonrojó cuando, una vez más, todos la miraron, expectantes.

—Esto… ¿Podría acompañar a Djaka? Me gustaría seguir entrenando mis habilidades con las visiones y también preguntar a Luvann si hay algo más que me pueda enseñar.

—Por mí haz lo que quieras, mortal —respondió Djaka, con una mano en la cintura—. Me entretendrá algo de compañía.

Jay frunció el ceño, preocupado.

—¿No será peligroso?

Djaka gruñó.

—¿Insinúas que no seré capaz de protegerla? Muy pocas cosas pueden conmigo en el aire estando en mi forma de dragón, mortal.

—Vale, vale… —murmuró Jay, cruzando los brazos. Además, supuso que así Ayla estaría a salvo, lejos del alcance del oráculo supremo, y podría aprovechar para seguir haciéndose más fuerte.

—Muy bien, en ese caso, repasemos nuestra planificación —propuso Gavin.

Tarvo asintió con la cabeza. Aunque Djaka estuviera ahí presente, siendo la única que no podía tener una pieza de umbrano en contacto con la piel, la dragona les había asegurado que, mientras todos los demás tuvieran una, no habría problema. Sería complicado que el oráculo supremo invocara una visión eficaz a través de ella; lo máximo que alcanzaría a escuchar sería solo la voz de Djaka distorsionada.

—Djaka y Ayla se marcharán a Zarested para consultar a Luvann —dijo Tarvo—. Tardarán aproximadamente un mes entre ir y volver, tiempo en el cual los demás haremos lo que habíamos hablado: encender la chispa de la rebelión en Gaelar, convencer al nuevo soberano de Anthius de que nos ayude a seguir avanzando hasta Omilia y destruir las minas de umbrano en la frontera de los dos reinos para facilitar el paso y cortar el suministro.

—Dentro de un mes, todos nos reuniremos de nuevo en Ganthia para que nos contéis lo que habéis averiguado —dijo Gavin, mirando primero a Djaka y luego a Ayla—. Mientras tanto, los demás seguiremos en contacto. Espero que para entonces ya hayamos recuperado el ejército de Anthius y hayamos movilizado todas nuestras tropas hacia Omilia.

El ataque del oráculo supremo a Ganthia había sido duro, pero la mayoría de sus guerreros había sobrevivido. Los que peor lo habían pasado habían sido los denu.

—Bueno, pues si ya está todo decidido —dijo Jay, poniéndose en pie y sacudiendo los pantalones—, voy a ir trayendo la carne para asarla.

—¿Es que solo piensas en comida? —lo picó Valikia.

—No, es que es ya la hora de cenar y mañana todos madrugamos —se defendió Jay, ofendido. Se le escapó una risa nerviosa cuando su estómago gruñó—. Bueno, eso y que tengo hambre…

Caedra rio.

—Qué raro en ti.

—Ten cuidado ahora cuando traigas la carne y asegúrate de dejar algo para los demás —bromeó Tarvo.

—A mí tráeme algo de pan también —le pidió Connor, inclinándose hacia atrás para alzar la voz y que Jay lo escuchara mientras caminaba hacia la casa.

—¿Qué soy, tu chacha? —replicó Jay, sin detenerse.

—¿Lo dudas? —dijo Connor con una carcajada.

—Oye, Jay, yo quiero agua —añadió Valikia para fastidiarlo.

Jay bufó, alzando la barbilla.

—¡Traedlo vosotros mismos!

***

Había refrescado ya bastante. Los únicos que quedaban junto a la hoguera eran Jay y Ayla. Los demás se habían ido retirando a dormir.

Ayla mantenía las manos encima de las llamas para calentar los dedos, que se le habían enfriado mientras cenaban.

—Oye, Ayla…

El corazón de la chica se aceleró al escuchar a Jay. Tenía bastante sueño, pero se resistía a irse para estar un rato más con él. Aunque quería ir con Djaka para seguir entrenando, le daba mucha pena saber que no lo volvería a ver hasta dentro de un mes.

Ella giró la cabeza para mirarlo. Jay tenía sus ojos clavados en la danza de las llamas de la hoguera, con los brazos rodeando sus piernas dobladas.

—¿Sí, Jay?

Jay desvió su vista hacia ella. Ayla se quedó rígida.

—Ten mucho cuidado en tu viaje, ¿vale?

Ella se sonrojó y agachó la cabeza. Esperó que Jay no se hubiera dado cuenta…

—Sí, claro. Ten cuidado tú también… —murmuró, mirándolo por debajo de las pestañas.

Él sonrió. No sabía por qué Ayla reaccionaba a veces de esa forma con él, pero le parecía adorable.

El sonido del lento crepitar de las llamas llenaba el ambiente. Sopló una suave brisa de aire frío y Ayla tembló. Se abrazó con sus alas.

Jay estaba mentalizándose para incorporarse. Había sido un día intenso y lleno de emociones. Estaba agotado y necesitaba dormir.

—Jay, yo… —habló Ayla, y Jay levantó los párpados, atento. Ella giró levemente la cabeza para mirarlo—. Solo quería volver a darte las gracias por lo que hiciste por mí. Por ayudarme a pesar de que era tu enemiga y hablar conmigo…

Jay sonrió.

—Siempre me alegraré de haberlo hecho, Ayla. Eres una persona maravillosa que solo necesitaba un pequeño empujón para mostrar toda su fuerza al mundo.

Ayla se apresuró a mirar de nuevo hacia el fuego al notar su rostro ardiendo. Su corazón latía con fuerza. Juntó los dedos de las manos.

—Tuve mucho miedo cuando el oráculo supremo intentaba borrarme la memoria de nuevo —confesó, frunciendo el ceño—. No quería olvidar todo lo que me habías enseñado y volver a aquella vida tan monótona… Me hizo apreciar todavía más lo que hiciste por mí y por eso… Por eso quería darte las gracias otra vez.

Jay recordó todos los meses que había pasado sin saber nada de ella, preguntándose si la estarían torturando…

—No te preocupes, Ayla. Me aseguraré de que ese malnacido no vuelva a capturarte, ni a ti ni a ninguno de nosotros. Cada vez queda menos para que le hagamos pagar por todo el daño que nos

ha hecho.

Ayla no dijo nada, relajándose de nuevo. Se acordó de la visión que había tenido de ella con Jay en la Tierra…

¿Lograrían derrotar al oráculo supremo y al emperador en un futuro? Tenía la esperanza de que lo que había visto fuera un momento posterior a su victoria y que Jay la llevara con él a visitar de nuevo la Tierra, esta vez ya sin ninguna amenaza…

Del mismo modo que cuando veía algo terrible se alegraba de que el futuro no estuviera escrito en piedra, cuando tenía una visión así se lamentaba de que no estuviera garantizado.

***

Alastair y Caedra se habían tumbado en la arena negra de la playa, observando las estrellas. El mar ya se había calmado y las olas volvían a entrar con suavidad en la orilla.

Caedra había cruzado las manos en su pecho. Se sentía extraña. A pesar de haber matado a Loure esa mañana, ahora se encontraba relativamente en paz.

No tenía ninguna duda respecto a lo que había hecho. Aquel ser no había sido su hermano, aunque lo pareciera.

—Me habría gustado que pudieras conocer a Loure —habló Caedra, girando la cabeza para mirar a Alastair.

Él la imitó y el corazón de Caedra se aceleró al tener tan cerca sus ojos de hielo. Todavía no había terminado de asumir todo lo que había sucedido ese día, no solo el asunto de Loure.

—Lo he visto. En tus recuerdos —señaló él.

Caedra frunció el ceño.

—No es lo mismo. Ojalá hubieras podido hablar con él…

Alastair resopló.

—Dudo que yo hubiera sido de su agrado —comentó en tono seco.

Caedra sonrió. Giró su cuerpo entero para quedar tumbada sobre el costado y extendió una mano que puso en la mejilla de Alastair.

—Vamos, Alastair, no seas así. Es cierto que puedes intimidar bastante al principio, pero una vez te hubiera conocido de verdad habría estado muy contento de que…

Caedra calló y bajó la vista. Apartó su mano y Alastair frunció el ceño, preocupado.

—¿De qué? —la instó a continuar.

—De que… ¿estemos juntos? —murmuró ella, mirándolo por debajo de las pestañas—. Porque… estamos juntos, ¿no?

Al fin y al cabo, su caso era un tanto excepcional. Jay también estaba incluido.

—Caedra, eres… —gruñó Alastair mientras se pegaba a ella, resignado a que se lo iba a tener que demostrar una vez más.

La besó y la zeafírea sonrió. Se abrazó a él y rodaron por la arena para que Caedra quedara tumbada sobre Alastair.

—Quiero estar siempre así —comentó ella cuando separaron sus bocas para respirar—. Creo

que no te imaginas lo feliz que soy ahora mismo.

—El latido desenfrenado de tu corazón me da una idea bastante aproximada —dijo él, divertido. Se puso serio—. ¿Por qué dudas tanto?

Ella suspiró con tristeza.

—Porque a veces me cuesta creer que realmente te hayas fijado en alguien como yo. Estás muy por encima de mí, Alastair.

Él deslizó una mano por debajo de su pelo, dejándola en el cuello de la zeafírea. Ella tuvo un escalofrío. La piel de Alastair siempre estaba helada.

—No estoy por encima de ti, Caedra —replicó él con firmeza—. Eres la única que me ayudó y que no me abandonó. Eres la que me ha devuelto la alegría de vivir en este mundo que tanto me disgustaba. Has sido la luz después de mil años de oscuridad. ¿Cómo no iba a quererte?

Caedra sonrió, más tranquila.

—Ya… Siento haber dudado, Alastair. Yo también te quiero.

Apoyó la cabeza en el pecho de Alastair y cerró los ojos, relajándose con el sonido de los latidos de su corazón. Él la rodeó con sus brazos y sonrió también, aunque ella no lo vio.

Esos mil años de sufrimiento habían merecido la pena ahora que había encontrado a Caedra. Había estado tan convencido de que nunca más volvería a ser feliz…

Caedra seguía maravillada. Alastair la quería. La había besado, le había hecho saber lo importante que era para él… Caedra jamás había visto al frío hombre expresarse de aquella manera. Pero lo había hecho, por ella. Del mismo modo que, por ella, había aceptado que amara igualmente a Jay.

Y Alastair no había tardado en darse cuenta de la falta de confianza de Caedra en sí misma y enseguida le había dejado claro que no era inferior a él. Pero Caedra no terminaba de creerlo. ¿Cómo podría ser tan afortunada?

Por alguna extraña razón, Alastair, un dragón milenario y de las criaturas más poderosas de Gea, se había fijado en ella. La amaba a ella. A ella, una simple zeafírea con las alas rotas que necesitaba un esqueleto de metal para poder volar. Una zeafírea que se había roto por dentro en muchas ocasiones y que estaba marcada para siempre con profundas cicatrices, la más notable de todas en su rostro.

Pero Alastair, a pesar de todas las dificultades, nunca la había abandonado. La había acompañado y ayudado en todo momento. Era su guardián.

—¿En qué piensas? —preguntó Alastair al ver que no se dormía.

—En la suerte que tengo de haberte encontrado —contestó ella, irguiendo el cuello para mirarlo. Su pelo cayó como una cascada por encima del hombro, reposando en el pecho del hombre. Bajó la vista, apenada—. En… lo realmente insignificante que soy en comparación a ti.

Alastair frunció el ceño. La tomó de la barbilla con suavidad, obligándola a poner sus ojos en él de nuevo.

—¿Qué te acabo de decir, Caedra? No eres inferior a mí. De no ser por ti, yo no estaría hoy aquí. Eres la única persona en este mundo que ha sido capaz de devolverme las ganas de vivir, la primera que supo mirar más allá de mi apariencia… —Alastair subió la mano para acariciar su

mejilla. A Caedra se le escapó un pequeño suspiro. Alastair esbozó media sonrisa—. Te amo, Caedra. Con la intensidad de un vendaval, y con la certeza de que has hecho que llegue la primavera tras un largo milenio sumido en un crudo invierno.

El corazón de Caedra se aceleró.

—Alastair… —murmuró, conmovida. Pero su visión se inundó de lágrimas—. ¿De verdad que no te molesta lo que siento por Jay?

Alastair resopló.

—Te lo diré las veces que haga falta: no quiero que sufras luchando contra tus sentimientos si tu corazón es capaz de amar con la misma intensidad a dos personas. No es amor pleno el que se asienta sobre el dolor y la renuncia, por mucho que así nos lo hayan enseñado.

Era irónico, cómo se había encaprichado de una simple mortal a la que había despreciado al principio. Cómo se había ido acercando a ella, cómo había ido haciéndose un hueco en su corazón… hasta volverse imprescindible. Había conseguido que Alastair estuviera dispuesto a todo para protegerla.

Alastair sabía que estaba perdidamente enamorado de ella. Y ya no le molestaba. Lo había aceptado. Él era feliz con ella. La necesitaba en su vida. Y solo quería que ella fuera feliz también.

Caedra lo observó durante unos segundos, maravillada, mientras parpadeaba para despejar las lágrimas.

—¿Cómo fuiste capaz de aceptarlo?

Alastair acarició su mejilla antes de subir la mano a su frente, apartando los mechones de pelo blanco.

—Me temo que he tenido tiempo de aprender de todo en mis miles de años de vida, Caedra —respondió él de buena gana, aunque no sin cierta amargura—. Y no fue muy difícil aceptarlo una vez comprobé, al fin, lo mucho que Jay también estaba dispuesto a dar por ti.

Caedra frunció el ceño. Pero sonrió, sus mejillas ahora rojas.

—¿Ves por qué no me creo lo afortunada que soy de haberte encontrado, Alastair?

—Eso lo tendría que decir yo —replicó él. Su vida habría sido tan diferente de no haberse cruzado sus caminos…

Caedra ahogó una exclamación cuando él se movió. Alastair la agarró de los brazos y los hizo rodar por la arena. Él quedó encima de ella, apoyando las palmas de las manos a un lado y a otro de su cabeza. Caedra jadeó al ver su rostro tan cerca del suyo. Sus ojos de hielo relucían en la oscuridad. Y él se inclinó y posó los labios en los de ella. Caedra suspiró, feliz.

Estuvieron así varios minutos, con Alastair encima de la zeafírea, asegurándose de mantener todo el peso en sus brazos para no hacerle daño, simplemente besándose. Hasta que escucharon el ruido de pasos.

—¿Va a convertirse en costumbre que os interrumpa en estos momentos? —bromeó Jay, que se detuvo a unos metros de distancia con una mano en el cuello, avergonzado. No había sido su intención, tan solo había querido hablar con ellos antes de irse a dormir…

Alastair se apartó y se levantó. Caedra se sentó y se quedó inclinada, con la vista clavada en la

arena y el rostro incendiado. Jay suavizó la mirada y se acercó. Se agachó junto a ella, poniendo una mano en su espalda, entre las alas. Ella ladeó la cabeza para observarlo, y Jay sintió un pinchazo en el corazón al reconocer el temor en sus ojos.

—No me molesta, Cai, de verdad —le aseguró. Pasó un brazo por sus hombros, pegándola a él, y le dio un beso en la sien. A ella se le escapó una sonrisa, reconfortada.

Alastair los contemplaba con el semblante más relajado que de costumbre. El hielo estaba ausente en sus ojos.

Jamás habría sospechado que un mortal fuera capaz de entenderlo, que aceptara esa situación que se había dado entre ellos. Jay lo había sorprendido, una vez más, en ese aspecto, y se halló sintiendo cierto orgullo por él.

Caedra apoyó la frente en el hombro de Jay, dejando caer los párpados. Estaba agotada…

—¿Podemos dormir aquí? —se atrevió a pedir—. ¿Los tres?

Temió que Jay o Alastair se tensaran, disgustados por la idea. Una cosa era que aceptaran sus sentimientos por los dos; otra muy diferente era que se mostraran entusiasmados por pasar más tiempo del necesario el uno con el otro, y más con ella en medio.

Pero Jay permaneció relajado. Caedra se atrevió a erguirse para echar un vistazo a la expresión de Alastair por encima del hombro. Se encontró con que él ya se estaba sentando en la arena. El corazón de la zeafírea se aceleró.

Unos segundos más tarde, estaban los tres tumbados, escuchando el arrullo de las olas entrando en la orilla. Caedra estaba entre Jay y Alastair, con los ojos cerrados y una sonrisa plena en sus labios. En la mano izquierda tenía la de Jay y, en la derecha, la de Alastair. Los dedos de Jay se aferraban a los suyos con fuerza, transmitiéndole su calidez. Los de Alastair, en cambio, permanecían más relajados, acariciando su piel con el pulgar.

Y Caedra deseó poder quedarse así para siempre. Sabía que a la mañana siguiente tendría que volver a la realidad. Que sus vidas correrían peligro, como cada día que pasaban en Gea. Pero en ese instante se dejó llevar por aquella nube de felicidad y suspiró, sintiéndose más dichosa que nunca entre el fuego y el hielo.

Capítulo 28: A prueba

Desembarcar en la orilla de Puerto Nithal no supuso problema. Los acompañaba un séquito de torrogal que enseguida dejó claro que iban en representación del maestro Shidan, una figura altamente respetada en Anthius, y más después de que los torrogal hubieran formado una parte importante del ejército que había echado a los soldados del emperador de aquellas tierras.

A Valikia se le hizo raro caminar por Anthius a través de las rutas comerciales, escoltados por guardias al servicio del nuevo rey. La última vez que había atravesado el territorio había sido avanzando entre sangrientas batallas.

A Gavin, en cambio, le sorprendía que ya hubiera un nuevo soberano apenas unos días después del fallecimiento de Faye. Por lo que les habían comentado, sin embargo, Faye había restaurado a los nobles a sus antiguas posiciones poco antes de morir.

Por tanto, no había habido necesidad de votaciones. Según la línea de sucesión, el trono había ido a parar al duque Kidhu, de la casa Kadea, primo muy lejano de Faye. Era de los pocos que se había salvado de la ola de ejecuciones del emperador al ocultarse muy bien. Gavin no tenía la más mínima idea de cómo sería, y los soldados de Anthius que los rodeaban no eran muy habladores.

Llegaron en menos de una semana a Antheria, la capital. Los llevaron directos al castillo, donde obligaron a los torrogal a esperar en una dependencia mientras Gavin y Valikia avanzaban hacia la sala del trono.

—Déjame hablar a mí, ¿vale? —le suplicó Gavin a Valikia en un susurro.

Ella bufó y cruzó los brazos, indignada.

—¿Acaso te crees que no sé estar callada cuando conviene?

—Val, te conozco demasiado —replicó Gavin, poniendo los ojos en blanco.

Caminaban guiados por el mayordomo del duque, ahora rey, el cual se mantenía en silencio.

Pararon delante de la puerta de la sala del trono. Los soldados que la custodiaban les permitieron el acceso.

—Gavin, de la dinastía Gaelar, y Valikia, enviados de Ganthia, majestad —anunció el mayordomo, con la postura perfectamente erguida, cruzando el brazo en su pecho.

El rey estaba de espaldas a ellos. Solo podían ver su pelo castaño, adornado con la misma corona que había portado Faye, y la larga capa dorada que cubría también los escalones que llevaban a los tronos.

Observaba el recién colocado retrato de Faye en la pared del fondo. La chica aparecía representada con un traje blanco y su melena pelirroja recogida debajo de la corona. Estaba de pie, empuñando una espada.

Valikia gruñó al verla. Crispó las plumas.

—Val… —masculló Gavin en un tono tan bajo que solo escuchó ella.

La zeafírea respiró hondo e imitó la postura de su amigo, con la espalda erguida, los hombros rectos y alzando la barbilla.

El rey Kidhu de la casa Kadea, al fin, se giró para mirarlos, permitiéndoles analizarlo mejor. Parecía joven; no tendría más de treinta años. Su pelo rizado estaba echado hacia atrás, dejando la frente despejada, y tenía una espesa barba perfectamente recortada. Llevaba un traje azul oscuro que contrastaba con su piel blanca.

—Rey Kidhu, majestad —le saludó Gavin, haciendo una ligera reverencia. Valikia se apresuró en hacer lo mismo—. Gracias por concedernos esta audiencia. Es un honor estar ante vos.

—El honor es mío, jóvenes liberadores de Anthius —dijo Kidhu, cruzando las manos detrás de la espalda y observándolos de una forma un tanto enigmática—. No solo contribuisteis a la reconquista de estas tierras, sino que también acabasteis con la incompetente princesa Realyn.

Valikia arqueó una ceja. Se había fijado en que no había ni un solo guardia dentro de la sala del trono; estaban completamente a solas con el rey, por lo que no había nadie que pudiera escuchar aquel insulto a la querida Sombra del viento.

Sin embargo, o Kidhu era muy poderoso y no tenía nada que temer, o era muy estúpido y estaba completamente desprotegido ante ellos, aunque no pensaran atacarlo. Valikia sospechó que sería lo primero.

Gavin no varió su expresión.

—¿Estabais enemistado con Faye, majestad? —cuestionó con cautela.

—No éramos exactamente enemigos… Pero tampoco la vi capaz de liderar una nación en los pocos días que pude conocerla —contestó Kidhu con sencillez. Observó de reojo el retrato que ahora quedaba a sus espaldas—. Me lo confirmó no mucho después aliándose con el oráculo supremo del imperio… —Su rostro se crispó en una mueca de asco—. Despreciable. Ese hombre no es de fiar.

«Al menos, en eso estamos de acuerdo», pensó Gavin, aunque no se atrevió a ser optimista todavía.

—Supongo, entonces, que sois el responsable de que el pueblo no nos haya culpado a nosotros por su muerte, majestad —dijo Gavin, entornando los ojos.

—Así es —confirmó él, esbozando una sonrisa que no les transmitió nada de calidez—. Me conviene que la ira del pueblo se dirija al imperio que nos oprimió durante tanto tiempo…, no a los que han sido hasta ahora nuestros aliados.

Valikia se relajó al escuchar esto. No creía que fuera muy complicado, entonces, convencerlo de que los ayudara…

—En ese caso —prosiguió Gavin—, hemos venido a solicitar vuestra ayuda para seguir avanzando hacia Omilia, majestad…

—Anthius ahora mismo acaba de obtener una importante victoria frente al imperio reclamando todo lo que es nuestro —dijo Kidhu. Cruzó los brazos—. ¿Por qué habría de arriesgar mi ejército avanzando a través de una cordillera hostil hacia Omilia? El emperador no tendrá problemas en tendernos allí una emboscada y aniquilarnos, y habremos dejado Anthius expuesto.

—Nosotros…

—No tengo interés en negociar contigo, Gavin de la dinastía Gaelar —lo interrumpió el rey, esbozando una sonrisa cargada de sorna. Bajó los escalones y se acercó a ellos. Señaló a Valikia —. Prefiero hablar contigo, zeafírea de las lejanas tierras de Zarested.

Valikia abrió los ojos como platos y miró a Gavin, desesperada, como si hubiera sido pillada cometiendo un terrible crimen.

Gavin apretó los dientes. Ya se había dado cuenta de que el mayordomo había remarcado la familia a la que pertenecía al anunciar su presencia en la sala del trono. Y estaba claro que Kidhu no estaba dispuesto a conversar con el hijo del emperador.

Pero ¿cómo había obtenido el rey esa información? Nadie salvo Jay y sus amigos más cercanos conocían su procedencia.

Asintió lentamente con la cabeza al notar la mirada de Valikia. Trató de no dar las negociaciones por perdidas. Confiaría en su compañera.

—Muy bien, Valikia. ¿Te llamabas así, no? —inquirió Kidhu.

—A-así es, majestad —confirmó Valikia. Se increpó mentalmente al haber tartamudeado.

Los nervios la atenazaban y agradeció que nadie pudiera escuchar el acelerado latido de su corazón. ¡No estaba preparada para cargar con la negociación de toda la campaña! Estaba segura de que diría algo inadecuado u ofensivo para el rey…

—Dime, ¿por qué debería arriesgar mis tropas por vosotros? Según tengo entendido, la princesa Realyn —Kidhu insistía en referirse a Faye por su antiguo nombre y sin usar su título de reina— solo había negociado con vosotros la reconquista de Anthius.

—Es cuestión de tiempo que el imperio vuelva a atacar Anthius para recuperarlo, majestad —empezó Valikia. Kidhu entornó los ojos y la zeafírea se apresuró en continuar—: S-sé que sois fuertes, y no dudo de vuestra capacidad de liderazgo para defender vuestro territorio. Pero el imperio os acorrala contra el mar, con Gaelar y Omilia rodeando Anthius para ejercer presión desde dos frentes a la vez.

Kidhu torció el gesto, y Valikia estaba segura de que estaba fallando. Pero ¿qué otra cosa podía decirle?

—Continúa —indicó Kidhu, cruzando las manos detrás de la espalda.

Valikia respiró hondo. Repasó mentalmente las lecciones de historia del continente de Aruristed que Gavin le había impartido de vez en cuando desde que se conocían.

—Según tengo entendido, Omilia ha sido durante décadas enemigo de Anthius —dijo, y Kidhu asintió lentamente con la cabeza.

—Cierto. ¿Por qué íbamos a ayudarlos ahora?

—No os pedimos que los ayudéis, majestad —replicó Valikia—. Nos estaréis ayudando a nosotros a seguir debilitando el imperio para acabar con el emperador y, en el proceso, podréis anexar Omilia a Anthius. Nada os impediría quedaros con el control también de esas tierras. El beneficio es doble, majestad.

Kidhu entrecerró los ojos y se acarició la barba con la mano, pensativo.

—Interesante, zeafírea. Continúa.

Valikia prácticamente podía sentir la mirada de Gavin sobre ella, juzgándola. ¿Qué opinaría

sobre lo que estaba haciendo? Lo imaginó desesperándose por momentos según ella avanzaba en la dirección equivocada.

Aun así, tenía la pequeña esperanza de no estar haciéndolo tan mal.

Una diminuta gota de sudor se deslizó por su rostro. Trataba de ocultarlo, pero estaba muy nerviosa y sentía una gran presión. Ahora todo dependía de ella. Sin el ejército de Anthius, no podrían hacer nada. Y todo el esfuerzo realizado en esas tierras habría sido en vano.

—Podéis marcar la diferencia con el resto de reyes que ha tenido Anthius previamente, majestad. Anthius siempre ha sido un centro del comercio, manteniéndose relativamente neutral. Pero eso mismo lo llevó a ser un reino complaciente que cayó sin mucha dificultad en el primer ataque del emperador. —Valikia temió haberlo ofendido al decir esto, pero Kidhu se mantuvo inexpresivo, escuchándola con atención—. Ahora tenéis un verdadero ejército a vuestra disposición, curtido en las batallas de la reconquista. Es el momento de que demostréis que Anthius es un reino fuerte que debe ser temido y respetado, que no volverá a ceder ante el imperio. Si conquistáis Omilia, majestad, seréis recordado por generaciones como el rey que cambió para siempre el destino de Anthius… Aquel que trajo una nueva era de prosperidad y gloria para su pueblo.

Kidhu esbozó media sonrisa.

—Me gusta eso que dices, zeafírea, y no negaré que me siento atraído por la idea de anexar Omilia a Anthius. Sin embargo, sigue presente el obstáculo de la cordillera que es la frontera natural entre los dos reinos. Mis antepasados, todos necios, ignoraron durante décadas la actividad que el imperio llevaba allí en secreto, en sus minas de umbrano. Dominan esas montañas por completo; las conocen. Ningún ejército podría atravesarlas y salir indemne. Y, sin nuestras tropas íntegras, no habrá posibilidad de avanzar en Omilia ejerciendo la presión necesaria.

Valikia había tenido la tentación de interrumpir en varias ocasiones su discurso, pero, afortunadamente, había sabido contenerse y respetar al rey, esperando a que terminara de hablar para rebatir:

—Majestad, nosotros nos encargaríamos de eso. Nuestros compañeros ya se han encaminado hacia la cordillera y os garantizo que destruirán por completo las minas, liberando a los esclavos y desterrando la presencia del imperio de las montañas. —Se atrevió a levantar la vista para mirarlo directamente—. El camino quedará despejado por completo para nuestras tropas, majestad, os lo podemos asegurar.

Los ojos de Kidhu brillaron con interés. Se inclinó hacia ella.

—¿Cuánto tiempo tardarán en llevar esto a cabo?

—Dos semanas, tres como mucho, majestad. —Al menos, eso le había explicado Caedra. No había entendido mucho del plan que le había contado para destruirlas, pero Valikia confiaba en los cálculos que había hecho—. Tendréis el paso por las montañas asegurado para vuestro ejército.

Kidhu se mantuvo varios segundos en silencio. Valikia se limpió disimuladamente las palmas de las manos en los pantalones; le estaban sudando en exceso por los nervios. Le habría gustado poder ir mirando a Gavin de vez en cuando a lo largo de la conversación para deducir, a través de sus reacciones, si lo estaba haciendo bien o mal, pero sabía que no debía apartar su atención del

rey.

—Muy bien, Valikia de Zarested —habló al final Kidhu, dando una palmada. El corazón de Valikia latió con fuerza—. Tendréis mi ejército a vuestra disposición con la condición de que despejéis el paso a través de la cordillera. Cumplid vuestra parte del trato y marcharemos de inmediato hacia Omilia.

Valikia se olvidó de respirar por un momento.

«¿Lo he… conseguido?», pensó, estupefacta.

Se apresuró a reaccionar:

—O-os damos las gracias, majestad, por concedernos esta audiencia y escucharnos. Nos… satisface haber alcanzado este acuerdo que nos beneficia mutuamente. Os aseguramos que cumpliremos nuestra parte y os franquearemos el camino.

Concluyó su intervención con una leve reverencia. Comprobó por el rabillo del ojo que Gavin hacía lo mismo.

El rey Kidhu sonrió.

—Ha sido un placer, Valikia, Gavin. Enviaré exploradores a la cordillera dentro de unas semanas para comprobar que vuestros compañeros destruyen esas minas. Mientras tanto, sois libres de permanecer en Anthius como mis invitados.

—Gracias, majestad. Así lo haremos —dijo Valikia con otra reverencia—. Sois muy… generoso. Me alegra ver que ahora Anthius tiene a un rey como vos al frente.

La sonrisa de Kidhu se ensanchó.

—Es una alegría para mí escuchar eso, Valikia.

***

Apenas se cerraron las puertas de la sala del trono detrás de ellos, Valikia liberó el enorme suspiro de alivio que había estado conteniendo.

Gavin y ella se mantuvieron en silencio. Fueron escoltados hacia las que serían sus dependencias durante su estancia en el castillo.

Valikia observaba a Gavin de reojo mientras subían por las escaleras de caracol. El chico permanecía inexpresivo y no la miraba.

Valikia frunció el ceño. ¿Acaso lo había hecho mal? Había conseguido lo que querían…, ¿no?

El mayordomo extendió el brazo hacia las dos puertas que serían sus dos habitaciones, tras lo cual se marchó con una reverencia para guiar también al séquito de torrogal a las suyas.

—Eh…

Valikia no supo muy bien qué decir o qué hacer. Gavin abrió la puerta de la habitación de su compañera.

—Pasa —dijo, y Valikia no dudó en obedecer.

Gavin cerró mientras Valikia admiraba la lujosa habitación. Había una enorme cama doble en el centro con cortinas azules y una multitud de almohadas y cojines. Junto a ella había un amplio ventanal de cristal. En la pared derecha destacaba un escritorio y una silla, todo de madera negra. A la izquierda, un espacioso armario del mismo material. Una alfombra azul con detalles

bordados en blanco y dorado cubría el suelo.

—¡Voy a vivir como una auténtica reina…! —empezó a celebrar Valikia, alzando las manos, cuando de repente Gavin la abrazó. Calló de golpe.

—¡Has estado increíble, Valikia!

La zeafírea se quedó rígida, con el rostro rojo como un tomate.

—¿S-se puede saber qué estás haciendo, principito?

Gavin rio y se separó.

—No esperaba que lo fueras a hacer tan bien. De verdad, ¡te has lucido como nunca!

Valikia tosió, tratando de disimular su sonrojo.

—Y-ya, bueno, ¿es que acaso pensabas que lo iba a estropear todo o qué? —No iba a admitir que los nervios la habían torturado durante la conversación.

Gavin sonrió con picardía y cruzó los brazos.

—Digamos que no tenía muchas esperanzas de que realmente hubieras prestado atención a mis lecciones de historia, arpía. Y nunca sueles ser muy… cuidadosa a la hora de hablar.

Valikia gruñó.

—¿A quién llamas tú arpía, principito de pacotilla? ¿He de recordarte quién ha conseguido recuperar el apoyo del ejército de Anthius? —replicó, alzando la barbilla y sonriendo altaneramente.

Estaba convencida de que el rey, en el fondo, tenía muchas dudas de que sus compañeros pudieran destruir las minas, y menos en solo unas semanas. Pero Valikia confiaba completamente en ellos y sabía que lo conseguirían.

Gavin estalló en carcajadas.

—Realmente ahora no se me ocurre ningún insulto con el que picarte, Valikia —admitió, mirándola con un brillo de admiración en sus ojos que desconcertó a la zeafírea—. Has dicho todo lo que tenías que decir y has sabido llevar el ritmo adecuado. Me has sorprendido cuando has sido capaz de contenerte y no interrumpir al rey; estaba seguro de que te ibas a impacientar…

—Pues ya has visto que no —dijo ella, inflando el pecho con orgullo y poniendo las manos en las caderas. Los rayos del sol entraban por la ventana incidiendo en su larga melena negra y arrancándole bonitos reflejos de obsidiana—. ¡Para que veas que soy capaz de salvarte el culo tanto dentro como fuera del campo de batalla!

Gavin sonrió.

—Eso siempre lo he sabido. Eres más observadora y perspicaz de lo que aparentas a simple vista. Yo ya te conozco y no he dudado en ningún momento de lo capaz que eres cuando te lo propones.

Valikia parpadeó repetidamente.

—O-oye, Gavin, ¿desde cuándo me dices cosas bonitas? Como no te calles ahora mismo voy a acabar por creérmelo…

—Porque es la verdad. ¡Gracias a ti vamos a poder continuar con nuestro plan para tumbar el imperio! —exclamó él. Irradiaba alegría—. ¿Es que no te das cuenta de lo que has conseguido?

¡Volvemos a tener el ejército de Anthius gracias a ti! ¡Eres increíble, Val!

Valikia arqueó las cejas, lista para replicar. No pudo decir nada, sin embargo, pues de repente Gavin se acercó mucho, puso las manos en sus mejillas, la atrajo hacia él y plantó un beso en sus labios.

Valikia abrió los ojos como platos, rígida por completo. Su cerebro no era capaz de procesar lo que estaba pasando.

«Me está… besando —pensó. Así, de repente. Su corazón latía cada vez más y más deprisa—. ¡Gavin me está besando!».

Si eso era un sueño, desde luego iba a aprovecharlo. Gavin había cerrado los ojos y ella lo imitó, correspondiendo al beso. Notó cómo los labios de Gavin se ensanchaban en una sonrisa.

Gavin, al fin, se separó y Valikia lo miró, jadeando y con las mejillas rojas, acalorada.

—¿Q-qué…? —balbuceó ella—. ¿Qué acaba de pasar?

—Te he besado —señaló Gavin, divertido. Se inclinó hacia ella y le dio un toque en la nariz con el dedo índice—. Siento si ha sido muy repentino…

Había sido un impulso por la emoción del momento. Pero no se arrepentía.

—N-no, ¡ha estado bien!

Valikia se llevó las manos a la cara, avergonzada por el chillido que le había salido en su prisa por responder.

Gavin rio.

—Vaya, me alegro de que te haya gustado. No sabía si las arpías seríais muy difíciles de complacer en este aspecto.

Valikia dejó caer los brazos a un lado y sacó la lengua.

—No te crezcas, principito, que no ha sido para tanto…

—¿Ah, no? —replicó Gavin, divertido. La tomó de la barbilla y acercó su rostro de nuevo—. ¿Me dejas, entonces, que siga practicando? Estoy seguro de que sabrás enseñarme.

—P-pero qué… ¡D-deja de decir tonte…! —exclamó Valikia, avergonzada, pero fue callada de nuevo con otro beso.

Esta vez reaccionó desde el principio y rodeó el cuello de Gavin con los brazos, pegando sus cuerpos. Contuvo un suspiro de felicidad mientras asumía que eso estuviera ocurriendo de verdad.

—Por mucho que quiera negarlo —dijo Valikia cuando se separaron, sonriendo—, tengo que admitir que en realidad se te da bastante bien, principito.

—¿Así que ahora mis besos sí son del agrado de mi princesa? —la provocó Gavin.

—¡No te burles de mí! —gruñó Valikia, cruzando los brazos y crispando las plumas negras de sus alas.

Gavin soltó una pequeña carcajada.

—Puedo seguir llamándote arpía, si lo prefieres…

Valikia bajó la vista y lo miró tímidamente por debajo de las pestañas. Gavin se sorprendió al

ver a la normalmente impetuosa zeafírea con esa actitud.

—La verdad es que prefiero «princesa» a «arpía»… —admitió—. Al menos, de vez en cuando.

Gavin sonrió. Acarició su mejilla con suavidad.

—En ese caso, a partir de ahora serás también mi princesa. ¿Qué te parece?

Valikia sonrió también.

—Me parece perfecto, principito.

Gavin sintió mariposas en el estómago ante su sonrisa perlada. Había sido educado para gobernar, muy consciente de que su matrimonio sería concertado, parte de un acuerdo que beneficiara políticamente al imperio. Ahora, en cambio, él era ya libre de esas ataduras. Por lo que no había tenido impedimento alguno a la hora de demostrar sus sentimientos por la zeafírea.

Tenía que admitir que no había planeado decirle nada a Valikia hasta más adelante. De hecho, al final ni siquiera le había dicho nada, se había dejado llevar por la emoción del momento y había pasado directamente a la acción.

Valikia se abrazó a él, rodeándolo con sus alas, y alzó la vista para mirarlo con una sonrisa seductora que desconcertó a Gavin.

—Bueno, principito, creo que al final nos bastará con una sola habitación para los dos… —ronroneó ella.

Fue el turno de Gavin de sonrojarse, nervioso.

—¿Se puede saber en qué estás pensando, arpía?

Por mucho que quisiera, no sería capaz de dejar de llamarla «arpía» también. Y a Valikia no le importó. Ella había terminado por coger cariño al apodo que había empezado como un insulto.

Valikia rio.

—¿En qué voy a estar pensando, Gavin? Creo que ya eres bastante mayorcito como para deducirlo tú solito…, ¿no?

***

Alastair los había dejado en la costa oeste de Gaelar antes de marcharse con Jay y Caedra a la cordillera que separaba Anthius de Omilia.

Connor miró a un lado y a otro, ajustando las correas de su mochila de cuero. No había nadie en aquel golfo, tan pequeño que podía ver los dos cabos entre los que estaba situado con solo girar la cabeza de derecha a izquierda. El mar era diferente al que se veía en Ganthia. Este era más azulado, sin ningún tono verdoso.

—Si Makus y Silvary recibieron el mensaje, deberían estar esperándonos ya —dijo Tarvo, echando a andar por la arena blanca.

Los había informado de su intención de reunirse con ellos enviando un ave mensajera. Lo había escrito en el lenguaje que solo utilizaban entre ellos para darse indicaciones por escrito, por lo que no habría problema si lo interceptaba alguien.

Connor lo siguió por la playa, algo nervioso. Se aseguró de que el amuleto que le permitía comunicarse en auralio estaba bien posicionado bajo su camisa, en contacto con la piel de su pecho.

—¿Y si no les caigo bien? —inquirió, alcanzando a Tarvo y situándose a su lado.

Tarvo giró la cabeza para mirarlo y dejó escapar una pequeña carcajada.

—¿Por qué no ibas a caerles bien, Connor? —dijo, divertido. Puso una mano en el hombro de su amigo—. No deberías preocuparte tanto. Pueden intimidar un poco al principio, pero son más amigables de lo que parecen. Te apreciarán.

—Eso espero…

No sabía por qué, pero quería causar una buena impresión en ellos. Tarvo le había comentado que Makus y Silvary habían sido sus antiguos compañeros en el grupo de Shak'ti y ahora eran su familia.

Los tres habían servido al emperador durante años, Tarvo menos que los otros dos. Silvary había sido el mejor amigo de su hermano, ejecutado por el emperador, y se había convertido también en una especie de hermano mayor para Tarvo. Makus, su experimentado líder, era como un padre para ambos.

Connor no se había sentido tan decepcionado por no acompañar a Jay como le habría pasado hacía meses. Al contrario, estaba contento ante la idea de ir con Tarvo. Al fin y al cabo, era quien se había ocupado de él desde que llegó a Gea.

Tarvo era reservado y un poco tímido, pero habían ido cogiendo confianza con rapidez a través de sus entrenamientos y su amistad compartida con Jay. Connor admiraba la enorme capacidad de Tarvo para planificar estrategias, o improvisarlas en medio de un combate; su fuerza y habilidad en la lucha, y su capacidad para mantener la calma incluso cuando todo parecía venirse abajo.

Por algo había sido un asesino letal al servicio del emperador.

Connor había aprendido mucho de él y, siempre que pensaba que ya lo había visto todo, Tarvo lo sorprendía con alguna estratagema nueva. Connor se esforzaba en mejorar, llenándose de orgullo cada vez que Tarvo lo felicitaba por algo.

Llegaron al cabo, donde una pequeña grieta se abría en la pared. Tarvo se adentró en ella y Connor no dudó en ir tras él.

Caminaron por el hueco entre las rocas hasta llegar a otro espacio todavía más reducido que el golfo anterior. Estaba cerrado por completo, con el suelo entero de arena y sin rastro del agua del mar. No tenía techo, permitiendo ver el cielo azul.

Dos personas los esperaban allí, apoyadas en la pared rocosa. La primera era un hombre de edad ya avanzada, pero de porte erguido, hombros anchos y robusto. Su pelo oscuro estaba salpicado de canas grises, al igual que su espesa, pero corta, barba. Varias cicatrices marcaban la curtida piel morena de su rostro.

La segunda figura era un chico joven, no mucho más mayor que Tarvo. Tenía una mata de revuelto cabello rubio en la cabeza y sus ojos azules parecían cálidos, en comparación a los fríos verdes de su compañero. Su tez rosada también presentaba algún que otro corte de batallas anteriores.

Ambos vestían completamente de negro y tenían espadas pendiendo de sus cintos, además de dagas en las piernas y botas. Y eso era solo las que estaban visibles.

—Connor, te presento a Makus y Silvary —dijo Tarvo con una sonrisa. Miró a sus antiguos

compañeros—. Makus, Silvary, os presento a Connor.

—Encantado de conoceros —habló Connor y sonrió también. Se marcaron los hoyuelos en sus mejillas.

Silvary arqueó una ceja y lo miró de arriba abajo, divertido.

—Vaya, vaya, nuestro pequeño Tarvo al fin ha traído a su novio para que lo conozcamos. ¿Qué te parece, Makus?

Connor logró no atragantarse de milagro. Su rostro se incendió de inmediato. Observó a Tarvo, que se llevó un puño a la boca y tosió, tratando de ocultar su propio sonrojo.

—Silvary, no empecemos. Connor y yo solo somos amigos.

—Sí, Tarvo, «solo amigos». Me lo creo —aseguró él con una sonrisa sarcástica—. Ya veremos durante cuánto tiempo seguís siendo «solo amigos».

Tarvo puso los ojos en blanco. Connor optó por mantenerse en silencio.

—Silvary, vemos por fin a Tarvo después de tanto tiempo y lo primero que se te ocurre es empezar con tus tonterías —gruñó Makus, negando con la cabeza para sí—. ¿Quieres centrarte en lo que nos concierne ahora por una vez en tu vida?

—Mi vida suele ser muy aburrida, viejo, por lo que perdóname si intento divertirme a costa de los demás de vez en cuando —replicó Silvary. Se apartó de la pared y se acercó a Connor, observándolo más de cerca. Esbozó una sonrisa perezosa—. Parece buen partido, Tarvo. Yo le doy mi visto bueno.

Connor arqueó una ceja. Tarvo se llevó una mano a la cara.

—Ya te dije que no tendrías que preocuparte mucho por Silvary… —dijo Tarvo entre dientes.

Silvary rio y a Connor se le escapó una pequeña carcajada.

Makus, en cambio, lo contemplaba con los brazos cruzados y los ojos entornados. Connor tensó la espalda al notar su mirada.

—Espero que no seas un estorbo para Tarvo, chico —dijo al final Makus. Su voz era áspera—. Ya veremos cómo te desenvuelves estas semanas.

—Vamos, viejo, deja de ser tan amargado por una vez —rezongó Silvary, sin cortarse a la hora de darle un codazo. Se ganó una colleja.

—Os aseguro que Connor no será ningún estorbo —habló Tarvo, poniendo una mano en la espalda de su amigo, que le dedicó una mirada de agradecimiento—. ¿Qué tal si hablamos del plan a seguir a partir de ahora?

Silvary sonrió decididamente.

—Manos a la obra. Es hora de revolucionar Gaelar entero.

Capítulo 29: Cumbres gélidas

El plan que habían ideado para la destrucción de las minas las aniquilaría por completo si todo salía bien. Sin embargo, les llevaría un tiempo preparar lo que necesitaban para ello.

Llevaban ya unos días excavando pequeños túneles desde las cumbres de las montañas. Eran estrechos y descendían hasta las galerías de las minas, con las que conectaban solo a través de pequeños agujeros en el techo que no levantarían sospechas.

Por ahora solo habían completado el entramado de finos túneles que necesitarían en una de las montañas. Les quedaban otras dos.

Todo era más sencillo gracias a la información que Gavin le había mostrado a Alastair en su mente antes de marcharse. Gavin había visitado en distintas ocasiones las minas, tanto de pequeño como poco antes de desertar. Esto le permitía a Alastair tener una idea bastante aproximada de dónde sería mejor cavar.

El dragón se encargaba de abrir los túneles en la cima con sus garras y las sombras. A partir de ahí, se incorporaba Jay ayudando a fundir la roca con su fuego blanco. Cuando ya estaban acercándose a las galerías, Jay continuaba descendiendo, deshaciendo poco a poco la roca con las llamas; el túnel era tan estrecho que solo se podía deslizar por él rozándose con las paredes. Luego era cuestión de volver a subir a la cima transportándose en un cúmulo de sombras.

Jay odiaba bastante su trabajo. Siempre le habían resultado agobiantes los sitios cerrados, y ahora se pasaba casi todas las horas del día en un espacio oscuro y asfixiante. Además, no tenían a Ayla con ellos, por lo que, aunque trataba de ir con cuidado, era inevitable que de vez en cuando el fuego blanco le ocasionara una quemadura en la piel.

Había caído la noche que marcaba el fin de su primera semana en la cordillera. Como siempre, habían acampado en la cima. Estaban refugiados en una grieta que se hundía en el suelo de roca, a cubierto del gélido viento que soplaba constantemente, sin piedad, en las cumbres en cuanto se escondía el sol.

La temperatura era, por tanto, muy baja a esas alturas y, aunque Caedra estaba equipada con varias capas de ropa gruesa y envuelta en un manto de piel, lo pasaba especialmente mal por las noches.

Caedra se sentaba en ese momento frente a Jay, ambos pegados a la hoguera para que la zeafírea estuviera más a gusto. Se había quitado los guantes para curar las quemaduras de Jay y vendarle las manos. Era difícil trabajar para ella porque los dedos se le quedaban rígidos por el frío y apenas sentía las yemas. Le dolía la cabeza del casi constante castañeteo de sus dientes.

—No sé quién lo está pasando peor —comentó Jay cuando Caedra terminó de aplicar la última venda. Cogió las manos de la zeafírea, heladas, para tratar de darles algo de calor—. Yo, metido todo el día en esos túneles infernales, o tú congelándote por el frío.

—Yo tampoco sabría decirte —contestó ella con una suave carcajada.

Caedra se dedicaba a vigilar durante el día que no se acercara ningún enemigo, aunque era

difícil que las patrullas del imperio llegaran hasta la cima. Al fin y al cabo, se suponía que no había nunca nadie allí. Alastair también estaba con ella cuando ya habían progresado en el túnel que estuvieran haciendo en ese momento hasta el punto en el que Jay continuaba solo, una vez se acercaban ya a las galerías de las minas.

Era imposible estar en contacto con umbrano para que el oráculo supremo no tuviera visiones de ellos cuando necesitaban sus poderes para trabajar. Por tanto, aunque no habría obtenido información de nada de lo que habían hablado en Ganthia, no les sorprendería que viera algo de lo que estaban haciendo en los túneles.

Solo confiaban en que no averiguara dónde estaban exactamente, y, si lo hacía, que fuera lo más tarde posible. Con un poco de suerte, solo alcanzaría a mandar a alguien a detenerlos cuando ellos ya hubieran concluido su tarea y se hubieran marchado.

Caedra guardó lo que había utilizado para curar a Jay en su bolso. Ya habían cenado el par de conejos que había cazado ella ese día, por lo que solo quedaba descansar.

Tenían la noche dividida en guardias. El primer turno lo hacía Jay, el segundo era para Caedra y el último de Alastair.

—Cai, estás tardando en venir —bromeó Jay al ver a la zeafírea tiritar mientras se ponía los guantes de nuevo.

La zeafírea se acercó y se sentó delante, de espaldas a él. Jay la rodeó con sus brazos y se recostó en la pared de roca. Caedra se pegó a su cuerpo y echó la cabeza hacia atrás. Jay le dio un beso en la mejilla y Caedra sonrió. El chico apoyó la barbilla en la coronilla de la zeafírea, teniendo cuidado con sus cuernos.

—Cuando terminemos con esto no voy a volver a pasar la noche en la cima de una montaña así en mi vida —declaró Caedra. Se dio la vuelta en los brazos de Jay y escondió el rostro en su pecho. Le dolían hasta las mejillas del frío, y nunca agradeció tanto como en ese momento la calidez que le transmitía. Era incluso mejor que las llamas de la hoguera.

Jay rio. Él no tenía problema gracias a que, al ser afín al fuego, controlaba la temperatura de su cuerpo. Y Alastair, que era el hielo en persona, tampoco se veía afectado.

Le daba bastante pena lo mal que lo estaba pasando la zeafírea. De por sí, su raza huía de los sitios fríos. No los llevaban nada bien.

Pasaron los minutos y Caedra fue dejando de temblar. Se acurrucó contra Jay y él la agarró de la cintura, levantándola para sentarla en su regazo y así poder abrazarla mejor. Ella le dedicó una mirada de agradecimiento antes de reposar la cabeza en su pecho, casi hecha un ovillo, con las rodillas pegadas a la barbilla. Cerró los ojos. Jay dejó una mano en la sien de Caedra y con la otra se puso a jugar con su largo pelo blanco, enrollando mechones en los dedos.

Observó a Caedra mientras dormía. Su expresión estaba relajada; apretada contra él no tenía frío. Se alegraba de que así tuviera un rato de descanso. Él disfrutaba mucho teniéndola entre sus brazos.

Echaba de menos a todos sus amigos, pero era lógico que prefiriera estar con Caedra. Era quien había estado con él desde el principio; se conocían a la perfección y, a la hora de combatir, su fuego y su viento eran una combinación temible. Sobre todo, le daba la seguridad que necesitaba, y él se sentía más tranquilo teniéndola al lado para protegerla.

Sin embargo, le ponía nervioso aquella cordillera maldita. Estaba en permanente inquietud mientras trabajaba en los túneles, no solo por la sensación de claustrofobia, sino por perder a Caedra de vista. ¿Y si la atacaban y él no se enteraba?

Sabía que la zeafírea era fuerte. Pero su miedo siempre iba a estar ahí, y más desde lo que le había comentado Alastair sobre el persistente destino. Jay no quería imaginarse su vida sin Caedra; simplemente no podría seguir adelante. Ya había tenido bastante con la pérdida de Hadriel…

Levantó la vista y cruzó su mirada con los ojos gélidos de Alastair. El hombre de hielo acababa de materializarse en un cúmulo de sombras. Regresaba de comprobar que no había nadie en el perímetro.

Jay frunció el ceño.

—Oye, Alastair, ¿no te molesta… que Caedra duerma conmigo ahora todas las noches?

Normalmente ni se habría parado a pensarlo. Caedra y él siempre habían sido muy cercanos el uno con el otro; tenía una relación más estrecha con ella que con nadie. Pero ahora vivían una relación especial los tres y todavía tenía que adaptarse. Ya iba conociendo bastante bien a Alastair, pero a veces aún resultaba difícil descifrar lo que estaba pensando.

Por tanto, prefería asegurarse preguntando directamente antes de generar equívocos o situaciones incómodas.

Alastair arqueó una ceja.

—No —fue su seca respuesta.

—No sé por qué me esperaba que tu contestación fuera más larga —replicó Jay con sarcasmo.

Alastair gruñó.

—Sé que Caedra me quiere, Jay, por lo que no me preocupa. Sé que en estas circunstancias estará mejor contigo por el frío que hace. —Frunció el ceño, irritado por tener que explicarse—. Y, sobre todo, estoy por encima de esos celos tan básicos que tenéis los mortales.

Jay arqueó las cejas, sorprendido por haber recibido una explicación tan completa, al menos para el hombre de hielo. Se contuvo para no recordarle que él, ahora, también era mortal.

—Vale, vale —dijo, divertido—. Solo quería asegurarme.

—La relación que tenemos no implica que Caedra esté obligada a dividir su tiempo entre nosotros de igual forma. No es algo que haya que forzar.

—Ya, tienes razón.

Alastair suspiró con pesadez.

—Además, vi desde el principio que la relación que tenéis Caedra y tú es especial.

Jay frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir?

No era la primera vez que Alastair lo mencionaba, pero no sabía si se refería a algo distinto.

—No me gusta hablar tanto —espetó Alastair con frialdad, listo para dar la conversación por concluida.

—No, no puedes soltar eso que has dicho y callarte después —insistió Jay. Tenía curiosidad—.

Por favor.

Alastair lo taladró con la mirada. Jay sostuvo el contacto visual, empeñado en obtener una respuesta.

Finalmente, Alastair cedió:

—Ya desde antes de recuperar mi cuerpo, cuando habitaba en la mente de Caedra, vi que vuestro vínculo estaba por encima de todo; sois siempre la prioridad del otro y vuestra conexión va más allá de lo que sería, incluso, la mera atracción física. Hay algo muy profundo que os une indisolublemente.

Alastair cruzó los brazos, esperando la respuesta de Jay, pues sabía que no se iba a quedar callado.

—Ya veo —dijo Jay tras pensarlo durante un breve espacio de tiempo. Sonrió, bajando la vista para mirar a Caedra—. Sí, siempre ha sido algo así.

—No es algo que me agradara al principio, porque te consideraba un mortal estúpido e incompetente —confesó Alastair en tono frío.

—¡Oye! —protestó Jay, indignado.

Alastair lo ignoró.

—Con el tiempo, sin embargo, he podido comprobar que estaba equivocado y sé lo mucho que la necesitas y lo mucho que has hecho por ella. La quieres como yo.

Dicho esto, Alastair giró la cabeza y se quedó en silencio.

Jay miró de nuevo a la zeafírea que dormía acurrucada contra él, hecha un ovillo en sus brazos. Había estado confuso durante mucho tiempo por lo que sentía por Caedra, y sabía que ella, según le había comentado en alguna ocasión, también. Ahora que lo habían aclarado, le parecía tan obvio que no entendía cómo no se habían dado cuenta antes.

Por encima de todo, Jay consideraba a Caedra su familia. La única que le quedaba. Aunque, quizás, con el tiempo, fuera capaz de ir viendo a Gavin como su hermano, y no solo como un amigo. Era lo que Gavin quería. Solo que a Jay aún le costaba. No habían tenido un buen comienzo después de haber pasado la mayor parte de su vida sin saber que existía.

Sintió, sin embargo, la necesidad de seguir hablando.

—Oye, Alastair…

Alzó la vista y comprobó que el hombre había clavado en él sus ojos de hielo, claramente irritado por ser molestado de nuevo cuando iba a intentar descansar un poco él también.

—Tú también eres una prioridad para Caedra —declaró con firmeza—. Vuestro vínculo es tan especial como el que tenemos ella y yo, estoy seguro de eso. Sé que también lo daríais todo el uno por el otro.

Alastair esbozó una pequeña sonrisa. El corazón de Jay se aceleró al verlo.

—Supongo que, a veces, este tipo de cosas son más fáciles de percibir desde fuera que desde dentro de nosotros mismos.

—Sí, algo así —dijo Jay con una pequeña carcajada. Respiró hondo—. Y sabes… Sabes que yo también lo daría todo por ti, ¿no?

Alastair arqueó una ceja.

—¿Qué quieres decir?

Jay esbozó una sonrisa burlona, en un intento por aportar un toque más casual a la conversación.

—Voy a tener que ser yo ahora el que dé explicaciones, ¿eh?

—Jay —gruñó Alastair.

Él puso los ojos en blanco.

—Vale, vale… —Lo miró de nuevo. Se puso serio—. Lo que quiero decir es que tú también eres muy importante para mí, Alastair. Y que te protegería con todo, porque sé que Caedra te necesita para ser feliz. Y yo también.

La dureza en el rostro de hielo de Alastair se suavizó con una pátina de afecto.

—Yo a ti también. Por lo que ya puedes asegurarte de que no te pasa nada.

Jay agachó la cabeza y rio por lo bajo, conmovido por la preocupación implícita en su amenaza.

—Lo tendré en cuenta. —Bajó la vista—. Eh… ¿Crees que Caedra nos habrá escuchado? —inquirió, avergonzado. Comprobó que la zeafírea no dio ninguna señal de estar despierta. Su pecho continuó subiendo y bajando con suavidad.

—No. Sé distinguir a la perfección cuándo Caedra está dormida —contestó Alastair con sequedad—. Está sumida en un sueño profundo; el frío la agota con rapidez. Y ahora, Jay, voy a intentar descansar yo también, por lo que no me haré responsable de mis actos como vuelvas a hablarme.

Alastair cerró los ojos y Jay no se atrevió a decir nada, intimidado.

«Tan encantador como siempre», pensó Jay, sarcástico.

El viento seguía soplando con fuerza por encima de ellos, reproduciendo una lúgubre melodía. Jay intentó distinguir las estrellas en el cielo, pero no se veía nada.

Avivó el fuego de la hoguera y se resignó a pasar en silencio las tres horas de su turno de guardia.

***

—Yo siempre cuidé de ti, Caedra.

La zeafírea había estado admirando el mar desde lo alto de un risco. Se giró con brusquedad al escuchar esa voz tan familiar.

Loure la observaba tal y como lo había visto la última vez: con su cuerno partido y aquella mirada vacía.

Caedra retrocedió un paso. No pudo dar más o habría caído por el acantilado.

—Estás muerto —espetó, aunque se filtró algo de temor en su voz.

—Sí. Gracias a ti —replicó él con frialdad—. Después de todos los años que pasé sufriendo en las minas, ni siquiera fuiste capaz de reconocerme al encontrarnos.

—Tú tampoco me reconociste a mí —se defendió ella y llevó una mano al abanico enganchado en su cinto—. Habían pasado diez años desde la última vez que nos habíamos visto, Loure. Los

dos habíamos crecido…

—No fuiste capaz de reconocerme —repitió él, avanzando un paso hacia ella. Caedra cogió el abanico—. No me protegiste y me dejaste morir. Podría haber sido feliz al fin después de experimentar esa agonía durante años, pero tú no quisiste.

—Eso… no es cierto. No te acerques más —amenazó ella, extendiendo el brazo.

Loure se detuvo, pero siguió hablando, sin piedad:

—Por si eso no fuera suficiente, me hiciste morir una segunda vez. Me mataste tú misma. Me asesinaste.

Caedra apretó los dientes.

—No eras tú, Loure. Solo eras un cuerpo sin voluntad propia, controlado por el oráculo supremo.

—Yo siempre cuidé de ti, Caedra —dijo él, ignorándola—. Te crie, te cuidé, me aseguré de que eras feliz; lo di todo por ti. Y tú, a cambio, no has sido capaz de ofrecerme más que sufrimiento y muerte.

La mano de Caedra tembló. Se le escurrió el abanico de los dedos y cayó al suelo de piedra con un golpe metálico.

—No… No es así, Loure —murmuró ella. Se acercó a él—. Tienes que creerme, por favor. Yo… te eché mucho de menos durante todos los años que no supe nada de ti. No dejé de pensar en ti y en si estarías bien…

Loure esta vez permaneció en silencio. Caedra se acercó más y lo abrazó, sollozando.

—Perdóname, Loure, por favor… Yo…

Caedra calló de golpe y abrió los ojos como platos, notando que un frío metal perforaba su abdomen. Miró a Loure y trató de decir algo, pero lo único que brotó de su garganta fue sangre. Y él la observaba, impasible.

Bajó la vista, temerosa ante lo que iba a encontrarse. Loure la había atravesado con su lanza.

Gritó. Y el espacio a su alrededor se distorsionó.

***

Cayó de rodillas en una nube de brumas negras, jadeando. Se llevó de inmediato las manos a la tripa, con el corazón latiendo a mil por hora, buscando frenéticamente la herida. ¿Dónde estaba la sangre?

Unas frías manos atraparon las suyas, obligándola a detenerse.

—Caedra, tranquila.

La zeafírea alzó la vista con los ojos muy abiertos, asustada. Alastair se había arrodillado frente a ella, observándola con el ceño fruncido. El hielo de su mirada, terrible e intimidante para muchos, la reconfortó. Luchó por respirar hondo y calmarse.

—He percibido que estabas teniendo una pesadilla —explicó Alastair, situando una mano en la mejilla de la zeafírea—. Por lo que he intervenido y te he traído aquí.

Caedra puso su mano sobre la de él, controlando poco a poco su respiración.

—Estaba hablando con Loure y… —trató de explicar ella.

—Lo sé. Lo he visto antes de sacarte del sueño —dijo Alastair, torciendo el gesto.

Tuvo un escalofrío al recordarlo. Ver a Loure atravesar a Caedra con la lanza había sido revivir el momento de su muerte, que todavía lo atormentaba a menudo.

Caedra, sin embargo, esbozó una pequeña sonrisa.

—Gracias por cuidarme, Alastair.

Sosegada por su presencia, iba reconociendo el espacio de brumas negras en el que se encontraban. Hacía mucho que no lo visitaba.

—¿Sigues dándole vueltas al asunto de Loure? —inquirió Alastair con suavidad.

Ella bajó la vista y frunció el ceño.

—Sé que hice lo que tenía que hacer, pero… no puedo evitar sentirme culpable precisamente por todo lo que me ha recriminado en la pesadilla.

—Tenías razón en lo que le has dicho, Caedra. No te tortures más por eso.

Caedra espiró aire con lentitud, como si tratara de expulsar toda su tristeza, y asintió. Se abrazó a él. Alastair la rodeó con sus brazos y los dos permanecieron unos segundos en silencio.

—Me alegro mucho de tenerte a mi lado, Alastair —murmuró ella, apoyando la cabeza en su hombro.

Alastair sonrió.

—Yo también, Caedra.

El espacio, una vez más, comenzó a distorsionarse, pero Caedra no se asustó. Resignada, se apartó de Alastair y suspiró con pesadez.

—Supongo que me toca el turno de guardia.

—Sí, Jay te está despertando. Te ha dejado dormir una hora más.

Caedra arqueó las cejas.

—¿Qué? ¿Por qué hace eso?

Alastair entornó los ojos.

—¿Me lo preguntas tú, cuando muchas veces a lo largo de los años has cubierto turnos suyos de guardia enteros?

Caedra abrió la boca para protestar, pero el lugar se desvaneció.

***

Se encontraban en un pequeño pueblo de las afueras de Gaelar. El suelo estaba sin trabajar; era de tierra y matojos de hierba. Las casas, esparcidas, estaban construidas con piedra gris. Había un pozo del que se podría extraer agua, pero, como sucedía en todas las poblaciones por las que habían viajado esa semana, los campos de cultivos estaban abandonados, secos y marchitos.

Connor observaba por el rabillo del ojo la gente con la que se iban cruzando. Como en la mayoría de sitios, casi todos eran niños y ancianos. ¿Dónde estaban los adolescentes, los jóvenes y los adultos?

Se paró con Tarvo en el pequeño mercado. Fingieron observar un puesto con cajas de tomates a la venta. Algunos estaban podridos.

—He escuchado que el príncipe Althalos ha vuelto y ha ayudado a liberar Anthius del emperador —dijo Tarvo, sin esforzarse en bajar el volumen de su voz.

—¿Althalos? —preguntó Connor como si estuviera extrañado. Habían repetido aquel guion ya tantas veces en esos días que se lo sabía a la perfección—. ¿No estaba muerto?

—No, fue todo un engaño del emperador; la gente insiste en que lo ha visto y está vivo —continuó Tarvo.

Una anciana, que se había agachado para comprobar el estado de unos tomates, se quedó quieta, aparentando que iba a mirar otros antes de decidirse para escuchar la conversación.

—Pero ¿qué va a poder hacer él solo contra el emperador? —replicó Connor. Suspiró con exageración—. Seguro que el emperador intenta asesinarlo de nuevo.

El vendedor del puesto, un hombre ya de edad avanzada, no les metió prisa para que eligieran los tomates que querían, le pagaran y se marcharan. También escuchaba con atención.

Tarvo cogió una de las frutas en su mano, examinándola antes de negar para sí y dejarla en su sitio.

—Tiene el apoyo de todo el ejército de Anthius, de Ganthia y los torrogal, y he oído que van a seguir recuperando territorios. Además, el príncipe Gavin también ha abandonado a su padre y se ha unido al príncipe Althalos.

—¿Es cierto eso que decís, jóvenes? —habló finalmente el vendedor, sin poder contener más su curiosidad—. ¿El príncipe Gavin ha desertado?

Tarvo asintió. Miró a un lado y a otro, como si quisiera asegurarse de que no había soldados del emperador que pudieran oírlo. Ya sabían gracias a su previo rastreo que no había ninguno cerca de ese lugar, y Makus y Silvary estaban rodeando el pueblo, vigilantes para avisarles de inmediato si aparecía algún peligro.

Se inclinó hacia el vendedor.

—Así es. Llevan ya meses sin verlo por palacio y las excusas del emperador de que está de viaje se están cayendo a pedazos. La gente en Anthius asegura haber visto al príncipe Gavin luchando junto al príncipe Althalos en la reconquista de Antheria.

El hombre arqueó las cejas. La anciana también soltó una exclamación y se marchó, probablemente para contarle al resto de su familia lo que acababa de oír.

—No me extraña que sus propios hijos lo hayan abandonado —dijo el vendedor y suspiró pesadamente, apoyando las manos en la madera de su puesto—. También se habrán dado cuenta de lo necio que es su padre.

Era más sencillo encontrar detractores del emperador en las regiones más alejadas de la capital. Allí sería más fácil correr la voz del regreso de los príncipes para salvarlos, por lo que habían empezado a reclutar gente descontenta en esos lugares.

—Sé que los príncipes Althalos y Gavin enviarán un contacto suyo a Nefror dentro de un mes para hablar con todos los que se quieran unir a su causa —le comunicó Tarvo al vendedor en un susurro.

Nefror era una diminuta aldea situada junto al gran río Anarehi, una frontera natural entre Gaelar y Anthius. Les había parecido buen lugar para replegarse en caso de que alguien los

delatara y aparecieran las fuerzas imperiales.

Tarvo y Connor se marcharon, encaminándose hacia las afueras del pueblo.

—¿Crees que esto realmente va a servir para algo? —le preguntó Connor a Tarvo en voz baja.

—Claro. Ya hemos hecho esto en muchos sitios, la gente con la que hemos hablado y la que nos ha escuchado irá contándoselo a sus conocidos y así se correrá la voz —contestó Tarvo en el mismo tono.

Connor frunció el ceño.

—No es eso, es solo que… ¿Cómo va a luchar esta gente? La mayoría son ancianos y niños. Los jóvenes que he visto son muy pocos…

Tarvo suspiró tristemente. Alzó la vista al cielo azul.

—Eso es por las «cosechas» del emperador y su reclutamiento exhaustivo de gente para el ejército.

—¿Entonces…?

—Estoy seguro de que hay muchos jóvenes todavía escondidos —prosiguió Tarvo. Giró la cabeza para mirarlo y le guiñó un ojo. El corazón de Connor dio un brinco—. Ya verás como dentro de un mes tenemos a bastantes dispuestos a unirse a nosotros.

En tres semanas llegaría la fecha acordada para reunirse de nuevo con todos sus compañeros en Ganthia y ver lo que habían conseguido y averiguado el resto de los grupos. Alastair pasaría a recogerlos en el mismo punto en el que los había dejado. Y, una semana más tarde, un mes desde ahora, acudirían a Nefror.

Connor relajó un poco la tensión en los hombros y asintió, más tranquilo al escuchar a su amigo.

—Vale. Espero que tengas razón.

Tarvo soltó una pequeña carcajada.

—La tendré, ya lo verás. Ahora que les hemos dado esperanza, ahora que ven que hay alguien capaz de enfrentarse al emperador y a la vez evitar que las sombras regresen a Gaelar si este desaparece, muchos acudirán a la llamada.

Salieron del pueblo, cruzándose con un señor que pastoreaba un rebaño de ovejas. Connor se había fijado en que las ovejas en Gea tenían la lana de un tono rosa pálido. Esto le fascinaba, pues él había estudiado biología antes de marcharse a aquel mundo. Por más vueltas que le había dado, sin embargo, no había sido capaz de encontrar la causa para el extraño color. No había ninguna planta que consumieran para producir ese pigmento.

—¿Crees que me podré llevar una oveja de Gea a la Tierra para estudiarla? —dijo Connor, observando por encima del hombro el rebaño adentrarse en el pueblo.

Tarvo arqueó una ceja.

—¿Puedo preguntar por qué?

Connor rio y lo miró.

—Ya, entiendo que haya sonado extraño. Es que en la Tierra las ovejas son blancas o negras, nunca rosas.

Tarvo frunció el ceño, como si no fuera capaz de concebir algo así.

—¿En serio?

—En serio —afirmó Connor. Cruzó los brazos, divertido—. Pero me temo que no serías capaz de plasmar esa diferencia en tus dibujos, ya que insistes en dibujar solo a grafito.

—Es la única técnica que conozco —se defendió Tarvo—. Aprendí por mi cuenta a dibujar y el tema de los pigmentos es demasiado complicado como no tengas alguien que te enseñe o todo el tiempo del mundo para estudiarlo…

—Bueno, en la Tierra no tendrás dificultades para eso —replicó Connor y sonrió, pasando un brazo por los hombros de Tarvo—. Estoy impaciente por ver tu reacción cuando te lleve a una tienda de pintura. ¡Vas a alucinar!

Tarvo también sonrió al ver su entusiasmo, aunque no entendía a qué se refería.

—¿Son diferentes las técnicas en la Tierra?

—Sospecho que no, es solo que por lo que he visto aquí en Gea tenéis una pintura todavía muy medieval —trató de responder Connor, aunque Tarvo tampoco entendió este término. Connor se separó de él y se llevó una mano a la barbilla, pensando en cómo explicarlo mejor—. Digamos que esos pigmentos de los que hablas ya te los venden preparados y listos para pintar.

Tarvo frunció el ceño.

—¿Es eso posible? ¿Tanto interés hay por la pintura en la Tierra?

Connor asintió, divertido.

—Sí, hay gente que comercia con eso. Compras la pintura ya lista. Yo no entiendo mucho de eso —admitió, rascándose la mejilla—, pero como mucho puede que tengas que mezclarlo con algún aceite si no es agua…

—Suena interesante —dijo Tarvo, sonriendo—. Eso solo hace que aumente mi curiosidad por ese mundo.

—Sí, es muy diferente en muchos aspectos y tengo muchas ganas de que acabe todo esto para poder enseñártelo. Eso sí, tengo una condición.

Tarvo ladeó la cabeza para mirarlo.

—¿Cuál?

Connor sonrió y le dio una palmada en el hombro.

—Que pruebes de una vez a pintar a color.

Tarvo rio con suavidad.

—Está bien. Me parece una condición aceptable.

Llegaron a los abandonados campos de cultivo, con el trigo marchito. Ahí los esperaban Makus y Silvary.

—¿De qué veníais hablando vosotros dos? —inquirió Silvary, inclinándose hacia ellos, curioso —. Se os veía muy alegres…

—Asuntos de la Tierra —resumió Tarvo, restándole importancia para que Silvary no presionara más.

Makus, afortunadamente, acudió de forma indirecta al rescate:

—¿Qué tal ha ido todo aquí?

—Bien —dijo Connor, que poco a poco iba cogiendo más confianza con ellos y se atrevía a hablar—. La misma conversación de siempre.

Silvary se había abierto a él con rapidez y no paraba de bombardearlo con preguntas sobre cómo era la vida en la Tierra. Makus, en cambio, por el momento mantenía las distancias, pero lo trataba con respeto en todo momento.

Connor sabía que todavía le quedaban otras tres semanas, mínimo, con ellos. Seguiría esforzándose para mejorar la opinión de Makus sobre él.

Capítulo 30: La caída de las minas

Ayla observó desde el lomo de Djaka las montañas que se extendían bajo ellas. La cordillera Septentrional, donde se encontraba el pico Drakmur.

Esperaba que Luvann estuviera allí. Sabía que aquel era su hogar, pero el fénix muchas veces se desplazaba por el continente para contener la marea de sombras oscuras.

Había seguido practicando con Djaka el control de sus visiones mientras viajaban. Ya entendía bastante bien cómo funcionaban, pero todavía tenía dificultades invocando una visión a voluntad a través de un objeto. Llevaba puesta una de las chaquetas de Jay, que el chico le había cedido encantado, y era lo que utilizaba para practicar, intentando vislumbrar algo del futuro de Jay.

No lo había conseguido aún.

En cualquier caso, no iba a negar que disfrutaba llevando una de las chaquetas de Jay, aunque él ya no se la podría poner más: le habían tenido que hacer agujeros para que Ayla pudiera pasar sus alas. Y, aunque le quedaba algo grande y las mangas demasiado largas, le reconfortaba tener una prenda de Jay con ella. La tela llevaba impregnado el olor a humo de hoguera que solía arrastrar Jay consigo como consecuencia de ser afín al fuego.

«¿Quieres dejar de pensar en ese estúpido mortal y seguir practicando?». La imponente voz de Djaka la devolvió a la realidad.

—¡Pero si ya casi hemos llegado! —protestó Ayla, con las mejillas rojas, alzando la voz para que se la escuchara por encima del ulular del viento. Aunque, por otra parte, estaba segura de que la dragona la oiría gracias a sus sentidos más agudos. Últimamente le daba la sensación de que Djaka se irritaba siempre que percibía que estaba pensando en Jay…

¿Por qué provocaría esa reacción en ella?

Las montañas le traían recuerdos de cuando había conocido a Jay. Cuando visitaron la cordillera por primera vez, ella ya había sido aceptada como miembro del grupo, y solo quedaba que tomara una importante decisión: quedarse con ellos o volver con el oráculo supremo, su maestro.

Tras la conversación con Luvann, después de que él revelara que había sido el oráculo supremo quien borrara intencionadamente su memoria, Ayla había tenido la decisión bastante clara.

«Los mortales tenéis unas vidas tan cortas y efímeras que cada segundo que desperdiciáis es una desgracia», replicó Djaka.

Ayla puso los ojos en blanco. Se había sentido bastante intimidada al principio por Djaka, pero ahora que ya la iba conociendo se relacionaba con más naturalidad con ella y se encontraba, incluso, a gusto en su presencia.

Descendieron en el pico Drakmur, envuelto en niebla, como la última vez que habían estado. Djaka aterrizó y Ayla bajó al suelo de un salto, estirando al fin las piernas.

«Djaka. Ayla. No esperaba vuestra visita».

Las brumas desaparecieron, permitiendo la visión de la cima de la montaña, de roca oscura. Había múltiples plantas rosas espinosas enrolladas en las rocas y trepando por las paredes.

Una majestuosa ave fénix de plumas negras y verdes descendió del cielo, posándose frente a ellas.

Ayla sonrió al verlo. Le había sorprendido que recordara su nombre.

—Hola, Luvann. Necesitamos tu ayuda con un asunto.

El fénix ladeó la cabeza.

«¿De qué se trata?».

Djaka gruñó.

«Ese hombre al que los mortales llaman oráculo supremo sigue dando problemas —explicó. Ella le tenía un odio especial desde que había organizado el intento de asesinato perpetrado por Denkuro y Loure en su hogar, en el atolón Esmeralda—. Ahora resulta que está usando tus plumas de luz para revivir mortales y tenerlos como títeres a su servicio».

«Eso es… muy lamentable», comentó Luvann, crispando las plumas.

«Y tanto», resopló Djaka.

—Sospechamos que el oráculo supremo ha usado su don de las visiones con la primera pluma que encontró, quizás la que yo tenía antes de borrarme la memoria, para localizar la otra que ha utilizado —prosiguió Ayla. Estiró levemente sus alas.

«Desconocemos si tiene más en su poder, o cuándo adquirió esta segunda pluma —dijo Djaka. Arañó el suelo de roca con sus garras—. Necesitamos saber si concediste el poder de la luz a alguien más aparte de Ayla en estos últimos años».

Luvann entornó sus ojos verde pálido.

«Hubo alguien más. Una pequeña zeafírea de Aruristed a la que también rescaté del borde de la muerte —explicó—. Ella, sin embargo, sí guardaba su recuerdo de mí».

Ayla bajó la mirada, incómoda. A ella le habían borrado sus recuerdos.

«¿Y qué pasó con esa zeafírea?», inquirió Djaka, intuyendo que había algo más por la expresión de angustia del fénix.

Luvann desvió la vista hacia el horizonte.

«Como me recordaba, viajó a este continente en mi busca —continuó—. Y logró dar conmigo. Pero por ese entonces todavía guardaba la pluma que le había regalado. Quería que le enseñara a utilizar su poder, pues no era capaz de comprenderlo…».

—¿Y qué pasó con ella? —cuestionó también Ayla, que había juntado las manos en su pecho mientras escuchaba, atenta.

«Ella… murió poco después —contestó Luvann y suspiró con tristeza—. Sin embargo, las desgracias ocurren constantemente en este mundo, por lo que no reparé en que alguien podría haberla asesinado para hacerse con la pluma… Ahora sospecho que así fue».

«Tuvo que ser el oráculo supremo», gruñó Djaka, frustrada.

«Sin embargo, esa debería de ser la única pluma que haya podido conseguir, además de la tuya —prosiguió Luvann y clavó sus ojos en Ayla, que se irguió inconscientemente—. Salvo tú y esa

zeafírea, no había otorgado mi poder a nadie más en este último siglo».

Ayla se llevó una mano a la barbilla y frunció el ceño, pensativa.

—Eso es, dentro de lo que cabe, bueno. No tendría que haber más personas conocidas que haya podido revivir el oráculo supremo para utilizarlas contra nosotros.

«El oráculo supremo debió de utilizar la pluma que tú tenías, Ayla, para obtener una visión de la otra portadora, Uma», explicó Luvann.

Ayla abrió los ojos como platos.

Uma.

¿De qué le sonaba ese nombre…?

—No puede ser… —murmuró y se llevó las manos a la cara. Miró a Djaka—. ¡La pareja del hermano de Valikia!

«¿Quién?», preguntó Djaka con desdén, ladeando la cabeza. No estaba muy puesta en los asuntos de los mortales que no fueran Ayla y Caedra.

Ayla la ignoró y siguió hablando sin detenerse:

—Caedra me contó que murió hace años y que se llamaba Uma. Los zeafíreos de Aruristed apenas viajan a Zarested, los tiempos coinciden y su nombre es igual que el de la pareja de Denkuro. —El rostro de Ayla se iluminó—. ¡Es ella!

Djaka y Luvann se miraron entre sí, confusos.

«Y esto es relevante por…», dijo Djaka sarcásticamente, instándola a continuar.

Ayla frunció el ceño. Clavó sus ojos en la dragona.

—Denkuro es uno de nuestros enemigos. Uno de los dos zeafíreos que te tendieron la trampa en el atolón Esmeralda, ¿recuerdas?

Djaka enseñó los colmillos.

«Claro que lo recuerdo».

—Bien. Pues él trabaja para el oráculo supremo desde hace tiempo porque este le ha prometido revelarle el nombre de los que asesinaron a Uma. —Dibujó una mueca en su rostro—. Con esto queda claro que fue el propio oráculo supremo el que asesinó a Uma y que lo está engañando.

«¿Por qué no hizo con Uma lo mismo que contigo? —le preguntó Luvann, extrañado—. Ella también tenía el poder de la luz…».

Ayla apretó los dientes.

—Sospecho que ya tenía suficiente conmigo y, además, Uma no tenía el don de las visiones. Pero quizás ella simplemente se resistió y se vio obligado a asesinarla…

«Me gustaría averiguar más sobre lo que sucedió; puede que haya más de lo que parece a simple vista —comentó Djaka, entornando los ojos—. Sin embargo, me temo que no puedo echar un vistazo al pasado de Uma si está muerta…».

Ayla arqueó las cejas.

—¿Podrías hacer eso?

Djaka bufó. Irguió la barbilla y esbozó una sonrisa arrogante.

«Naturalmente, mi querida Ayla. Yo no solo puedo vislumbrar el futuro, también puedo contemplar el pasado», explicó.

—En ese caso, quizás podrías ver algo a través de Valikia —dijo Ayla, esperanzada—. Tengo entendido que ella presenció la muerte de Uma.

«Echaré un vistazo cuando volvamos», asintió Djaka.

Ayla miró a Luvann y sonrió.

—Muchas gracias por tu ayuda, Luvann…

«Luvann. —Djaka la interrumpió y Ayla giró la cabeza hacia ella, dando un respingo—. Como sé que mi aprendiz mortal es desesperadamente tímida y no te lo va a pedir ella misma, ¿hay algo que le pudieras enseñar sobre el manejo de la luz que ella ya no sepa?».

Ayla se había quedado con la boca abierta y el rostro rojo de la vergüenza.

Luvann rio con suavidad al ver su expresión. Negó con la cabeza.

«Ayla ya conoce todo lo básico. A partir de ahí, es solo cuestión de ir perfeccionando».

La chica relajó los hombros. Ahora que se había asegurado de que ya poseía todo el conocimiento relacionado con la luz, se quedaba más tranquila.

Además, así no se demorarían en volver.

***

Estaban a la mitad de la tercera semana en aquellas montañas. Jay estaba harto de cavar. Tenía múltiples quemaduras en sus manos. Esperaba que Ayla pudiera echarles un vistazo al volver a Ganthia…

Ya casi habían terminado de preparar los túneles. A Jay le quedaba por rematar el último y esa noche ejecutarían su plan. Estaba impaciente por ver las caras de los soldados cuando reventaran las minas.

Estiró el brazo y fundió la última roca. No perdió ni un segundo y volvió de inmediato a la cima, transportándose con las sombras. Tomó una amplia bocanada de aire y se limpió la frente de sudor.

—No soporto estar ahí abajo —comentó nada más aparecer—. Qué agobio.

—Bueno, con esto ya has terminado, ¿no? —dijo Caedra con una sonrisa.

Estaba atardeciendo y se iba levantando el viento.

Jay se sacudió la tierra del pelo y de la ropa y asintió.

—Todo preparado.

Un majestuoso dragón blanco aterrizó junto a ellos. Se giraron para mirarlo mientras este se envolvía en un brillo blanco.

—Ya he congelado los túneles de las otras dos montañas —los informó Alastair—. Solo queda esta.

Se agachó y se asomó al boquete en las rocas que se hundía en la montaña formando túneles con pequeñas ramificaciones cada vez más estrechas. Puso la mano encima y se concentró.

Pasaron unos minutos. Al fin, la piedra que rodeaba la entrada también se cubrió de escarcha.

Alastair se desplazó a la siguiente abertura para repetir el proceso. Caedra se frotó los brazos mientras esperaban. El frío todavía era soportable, pero no tardaría en anochecer.

—¿Crees que Gavin y Valikia habrán convencido al rey para recuperar el ejército de Anthius? —inquirió Jay, observando a Alastair.

Caedra frunció el ceño.

—Espero que sí. Gavin es hábil para eso. No creo que hayan tenido mucho problema a no ser que el nuevo rey tuviera algo contra nosotros por alguna razón en particular… —Se encogió de hombros—. En cualquier caso, no tardaremos mucho en verlo.

En apenas un par de horas estarían ejecutando su plan. Y, una vez estuvieran destruidas las minas, se dirigirían a Anthius de inmediato.

—Bueno, si no han logrado convencerlo con las palabras, estoy seguro de que lo convenceremos una vez le abramos un camino directo a Omilia —dijo Jay, asintiendo para sí.

Caedra sonrió.

—Y si no, en cualquier caso, esto supondrá un duro golpe para el emperador. Creo que tardará un tiempo en deducir cómo hemos conseguido destruir tres montañas.

—Yo también tardé un poco en entenderlo cuando me lo explicasteis —admitió Jay, rascándose la cabeza.

Alastair se acercó a ellos.

—Listo.

Jay estampó un puño contra la palma de la otra mano.

—¡Genial! Ahora solo queda esperar a que sea de noche.

***

El viento ya azotaba las cumbres con fuerza. Se habían refugiado en otra grieta, pero Caedra se estaba deshaciendo de sus capas de piel. Necesitaría ir lo más ligera posible si quería maniobrar con comodidad volando.

E iba a tener que volar bastante para cumplir su papel en el plan.

—O-odio esto… —trató de decir la zeafírea a través del traqueteo de sus dientes.

—Tranquila, piensa que ahora te transportaré y ya no tendrás que volver a estas cimas para nada —respondió Jay en un intento de animarla.

—Caedra, ten mucho cuidado —le pidió Alastair, delante de ella, mirándola con seriedad.

Ella levantó la vista para verlo mientras dejaba caer su última capa al suelo y sonrió.

—Siempre voy con cuidado.

—Ya, pues ve con más cuidado todavía —dijo Jay, solo medio en broma.

La abrazó y los dos desaparecieron en un cúmulo de sombras. Alastair apagó la hoguera y, tras comprobar que lo único que dejaban atrás eran las pieles, se desvaneció tras ellos.

Reaparecieron en la ladera de la montaña, cerca ya de la base. Caedra todavía notaba los músculos entumecidos por el frío.

Jay rio al ver su expresión y la estrechó entre sus brazos con fuerza.

—Creo que mi intrépida zeafírea no tiene muchas ganas de apartarse de mi calorcito… —se burló con una sonrisa.

Ella esbozó una pequeña sonrisa también.

—La verdad es que quedarme aquí suena mucho mejor que ir a hacer de cebo —bromeó—. Al menos, ahí abajo ya no hará tanto frío.

Se separó de Jay y estiró las alas. Materializó la lanza de su brazalete y la empuñó. Se dispuso a dar media vuelta, pero Jay la agarró de la muñeca.

—Ten cuidado —dijo él, con el ceño fruncido.

Caedra suavizó la mirada.

—Vosotros también.

—Tardaremos lo menos posible —aseguró Alastair.

Caedra asintió con la cabeza y alzó el vuelo. Descendió hasta el paso rocoso que había entre las montañas de la cordillera.

Hizo soplar el viento a su favor y ganó velocidad. Divisó a los guardias en una de las entradas a las minas y deslizó su lanza. La corriente de aire afilada impactó junto a ellos. Dieron un respingo por el susto y gritaron al verla.

Caedra dio unas cuantas vueltas en el mismo lugar, enviando ráfagas y manteniéndose fuera de su alcance. Uno de ellos dio la voz de alarma y no tardaron en salir una decena de soldados. Caedra batió las alas con fuerza y los estampó contra la pared.

Algunos de ellos se levantaron, doloridos. Otra veintena de soldados salió para enfrentarse a ella. Estos ya iban armados con flechas y proyectiles elementales.

Caedra decidió que era suficiente y salió disparada hacia la siguiente entrada para repetir la jugada, impulsándose con su viento. Todos los que quedaban en pie no dudaron en ir tras ella, gritando.

Alastair y Jay salieron de entre las sombras. Se disolvieron de nuevo y se adentraron en las minas. Habría quedado algún que otro guardia dentro, pero ya eran pocos. Jay observó con una mueca en su rostro cómo Alastair los mataba en un abrir y cerrar de ojos, uno a uno.

Llegaron a donde los esclavos ya estaban concentrados en sus celdas para pasar la noche.

Jay sonrió y desenvainó su espada. La envolvió en fuego azul.

—Hora de sacaros de aquí —anunció antes de romper el candado de la primera puerta. Los esclavos lo observaban con cierto temor, pero, al ver que iba rompiendo las cadenas de umbrano de los primeros, todos se alteraron, esperanzados.

—¡Sacadnos de aquí, por favor!

—¡Romped mis cadenas también!

—¡No nos dejéis atrás!

Jay terminó de partir los grilletes del primer grupo en la primera celda. No podrían transportarlos a todos a la vez debido a que tanto umbrano interfería en sus poderes. Alastair se los llevó a los primeros envueltos en brumas hacia la superficie.

Jay repitió el proceso en la siguiente celda y fue él mismo el que los transportó a todos donde

estaba ahora Alastair. Cada vez tenía más destreza en moverse a sí mismo y a otros con las sombras.

Alastair se quedó con los esclavos que iban liberando para protegerlos de los guardias que iban llegando de las otras dos montañas, alertados del ataque. Jay, mientras tanto, seguía ayudando a escapar al resto. Se notaba que habían capturado a muchos más con la expansión del imperio por el continente.

Cuando Jay vio que necesitaba descansar después de tanto transporte, pues él todavía no tenía tanta resistencia como Alastair, terminó de romper las cadenas de todas las celdas que quedaban e intercambió la posición con su compañero. Ahora él se encargaría de defender a los esclavos liberados mientras Alastair los transportaba.

Concluyeron, al fin, con la extracción de los presos en esa parte de las minas.

—¡Corred todos hacia el sur! —les indicó Jay a los esclavos, alzando los brazos—. ¡En Anthius, ahora libre del imperio, os darán refugio! ¡No os paréis hasta llegar!

Ninguno dudó en obedecer. Dieron media vuelta y salieron veloces en la dirección indicada. Jay sabía que Caedra los ayudaría si algún guardia intentaba interceptarlos antes de que salieran del territorio de las minas.

Se giró hacia Alastair y asintió.

Los dos se transportaron de nuevo a la cima de la montaña.

—Debes quemar todo el hielo —le indicó Alastair, y Jay no protestó, pues ya había entendido el proceso—. En cuanto lo tengas, nos vamos.

Alastair se transformó en dragón. Así estarían listos para marcharse en cuanto Jay cumpliera su parte. El chico corrió de una abertura a otra, disparando chorros de llamas infernales a través de su puño.

La montaña entera empezó a temblar.

—¡Creo que lo tengo! —comunicó Jay mientras iba corriendo hacia Alastair.

Trepó por las escamas de su hombro y se acomodó en el lomo del dragón. Este extendió las alas y alzó el vuelo de inmediato.

Jay se giró de cintura para arriba, queriendo observar lo que sucedía.

Se escucharon múltiples crujidos. Empezó a haber desprendimientos de roca cada vez más grandes. Muchas zonas estallaron, lanzando piedras despedidas. La montaña empezó a venirse abajo, con huecos enteros abriéndose en sus paredes.

—¡Es increíble! —exclamó Jay, con los ojos abiertos como platos. El espectáculo era impresionante.

El brusco cambio de estado del hielo a agua caliente y a vapor había hecho que todo reventara de la presión. La montaña se hundió y, con ella, la galería de minas que había debajo.

Alastair no contestó, centrado en volar directos a la siguiente. Todavía les quedaban otras dos.

Al descender en la más próxima, vieron que los guardias ya estaban saliendo a toda prisa de las minas, aterrados por lo que acababan de presenciar en la otra montaña.

Jay apretó los dientes al ver que se iban, abandonando a los esclavos a su suerte. Sus vidas no valían nada para ellos.

Repitieron el proceso lo más rápido que pudieron. Liberaron a los esclavos y los mandaron en la misma dirección que el resto. Subieron a la cima y Jay hizo arder el hielo. La montaña voló en pedazos y se hundió, aplastando las minas.

Solo quedaba la última, en el mismo estado que la segunda, sin obstáculo alguno por parte de los soldados imperiales, que no comprendían qué era lo que estaba provocando que la roca reventara de esa manera.

Jay jadeaba por el esfuerzo cuando se materializaron al fin en la cumbre de la tercera montaña. Solo quedaba incendiar esos túneles y habrían terminado.

Apenas aparecieron en la cima, sin embargo, Alastair se situó delante de Jay y creó un escudo de hielo. Un cuchillo se clavó en él, resquebrajándolo.

Jay palideció.

—¿Qué…? —dijo, tratando de localizar al enemigo.

Se trataba del torrogal que había atacado Ganthia, al servicio del oráculo supremo. El único que podría soportar los fríos vientos de las cumbres.

—Buenos reflejos —los felicitó el torrogal, un tanto irritado.

—Tú… —Jay sacudió la cabeza y lo señaló—. ¡Tú atacaste Ganthia! ¡Atacaste a los de tu propia especie!

El torrogal arqueó una ceja.

—Sí, del mismo modo que los humanos os atacáis entre vosotros —señaló, aburrido—. Mi hogar nunca ha sido Ganthia. Pero suficiente charla. Llevo un buen rato esperando aquí para mataros.

Jay apretó los dientes. Parecía ser que el oráculo supremo sí que había tenido una visión.

Aun así, solo tenía a su disposición a aquel torrogal para afrontar el gélido vendaval de la cima. Tenían la ventaja numérica.

Alastair también se dio cuenta de esto. Puso un brazo delante de Jay.

—Encárgate de derretir el hielo. Yo me ocupo de él.

El torrogal gruñó, consciente de que, si Jay conseguía su propósito, la montaña sufriría el mismo destino que las otras dos.

Estampó el pie en el suelo y un torrente de fuego brotó junto a Jay, que lo esquivó en el último momento. Hubo un brillo blanco y el dragón se abalanzó sobre el torrogal, que tuvo que saltar hacia atrás.

El torrogal creó un círculo de esferas de fuego azul que disparó una tras otra hacia Alastair, apuntando a sus alas. Él desapareció en las sombras y reapareció a sus espaldas con un rugido, listo para cerrar sus colmillos en torno al cuerpo de su enemigo. El torrogal corrió por las rocas.

Jay, mientras tanto, había incendiado la primera abertura. La montaña ya comenzaba a temblar. Tuvo que saltar hacia delante con una exclamación para esquivar un chorro de fuego que rozó su chaqueta. Cayó rodando al suelo para apagar las llamas sin detenerse, incorporándose y yendo a por el siguiente entramado de túneles.

Alastair gruñó cuando un cuchillo se clavó en su hombro. Abrió la boca y disparó un rayo de hielo. El torrogal apretó los dientes al esquivarlo por los pelos. El lugar del impacto se cubrió de

témpanos y escarcha.

La montaña ya se sacudía con violencia. Jay había cumplido su tarea.

—¡Vámonos, Alastair!

El dragón extendió las alas y alzó el vuelo. Agarró a Jay con las patas y ganó altura. Jay disparó una serie de carámbanos de hielo contra el torrogal para cubrir la retirada de Alastair. Pero el torrogal no hizo mucho por detenerlos, consciente de que era inútil, centrado en intentar escapar de allí…

Jay sabía que no había manera de que pudiera salvarse del derrumbe.

Alastair se alejó con rapidez. Algunas piedras que salieron disparadas de las rocas que reventaban le rozaron las alas, desestabilizándolo por un momento, pero enseguida recuperó altura.

—¡Vamos a por Caedra! —exclamó Jay con urgencia, preocupado. Si los habían atacado a ellos, era casi seguro que a la zeafírea también.

«¿A dónde te crees que me dirigía, Jay?», replicó Alastair, irritado.

***

Caedra sonrió con satisfacción al ver que la segunda montaña caía en pedazos. Ya solo quedaba la tercera y habrían cumplido con éxito su misión.

Ella también había hecho su trabajo. No quedaba ni un solo guardia de las minas en pie y había evitado que los soldados persiguieran a los esclavos, que ya se dirigían a la carrera hacia la frontera de Anthius.

No debía de quedar mucho para que la tercera montaña se viniera abajo, pues en el grupo de soldados que había aniquilado, y en el de esclavos que había guiado hacia la salida de las montañas, estaban los de esas minas.

Aterrizó para recuperar el aliento, agotada tras haber tenido que enfrentarse a cientos de soldados. Solo un puñado de guardias habían sido realmente hábiles y competentes, y a la mayoría los había derrotado con sus vientos huracanados, para los cuales no habían tenido protección alguna una vez eliminados los afines a la tierra. Pero igualmente habían sido muchos y había requerido un gran esfuerzo.

Se le pusieron los pelos de punta. Saltó hacia atrás y cruzó los brazos delante de su rostro. Un rayo impactó donde había estado un instante antes y las esquirlas que salieron despedidas de la explosión rasgaron su piel.

Caedra alzó la vista. Divisó a Denkuro un poco más arriba, asomando desde un saliente rocoso.

—Me habrías decepcionado si te hubieras dejado alcanzar por eso —comentó él y extendió sus alas negras.

Descendió sobre ella con la espada desenvainada. Caedra la golpeó con su lanza y ambas armas chocaron con fuerza.

—Llegas tarde —replicó ella, con un gruñido por el esfuerzo—. Ya casi hemos terminado.

—No llegaré tan tarde si consigo matarte —respondió él, iluminando con rayos su hoja metálica.

Caedra se apartó con una voltereta hacia atrás antes de que la alcanzara la descarga. Batió las

alas y transformó sus anillos en dagas. Las envió contra Denkuro sucesivamente. Él esquivó las primeras, desvió con un rayo otra más y la última lo alcanzó en el brazo.

—¿Por qué estás tan empeñado en encontrar a los asesinos de Uma? —quiso saber Caedra, frunciendo el ceño—. ¿Te das cuenta de todo el daño que estás haciendo por alguien que ya no está?

—¿Me lo dices tú que quieres matar al emperador para vengar a Kendrij? —dijo Denkuro con cierta rabia, ofendido. Se observaban con cautela en el aire mientras conversaban.

Caedra arqueó las cejas, sorprendida por que Denkuro conociera esa información. No le dio importancia y contestó:

—Yo enfoco mi ira hacia la persona responsable de su asesinato, no a cualquiera que se me cruza por delante.

—Creo que los soldados a los que has matado antes no dirían lo mismo. Mi caso es igual: vosotros os interponéis en mi camino hacia las respuestas.

Caedra apretó los dientes. El recordatorio de que había roto la promesa que le hizo a Kendrij fue como una patada en el estómago.

—¡Nosotros luchamos para acabar con el reinado de una persona cruel y despiadada!

Denkuro cargó su puño de electricidad. Caedra flexionó los músculos, lista para reanudar su enfrentamiento.

—Y yo solo hago mi trabajo. Te recuerdo que soy un mercenario, Caedra.

—¡Pero atacas a tu propia hermana, a Valikia, para…!

La tercera montaña explotó. La cordillera entera tembló y Caedra se envolvió en un escudo de viento para protegerse de los proyectiles rocosos. Denkuro hizo lo mismo con uno de electricidad.

—Tendremos que concluir nuestro combate en otra ocasión —gruñó Denkuro, sabiendo que esto significaba que los compañeros de Caedra ya estarían yendo a buscarla.

Caedra lo observó marcharse, con el ceño fruncido.

Capítulo 31: Quietud

Las minas de umbrano habían caído, destruidas y sepultadas por completo bajo las montañas hundidas. A Jay le habría gustado ver la cara del emperador cuando se enterara.

Habían parado para pasar la noche, o lo que quedaba de ella, cerca de la cordillera, en un pequeño bosque atravesado por el río Anarehi, junto a la frontera de Anthius.

Caedra les había tratado las heridas. Para Jay y Alastair había sido un profundo alivio ver que se encontraba bien.

La zeafírea estaba en esos momentos rellenando las cantimploras. Jay estaba asando la carne que sería su cena en el fuego de la hoguera. Alastair se había sentado con la espalda apoyada en el tronco de un árbol.

La tierra junto al río era bastante húmeda, con casi todo el suelo poblado de helechos. Ellos se habían asentado, extendiendo unas cuantas mantas para no acabar con la ropa mojada, en un hueco despejado de vegetación.

Los árboles, coníferas, se alzaban altos e imponentes. De vez en cuando se escuchaba el sonido de alguna piña cayendo de sus ramas.

Caedra cerró la última cantimplora y la dejó a un lado. Observó su reflejo en el agua del río y frunció el ceño.

Seguía dándole mucha rabia la situación de Denkuro. Caedra se había visto forzada a matar a su hermano mayor porque Loure ya no tenía el control de su cuerpo; no estaba realmente allí. Había sido muy duro para ella.

Denkuro, en cambio, trabajaba para el oráculo supremo por su propia elección. Era consciente del daño que le estaba haciendo a Valikia, su hermana pequeña, y no le importaba. Para él, lo único importante era que Leveann le siguiera dando pistas para encontrar a los asesinos de Uma. ¿Cuántos años llevaría ya trabajando para él?

No tenía sentido lo que hacía Denkuro. Caedra podía entender el dolor, el sufrimiento, el rencor incluso ante la pérdida de su pareja. Compartía la sed de venganza. Pero jamás haría daño a ninguno de sus amigos para vengar a Kendrij, por mucho que estos estuvieran en su camino.

Había dejado que la pérdida de Uma lo apartara por completo del resto del mundo, de su propia familia.

Caedra suspiró pesadamente. Lo sentía tanto por Valikia…

—¿Qué ocurre, Cai? —le preguntó Jay desde donde estaba, junto al fuego, observando a la zeafírea, inclinada sobre el río, de espaldas a él.

Ella se irguió.

—Nada, solo pensaba en la situación de Valikia y Denkuro… —murmuró y fue a guardar las cantimploras en sus respectivos bolsos y mochilas.

Jay dibujó una mueca en su rostro.

—A mí también me parece despreciable que Denkuro siga empeñado en trabajar para el oráculo supremo, especialmente sabiendo que esto lo ponía en contra de su hermana.

—Ya. Pero él es así, por lo que veo… —dijo ella con resignación.

Se sentó frente a Jay junto a la hoguera, cerca de Alastair.

—Deberíais dormir y descansar —aconsejó Alastair, cruzado de brazos—. Partiremos hacia Antheria al alba.

Jay estaba impaciente por reencontrarse con Gavin y Valikia. Tenía la esperanza de que hubieran conseguido recuperar el ejército de Anthius.

Se preguntó cómo sería el nuevo rey de aquel reino. Mañana, si todo marchaba bien, lo conocería al fin.

—Sí, lo sé, pero todavía tenemos que cenar, ¿recuerdas? —dijo Jay, sarcástico.

Alastair gruñó, pero no replicó. La carne terminó de asarse y Jay les pasó los palos en los que estaba ensartada. Alastair se acercó a la hoguera para estar junto a Caedra y ella se pegó a su costado, feliz.

Jay sonrió al verlos. Aunque Alastair pareciera inexpresivo, se notaba por su postura relajada, el sutil movimiento de las comisuras de sus labios hacia arriba y el brillo en sus ojos que él también estaba a gusto así.

Se alegraba mucho de que, después de todos esos años sufriendo por lo ocurrido a Kendrij, Caedra, al fin, estuviera dispuesta a seguir adelante.

Jay dio un mordisco a los pedazos de carne y miró a Caedra.

—Oye, Cai, hay una cosa que me he estado preguntando estos días…

Ella ladeó la cabeza.

—¿De qué se trata, Jay?

—¿Dónde naciste tú? —inquirió, curioso.

La zeafírea arqueó las cejas.

—Cierto, nunca te he hablado del lugar en el que crecí… Al menos, no después de que te borraran la memoria —se corrigió tras pensarlo un instante. Sonrió—. Yo nací al norte de Aruristed, un poco más arriba de Gaelar, junto al desierto de Nivi. Allí hay unas montañas con varios asentamientos de zeafíreos…

—¿Junto a un desierto? —repitió Jay, impresionado—. Normal que no lleves bien el frío…

Caedra rio de buena gana.

—Eso es algo generalizado en los zeafíreos. Vivimos siempre alejados del frío y de la nieve, en montañas escarpadas de difícil acceso para otros, pero nunca demasiado cerca de las cumbres. Así que ahí me crie yo, en Nivi.

Jay sonrió.

—Nivi, ¿eh? Será de los pocos lugares de Gea que me queden por visitar.

—Nunca hemos tenido razón para ir al norte de Aruristed —señaló Caedra.

—¿Y dónde exactamente vivías tú? ¿En una casa? —inquirió Jay, inclinándose hacia ella.

—Loure y yo vivíamos en una cueva que se abría en la grieta de una ladera… —Caedra clavó sus ojos en la hoguera y suspiró con tristeza—. Sé que una cueva puede no parecer muy acogedora para un humano, pero los zeafíreos las adaptamos como haríais vosotros con una vivienda que construís. Me pregunto si habrá quedado algo de aquella cueva…

Tras la desaparición de su hermano, se había trasladado a una cueva en las proximidades de Luminaria para que Hadriel pudiera ayudarla. Y nunca más había regresado a su antiguo hogar.

Jay frunció el ceño al ver la nostalgia reflejada en su mirada.

—Yo la he visto en tus recuerdos —habló Alastair, con voz baja, pero clara—. Es bonita.

Caedra soltó una pequeña carcajada.

—Es verdad, Alastair, que tú puedes hacer trampa.

Él esbozó media sonrisa.

—Me temo que ya no lo tengo tan fácil desde que no vivo en tu mente.

Y Jay también apreciaba cómo Alastair se relajaba más al estar junto a Caedra. Era una sensación agradable.

—A mí me gustaría ir a Nivi y visitar esa cueva algún día —admitió Jay, mirando a Caedra, esperanzado.

—Te prometo que te llevaré si conseguimos derrotar al emperador, Jay —respondió ella con una sonrisa—. Una vez acabemos con todo esto, tendremos todo el tiempo libre del mundo para visitar muchos sitios. Nivi no sería el único rincón de Gea que me gustaría enseñarte.

—Vosotros me enseñáis sitios bonitos en Gea, y yo os enseño sitios bonitos en la Tierra —propuso Jay, contento—. Suena bien.

Caedra rio con suavidad.

—Sí…

Le daba miedo atreverse a pensar en un futuro posterior a la derrota del emperador, pero Caedra nunca iba a perder la esperanza de que eso ocurriera. Se había pasado la vida luchando; había transcurrido ya más de una década desde que todo aquello había comenzado con el asesinato de Kendrij. Aunque, según lo que iban averiguando, el oráculo supremo llevaba más años moviendo los hilos.

Caedra anhelaba la paz. Quería poder relajarse al fin y disfrutar realmente de la vida. Ahora tenía a Jay y a Alastair a su lado y, aunque nunca olvidaría a Kendrij, estaba entusiasmada por tener un nuevo comienzo con ellos. Tenía tantas ganas de hacer cosas diferentes y cotidianas con ambos…

Terminaron su cena sumidos en un agradable silencio interrumpido solo por el lento crepitar de las llamas. Era un breve momento de descanso tras haber cumplido su objetivo en las minas, abriendo el paso hacia Omilia para su ejército. Mañana volverían a la realidad de la guerra en cuanto aterrizaran en Antheria.

Jay se quedó sentado junto a la hoguera, pues tenía el primer turno de guardia, mientras que Alastair y Caedra se tumbaron sobre una manta. La zeafírea se pegó a Alastair y lo cogió de la mano. Jay sonrió, divertido, al ver que el hombre no solo no se apartaba, sino que entrelazaba sus dedos con los de ella. Era extraño verlo tan receptivo al contacto físico, pero solo era porque se

trataba de Caedra.

Alzó la vista al cielo, en parte oculto por las ramas cargadas de las finas hojas en forma de aguja de las coníferas. Mañana se reunirían con Gavin y Valikia. Tras eso, pronto se reencontrarían con el resto de sus compañeros. Tenía curiosidad por saber cómo iba el asunto de la rebelión en Gaelar, del que se estaban encargando Tarvo y Connor. Y también estaba impaciente por volver a ver a Ayla y conocer lo que habían averiguado ella y Djaka.

Recordó, riendo para sí, el momento en el que, justo antes de partir, Ayla le había preguntado con el rostro encendido, la mirada clavada en el suelo y los puños apretados, si le podía dar una chaqueta suya para llevársela en el viaje.

Las reacciones tímidas de Ayla le parecían adorables. Pero seguía teniendo la esperanza de que, poco a poco, se fuera abriendo más al resto de sus compañeros.

***

Aterrizaron en las afueras de Antheria y se aproximaron con cautela al portón de entrada en la muralla. Afortunadamente, ya esperaban su llegada, lo cual era buena señal. Alastair, aun así, no bajó la guardia, listo para transformarse en dragón en cuanto fuera necesario y huir si era una trampa.

Jay observó el cambio en Antheria mientras caminaban escoltados por los soldados por las calles centrales, directos al castillo. El suelo estaba ya limpio de escombros, había sido reparado y las losas blancas estaban recién pulidas. Las casas derruidas habían sido reconstruidas y ahora todas estaban juntas en armonía, con sus paredes de ladrillo gris y tejados planos azules. Jay solo se cruzó con un mendigo sentado en una esquina, por lo que su número se había reducido considerablemente.

El mayordomo del rey los esperaba en la entrada del castillo. Junto a él, había un chico que estaba subiendo a su caballo. Los miró, curioso, y sacudió las riendas del animal para que este se pusiera en marcha.

Jay lo observó irse. No echaba nada de menos montar en caballo. Y seguía sin acostumbrarse a que en Gea los caballos tuvieran esa cola de león.

Cuando ya iban a saludar al mayordomo, cierta zeafírea salió volando del interior del castillo, aterrizando frente a ellos y yendo directa abrazar a Caedra.

—¡Por fin estáis aquí! —celebró Valikia, radiante. Se volvió para abrazar a Jay también—. Tenía muchas ganas de veros.

—Y nosotros a ti, Valikia —respondió Jay con una pequeña carcajada por su entusiasmo.

Valikia se separó para dejarles algo de espacio. A Alastair no le dio ningún abrazo por razones obvias.

—¿Puedo deducir por tu alegría y presencia aquí que vuestra audiencia con el rey fue favorable? —preguntó Caedra.

—¡Sí! —confirmó ella con un rápido asentimiento de cabeza.

El mayordomo se aclaró la garganta, irritado por la interrupción de Valikia. Ella se echó a un lado y se le escapó una risa nerviosa.

—Eh, sí, vamos todos a verlo… —murmuró.

Jay soltó una carcajada y Caedra sonrió, divertida. Alastair se mantuvo inexpresivo.

Accedieron al interior del castillo. Gavin caminaba hacia ellos con calma.

—He bajado al mismo tiempo que la arpía, pero, como podéis ver, se me ha adelantado —dijo Gavin con una sonrisa sarcástica. Se incorporó al grupo; todos detrás del mayordomo.

Valikia bufó e irguió la barbilla.

—No es mi culpa que seas tan lento, principito.

Gavin rio. Pasó un brazo por la cintura de Valikia y ella sonrió, pegándose a él.

Jay arqueó una ceja ante el gesto.

—Oye, Gavin, me alegro de verte, pero… ¿nos queráis contar algo que haya pasado en nuestra ausencia? —inquirió, curioso.

Caedra giró la cabeza al escucharlo y se fijó también en cómo caminaban Gavin y Valikia. Las mejillas de Valikia ardían.

—No es asunto tuyo, Jay —refunfuñó Valikia.

Gavin, en cambio, sonrió, con sus ojos verdes brillando.

—Te ahorraré los detalles, pero ahora Val y yo somos pareja.

—Enhorabuena —los felicitó Caedra, contenta—. Me alegro por vosotros.

Valikia se puso roja como un tomate.

—Pero, Val, ¿no eras tú la que decía que nunca besaría a ese «principito de pacotilla»? —la picó Jay, divertido con su reacción.

Ella se cruzó de brazos y desvió la mirada hacia uno de los tapices azules junto a los que pasaban.

—No recuerdo haber dicho tal cosa —masculló.

—Claro, Val, te creemos —ironizó Gavin. La tomó de la barbilla para que lo mirara y plantó un rápido beso en sus labios—. Siempre que hago esto lo odias, ¿a que sí?

Valikia rio.

—Sí, siempre lo odio mucho —aseguró ella, encantada.

Jay puso los ojos en blanco.

—En verdad, lo veía venir.

—Ya, bueno, tú tardaste más en aclarar tus sentimientos —replicó Valikia, inflando los carrillos.

—Oye, nuestra situación era más complicada —protestó Jay, acalorado.

—Cambiando a otro tema que nos concierne más —dijo Gavin, poniéndose serio—. ¿Cómo ha ido la misión en las minas?

—Todas destruidas —contestó Jay, más relajado ahora que no se sentía en el punto de mira.

—Las montañas ya no existen y ha quedado abierto el paso a través de la cordillera —añadió Caedra.

Se detuvieron al llegar a la sala del trono. Los guardias ahí situados les permitieron el acceso.

Jay miró a su alrededor al entrar. Todo estaba igual a como lo recordaba, salvo por el retrato de Faye que ahora adornaba la pared del fondo. La rabia burbujeó en su interior al verla.

Las pesadas puertas de hierro se cerraron tras ellos.

—Majestad —habló el mayordomo. Extendió el brazo hacia el grupo tras él—. Nuestros invitados y sus compañeros.

El mayordomo se apartó.

—Bienvenidos —los saludó el rey, sentado en el trono de la derecha.

—Rey Kidhu —asintió Gavin, haciendo una leve reverencia.

Todos lo imitaron, si bien Alastair lo hizo un poco a regañadientes. Él no le debía ningún respeto a ese mortal que no conocía de nada. Jay lo observó por el rabillo del ojo, divertido al fijarse en su mandíbula tensa.

—Traemos buenas noticias, majestad —dijo Valikia con alegría.

Kidhu se levantó y asintió.

—Ya me lo ha adelantado el mensajero que enviaron mis exploradores en la cordillera anoche. Habéis cumplido vuestra palabra: las minas han caído y se ha abierto el paso a través de las montañas. —Entornó los ojos—. ¿Cómo lo habéis conseguido?

Miró detenidamente primero a Jay, luego a Caedra y, por último, a Alastair.

—Una pequeña labor de ingeniería, majestad —explicó Caedra, con su porte perfectamente recto—. Cavamos pequeños túneles desde la cumbre hasta las minas, los congelamos y, al derretir el agua con fuego, el cambio repentino de presión fue suficiente para que se vinieran abajo.

El rey arqueó las cejas.

—Impresionante. ¿Solo entre vosotros tres?

—Así es, majestad —confirmó Caedra—. Como podíamos volar de una cima a otra, nos llevó menos tiempo del que se habría requerido de otra forma.

—Ya veo… —murmuró Kidhu para sí. Alzó la voz antes de continuar—: En ese caso, tal y como acordamos, podéis contar con el apoyo del ejército de Anthius. Si vuestras tropas están listas para incorporarse, partiremos dentro de tres días, al alba. No hay tiempo que perder.

El corazón de Jay se aceleró. Lo habían conseguido. Su plan de ir haciendo caer el imperio continuaba. Iban a avanzar hacia Omilia para seguir creando presión.

—Majestad, liberamos también a los esclavos —prosiguió Caedra con cautela—. Unos tres mil presos…

—Sí, he recibido noticia de ello desde la frontera —asintió Kidhu y cruzó las manos detrás de la espalda—. He dado la orden de que se les acoja y se les dé refugio, al igual que de que se aseguren de equipar y formar a aquellos que deseen unirse al ejército.

Valikia había arqueado las cejas al escuchar la cifra. N había esperado que fueran tantos, pero si, con un poco de suerte, la mayoría decidía luchar para vengarse del imperio, sus tropas aumentarían considerablemente en número.

Kidhu bajó los escalones y se acercó a ellos.

—He convocado esta noche un baile en el castillo para celebrar el nuevo triunfo sobre el imperio —continuó, mirándolos con una sonrisa—. Por supuesto, estáis invitados. Las casas nobles tienen curiosidad por conoceros…

Caedra frunció el ceño.

—Me temo que no… disponemos de la vestimenta adecuada para ello, majestad.

—Oh, no os preocupéis por eso —contestó él con sencillez y miró a su mayordomo, que esperaba junto a la puerta—. Debrus, encárgate de que dispongan de todo lo que necesiten para esta noche.

El mayordomo, Debrus, inclinó la cabeza.

—Así lo haré, majestad.

***

Y así fue cómo, una hora más tarde, una malhumorada Caedra estaba en la habitación que le habían asignado durante su estancia allí, acompañada de Valikia, ilusionada como una niña pequeña.

Caedra soportaba estoicamente a las criadas a su alrededor. Estaba con los brazos alzados frente a un espejo de cuerpo entero mientras le tomaban las medidas con varias cintas, para ver qué arreglos hacer al vestido que eligieran.

—Vamos, Cai, ¡alegra esa cara! —exclamó Valikia, parándose junto a ella—. ¡Nos lo vamos a pasar genial!

Caedra optó por no decir nada para no ofender a las criadas. Arqueó una ceja, irritada, cuando rozaron las plumas cerca del nacimiento de sus alas.

La tortura terminó a la media hora. Caedra había tenido que desnudarse para que las criadas hicieran su trabajo, agradeciendo más que nunca tener plumas cubriendo sus partes íntimas. Una vez las criadas se hubieron marchado, se apresuró a echarse encima una bata de seda blanca que habían dispuesto para ella.

Aunque regresarían en breve.

—¿Es realmente necesario todo esto? —refunfuñó, cruzando los brazos. Un músculo se crispó bajo su ojo derecho.

—Sabes que sería una ofensa rechazar la invitación —contestó Valikia—. O eso diría Gavin. Pero ¿por qué te preocupa tanto? Solo es una noche y será divertido. Nos vendrá bien un descanso después de tanto combate.

Caedra suspiró con pesadez. Ella no lo calificaría de «divertido».

—Sí, supongo… Pero preferiría llevar, al menos, algo más normal.

—Lo normal aquí para las mujeres es el vestido, Cai, no hay otra —replicó Valikia, divertida.

Ni ella ni Caedra habían llevado un vestido en su vida; las zeafíreas no solían usarlos, pues entorpecían el vuelo. Pero, mientras que a Caedra le disgustaba la idea, Valikia estaba entusiasmada, prácticamente dando saltos.

—Faye llevaba traje.

Valikia arrugó la nariz al escuchar ese nombre al que le había cogido tanto odio.

—Faye era la reina —señaló—. Nosotras vamos a tener que seguir el protocolo de la corte.

Caedra gruñó.

—Pero somos zeafíreas. Podrían hacer una excepción.

Valikia rio.

—Sabes que no funciona así —dijo, y le dio un abrazo rápido antes de separarse—. Bueno, ahora que te he servido de guardaespaldas mientras estabas taaan indefensa frente a las criadas, me voy, que, aunque sé que a ti te da igual, yo sí quiero elegir el color de mi vestido.

Y Valikia se marchó. Pero la puerta no llegó a cerrarse, pues las criadas ya volvían listas para ayudar a Caedra a lavarse en la bañera que habían preparado previamente en su habitación.

A pesar de los intentos de protesta de las criadas, Caedra consiguió, al fin, quedarse sola en la sala, tras indicarles que no necesitaría ayuda.

Suspiró con frustración. Al menos, ya la dejarían en paz hasta esa noche, cuando el séquito de criadas regresara para vestirla, maquillarla y peinarla. El rey Kidhu quería que estuvieran deslumbrantes. Caedra se preguntaba si a las criadas les disgustaría tener que encargarse de una zeafírea. Por lo general, las relaciones entre ambas razas eran neutras, por lo que confiaba en que no les importara.

—Te veo entusiasmada.

Caedra giró sobre los talones al escuchar la sarcástica voz de Alastair. El hombre la observaba con los brazos cruzados, apoyado en la pared, junto a la ventana. Captó un rastro de brumas desvaneciéndose todavía, indicando que acababa de aparecer.

—¡Alastair! —exclamó ella, sorprendida—. Pensaba que ya te habías marchado.

Él arqueó una ceja.

—No me iba a ir sin despedirme antes de ti.

Habían acordado que Alastair iría a Ganthia para informar al maestro Shidan de todo y que este movilizara las tropas hacia la capital de Anthius. Alastair, que no tenía deseo alguno de participar en el baile de esa noche, había accedido.

Caedra se percató de que estaba todavía desnuda y se apresuró a cerrar del todo su bata, avergonzada.

Alastair esbozó media sonrisa.

—Creo que ya he visto todo lo que tenía que ver a lo largo del tiempo que llevamos juntos, Caedra.

La zeafírea se sonrojó.

—Supongo que tienes razón.

Alastair se apartó de la pared y fue hacia a ella. Se quedó mirando la bañera. Las criadas la habían llenado de agua ardiendo y aún despedía vapor.

—Justo iba a bañarme —explicó Caedra y resopló—. No me apetece nada tener que asistir al baile esta noche.

—Eso lo puedo entender. En cualquier caso, asegúrate de estar atenta en todo momento —le pidió Alastair, muy serio.

No le gustaba perder a Caedra de vista en aquel castillo. Aún tenían muy presente en su recuerdo lo sucedido en su visita anterior a la reina Faye. Estaría inquieto todo el tiempo hasta que regresara.

—Tranquilo, estaré pendiente.

Asistiría al baile, pero no lograrían convencerla para unirse a ninguna de las danzas. Su intención era quedarse en un rincón y observar a Jay y a Valikia mientras estos se divertían, asegurándose de que nadie intentaba hacerles daño. No sabía qué haría Gavin.

Alastair se situó detrás de ella y la abrazó. Caedra se sorprendió ante este gesto, pero enseguida se relajó y llevó sus manos a los brazos del hombre de hielo.

Echó la cabeza hacia atrás para apoyarla en su hombro y sonrió.

—¿Te quedas conmigo mientras me baño?

Alastair le dio un beso en el cuello que hizo que un extraño escalofrío de placer la recorriera. Con las plumas erizadas, Caedra se giró para darle otro beso en los labios. Su corazón se aceleró al notar que él también sonreía.

La miró con un brillo cálido en sus ojos de hielo.

—Estaba esperando que me lo pidieras.

Caedra se sonrojó cuando Alastair puso las manos en sus hombros e hizo que la bata de seda blanca se deslizara al suelo, cayendo como una nube a sus pies. La recorrió con sus ojos de hielo, observando su cuerpo.

—¿Realmente soy atractiva para ti? —murmuró ella casi sin darse cuenta. Su inseguridad en ese aspecto era la razón por lo que antes se había apresurado a cubrirse.

Se encogió al ver que la mirada de Alastair se endurecía.

—¿Por qué preguntas eso, Caedra?

Caedra bajó la vista, avergonzada. Se llevó las manos al pecho.

—Sé que estoy demasiado delgada. —Sus huesos se marcaban claramente en muchas zonas —. Estoy cubierta de cicatrices por todo el cuerpo... —Apretó los ojos.

Levantó los párpados de nuevo, ahogando una exclamación, al sentir los fríos labios de Alastair en su frente.

—Caedra —dijo él, rodeándola con sus brazos. Se refugió en ellos de inmediato. Alastair reposó una mano en su cintura y la otra en su rostro—. Para mí siempre serás la más bella. La única mujer realmente atractiva para mí, en todo. Y por todo lo que significas. Deberías conocerme ya. —Su tono recuperó la dureza—. ¿Por qué dudas tanto de ti misma?

La seguridad y confianza que tenía en sus habilidades guerreras, o a la hora de tomar decisiones, desaparecían por completo cuando se trataba de su cuerpo o, incluso, de su valía como persona.

—No lo sé —murmuró ella, cabizbaja.

—Sigues dando vueltas a ese tema. A que no eres suficiente para mí —adivinó él.

—Es algo que no puedo controlar…

—Caedra —gruñó Alastair con fiereza, interrumpiéndola. La tomó de la barbilla para forzarla a

mirarlo a los ojos. Ella jadeó ante la intensidad del cariño que brillaba en ellos—. Mi corazón te pertenece por completo. Jamás me arrepentiría de haber dado mi inmortalidad a cambio de tu vida. No podría, no *querría*, seguir viviendo sin ti, ¿comprendes?

—Pero…

Alastair acercó su cara peligrosamente.

—Y te lo diré las veces que haga falta hasta que me creas. Tú me aceptaste y escuchaste a pesar de mi actitud soberbia. Te esforzaste en comprenderme. Tú me enseñaste a vivir de nuevo más allá del rencor y la venganza. Me devolviste mi cuerpo pagando un precio muy alto por ello… He estado en tu mente durante mucho tiempo; he podido contemplar cada uno de tus pensamientos más íntimos. —Acarició la cicatriz que recorría su rostro con suavidad—. Caedra, te conozco muy bien. Sé que no hay nadie como tú. Por eso te amo, y te amaré siempre.

El labio inferior de Caedra tembló. Parpadeó para contener las lágrimas.

—Lo siento —balbuceó. Se sentía también culpable por haber hecho que Alastair tuviera que reconfortarla otra vez por ese asunto—. Sé que debes odiar verme así.

—No podría odiarte de ninguna forma. Pero no me gusta verte angustiada por no valorarte como te mereces—replicó él, frunciendo el ceño. Apartó la mirada y suspiró—. Me has hecho cambiar, Caedra. —Clavó sus ojos de hielo de nuevo en los amarillos de ella—. Puedes llorar conmigo.

La zeafírea esbozó una sonrisa temblorosa. Respiró hondo. No, no iba a llorar. Era hora de apartar aquel miedo irracional.

—Te creo, Alastair. Intentaré no volver a dudar. Gracias… por elegirme a mí. Y por aceptar lo que también siento por Jay.

Él plasmó una enigmática sonrisa en sus labios.

—Es curioso que me des las gracias por eso, porque yo me hago una pregunta similar: ¿cómo una persona tan bella, por dentro y por fuera, como tú elegiría a un ser tan frío como yo?

El corazón de Caedra se aceleró. Su sonrisa se volvió cálida, radiante como el sol, y Alastair disfrutó del agradable cosquilleo que lo recorrió al saberse el causante de aquella felicidad. Caedra puso las manos en el pecho de Alastair y se elevó de puntillas.

—Siempre le estaré agradecida al destino por juntarnos.

Alastair tensó los hombros, pero la zeafírea, afortunadamente, no se dio cuenta. Caedra presionó sus labios contra los de él y él respondió de inmediato al beso.

El destino… Alastair también le daba las gracias por haber encontrado a Caedra. Pero no perdonaba al destino que hubiera intentado arrebatársela, aunque, a su vez, le había dado la oportunidad de viajar al pasado y salvarla…

Sin embargo, ahora el destino se había convertido en su mayor enemigo. Como un celoso enamorado, estaba constantemente al acecho, listo para aprovechar el menor descuido y corregir el curso del río, exigiendo la vida de Caedra para sí…

Apretó los dedos en la cabeza de la zeafírea.

El destino que los juntó se había convertido en su mayor enemigo.

No, nunca se la arrebataría. Él no lo permitiría. Y también estaba Jay para protegerla. Entre los

dos, evitarían que pudiera acercarse a ella.

Siguieron besándose mientras Caedra le desabrochaba la camisa.

—¿Qué es lo que quieres ver? —la provocó Alastair.

Caedra rio con suavidad contra sus labios.

—No es justo que yo esté desnuda y tú no, ¿no crees?

Su camisa voló por los aires, dejando su torso expuesto. Caedra lo recorrió con las manos, dibujando con sus dedos los definidos músculos de piel oscura, adornados con alguna que otra marca blanca. Alastair también tenía cicatrices, pero ella las adoraba.

Desabrochó los pantalones y estos cayeron al suelo. Alastair gruñó, explorando con su lengua la boca de Caedra y ella gimió, excitada. Alastair se inclinó sobre ella y la echó hacia atrás. La cintura de la zeafírea chocó contra una superficie metálica y ella abrió los ojos como platos, perdiendo el equilibrio…

Se sumergió completamente en el agua caliente. Alastair tiró de ella y Caedra volvió de nuevo la superficie, tomando una amplia bocanada de aire. Sacudió la cabeza y Alastair le apartó los mechones de pelo blanco que se habían pegado a su frente, divertido.

—¡Alastair! —protestó ella, pero acabó por reír. El hombre la observaba con un brillo alegre en sus ojos.

—Tenía entendido que el objetivo de esto era bañarnos juntos —dijo él, y su tono, grave pero insinuante, hizo que un escalofrío de placer recorriera la espalda de Caedra.

Alastair se sumergió también en la bañera. Caedra se pegó a él y sonrió cuando él la rodeó con sus brazos. Apoyó la espalda en la superficie de la bañera para que ella se tumbara encima.

Era una sensación tan agradable, tan increíble, estar con Alastair en el agua caliente acariciándose, besándose, disfrutando el uno del otro, que Caedra se sentía igual de ligera que en un maravilloso sueño del que no quería despertar.

La nube de felicidad la hizo olvidarse completamente de todo lo demás. Se centró únicamente en los ásperos y fríos dedos que se deslizaban por su piel, arrancándole gemidos que era incapaz de contener cuando estos rozaban las partes más sensibles. Experimentaba ese mundo nuevo por primera vez y las sensaciones que descubría eran indescriptibles.

Pero ella quería más, quería entregarse por completo a Alastair. No tardó en rodear su cintura con las piernas, abriéndose para él y adhiriéndose a su cuerpo. Y Alastair, tras asegurarse de que era lo que Caedra deseaba, no dudó más y elevó las caderas hacia las de su compañera, invadiendo suave y profundamente el maravilloso paraíso donde todos los sentidos explotan.

Caedra enterró el rostro en su cuello tratando, a duras penas, de contener sus gritos de placer. La presión en su interior crecía, su respiración se aceleraba a medida que aumentaba el ritmo de aquella melodía *in crescendo* que parecía no tener límite. Y su corazón estallaba al comprobar hasta qué punto podía arder el hielo.

Ya regresaría a la realidad más tarde. Ese momento les pertenecía a Alastair y a ella.

Capítulo 32: El baile

Connor soltó una exclamación al precipitarse desde la copa del árbol. Extendió los brazos y creó una burbuja de aire que frenó su caída. Suspiró con alivio.

Silvary rio a sus espaldas. Connor se dio la vuelta, mientras la irritación fluía de él a borbotones.

—He de admitir que, para ser afín al viento, no eres de pies muy ligeros —bromeó Silvary y le dio una palmada en el hombro—. Anda, inténtalo otra vez.

Tarvo, que los observaba sentado en una roca mientras dibujaba, puso los ojos en blanco al escucharlo y levantó la vista.

—Silvary, da igual lo afín al viento que sea Connor, no puedes esperar que aprenda a saltar entre las ramas en un día.

—No es mi culpa que no creáis en mis métodos —refunfuñó Silvary, dándoles la espalda y cruzando los brazos.

Tarvo suspiró con exasperación. Se le había olvidado lo que significaba pasar mucho tiempo con Silvary.

Connor rio, ya más relajado, y se sacudió el pelo con una mano. Algunas hojas habían quedado enganchadas en sus rizos rubios.

—Está bien, seguiré intentándolo, pero no esperes que el resultado sea diferente…

Silvary se había empeñado en que iba a enseñar a Connor a saltar con rapidez entre las ramas, como hacían ellos, para que les pudiera seguir el ritmo en caso de necesitar huir en algún momento.

Ya solo quedaba una semana para que se reunieran de nuevo todos en Ganthia y, según lo que iban comprobando, el rumor de los príncipes Althalos y Gavin se había extendido como la pólvora. Ahora, cuando visitaban algún pueblo, ya eran ellos los que escuchaban a sus habitantes comentarlo en voz baja, apenas trémulos susurros, siempre asegurándose de que no hubiera soldados imperiales alrededor. De oírlos, estos los ejecutarían por conspirar contra el emperador.

Solo les quedaba visitar alguna ciudad más al norte de Gaelar y, después, emprenderían el regreso hacia el suroeste, al golfo donde Alastair los recogería.

Makus volvió con un par de conejos muertos en la mano. Arqueó una ceja al ver a Connor trepando por un árbol.

—Ni se te ocurra decir nada, viejo —amenazó Silvary—. Voy a convertir a este chico en todo un maestro asesino.

Tarvo rio para sus adentros. Negó para sí con la cabeza y prosiguió con su dibujo.

***

Caedra frunció el ceño al verse en el espejo. Las criadas acababan de irse tras dejarla preparada para el baile.

Llevaba un vestido de manga larga azul oscuro, ajustado salvo la falda, que tenía algo de vuelo y revoloteaba alrededor de sus tobillos cada vez que se movía. Era de cuello alto para tapar las plumas que habrían asomado con un escote. Caedra trató de aflojar, sin éxito, el corsé, que dificultaba la tarea de respirar. ¿Por qué se ponían algo así? No era capaz de comprenderlo.

Habían adornado sus cuernos con unas placas de plata a juego con el esqueleto de sus alas. Caedra se había negado a retirar el brazalete en el que estaba camuflada su lanza, por lo que lo llevaba enroscado encima de la manga derecha.

Los juegos de la nobleza siempre le habían parecido ridículos. Recordaba haber observado algunos, oculta con Hadriel, de pequeña en el palacio, pues había querido ver qué hacía Kendrij. Era todo muy aburrido.

Estaban en guerra. Entendía que era importante mantener alta la moral de la gente y darles algún respiro, pero aquella fiesta era solo para los nobles. El oro y las joyas que usaban para adornarse habrían sido mejor empleados financiando las armas y suministros que necesitaría el ejército. Y el exuberante banquete que habrían preparado podría alimentar a todos aquellos que todavía pasaban hambre.

Le disgustaba tener que asistir a tal evento de apariencias y fachadas camuflado como diversión. Sin embargo, no le quedaba más remedio. Sabía que era importante asentar los cimientos de su alianza con Anthius, y aquellos a quienes el rey debía complacer y, por tanto, convencer, era a los nobles. Serían quienes financiarían su campaña en Omilia.

Se veía rara no solo con la vestimenta, sino también con el maquillaje. Sus ojos ahora estaban enmarcados por sombra azul oscuro que hacía resaltar su iris amarillo, salvaje. Los pómulos se notaban en exceso. Y le habían puesto un intenso pintalabios rojo que le recordaba al que usaba siempre Djaka.

Iba a ser complicado acordarse de que llevaba pintura en la cara y no estropearlo por accidente.

Al menos, su pelo lo habían dejado relativamente en paz. Estaba peinado en una gruesa trenza que caía por encima de su hombro derecho.

Acercó el rostro al espejo y pasó el dedo por la cicatriz que surcaba la mitad izquierda. Retiró la base de maquillaje (le había sorprendido que tuvieran una para su piel tan oscura) con la que las criadas la habían disimulado. Seguía disgustándole tenerla, pero no la iba a ocultar. Ella era una guerrera. Si a los nobles les desagradaba verla, tanto mejor.

Se irguió y suspiró con tristeza. Llevaba solo unas horas sin Alastair y ya lo echaba de menos. El baile habría sido más llevadero con él a su lado, aunque Alastair habría estado a disgusto en todo momento, porque habría espantado a todos los que pretendieran acercarse con su gélida mirada.

Alguien llamó a la puerta.

—Cai, ¿estás lista? —Era la voz de Jay. Si tampoco hubiera estado él para acompañarla, se habría negado a ir.

Ya era noche cerrada en el exterior. Caedra tenía la ventana abierta y escuchaba el ruido de las voces de los invitados que iban llegando, aunque estuviera varios pisos más arriba.

—Sí —contestó con sequedad.

Jay abrió la puerta y rio al ver su expresión asesina.

—Cai, como te presentes así vas a dar tanto miedo a todo el mundo que nadie se va a atrever a acercarse.

—Esa es la intención —replicó ella, cruzando los brazos. Llevaba también guantes transparentes con encaje negro en las manos.

Jay calló durante unos segundos, observándola. Caedra ladeó la cabeza, incómoda.

—¿Estoy muy mal? Porque odio tener que llevar esto… —empezó, nerviosa. ¿Y si a Jay le parecía demasiado? Había estado tan frustrada por tener que asistir al baile que no se había parado a pensar en qué opinaría Jay de su aspecto.

Y ahora se daba cuenta de que deseaba fervientemente que le gustara.

Jay sacudió la cabeza, devuelto a la realidad. Había sido una enorme sorpresa verla por primera vez con aquel vestido tan elegante y el maquillaje en su rostro que realzaba esos ojos amarillos que tanto adoraba, sumado al pintalabios rojo que hacía que no pudiera apartar la mirada de sus jugosos labios.

—No, no, tranquila —dijo de inmediato—. Es solo que no estoy acostumbrado. —Sonrió, y el corazón de Caedra se aceleró—. Estás preciosa, Cai, no te preocupes.

—Si tan solo no estuviera así para tener que asistir al baile… —masculló ella.

Aprovechó para contemplar también a Jay. Él llevaba un traje azul oscuro y dorado, lo cual le causó una sensación extraña. Quizás porque siempre que los había visto a él y a Kendrij con sus trajes, estos habían sido de distintas variedades de rojo. En Anthius, como era de esperar, el rojo, color insignia del Imperio gaelaro, estaba vetado.

Tuvo que admitir que le sentaba de maravilla. Hacía destacar los tonos más rubios de su cabello castaño claro, recién lavado y desenredado, cayendo en bonitas ondas que reposaban en sus hombros. Los toques dorados del traje también contrastaban con su piel bronceada por el sol.

Caedra se había sorprendido al ver que tanto ella como Jay iban de azul oscuro. Se suponía que nadie, salvo sus compañeros, sabía que eran, en teoría, pareja. «En teoría» porque no sabía cómo describir su relación, en la que también estaba incluido Alastair. Y no debían hacerlo oficial, pues Jay era, a ojos de los demás, el príncipe Althalos, aspirante al trono del Imperio gaelaro. Ya se enfrentarían a ello si llegaba la hora de que Jay tuviera que asumir la corona. Por el momento, era mejor no irritar a potenciales aliados que pudieran molestarse ante el hecho de que la pareja del príncipe no fuera humana.

—Relájate, ¿quieres? —dijo Jay con suavidad. Le ofreció su brazo y ella se agarró al codo, todavía con el ceño fruncido—. Es solo una noche y es una formalidad necesaria para terminar de asentar, una vez más, la alianza con Anthius.

Caedra ladeó la cabeza para mirarlo, divertida, relajando al fin su expresión.

—¿Desde cuándo eres tú el que me da lecciones a mí?

Jay rio con suavidad. Los dos se encaminaron hacia el pasillo.

—Desde que estás tan amargada que no vas a poder disfrutar en absoluto de la noche.

Caedra suspiró pesadamente.

—¿Y si nos atacan de nuevo?

—Faye ya no está y el rey Kidhu sí está de nuestro lado.

—También se suponía que Faye estaba de nuestro lado…

—Bueno, ella cumplió el acuerdo y luego decidió actuar por su cuenta. Se supone que ahora con Kidhu tenemos un nuevo acuerdo que a él le interesa mucho —dijo Jay y puso su mano sobre la que la zeafírea tenía en su codo—. Así que tranquila, ¿vale? Estaremos alerta en todo momento, pero no podemos no asistir.

—Ya…

Jay se detuvo junto a la puerta y se giró hacia ella. Caedra lo miró, interrogante. El chico tenía una sonrisa pícara en sus labios.

—¿Sabes? Hay algo que no me gusta de tu maquillaje.

—¿Qué? —Caedra se llevó una mano a la cara, alarmada, y habría estropeado parte de la pintura de no ser porque Jay atrapó su mano a tiempo—. ¿El qué?

Jay se inclinó hacia su rostro, entrelazando sus dedos con los de la zeafírea.

—Tu pintalabios —susurró él.

—¿Qué pasa? —inquirió ella en el mismo tono.

Los ojos de Jay se ensombrecieron por sus cejas.

—Que no puedo besarte —dijo y se apartó entre risas ante la expresión boquiabierta de Caedra.

—¡Jay! —protestó ella, indignada, aunque ahora también sonreía—. Pensaba que de verdad había algún problema.

Jay negó con la cabeza y puso la mano en la puerta del pomo.

—Vas a deslumbrar a todos, ya lo verás.

Caedra agachó la cabeza. La base de maquillaje ocultó su sonrojo. No creía que fueran a admirar demasiado a una zeafírea, pero apreció las palabras de Jay.

Cerraron la puerta de la habitación.

—Y, ya que tenemos que ir, intenta disfrutar un poco —completó él.

—¡Eso digo yo! —exclamó Valikia, que los esperaba en el pasillo con Gavin. Ella iba ataviada de forma similar a Caedra, pero sus adornos eran de oro y su vestido, morado.

Gavin llevaba un traje lila y plateado. Valikia estaba aferrada a su brazo con una enorme sonrisa. A Gavin, en cambio, se lo veía aburrido.

—Gavin, no me digas que tú también vas a estar malhumorado toda la noche —protestó Jay.

—He asistido a demasiados eventos de este tipo y no he disfrutado ninguno de ellos —respondió Gavin en tono seco.

—Al menos, no soy la única —dijo Caedra.

—Definitivamente, sois unos amargados —gruñó Valikia. Irguió la barbilla—. Yo pienso bailar toda la noche. Me lo he ganado después de estos meses tan duros.

Caedra sonrió, resignada. En el fondo, se alegraba de que Jay y Valikia fueran a disfrutar. Era cierto que les vendría bien para relajarse después de tanta tensión.

***

La sala de baile del palacio era enorme. A Jay no le hubiera sorprendido que ocupara la mitad

de la planta del castillo. Era circular, con mesas llenas de comida y bebida a los lados. El centro estaba despejado para que los invitados se movieran con libertad. Había una orquesta, tocando ya sus instrumentos, situada junto al enorme balcón que daba al exterior, y el lugar se adornaba con guirnaldas azules y doradas que armonizaban con las paredes blancas.

Se había llenado de gente. Caedra se conformaba con haber llegado, al menos, un poco más tarde, cuando todos los nobles que habían ido apareciendo ya habían sido anunciados. Era siempre la parte que más aburrida le parecía de todos aquellos eventos que había espiado para ver a Kendrij.

Aunque la música sonaba, no estaban bailando todavía. Faltaba por aparecer el rey que, sobre una plataforma con un trono de oro preparada al fondo, presidiría la fiesta.

—¡Es increíble! —exclamó Valikia. Con todo el barullo de la gente, solo ellos la escucharon—. Es mucho más bonito de lo que me imaginaba.

—¿Verdad? —asintió Jay, de acuerdo con ella.

—Se han esmerado en cuidar todos los detalles como una prueba más del poder del nuevo rey —observó Gavin.

Al fin y al cabo, ese baile también era el primero convocado por el rey Kidhu, y lo utilizaría para mostrar su autoridad por encima del resto de nobles.

Había criados que iban de un lado a otro transportando bandejas con copas para los asistentes. Se habían reunido varios grupos de personas, todos ataviados con elaborados trajes, vestidos y adornos.

Caedra se sentía muy fuera de lugar allí, y no era solo por las alas y los cuernos.

Jay tenía que admitir que también le chocaba un poco, al ser su primera vez en una situación así, pero sentía una tremenda curiosidad. Hasta entonces, solo había visto aquella clase de bailes en películas.

Se aseguró de que el puñal que había guardado en el interior de la chaqueta estaba bien oculto. Habría sido un signo de desconfianza llevar la espada y, aunque contaba con el resto de sus poderes, nunca estaba de más llevar un arma, por pequeña que fuera.

Todo el mundo calló de repente y la música se detuvo. Jay alzó la vista. El rey estaba subiendo los escalones hacia la plataforma. Se paró delante del trono y encaró al público.

—Sed bienvenidos esta noche al castillo real de Antheria, nuestra querida capital de Anthius —comenzó el rey Kidhu. Tenía puesta en él, sin excepción, la mirada de cada asistente—. Es un placer para mí convocaros aquí por primera vez desde que hemos expulsado de nuestras amadas tierras las viles fuerzas del imperio.

Hubo un aplauso general que se expandió como una ola.

—Esta celebración no sería posible sin el sacrificio de nuestra querida Sombra del viento, la reina Faye. El imperio la asesinó, incumpliendo, así, su parte en un acuerdo —prosiguió Kidhu.

Se elevaron exclamaciones de indignación hacia el imperio. Valikia se fijó en que ahora Kidhu sí se refería a Faye por el nombre que ella había escogido y con su título de reina. Al fin y al cabo, estaban de cara al público.

—Han demostrado que no solo son unos opresores despiadados, sino que tampoco saben

cumplir su palabra —declaró Kidhu. Su voz, grave y potente, resonó por toda la sala con claridad —. No son de fiar. Y, aunque ahora celebramos nuestra liberación de sus sucias zarpas, no debemos olvidar que, si no los detenemos, tratarán de someternos nuevamente en el futuro. Es por esto, por el bien y la seguridad de nuestro reino, que he decidido que Anthius se alíe con Ganthia para marchar hacia Omilia.

Los asistentes empezaron a murmurar entre sí. La cordillera era, claramente, su principal preocupación.

—No temáis —continuó Kidhu tras darles unos segundos—. Pues el paso a través de las montañas ya está asegurado: las minas de umbrano que explotaba el imperio han sido destruidas, y se han replegado hacia Omilia.

—¿Qué?

—¿Cómo?

—¿Es eso posible?

Las exclamaciones de asombro se encadenaban una tras otra.

—Nuestros aliados de Ganthia son los responsables de esta hazaña. —Kidhu alzó el brazo y los señaló—. Gracias a ellos, ahora tenemos la oportunidad histórica de arrebatarle Omilia al imperio y que pase a ser parte de Anthius. Y que, así, nuestro reino siga creciendo y prosperando.

Poco a poco, las cabezas de todos los asistentes se iban girando hacia ellos. Caedra y Gavin no se inmutaron, recibiendo la atención sin variar la expresión de piedra en sus rostros. Valikia, en cambio, sonrió e infló su pecho con orgullo, mientras que Jay se sonrojó al notar tantas miradas de golpe sobre él.

—¡Anthius nunca volverá a temer al Imperio gaelaro! Omilia será nuestra y les demostraremos que nunca deberían haberse atrevido siquiera a poner un pie en nuestras tierras.

Todos miraron de nuevo al rey y lo corearon, entusiasmados. Kidhu se los había ganado con su discurso; las casas nobles lo apoyarían con oro y provisiones para el ejército. Uno de los objetivos del baile se había cumplido.

Cuando los aplausos fueron disminuyendo en intensidad, Kidhu sonrió y concluyó:

—Espero que el baile sea de vuestro agrado. Disfrutemos todos de esta noche en la celebramos nuestro triunfo sobre el imperio.

Terminó el discurso del rey. Este se sentó en su trono y el mayordomo se situó a su lado de inmediato. Varios nobles se pusieron en fila frente a la plataforma, subiendo de uno en uno. El rey les daba un beso en la mejilla, ellos se arrodillaban frente a él para besarle la mano, intercambiaban algunas palabras y se iban.

La música se había reanudado y la gente de nuevo se movía por la sala.

—¡Qué emocionante! —exclamó Valikia con un pequeño salto y una palmada.

Gavin puso una mano en su hombro para que se estuviera quieta.

—Valikia, recuerda lo que te he explicado sobre…

—¡Quiero bailar! —declaró ella, interrumpiéndolo. Lo agarró de la mano y Gavin se dejó arrastrar, resignado.

Jay los observó perderse entre la multitud, divertido.

—Sois el príncipe Althalos, ¿no es así?

Jay y Caedra se giraron a su derecha. Se encontraron con un hombre vestido con un elegante traje verde. Detrás de él asomaba una chica algo más joven que Jay, con largo pelo rubio rizado y un bonito vestido rosa.

—Así es —confirmó Jay, rígido. Ahora ya no tenía que ocultar su identidad, sino todo lo contrario, y todavía le resultaba extraño. ¿Qué querría aquel hombre de él?—. ¿Con quién tengo el placer de…?

—Oh, disculpad mis torpes modales. Soy Miadzad, duque de Liester —se apresuró a presentarse el hombre y se inclinó en una leve reverencia. Se echó a un lado, permitiéndoles ver mejor a la chica que lo acompañaba—. Y esta es mi hija, Jefrenia. Hemos oído hablar de vuestras hazañas en el campo de batalla…

La chica, Jefrenia, miraba a Jay. Él se sintió un poco incómodo, por lo que prefirió centrarse en el duque.

Caedra se fijó en que ya iban acercándose varias personas más, todas hombres o mujeres acompañados de sus hijas en edad de matrimonio, y fue comprendiendo cuál era la intención de esa gente.

«Bien, Jay, tú quisiste venir a este baile», pensó, divertida, tratando de tomárselo con humor. Porque unas desagradables piedras ya se estaban asentando en su estómago, cada vez más consciente de que ese sería otro obstáculo que tendrían que superar si Jay algún día quería liderar el imperio.

Iba a ser una tortura para él tener que hablar con todos ellos, pero no convenía que la vieran demasiado a su lado todavía. Y ella no lo iba a poder ayudar en ese aspecto, por lo que se apartó, sabiendo que vigilaría mejor lo que sucedía a distancia. Jay solo alcanzó a dispararle una mirada de desesperación por encima del hombro antes de ser rodeado.

Caedra se desplazó a un rincón de la sala de baile. Buscó a Gavin y a Valikia y los localizó en la otra punta, cerca del balcón. Valikia iba desplazándose para observar todo de cerca y Gavin la seguía, resignado, pero con una pequeña sonrisa en sus labios.

La fila de nobles esperando a estrechar lazos con el nuevo rey se fue acortando hasta desaparecer. La música cambió a una más animada y el centro de la sala se despejó de gente, cediendo el espacio para las parejas que, poco a poco, se fueron animando a bailar.

Gavin sabía todos los bailes de memoria, pues habían comenzado con los que eran típicos en todo el continente. Cuando pasaran a los tradicionales de Anthius, sin embargo, ya tendría que ir fijándose en los movimientos de los demás. Por el momento, era capaz de guiar a Valikia sin problema. La zeafírea estaba disfrutando como nunca.

Una hora después de haber abandonado a Jay, Caedra comprobó que ya estaba libre del círculo que lo había rodeado. Arqueó una ceja al ver que bailaba con una chica rubia. Era Jefrenia, la hija del duque.

No se molestó, pues supuso que, si había aceptado, habría sido para evitar ofender a su padre, uno de los nobles más poderosos.

Caedra se apoyó en la pared y cruzó los brazos, resignada a aburrirse el resto de la noche.

Esperaba pasar más desapercibida donde estaba. Todavía no había detectado nada que le resultara sospechoso. Quizás podría relajarse un poco.

Captó movimiento por el rabillo del ojo.

—He aquí la zeafírea de la que todos hablan.

Un hombre joven, apenas unos años mayor que ella, se había parado a su lado. Caedra lo analizó, recelosa. Era de piel clara, como la inmensa mayoría de nobles, con rizos rubios, ojos azules y un traje celeste. Llevaba una copa en cada mano.

Caedra arqueó una ceja. Había asistido al baile por no ofender al rey, pero eso no quería decir que tuviera que extender la misma cortesía a todos sus invitados. No tenía ganas de hablar con nadie.

—Sois vos la que ha destruido las minas, ¿no es así? —prosiguió el hombre al ver que se quedaba callada.

—En realidad yo solo me encargué de proteger a mis compañeros mientras ellos hacían todo el trabajo —aclaró Caedra, con la esperanza de que así perdiera interés por ella.

No fue así.

—Ah, por supuesto, eso me encaja. Os dedicáis a proteger a los demás —comentó él, extrañándola todavía más. ¿A qué venía eso? Lo había dicho con un tono un tanto… ácido—. Pero ¡bueno! ¿Dónde están mis modales? Mi nombre es Zafrios, conde de Elrasia. ¿Y cuál es el nombre de tan bella dama?

Caedra frunció el ceño.

—Mi nombre es Caedra, pero dudo que mi belleza sea adecuada a vuestros estándares con la cicatriz que tengo en el rostro —replicó, en tono cortante. Por no mencionar que era de otra raza.

Zafrios, sin embargo, no se ofendió. Al contrario, estalló en carcajadas.

—¡Por los luminosos ojos de Luvann! Me gusta vuestra actitud. Si os sirve de algo, mi cumplido era genuino —dijo, y extendió un brazo hacia ella, tendiéndole la copa—. No os he visto muy entusiasmada por bailar. ¿Qué os parece si nos quedamos aquí conversando?

Caedra comprobó que Jay, Gavin y Valikia seguían danzando. Analizó de reojo el líquido en el cristal. Era casi transparente y gaseoso. Supuso que se trataría de algún tipo de vino no muy fuerte, pues apenas le llegaba el olor.

No tenía ganas de beber, pero por una copa no pasaría nada. Tampoco podía causar un altercado en el baile rechazando la invitación de aquel noble; perjudicaría la imagen de Ganthia.

Conteniendo un suspiro de resignación, aceptó la copa. La acercó a su rostro, observando de reojo a Zafrios. Él ya le había dado un sorbo a la suya y seguía hablando:

—Contadme, ¿cómo fue la experiencia de echar de esas montañas a los miserables del imperio?

Caedra bebió un pequeño trago tras concluir que no había nada sospechoso en la actitud de Zafrios. Daba la impresión de ser un simple noble despreocupado y caprichoso. Esperaba aburrirlo pronto y que se fuera a buscar entretenimiento en otra parte.

—Nada especial. Hacía frío —contestó ella con tono seco.

Jay, mientras tanto, continuaba bailando con Jefrenia. Le costaba a veces seguir el ritmo de los bailes, pero la chica tenía paciencia y le iba indicando.

El problema se hallaba en que era demasiado habladora e insistía en contarle todos los cotilleos de la corte, algo en lo que Jay no tenía interés alguno. Al menos, el alcohol de las bebidas que iban cogiendo de las bandejas de los criados lo ayudaba a que fuera más llevadero.

—Creo que necesito un descanso —le comunicó Jay al cabo de un rato. El descanso era para sus pobres oídos.

—En ese caso, yo también —decidió Jefrenia de inmediato y lo agarró de la mano para llevarlo a una de las mesas con bebida.

Jay maldijo para sus adentros. No había manera de librarse de ella.

Echó un vistazo por encima del hombro mientras Jefrenia le tendía una copa. Localizó a Caedra en el extremo opuesto de la sala, apoyada en la pared. Había un hombre a su lado charlando con ella sin cesar mientras la zeafírea trataba de ignorarlo.

A Jay se le escapó una carcajada. No era el único que no podía huir de compañía no deseada.

—¿Qué os parece tan gracioso, príncipe Althalos? —inquirió Jefrenia de inmediato, interponiéndose en su campo de visión.

Jay dio un respingo. Tosió para disimular.

—Nada, solo estaba preguntándome con quién está mi compañera…

Jefrenia se giró y siguió la dirección de su mirada. Bufó.

—Oh, se trata del conde de Elrasia. Suele ser muy reservado y rara vez se relaciona con otros —le comunicó, arrugando la nariz—. Es apuesto, por lo que su actitud es un desperdicio; así no va a conseguir subir en la escala social. Me pregunto por qué está hablando tanto con ella, no es normal en él.

Dicho esto, Jefrenia desvió su atención hacia Jay de nuevo. Pero Jay ahora había entornado los ojos, sospechando.

—Os veo algo ido, príncipe Althalos —comentó Jefrenia, enganchándose a su codo y tirando sutilmente de él para que echaran a andar—. ¿Qué os parece si salimos a tomar un poco el aire?

Jay sacudió la cabeza. No se le escurrió la copa de milagro.

—Sí, eso estaría bien.

El aire fresco del balcón ayudó a despejarlo en cierta medida. El ambiente en el interior ya estaba un poco cargado. La noche seguía avanzando.

Pero Jefrenia no paraba de hablar… Jay, resignado, se dedicó a fingir que la escuchaba mientras apuraba el contenido de la copa. Quizás ya se estaba pasando con el alcohol. Aunque supuso que no pasaría nada por una noche.

Al cabo de un rato, Jefrenia empezó a tiritar.

—¿Volvemos dentro? —propuso Jay mientras se daba la vuelta. Con un poco de suerte podría pedirle ayuda a Gavin y Valikia si se cruzaba con ellos…

Accedieron al interior y Jay enseguida localizó a la pareja de amigos, de nuevo en la pista de baile, aunque ya se les notaba cansados. No tardarían mucho en marcharse.

Se quedó rígido al mirar hacia el punto en la pared donde antes estaba Caedra con aquel hombre. Habían desaparecido.

Recorrió la sala con los ojos, pero no la divisó por ninguna parte. No había ni rastro de ninguno de los dos.

Su corazón empezó a latir con fuerza.

—Voy a comprobar una cosa, Jefrenia —le dijo a su acompañante, inclinando la cabeza, logrando camuflar el pánico en su voz—. Intentaré no tardar mucho.

No le dio tiempo para replicar. Se apartó de ella y se abrió paso entre la multitud.

Tenía un mal presentimiento.

***

Su percepción de lo que estaba sucediendo a su alrededor estaba un tanto distorsionada. Caedra no entendía cómo podía haber acabado así tras solo beber una copa; no tenía costumbre de beber alcohol, pero ni siquiera con eso era normal su estado.

Le costaba pensar. Trataba de decir algo y no era capaz. Zafrios la guiaba con una mano en su cintura por los pasillos del castillo.

«¿A dónde vamos?», pensó Caedra. Intentó detenerse y solo consiguió tropezar. Zafrios la agarró del brazo con algo de fuerza y prácticamente tiró de ella.

Caedra se veía incapaz de oponer resistencia. Lo único que logró distinguir a través de su visión borrosa era que el rostro del conde distaba mucho de la alegría que había expresado en la sala de baile. Ahora era de piedra.

Salieron al exterior. Caedra sacudió la cabeza al ser golpeada por el frío de la noche. Zafrios la empujó hasta un carruaje que arrancó de inmediato cuando se subieron a él.

Caedra frunció el ceño. Se había despejado un poco e iba a abrir la boca cuando Zafrios cerró un grillete en torno a su muñeca derecha.

—Precauciones —dijo él, observándola con una ceja arqueada—. Aunque, tal y como estás, dudo que puedas hacer nada. Da hasta pena. —También había abandonado el lenguaje formal.

Solo estaban ellos dos en la cabina del carruaje. Caedra no sabía hacia dónde se dirigían, pero tenía que escapar ya.

Dibujó una mueca en su rostro cuando no fue capaz de materializar su lanza del brazalete.

—Lo que te he puesto es umbrano, querida —se mofó Zafrios—. Me he preparado a conciencia, aunque parece que al final no era para tanto. Con lo que me costó conseguirlo… No entiendo cómo mi hermano pudo morir a tus manos. ¿Por qué te temían tanto todos?

—¿De qué… hablas? —logró formular ella, confusa.

—De tus años de guardaespaldas, Caedra. —Pronunció su nombre con odio. Caedra seguía sin entender nada—. Hace siete años, tú mataste a mi hermano.

Ella frunció el ceño.

—Eso es… imposible.

No había sido hasta hacía relativamente poco que había roto la promesa que le hiciera a Kendrij. Antes de eso, nunca había matado a nadie.

—Mi hermano estaba en un viaje de negocios en Gaelar cuando se cruzó contigo. Era de noche y se topó con el séquito al que protegías tú. Creyeron que mi hermano y sus compañeros los

habían estado siguiendo y los atacasteis de inmediato.

Caedra bajó la vista, tratando de recordar. Había estado años trabajando de guardaespaldas y ese solo era un incidente entre muchos…

—Los que sobrevivieron solo fueron capaces de identificar a una zeafírea en el ataque —prosiguió Zafrios con frialdad—. Tú, Caedra, eres la única que ha trabajado de guardaespaldas entre humanos en Gaelar.

Caedra apretó los dientes.

—Aun así, no fui yo. Me aseguraba de no matar a nadie.

Ya hablaba con más claridad. Levantó la vista y analizó disimuladamente el espacio en el que se encontraban. La cabina era pequeña y con una puerta a cada lado. No sabía quién estaría dirigiendo los caballos que tiraban del carruaje.

—¿Y por qué debería creerte? —ladró Zafrios, agarrándola del brazo—. He esperado años a que llegara este momento, a que mi camino se cruzara con el tuyo para vengar a mi hermano, pero desapareciste sin dejar rastro. Ahora que los dioses me han otorgado esta oportunidad, pienso torturarte para que tengas la misma muerte agónica que sufrió él y…

Caedra lo cortó con una patada al pecho que lo echó hacia atrás, soltándola. La zeafírea se lanzó contra la puerta frente a ella y esta se abrió ante su peso.

Soltó un quejido al caer al duro suelo. Rodó varios metros antes de detenerse. Todo le daba vueltas, pues todavía no se había recuperado totalmente de los efectos de aquel extraño veneno, y le costó levantarse, conteniendo a duras penas las náuseas.

Estaba rodeada de árboles. Habían salido de la ciudad, descendiendo por la cuesta de la colina hasta llegar al bosque. Divisó las murallas de Antheria en la distancia.

Trató de volar y no pudo. El grillete de umbrano le impedía usar sus poderes, y no era capaz de alzar el vuelo sin manejar el esqueleto de metal en sus alas.

Apretó los dientes. Comprobó por encima del hombro que Zafrios ya había detenido el carruaje y estaba bajando para ir tras ella.

Echó a correr. Tropezó un par de veces y a duras penas logró no perder el equilibrio. No sabía en qué dirección iba, pero en esos momentos le daba igual. La prioridad era escapar de Zafrios; luego, ya vería cómo volver. Sin sus poderes, sin armas y en el estado en el que se encontraba, le sería complicado enfrentarse a él.

Un rayo impactó en el tronco del árbol junto al que pasaba. Su corazón se aceleró.

Zafrios era afín a la electricidad. Y ella estaba en seria desventaja.

Su vestido se enganchó en una rama a ras del suelo. Caedra maldijo entre dientes y siguió corriendo, desgarrando la tela. La falda no hacía más que entorpecerla.

Tropezó y esta vez no recuperó el equilibrio a tiempo. Ahogó una exclamación al rodar por una cuesta de tierra.

Gruñó al golpearse contra el tronco caído de un árbol. Lo usó como soporte para ponerse en pie y alzó la vista.

Palideció. Zafrios la tenía localizada. Corría hacia ella y ya tenía el puño envuelto en electricidad.

Caedra se echó a un lado y siguió huyendo. El tronco estalló y se le clavaron varias astillas en la espalda, pero lo ignoró. No iba a detenerse. El paisaje a su alrededor se volvía más denso y oscuro, burlándose de ella con arbustos y ramas que la esperaban como trampas para animales. Si no lograba esquivarlos y se enganchaba, Zafrios la alcanzaría.

Tenía que haber algo que pudiera hacer. Quizás si lograba esconderse el tiempo suficiente para golpear varias veces el grillete de umbrano contra una roca… Era un metal muy endeble y cedería enseguida.

Pero Zafrios no le iba a conceder ese tiempo. Caedra ya estaba cerca del río y se escurrió al pisar un charco de lodo.

Gritó al ser alcanzada por la descarga eléctrica. Se golpeó la cabeza en una piedra al caer en el barro y todo se volvió blanco por un instante. Parpadeó repetidamente y maldijo entre dientes, mordiéndose el labio con fuerza. Trató de arrastrarse por el suelo, aunque sabía que era inútil. No era más que una presa herida a la que su cazador ejecutaría en breve.

Zafrios la alcanzó ya sin dificultad. La observó con desdén y pisó su espalda, en el hueco entre sus alas, para que no pudiera moverse.

Caedra apretó los puños. Su corazón latía a mil por hora y sus plumas estaban erizadas, consciente de que tenía la muerte detrás de ella. Luchó por erguirse, en vano, y trató de ver a través del barro que cubría su rostro.

¡No podía morir de esa manera! Era humillante para una guerrera como ella. Jay y Alastair estarían tan decepcionados…

Se había despistado solo un momento con la maldita bebida. Pero aquel hombre había tenido la actitud de cualquier noble caprichoso… Ella no había sospechado; él había actuado con mucha habilidad.

Con todo a lo que se había enfrentado, y sobrevivido, ese final era muy patético. Trató de moverse, pero Zafrios solo pisó con más fuerza, dificultándole la respiración.

Escuchó el chasquido de la electricidad. Apretó los ojos, preparándose para la descarga.

Capítulo 33: La calidez del fuego

La descarga no llegó. Y, en vez de su propio grito, Caedra escuchó el de Zafrios, cuyo peso desapareció de repente de encima de ella.

La temperatura había subido con brusquedad y el lugar entero estaba iluminado con las llamas que ahora cubrían a Zafrios. Este se revolvió en el suelo entre aullidos de agonía hasta que logró apagarlas.

—¡Cai!

Caedra clavó los codos en la tierra para incorporarse levemente, jadeando. Esperanzada, giró la cabeza.

Un chico se acercaba, descendiendo por la pendiente. Las sombras proyectadas en su rostro por la luz de las llamas le daban un aspecto tétrico, acentuado por la furia de su mirada. Sus cejas estaban bajas y contraídas, ensombreciendo unos ojos humeantes de rabia, y pisaba con tanta fuerza que, rodeado por el fuego, parecía un demonio dispuesto a destruir todo.

«Jay».

De haber tenido fuerzas, Caedra lo habría llamado. La ira que emanaba del chico habría aterrado a cualquiera. Para la zeafírea, sin embargo, supuso un alivio que la inundó al instante de calma. La alegría al verlo le permitió relajar los músculos y olvidarse, por un instante, del dolor de sus heridas, del pánico que se había apoderado de ella al hallarse indefensa ante un enemigo.

Jay se quedó junto a Caedra. Sus dedos estaban rígidos y respiraba entrecortadamente. Había venido corriendo desde el castillo siguiendo el carruaje, pero no se iba a parar a recuperar el aliento. En cuanto había visto a aquel hombre sobre Caedra, dispuesto a ejecutarla, la cólera más violenta cruzó su mirada y desterró cualquier rastro de racionalidad de su corazón.

Porque ahora lo único que había en su interior era un peligroso impulso asesino. Y Jay no se iba a molestar en reprimirlo.

—Serás miserable —siseó, clavando su atención en Zafrios, que comenzaba a ponerse en pie. Los ojos de Jay brillaban con el destello de un depredador, de un lobo observando a su presa, y Zafrios se quedó helado por un instante—. ¿Cómo te atreves a hacerle daño a Caedra?

Zafrios logró incorporarse. Retrocedió unos pasos, pero se negaba a mostrar lo asustado que estaba, por mucho que le diera la sensación de que se enfrentaba a un emisario de la muerte. Aquel chico no blandía una guadaña, pero esa furia reflejada en las llamas que aún lo rodeaban era más que suficiente para intimidarlo.

—¿A esa zorra? —bramó Zafrios y estiró la mano, listo para invocar un rayo—. No vas a impedir que la mate. Espera a que… —Y calló de golpe.

Jay se había transportado en un parpadeo hasta quedar frente a él. Y, con las brumas todavía desvaneciéndose a su alrededor, hundió el puñal oculto en su chaqueta en el abdomen del hombre. Sin vacilar.

Zafrios se quedó helado. Trató de hablar, pero lo único que brotó de su garganta fue un gemido

de dolor.

—Podría habértelo clavado en el corazón —dijo Jay con una tétrica parsimonia. El fuego de la ira en sus ojos se había transformado en despiadado hielo, y su voz rezumaba tal odio que Zafrios sintió una nube de la más absoluta oscuridad envolviéndolo y asfixiándolo—. Sin embargo, has hecho sufrir a Caedra…

Giró el puñal. Zafrios se retorció. Jay estaba a tiempo de detenerse. Podía dejar a aquel hombre ahí tirado e irse con Caedra. Pero la había atacado. Le había hecho daño. Iba a matarla. Y si lo dejaba marchar, Jay estaba convencido de que lo intentaría otra vez. A sus ojos, no merecía ningún perdón. No, se merecía que descargara toda su furia sobre él.

Porque nadie tocaba a Caedra y salía impune. Alastair habría estado de acuerdo con eso.

Jay soltó el puñal. Zafrios lo miró con una mueca de agonía.

—Y lo volveré a hacer —aseguró Zafrios en un patético gemido de dolor. Se llevó la mano al abdomen. No sabía de dónde había salido aquel chico, pero en cuanto le diera la espalda pensaba atravesarlo con su arma…

Jay entornó los ojos e inclinó la cabeza para observarlo. Su calma era engañosa.

—No volverás a tocarla —sentenció. El fuego se avivaba de nuevo en sus ojos y Zafrios se alarmó. Pero era demasiado tarde para él—. Te arrepentirás de haberte acercado a ella siquiera...

Zafrios desenvainó la espada. No se iba a dejar humillar, no cuando todavía debía vengar a su hermano. Intentó ir hacia Jay con un aullido, dispuesto a callarlo cortando su garganta.

Y Jay ya no dudó. Envolvió sus puños en fuego blanco. Esquivó su acero y le dio una patada en el pecho a Zafrios para echarlo hacia atrás. Con un grito de rabia, liberó sobre él la tormenta de llamas infernales.

El alarido de Zafrios recorrió el bosque entero. Esta vez, por más que intentó rodar por el barro, no encontró salvación alguna.

Jay lo miró con desdén.

—Duele, ¿eh?

Zafrios no fue capaz de responder. No tardó en dejar de gritar. Había sido devorado vivo por el fuego y ahora el olor a humo y carne quemada invadía el lugar.

Caedra no podía decir que le diera pena. Sin embargo, Jay la había sorprendido. Le había recordado la gélida crueldad que Alastair era capaz de desatar.

Jay apartó la mirada de lo que quedaba del conde. Tomó una amplia bocanada de aire en un intento de normalizar su agitada respiración. Había matado a aquel hombre sin dudarlo… y no sentía remordimiento alguno.

Caminó hacia Caedra, con los hombros todavía en tensión. ¿Qué diría Hadriel de lo que acababa de hacer?

Prefirió no pensar en ello. Se repitió que aquel despojo humano se había atrevido a hacerle daño a Caedra, había pretendido matarla. Él solo se había encargado de eliminar la basura y se había asegurado de que pagaba por hacer sufrir a la zeafírea. Había desatado el infierno que se merecía como castigo.

¿Lo convertía aquello en un monstruo? De tener reparos en segar la vida de alguien, ahora hasta

se había asegurado de que aquella muerte fuera especialmente dolorosa. ¿Qué opinaría Caedra al respecto? Los dos se habían manchado las manos de sangre de manera irremediable en esa guerra.

Por el momento, necesitaba comprobar cómo estaba. Se agachó junto a ella, tratando de calmar el ritmo alterado de su corazón. Su piel brillaba por el sudor.

—Cai —la llamó con urgencia. Clavó una rodilla en el suelo y extendió una mano hacia el rostro de ella. Limpió el barro de su cara, tratando de hacerlo con delicadeza, pero le temblaban los dedos de la tensión y la angustia que lo habían quemado por dentro—. ¿Estás bien?

Ella logró asentir con la cabeza, fascinada ante la ternura que mostraba ahora. No había ni rastro del demonio enfurecido que había matado al conde. Pero sabía que lo que había visto era ya parte de Jay. Había cambiado tanto de aquel niño que encontró en la Tierra años atrás…

No le iba a reprochar nada, sin embargo. Era necesario para sobrevivir en Gea. Y ella también se había adaptado de la misma manera.

Jay frunció el ceño al ver la sangre que relucía en sus dedos. La examinó más de cerca y localizó la brecha en la frente.

—Cai, lo siento —se disculpó, ayudándola a darse la vuelta y a sentarse. Tras desatar su furia sobre Zafrios, su preocupación por ella lo ocupaba todo—. Tendría que haberte hecho caso desde el principio, pero no esperaba que Kidhu también fuera a…

—No ha sido Kidhu —lo interrumpió Caedra. Ladeó la cabeza para mirarlo y Jay apartó el pelo embarrado que tapaba su cara. Ella sintió un agradable cosquilleo en la piel ante su tacto y se recostó sobre él, suspirando. Jay pasó un brazo por sus hombros, manteniendo la otra mano en su rostro para seguir limpiando el barro—. Este hombre trabajaba por su cuenta. Quería vengarse por… la muerte de su hermano. Insistía en que lo maté yo hace años cuando todavía trabajaba como guardaespaldas.

Jay gruñó. Ya era mala suerte que se hubieran cruzado con una persona que tenía una vendetta personal contra Caedra justo ahí, en el lugar más insospechado.

—¿Cómo ha conseguido hacerte esto? —dijo en un susurro que no logró ocultar la ira que todavía ardía en su interior.

Caedra levantó la muñeca en la que tenía el grillete de umbrano. Era bastante fino, por lo que Jay se apartó un momento para coger una roca del suelo y golpear el metal con fuerza. Este se partió al instante y Jay se arrodilló junto a la zeafírea de nuevo.

—Me drogó de alguna forma con la bebida —contestó ella, bajando la vista. Se avergonzaba por no haber sabido verlo—. Lo siento. Logró engañarme y no sospeché de él.

—Bueno, Cai, no eres infalible —dijo Jay con suavidad, pues tampoco quería que se sintiera culpable, y puso una mano en su espalda. Se fijó en las astillas que tenía clavadas; tendría que quitárselas más tarde.

—Habría sido una forma bastante triste de morir —masculló ella, claramente frustrada. Se frotó la muñeca en la que había tenido el grillete.

Jay tuvo un escalofrío al darse cuenta de que, si no hubiera advertido la ausencia de la zeafírea en la sala de baile, Caedra habría muerto.

El destino le había dado otro aviso. Su sombra siempre estaba al acecho…

—No… No digas eso —murmuró él con voz queda. Sus hombros estaban rígidos.

Caedra frunció el ceño. Desvió la vista hacia lo que quedaba del conde, todavía ardiendo.

—Será mejor que nos vayamos de aquí.

Jay estaba de acuerdo con ella. Pasó el brazo de Caedra por encima de sus hombros y la ayudó a ponerse en pie. La pobre zeafírea estaba cubierta de barro.

Jay la observó con atención cuando dieron un paso. Caedra apretó los dientes. Otro paso más. Su respiración se volvió laboriosa. Al tercero, sus piernas temblaron.

Jay se detuvo. Caedra lo miró, con la interrogación en sus ojos. La sangre se deslizaba por la mitad de su rostro desde la brecha en su frente.

—No puedes andar —señaló Jay con suavidad.

Cogió los brazos de la zeafírea y rodeó su propio cuello con ellos. Se giró y puso las manos en los muslos de Caedra, agachándose y subiéndola a su espalda antes de erguirse de nuevo. Ella no opuso resistencia.

Jay echó a andar, subiendo con cuidado por la cuesta. El terreno era un poco resbaladizo por el barro. A pesar de que llevar a Caedra hacía que tuviera que ir más despacio, su ligero peso en la espalda le resultaba reconfortante. Le aseguraba que ella seguía ahí, con él.

—Siento que tengas que cargar conmigo —murmuró Caedra con una sonrisa triste.

—Es lo que pasa cuando me dices a mí que tenga cuidado y se te olvida tener cuidado a ti —bromeó Jay en un intento de animarla. Ella rio, pero con amargura—. No te preocupes, Cai, te has dado un buen golpe en la cabeza. Y sabes que puedo llevarte sin problema, no pesas nada. —Frunció el ceño—. Aunque ese vestido que llevas con todo el barro…

Caedra bajó la vista. La falda estaba arruinada por completo, desgarrada y manchada de tierra y lodo.

—Alastair me va a matar por haberme despistado.

—Y a mí me va a matar por haberte perdido de vista un momento. Míralo por el lado positivo, al menos moriremos juntos —ironizó Jay.

A Caedra se le escapó una pequeña carcajada. Jay sonrió.

El destino podía tratar de arrebatarle a Caedra las veces que quisiera. Jay no se lo iba a permitir. Impediría sin descanso todos sus intentos de corregir el curso alterado del río.

Pero ya había visto que Caedra tenía razón. Había que tener cuidado incluso en las situaciones más cotidianas y aparentemente inofensivas.

Se acordó de su estancia en la Tierra, cuando fueron a jugar a los bolos. Solo se había salvado porque Caedra había estado atenta y había ido tras su perseguidor, evitando que lo apuñalaran en el último momento.

Al menos, siempre se tenían el uno al otro para cubrirse las espaldas.

***

Jay los transportó directos a la habitación de Caedra envueltos en sombras. No quería preguntas por parte de los guardias ni llamar la atención de los que seguían en la fiesta. Supuso que encontrarían el cuerpo del conde al día siguiente y, hasta que discutiera con Gavin la mejor

forma de proceder, sería conveniente que no los asociaran con ello, por si acaso.

Dejó a Caedra en la silla del escritorio, pues no quería que la cama se manchara de barro. Encendió las velas para aportar algo de luz al habitáculo y también prendió la chimenea que había en la pared derecha, arrojando un cálido filtro naranja al lugar.

Frunció el ceño y cruzó los brazos, pensando en cómo actuar. Reparó en la bañera de metal.

—Voy a ver si consigo algo de agua —le comunicó a Caedra—. Espera aquí.

Y desapareció entre sombras. Caedra arqueó una ceja. Se parecía demasiado a Alastair cuando hacía eso.

Jay regresó no mucho después con un par de cubos de madera llenos de agua.

—Los he robado de la cocina —explicó mientras vertía el agua en la bañera—. Pero no creo que los echen de menos.

Caedra rio al imaginarse a Jay agazapado en la cocina, al acecho para sustraer unos cubos con agua.

Jay sumergió la mano en el agua de la bañera. Pasaron unos instantes y su superficie empezó a burbujear y a despedir vapor.

—¿Qué te parece? Te he preparado un baño con agua caliente y todo —dijo Jay, orgulloso—. ¿Puedo ser considerado ahora tu humilde sirviente?

Caedra puso los ojos en blanco.

—No seas tonto, Jay.

El chico rio y fue hacia ella.

—Voy a sacarte las astillas, agáchate un momento —le indicó. Caedra obedeció.

La zeafírea se centró en deshacer lo que quedaba de su maltratada trenza mientras Jay extraía las astillas.

—Cai… —la llamó Jay cuando había arrancado la mitad.

Ella se quedó quieta, con los dedos enredados en sus mechones. Giró la cabeza para mirarlo como estaba, agachada.

—¿Sí?

—Lo que he hecho con ese hombre… —Tensó la mandíbula y se clavó en el dedo, sin querer, la astilla que acababa de arrancar. La desenganchó y la tiró al suelo—. ¿Te ha parecido mal?

Caedra no se había apartado de él tras presenciar cómo lo mataba. Actuaba con normalidad y hablaba con él sin recriminarle nada. Pero Jay necesitaba asegurarse… y ahora no podía deshacer esa desagradable sensación en su interior que le revolvía el estómago.

Había tenido pesadillas después de verse obligado a acabar con la vida de Niren, la denu mestiza de las ilusiones. Tras eso, se había forzado a continuar matando en el asedio a la capital de Anthius y en otros combates en los que había sido necesario, como contra los Shak’ti. Se había acostumbrado a dejar la mente en blanco y no pensar en ello. Si Ayla no se hubiera encargado de Faye, Jay no habría dudado en matar a la reina que los había traicionado después de hacer sufrir a Alastair de esa manera…

¿Se había adaptado demasiado? ¿Acaso iba a terminar por hallarse cómodo matando? ¿Y si se

convertía en un asesino que ejecutaba sin reparo a todo aquel que se le cruzara por delante?

—He de admitir que me ha sorprendido la forma en la que lo has hecho —respondió Caedra con lentitud, optando por ser sincera—. Pero… no.

—¿No?

—No. Lo has hecho para protegerme, y… estaba justificado. —Caedra hizo una mueca. ¿Quién era ella para dictar quién merecía morir y quién no? Sacudió la cabeza—. Yo solo me alegro de que aparecieras para salvarme.

Jay suavizó la mirada. Se agachó y la abrazó, con cuidado de no presionar en la zona en la que todavía quedaban astillas. Caedra suspiró, llevando las manos a los brazos de Jay.

—Iba a matarte —susurró Jay, haciendo un gran esfuerzo para no alzar la voz y contener su ira —. Sé que hice lo que debía. Pero… tengo miedo de acostumbrarme a esto.

Caedra ladeó la cabeza para darle un beso en la mejilla. Jay cerró los ojos y esbozó una sonrisa triste.

—Yo estoy segura de que eso no sucederá. Una cosa es matar a un enemigo en medio de la lucha, o para proteger tu propia vida o la de uno de los tuyos, y otra muy diferente hacerlo por placer. Alastair también es capaz de matar sin dudar y no por ello va por ahí asesinando a todo el que le molesta…

—¿Y crees que yo tendría el mismo autocontrol que él?

Caedra se irguió en la silla y Jay se apartó. Lo miró a los ojos.

—Dime, Jay —empezó, muy seria—. Si yo te hubiera pedido que no mataras a ese hombre…, ¿lo habrías hecho?

Jay frunció el ceño.

—Si tú me lo hubieras pedido… —Espiró aire con brusquedad, frustrado—. No, no lo habría matado. —Pero habría sido un error dejarlo con vida, eso estaba claro.

Caedra llevó una mano a su mejilla. Jay se relajó.

—Para mí nunca serás un asesino, Jay. Confío en ti. Sé que no te descontrolarás. Y recuerda que ese hombre también intentó matarte a ti.

Que Caedra confiara en él de esa manera sirvió para terminar de calmar los nervios de Jay, que liberó un pequeño suspiro y asintió.

—La verdad es que… no me arrepiento de lo que he hecho —admitió por lo bajo. Si no hubiera llegado a tiempo, aquel hombre habría matado a Caedra. No era capaz de sentir más que un ardiente odio por él—. ¿Debería arrepentirme?

Caedra no apartó la mano de su mejilla. Acarició su piel con el pulgar.

—Si algún día consigo matar al emperador, tengo claro que no me arrepentiré. Quien está dispuesto a hacer esa clase de daño…, merece tal final.

Jay inclinó la cabeza hacia la mano de Caedra y cerró los ojos.

—Gracias, Cai.

Aunque lo había evitado durante todos esos años, la oscuridad de Gea había terminado por hacerse un hueco en su ser. Era lo normal. Solo debía tener cuidado de que esa oscuridad no lo

destruyera, como no había destruido a Tarvo, Gavin y hasta a la propia Caedra, pese a que hubiera roto la promesa a Kendrij.

Retomó la tarea de extraer las astillas y los dos permanecieron en silencio. Al terminar, Jay se apartó.

—Voy a mi habitación a por lo que necesito para curarte las heridas —dijo y señaló la bañera con el pulgar—. Y te ayudaré a bañarte.

Jay se marchó y cerró la puerta. Pero a Caedra le daba vergüenza que tuviera que ayudarla también para eso, pues bastante estaba haciendo ya, por lo que se desplazó hasta la bañera. Se tuvo que apoyar en el borde de metal, algo mareada. Los golpes en la cabeza siempre eran molestos, aunque, por suerte, el que se había dado no era grave.

Se desató el corsé y lo tiró a la chimenea sin dudarlo. Transformó uno de sus anillos en una cuchilla y cortó el vestido, que cayó hecho trizas a su alrededor. Ya estaba destrozado de antes, y así se ahorraba las dificultades para quitárselo. Lo echó también a las llamas.

Se sumergió en el agua caliente y contuvo un suspiro de felicidad. Sabía que no debía acostumbrarse, pero no era para nada lo mismo bañarse así que tener que soportar el agua gélida de un río o lago.

El agua no tardó en ensuciarse, sin embargo. Caedra se frotó el cuerpo, las alas y el pelo hasta quedar limpia de barro.

Clavó la vista en las llamas de la chimenea. El vestido ya casi había desaparecido entre las ascuas.

Echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos. Menuda noche. Si ya de por sí detestaba los bailes, después de esa experiencia directamente los odiaba.

***

Jay se transportó al interior de la habitación envuelto en sombras.

—Bueno, Cai, vamos a… —Calló al ver que la silla donde la había dejado estaba vacía.

Se dio la vuelta y la divisó enseguida. Su corazón se aceleró al verla inmóvil en la bañera. Dejó caer el bolso con lo que había traído al suelo y se desplazó en un abrir y cerrar de ojos a su lado.

—¡Cai!

El grito tan próximo a ella hizo que Caedra levantara los párpados de golpe e irguiera la cabeza. Jay, inclinado sobre ella para comprobar que respiraba, no se apartó a tiempo. Sus frentes chocaron.

—¡Jay! —exclamó ella, aturdida. Se llevó una mano al lugar del impacto. Afortunadamente no había sido en la brecha—. ¿Qué…?

—No me lo puedo creer. ¿Te habías quedado dormida? —protestó él y sacudió la cabeza, dolorido—. ¿Quieres dejar de darme sustos? Te juro que envejezco más rápido estando cerca de ti.

Ella se sumergió en el agua hasta la barbilla, avergonzada. Sus mejillas estaban rojas y su largo pelo blanco ahora flotaba alrededor.

—Lo siento. Estoy muy cansada… —musitó en su defensa—. Y estaba bastante a gusto aquí…

Jay trató de mantenerse serio, pero acabó por reír con suavidad.

—Eres increíble. En fin, ¿espero a que salgas o…? —Calló, avergonzado. Había visto a Caedra desnuda en más de una ocasión a lo largo de esos años por distintas circunstancias, pero eso no impedía que intentara darle privacidad siempre que podía. No quería molestarla. Y, aunque ahora su relación había cambiado, quería igualmente evitar que se sintiera incómoda.

Ella esbozó una pequeña sonrisa, enternecida.

—Está bien, Jay. Pásame la toalla.

Él obedeció. Tragó saliva al verla ponerse en pie con lentitud, sus plumas mojadas y su oscura piel brillando por el agua. Subió la vista por sus largas piernas, pasando por su torso, donde frunció el ceño al fijarse en la larga cicatriz que lo atravesaba. Llegó a su rostro. Ella lo observaba con una ceja arqueada, divertida.

—¿Te gusta lo que ves? —bromeó en un intento de no cubrirse de inmediato. Sabía que Jay la adoraría con cualquier marca que tuviera, al igual que Alastair, pero sus inseguridades eran persistentes.

—Demasiado —contestó él con una deslumbrante sonrisa. Las mariposas revolotearon en el estómago de Caedra. La intensidad en su mirada hizo que le temblaran las rodillas, y se envolvió al fin en la toalla.

Jay la ayudó a salir. Las gotas que caían de su pelo y de su cuerpo salpicaron el suelo.

—De acuerdo, voy a curarte las heridas y ya sí que te dejo descansar —dijo Jay, guiándola hasta la cama, donde se sentaron.

Caedra cerró los ojos mientras él limpiaba y desinfectaba la brecha en su frente. Apretó los puños cuando cerró la herida con la aguja y el hilo, sin protestar. Jay pasó a curar los cortes en su espalda.

—Listo —indicó al concluir. Recogió todo y Caedra lo miró con una sonrisa.

—Gracias, Jay.

Él se sonrojó. Le gustaba siempre ayudar a Caedra de alguna forma. Todavía recordaba lo inútil que se había sentido en sus primeros meses en Gea…

Se levantó y Caedra lo imitó. Jay frunció el ceño y puso los brazos en jarras.

—Ya veremos mañana qué hacemos con el agua de la bañera. Ahora te dejo descansar.

Dio un paso hacia delante, pero Caedra lo frenó agarrándolo del brazo. Él la miró por encima del hombro, interrogante.

La zeafírea tenía una mueca en su rostro.

—¿No duermes conmigo? —inquirió, y Jay arqueó las cejas ante la angustia en su tono.

—¿Puedo?

—Claro —se apresuró a decir ella. Se había temido que Jay no quisiera pasar la noche con ella, pero parecía que solo había estado dispuesto a darle su espacio si ella lo necesitaba.

Jay sonrió.

—Entonces, por supuesto que sí.

Jay solo regresó a su habitación durante unos segundos para ponerse sus pantalones y camisa de dormir. Al volver, apagó las velas y el fuego de la chimenea mientras Caedra se quitaba la toalla

y se ponía la bata. Los dos se tumbaron en la cama, que era lo suficientemente espaciosa como para que ambos se estiraran sin problema. Caedra, aun así, se acurrucó de inmediato a su lado y Jay la abrazó. Inspiró el reconfortante aroma a resina y madera recién cortada de la zeafírea.

—Oye, Cai… —habló Jay tras unos minutos de silencio.

—¿Hmm?

Ella ya casi estaba dormida; había sido un día de muchas emociones. Había apoyado la cabeza en el pecho de Jay y su calidez la envolvía como la más mullida de las mantas, relajándola por completo.

Jay sonrió al escucharla.

—Nada. —Deslizó los dedos por su espalda y ella tiritó del placer que le causó—. Descansa.

Ella echó la cabeza hacia atrás para mirarlo, pues la tenue luz de la luna le permitía distinguirlo, e hizo un mohín.

—No, dime.

Jay llevó la mano a la nuca de la zeafírea y la besó. Ella correspondió de inmediato y entrelazó sus piernas con las de él, pegándose. Enredó los dedos en el cabello ondulado del chico y acarició sus labios con la lengua. Jay la estrechó contra él, saboreando la boca de Caedra con dedicación mientras a ella se le escapaba un gemido.

Cuando se apartaron para respirar, los dos jadeaban.

—¿Tú no estabas cansada? —Jay empezaba a sentir que la temperatura subía en la habitación.

—Puede que no tanto —respondió ella en un susurro, con las mejillas rojas.

Jay deslizó la mano por debajo de su bata y Caedra suspiró al notar que acariciaba su pecho. Se ovilló y escondió el rostro entre el hombro y el cuello de Jay. Escuchó el latido acelerado de su propio corazón mientras él deslizaba sus dedos hacia abajo, haciendo saltar chispas allá por donde pasaba. Caedra besó la piel de su cuello y Jay tragó saliva, mordiéndose el labio.

—¿Estás segura de que quieres seguir? —le preguntó con la mano entre sus muslos.

—Sigue —jadeó ella, echando la cabeza hacia atrás para mirarlo con la súplica en sus ojos.

Y Jay no dudó en obedecer, dispuesto a cumplir todos y cada uno de sus deseos. La besó de nuevo y ella bajó los párpados, solo para levantarlos de golpe y gemir en su boca al notar cómo acariciaba sus partes más íntimas. Un fuego intenso recorría sus venas.

—Te quiero —susurró Jay entre besos, mientras ella se retorcía de placer en sus brazos—. Pero creo que no te imaginas hasta qué punto.

Ella lo observó con los ojos entreabiertos.

—¿Hasta qué punto…?

Él la calló con un fugaz beso antes de apartarse y mirarla con una cálida sonrisa. El cariño reflejado en sus ojos oscuros solo aumentó el ritmo cardíaco de Caedra, que jadeaba, cada vez más cerca de desbordarse, mientras Jay seguía acariciándola. Presionaba los puntos más sensibles, aumentando el ritmo, pero sin dejar de sostenerla, de abrazarla, de cubrir su piel con suaves besos en los que buscaba expresar lo mucho que la adoraba. Y ella se derretía ante su tacto, envuelta en el olor a humo de hoguera que solía rodear a Jay.

—Déjame que te lo demuestre —dijo él casi sin voz. Se detuvo y Caedra lo observó, confusa, con la frente ahora cubierta de una fina capa de sudor.

Jay la movió para dejarla tumbada en la cama y se situó encima de ella. Se quitó la camisa, pues ya tenía bastante calor, y la lanzó al suelo, sin preocuparse por dónde caía. Se agachó para darle un beso en cada párpado a Caedra y ella dejó salir una pequeña carcajada. Caedra mantuvo los ojos cerrados, sintiendo los cálidos labios de Jay descender por el cuello, por los senos, por la tripa, por el muslo…

Caedra apretó la sábana con los puños y suspiró. Cerró las piernas en torno a la cabeza de Jay y enredó los dedos en su alborotado pelo. El ardiente aliento de Jay acarició las diminutas plumas blancas que cubrían su parte más íntima y un escalofrío de placer recorrió todo el cuerpo de la zeafírea, incendiándola. Jay la saboreaba con lentitud, y su corazón daba un brinco cada vez que a ella se le escapaba un gemido, animándolo a continuar.

Y, cuando Caedra pensaba que no iba a aguantar más, cuando la presión en su interior estaba a punto de estallar, Jay paró y regresó a su lado.

Apartó los mechones de pelo húmedo que se habían pegado a la frente de la zeafírea, con cuidado de no tocar la brecha, y sonrió al ver sus mejillas rojas. Se inclinó sobre ella, escuchando su respiración entrecortada. Y Caedra lo sorprendió al llevar las manos a su cabeza y tirar de él hacia abajo, presionando los labios contra los suyos con fuerza. Jay la abrazó, besándola durante varios segundos mientras acariciaba su cabello, ahora un tanto enredado. Caedra deslizó los dedos por la ancha espalda de Jay, sintiendo la textura rugosa de sus cicatrices, y tiró de sus pantalones hacia abajo.

—¿Tienes prisa? —susurró Jay, divertido, rompiendo el beso para apoyar su frente en la de la zeafírea. Acunó su mejilla en la mano. Era cierto que él también estaba sintiendo una gran presión entre las piernas, pero disfrutaba tanto con el placer de Caedra que podría estar así toda la noche.

Vio el amor que sentía por ella reflejado en los ojos amarillos de Caedra. Y dio las gracias al destino, pese a ser ahora su enemigo, por haberles permitido encontrarse de nuevo, por haberles dado esa segunda oportunidad.

—Te quiero —dijo ella, su voz suave, pero con una intensidad en sus palabras que aceleró el corazón de Jay—. Soy muy feliz contigo, Jay.

Él sonrió, con una agradable calidez floreciendo en su pecho.

—Y yo contigo, Cai. —Su sonrisa adquirió un tinte irónico—. ¿Quién habría dicho que acabaría perdidamente enamorado de mi secuestradora con el gorro de orejas de gato?

Y Caedra rio. El sonido de su risa alegre era la melodía favorita de Jay y le encantaba ser él el que la había provocado. La besó de nuevo. No se cansaba de la textura suave de sus labios, ligeramente agrietados, y de la sonrisa que se pintaba en el rostro de ella cada vez que lo hacía.

—Jay… —gimió ella una de las veces que se separaron para respirar. Volvió a subir y bajar las manos por la espalda del chico, poniéndole los pelos de punta cada vez que rozaba las cicatrices con las uñas. El tacto de Caedra le volvía loco—. ¿No vas a continuar?

Jay esbozó una sonrisa pícara. Deslizó los dedos por el abdomen de la zeafírea.

—Y luego el impaciente soy yo… —murmuró, divertido. Suavizó la mirada—. ¿Estás segura

de que quieres que continúe?

—Tan segura como que, si no lo haces, me encargaré yo —dijo ella, con un brillo salvaje en los ojos.

—¿Ah, sí? ¿Por qué no me enseñas cómo? —la provocó él.

Caedra se tensó al notar de nuevo sus dedos en la zona más sensible. Jadeó y perdió la noción de la realidad por un instante. Un segundo después, parpadeó y una sonrisa sibilina se formó en sus labios. Agarró a Jay de los hombros y lo envolvió con sus alas. Tiró de él y rodaron en la cama. La respiración de Jay se aceleró y fue su turno de quedarse rígido cuando la mano de Caedra se cerró en torno a su miembro.

—¿Seguimos o no? —susurró ella, agachándose para introducirlo en su boca. Apenas sus labios lo rodearon y frotaron con suavidad, él sintió un seísmo de placer inundándolo por dentro. Jay la abrazó desesperadamente y se dieron la vuelta de nuevo.

—Ya me ha quedado claro —jadeó él. Los músculos en sus brazos, que usaba para sostenerse encima de ella sin dejar caer todo su peso, se marcaban con fuerza.

Caedra enmarcó su rostro con las manos y lo atrajo para besarlo. Jay se apoderó de su boca a la vez que movía las caderas. La zeafírea tembló y gimió al sentirlo, al fin, dentro de ella, cálido como las llamas de su elemento, enhiesto como mástil que se crece en las tempestades, firme como ariete que penetra las murallas…

Reposó la cabeza en la almohada y clavó las uñas en la espalda de Jay. Se miraron a los ojos y, cuando en medio de su éxtasis algo explotó dentro de ellos, sonrieron. Sonrieron porque estaban juntos, porque se querían, y porque nunca antes habían podido demostrárselo como lo habían hecho.

Capítulo 34: Cuestión de política

—Jay.

Frunció el ceño al escuchar aquella gélida voz. Estaba cansado, quería seguir durmiendo…

—Jay.

Tuvo un escalofrío al captar agresividad en el tono y abrió los ojos de golpe. Y se habría sentado con la misma brusquedad de no ser porque reparó en que Caedra dormía plácidamente en sus brazos, con la cabeza reposando en su pecho y los brazos rodeando su cintura.

Se topó con la mirada de hielo de Alastair y se quedó congelado. Lo observaba de pie junto a la cama, con los brazos cruzados.

—¡Alastair! —exclamó Jay, sorprendido. Ya era de día. Su corazón se aceleró al detectar el brillo asesino en los ojos del hombre.

—Quiero que me expliques ahora mismo lo que ha pasado —siseó él.

Jay se quedó con la boca abierta y las mejillas ardiendo.

—Me parece que es obvio —dijo al recuperarse—. ¿En serio quieres que…?

Alastair arqueó una ceja.

—¿Qué…? —empezó, pero enseguida se dio cuenta de lo que quería decir Jay. Gruñó—. No me refiero a eso.

Jay sintió a Caedra moverse en sus brazos. Y Alastair desvió la vista hacia ella que, con el ceño fruncido, se estaba despertando por el ruido de la conversación.

—¿Por qué está herida Caedra?

—¿Alastair…? —balbuceó ella. Levantó ligeramente los párpados al escuchar su voz, somnolienta. Se irguió y Jay la soltó, permitiéndole darse la vuelta—. ¿Estás aquí?

Él rodeó la cama y fue a su lado. Se arrodilló para mirarla a los ojos. El rostro de Caedra se iluminó al verlo.

—Sí —contestó él, acariciándole la mejilla con suavidad. Ella puso su mano sobre la de él—. Acabo de volver.

Jay, mientras tanto, había aprovechado para levantarse. Recuperó su camisa del suelo y se la puso. Contuvo un gruñido. Desde luego, Alastair sabía aparecer en los momentos más oportunos. Al menos, no parecía molesto por eso en concreto.

Se giró hacia ellos.

—Había un hombre en la fiesta que quería vengarse de Caedra por algo que pasó con su hermano hace años, cuando ella todavía trabajaba de guardaespaldas —explicó, ya más despejado—. Estaba empeñado en que ella lo había matado y, bueno… —Jay se llevó una mano a la cabeza y frunció el ceño—. Le echó algo en la bebida y se la llevó de la fiesta. Los seguí y lo aparté antes de que consiguiera su objetivo con Caedra, pero…

No continuó, pues era obvio. No había podido evitar que acabara herida.

La temperatura en la habitación había descendido. Jay tuvo un escalofrío. Sabía que Alastair estaba enfadado.

—Estoy bien, Alastair —dijo Caedra, sentada en la cama. Se había abrochado la bata—. No te cabrees con Jay; de no ser por él, no habría logrado escapar.

Alastair dibujó una mueca en su rostro. De nuevo, había estado muy cerca de perder a Caedra. El destino era obstinado, y cada vez lo enfurecía más. ¿Es que nunca se rendiría?

Por algo no había querido apartarse de su lado. Había regresado lo más rápido que pudo. Ni siquiera había dormido. Caedra lo adivinó por el cansancio reflejado en las ojeras de su rostro.

—Tienes que estar atenta en todo momento, Caedra —gruñó Alastair, aparentemente irritado, pero ella supo reconocer que solo era preocupación por ella.

—Lo sé. Lo siento.

El estómago de Jay escogió ese momento para protestar por el hambre. Se sonrojó, avergonzado, al recibir la mirada de sus dos compañeros.

—Os dejaré a solas mientras voy a por algo para desayunar, ¿vale? —dijo con una risita nerviosa. Pero, en realidad, quería aprovechar para hablar con Gavin cuanto antes. Debían decidir qué hacer con lo sucedido con el conde, y prefería no decir nada delante de Caedra para no alterarla. Quería que descansara un poco más.

Caedra lo vio marcharse con una sonrisa, divertida.

Miró a Alastair cuando la puerta se cerró. Cogió sus manos y tiró de él. Alastair arqueó una ceja.

—¿Qué intentas hacer? —preguntó, aunque podía adivinarlo.

—Sé que no has dormido. Y a mí no me apetece levantarme —dijo ella, disimulando un bostezo—. Túmbate un rato conmigo…

Alastair esbozó media sonrisa.

—Supongo que no hay prisa por empezar el día.

—No —reconoció ella. Se abrazó a Alastair en cuanto este se acomodó a su lado—. Te he echado de menos.

—Solo han sido unas horas —señaló él, divertido.

—¿Tú no me has echado de menos a mí? —replicó Caedra, juguetona.

Alastair sonrió. La rodeó con sus brazos y la estrechó a él.

—Sí que te he echado de menos. Por algo he vuelto tan deprisa.

La zeafírea suspiró de felicidad. Alastair suavizó la mirada.

—Caedra —la llamó.

—¿Mmmh? —musitó ella, todavía somnolienta.

Se acurrucó en él, escondiendo el rostro entre su cuello y el hombro. Alastair la observó con una sonrisa. Aunque solo hubieran sido unas horas, le había disgustado tener que separarse de Caedra.

Le dio un beso en la cabeza y se puso serio.

—¿Qué ha pasado? —quiso saber, ahora con voz glacial. Necesitaba conocer los detalles.

Caedra se tensó. Suspiró con tristeza y se apartó para sentarse y mirarlo a los ojos. Alastair se recostó en el cabecero de la cama.

Caedra cruzó las piernas y bajó la vista a su regazo.

—Lo siento, Alastair… —murmuró y tuvo que callar, pues se le formó un nudo en la garganta.

Alastair frunció el ceño, consternado, al ver que sus ojos brillaban con lágrimas contenidas. Extendió la mano para acariciar su mejilla.

—¿Por qué?

Caedra se mordió el labio inferior. Parpadeó repetidamente.

—Fui una estúpida. Me descuidé… Yo… —Respiró hondo, tratando de calmarse. Apoyó la cabeza en la mano de Alastair y lo miró a los ojos. Él la escuchaba con atención—. Alastair, habrías estado tan decepcionado conmigo si hubiera muerto de esa forma…

Alastair se tensó. La temperatura en la habitación descendió con brusquedad.

—¿De qué forma? —preguntó, con tranquilidad engañosa. Cruzó los brazos.

Caedra se encogió.

—Envenenaron mi bebida y no fui capaz de darme cuenta —se lamentó, avergonzada—. Un hombre que quería vengarse de mí porque estaba convencido de que yo maté a su hermano hace años… —Un sollozo brotó de su garganta—. Me-me forzó a ir con él, me puso umbrano, no podía hacer nada y…

—Caedra —la interrumpió Alastair al ver que su respiración se aceleraba peligrosamente. Puso las manos en las mejillas de la zeafírea, que lo miró, con los ojos muy abiertos—. Respira hondo. Tranquila.

Caedra jadeó, mareada. Todo daba vueltas a su alrededor y se distorsionaba.

—A-Alastair, ¡habría sido humillante! —exclamó, mientras su pecho subía y bajaba muy deprisa—. El veneno hacía que apenas me pudiera mover, yo trataba de huir, pero me alcanzó, no podía usar mis poderes y…

—Caedra —repitió Alastair con más fuerza, bajando las manos a sus brazos y acercando su rostro al de ella.

—Alastair, Alastair, me habrías odiado, habrías estado tan decepcionado conmigo… —sollozó ella. Casi no podía enfocarlo…

—¡Caedra!

Su rugido hizo al fin que Caedra se callara, rígida.

—Caedra —repitió él con más suavidad. Pegó su frente a la de ella—. Respira hondo. Por favor. Jamás te odiaría. Jamás me decepcionarías.

Lo estaba ocultando, pero el miedo se había apoderado de su corazón. Alguien había estado a punto de matar a Caedra en su ausencia. De no ser porque Jay había estado pendiente y la había protegido…

Tuvo un escalofrío. Incluso en las situaciones aparentemente más inofensivas, el destino

conseguía mover ficha.

No podía descuidarse en lo más mínimo.

—Caedra, tranquilízate, por favor —dijo él, abrazándola. Ella respiró hondo—. No ha sido tu culpa. La única culpa es del maldito despojo que se atrevió a atacarte… —siseó, apretando los dedos en la piel de la zeafírea.

—Jay lo mató —balbuceó ella. Respiró hondo de nuevo. Sus temblores iban cesando poco a poco.

—Bien —espetó Alastair con un gruñido. Porque si no, lo habría hecho él mismo—. Caedra, no lo habría soportado si te hubiera perdido. Jamás te habría echado la culpa.

Ella hundió el rostro en su pecho y apretó los ojos, dejando que las lágrimas fluyeran. Él la sostuvo en silencio, acariciando su pelo.

—Estoy contigo.

Caedra se aferró a él con más fuerza al escucharlo. Alastair siempre apartaba su lado más frío y distante con ella, mostrándose más comprensivo, cariñoso y vulnerable. La quería tanto…

Se fue calmando. Alastair relajó los músculos al escuchar su respiración suave y ver que sus temblores habían desaparecido. Él mismo entrecerró los ojos e inclinó la cabeza hacia abajo, agotado. Todavía no había dormido…

—Alastair… ¿Puedo besarte?

La petición de Caedra lo hizo volver a la realidad. La miró, viendo que ella había alzado la vista y había clavado en él sus ojos amarillos, ahora algo enrojecidos. Alastair puso una mano en su mejilla y la llevó hasta detrás de su cabeza, hundiéndola en su pelo.

—Claro que sí —murmuró, esbozando una pequeña sonrisa.

Y ella lo besó. Los labios de la zeafírea sabían a la sal de las lágrimas. A pesar de todo, Alastair se alegraba de que Caedra hubiera compartido su angustia con él para permitirle calmar sus miedos.

***

—¿Que has hecho qué?

Jay se encogió ante la exclamación de Gavin.

—¡No podía hacer otra cosa! —protestó él y apretó los puños—. ¡Iba a matar a Caedra!

Gavin le dio la espalda y se llevó una mano al puente de la nariz. Cerró los ojos y respiró hondo para pensar con calma.

Jay había ido a buscarlo a su habitación. Gavin ya estaba vestido y listo para empezar el día, pero Valikia seguía remoloneando en la cama, abrazada a la almohada y con las sábanas enrolladas en las piernas. Jay dudaba que se estuviera enterando de la conversación, o habría reaccionado ante lo que acababa de decir.

Gavin lo miró de nuevo. La luz de la ventana que tenía a sus espaldas recortaba su silueta.

—Tranquilo, Jay —dijo al fin, más calmado—. Hiciste lo que tenías que hacer. Pero vamos a tener que hablarlo con el rey.

Jay clavó la vista en la alfombra azul del suelo, incómodo.

—¿Es eso necesario?

—Alguien encontrará el cadáver tarde o temprano.

Jay suspiró pesadamente. No quería que eso les causara ningún problema… Pero cuando había alcanzado a ese noble y a Caedra la noche anterior, y lo había visto dispuesto a matarla… Su visión se había teñido de rojo, la furia lo había incendiado y se había dejado llevar por un siniestro instinto asesino al querer proteger a Caedra.

Y seguía sin arrepentirse. Ese conde se lo tenía merecido.

—No creo que nadie fuera a darse cuenta… —murmuró.

Gavin frunció el ceño y cruzó los brazos.

—¿Te vio alguien abandonar la fiesta?

—Pues… —Jay calló, repasando los eventos. Le había dicho a Jefrenia, la chica que no se despegaba de él, que iría a comprobar una cosa y volvería con ella.

Pero él ya no había regresado a la fiesta. Había ido directo a la habitación con Caedra.

Maldijo entre dientes. Había estado demasiado cansado como para pensar en eso.

Gavin arqueó una ceja ante su reacción.

—Jefrenia, la hija del duque. Ella me vio irme —dijo Jay. Torció el gesto—. Y poco antes de eso justo le pregunté sobre el hombre que estaba con Caedra…

Gavin se llevó una mano a la cara.

—Jay, lo mires como lo mires, eres el primer sospechoso.

—¡Pero podría haber sido una coincidencia! —protestó él.

—Sí, eso díselo al rey cuando se entere… —Gavin negó con la cabeza—. No podemos arriesgarnos a que sospechen de ti y, al final, el rey sospeche de todos nosotros. Eso pondría en peligro la alianza.

Jay palideció.

—¿Y qué vamos a hacer?

—Lo que he dicho: vamos a ir a hablar ahora mismo con el rey.

Jay suspiró, resignado.

—Supongo que no queda otra opción.

***

El rey Kidhu escuchó a Jay relatar su versión de los hechos con paciencia, sentado en su trono mientras Jay y Gavin estaban arrodillados frente a él.

—Así que insinuáis que ha sido uno de los miembros de mi corte el que secuestró a vuestra compañera e intentó asesinarla por una vendetta personal. Y tú, Jay, lo mataste para evitarlo —resumió Kidhu. No parecía muy alterado.

Jay asintió lentamente con la cabeza.

—Siento… lo ocurrido, majestad —optó por decir, prudente, porque en realidad no lo sentía en absoluto. Ese conde se merecía haber acabado ardiendo después de lo que había tratado de hacer con Caedra.

—He de decir que no me sorprende. Zafrios tenía una mala reputación desde la muerte de su hermano; se volvió arisco y amargado. Era repudiado por la mayoría debido a su actitud… Sin embargo —Kidhu se levantó y los miró—, como comprenderéis, he de corroborar vuestra versión. Lo consultaré con los guardias que estaban en las puertas del castillo y, si confirman que vuestra compañera estaba indispuesta, os creeré y correremos un tupido velo sobre este asunto.

—Os damos las gracias por vuestra comprensión, majestad —dijo Gavin.

El rostro de Kidhu se endureció.

—Esto es solo en el caso de que lo confirmen. De no ser así, nos veremos obligados a… renegociar los términos de nuestra alianza.

Jay se quedó rígido. Gavin, sin embargo, respondió enseguida:

—Por supuesto, majestad.

***

Salieron de la sala del trono. Caminaron en silencio por el pasillo hasta que no hubo guardias que pudieran escucharlos.

—No ha ido tan mal, ¿no? —dijo Jay, todavía un tanto inquieto.

Gavin se paró. Jay lo miró, expectante. Gavin suspiró profundamente y puso los brazos en jarras.

—Supongo que podría haber sido peor, sí, pero ten en cuenta que ahora Kidhu hará lo que quiera.

Jay ladeó la cabeza, confuso.

—¿Qué quieres decir?

—Los guardias confirmarán que Caedra fue llevada a la fuerza por el conde. Pero Kidhu no tiene por qué contarnos la verdad a nosotros. Puede decir, simplemente, que los guardias no vieron nada.

Jay frunció el ceño.

—¿Sería capaz de hacer eso?

Gavin esbozó una sonrisa irónica.

—Así funciona la política en las cortes, Jay. De una forma u otra, él va a salir beneficiado: o confirma nuestra versión y nosotros nos sentiremos en deuda con él, por lo que nos aseguraremos de hacer todo lo que él diga avanzando hacia Omilia; o la niega y fuerza sobre nosotros una condición nueva para que la alianza siga en pie.

—Lo siento —murmuró Jay y bajó la vista.

La alzó de nuevo al notar la mano de Gavin en su hombro. Jay se sorprendió al ver la calidez en su rostro. Esperaba que estuviera enfadado con él. Y se dio cuenta de que la idea de decepcionar a su hermano pequeño le desagradaba ahora en gran medida.

—No pasa nada, Jay. De una forma u otra, seguiremos adelante. —Gavin apretó un momento los dedos en su hombro antes de retirar la mano—. Lo importante es que Caedra está bien.

Jay esbozó una pequeña sonrisa.

—Gracias, Gavin.

Era reconfortante saber que Gavin era capaz de manejar esos asuntos. Jay nunca terminaría de entender la política de las cortes… Le resultaba agobiante.

—Pero no te preocupes tanto —prosiguió Gavin—. Ahora que lo pienso, lo lógico sería que Kidhu aceptara la verdad sin deuda alguna. Más bien, estaría saldando la deuda que quedó pendiente cuando Faye intentó asesinarnos… Como reina de Anthius, su ofensa se refleja en el reino entero y nosotros ya hemos dado todavía más al abrirles el paso a través de la cordillera.

—Cierto —asintió Jay, más tranquilo—. Viéndolo así, no se atreverá a ir contra nosotros.

Subieron por las escaleras. Pero Jay se desvió por la salida a uno de los balcones. Extrañado, Gavin lo siguió.

Jay se inclinó hacia delante para apoyar los codos en la piedra que delimitaba el balcón. El viento echó su largo pelo hacia atrás y respiró hondo, contemplando el agrupamiento de casas construidas en la ladera en la colina.

—A veces me siento un tanto incompetente —confesó.

Gavin enarcó una ceja. Se situó junto a él.

—¿Cómo vas a sentirte incompetente, Jay? Ahora mismo, tu habilidad en el combate es superior a la mía —dijo, sin atisbo de resentimiento en su tono. Admiraba a Jay por todos los poderes que dominaba: el fuego, las sombras, el hielo. Con el fuego, incluso, tenía la capacidad de crear unas llamas blancas que no estaban al alcance de Gavin.

Jay esbozó una sonrisa triste.

—No me refiero a eso. Soy el mayor de nosotros dos, pero siempre eres tú el que debe guiarme en estos asuntos. En cierto modo, te envidio.

Gavin torció el gesto. Pasó los dedos por el relieve en la roca del balcón, tallada para formar bonitas espirales. Era áspera, muy diferente al pulcro mármol que reinaba en el palacio de Luminaria.

—¿Sabes? A mí me pasa algo parecido contigo.

Jay lo observó de reojo.

—¿Qué quieres decir?

—Si puedo guiarte en estos asuntos, Jay, es porque he crecido siendo educado para ello. —Frunció el ceño. Jay se fijó en que había tensado los hombros—. Porque… he tenido que pasar parte de mi vida con aquel que se suponía que tendría que haber sido mi padre, pero solo es capaz de ser emperador. —Apretó los ojos. No se atrevía a mirar a su hermano a la cara. Era un malestar que llevaba acumulando mucho tiempo y ahora ejercía una desagradable presión en su pecho—. Tú, en cambio, tenías todo lo que yo siempre quise. Tenías a Hadriel… Creciste con un padre que lo dio todo por ti, que siempre te apoyaba y te quería, y yo… te lo arrebaté.

Jay se irguió, con un fogonazo de profundo dolor cruzando su rostro antes de lograr recomponerse. Gavin había agachado la cabeza, manteniendo los ojos cerrados, pero una lágrima se había escapado por su mejilla.

—Te odié con toda mi alma, Gavin —admitió Jay. Él levantó ligeramente los párpados—. Pero Caedra me hizo ver que no fue realmente tu culpa.

—¿Cómo no iba a ser…? —empezó Gavin, alterado, girándose hacia él.

Jay alzó la palma de la mano.

—Fuiste manipulado por el oráculo supremo. Aquí todos sabemos bien lo retorcido y mezquino que es. No eres el culpable de lo que sucedió, Gavin —declaró con firmeza. No había ni rastro de duda en su expresión—. Solo eres, por desgracia, una víctima más. —Apretó los puños—. Si no hubieras sido tú, otro habría liderado aquel ataque… Otro que no habría salvado a Caedra de la hidra.

Gavin arqueó las cejas.

—¿Te lo contó?

Jay asintió con la cabeza.

—No te tortures por eso. —Puso una mano en su hombro—. El odio que sentía por ti se disipó. Y ahora… me alegro mucho de que estés con nosotros.

Gavin aventuró una pequeña sonrisa.

—Gracias, Jay.

Él suavizó su expresión.

—Es curioso que ambos envidiemos lo que ha tenido el otro por distintas razones. Al final, lo importante es que ahora estamos juntos y podemos apoyarnos el uno al otro.

—Eso es verdad. —Gavin respiró hondo. Endureció la mirada—. Jay, yo…

Gavin clavó una rodilla en el suelo frente a él. Jay retrocedió un paso, perplejo.

—Gavin, ¿se puede saber qué haces?

—No sé si te preocupa que, a pesar de todo, mantenga la intención de arrebatarte el trono… —Sacudió la cabeza y lo miró a los ojos—. Me he pasado la vida pensando que estaba solo. —Tensó la mandíbula—. Que no me quedaba familia. Que el único hermano que podría haber tenido… buscaba el regreso de las sombras y que tendría que ser yo el que segara su vida. Pero ahora ya no es así. Y para mí siempre serás más importante tú que el trono, Jay. Por eso juro que te serviré fielmente hasta el final.

Jay frunció el ceño. Le tendió la mano y Gavin pestañeó, sorprendido.

—No quiero un sirviente, Gavin —empezó. Inclinó la cabeza para observarlo—. Quiero a mi hermano luchando a mi lado, por aquello en lo que ambos creemos. Juntos. No por un trono…, sino por nosotros mismos. Por conseguir una vida en la que seamos libres de hacer lo que queramos.

Los labios de Gavin se curvaron en una sonrisa. Aceptó la mano de Jay y se puso en pie.

—Parece que tú también podrás guiarme en otros aspectos.

Jay rio de buena gana.

—Mi padre me enseñó muchas cosas… —Suspiró con tristeza y apartó la mano—. Solo espero llegar a ser como él algún día. —Sonrió también; la nostalgia se reflejaba en sus oscuros ojos—. ¿Sabes? Estoy convencido de que te habría acabado queriendo como a su propio hijo también.

—Me habría encantado conocerlo a fondo… —Gavin se mordió el labio. Aunque Jay insistiera en que no era su culpa, era una espina que llevaría clavada para siempre—. Gracias por estar dispuesto a aceptarme, Jay.

—Fuiste tú el que supo ver la verdad, tuvo el valor de cambiar y se acercó a mí —dijo Jay y, para sorpresa de Gavin, lo abrazó—. Puede que no hayas tenido un padre en tu vida, Gavin. Pero ahora siempre me tendrás a mí.

Gavin se aferró a él, experimentando una reconfortante calidez de la que no habría querido separarse nunca. Por fin, después de tantos años anhelando algo que había sentido inalcanzable, había encontrado a su familia. Y lucharía para conservarla.

El emperador no se interpondría en sus caminos.

***

Connor respiró hondo. Contó mentalmente los pasos de alguien que se acercaba corriendo.

Asomó del árbol y lanzó un cuchillo. Este se hundió limpiamente en la frente del soldado imperial, que se desplomó, muerto.

Escuchó un silbido encima de él. Alzó la vista y vio a Silvary entre las ramas.

—Muy buena, Connor —lo felicitó y bajó de un salto, aterrizando a su lado—. Te me has adelantado.

—Os dije que Connor era hábil —Tarvo apareció de entre unos arbustos sin ser capaz de ocultar del todo el orgullo en su voz.

—Continuemos —ordenó Makus con voz dura. Él también estaba escondido—. No tardarán en enviar refuerzos y queremos que nos pierdan la pista.

Ya se encontraban en el camino de regreso a la playa donde los recogería Alastair en unos días. En la última ciudad que habían visitado, sin embargo, un grupo de soldados imperiales los había reconocido como los que estaban extendiendo rumores por Gaelar y habían ido tras ellos. Habían ido acabando con los guardias uno a uno en su huida, pero sabían que vendrían más.

Connor recogió su cuchillo, limpiándolo en unas hojas y devolviéndolo a su cinto. Alzó la vista y su mirada se cruzó con la de Makus.

Su corazón se aceleró cuando este asintió con la cabeza. Makus dio media vuelta y echó a andar, con Silvary a su lado.

Dio un respingo al notar la mano de Tarvo en su espalda.

—Parece que te lo has ganado —le susurró, inclinándose hacia él.

Connor sonrió. Prefirió no pensar en que para ello había tenido que demostrar habilidad para matar…

Así funcionaba Gea.

Capítulo 35: La muerte de Uma

El sol brillaba con fuerza, iluminando la arena negra de las playas de Ganthia. Una suave brisa marina hacía ondear las hojas de las palmeras y las gaviotas volaban de un lado a otro, en busca de peces en el mar.

Jay sonrió al aterrizar. Bajó de un salto y estiró los brazos.

—¡Por fin de vuelta!

—Solo ha sido un mes —señaló Gavin, descendiendo del lomo de Alastair con más calma.

Valikia aterrizó junto a Jay. Esbozó una sonrisa pícara.

—Sí, pero este lo que quiere es pasarse un día entero durmiendo —lo provocó y puso un dedo en su mejilla.

Jay gruñó y se apartó.

—Como si tú no quisieras lo mismo.

Connor y Tarvo, a quienes habían recogido antes de regresar todos juntos a Ganthia, también bajaron.

—Espero que Djaka y Ayla hayan vuelto ya —comentó Caedra, aterrizando también. Ella y Valikia habían ido volando junto a Alastair.

Alastair se envolvió en un brillo blanco y regresó a su forma humana.

—Solo hay una forma de comprobarlo —dijo Jay y echó a andar.

Los demás lo siguieron, conversando entre ellos.

Era complicado hablar cuando estaban volando por el ruido del viento, pero algo habían logrado comunicarse. A Jay le había alegrado que Tarvo y Connor hubieran podido expandir el rumor del regreso de los príncipes sin que los soldados imperiales lograran frenarlos.

El rey Kidhu había declarado que, tras la versión dada por los guardias, quedaban libres de toda culpa. Jay sintió un gran alivio. Gavin suponía que esto también había sido posible porque nadie echaría de menos al conde. El rey los consideraba valiosas piezas para su conquista de Omilia y así la deuda por lo sucedido con Faye quedaba saldada.

Atravesaron el bosque de bambú. Las chozas de los denu ya habían sido reconstruidas. Jay saludó a algunos de paso, contento al ver que ya no se mostraran intimidados por él. La aldea torrogal volvía a estar entera también, y se había expandido aún más respecto a la última vez que la habían visto.

Se cruzaron con Shidan mientras paseaban por las casas de magma endurecido.

—¡Maestro! —lo saludó Jay, entusiasmado—. ¿Sabes si ha vuelto Ayla?

—Yo también me alegro de verte, chico —replicó él con sarcasmo. Pero sonrió, mostrando sus colmillos perlados—. Sí, Ayla y Djaka regresaron ayer…

—¡Genial, gracias!

Jay no le dio tiempo siquiera a terminar de hablar antes de salir corriendo en dirección a la entrada del volcán.

Caedra sonrió, divertida. Valikia puso los ojos en blanco.

—Tan impaciente como siempre…

***

Ayla estaba con Djaka en el jardín de la casa del maestro Shidan. Las dos se habían sentado en el tronco caído que había situado frente al estanque. Los peces, blancos, naranjas y negros, nadaban con suavidad de un lado a otro.

A Ayla le encantaba estar allí. El movimiento hipnótico de los peces siempre la relajaba.

Pero ahora tenía que concentrarse. Apretó en su puño la tela de la chaqueta de Jay, que tenía en su regazo, y respiró hondo. Manipuló el tiempo a su alrededor. Sus sonidos se agudizaron; escuchó a la perfección el sutil movimiento de la aleta de un pez en el agua y vio un fino hilo asomando de una costura en el vestido granate de Djaka. Todo giró a su alrededor…

Un brillo blanco cruzó su visión.

***

Llovían llamas. Sonaban explosiones en la distancia. Era de noche y todo estaba cubierto de humo y polvo.

—¡Fuego!

Era la voz de Jay, comandando a los soldados tras él. Señaló al frente, hacia la muralla de una ciudad.

Las flechas incendiarias volaron hacia sus enemigos, concentrados en lo alto del muro.

***

Ayla parpadeó y la luz en sus ojos se apagó. Alzó la vista y miró a Djaka, emocionada.

La mujer tenía una sonrisa plasmada en sus labios rojos.

—No ha estado mal —comentó—. Ha sido una visión corta, pero al fin lo has conseguido: has invocado una visión relacionada con el posible futuro del portador de este objeto.

—Pero apenas he podido deducir nada —murmuró Ayla y frunció el ceño. Relajó la mano con la que había estado apretando la tela—. Solo que estaban atacando una ciudad.

—Es normal. Cuando invocas una visión, siempre va a ser inestable; es algo que has provocado, no ha venido a ti de forma natural —explicó Djaka—. Tendrás que volver a invocarla y centrarte en que quieres ver más para que se alargue y tengas tiempo de analizar un poco más la situación. Pero existe el riesgo de que no seas capaz de repetir la visión y que lo que se te muestre sea algo diferente.

—Ya veo… —dijo Ayla, clavando los ojos en la chaqueta—. Es complicado.

—En efecto. Pero ya te queda poco para dominarlo. Después, podremos pasar al combate prediciendo los movimientos de tu oponente.

Esto era lo que más interesaba a Ayla. Asintió, decidida.

—¡Ayla!

Esa cálida voz hizo que su corazón se acelerara. Irguió la espalda y puso los hombros rectos.

Djaka, en cambio, tenía una mueca de disgusto en su rostro.

—Oh, no, ya viene el mortal a interrumpirnos… —masculló por lo bajo.

Ayla se incorporó. La chaqueta cayó a la hierba, pero no se dio cuenta porque ya se estaba girando. Su mirada se iluminó al ver a Jay corriendo hacia ella.

—¡Jay! —Ella también lo llamó, dejándose llevar por el júbilo del momento. Caminó hacia él, pero apenas alcanzó a dar unos pasos antes de que Jay llegara hasta ella. El chico la abrazó con fuerza de la cintura y la levantó en el aire, dando una vuelta con ella mientras reía con alegría.

Ayla se agarró a sus hombros, pillada por sorpresa. Su larga melena rubia ondeó a su alrededor. Se le escapó una pequeña carcajada cuando Jay la dejó de nuevo en el suelo.

—¡Jay! —repitió ella, ahora con las mejillas rosas de la emoción—. No esperaba que… —«No esperaba que tú también fueras a estar tan contento por verme de nuevo», pensó, pero no fue capaz de terminar la frase.

—Ayla, me alegro un montón de verte —dijo él, sonriendo de oreja a oreja.

—Y yo a ti, Jay —murmuró ella, mirándolo por debajo de las pestañas. Su corazón todavía latía a mil por hora y notaba un extraño cosquilleo en los dedos.

—¿Ha ido todo bien en vuestro viaje? —inquirió Jay, ya más tranquilo. Retrocedió un paso para darle espacio a Ayla.

Ella echó de menos su cercanía, aunque no se atrevió a decir nada. Asintió con la cabeza.

—Sí, no hemos tenido ningún problema. Y hemos averiguado algo que tenemos que contaros.

Jay frunció el ceño al ver su expresión seria. Eso significaba que su viaje no había sido en vano, pero la información aparentemente era grave…

—Los demás vienen ahora —dijo, echando un vistazo por encima del hombro. Se llevó una mano a la cabeza—. Yo me he adelantado…

—Ah, sí —habló Djaka, que se había levantado y caminaba con lentitud y elegancia hacia ellos. Lo observó con desdén—. Jay, el mortal que siempre va con prisas a todos lados y adora interrumpir las sesiones de entrenamiento con mi alumna.

Jay la miró y esbozó una sonrisa incómoda.

—Lo siento, Djaka.

—Entonces, ¿Alastair y Caedra están bien? —quiso saber ella.

Jay asintió con la cabeza.

—Sí, ellos vienen también. Aunque… —Se rascó la mejilla, nervioso ante la seria mirada con la que lo taladró Djaka. Esos ojos naranjas de esclerótica negra daban miedo—. Bueno, puede que hayamos tenido algún percance… Pero ahora estamos todos bien —aseguró con rapidez.

Djaka arqueó una ceja.

—Espero que así sea, mortal.

***

Se habían reunido en el salón. Tarvo, Connor, Ayla y Valikia estaban sentados. Gavin estaba de

pie con las manos apoyadas en el respaldo de la silla de Valikia, Jay se había situado junto a Ayla, y Alastair y Caedra estaban apoyados en la pared. Djaka los observaba recostada contra el marco de la puerta.

—La alianza con Anthius está cimentada y su ejército, junto a nuestras tropas, ya marcha hacia Omilia —estaba diciendo Gavin—. No tardarán más de tres días en llegar a la frontera.

—Nosotros hemos conseguido correr la voz en Gaelar de tu regreso —Tarvo miró a Jay—, y de tu deserción del imperio para luchar junto a tu hermano —desvió la vista hacia Gavin—. El pueblo lo ha recibido con entusiasmo; ahora sienten que por fin pueden enfrentarse al emperador ya que, si lo derrotan, habrá alguien que siga manteniendo alejadas esas sombras a las que tanto temen.

—También hemos dicho que estaréis reclutando gente para vuestra causa dentro de una semana en Nefror —añadió Connor.

Makus y Silvary se habían quedado en el continente con el fin de ir preparando el lugar para la concentración. Querían conocer a fondo el terreno en caso de que tuvieran que actuar frente a un ataque.

Jay frunció el ceño.

—Espero que realmente haya gente dispuesta a unirse… Necesitaremos también bastantes altercados en Gaelar para forzar al emperador a dividir su atención entre eso y Omilia. Y, entonces, atacar nosotros su palacio.

—Estoy convencido de que sí, Jay —dijo Tarvo con una sonrisa—. Tendrías que haber visto brillar la esperanza en sus ojos cuando les comentábamos el rumor.

—Sí, hubo una anciana que incluso se puso a llorar de la felicidad… —comentó Connor, divertido y enternecido a la vez.

—Una anciana no nos servirá de mucho… —murmuró Jay.

Caedra puso los ojos en blanco.

—Para luchar, no, pero para seguir extendiendo el rumor, sí —replicó—. Puede que hasta tenga hijos a los que decírselo y que estos se unan a la lucha.

—Vale, vale —aceptó Jay, alzando las palmas de las manos.

—Yo no me fío de dejar mucho tiempo al rey Kidhu a solas con todas las tropas, sin nuestra supervisión —dijo Valikia, con una mueca en su rostro. Aunque le habría gustado tener todo el tiempo posible de descanso, recelaba desde lo sucedido con Faye.

Gavin, detrás de ella, se inclinó y puso las manos en sus hombros.

—Tranquila, Val. No tardaremos en decidir cómo nos organizamos.

—Ayla y yo también tenemos información importante para vosotros —intervino Djaka, apartándose del marco de la puerta e irguiéndose. Clavó sus ojos naranjas en Valikia—. Información que te resultará especialmente interesante a ti, mortal.

Valikia ladeó la cabeza, confusa. ¿Por qué en concreto a ella?

Ayla se aclaró la garganta, atrayendo la atención de todos, y se forzó a hablar:

—Djaka y yo consultamos a Luvann si había otorgado su poder de luz a alguien más en estos últimos años, y cómo el oráculo supremo podía haberse hecho con esa segunda pluma que utilizó

con Su-Nev.

—¿Y qué os dijo? —inquirió Valikia, ahora curiosa.

—Luvann sí que había dado su poder a otra persona. En concreto, a… —Ayla apretó la tela de los pantalones con sus puños. Sabía que lo que diría iba a doler a su amiga—… Uma.

Valikia abrió los ojos como platos. Caedra también.

—¿Qué? —soltó Valikia. Se puso en pie, con todas las plumas de sus alas crispadas—. ¿Uma, la pareja de mi hermano?

Ayla asintió con la cabeza.

Caedra apretó los dientes. Ató cabos con facilidad.

—El oráculo supremo fue quien la mató. Así obtuvo su segunda pluma.

—Así es —afirmó Djaka.

Jay juntó las cejas y se llevó una mano a la barbilla, pensativo.

—Pero ¿por qué la mató? Podría haber hecho con ella lo mismo que con Ayla y tener otra chica con la memoria borrada a su disposición.

—Eso pensamos Djaka y yo también —asintió Ayla—. Nuestra conclusión es que como Uma no tenía el don de las visiones y ya me tenía a mí, la descartó. Pero sigue siendo extraño.

—Pero… Pero… —Valikia intentaba dar forma con palabras a un torbellino de pensamientos que giraban vertiginosamente en su cabeza. Gavin la observaba con preocupación—. ¿Por qué engañó a Denkuro?

Jay bufó.

—Es el oráculo supremo. Mentir, manipular y destrozar vidas es su especialidad.

—¿Tiene más plumas de luz a su disposición? —quiso saber Alastair, muy serio.

Djaka negó con la cabeza.

—Luvann ha confirmado que no hay más.

Valikia gruñó y apretó los puños.

—Ese maldito oráculo supremo… —Cada día lo odiaba más. Era una víbora miserable, envenenando todo lo que tocaba—. ¿Cómo se atreve a tener engañado a mi hermano? ¡Ha estado trabajando todo este tiempo para el asesino de Uma!

La llenaba de rabia también conocer al fin el causante de su muerte. Uma no solo había sido la pareja de Denkuro, también había sido la mejor amiga de Valikia, casi como una hermana mayor para ella.

Había cargado durante años con la culpa de su muerte, pues Uma no había huido, cuando tuvo la oportunidad, por quedarse defendiéndola. Valikia creyó que había sido simplemente mala suerte, que unos bandidos se habían topado con ellas y habían decidido convertirlas en sus víctimas.

Ahora resultaba que todo había sido orquestado por el oráculo supremo.

—Yo tengo una teoría —habló Tarvo—. Cuando lo conocimos, Denkuro probablemente era el agente del oráculo supremo en Zarested y estaba investigando sobre el cuerpo de Saekish… ¿Es

posible que el oráculo supremo utilizara la muerte de Uma para manipularlo y convertirlo en el agente que necesitaba en ese continente?

Gavin frunció el ceño y asintió.

—Es posible. El oráculo supremo fue una vez de visita al otro continente cuando yo era pequeño, alegando que solo deseaba ver si era viable su conquista. No tardó en volver y el emperador no sospechó. Imagino que por eso necesitaba un agente en Zarested: para que pudiera seguir investigando y pasándole información mientras él permanecía en el palacio sin levantar sospechas.

—Es astuto —masculló Jay.

—Es un ca… —escupió Valikia, temblando de la rabia. Gavin pasó un brazo por sus hombros y con su otra mano cogió una de las de Valikia. La zeafírea calló y respiró hondo—. Pero sí, tiene sentido lo que decís.

Caedra había bajado la vista, pensativa. Se alegraba ahora de no haber podido matar al hermano de Valikia en ninguno de los enfrentamientos que había tenido con él; en uno en particular había estado muy cerca. Seguía muy enfadada con Denkuro por atacar a su propia hermana, pero supuso que todos podían tomar decisiones drásticas a causa del dolor y la pérdida…

Ahora había esperanza. Podían traerlo de vuelta. Solo había un problema.

—¿Cómo convencemos a Denkuro de que esto es verdad? —dijo Valikia, hundiendo los hombros—. Creerá que le estamos mintiendo, pero en realidad es el oráculo supremo el que lo está engañando.

—Yo puedo ver tu pasado —habló Djaka, dando un paso hacia delante. Todos la miraron—. Estoy segura de que lograré encontrar al oráculo supremo; no se arriesgaría a que nadie se largara con la pluma de luz, por lo que él mismo tenía que estar en algún sitio cerca.

Valikia arqueó las cejas.

—¿En serio puedes hacer eso?

Djaka gruñó.

—Los mortales me venerabais como a una diosa en el pasado, pero ahora insistís una y otra vez en subestimar mis poderes…

—Tú o Alastair podríais proyectar en la mente de Denkuro lo que encuentres —dijo Caedra, pero torció el gesto—. La cuestión sería cómo saber dónde atacará Denkuro la próxima vez para que estéis uno de los dos…

—Puedo intentar verlo en una visión para predecir dónde estará —propuso Djaka—. Solo recordad que el futuro que yo veo nunca está garantizado.

—De acuerdo —dijo Valikia, que ya había logrado normalizar su respiración alterada por la ira —. Empecemos por ver si puedes encontrar lo que necesitamos en mi pasado.

—Muy bien —aceptó Djaka. Le indicó que la siguiera con un movimiento de cabeza—. Vamos al exterior; para hacerlo requeriré estar en mi forma de dragón.

***

Volvían a estar junto al estanque. Djaka ahora se alzaba por encima de todos ellos, observando a Valikia con sus ojos naranjas.

«Tú no tendrás que hacer nada —le indicó la dragona—. Yo me encargaré de todo. Tan solo no te muevas».

—Vale… —murmuró ella, un tanto nerviosa. Se aferró a la mano de Gavin, que estaba a su lado.

Las gemas azules en la cornamenta de Djaka se iluminaron. Proyectó a todos su visión. Jay soltó una exclamación al ser cegado por un fogonazo.

***

El paisaje entero era blanco, salvo por algunos fragmentos de roca negra bajo de la nieve, que relucían al recibir los rayos del sol. El cielo azul estaba salpicado con algunas nubes y soplaba una ligera brisa.

Una Valikia mucho más pequeña reía, rodando en la nieve.

—¡Esto es genial! —exclamó y miró a su compañera, que la observaba de pie con una sonrisa.

Se trataba de una zeafírea de piel morena, largo y liso pelo blanco, alas y cuernos marrones, y grandes y cálidos ojos dorados.

Uma.

Las dos vestían con gruesas capas de piel, botas y guantes.

—Sí, la verdad es que la nieve es más bonita de lo que imaginaba —comentó Uma. Su voz era suave y melodiosa.

—¡No me puedo creer que nunca antes hubieras visto la nieve! —dijo Valikia, incorporándose y sacudiendo los trozos de hielo de sus pantalones.

Uma se encogió de hombros y sonrió.

—Los zeafíreos de Aruristed huimos del frío. Por algo nos concentramos sobre todo en las regiones del norte, en el desierto.

—¿Has vivido en un desierto? —inquirió Valikia, abriendo la boca con asombro.

—Sí, me crie en el desierto de Nivi.

—¿Me llevarás algún día a verlo? —le pidió Valikia, aferrándose a su brazo y adoptando una expresión de cachorro abandonado—. Yo te he traído a ver la nieve…

Uma rio con suavidad. Varias pecas salpicaban su nariz y sus mejillas.

—Está bien. Seguro que podremos ir algún día.

—¡Bien! —celebró Valikia, apartándose y lanzando nieve al aire.

Uma alzó la vista al cielo y frunció el ceño al ver la posición del sol.

—Ya se está haciendo tarde, Valikia —le dijo a su compañera, estirando ligeramente las alas —. Deberíamos emprender el camino de vuelta.

—¡Jooo! —protestó ella, inflando los mofletes—. ¿No podemos quedarnos un poco más?

—Sabes que tu hermano nos pidió que estuviéramos en la base de la montaña para el atardecer —replicó Uma, divertida—. Y ya no queda mucho.

Valikia suspiró profundamente, hundiendo los hombros.

—Vale…

Iba a decir algo más, pero fue alcanzada por una bola de agua que explotó al contacto. Valikia gritó al salir disparada hacia atrás. El agua se solidificó hasta convertirse en hielo, dejándola atrapada contra la nieve.

Uma había abierto los ojos como platos.

—¡Valikia!

Fue corriendo hacia ella. Otra esfera igual fue en su dirección, pero Uma saltó a un lado y la esquivó. Disparó una ráfaga de aire hacia Valikia y rompió el fino hielo que la había retenido. Valikia se incorporó, temblando por el miedo.

Tres hombres encapuchados avanzaban hacia ellas.

Uma apretó los dientes. Ni ella ni Valikia sabían luchar.

—Valikia, quédate detrás de mí —le ordenó, situándose delante de ella, con las alas extendidas.

—Pero… —Valikia intentó protestar. Lo único que brotó de su garganta fue un sollozo.

—¿Qué queréis? —bramó Uma, dirigiéndose a los hombres—. No tenemos nada de valor que daros.

—Nuestro maestro opina lo contrario —dijo uno de ellos y materializó una serie de carámbanos.

Uma solo alcanzó a cruzar los brazos delante de su rostro y las alas delante de su cuerpo. Contuvo a duras penas el grito de dolor cuando los proyectiles se hundieron en su piel.

—¡Uma! —chilló Valikia, asustada.

Trató de invocar un rayo, pero no apareció más que una chispa en sus manos. Si hubiera prestado más atención las veces que su hermano había intentado enseñarle a controlar la electricidad…

—Valikia, ¡vete! —gritó Uma. Batió las alas y creó una ráfaga de aire que forzó a sus atacantes a desplazarse, pero poco más—. Intentaré entretenerlos…

Valikia no comprendía lo que estaba sucediendo. Esos hombres no paraban de atacar a Uma y ella era incapaz de moverse. Los vio golpearla una y otra vez…

—¡Dejadla en paz! ¡No os hemos hecho nada!

Las súplicas de Valikia fueron ignoradas. Uma cayó frente a ella, con el rostro ensangrentado y su pecho cubierto también de rojo.

—¡Uma!

Ella no respondió a su llamada. Valikia se arrastró hasta su amiga, llorando.

—Uma…

Sacudió su hombro con suavidad. Su mirada estaba perdida en algún punto del cielo; sus ojos dorados, siempre tan cálidos, ahora carecían de brillo.

—Responde, por favor…

Los hombres se acercaban a ella, dispuestos a no dejar ningún cabo suelto.

Una flecha silbó en el aire. Y otra más. Dos de sus atacantes se desplomaron con gritos

ahogados. Las saetas les habían atravesado el cuello.

El último se giró con urgencia, tratando de localizar a su atacante. Un zeafíreo de pelo y alas negras descendía sobre él, con la mano envuelta en electricidad. Disparó un rayo que impactó en el pecho del hombre y este cayó al suelo, inmóvil.

—¡Uma! —la llamó Denkuro, aterrizando junto a ella. La observó con los ojos muy abiertos—. No… ¡No!

—K-Kuro, ella… —Valikia trató de decir algo, pero fue incapaz.

El grito desgarrador de su hermano, normalmente tan introvertido, hizo que Valikia se llevara las manos a la cara, llorando desconsoladamente.

Algo se movió entre las sombras de los árboles de la izquierda. Valikia giró la cabeza, tratando de ver a través de su velo de lágrimas.

Captó el destello de una túnica dorada. Se quedó rígida. Unos ojos de acero la observaban…

***

Jay se tambaleó hacia atrás cuando parpadeó y regresó a la realidad. Jadeó, procesando lo que había visto.

Había sido duro presenciar la muerte de Uma y él ni siquiera la había conocido. No quería ni imaginar cómo habría sido para Valikia revivir la experiencia… La buscó con la mirada y comprobó que estaba llorando, ahora refugiada en los brazos de Gavin.

Uma se parecía bastante a Caedra. Ahora entendía por qué fue un choque tan fuerte para Valikia conocerla. Aunque ambas se diferenciaban claramente en la mirada: la de Uma era dulce, cálida y de iris dorado; la de Caedra era afilada, salvaje y de iris amarillo.

Caedra frunció el ceño. Valikia había dicho que Uma habría tenido su edad de seguir viva… Y Uma había mencionado en aquel recuerdo que nació en el desierto de Nivi.

¿Habrían coincidido en algún momento de sus vidas sin saberlo?

—Esos ojos… ¿eran los del oráculo supremo? —Connor había sido el primero en hablar, inquieto. Él no había visto todavía al oráculo supremo en persona.

Caedra asintió, muy seria.

—Tenemos la prueba que necesitamos.

Capítulo 36: Bajo una suave luz

Djaka no necesitaba objetos de nadie para invocar una visión sobre quien ella quisiera. El único requisito era que tenía que haberlo visto al menos una vez. Cuanto mayor fuera su conexión con esa persona, más sencillo era.

Como su contacto con Denkuro no solo era nulo, sino también negativo después de que hubiera intentado asesinarla, a Djaka le había costado bastante obtener la visión. Y más que esta fuera razonablemente larga para poder deducir de dónde y cuándo se trataba.

Todos esperaron hasta que la cornamenta de Djaka dejó de brillar y sus ojos volvieron a la normalidad. Ella regresó a su forma humana.

—Creo que lo encontraréis en la batalla de Kieur. Cuando estéis asediando la capital de Omilia —les comunicó Djaka, con una mano en la cintura.

—Ahí estaré yo —declaró Valikia con firmeza.

Caedra miró a Alastair. Él asintió con la cabeza.

—Alastair y yo nos aseguraremos de estar para esa batalla.

—Antes de eso, sin embargo, está la reunión que hemos convocado en Nefror, a la que asistirán aquellos que deseen unirse a nosotros —señaló Tarvo—. ¿Quién vendrá, entonces, conmigo y con Connor?

—O Jay o yo deberíamos estar presentes para hablar con ellos; querrán vernos para terminar de convencerse —contestó Gavin—. Con uno de los dos bastará.

—Iré yo —decidió Jay. Valikia quería volver al frente de batalla, y Gavin preferiría acompañarla a ella. Además, así podría pasar algo de tiempo con Tarvo y Connor, a los que hacía bastante que no veía.

Solo le agobiaba un poco el discurso que tendría que dar a esa gente… Pero era algo que debía hacer tarde o temprano. No iba a huir de sus responsabilidades.

—Necesitarán alguna prueba de que realmente eres Althalos —dijo Caedra y se llevó una mano a la barbilla, pensativa—. Con que les demuestres que puedes repeler las sombras bastará. Alastair y yo podemos ir con vosotros, no solo para defenderos en caso de ataque, sino también para que Alastair pueda invocar algunas sombras y Jay las haga desaparecer delante de todos.

—Es buena idea —aceptó Tarvo.

—Estoy seguro de que alguien se habrá ido de la lengua y los soldados habrán escuchado algo sobre la reunión en Nefror —dijo Gavin, entornando los ojos—. Por lo que sí que es conveniente que vayáis varios para proteger a los que asistan; los necesitaremos.

—En ese caso, decidido —declaró Tarvo—. Nos acompañarán Jay, Caedra y Alastair.

—Gavin y yo nos uniremos al ejército de Anthius para avanzar en Omilia —dijo Valikia.

Jay miró a Ayla, preguntándose qué haría ella.

—Olvídalo, mortal —habló Djaka, adivinando sus intenciones. Cruzó los brazos—. Ayla se

quedará entrenando conmigo, todavía nos queda bastante trabajo por delante.

Ayla hundió los hombros. Ella también había tenido la esperanza de ir con Jay… Pero sabía que Djaka tenía razón. Y todo ese esfuerzo merecería la pena.

***

Jay caminaba con Ayla por la playa, aprovechando que hacía buen día. Djaka había sido tan generosa de dejar a Ayla descansar hasta que todos se marcharan a la mañana siguiente…, tras lo cual reanudarían su entrenamiento sin pausas más que para comer y dormir.

—Espero estar lista para acompañaros la próxima vez —murmuró Ayla y suspiró, resignada.

Andaban descalzos, permitiendo que las olas transparentes que entraban en la orilla fueran bañando sus pies.

Jay ladeó la cabeza para mirarla.

—Estoy seguro de que sí, Ayla. Tan solo piensa en la cara que se le va a quedar al oráculo supremo cuando te vea combatiendo igual que lo que hace él, prediciendo los movimientos de tu oponente.

—Ya… Se nota que nunca quiso enseñarme realmente, o me habría entrenado desde el principio en ese aspecto.

—Vas a tener uno de los papeles más importantes en la batalla final —continuó Jay—. Serás la única que pueda derrotar al oráculo supremo usando su misma táctica. Los demás no podremos hacer mucho si puede predecir en todo momento lo que vamos a hacer…

Y ya no tenían a Hadriel para bloquear la psiquis de Leveann, impidiéndole atacar o moverse de vez en cuando. Jay sintió un pinchazo en el pecho al acordarse de su padre.

Le habría gustado que pudiera ver todo lo que estaban consiguiendo y avanzando. Sabía que todavía quedaba mucho por delante, pero, por primera vez en mucho tiempo, veía como algo real la posibilidad de derrotar al emperador.

El momento se acercaba.

También se acordaba, pero con rabia, de su abuelo Ilyor, el padre de Hadriel. Se había equivocado al decir que no podrían hacer nada… Le habían arrebatado ya un reino entero al emperador e iban a por el siguiente. Iban a prender la mecha de una rebelión en Gaelar. La gente estaba reaccionando al fin, guiados por ellos.

Si Ilyor no se hubiera vuelto un cínico amargado con el tiempo, podría haber estado ahí ahora, con ellos.

Ayla, mientras tanto, había tensado la espalda al escuchar las palabras de Jay. Había estado concentrada en entrenar para seguir volviéndose más fuerte y luchar al mismo nivel que sus amigos, con la misma confianza.

Pero no había reparado en eso. En que ella sería la única capaz de hacer frente al oráculo supremo. Supuso que por eso Djaka quería que completara su entrenamiento cuanto antes.

Frunció el ceño. No le gustaba nada que la victoria final dependiera de ella… Porque resultaba imprescindible que el oráculo supremo cayera. No podían quedar con vida ni el emperador, ni Saekish…, ni Leveann.

—Pero… —Ayla se llevó las manos al pecho, nerviosa, su garganta ahora seca. Tragó saliva—.

Yo… No sé si seré capaz de derrotar al oráculo supremo…

Jay se detuvo. Ayla también y lo miró, expectante. Jay puso las manos en los hombros de la chica y se inclinó hacia ella.

—Sé que podrás, Ayla —declaró con firmeza—. Todos confiamos en ti. Y no estarás tú sola. Estaremos también los demás para ayudarte.

El rostro de Ayla ardió ante la proximidad de Jay. Su corazón latió más deprisa y trató de controlar su respiración para que no se notara.

—¿Por qué te pones tan nerviosa siempre que me acerco? —inquirió Jay con una carcajada y retrocedió para darle espacio—. Espero que de verdad no sea porque te molesta…

—¡N-no! ¡No me molesta! —se apresuró a aclarar Ayla y bajó la vista, avergonzada, ante el chillido que brotó de su garganta.

Jay esbozó media sonrisa, divertido.

—Si tú lo dices…

Ayla apretó los puños y respiró hondo. No podía seguir así. Ya sabía que Jay no correspondía sus sentimientos, que estaba enamorado de Caedra, pero ella necesitaba liberarse de aquella presión. Quizás así sería capaz, al fin, de superarlo. Estaban los dos a solas y todavía tenían el resto del día juntos por delante.

Era el momento.

—Jay, yo… —empezó ella, con las mejillas rojas.

—¿Sí, Ayla? —la instó a continuar él al ver que se quedaba callada.

Ayla lo miró a los ojos, decidida.

—T-tengo que decirte una cosa.

Jay arqueó una ceja, intrigado.

—De acuerdo… ¿De qué se trata? —Esperaba que no fuera algo malo.

Ayla respiró hondo una vez más.

—Y-yo…

Pero fue interrumpida.

—¡Jay, Ayla, tenéis que…!

Valikia irrumpió en la escena, aterrizando junto a ellos. Jay y Ayla se echaron inconscientemente un paso hacia atrás, sorprendidos.

La zeafírea había callado al ver lo cerca que estaban y el rostro rojo de Ayla. La chica ahora tenía la vista clavada en la arena.

—Venía a decir que tenéis que venir a probar una cosa que ha cocinado Tarvo… —dijo Valikia y se llevó una mano al cuello, seguida de una risita nerviosa—. Pero no sé si he interrumpido algo…

—N-no, tranquila —logró responder Ayla, ocultando su decepción.

Jay ladeó la cabeza hacia ella, frunciendo el ceño.

—¿Qué era lo que me ibas a decir?

Ella se negaba a mirarlo, avergonzada. Y pensar que había estado tan cerca…

Pero quizás era mejor así.

—N-no era nada urgente. Te lo puedo decir en otro momento —murmuró.

***

Estaba atardeciendo. Valikia y Caedra se habían sentado en el borde de un acantilado para ver la puesta de sol.

Caedra esperaba pacientemente a que su amiga dijera algo. Valikia le había pedido hablar un momento a solas con ella y las dos habían dejado al resto del grupo sentados en torno a la hoguera que habían montado en la playa, conversando entre ellos. Alastair y Djaka también se habían marchado.

Valikia abrazaba sus rodillas y apoyaba la barbilla en ellas, con los ojos fijos en el horizonte. Caedra se había sentado con las piernas cruzadas, inclinada y jugueteando con sus anillos mientras esperaba.

Sopló una suave brisa marina que arrastró el olor a sal y les revolvió el pelo. Valikia respiró hondo.

—Cai…

Caedra ladeó la cabeza para mirarla, mostrando que la escuchaba. Valikia se armó de valor y continuó:

—Necesito saber si estás molesta conmigo…

—¿Molesta contigo? —repitió Caedra, extrañada—. No. ¿Por qué?

Valikia torció el gesto. Seguía observando el sol ponerse en el horizonte.

—Por lo de Denkuro… Y la situación con Loure… —Valikia partió un tallo que asomaba entre las rocas del acantilado y lo dobló, nerviosa—. Yo voy a poder recuperar a mi hermano después de todo, pero tú… —Calló, pues era obvio cómo continuaba y no quería decirlo. Loure estaba muerto, sin posibilidad alguna de traerlo de vuelta.

—Val, eso no es tu culpa —dijo Caedra con suavidad, poniendo una mano en la espalda de su amiga, que al fin giró la cabeza para mirarla—. Las circunstancias son diferentes. No tiene nada que ver una situación con otra. Loure no era… Loure, realmente. No había nada que hacer por él.

—¿Y no te molesta que yo sí pueda recuperar a mi hermano? —murmuró ella, con el miedo brillando en sus ojos.

No quería que nada perjudicara su amistad con Caedra, y menos después de haber revivido el trauma de la muerte de Uma.

—Claro que no, Val, ¿cómo iba a molestarme? —replicó Caedra. Pasó un brazo por los hombros de su compañera y Valikia se recostó en ella—. Con quien estoy cabreada es con Denkuro por hacerte pasar por esto. Jamás me enfadaría contigo. Precisamente porque sé lo mucho que quieres a tu hermano, voy a hacer todo lo que esté en mis manos para ayudarte a que Denkuro regrese a tu lado, te lo aseguro.

Valikia sonrió, más tranquila, y relajó los músculos.

—Gracias, Cai. Eres la mejor.

Caedra rio con suavidad.

—Qué más quisiera yo que serlo. Pero espero que te haya quedado claro que lo único que sentiré si Denkuro regresa contigo es alegría por ti.

—Espero que consigamos que regrese… —murmuró Valikia, bajando la vista.

—Estoy segura de que lo conseguiremos, Val —dijo Caedra y la envolvió con su ala derecha.

Las dos se quedaron en silencio, observando la puesta de sol.

***

Alastair y Djaka, mientras tanto, se encontraban en el otro extremo de la playa.

—Te noto mucho más alegre desde que estás con Caedra —comentó Djaka, observándolo, sentada en la arena—. Si bien he de admitir que no me esperaba lo de Jay.

Alastair, de pie junto a ella, cruzado de brazos, se limitó a mirarla con sus ojos de hielo.

Djaka resopló.

—Aunque mira que eso es difícil en ti. ¿Qué te cuesta hablar un poco más conmigo también?

Alastair suspiró con pesadez y se sentó a su lado. Levantó una rodilla y apoyó en ella el codo contemplando el crepúsculo. El sol se iba escondiendo en el mar mientras su reflejo pintaba el agua de naranja. El lento avance del ocaso hacía que su espíritu se sosegara.

—Djaka… —habló Alastair—. Ya no siento esa ira que acumulé durante mil años hacia ti.

Djaka giró la cabeza para mirarlo con las cejas arqueadas, no solo por lo que había dicho, sino también porque hubiera decidido contárselo. Se trataba de Alastair, al fin y al cabo. El hielo en persona. Una piedra se expresaría más que él.

—Es gracias a tu ayuda que pude traer a Caedra de vuelta y que ahora sea tan feliz con ella —prosiguió—. Tenías razón.

—Alastair, me estás asustando —dijo Djaka, solo medio en broma.

Alastair la miró de reojo.

—Me pides que hable más contigo, pero te sorprendes cuando lo hago.

—¡Porque lo pido ya por costumbre! —protestó ella, acalorada—. No esperaba que lo fueras a hacer de verdad. —Sacudió la cabeza y sonrió—. Pero… gracias por decírmelo.

—Mi prioridad siempre será Caedra, y mi corazón le pertenece a ella —aclaró él con frialdad —. Sin embargo, después de todo lo que nos has ayudado, y ahora que mi resentimiento hacia ti ha desaparecido…, creo que podríamos volver a ser amigos. Si lo deseas…

El rostro de Djaka se iluminó.

—Alastair, yo… —Por un momento no supo qué decir—. ¡Eso sería maravilloso! No hay nada que dese más que recuperar tu amistad.

Lo abrazó y notó que Alastair se quedaba rígido. Pero no la apartó, y eso fue suficiente para Djaka.

Se separó al cabo de unos segundos y sonrió.

—Gracias por darme otra oportunidad, Alastair.

Él arqueó una ceja.

—Solo como amigos.

—Solo como amigos —asintió ella.

Alastair clavó de nuevo su vista en la línea del horizonte. Ya solo se veía una fina franja del sol.

—Tu actitud es realmente más soportable después de estar una temporada entre los mortales —comentó él—. Fascinante.

Djaka se quedó con la boca abierta.

—Oye, ¿qué has querido decir con eso? —exclamó, aparentando indignación.

Pero en el fondo estaba demasiado contenta para molestarse. Poco le había faltado para saltar a su forma dragón y lanzarse a los cielos a aullar de la emoción.

También era cierto que había tenido tiempo para reflexionar esos meses, sobre todo el último, durante el que habían estado separados mientras ella viajaba al hogar de Luvann. Y, aunque todavía tardaría en estar preparada para amar con la misma intensidad de nuevo, era un primer paso.

***

La noche estaba bien entrada. Todos reían y conversaban en torno a la hoguera después de cenar, a excepción de Djaka, que nadie sabía dónde estaba, y Alastair, que se había marchado a su risco favorito.

Alastair estaba de pie, con su largo y liso pelo blanco ondeando por el viento. Observaba las estrellas con el ceño fruncido.

—¿Tanto te cuesta venir y socializar con nosotros? —ironizó una voz a su izquierda.

Giró la cabeza y vio a Jay acercándose. El fuego que habían encendido brillaba en la distancia.

—No es de mi agrado —contestó Alastair con sequedad.

Jay se situó a su lado, con las manos guardadas en los bolsillos de su chaqueta.

—Hay algo que me preocupa —admitió.

Alastair lo miró de reojo.

—Suéltalo, Jay.

Él suspiró con pesadez.

—Ahora parece que estamos progresando adecuadamente. Tenemos un plan que, si sale bien, nos permitirá enfrentarnos al emperador y, con un poco de suerte, derrotarlo. Pero lo que vimos tú y yo en el futuro…

—El futuro no está decidido —lo interrumpió Alastair con frialdad. Se ponía de mal humor solo de recordar cómo una Saekish mucho más poderosa que él lo había humillado…—. Lo que vimos puede haber cambiado.

Jay frunció el ceño.

—Sí, pero lo que me da miedo es que, mientras avanza nuestro plan, sin saberlo nosotros Saekish recupere su cuerpo y destruya todo. Si lo recupera antes de que lleguemos hasta ella, no habrá nada que podamos hacer para evitarlo a tiempo…

Y el mundo acabaría como el que habían visto, y vivido, en aquel futuro oscuro. Sumido en las

tinieblas, congelado para siempre en una destrucción eterna en la que reinaban Saekish y las sombras.

Alastair dibujó una mueca en su rostro.

—Es un riesgo que hay que correr. Si intentáramos localizar su cuerpo antes que ella para destruirlo, el enemigo podría seguirnos, encontrarlo… Y se lo habríamos servido en bandeja.

—Ya…

No había ningún plan que fuera infalible. Solo les quedaba actuar lo más rápido posible y cruzar los dedos para que el oráculo supremo no hubiera dado todavía con el lugar en el que Mhunn había ocultado el cuerpo sellado de la temible serpiente.

Hubo unos segundos de silencio, acompañados por el suave y relajante rumor de las olas entrando en la playa. Hasta que Jay habló de nuevo:

—Oye, Alastair… ¿Qué piensas hacer cuando todo esto acabe?

Alastair lo observó de reojo. Jay lo miraba, curioso.

—Lo que desee Caedra —contestó con sencillez.

Jay rio con suavidad.

—Debí haberlo imaginado.

—¿Por qué lo preguntas, Jay? —dijo Alastair, adivinando que había algo que preocupaba al chico.

—Pues… —Jay suspiró con tristeza—. No lo sé. Supongo que no me hago a la idea de tener que ser emperador y gobernar un imperio entero…

Su proyecto de vida mientras crecía había sido sencillo: iría a la universidad, se graduaría, encontraría trabajo y envejecería acompañado de la rutina. Pero esa idea de vida había quedado descartada años atrás.

—No tienes por qué ser el emperador si no lo deseas —señaló Alastair.

Jay arqueó las cejas.

—¿Qué dices? Vamos a convencer a toda esta gente para que luche por mí, para que yo suba al trono. Van a seguirme en la guerra contra el emperador… —Sacudió la cabeza y gruñó—. Dudo que aceptaran que luego yo me marchara. Habría problemas.

—Nunca dejará de sorprenderme lo estúpido que eres a veces, Jay —espetó Alastair sin cortarse.

Jay se quedó con la boca abierta ante el insulto.

—¡Oye! ¿A qué viene eso?

—Saca tus propias conclusiones.

—No, dímelo…

—Tienes una solución muy sencilla a tu alcance —dijo Alastair, si bien no estaba irritado. En vez de eso, las comisuras de sus labios amenazaban con curvarse hacia arriba—. ¿De verdad no te das cuenta?

Jay calló y frunció el ceño. Se llevó una mano a la barbilla, pensativo.

Escucharon el suave sonido de pasos en la arena. Caedra iba hacia ellos.

—¿De qué no te das cuenta, Jay? —inquirió la zeafírea, curiosa, al llegar a su lado.

Jay suspiró profundamente.

—Nada, Cai… Solo tenía algunas dudas sobre mi futuro.

—¿Sobre cuando seas emperador? —preguntó ella, y Jay asintió con la cabeza. Caedra sonrió —. No te preocupes, Jay. Estoy segura de que sabrás hacer lo correcto.

Jay arqueó las cejas. Se sintió un poco mejor al ver su sonrisa, y su corazón se aceleró.

—¿Tú… crees?

—Lo sé —afirmó ella. Señaló con su pulgar hacia atrás—. Por cierto, en la hoguera te echan de menos. Connor quiere enseñarte cómo salta por las ramas o algo así…

Jay esbozó una sonrisa pícara.

—Ya. Lo que quieres es que os deje a solas.

—¡Jay! —protestó ella. Su intención había sido acompañarlo de vuelta.

Él rio, indicando que no era lo que pensaba y que solo lo había dicho para provocarla.

—Sí, eso estaría bien —dijo, en cambio, Alastair, que había cruzado los brazos.

—Tampoco tienes que ser tan sincero… —masculló Jay.

Y fue su turno de sorprenderse al ver a Alastair esbozar media sonrisa.

—Era una broma, Jay.

Caedra soltó una carcajada.

—Jamás pensé que llegaría el día en el que tuvierais conversaciones así.

—Bueno, ha resultado que Alastair es un dragoncito menos agresivo de lo que parece con aquellos a los que quiere —dijo Jay, mirándolo con intención.

Él arqueó una ceja.

—Y tú eres un mortal solo un poco menos estúpido de lo que parece a simple vista.

Jay bufó, exasperado.

—Me reconfortan tus cumplidos, Alastair.

—Soy consciente.

—En fin… —Jay puso las manos en las caderas y sacudió la cabeza—. Sí que debería ir a ver qué quiere Connor. ¿Por qué no me esperáis aquí? No tardaré en volver.

—¿Seguro? —dijo Caedra con el ceño fruncido.

—Sí. Pero, repito, volveré enseguida, así que no os pongáis a hacer nada indecente, ¿de acuerdo? —dijo él, recuperando su sonrisa pícara—. No quiero sorpresas al regresar.

—¡Jay! —chilló Caedra, ahora con el rostro ardiendo.

Jay le guiñó un ojo y se dio la vuelta. El corazón de Caedra se aceleró. Y el chico se alejó a paso rápido por la playa, sintiendo la gélida mirada de Alastair taladrándole la espalda.

—Al fin algo de paz —celebró Alastair, aunque se mantuvo serio.

—Vamos, Alastair, no seas malo —lo regañó Caedra, abrazándose a él—. Admite que a ti

también te gusta estar con él.

—¿Es necesario que lo admita con palabras si ya es obvio con mis acciones?

Caedra rio. Se separó solo para que Alastair se girara hacia ella, la agarrara de la cintura e inclinara la cabeza para besarla. Ella se lo permitió con gusto, envolviéndolo con sus alas.

***

Al regresar a la hoguera, Jay vio a Valikia dormida con la cabeza apoyada en el hombro de Gavin. Y este, en un estado similar, reposaba la mejilla en la cabeza de la zeafírea.

Connor le estaba contando a Ayla cómo había aprendido a saltar las ramas. Tarvo usaba el costado de Connor como respaldo mientras deslizaba el grafito por una hoja en su cuaderno.

—¿Qué dibujas, Tarvo? —inquirió Jay, asomándose desde arriba.

Sonrió. Se trataba de Valikia y Gavin tal y como los veía ahora.

—He aprovechado en cuanto se han quedado dormidos —admitió Tarvo, sin apartar la vista del papel.

—Da miedo lo rápido que dibuja —comentó Connor, pausando su conversación con Ayla.

Tarvo soltó una pequeña carcajada.

—Tengo años de práctica, Connor.

Jay fue a sentarse junto a Ayla, que estaba pegada a la hoguera. Se quitó la chaqueta y se la echó por encima de los hombros. Ayla giró la cabeza para mirarlo, sonrojada.

—Gracias, Jay —murmuró, esbozando una pequeña sonrisa. La reconfortaba que Jay también estuviera pendiente de ella.

—Oye, Jay, conmigo nunca has sido tan caballeroso —protestó Connor, cruzándose de brazos. Se aseguró de no moverse mucho para no molestar a Tarvo en sus trazos.

—¿Seguro que quieres que sea yo el que sea caballeroso contigo? —bromeó Jay—. ¿No preferirías a otra persona?

Connor gruñó y apartó la mirada. La luz naranja de la hoguera en su rostro ocultó, en parte, su sonrojo.

Jay rio.

—Eso pensaba yo. —Se inclinó hacia delante—. Oye, Caedra decía que querías enseñarme cómo saltas las ramas.

—Ya mañana. Ahora, como comprenderás, estoy desempeñando una función muy importante: la de soporte para Tarvo —dijo Connor en tono dramático.

Tarvo puso los ojos en blanco.

—Eres mejor que el tronco de un árbol, si eso te sirve de algo.

—Me lo tomaré como un cumplido…

Ayla bostezó. Jay, que la observaba de reojo, sonrió al verlo.

—Creo que en nada te vas a quedar como esos dos —comentó, divertido, refiriéndose a Valikia y a Gavin.

—Sí… —murmuró ella, frotándose un ojo. Era ya bastante tarde—. Pero quiero ver el dibujo

terminado…

—En ese caso, esperaremos aquí —dijo Jay, mirándola con una sonrisa.

Siempre se había sentido responsable de ella. Cuando Ayla renunció al oráculo supremo, él se convirtió en su guía, ayudándola a descubrir y comprender el mundo de los sentimientos, las emociones y las relaciones entre las personas. Su inocencia y vulnerabilidad le produjeron una enorme ternura desde el primer momento. Poco a poco le fue cogiendo un gran cariño, hasta verla ahora como una hermana pequeña.

Extendió la mano y le revolvió el pelo a Ayla. Ella dio un respingo y Jay soltó una carcajada, enternecido. En ciertos aspectos también le recordaba a Lu-Min, la denu que había conocido en el terrible estadio de Titaia.

El fuego crepitaba con lentitud. Jay clavó los ojos en sus llamas, de movimientos hipnóticos. En cuanto Tarvo terminara el dibujo, regresaría con Alastair y Caedra.

Esos momentos de tranquilidad con sus amigos siempre le sentaban muy bien. Lo animaban a seguir adelante, para que algún día esos ratos fueran lo habitual, y no un simple descanso entre batallas y guerras.

Capítulo 37: Una nueva esperanza

Llegaron al atardecer a Antheria, donde dejaron a Gavin y a Valikia. Continuaron hasta el ancho río Anarehi, la frontera natural entre Anthius y Gaelar. Decidieron acampar allí, en la orilla de Anthius, para pasar la noche. Ya a la mañana siguiente cruzarían al otro lado y se dirigirían a Nefror, la pequeña aldea en la que tendría lugar la reunión.

Connor y Caedra se habían enzarzado en una competición para ver quién acertaba más veces en el centro del tronco de un árbol que habían convertido en su diana. Connor utilizaba cuchillos y Caedra empleaba su lanza.

—Espero que no estés usando tu control sobre el metal —dijo Connor, entrecerrando los ojos. Solo llevaban dos intentos cada uno, todos en el centro de la diana.

Caedra arqueó una ceja.

—No lo necesito para esto.

—Di que sí, Cai —la animó Jay—. Dale una paliza. Tienes que vengarme.

Connor lo miró, confuso.

—¿Vengarte? ¿Qué te he hecho?

Jay sonrió inocentemente.

—Ganar la tercera partida de bolos que echamos en la Tierra.

Connor estalló en carcajadas.

—Todavía te duele, ¿eh?

—Sí, así que Cai, haz el favor de patearle el culo.

—No prometo nada, Jay, pero lo intentaré —dijo Caedra y sonrió, divertida.

—Lo siento, Jay, Caedra, pero Connor os va a demostrar lo bien que lo he entrenado —habló Tarvo. Aunque se había sentado en una roca para dibujar, también estaba prestando atención al concurso.

Connor agachó la cabeza para ocultar su sonrojo. Jay se inclinó hacia Tarvo, dándole un codazo.

—¿Desde cuándo eres tú tan competitivo, Tarvo? —lo picó.

—Desde que mi alumno es el que participa —replicó Tarvo de buena gana.

—Así solo vas a conseguir que me ponga nervioso… —murmuró Connor tan bajo que solo Caedra, junto a él, lo escuchó. La zeafírea enarcó una ceja.

Alastair también observaba, pero en silencio. Él estaba de pie, con los brazos cruzados y la espalda apoyada en un árbol.

La competición concluyó no mucho después. Connor había ganado con nueve aciertos en el centro, frente a los siete de Caedra.

—¡Oh, venga ya, Cai! —se lamentó Jay, llevándose las manos a la cabeza—. ¿Cómo has

podido fallarme de esta manera? ¡Yo confiaba en ti!

Caedra puso los ojos en blanco.

—No seas dramático, Jay…

Tarvo, mientras tanto, aplaudió.

—Bien hecho, Connor —lo felicitó.

Connor sonrió, hinchando el pecho con orgullo. Fue a sentarse junto a Tarvo para observar su dibujo. Aparecían él y Caedra de espaldas, ella con la lanza, y él con un brazo alzado, listo para soltar el cuchillo.

—Tendrías que haber usado tu manejo del metal para ganarle, Cai —protestó Jay, yendo tras ella. La zeafírea se había agachado para lavarse las manos en el río.

—No hago trampas, Jay —replicó Caedra, aunque sonrió, divertida. Solo Jay le daría tanta importancia a cualquier competición con Connor, incluso si no participaba él.

—Nada que sea ganar a Connor es hacer trampas —sentenció Jay, con los brazos en jarras.

—¡Te he oído! —protestó Connor desde donde estaba.

Caedra se irguió y se sacudió las manos del agua. Fue junto a Connor y Tarvo.

—He de reconocer que has mejorado mucho, Connor —dijo, manteniendo la sonrisa—. Tenía muchas expectativas puestas en ti cuando empecé a entrenarte, pero jamás imaginé que llegarías tan lejos en tan poco tiempo.

Connor bajó la vista, sonrojado. Se llevó una mano a la cabeza.

—Bueno, ha sido también gracias a Tarvo…

La verdad era que a Connor le hacía mucha ilusión recibir aquel cumplido de Caedra. Al fin y al cabo, había sido con ella con quien había empezado a entrenar, y ella había sido su referente al principio.

Ahora, meses después, podrían luchar codo con codo.

***

La aldea de Nefror estaba situada al sur siguiendo el curso del río, donde este desembocaba en una inmensa cascada. El agua caía con una fuerza atronadora al lago del fondo, saturando la zona de humedad.

Apenas contaba con un puñado de casas distribuidas en círculos, hechas todas de piedra y barro, la mayoría con establos. Sus habitantes se dedicaban a la ganadería y cierto olor a estiércol flotaba en el ambiente.

Makus y Silvary ya los esperaban allí. Dedicaron el resto del día a reconocer los alrededores, que consistían en el bosque, un pequeño monte que se veía desde la aldea y el precipicio por el que caía la gran cascada.

Era en el monte donde tenían intención de reunirse dentro de tres días, a la luz de la luna. Makus y Silvary habían decidido que el mejor sitio sería en una parte donde la pared rocosa del monte era cóncava, hundiéndose y formando un semicírculo con los extremos. Tenía el suficiente espacio para que se reuniera una gran multitud de gente.

Dedicaron el siguiente día a acordar cuáles serían las posiciones. Jay se dirigiría a los

asistentes, con Connor y Alastair a su lado. Tarvo se encargaría de vigilar la entrada, pendiente de detectar con su rastreo sísmico si se acercaba alguien. Silvary estaría posicionado en el muro rocoso de la derecha, Caedra en el de la izquierda y Makus en el del centro, cubriendo desde las alturas las espaldas de Jay, Connor y Alastair.

También recorrieron el monte, memorizando todos sus caminos, recovecos peligrosos y posibles escapatorias.

El tercer día fue para planificar el discurso y la puesta en escena de Jay. Y el cuarto día pasaron el tiempo rastreando de nuevo la zona. Esa noche se llevaría a cabo la reunión.

Jay estaba nervioso. Le preocupaban muchas cosas: que no asistiera nadie o que fueran demasiado pocos, que asistieran demasiados y no supiera ganárselos a todos, que los atacaran los soldados del imperio y no supieran defenderse…

Estaba atardeciendo y se había sentado en el precipicio junto a la cascada, con los pies colgando del borde, sumido en sus pensamientos. La fuerza del agua al caer daba miedo, y su ruido era, a ratos, ensordecedor. Pero no dejaba de ser un bonito espectáculo.

Caedra aterrizó junto a él.

—Aquí estás —dijo, con los brazos en jarras—. ¡Te he buscado por toda la zona! He llegado a temer que te hubiera pasado algo…

Jay alzó la vista para mirarla.

—Lo siento, Cai. Solo necesito mentalizarme…

Ella se sentó a su lado, cruzando las piernas.

—¿Mentalizarte para qué? —inquirió, inclinándose hacia delante para girar la cabeza y mirarlo a la cara.

Jay suspiró profundamente. Clavó la vista en sus manos, que reposaban en su regazo.

—Para el discurso que tengo que dar. Nunca he hablado delante de tanta gente…

Las presentaciones que había tenido que realizar en el único año que había pasado en la universidad no contaban. Eso no era nada en comparación. El discurso que diera frente a esta multitud decidiría si luchaban junto a él contra el emperador. Era un momento clave. Podía ganarlo o perderlo todo. Y todo dependía de él.

—Puede que te cueste un poco empezar, porque estarás nervioso, pero no te preocupes. El resto fluirá con naturalidad, ya verás —le aseguró Caedra, sonriendo para animarlo.

—Espero no olvidarme de lo que tengo que decir y equivocarme…

—No lo harás. —Caedra puso una mano en su hombro—. Confía en ti. Confía en ti como lo hago yo. Sé que lo harás de maravilla y los convencerás a todos.

Jay esbozó una pequeña sonrisa y la miró. Se lo veía un tanto cansado.

—Gracias, Cai.

Ella, sin embargo, frunció el ceño al fijarse en las ojeras en su rostro.

—¿No has dormido bien hoy?

Él bajó la vista, con el estómago un tanto revuelto.

—Yo… Solo estoy preocupado. No quiero decepcionaros. Si no soy lo que esa gente espera…

Los necesitaban, sí o sí. Sin ellos, no podrían organizar la rebelión en Gaelar.

—Todo saldrá bien, Jay —dijo Caedra con suavidad y extendió su ala derecha, envolviéndolo con ella—. Ha sido un largo camino hasta aquí, en el que has demostrado que sabes ganarte a los demás, aunque tú no te des cuenta.

Jay cerró los ojos y sonrió. Le encantaba cuando la zeafírea hacía eso; siempre lo ayudaba a relajarse con la suavidad de sus plumas. Se recostó en ella y Caedra lo abrazó. Al chico se le escapó una pequeña carcajada cuando ella empezó a cubrir su cabeza con besos. Los nervios lo abandonaron poco a poco.

—Te creeré, Cai.

Ella sonrió y le dio un último beso en la frente. Jay sintió mariposas en el estómago.

—Así me gusta. Eres decidido, eres valiente, te preocupas por aquellos a los que quieres y sufres ante las injusticias. Eres fuerte. Y todos sabrán verlo.

Jay se apartó ligeramente para mirarla a los ojos. El corazón de Caedra se aceleró ante el cariño en su mirada.

—Si ahora soy así de fuerte, si ahora soy capaz de confiar en mis habilidades y luchar para proteger a aquellos a los que quiero, es gracias a ti —dijo él con suavidad. Acarició la mejilla de la zeafírea—. A que no te rendiste conmigo cuando me encontraste en la Tierra. A que estuviste dispuesta a ayudarme, a enseñarme. Siempre me has protegido, Cai. —Su expresión se endureció cuando sus dedos se deslizaron por la cicatriz en el rostro de Caedra—. Si yo he sido capaz de seguir adelante, de mantenerme en pie a pesar de las dificultades, es porque te tengo a mi lado.

—Jamás te abandonaría —declaró ella. Había dejado caer los párpados, relajada ante el cálido tacto de Jay.

Él esbozó una pequeña sonrisa. A Caedra no se le escapó su tinte de culpabilidad.

—Lo sé —dijo, con voz un tanto ahogada. Respiró hondo—. No hay nadie como tú, Cai. Intento demostrártelo siempre que puedo, pero no sé si, aun así, eres consciente de lo importante que eres para mí. —Acercó su rostro al de ella. Acarició sus labios con el pulgar y su voz descendió hasta un susurro para añadir—: De lo mucho que te quiero.

Las mejillas de Caedra habían adquirido un bonito tono rojo. Nunca se cansaría de escuchar a Jay cuando se expresaba de esa manera. Su corazón siempre latía a la velocidad de un corcel salvaje espoleado por su profunda alegría, y de sus dedos podrían haber saltado chispas por el agradable cosquilleo que los recorría.

—Lo soy. Y me siento muy afortunada por ello. Por haberte encontrado de nuevo y por tenerte en mi vida. Por poder compartirla ahora con el afín al fuego más impresionante de Gea —murmuró con una cálida sonrisa. Jay dejó escapar una carcajada—. Te quiero, Jay.

Y Jay la besó. Caedra cerró los ojos y contuvo un suspiro de felicidad al notar las llamas de sus labios acariciando los suyos. Siempre que Jay la besaba se olvidaba de todo lo que había a su alrededor; el atronador ruido de la cascada pasó a no ser más que una melodía lejana relegada a segundo plano. Todo lo que importaba en ese momento era Jay. Se centró en cómo acariciaba su rostro, cómo llevaba una mano a su cuello y la otra la enredaba en su enmarañado cabello blanco. Sus dedos presionaron en su cabeza y Caedra entreabrió la boca, pegando su cuerpo al del chico y envolviéndolo con sus alas.

Jay se habría pasado una eternidad así, besando a la zeafírea que amaba, saboreando cada rincón de ella. Nada deseaba más que llegara el día en el que estuvieran libres de toda obligación y pudieran dedicarse únicamente el uno al otro.

Caedra jadeaba cuando se separaron para respirar. La intensidad con la que Jay la besaba, expresando su amor por ella, siempre la dejaba sin aliento. Inclinó la cabeza, manteniendo los ojos cerrados y dejando que la brisa la envolviera. Jay la observó durante unos instantes, apartando los mechones blancos que insistían en cruzarse en el rostro de Caedra.

—Sé que piensas que tu cicatriz desmerece tu aspecto.

Caedra levantó ligeramente los párpados para observarlo mientras hablaba y plegó las alas. Jay la miraba con una suave sonrisa. Su largo cabello castaño ondeaba al ritmo del viento.

—Pero no es así. Lo único que puedo odiar de ella es cómo se produjo… —Las sombras danzaron por un instante en los ojos de Jay—. Para mí… —Calló para pensar sus palabras; al final, decidió expresarlo como lo sentía—: Para mí siempre serás la más bella, Cai. Solo quería que lo supieras. Sigues siendo igual de hermosa, con cicatriz o sin ella.

Caedra se había quedado con la boca abierta. Inconscientemente, tocó con los dedos la cicatriz.

Había aceptado mucho tiempo atrás que la tenía, que era parte de ella. Gracias a Hadriel se había atrevido a mostrarla y ahora la portaba con el orgullo de una batalla superada. Pero era cierto que ya no se sentía en absoluto atractiva. Era una de las razones por las que tenía esa inseguridad respecto a su cuerpo. Y sí, estaba convencida de que a Jay no le importaba que la tuviera, pero no habría imaginado que él pensara que era igual de hermosa con ella. Alastair también se lo había hecho saber. Quizás era hora de empezar a creerlo.

Parpadeó un par de veces. Su corazón latía con fuerza.

—Gracias —fue todo lo que dijo, pero era lo único que hacía falta. Sonrió, y Jay también, contagiado por su alegría.

Él atrapó su mano y la apartó de la cicatriz. La abrazó y Caedra iba a hacer lo mismo cuando Jay se echó hacia atrás, arrastrándola. Ahogó una exclamación. Habían acabado tumbados sobre la hierba.

—Tenemos que volver pronto —advirtió Caedra, sin ocultar la pena en su voz. Estaba anocheciendo.

—Soy consciente. Pero quédate solo un rato así, conmigo —le pidió Jay, llevando una mano a su cabeza—. Necesito tenerte un momento en mis brazos.

Y Caedra no pudo negarse. Se relajó y escondió el rostro entre el hombro y el cuello de Jay, presionando la frente contra su cálida piel. Bajó los párpados y respiró hondo, reconfortada por su familiar aroma a humo de hoguera.

Jay la estrechó en sus brazos y también cerró los ojos, dejando caer la cabeza en la hierba y espirando aire lentamente. Acarició el pelo de Caedra, deseando más que nunca tener la habilidad de parar el tiempo.

***

En la transición del cielo de naranja a morado, el lugar acordado en el monte de Nefror se fue llenando. Primero llegaron de uno en uno, o en pequeños grupos cautelosos. Después, muchas más personas se fueron uniendo. Tarvo y Silvary se encargaban de guiar a los asistentes mientras

los demás vigilaban.

Jay observaba desde un extremo de la pared de roca. Muchos no paraban de mirar a un lado y a otro, claramente recelosos. No descartaban la posibilidad que eso fuera una trampa; un rumor extendido por el propio emperador para purgar a los que se atrevieran a alzarse en su contra.

Las estrellas ya eran visibles. El lugar estaba abarrotado. Y Jay comprendió que la gente en Gaelar estaba realmente desesperada y se habían aferrado a lo primero que les ofrecía algo de esperanza. Estaban ahí todos los jóvenes que sus padres o abuelos habían logrado ocultar al emperador para que este no les arrebatara la vida con sus cosechas, o no se los llevara a morir en el campo de batalla. Había también muchos adultos, probablemente desertores del ejército. Vio a algún que otro combatiente más veterano, identificados por las cicatrices en la piel.

—No esperaba que vinieran tantos —comentó Jay por lo bajo. Caedra estaba todavía junto a él.

—Saben que si no hacen algo ahora es solo cuestión de tiempo que el emperador acabe con sus vidas —replicó ella con amargura—. Prefieren arriesgarse y luchar por algo que merezca la pena.

Jay suspiró profundamente. Pero enseguida endureció la expresión en su rostro.

—No los decepcionaré.

—Estoy segura de ello —lo animó Caedra, orgullosa al verlo con esa confianza en sí mismo. Le dedicó una sonrisa antes de extender las alas y alzar el vuelo. Se marchaba ya a su puesto de vigilancia.

Jay se encaminó hacia el fondo de aquella abertura en el monte. Trepó por la roca hasta subir a lo alto de la plataforma, desde donde contemplaría a todos, y ellos lo observarían y escucharían con claridad.

Connor se situó a su derecha. Alastair a su izquierda. Jay respiró hondo, sintiéndose como si tuviera un millar de hormigas pellizcándolo por todo el cuerpo. Pero debía hablar.

—¡Gente de Gaelar!

El barullo de las conversaciones se fue apagando poco a poco cuando Jay comenzó. Este esperó a que el silencio fuera completo antes de continuar, directo al grano:

—Estamos aquí hoy reunidos porque compartimos un enemigo común: el emperador de nuestro imperio. A pesar de que dice ser un dios, sus acciones distan mucho de parecerlo. —Jay desplazaba la mirada entre los asistentes. Todos lo escuchaban con atención. Jay oía más el latido de su propio corazón que las palabras que decía—. Solo se preocupa de sí mismo y nos obliga a dar nuestras vidas por él en sus guerras, las cuales no nos aportan nada. Él concentra toda la riqueza mientras los demás vivimos en la miseria. ¿Acaso un dios se comportaría así? —cuestionó, alzando la voz—. Un dios de la luz, la supuesta representación de Luvann entre nosotros, los mortales, alguien que tendría que ser compasivo y benevolente…

—¡El emperador no es ningún dios!

El atrevido grito de alguien en la audiencia fue seguido por un par de segundos de silencio confuso. Pero pronto hizo que los demás ganaran valentía y se animaran también:

—¡Ningún dios trataría así a su gente!

—¡Estamos hartos de vivir así!

Jay esperó a que las exclamaciones se fueran apagando antes de asentir con la cabeza.

—¡Claro que no es ningún dios! Es un humano más como cualquiera de nosotros. ¡Y puede ser derrotado! El poder lo ha corrompido y ha creído que puede hacer lo que quiera, porque el pueblo de Gaelar lo seguirá venerando como a un dios.

Habían optado por no mencionar nada de Saekish. No querían asustar a la gente revelándoles que tendrían que enfrentarse a una criatura milenaria, la misma dueña de las sombras. Si pensaban que el emperador tenía a su lado un ser imposible de derrotar, no lucharían.

—¡Es por esto que tenemos que detenerlo! —prosiguió—. ¡Es hora de demostrarle que no vamos a permitir que se comporte de esta manera! Tenemos que luchar por nosotros, por nuestras vidas, nuestras familias y nuestros derechos. Es hora de hacer que este imperio, que ha crecido tanto solo gracias a nosotros, cambie.

—¿Y qué hay de las sombras?

Jay notaba su corazón latir con fuerza. Sabía que esa pregunta aparecería tarde o temprano. Habría sido todo mucho más sencillo si hubiera sido Gavin el que diera el discurso… Él sí que tenía experiencia.

Jay calló durante unos instantes mientras recordaba cómo tenía que contestar.

—Las sombras acechan Gaelar, es cierto. Pero el emperador no es el único con el poder de someterlas. Sus hijos también tienen este poder. —Era hora de contar la verdad, aunque tuvieran que mezclarla con algunas mentiras para no mencionar a Saekish ni nada que asustara a los asistentes—. Su hijo mayor, el príncipe Kendrij, ya temía lo que iba a suceder con su padre. Es por esto que el emperador ordenó su muerte.

Hubo una exclamación colectiva por parte del público. Jay permitió esa pausa dramática antes de continuar:

—¡El príncipe Kendrij no fue asesinado por Omilia! Esta fue solo una excusa que el emperador utilizó para declararles la guerra. ¡Kendrij fue asesinado por su propio padre! ¡Por nuestro despiadado emperador!

Los murmullos estallaron entre la multitud. Hasta que al final alguien gritó:

—¿Cómo sabes tú eso?

Jay respiró hondo. Debía revelar su identidad. El momento que más temía de todos.

Trató de controlar el temblor en sus manos de lo nervioso que estaba. Apretó los puños. Se recordó que no estaba solo en aquel escenario de roca; tenía a Connor y a Alastair junto a él. La presencia gélida de Alastair lo reconfortó especialmente.

—El hermano pequeño de Kendrij, el príncipe Althalos, supuestamente murió en un incendio en el palacio apenas unos días después. Pero no fue así. Sobrevivió y se escondió de su padre, quien ha pasado todos estos años buscándolo para asesinarlo. —Dio un paso al frente e irguió la barbilla, ignorando la rabia que lo carcomió al pensar en ello—. Sé todo esto porque el príncipe Althalos… soy yo.

Su declaración dejó mudo al público por unos instantes.

—¡Pruébalo!

Al fin y al cabo, cualquiera podía decir que era el príncipe. Nadie sabía qué aspecto tenía. Jay, además, tenía ahora la tez morena, muy diferente a la piel clara protegida del sol que tenía de

niño.

Los ojos de Alastair brillaron sutilmente. Una nube de tétricas sombras descendió por las paredes rocosas.

Todos gritaron. Los que tenían poderes materializaron fuego, rayos, agua, rocas. El viento empezó a soplar con fuerza.

Pero Jay alzó los brazos. Las sombras se quedaron petrificadas.

Los asistentes se habían callado. Ahora se limitaban a observar con cautela, si bien con sus ataques preparados todavía, y listos para huir en cualquier momento.

—Soy el príncipe Althalos —declaró una vez más Jay con firmeza. Apretó los puños y los elevó, visibles para todos en el aire, y las sombras se desvanecieron sin dejar rastro—. Y os protegeré de las sombras. No temáis por ello.

Y el público estalló una vez más en exclamaciones.

—¡Es él!

—¡Realmente vive!

—¡El emperador nos ha engañado todo este tiempo!

Todos se tranquilizaron. El viento se calmó también.

Jay se aclaró la garganta. Bajó los brazos y el silencio reinó una vez más. El escepticismo que se reflejaba en los rostros de muchos al principio ya iba desapareciendo.

—Lo que habéis escuchado sobre el príncipe Gavin, mi hermano pequeño, también es cierto. Él, como el príncipe Kendrij y yo, se dio cuenta de las atrocidades cometidas por su padre y decidió que no iba a tomar parte en ellas. Por tanto, desertó, y ya lleva casi un año luchando con nosotros. —Respiró hondo y alzó la voz—. Gavin y yo combatimos juntos, ayudando a liderar la resistencia en Anthius. Con nuestra lucha y esfuerzo, Anthius fue liberada. ¡Es posible hacerle frente al emperador! ¡Es posible derrotar a sus tropas! Lo hemos hecho una vez y lo haremos otra vez más en Omilia, hacia donde mi hermano ya marcha para liberarla también.

Calló por unos instantes y observó los rostros de la gente. Todos, sin excepción, lo miraban con atención y, sobre todo, esperanza. Creían en sus palabras.

Y Alastair, a sus espaldas, lo contemplaba con el orgullo brillando en sus ojos, sin rastro de hielo en su mirada.

—Ahora os necesitamos a vosotros en Gaelar. ¡Es hora de luchar para recuperar nuestro hogar, para demostrarle al emperador que esta tierra es nuestra y no puede tratarnos como marionetas a su antojo! —Dio un paso hacia delante—. Somos cada día que pasa más fuertes y sabemos cómo vencerlo. No debemos temerlo, pues no es ningún dios. Tenemos el apoyo de Anthius y Ganthia. Juntos lo derrotaremos.

—¡Sí!

—¡Caerá!

Jay sonrió. Lo estaba consiguiendo.

Alzó el puño y lo envolvió en llamas azules.

—¡Luchad con nosotros para acabar con la tiranía del emperador! ¡Es el momento de devolver

la libertad al pueblo de Gaelar!

Jay contuvo un suspiro de alivio al escuchar la aclamación general, mezcla de emoción y apoyo del público. Todos habían alzado el puño también y lo vitoreaban, desgañitándose por él.

Era una sensación increíble. Toda esa gente se había visto persuadida por sus palabras, por la esperanza y fuerza que les había transmitido. Había sido capaz de ganárselos.

—¡Lucharemos! —gritaron.

—¡El emperador caerá!

—¡Somos fuertes!

Connor también sonreía.

—Bien hecho, Jay —dijo, sin necesidad de bajar la voz.

Alastair, sin embargo, había entornado los ojos.

Se escuchó una explosión en la distancia. Solo podía haber una razón para esto: los soldados imperiales se habían enterado de su reunión y los habían localizado. Pero no los habían sorprendido; eso había sonado en la lejanía a la derecha, por lo que Tarvo lo habría detectado y él y Silvary habrían ido a interceptarlos.

Se empezaron a escuchar los atronadores pasos pesados del ejército imperial. Todas las personas allí reunidas, los nuevos rebeldes, empezaron a mirarse entre sí, confusos.

Jay tenía que dirigirlos. Alzó de nuevo la voz:

—¡El emperador tratará de sofocar la rebelión! —Todos se giraron para observarlo de nuevo, rígidos—. Pero el fuego que ya se ha iniciado aquí no podrán apagarlo. ¡Demostrémosle por qué tiene que ser él el que nos tema a nosotros! ¡Que sea esta batalla la primera de muchas victorias!

Y los rebeldes gritaron, motivados. Empezaron a salir dispuestos a luchar.

Y Jay no iba a ser menos. Alastair se transformó en dragón y alzó el vuelo con un rugido. Jay miró a Connor y este asintió.

Corrieron detrás de los rebeldes para unirse a ellos y liderarlos.

***

Los atacaban por todas partes, pues habían tratado de rodearlos, pero estaban preparados.

Makus dirigía a los que se enfrentaban a los soldados que descendían por el monte. Silvary tenía cubierto el flanco derecho. Tarvo se ocupaba de repeler a los que venían desde la aldea, al sur, con la ayuda de Connor. Y Jay contenía a los de la izquierda.

Jay estaba preocupado por Caedra, pues era la que tenía que haberse encargado de ese lado, pero había desaparecido casi al principio del combate persiguiendo algo que no había alcanzado a ver. Alastair se había marchado también, Jay esperaba que tras Caedra. Les habría venido muy bien la ayuda del dragón, pero Jay no se iba a quejar de que su prioridad fuera la zeafírea. Él mismo combatiría más tranquilo sabiendo que Alastair había ido a buscarla, ya que no podía abandonar a los rebeldes que ahora luchaban a su lado.

Eran bastantes soldados imperiales. El emperador, efectivamente, quería asfixiar la rebelión antes de que esta comenzara siquiera. Sin embargo, eso no sería suficiente para detenerlos.

Tarvo y Connor se las estaban apañando bastante bien. Pero Tarvo tuvo un mal presentimiento

al ver que una fina capa de lluvia empezaba a caer en el monte. Aunque no era igual que la tormenta en Ganthia, no era natural…

Al cabo de un rato notaron cómo los rebeldes de la derecha comenzaban a replegarse hacia ellos. También había más soldados imperiales a los que enfrentarse. Fuera lo que fuera que había atacado por ese lado, los estaba venciendo. A Tarvo le preocupaba no ver a Silvary por ninguna parte, pues era el encargado de esa zona.

La lluvia se intensificó. Tarvo maldijo para sus adentros.

—¿Qué está pasando? —exclamó Connor, que también iba teniendo sus sospechas, tras lanzar una ráfaga de aire a unos soldados que se acercaban a ellos.

—¡Cuánto tiempo sin vernos!

Ridre, el aquitón al servicio del oráculo supremo, brotó de un charco de agua tras ellos. Tarvo y Connor se giraron al instante, pero este ya se había desvanecido de nuevo antes de ser atravesado por las rocas y los cuchillos.

—Menudo recibimiento —protestó Ridre, reapareciendo a su izquierda. Lo atacaron de nuevo. Él simplemente saltó impulsado por el agua en sus pies para esquivarlo—. Con lo impaciente que estaba por enfrentarme a vosotros de nuevo. Veo que el sentimiento no es mutuo.

Connor movió los brazos y disparó una fuerte ráfaga de aire. Ridre la evadió desplazándose con rapidez, pero los soldados imperiales a sus espaldas salieron disparados. Los rebeldes no desaprovecharon la oportunidad de abalanzarse sobre ellos antes de que pudieran levantarse.

Tarvo cruzó la espada detrás de su espalda justo a tiempo para frenar el tridente de Ridre. El aquitón arqueó las cejas y rio.

—¿Ves por qué estaba tan impaciente? ¡Es increíble luchar contra alguien con tales reflejos!

Tarvo no estaba dispuesto a conversar con su enemigo. Se giró deslizando la hoja metálica. Ridre se disolvió en agua y reapareció de nuevo detrás de él. Pero Connor ya estaba preparado y esta vez sí consiguió golpearlo de lleno con su viento huracanado.

Ridre desapareció antes de estrellarse contra las rocas. Connor ya se había dado la vuelta y lanzó unos cuchillos. Ridre tuvo que cruzar los brazos delante de su rostro para protegerse.

El aquitón gruñó y se arrancó el metal de la piel. Clavó en ellos sus ojos negros.

—Bien, creo que ya hemos jugado lo suficiente.

Concentró parte de la lluvia en una inmensa bola de agua que disparó contra ellos. Connor y Tarvo saltaron en direcciones diferentes para esquivarlo.

Connor gritó al ser arrastrado por una ola de agua nada más aterrizar. Ridre ya se abalanzaba sobre él, listo para clavarle su tridente.

Tarvo se situó delante de Connor y frenó el arma de su enemigo con su espada. El choque metálico resonó y Tarvo gruñó. Ridre tenía bastante fuerza.

Connor no perdió tiempo en ponerse de pie. Saltó por encima de Tarvo y lanzó tres cuchillos acelerados por una corriente de aire. Ridre recibió varios cortes al tratar de esquivarlos.

El aquitón se deslizó por el agua que ya se había acumulado en el suelo y los rodeó. Congeló las agujas de la lluvia y las transformó en afilados témpanos que cayeron sobre ellos. Tarvo levantó un muro de piedra inclinado bajo el que se protegieron.

Pero no pudieron evitar la siguiente ola de agua de Ridre. El aquitón rio mientras iba hacia ellos.

—¡Da igual que seáis dos contra mí! Acabaréis igual que vuestro amiguito.

Tarvo apretó los dientes al frenar una vez más su tridente con la espada. Su corazón se encogió.

—¿A qué te refieres? —preguntó Connor, también consternado.

—Ese ex Shak'ti que controlaba el viento —contestó Ridre con sencillez. Esquivó los proyectiles rocosos de Tarvo y saltó a la derecha—. Una pena, también fue un combate bastante divertido. Pero no tuvo nada que hacer contra mí. No tardé en atravesarlo con mi tridente. ¡Tendríais que haber visto su cara!

Tarvo había palidecido y Connor se quedó rígido.

—¿Silvary ha…? —balbuceó Connor, parpadeando repetidamente no solo para evitar que el agua de la lluvia le entrara en los ojos.

—¡No le hagas caso! —exclamó Tarvo, reaccionando. Estampó el pie en el suelo y una losa de piedra brotó junto a Connor, protegiéndolo de los carámbanos de hielo que se clavaron en ella—. Solo intenta distraernos.

Ridre reapareció unos metros más lejos. Echó la cabeza hacia atrás y rio con sorna.

—Qué tierno es ver cómo tratáis de convenceros de que miento para seguir adelante. Pero en el fondo sois conscientes de que digo la verdad.

Por algo habían notado de repente que los rebeldes se replegaban y los soldados enemigos avanzaban. Si Silvary había caído…

Connor gritó de la rabia e invocó una poderosa ráfaga de aire. En su furia, no fue capaz de controlarla del todo. Ridre soltó una carcajada antes de disolverse. Apareció casi al instante detrás de él. Connor a duras penas logró moverse a la derecha, pero el tridente dejó tres feos cortes en su brazo.

—¡Connor!

Tarvo ya iba hacia él, con el corazón latiendo a mil por hora. Ridre lo estaba consiguiendo; los había desestabilizado. Tarvo se detuvo delante de Connor y lanzó varios proyectiles rocosos hacia Ridre, que los bloqueó con un muro de hielo. Este se rompió en pedazos y Ridre disparó los fragmentos contra ellos.

Tarvo lo imitó con un muro de piedra. Al ir a levantar los fragmentos de roca para contraatacar, sin embargo, se vio forzado a usarlos para frenar un rayo enemigo. Lo había enviado un soldado al que Connor rápidamente eliminó con un cuchillo en la frente.

Seguían estando en medio del campo de batalla y no podían olvidarse de lo que sucedía alrededor.

Tarvo apretó los dientes. Los rebeldes necesitaban ayuda. Tenían que deshacerse de Ridre cuanto antes.

Connor se había llevado una mano al brazo herido, el cual sangraba bastante. Apenas podía moverlo del dolor, y Ridre lo sabía.

El aquitón se deslizó a su izquierda. Connor era diestro, por lo que le costó lanzar sus cuchillos con el otro brazo. Ridre los esquivó sin problema.

Tarvo ya se estaba enfadando. Ese aquitón en la lluvia era muy peligroso. Había podido con Silvary y ahora estaba haciéndoles frente a ellos dos a la vez, causándoles serios problemas.

Estampó su pie en el suelo y una grieta se extendió hacia donde calculó que Ridre iba a aparecer.

El aquitón, sin embargo, saltó de inmediato en el aire, impulsado por el agua.

—¿Otra vez con la misma estrategia? —se mofó, envolviéndose en una esfera de agua de la que salieron disparados chorros a presión.

Connor y Tarvo se desplazaron para esquivarlos. Escucharon el grito de algún rebelde que fue alcanzado. Las rocas en las que impactaron estallaron en mil pedazos.

Ridre aterrizó y deslizó el pie en el aire, mandando una onda de agua que se convirtió en afilado hielo justo al llegar a ellos. Tarvo y Connor saltaron por encima.

Tarvo escuchaba a Connor resollar y lo observó de reojo, preocupado. No iba a aguantar mucho más con esa herida; ya no era capaz de seguir el ritmo del combate.

Tenía que terminar deprisa.

Estampó los puños en la tierra y brotaron afiladas estacas. Estas siguieron a Ridre mientras el aquitón se deslizaba con rapidez por el agua, tratando de esquivarlas. Hasta que Tarvo, sin dejar de atosigarlo, levantó el brazo con su espada y la lanzó.

Ridre abrió los ojos como platos. A duras penas logró frenar y curvarse hacia atrás, pero el filo le abrió un buen corte en el abdomen. Y las estacas rocosas que lo perseguían le alcanzaron. Ridre logró disolverse en agua en el último momento. Evitó ser atravesado por cuestión de milímetros.

No lo vieron reaparecer. El aquitón había sido herido de gravedad y lo inteligente por su parte habría sido retirarse.

La lluvia fue disminuyendo en intensidad. Pero la batalla estaba lejos de concluir.

—¡Busca refugio! —le indicó Tarvo a Connor, alzando la voz para que lo escuchara por encima del fragor de combate.

Este apretó los dientes, pero asintió. Por mucho que hubiera querido seguir con él, en su estado no sería capaz de ayudarlo en nada.

Tarvo cubrió su retirada y encaró a los enemigos. Los rebeldes resistían. Sin embargo, los soldados imperiales los superaban en número.

Era hora de apoyarlos, al fin, ahora que la principal amenaza en esa zona había sido eliminada del campo de batalla.

Capítulo 38: La ira del engaño

Jay gruñó cuando empezó a llover. ¿Acaso estaría allí aquel molesto aquitón que tantos problemas había causado en Ganthia? Esperaba que no.

—¡No os paréis! —gritó al ver que algunos rebeldes a su alrededor se detenían, confusos por la repentina lluvia.

Los soldados imperiales estaban mejor equipados, con armamento y armadura, pero Jay no estaba dispuesto a dejar que los derrotaran. Descargó una tormenta de llamas blancas sobre los primeros que avanzaron hacia ellos. Los hombres gritaron, cayendo de rodillas al suelo. Lucharon, en vano, por librarse de aquel fuego infernal mientras el metal de la armadura se derretía sobre su piel.

Los rebeldes miraron a Jay, perplejos. Y Jay pasó por delante, preparando su próximo ataque en forma de carámbanos de hielo.

—¡A por ellos! —ordenó.

—¡Seguid al príncipe Althalos! —gritó uno de los rebeldes, yendo tras él.

Uno a uno, todos lo imitaron, impresionados por el ímpetu y el valor mostrados por Jay. Verlo en acción había aumentado su confianza.

Jay logró derribar a unos cuantos soldados más antes de fijarse en las raíces que empezaban a brotar de las rocas. Apretó los dientes. Solo había una denu que pudiera estar en las filas enemigas. Tenía que eliminarla de inmediato para inclinar la balanza a su favor.

La buscó con la mirada. Tuvo que agacharse para esquivar la espada de un enemigo. Lo atravesó con la suya, forzándose a ignorar el grito de agonía.

«Son tus enemigos —se dijo una y otra vez. Solo así podría continuar con la seguridad de que no estaba perdiendo el control—. Si no los matas tú, ellos no dudarán en matarte a ti».

Al fin, vio a Su-Nev saltando entre las rocas, moviendo los brazos. Las raíces se enrollaban en los tobillos de los rebeldes y los lanzaban por los aires. Los que no morían por la caída eran rápidamente alcanzados por sus enemigos.

Jay se disolvió en sombras y apareció justo delante de ella, en un saliente en la pared rocosa. La obligó a frenar. Jay sintió un pinchazo en el corazón al ver aquella mirada vacía.

«Su-Nev, lo siento», pensó, como cada vez que tenía que enfrentarse a ella. Al menos, el oráculo supremo ya no poseía más plumas para hacer esa atrocidad con nadie más.

Disparó una bola de fuego azul que resistió al agua de la lluvia debido a la cercanía de su enemiga. Su-Nev saltó con una voltereta hacia atrás. Las rocas junto a Jay salieron volando hacia él.

Jay se desplazó envuelto en brumas a las espaldas de la denu. Le habría clavado unos cuantos carámbanos de hielo de no ser por un muro de raíces que brotó con rapidez de las rocas.

Su-Nev descendió por la pared del monte y Jay la siguió. Trató de alcanzarla con varias esferas

de fuego blanco, ignorando el ardor en sus dedos. La denu las esquivaba todas; se movía con demasiada agilidad.

Su-Nev giró en el aire a la vez que movía el brazo. Varias piedras siguieron su trayectoria y la envolvieron. Al encarar a Jay, Su-Nev las lanzó todas, con sus picos bien afilados.

Jay saltó hacia arriba, impulsado con el fuego en sus pies. Mandó una onda de sombras contra la denu que la golpeó en el pecho, tirándola hacia atrás.

Ella, sin embargo, logró evitar la caída al mover una de sus raíces. Se enrolló en su cintura y la lanzó a la derecha.

Su-Nev aterrizó y levantó un muro de piedra para frenar los carámbanos. Lo destruyó y mandó los fragmentos hacia él. Jay empuñó su espada y desapareció.

Deslizó la hoja metálica en el aire. Su-Nev ya se había movido.

Jay gruñó, jadeando por el esfuerzo. Era una gran desventaja combatir bajo la lluvia. Le irritaba que su segundo combate contra ella también fuera en esas condiciones. Tenía que gastar más energía.

Por mucho que no quisiera, debía matarla. Era demasiado peligrosa. Al menos, la estaba entreteniendo para que no atacara a los rebeldes, con quienes acabaría con rapidez. Pero eso significaba que él tampoco podía ayudarlos, y los soldados imperiales estaban ganando terreno al estar mejor preparados.

Tenía que darse prisa.

Su-Nev descendió sobre él, rodeada de afiladas hojas que había arrancado de los árboles. Rotó y las envió en su dirección. Jay se envolvió en un escudo de fuego que las desintegró todas al contacto. Subió la temperatura de las llamas hasta volverlas de color blanco y movió los brazos, dirigiendo la tormenta hacia la denu.

Su-Nev no emitió grito alguno al ser alcanzada en el brazo. Con rostro inexpresivo, se cubrió de barro y ahogó el fuego. Al quitarlo, se vio cómo la piel afectada había quedado derretida por completo, sangrando. Le había dejado inutilizado el brazo izquierdo, por lo que ahora estaba en desventaja.

«No muestra dolor. No es Su-Nev. Es como un zombi», se recordó.

Jay ya corría hacia ella. Estaba cansado, pero consiguió envolverse en sombras y acortar la distancia para aparecer en un abrir y cerrar de ojos justo delante de la denu. Deslizó la espada envuelta en llamas.

Su-Nev se cubrió de nuevo de barro y lo endureció. Frenó la estocada con su otro brazo y la armadura improvisada. Pero poco pudo hacer cuando Jay rotó detrás de ella. Solo logró saltar hacia delante, no sin antes recibir un profundo corte en su espalda.

La denu temblaba al incorporarse por el esfuerzo al que estaba sometiendo su cuerpo, aunque su rostro seguía careciendo de expresión. Alzó los brazos y varias raíces envolvieron a Jay, cerrándose a su alrededor.

El chico las cortó todas con su espada envuelta en llamas.

—¡No vas a escapar esta vez! —exclamó al ver que la denu había dado media vuelta y ya saltaba entre los salientes rocosos, huyendo.

Disparó varias bolas de fuego. A esa distancia, Su-Nev no fue alcanzada por ninguna. La denu siguió alejándose.

Jay escuchó los gritos de los rebeldes. Resistían, pero ya empezaban a retroceder.

Apretó los dientes. Tenía que ayudarlos.

Su-Nev había escapado de nuevo.

Jay descendió sobre sus enemigos con una nueva lluvia de fuego, esta vez azul aprovechando que la lluvia estaba desapareciendo. Los rebeldes lo vitorearon al ver cómo hacía retroceder a las tropas enemigas.

—¡Adelante! —los animó Jay—. ¡No podrán con nosotros!

La adrenalina corría por sus venas. Se desplazaba de un enemigo a otro, cortando con su espada. Pararse a pensar en medio de las batallas no era una opción. Si quería guiar a esas personas, a su gente, hacia un futuro mejor, tendría que aceptar los daños colaterales. Esos soldados servían al emperador, y, por tanto, debían caer.

Era la única posibilidad que tenían de ganar la guerra.

Solo esperaba que Hadriel aprobara lo que estaba haciendo…

***

Caedra había frenado con su lanza un rayo de Denkuro poco después de la primera explosión.

No había esperado verlo allí. La visión de Djaka lo había mostrado en la batalla de Kieur, para la que todavía faltaba bastante. Pero era posible que apareciera antes, al fin y al cabo. Y el futuro nunca era seguro.

Maldijo para sus adentros. Valikia había querido estar presente cuando atacara su hermano, pero el destino era caprichoso.

Tendría que ser ella quien tratara de convencer a Denkuro.

Veía a los soldados imperiales acercarse con rapidez. Repelió a Denkuro con una ráfaga de aire y batió las alas, mandando un viento huracanado contra sus enemigos. Varios salieron despedidos hacia atrás.

Los rebeldes ya iban a enfrentarse a ellos. Caedra divisó a Jay liderándolos. Habían reaccionado rápido, y se alegró. Tendría que felicitar más tarde a Jay por su increíble discurso. Aunque ella no había tenido ninguna duda de su éxito.

Caedra tuvo que moverse para esquivar otro rayo. Frunció el ceño cuando empezó a llover, recordando el combate contra Loure. El último que habían tenido antes de que ella se viera obligada a matarlo…

Valikia no podía pasar por lo mismo que ella. Tenía que llevar a su hermano de vuelta.

—¡Denkuro, espera! —exclamó, yendo tras él cuando este se desplazó a otro lado, probablemente para soltar una descarga eléctrica sobre los rebeldes.

Caedra lo persiguió, atosigándolo con varias dagas de metal. Denkuro las esquivaba todas, pero Caedra poco a poco lo alejaba de la batalla. Volaron por encima del monte hasta que se desviaron hacia el río Anarehi.

Denkuro se giró hacia ella, ya con una flecha preparada. Caedra se lo había imaginado, sin

embargo, y viró en el aire para esquivarla.

—¡Tenemos que hablar sobre algo importante! —dijo Caedra.

Denkuro se acercó a ella con su espada. La zeafírea frenó la estocada con la lanza.

—Yo no tengo nada que hablar contigo —ladró Denkuro.

Se movieron por el aire, sobre el agua, intercambiando golpes con sus armas.

—¡Es sobre Uma!

Denkuro gruñó al escuchar ese nombre. Se echó hacia atrás y disparó un rayo. Caedra lo desvió con su lanza, interponiéndola delante de su rostro.

Apretó los dientes al ver que, tal y como era de esperar, Denkuro no estaba dispuesto a conversar. Pero ella no podía atacar con libertad. Ahora tenían la posibilidad de atraer al hermano de Valikia de vuelta a su bando. Matarlo ya no era una opción, lo cual complicaba el combate para ella.

—Sabemos quién la asesinó —insistió Caedra, alzando la voz. Esquivó otro rayo—. ¡Fue el oráculo supremo!

—¿Acaso esperas que te crea? —replicó Denkuro con agresividad, retrocediendo. Tensó la cuerda de su arco.

Caedra se movió para esquivar la flecha. Se había dado cuenta de que la punta metálica de la saeta era de umbrano, el único metal que ella no podía controlar, por lo que no era capaz de frenarlas. Era la razón por la que ahora Denkuro no envolvía sus flechas en electricidad; el umbrano la anularía.

Su espada, sin embargo, sí era de acero. El umbrano era demasiado endeble para ser utilizado con efectividad en armas. Cuando Denkuro se acercó de nuevo a ella, Caedra tomó el control de la espada y se la arrancó de las manos, dejando que cayera al río.

Denkuro se alejó de nuevo. Caedra fue tras él. Se acercaban a la cascada; ya se escuchaba el ruido atronador del agua cayendo al fondo.

La lluvia también había aumentado en intensidad. Caedra ahogó una exclamación al echarse hacia atrás en el último momento. Un rayo descendió del cielo delante de ella e impactó en una de las rocas que asomaban en la superficie del río. Estalló en mil pedazos.

La situación se iba pareciendo a la que habían vivido en Ganthia. Su corazón latió con fuerza. ¿Qué podía hacer para convencer a Denkuro? No había estado preparada. Había estado tan segura de que Valikia estaría con ella cuando llegara el momento… Ella sí que habría sabido hablar con su hermano.

—¡Si me das la oportunidad, te llevaré con Alastair y él te lo mostrará! —suplicó. Parpadeaba con insistencia ante las molestas agujas de agua que la acribillaban—. ¡Tenemos pruebas!

—Hablas demasiado para tu costumbre, Caedra —espetó Denkuro, de mal humor.

Denkuro disparó otra flecha. Caedra gruñó cuando le rozó el brazo. No tenía ganas de revivir la experiencia de ser alcanzada por una.

Batió las alas e invocó un viento huracanado. Denkuro ya se estaba desplazando. Los árboles que fueron alcanzados perdieron la mayoría de sus ramas y hojas.

—¡No quiero atacarte!

Pero él la ignoró. Caedra tensó la mandíbula. Desenganchó el abanico en su cinto y lo abrió. Se giró a la vez que lo deslizaba por el aire.

Denkuro esquivó las afiladas ráfagas. Caedra buscaba desestabilizarlo; si lograba inmovilizarlo en el suelo sería más sencillo hablar con él.

La zeafírea captó movimiento por el rabillo del ojo. Alastair volaba hacia ellos. Contuvo un suspiro de alivio.

Denkuro también se percató de esto. Invocó un rayo del cielo, pero el dragón lo esquivó. Alastair disparó un rayo de hielo. Los extremos de las alas de Denkuro fueron alcanzados, entorpeciéndolo.

Denkuro, sin embargo, no se detuvo y voló hacia Alastair. Disparó una flecha que Alastair no iba a poder eludir a esa distancia.

El dragón se giró. La saeta se clavó en su hombro, pero comparada con su tamaño no era más que una aguja. Alastair se preparó para golpear a Denkuro con sus garras ahora que había cometido el error de acercarse tanto solo para alcanzarlo. Había algo extraño en aquella estrategia del zeafíreo, temeraria en apariencia…

Y Alastair notó que le ardía la sangre, paralizándolo al instante. Rugió y se precipitó contra el suelo.

—¡Alastair! —gritó Caedra al verlo caer, aterrada.

Afortunadamente, él logró frenarse antes de llegar al precipicio. Se envolvió en un brillo blanco y regresó a su forma humana. El umbrano había interferido con su habilidad de permanecer como dragón.

Alastair se arrodilló y se llevó la mano al hombro, de donde brotaba la sangre. Apretó los dientes. Debía arrancar la flecha como fuera, pero si lo hacía sin precaución se arriesgaba a que quedara un trozo de umbrano dentro de la herida. Y ahora mismo no podía usar ninguno de sus poderes.

No había esperado esa estrategia por parte de su enemigo.

Caedra desvió con su viento la siguiente flecha antes de que esta alcanzara a Alastair. El combate se complicaba por momentos.

—¡Denkuro, para! —le pidió, desesperada—. ¡Por favor! ¡Danos la oportunidad de explicarte las cosas!

Denkuro arqueó una ceja, incrédulo. Él todo lo que veía era a sus contrincantes en una situación desfavorable, intentando engañarlo para distraerlo y clavarle un puñal por la espalda.

Caedra se acercó. Y él la obligó a alejarse para evitar ser atravesada por una flecha.

—Suficiente —bramó Denkuro, con el ceño fruncido.

Caedra apretó los dientes, manteniendo la distancia. Era demasiado complicado sin poder atacar con libertad; estaban muy limitados.

—¡Denkuro, por favor…! —Calló y abrió los ojos como platos al escuchar el familiar chasquido del rayo.

Descendió en picado y embistió a Alastair. Los dos rodaron por el borde del precipicio. El rayo creó un boquete junto al río que pronto se llenó de agua.

Caedra jadeó, apartándose de encima de Alastair, que gruñó por el dolor. Él justo había logrado arrancarse la flecha y se había llevado de nuevo la mano al hombro, congelando la herida para que dejara de salir la sangre.

—Alastair, ¿estás bie…? —Caedra no logró terminar su pregunta. Alastair la abrazó y desaparecieron en un cúmulo de sombras. La flecha se clavó en la hierba donde habían estado.

Reaparecieron unos metros más a la derecha. Caedra reaccionó enseguida, ya muy irritada. Por mucho que quisiera contenerse, el fuego protector se había encendido en su interior ante los repetidos intentos de Denkuro de atacar a Alastair.

—¡Ya basta! —gritó con la furia de una tormenta. ¡Estaban intentando ayudarlo!

Voló hacia Denkuro y lanzó el abanico. Rozó sus brazos y partió por la mitad su arco. Ya no podría disparar más flechas. Y la zeafírea, sin detenerse, movió el abanico y lo clavó en las alas de su contrincante, con el objetivo de inmovilizarlo.

Denkuro no había esperado aquella repentina agresividad. Se vio obligado a aterrizar en el suelo, resollando. Alastair apareció justo delante de él. Denkuro, ahogando una exclamación, hizo caer un rayo. Alastair saltó hacia atrás y Denkuro también.

Alastair avanzó hacia él de nuevo. Denkuro trató de retroceder mientras cargaba su siguiente rayo, hasta que chocó con la lanza que había clavado Caedra justo a sus espaldas. Denkuro se quedó rígido.

—Se acabó —espetó Alastair con frialdad. Lo agarró del cuello y le impidió moverse.

Lo miró a los ojos. Necesitaba contacto visual para proyectar lo que habían visto gracias a Djaka en su mente. Tuvo algo de dificultad, pues todavía quedaban residuos del umbrano en su sangre que interferían con sus habilidades, pero lo consiguió.

Caedra se mantenía en el aire, atenta por si se acercaba alguien más. Se permitió relajarse un poco al ver a Denkuro inmóvil mientras presenciaba lo sucedido en el pasado. Le quitó el abanico que seguía incrustado en sus alas y lo invocó hacia ella, cerrándolo y enganchándolo en el cinto.

Se había desesperado buscando la manera de detenerlo para mostrarle las pruebas. Se había temido lo peor cuando Alastair había sido alcanzado por la flecha de umbrano. Denkuro al final iba a obligarlos a tomar medidas drásticas para proteger sus propias vidas…

Afortunadamente, entre ella y Alastair lo habían conseguido y no habría que recurrir a esos métodos. Solo quedaba esperar.

La lluvia también iba perdiendo intensidad. Con un poco de suerte, sus compañeros estarían ganando la batalla. Caedra trató de ver algo en la distancia, pero lo único que se escuchaba era el griterío del combate.

Alastair se apartó al concluir su propósito de mostrar lo descubierto en aquel recuerdo. Observó a Denkuro, receloso.

El zeafíreo había clavado los ojos en el suelo, asimilando lo que había visto. Su corazón latía a mil por hora tras haber presenciado de nuevo la muerte de Uma. El dolor volvía a estar fresco en su mente…

No. Lo que le habían mostrado no podía ser cierto.

—Uma era afín a la luz —dijo Alastair, con su característica frialdad—. Por eso el oráculo supremo la mató.

Uma nunca le había contado nada de eso. Nada de que tenía el poder de la luz… Había pasado mucho tiempo con ella. Se habría dado cuenta…

Era imposible. Él no se dejaría engañar; se negaba a creer que existiera la más remota posibilidad de que hubiera estado trabajando durante años para el que había orquestado el asesinato de Uma. El oráculo supremo le había prometido revelarle la identidad del responsable de su muerte… No podía ser el culpable.

Nada de lo que había visto era real. No había manera de que el oráculo supremo hubiera estado allí, en ese preciso momento, en otro continente, observando cómo atacaban a Uma sin hacer nada.

Denkuro tensó la mandíbula y endureció la mirada. Apretó el puño.

—¡Pretendéis engañarme! —bramó, furioso. Y, rojo de ira, se giró hacia la presencia que más daño le hacía: la zeafírea que tanto se parecía en aspecto a su querida Uma; a aquella que estaba viva, mientras Uma no, y había tratado de engañarlo jugando con sus sentimientos.

Caedra, desprevenida, gritó al ser golpeada en la espalda por un rayo que cayó del cielo. Se precipitó contra el río.

Alastair abrió los ojos como platos.

—¡Caedra!

El terror se apoderó de su corazón. Se olvidó por completo de Denkuro y se lanzó tras ella.

La zeafírea se hundió en el agua, con los músculos entumecidos por la descarga. Se golpeó en las rocas y fue arrastrada por la corriente sin piedad. Por más que intentó nadar, sus piernas se negaron a cooperar. ¿Cómo había podido descuidarse de esa manera?

Todo a su alrededor comenzaba a ser un torbellino de manchas, se quedaba sin aire… Y, de repente, caía de nuevo, con un pitido en sus oídos que se mezclaba con el atronador rugido de la catarata.

Alastair saltó por el precipicio sin dudarlo al ver a Caedra cayendo por la cascada. Se envolvió en un cúmulo de sombras…

A duras penas logró atraparla en sus brazos justo antes de llegar al fondo. Se dio la vuelta para llevarse el golpe del choque contra el agua y los dos se sumergieron en el lago con un violento impacto.

Se le cortó la respiración y tardó unos segundos en reaccionar. Giró la cabeza. Caedra se hundía junto a él, con un hilo de sangre disolviéndose en el agua desde sus labios. La agarró y tiró de ella, impulsándose hacia la superficie.

Lo primero que percibió, cuando pudo respirar de nuevo, fue a Denkuro descendiendo sobre ellos. Su mano estaba envuelta en electricidad.

Alastair apretó a Caedra contra él y se desvanecieron. El lago entero fue golpeado por el rayo.

Reaparecieron caídos en la orilla. Caedra tosió, indicando que había recuperado la consciencia. Sentía un intenso dolor en el costado izquierdo y apenas pudo sentarse.

Alastair no quería apartarse de su lado, preocupado por la sangre que resbalaba por las

comisuras de sus labios. Pero Denkuro ya iba de nuevo hacia ellos. Tenía que protegerla.

Alastair gruñó. La furia lo desbordaba, haciendo que la temperatura descendiera de golpe, y le temblaron las manos de la rabia. Clavó en Denkuro sus ojos de hielo.

Había intentado matar a Caedra, aun después de haberle mostrado la verdad. Eso no se lo iba a perdonar. La situación ya era demasiado peligrosa para la zeafírea. Se había arriesgado lo suficiente. Y tampoco olvidaba que Denkuro era el que había estado a punto de matarla en el ataque a Ganthia. Prueba de ello era la inmensa cicatriz que permanecía en su torso.

—Alastair… —trató de llamarlo Caedra, adivinando lo que iba a hacer, pero solo acabó tosiendo de nuevo.

Alastair se levantó. Alzó el brazo y un escudo de hielo frenó el rayo enviado por su enemigo. Desapareció en un cúmulo de sombras.

Se materializó detrás de Denkuro en el aire, que trató de girar la cabeza al detectar el movimiento. Alastair disparó un rayo de hielo. Denkuro soltó una exclamación al ser golpeado entre las alas y se precipitó contra el duro suelo.

Alastair aterrizó a su lado. Clavó la rodilla en su espalda, impidiéndole incorporarse. Envolvió en hielo su mano y lo afiló hasta convertirlo en garras.

«No, no, no», pensó Caedra al ver lo que estaba a punto de suceder. ¡Era el hermano de Valikia! Tenía que salvarlo…

—¡Alastair, detente!

Caedra había intentado incorporarse para impedirle que lo hiciera. Alastair alzó la vista con brusquedad para mirarla. Pero la zeafírea se tambaleó, mareada, y se llevó una mano al costado. Alastair se materializó a su lado envuelto en sombras para atraparla en sus brazos antes de que cayera.

La dejó con suavidad en el suelo, apretando los dientes.

—No te muevas.

Caedra jadeaba, revuelta por dentro. No era capaz de enfocar bien… Apenas había escuchado lo que le había dicho Alastair. Pero no podía permitir que Denkuro muriera.

Alastair giró la cabeza con rapidez, alerta.

Denkuro no había desaprovechado la oportunidad de ponerse en pie. Estaba furioso, más enfadado que nunca en todos esos años que habían pasado desde la muerte de Uma. Seguía sufriendo por ello. No sabía qué clase de poderes mentales tenía Alastair, pero no iba a dejar que lo engañara. Y no iba a perdonarles que hubieran intentado aprovecharse de sus sentimientos por Uma para atacarlo.

—¡Seréis miserables!

Disparó un rayo contra ellos.

Alastair se puso delante de Caedra y gruñó de dolor al recibir la descarga.

—¡Alastair! —exclamó ella, tratando de extender una mano hacia él, con el corazón a mil por hora.

Se sentía fatal. Era su culpa que hubiera sido alcanzado. Pero iba a matar al hermano de Valikia y ella debía evitarlo…

La temperatura siguió descendiendo y se formó escarcha en las hojas de los árboles. Los ojos de hielo de Alastair habían cobrado un brillo asesino y su pupila no era más que una fina rendija.

Caedra tuvo un escalofrío. Tiritaba y, de haber tenido fuerzas, se habría abrazado a sí misma.

—¡Alastair, no! —logró gritar. De sus labios salieron despedidas nubes de vaho blanco.

—Estabas muerto desde el momento en el que atacaste a Caedra —siseó él, mirando a Denkuro con tal desprecio que este se quedó congelado. Su voz baja era engañosa; una auténtica ventisca de ira se desataba en su interior.

Denkuro no tuvo tiempo de reaccionar. Alastair apareció delante de él en un abrir y cerrar de ojos. Denkuro gritó…

Y silencio.

Alastair le había clavado una estaca de hielo en el corazón.

—No volverás a hacer daño a Caedra —sentenció Alastair con la frialdad del invierno. Se apartó y Denkuro se desplomó, muerto. Alastair lo observó con desdén.

Caedra no quería creer lo que estaba viendo. Todas sus plumas estaban crispadas. Se le revolvió el estómago.

—No… —murmuró, notando que los ojos se le llenaban de lágrimas—. No…

Valikia no se lo iba a perdonar nunca. No habían sido capaces de salvar a su hermano; no habían sabido convencerlo. Y ahora estaba muerto. Valikia lo había perdido para siempre, justo después de recuperar la esperanza de que regresara a su lado. Caedra le había asegurado que Denkuro volvería…

El oráculo supremo había arruinado dos vidas más. ¿Por qué siempre acababa saliéndose con la suya?

Alastair ya estaba de nuevo junto a ella, recogiéndola del suelo en sus brazos.

—Alastair, ¿qué has hecho…? —balbuceó la zeafírea, temblando.

—No se habría detenido hasta matarnos —replicó Alastair, implacable.

Solo se sentía mal por el dolor que le había causado a Caedra. Pero su prioridad había sido defenderla. Le había dado la oportunidad a Denkuro de pensar y rectificar. Pero él se había dejado cegar por la ira.

Y ya no se iba a arriesgar más. Si había accedido a aquello desde el principio era solo por Caedra, porque sabía lo mucho que significaba para ella su amiga Valikia. Una vez Caedra había corrido serio peligro, él había alcanzado su límite.

—Hemos hecho lo que hemos podido, Caedra.

Era la verdad, al fin y al cabo.

Ella no dijo nada. Hundió el rostro en su pecho y rompió a llorar. En el fondo sabía que Alastair tenía razón… Pero dudaba que Valikia fuera a verlo de la misma forma.

Alastair la observó, consternado.

—Caedra, ¿estás bien? —quiso saber, muy serio.

Era consciente de que emocionalmente estaba muy afectada. Pero le preocupaba también su estado físico.

Ella asintió con la cabeza. Se abrazó a él; necesitaba refugiarse de la dura realidad.

—Solo me duele un poco el costado… —murmuró entre sollozos.

Alastair frunció el ceño. Limpió con la mano la sangre que había caído de los labios de Caedra. No vio más, pero seguía sin estar convencido.

Bajó la mano a su costado y presionó con suavidad. Caedra se tensó, pero logró contener la queja.

—Puede que tengas alguna costilla rota —dijo él y torció el gesto. No tenían allí a Ayla para curarla.

—Estoy bien, no te preocupes —insistió ella—. Puedo soportarlo.

Lo que no sabía cómo iba a soportar era la desolación y la furia de Valikia, que caerían sobre ella sin piedad. Iba a odiarla. En esos momentos le daba igual cualquier herida que pudiera tener.

Sentía que había fracasado. Que no había hecho lo suficiente. Quizás si hubiera dicho algo diferente…

Alastair la observó durante unos segundos, en silencio, y la sostuvo en sus brazos, acariciando su pelo mientras Caedra se iba calmando poco a poco. Sabía que a la zeafírea le gustaba cuando hacía eso y necesitaba reconfortarla de alguna forma.

—Tenemos que volver con los demás… —dijo Caedra, frunciendo el ceño.

No estaba lista para regresar a la realidad. Sin embargo, estaba preocupada por Jay y sus compañeros. La lluvia ya había parado por completo y no escuchaba gritos en la distancia, pero no sabía lo que esto significaba. Solo se quedaría tranquila una vez comprobaran que todo estaba bien.

Alastair la ayudó a ponerse en pie, dejando que se recostara en él como apoyo y manteniendo una mano en su cintura. Caedra miró el cuerpo de Denkuro y contuvo un sollozo.

—No es justo —murmuró, inclinando la cabeza. Se sentía derrotada.

—La vida en Gea rara vez lo es —dijo Alastair con frialdad.

No se arrepentía de lo que había hecho. Había quedado claro que Denkuro los habría matado a ellos de habérselo permitido. Entendía, sin embargo, que a Caedra le afectara lo sucedido. Necesitaría un tiempo para aceptarlo.

Al destino le gustaba ser cruel…

Alastair lo sabía por experiencia.

Capítulo 39: La esperanza y el dolor

La noche estaba avanzada. El cielo se había despejado de nuevo, mostrando las estrellas en todo su esplendor.

Habían repelido a los soldados del emperador. Los pocos que habían logrado sobrevivir se habían marchado corriendo. Desgraciadamente, había algunos rebeldes entre los cadáveres que cubrían la roca del monte, pero la inmensa mayoría eran de sus enemigos.

Jay estaba todavía asimilando lo sucedido. Con su discurso, había convencido a todas las personas que acudieron a la reunión de que se unieran a ellos. Tal y como temían, las fuerzas del imperio habían atacado. Sin embargo, habían logrado que retrocedieran; habían ganado la batalla.

La primera de muchas en Gaelar. Era un buen comienzo.

Los rebeldes estaban agrupados en la base del monte, a la espera de que les dijeran qué hacer. Jay había ido primero a comprobar que todos sus compañeros estaban bien.

Aunque no había conocido tanto a Silvary, le había afectado enterarse de su muerte. Tarvo y Makus se mantenían serios, estoicos, pero Jay conocía a Tarvo y veía reflejada en su mirada una inmensa tristeza. Sabía que lloraría más tarde. Connor, en cambio, no ocultaba sus lágrimas.

Había sido un profundo alivio para él comprobar que Caedra estaba bien, pero le había sentado como un jarro de agua fría la muerte de Denkuro. Lo tendría que hablar después con ella. Le había llamado la atención lo pálida que estaba la zeafírea, supuso que por el cansancio y la angustia de lo sucedido.

Primero, sin embargo, tenía que encargarse de los rebeldes.

Se movió entre ellos, escoltado por Tarvo y Makus. Jay se mantenía erguido, esforzándose en sonreír al recibir los cumplidos sobre lo bien que había luchado. En el fondo estaba nervioso. No estaba acostumbrado a tanta atención.

Se situaron al frente de todos. Jay dio un paso al frente y se aclaró la garganta.

—El emperador ha tratado de sofocar nuestra rebelión, como ha hecho con todas las que se han intentado a lo largo de estos años —habló, alto y claro para que lo escucharan bien—. Sin embargo, no ha podido con nosotros. ¡Por primera vez en la historia de Gaelar, un grupo de rebeldes ha repelido con éxito las fuerzas imperiales! Somos más fuertes que él. Y esto es solo el comienzo.

Hubo una ronda de exclamaciones de emoción. Jay sonrió antes de ponerse serio de nuevo.

—Algunos de nuestros compañeros han caído —dijo, y muchos inclinaron la cabeza en señal de respeto—. El responsable de esto es el emperador. No dejaremos que su sacrificio haya sido en vano. Aquí, hoy, se ha encendido la llama de la esperanza, de la revolución, que nos guiará hacia un nuevo futuro en el que no tengamos que temer constantemente por nuestras vidas…

—¡Somos más fuertes que el emperador! —gritó uno, y pronto todos lo corearon.

—Lo somos —asintió Jay con firmeza—. Y seguiremos demostrándoselo. Es hora de recuperar todo lo que nos pertenece. Es hora de devolver a nuestras familias sus tierras. Es hora de que los jóvenes vuelvan en paz a sus casas. Es hora de que la tiranía del emperador llegue a su fin. —Hizo una pausa de unos segundos para pasear su mirada por el público, mientras pensaba en qué decir a continuación—. Hoy hemos visto que es posible. Aunque el emperador trate de ocultarlo, pronto la noticia de nuestro triunfo se extenderá por toda la región y serán muchos los que vendrán a luchar a nuestro lado. ¡Gaelar será nuestra!

—¡Sí!

La exclamación de afirmación fue unánime y colectiva.

Jay respiró hondo. Solo le quedaba concluir con fuerza.

—¿Lucharéis conmigo? —preguntó, alzando la voz.

—¡Lucharemos!

—¡Seguiremos al príncipe Althalos!

—¡Por Gaelar!

Jay sonrió ante los vítores de los rebeldes. Le había preocupado no ser capaz de levantar los ánimos tras el combate, a pesar de la victoria, y había tenido que improvisar su discurso. Pero parecía que había funcionado.

Esperó a que el público se hubiera calmado un poco antes de continuar:

—Bien. Pues es hora de ponerse manos a la obra. Mis compañeros —señaló a Makus y a Tarvo, tras él— se encargarán de entrenaros y organizar las próximas acciones. Nos haremos fuertes, conseguiremos más recursos y seguiremos reclutando a todo aquel que desee unirse a nosotros. El emperador se arrepentirá de habernos subestimado todo este tiempo.

***

Los rebeldes se habían refugiado en la galería de túneles, bajo el monte de Nefror, que había ido preparando Tarvo esos días. Habían tenido que expandirla un poco, pues eran más de lo esperado.

Algunos estaban todavía fuera, enterrando a sus compañeros caídos. Tarvo, Makus y Connor permanecían en silencio junto a una roca. Era ahí donde habían dado sepultura al cuerpo de Silvary.

Connor lloraba en silencio. Era evidente que Makus y Tarvo estaban profundamente dolidos por la pérdida de Silvary, por lo que no entendía cómo eran capaces de contener tan bien sus emociones.

—Es el entrenamiento de un Shak’ti, chico —habló Makus al cabo de unos minutos, mirando a Connor, como si le hubiera leído la mente—. Nos hace ser así.

Tarvo había fruncido el ceño.

—Silvary siempre fue el más expresivo de nosotros.

Makus resopló.

—Sí, sobre todo para expresar lo aburrida que le parece… —Dibujó una mueca en su rostro y se corrigió—: Que le parecía… la vida.

—Y para llamarte viejo —añadió Tarvo.

—Y para llamarme viejo —asintió Makus. Su voz se partió un poco al final.

A Connor se le escapó una pequeña sonrisa.

—Silvary no habría querido que nos quedáramos lamentando su muerte —prosiguió Tarvo. Endureció la mirada—. Si estamos aquí, es porque decidimos luchar contra el emperador, por todo lo que nos ha hecho. Y no va a conseguir vencernos con esto.

—Hemos perdido a Rajah y a Silvary, pero esto solo nos empuja a seguir adelante con más convicción —afirmó Makus. Se llevó una mano al pecho y apretó el puño, con los ojos clavados en la roca—. Silvary, tu sacrificio no será en vano. Te vengaremos. Derej, el emperador…, caerá.

A Tarvo a veces se le olvidaba que Makus había tenido trato directo con el emperador, pues había sido el líder de los Shak'ti. Él nunca había llegado a tener una audiencia privada con él. Su hermano mayor, Rajah, solo había tenido una… antes de ser asesinado.

Makus dio media vuelta y se marchó. Pero Connor alcanzó a ver que sus ojos, enmarcados por todas las cicatrices de su rostro, brillaban con lágrimas.

—Makus es así —habló Tarvo al cabo de unos segundos, cuando ya estaban solo ellos dos—. Llorará la pérdida de Silvary en solitario. Para luego darnos apoyo a nosotros si lo necesitamos.

Connor bajó la vista. Se llevó una mano al brazo herido, que había sido curado y vendado por Tarvo en cuanto había concluido la batalla.

—Sabía que la guerra es dura. Pero esto…

Notó los dedos de Tarvo en su hombro. Connor se frotó los ojos y giró la cabeza para mirarlo.

—Nada te prepara para la muerte de un ser querido. Y la primera siempre es la más difícil —dijo con suavidad.

Tarvo había perdido a sus padres y a su hermano. La única familia que le quedaba era la que había encontrado en los Shak'ti con Makus y Silvary. Y ahora Silvary también se había ido. Nunca dejaba de doler, eran cadenas con las que cargaría para siempre. Pero lo tenía más asumido.

Connor frunció el ceño.

—No tienes por qué intentar animarme. Sé que tú estarás sufriendo más que yo.

Al fin y al cabo, Tarvo había conocido a Silvary durante años.

Tarvo esbozó una sonrisa triste.

—Sí. Pero yo he crecido en este mundo. Y fui entrenado para ser un asesino. Estoy demasiado acostumbrado a reprimir mis emociones… Por algo la mejor forma de expresarme siempre ha sido dibujando.

Connor no dijo nada. Se quedó mirando la roca. No había llegado a ver el estado en el que estaba el cuerpo de Silvary, Tarvo se lo había impedido.

Era increíble lo rápido que pasaba el tiempo.

«Parece que fue ayer cuando lo conocí…», pensó, apretando los puños. Lo recordaba a la perfección picándole con si era el novio de Tarvo.

A pesar de ser un desconocido para él, Silvary lo había aceptado enseguida como uno más de

ellos. Se había esforzado en enseñarle muchas cosas en el poco tiempo que habían estado juntos.

Connor no había tenido la oportunidad de darle las gracias. Y ahora siempre se lamentaría por ello.

Captó movimiento por el rabillo del ojo. Tarvo se había arrodillado frente a la roca, con la cabeza inclinada.

Connor se agachó junto a él. Juntó las cejas al ver cómo caían las lágrimas de los ojos de Tarvo a la piedra. Lo abrazó, queriendo transmitirle su apoyo, y Tarvo no lo apartó.

Se quedaron en silencio.

***

Jay había salido a buscar a Caedra, pues no la encontraba en ninguna parte de los túneles. Tenía que hablar con ella. Necesitaba verla y, simplemente, estar a su lado.

La localizó en la orilla del río Anarehi, de espaldas a él, sentada junto al agua. Se acercó con lentitud.

—Hola, Cai —la saludó, inclinando la cabeza para mirarla—. ¿Dónde está Alastair?

Había supuesto que estarían juntos.

—Ha ido a enterrar el cuerpo de Denkuro… —murmuró la zeafírea, sin ánimo—. Yo no iba a ser capaz de hacerlo.

Había abrazado sus rodillas y tenía la barbilla apoyada en ellas. Observaba el agua del río, que en aquella parte fluía con calma, ajena a la violencia que se desataba en la cascada.

Jay se sentó junto a ella.

—Lo siento, Cai.

Ella lo miró con una sonrisa cargada de amargura.

—Yo sí que lo siento, Jay. No sé qué le voy a decir a Valikia…

—La verdad —dijo Jay con suavidad—. Hicisteis todo lo posible para convencerlo. No funcionó. Si no lo hubierais detenido, os habría matado. Valikia tendrá que entenderlo.

Caedra frunció el ceño.

—No es tan sencillo.

—Lo sé, pero no hay otra cosa que puedas decirle. La situación era complicada y él no os dio ninguna oportunidad.

Caedra se quedó en silencio. Jay suspiró con tristeza y la observó de reojo. Era difícil estar seguro con la pobre luz de la luna, pero le parecía que Caedra seguía un poco pálida…

No sabía qué podía hacer por ella. Pasó un brazo por sus hombros y la zeafírea se recostó en él, cerrando los ojos.

Estuvieron varios minutos así. El ambiente estaba lleno del olor a lluvia, presente en la tierra todavía húmeda.

Caedra se apartó y se llevó una mano a la frente. Permanecía con los ojos cerrados.

—Cai… —la llamó Jay, preocupado. No se le ocurría cómo animarla. Era un asunto delicado, y no había palabras que arreglaran lo sucedido.

Ella levantó ligeramente los párpados y ladeó la cabeza. Lo miraba con rostro cansado, y Jay sintió un pinchazo, angustiado.

—Hadriel habría estado muy orgulloso de ti, Jay —comentó Caedra y esbozó una pequeña sonrisa—. Ojalá te hubiera visto hoy.

El corazón de Jay se aceleró al escuchar esto, aunque experimentó una ligera presión en el pecho al acordarse de su padre. Lo echaba tanto de menos…

—¿Tú crees? —murmuró, esperanzado.

—Estoy segura —asintió ella.

Caedra cerró los ojos de nuevo. Seguía con la frente apoyada en la mano, pero ahora tenía el ceño fruncido. Y Jay empezaba a tener un mal presentimiento. Presentía que algo no marchaba bien, conocía a la zeafírea a la perfección.

—Cai, ¿estás bien? —preguntó Jay, muy preocupado. Puso una mano en su hombro.

—Sí… Es solo cansancio.

Pero la verdad era que se encontraba bastante revuelta por dentro. Le dolía el pecho. Le estaba costando respirar…

¿Realmente era solo la angustia por lo sucedido con Denkuro?

—Jay… —Caedra apretó los dientes. Se giró de cintura para arriba, dándole la espalda.

Jay frunció el ceño. ¿Por qué ocultaba su rostro de él?

Entornó los ojos al escuchar la respiración laboriosa de Caedra.

—Cai, dime qué te pasa —le rogó, muy serio.

—No lo sé… —No fue capaz de seguir hablando. Se dobló, tratando de tomar una bocanada de aire y se le escapó un lamento.

Apoyó una mano en la tierra y se llevó la otra al costado izquierdo. Jay se levantó para moverse y arrodillarse a su lado. La angustia se clavaba en su cuerpo como cuchillos afilados, pero debía intentar mantener la calma.

—Estoy aquí, Cai, tranquila —dijo, logrando a duras penas controlar el temblor de su voz a causa del miedo. ¿Qué le estaba sucediendo a la zeafírea? Puso una mano en su espalda—. ¿Cai? ¿Me oyes?

—Yo… —murmuró Caedra, jadeando. Le costaba distinguir sus palabras por encima del pitido que reinaba en su mente.

Jay se inclinó para observar su rostro. Abrió los ojos como platos y clavó los dedos en su piel.

—¡Cai! —gritó, alarmado. Le salía sangre de la nariz y también se deslizaba por las comisuras de sus labios. Las gotas rojas caían sobre la hierba del suelo.

El brazo que la zeafírea tenía apoyado en la tierra tembló. Estaba casi doblada. La respiración de Jay se aceleró, atenazado por los nervios, y llevó las manos a sus hombros, aferrándola con fuerza para asegurarse de que no se derrumbaba.

—Caedra, por favor, dime algo.

No entendía por qué de repente Caedra estaba así; no comprendía nada de lo que estaba sucediendo. La había visto pálida después de la batalla, pero se tenía en pie y ella le había

asegurado que estaba bien. Ahora se desmoronaba y él no sabía qué hacer para ayudarla, a punto de caer víctima del pánico y la desesperación…

Alastair reapareció en ese momento, envuelto en sombras, de pie junto a ellos.

—¿Qué ocurre? —preguntó, con voz gélida. Taladró a Jay con su mirada de hielo, como si él fuera el causante de que Caedra estuviera así.

—No sé qué le pasa a Cai, Alastair, y me está asustando. Tenemos que hacer algo —respondió Jay con rapidez, con un cúmulo de angustia y terror quemándolo por dentro. No apartaba la vista de Caedra y su corazón latía con tanta fuerza que temió que le explotara el pecho.

Alastair se agachó de inmediato junto a él. Jay se movió un poco para dejarle espacio, con la esperanza de que Alastair supiera qué hacer.

Caedra giró la cabeza.

—Alastair… —lo llamó con un hilo de voz. Veía todo borroso.

Él pasó un brazo por la cintura de la zeafírea. No tuvo que hacer apenas fuerza; ella se derrumbó al instante contra él. Le dio la vuelta para que ella lo mirara, manteniendo la mano ahora bajo su espalda. Jay se movió al otro lado para quedar frente a Alastair.

Alastair tiró del borde de la camisa de Caedra para levantarla, permitiéndole ver su costado izquierdo. Donde las plumas dejaban expuesta su piel se mostraba ahora una multitud de grandes moratones.

Alastair frunció el ceño y tensó la mandíbula. Jay abrió los ojos como platos, congelado.

—¿Qué…? —balbuceó Jay, revuelto por dentro y con un desagradable cosquilleo en las manos, golpeado por el pánico. No comprendía qué le estaba pasando a Caedra, pero intuía que eso no era nada bueno.

—Caedra, ¿por qué no me lo has dicho antes? —gruñó Alastair, clavando los dedos en la espalda de la zeafírea.

—No sabía… —trató de decir ella, angustiada al percibir su enfado, pero no fue capaz de hablar más. Le dolía el pecho con cada palabra que pronunciaba.

Alastair respiró hondo para calmarse. La zeafírea había notado su ira y se había alterado. Él solo se había enfadado a causa de su preocupación.

Caedra apoyó la frente en su pecho y apretó los ojos, jadeando.

—Jay, nos vamos de inmediato a Ganthia —declaró Alastair, sin dejar de mirar a Caedra. Trató de limpiar algo de la sangre en su nariz y labios—. No te doy más de un minuto si quieres avisar a tus compañeros.

—¿Qué…? —Jay sacudió la cabeza, ya poniéndose en pie. No podía permitir que la preocupación lo bloqueara. Endureció la mirada—. De acuerdo. Pero dime qué le está pasando, por favor.

—Sangrado interno —contestó Alastair en tono cortante—. Estamos a tiempo de hacer algo, pero hay que actuar deprisa.

Si se hubiera dado cuenta antes, igualmente habría llevado a Caedra a Ganthia para que Ayla la curara, pero no habría sido con la misma urgencia. Detectado pronto, al no ser muy grave, habría aguantado sin problema.

Pero ahora habían pasado unas cuantas horas. Al no ser atendida, Caedra había empeorado con rapidez. Si seguía perdiendo sangre, pronto correría serio peligro.

Jay ya se había ido corriendo. Caedra trató de girar la cabeza para mirarlo, inquieta al dejar de percibir la calidez del chico a su lado. Alastair sintió un pinchazo en el corazón al ver el dolor en sus ojos amarillos.

Por mucho que ella hubiera insistido en que estaba bien, él había sospechado que Caedra se había hecho más daño del que aparentaba en la caída al río. Pero no había imaginado que fuera hasta ese punto.

—¿Por qué me lo has ocultado? —dijo, acariciando con suavidad la zona del costado izquierdo de la zeafírea. La cubrió de escarcha. El frío ralentizaría la pérdida de sangre.

Ella tembló. Siguió mirándolo, incapaz de responder.

No era la primera vez que se rompía las costillas y sabía que dolía. Los huesos de los zeafíreos eran más frágiles. Había asociado el cansancio al combate y a la caída por la cascada tras recibir una descarga eléctrica. Y había estado demasiado distraída, atormentada por lo sucedido por Denkuro.

Solo había sospechado que podía haber algo más cuando Jay fue a hablar con ella. Empezaba a encontrarse muy mal.

Caedra movió los dedos. Alastair adivinó lo que quería y la cogió de la mano.

—Tranquila —le susurró Alastair—. Te pondrás bien.

Él se aseguraría de ello.

***

Alastair voló todo lo deprisa que pudo, sin detenerse. Ignoró el ardor en sus pulmones y el dolor en los músculos. Cuando el cielo ya se estaba aclarando y el sol empezaba a mostrarse por el horizonte, aterrizaron al fin en Ganthia. Alastair había entrado por la abertura del volcán para ir directo a la casa del maestro Shidan.

Jay bajó de un salto al suelo, con Caedra en sus brazos. Aunque Alastair le había asegurado que todavía había tiempo para que Ayla la curara, Jay no iba a arriesgarse, y salió corriendo. Alastair regresó a su forma humana y fue tras él.

«Siento que lo estés pasando así de mal, Cai», pensó Jay, angustiado, mirando brevemente el rostro pálido de Caedra antes de volver a centrar su atención en el camino.

Ella se había dormido, exhausta, y estaba fría. Jay había querido transmitirle su calor, pero Alastair le había advertido que no lo hiciera. Eso solo habría acelerado la pérdida de sangre.

Jay estaba enfurecido. Con Denkuro, con el destino, consigo mismo. Denkuro ya no sería una amenaza, pero el destino insistía en recordarles una y otra vez que iba a aprovechar cada oportunidad. Si no tuvieran a Ayla para curar a Caedra, la zeafírea seguiría perdiendo sangre sin remedio…

Desde lo sucedido en las montañas aquel fatídico día en el que Caedra, por acompañarlo en su misión suicida para rescatar a Ayla, había sido atacada por su hermano, Jay ya no era capaz de vivir tranquilo. Y sabía que a Alastair le pasaba lo mismo. Caedra había estado destinada a morir allí, atravesada por la lanza de Loure. Jay seguía torturándose a menudo con aquel pensamiento;

nunca había dejado de sentirse culpable. Al fin y al cabo, por mucho que Alastair hubiera logrado cambiar el pasado, el destino era obstinado. No solo Caedra había estado unos meses sin despertar, desesperando a Jay en el proceso, sino que además, ahora, la zeafírea vivía en constante riesgo, mayor al del resto de sus compañeros.

El río insistía en corregir su curso modificado. Y nunca dejaría de intentarlo…

Jay tenía cada día más miedo; era una espina clavada constantemente en el corazón. Pero no estaba dispuesto a rendirse. Daba igual las veces que el destino pretendiera arrebatarle a Caedra; él no iba a permitirlo. Ella era la persona más importante para él. Y era su culpa que hubiera acabado así.

No la iba a perder. Solo tenían que aguantar un poco más… Jay estaba seguro de que, una vez derrotaran al emperador y pudieran vivir tranquilos, Caedra al fin tendría su descanso. El destino no dispondría de tantas oportunidades para arrebatársela.

Hasta entonces, sin embargo, debía ser muy cuidadoso. Y, ahora mismo, Caedra estaba pasándolo muy mal. Todo porque ni él ni Alastair se habían dado cuenta antes…

Por muy pendientes que quisieran estar, no eran infalibles.

Irrumpió en la casa de Shidan. Estaban todos durmiendo todavía. Jay abrió la puerta de la habitación de Ayla sin llamar siquiera, con una patada. La chica, tumbada en la cama, se sentó de golpe con un chillido por el susto.

—¡Ayla, soy yo! —exclamó Jay para tranquilizarla. No iba a pagar su enfado con ella—. Necesitamos tu ayuda.

Se acercó a ella y dejó a Caedra con suavidad en el suelo. Ayla se incorporó de inmediato y se agachó junto a ella. Caedra había abierto ligeramente los ojos, pero se mantenía en silencio.

—¿Qué ha pasado? —inquirió Ayla mientras Jay levantaba la camisa de Caedra. Ayla se había despejado de golpe.

—Fracturas en las costillas. Hay sangrado interno —contestó Alastair, que se había quedado detrás de ellos, con los brazos cruzados.

Ayla tuvo un escalofrío al escuchar su gélida voz. Situó las manos en el costado izquierdo de la zeafírea y las envolvió en luz.

Caedra frunció el ceño y apretó los dientes. Era la primera vez que estaba consciente mientras Ayla la curaba de algo serio y no era una sensación precisamente agradable. Sintió varios pinchazos de dolor.

Jay la cogió de la mano. Ella entrelazó los dedos con los suyos y Jay apretó, ahora sí atreviéndose a transmitirle su calor. Estuvo con la espalda en tensión hasta que el brillo se apagó y Ayla dijo:

—Ya está. Solo tiene que descansar por la sangre que ha perdido, pero por lo demás…

—Gracias, Ayla —la interrumpió Jay, liberando un suspiro tembloroso. Se apartó los mechones que habían caído en su rostro; todo su pelo estaba revuelto por la carrera. Su corazón aún latía desbocado, negándose a calmarse. Por suerte, habían logrado llegar antes de que Caedra empeorara seriamente.

Alastair también se agachó junto a Caedra. La levantó en sus brazos y se puso de pie. Caedra

había cerrado los ojos, exhausta, y dejó caer la cabeza contra el hombro de Alastair.

—Gracias —dijo este, y a Ayla le sorprendió recibir agradecimiento también de su parte.

—N-no ha sido nada —murmuró, intimidada.

Jay se incorporó. Miró a Caedra y se alegró al comprobar que ya iba recuperando el color en su rostro. Le había dado un buen susto… Pero ya podía respirar tranquilo, si bien la angustia permanecía en forma de desagradables piedras en su estómago.

Alastair se fue con ella sin decir nada más. Jay supuso que la llevaría a su habitación para que pudiera descansar.

Era el único consuelo de Jay en la situación en la que se había visto envuelta Caedra por su culpa. Que, al menos, no estaba solo. Alastair también lo daría todo, hasta su propia vida, para mantener a Caedra a salvo.

Jay estiró los brazos y suspiró con alivio.

—Bueno, después de esta repentina aparición y ahora que ya está todo bien… —dijo, girándose hacia Ayla. Ella lo observaba, expectante, vestida únicamente con su ancho camisón blanco de dormir. Jay trató de sonreír, pero no lo consiguió—. ¿Qué te parece si desayunamos juntos?

Quería ver a Caedra, pero sabía que lo que más necesitaba la zeafírea ahora era descansar, y ya tendría a Alastair velando por ella. Tendría que aguantarse y esperar, por lo que aprovecharía para poner a Ayla al día.

***

Ayla se sentía mal por estar contenta. Sabía que Jay solo estaba ahí porque Caedra había sido herida. Pero no esperaba volver a verlo hasta, por lo menos, dentro de un mes. Y no podía contener su alegría al estar desayunando con él.

El chico no tenía buen aspecto. La cara y la ropa estaban cubiertas de tierra, la camisa rasgada, el pelo revuelto por el viento y unas profundas ojeras bajo los ojos. Al fin y al cabo, no había tenido tiempo de lavarse después de la batalla y no había dormido en toda la noche.

Pero a Ayla le daba igual. Para ella Jay siempre estaba radiante.

Estaban los dos solos en la mesa de la cocina. Alastair no había salido de la habitación de Caedra (Jay apostaba a que se había quedado dormido con ella), y el maestro Shidan solo había hecho una pequeña pausa para hablar con ellos antes de irse. Era cuando Jay había aprovechado para contarles tanto a él como a Ayla cómo había ido la reunión en Nefror.

—Me alegro de que haya ido bien el asunto con los rebeldes —comentó Ayla con una pequeña sonrisa.

—Y yo, naturalmente —dijo Jay. Se sirvió más pan y queso en su plato. Estaba hambriento.

Sin embargo, masticó y se puso serio.

—¿Qué pasa? —inquirió Ayla, preocupada. Ella ya había terminado de comer; estaba llena. Solo le quedaba beberse la taza de té todavía ardiendo que sostenía entre sus manos.

Jay suspiró pesadamente.

—Me cuesta estar feliz del todo sabiendo que hemos perdido a Silvary. Y luego está lo que ha pasado con Denkuro…

Tendría que hablar con Tarvo para ver cómo estaba cuando volvieran. Apenas había alcanzado a decirle que tenía que marcharse urgentemente y que lo dejaba a cargo de todo antes de irse corriendo.

Ayla frunció el ceño. Clavó la vista en el líquido marrón en su taza.

—Ya. Siento que no hayáis podido convencerlo.

Su antiguo maestro, el oráculo supremo, lo había manipulado hasta tal punto que Denkuro se había negado a creer algo distinto con tal de no tener que afrontar la cruel verdad. Era horrible, solo una muestra más de la macabra crueldad de Leveann.

Jay hundió los hombros.

—La que peor lo está pasando es Caedra. Se siente culpable. Pero yo entiendo que Alastair hizo lo que tenía que hacer en ese momento. —Tensó la mandíbula. Él lo habría incinerado de estar en su posición; tampoco habría perdonado una amenaza a la vida de Caedra—. Solo temo la reacción de Valikia.

Al fin y al cabo, no era precisamente conocida por tomarse el tiempo de razonar y pensar antes de actuar. Y el asunto de su hermano siempre había sido muy delicado para ella. Recibir la noticia de su muerte justo después de haber recuperado la esperanza de que volviera con ella sería un golpe muy duro.

—Las circunstancias eran las que eran —murmuró Ayla, mirándolo por debajo de las pestañas. Estaban sentados de frente—. Hicisteis lo que pudisteis.

—Lo sé… Pero explícaselo tú a Valikia —masculló Jay. Le dio un mordisco al pan y se quedó en silencio mientras masticaba.

Ayla aprovechó para darle un sorbo al té.

—A todo esto —prosiguió Jay al cabo de unos segundos—, ¿dónde está Djaka? Temía que te obligara a seguir entrenando incluso de noche y que fuera a encontrármela en tu habitación.

Ayla rio con suavidad y negó con la cabeza.

—No, tranquilo. Ella se estará despertando ahora. No creo que tarde en aparecer.

Lo cual era una pena. Quería estar todo el tiempo posible con Jay.

—Ah, bueno. ¿Y qué tal tu entrenamiento con ella esta semana?

—Bien. Sigo mejorando.

Cada vez tenía menos dificultades para invocar una visión tocando un objeto. Ya conseguía también que tuvieran una duración aceptable. Djaka le había dicho que estaba lista para traspasar eso al combate. Empezarían, al fin, a entrenar utilizando el poder del tiempo para predecir y anticiparse al movimiento que realizaría su enemigo.

—Sí, progresa adecuadamente —comentó una voz aterciopelada y femenina.

Djaka entró en la cocina. Ese día llevaba un vestido azul a juego con su pelo.

Ayla había dado un respingo al escucharla, pues no la había detectado. Estaba todavía con la espalda rígida y no había vertido el té de milagro.

Jay giró la cabeza para mirarla. Arqueó una ceja al ver que Djaka lo observaba muy detenidamente.

—Acabamos de volver, no he tenido todavía tiempo para arreglarme… —empezó a excusarse, por si era ese su problema.

—Eso me da igual, mortal —lo interrumpió ella, sacudiendo la mano—. ¿Cómo es que estáis aquí?

—Necesitábamos que Ayla curara a Caedra —explicó Jay, todavía receloso, pues Djaka no le quitaba el ojo de encima—. Supongo que nos iremos de nuevo en cuanto ella haya descansado.

Djaka asintió lentamente y se llevó el dedo índice a los labios. Sonrió maliciosamente y eso no tranquilizó mucho a Jay, que se sintió como una oveja observada por un volpir.

—Estaba pensando en que ha sido una suerte que estéis hoy aquí —dijo ella—. Me vas a venir de maravilla, mortal.

—¿Yo? —murmuró Jay, extrañado. ¿Desde cuándo Djaka se alegraba de verlo?

Ayla tampoco entendía cuál era la intención de Djaka. La mujer ensanchó su sonrisa.

—Hoy iba a empezar el entrenamiento de Ayla en el combate. Necesito a alguien que haga de oponente y que reciba los golpes, ya sabes…

Jay tuvo un escalofrío.

—¿De qué clase de golpes estamos hablando, exactamente? —inquirió con un hilo de voz.

—Los necesarios hasta que ella aprenda a predecir todo correctamente.

Jay gruñó, pero no se negó, resignado a ser un saco de boxeo. Encima no había dormido en toda la noche…

Capítulo 40: Hielo y fuego

Jay estaba de pie en el otro extremo del claro, recto, quieto, empuñando una de las espadas de madera de entrenamiento. Ayla lo observaba, intentando concentrarse. Djaka se encontraba cerca de Ayla, junto a los tallos de bambú.

Era temprano y los habitantes de la isla estaban empezando el día. Se escuchaba a los denu en la distancia moviéndose entre sus chozas.

—Tienes que ignorar todo lo demás que haya a tu alrededor —estaba explicando Djaka, mirando a Ayla—. El peligro de esta técnica al principio es que debes centrarte tanto en tu objetivo que quedas expuesta a todo lo demás. Pero, según lo vayas practicando, irás adquiriendo la capacidad de expandir tu visión a otros objetivos.

—Vale —dijo Ayla.

—Actúa como si quisieras invocar una visión al tocar un objeto, agudizando tus sentidos. Y céntrate a la vez en tu objetivo.

Ayla asintió con la cabeza. No había apartado la mirada de Jay en ningún momento. El chico esperaba pacientemente. A Ayla le hacía mucha ilusión que Jay la acompañara en el entrenamiento. Hacía que estuviera más motivada.

Tenía que demostrarle que no estaba perdiendo el tiempo allí. Iba a conseguir utilizar su poder sobre el tiempo para predecir sus movimientos. Había estado entrenando duro, casi sin descanso, durante semanas, meses, para conseguirlo.

—Bien, Jay —prosiguió Djaka, clavando sus ojos naranjas en el chico—. Ahora van tus indicaciones.

Jay la miró, intranquilo. Seguía sin saber muy bien qué iba a pasar.

—De acuerdo.

Ayla, mientras tanto, estaba concentrada en su tarea. Iba logrando escuchar la respiración de Jay con claridad a pesar de que él estaba a varios metros de distancia.

—Quiero que pienses en distintas formas en las que podrías atacar a Ayla. Necesito por lo menos tres —ordenó Djaka.

—Eso es fácil —dijo Jay y se encogió de hombros.

Solo necesitó un par de segundos para pensarlo. Y continuaron esperando.

Ayla frunció el ceño. Ya distinguía cada mota de suciedad en el pelo de Jay, cada corte en su piel morena, cada hilo deshecho en su camisa roja.

Sus ojos azules brillaron. Y, por fin, tres imágenes se proyectaron desde el cuerpo de Jay.

Era extraño. Estaba viendo a Jay tres veces, cuatro si incluía al real. Cada uno se desplazaba hacia ella de forma distinta, con movimientos un tanto distorsionados; eran como fantasmas. El primero se movía hacia la derecha corriendo con rapidez, girando en el último momento y envolviendo su espada en llamas. El segundo tomaba una curva opuesta, por la izquierda, hacía

una finta y al final se giraba para atacar su otro costado. Y el tercero iba recto, saltando para acortar la distancia y deslizando su espada en diagonal.

Jay arqueó las cejas al ver la luz en los ojos de Ayla y se dirigió a Djaka:

—¿Está teniendo una visión?

—No, te estoy viendo a ti ahora —respondió Ayla con una sonrisa, ilusionada. Lo estaba consiguiendo.

Djaka sonrió también.

—Efectivamente, mortal, Ayla está contemplando ahora las tres formas en las que estás pensando atacarla. Quiero que ahora te decidas por una y vayas a por ella. Sin contenerte.

—Pero… ¿Seguro? —dijo él, intranquilo—. ¿Y si le hago daño?

—Ella te esquivará, hazme caso —replicó Djaka, sacudiendo la mano—. Pero solo un ataque. Necesitaremos más tiempo de práctica para que pueda encadenar la predicción de varios movimientos uno tras otro.

Jay asintió con la cabeza. Miró a Ayla.

—¿Estás preparada?

—Cuando quieras —afirmó ella. Sus ojos no habían dejado de brillar en ningún momento. Seguía viendo repeticiones de las tres versiones de ataque de Jay.

Y, un instante antes de que Jay empezara a moverse, la del centro cobró algo más de nitidez, aunque era todavía translúcida, y las otras dos desaparecieron. Un segundo antes de que Jay llegara hasta ella, ella ya lo había observado saltar y deslizar la espada en diagonal. Se desplazó a su derecha y el filo del arma ni la rozó.

Jay se detuvo y giró la cabeza para mirarla, arqueando una ceja.

—¿Cómo has hecho eso? —inquirió, fascinado—. ¿En serio has podido ver lo que iba a hacer antes de que ocurriera?

El brillo en los ojos de Ayla al fin se apagó. Ella soltó una pequeña carcajada.

—Sí, ha sido curioso.

Jay se irguió y sonrió.

—Sabía que lo conseguirías.

Ayla agachó la cabeza para ocultar su sonrojo. Djaka puso los ojos en blanco.

—Bien hecho, Ayla —la felicitó—. Ahora que has conseguido manifestar tu poder de esa manera por primera vez, las siguientes ya será más sencillo. Continuemos practicando primero para que puedas encadenar la predicción de varios movimientos de una sola persona. Y dentro de unos días ya incorporaremos más objetivos.

Ayla asintió, decidida. Sin embargo, se dio la vuelta y observó a Jay con el ceño fruncido.

—Jay, ¿vas a poder aguantar? Todavía no has dormido nada… —murmuró, consternada.

—No te preocupes, Ayla, ya tendré tiempo de descansar esta noche —contestó él sin dudarlo —. Continuemos.

La verdad era que estaba agotado. Habían sido muchas cosas: prepararse para la reunión, el

discurso, liderar a los rebeldes en el combate contra los soldados imperiales… Y luego el susto que les había dado Caedra y las horas de vuelo hasta Ganthia. Demasiado esfuerzo y emociones seguidas.

Sin embargo, le hacía ilusión ayudar a Ayla y sentía curiosidad por verla entrenar una clase de poder tan fascinante como era el tiempo.

—Gracias —dijo ella, mirándolo por debajo de las pestañas con una tímida sonrisa.

Djaka arqueó una ceja. Tenía que admitir que no había esperado que aquel mortal aguantara; estaba segura de que enseguida utilizaría cualquier excusa para irse a dormir un poco. Al fin y al cabo, el cansancio se reflejaba en su rostro con la claridad del día.

«Los mortales son más interesantes de lo que yo creía».

Tendría que darle las gracias a Alastair por haberla ayudado a encontrar un nuevo pasatiempo… Era bastante entretenido y era, por fin, una nueva experiencia en su, a veces, monótona existencia milenaria.

***

Caedra frunció el ceño al despertar. Su mente estaba un tanto nublada y necesitó unos segundos para recordar lo último que había sucedido.

Escuchaba el rítmico latido de un corazón. Tenía la cabeza apoyada en el pecho de alguien y estaba abrazada a él. No fue difícil para ella adivinar de quién se trataba por la fría temperatura de los brazos que la rodeaban.

—Caedra. —La voz de Alastair la llamó con suavidad. Siempre sabía cuándo despertaba.

Ella abrió los ojos y, sin levantar la cabeza, la echó hacia atrás para mirar hacia arriba. Alastair la observaba.

—¿Cómo estás? —quiso saber él.

—Bien —respondió ella, todavía algo somnolienta.

—¿Seguro?

Caedra tuvo un escalofrío. Él no solía estar ya así de serio con ella.

—Sí… Seguro.

Contuvo un suspiro de alivio al ver a Alastair relajar su expresión.

Lo que decía era cierto. Ya no había ni rastro de aquella desagradable sensación.

Por la tenue luz naranja que se filtraba por la ventana de su habitación, Caedra dedujo que estaba atardeciendo. Se había pasado casi todo el día durmiendo. Y, aun así, todavía estaba cansada. Disimuló un bostezo.

Alastair esbozó una media sonrisa.

—Todavía tienes tiempo para seguir durmiendo —dijo él y Caedra se pegó más a su cuerpo—. No partiremos hasta mañana al amanecer.

—Bien. No son muchas las oportunidades que tengo de dormir contigo en una cama en condiciones —murmuró ella. Cerró los ojos—. Creo que lo primero que haremos cuando derrotemos al emperador será comprar una casa con una cama amplia y blandita.

Sonrió al escuchar la risa de Alastair. Era baja y grave, y siempre le encantaba oírla.

Sospechaba que ella y Jay eran los únicos que sabían cómo era.

—Si es lo que deseas… —Alastair apartó con suavidad unos mechones de pelo que habían caído en los ojos de Caedra—. ¿Qué hay, entonces, de lo de viajar a la Tierra y comer ese helado que tanto te gusta?

—Eso será después. Una vez hayamos pasado unas cuantas semanas descansando en nuestra nueva casa —contestó ella con sencillez—. Creo que después de tantos años luchando nos habremos ganado unas buenas vacaciones.

—Reconozco que no me opondría a una temporada de descanso libre de combates.

Alastair bajó la mano para dejarla en el hombro de Caedra. Ella sonrió.

—Oye, Alastair, ¿cómo es que estoy con mi camisón de dormir? —inquirió en tono juguetón —. ¿Quién te ha dado permiso para cambiarme la ropa?

—Siento haber asumido que no te importaría que te pusiera algo con lo que estuvieras mucho más cómoda…, después de haberte visto ya varias veces desnuda —replicó él, divertido.

Caedra soltó una pequeña carcajada. Le hacía muy feliz que Alastair se fuera abriendo, poco a poco, más a ella; su actitud distaba ya mucho de la gélida e inexpresiva que había tenido cuando se conocieron.

Aunque todavía se comportaba así con los demás, cuando ellos dos estaban a solas, en esos momentos tranquilos, Alastair se mostraba más relajado. A Caedra le recordaba a veces al joven y alegre dragón que había visto en sus recuerdos, miles de años atrás.

—Has asumido mal —continuó ella. Abrió de nuevo los ojos y lo miró—. Estamos a solas. No nos molestarán, espero, hasta dentro de unas horas. Creo que preferiría estar sin ropa alguna…

Alastair arqueó una ceja.

—Deberías tener más cuidado con lo que dices, Caedra.

Caedra se irguió. Se situó encima de él y acercó su rostro.

—¿Por qué? —susurró, provocadora. Extendió ligeramente las alas.

—Porque puede que acabes consiguiendo lo que quieres —dijo él en el mismo tono. Se irguió y la besó.

Caedra sonrió y enredó los dedos en su largo cabello. Alastair era siempre tan maravilloso con ella que muchas veces se temía que todo aquello no fuera más que un sueño…

—¿Y eso sería algo malo? —ronroneó ella, reposando su frente en la del hombre.

Alastair había levantado su camisón. Caedra le dejó quitárselo. Cerró los ojos con una sonrisa cuando él recorrió su torso con las manos, acariciando sus plumas.

—Depende… Me has dado un buen susto, Caedra —dijo Alastair, repentinamente serio. Ella levantó ligeramente los párpados para mirarlo. Él suspiró con tristeza—. No vuelvas a hacer algo así, por favor. Si te encuentras mal, dímelo, aunque creas saber por qué es. Prefiero comprobarlo y así estar los dos seguros…

Caedra hundió los hombros.

—Lo siento, Alastair. De verdad que no imaginé…

Él la calló con un beso. Caedra se relajó.

Al separarse, Alastair acarició su mejilla. Frunció el ceño al ver que Caedra dejaba caer los párpados.

—¿Seguro que estás bien? —le preguntó una vez más.

Ella asintió, disimulando un bostezo.

—Solo estoy muy cansada…

Alastair pasó un brazo por su espalda y tiró de ella. Se echó hacia atrás con Caedra en sus brazos para recostarse en la almohada. Caedra suspiró felizmente y se abrazó a él, con la cabeza reposando en su hombro.

Alastair le dio un beso en la frente.

—Aunque no hayas llegado a un punto crítico, has perdido bastante sangre. Será mejor que duermas un poco más.

—Alastair… —murmuró ella con una sonrisa, cerrando los ojos—. Gracias por cuidar siempre de mí.

El corazón de Alastair se encogió al recordar el dolor en la mirada de Caedra cuando se había derrumbado en el bosque, desangrándose por dentro sin que él pudiera hacer nada por ella más que estar a su lado. Ella había intentado extender su mano hacia él, pero solo había conseguido mover ligeramente los dedos…

Ese pequeño gesto lo había enternecido. Incluso en su peor momento, Caedra había buscado su contacto.

—Soy muy feliz contigo —prosiguió ella en un susurro—. Jay y tú sois lo mejor que me ha pasado en la vida.

Y el latido de Alastair se aceleró a la vez que una agradable calidez inundaba su pecho. La abrazó y la apretó contra sí, dándole otro beso en la cabeza.

***

Jay se sentiría mejor si le hubiera pasado un camión por encima. Djaka apenas le había permitido un descanso para comer; lo había retenido todo el día para ser el oponente de Ayla mientras Djaka iba dando las indicaciones. Se alegraba de haber sido de ayuda, pero ya llevaba dos días sin dormir… y lo estaba notando.

Ayla y Djaka se habían quedado en el bosque de bambú. Aunque Jay supuso que tampoco tardarían mucho en volver, él se había marchado en cuanto había tenido la oportunidad.

Entró en casa de Shidan arrastrando los pies. No había ni rastro del veterano torrogal; estaría resolviendo asuntos en la aldea.

A quien sí se encontró fue a Alastair. El hombre estaba de espaldas a él en la cocina, terminando de lavar los platos que él y Caedra habían usado para cenar. Se giró al escuchar los pasos de Jay. Frunció el ceño al verlo tambalearse.

El chico abrió la boca para decir algo. Pero sus rodillas temblaron y su visión se llenó de puntos negros. Estaba tan revuelto que ni le salía la voz…

Ahogó un quejido al chocar con algo frío y duro. Se dio cuenta de que era el pecho de Alastair, y que eran sus gélidos brazos los que lo sostenían. Sus piernas habían fallado sin que se diera cuenta y habría caído al suelo de no ser por él.

—Gracias —murmuró, cerrando los ojos.

Alastair inclinó la cabeza para mirarlo, manteniendo una mano en su espalda y la otra en su cintura.

—¿Se puede saber dónde has estado todo el día? —preguntó; su voz tenía cierto filo amenazador.

Y Jay adivinó que lo que quería saber era por qué narices no había estado descansando.

—Ayla y Djaka necesitaban ayuda con para entrenar…

—¿Y crees que estabas en condiciones de dársela? —Alastair gruñó al ver la tierra que todavía cubría la ropa y el pelo de Jay—. Deberías dejar de desvivirte por otros.

Jay, con la frente reposando en su pecho, ladeó la cabeza para que viera su sonrisa pícara.

—¿Desde cuándo te preocupas tanto por mí, Alastair?

Un músculo se crispó bajo el ojo del hombre.

—Desde que eres tan inútil que no puedes ni cuidar de ti mismo —replicó con frialdad, pero Jay soltó una pequeña carcajada.

Sin embargo, enseguida frunció el ceño. Volvió a esconder el rostro en el pecho de Alastair y apretó los ojos. Su respiración era pesada.

Apenas se dio cuenta cuando Alastair pasó una mano por debajo de sus rodillas y, manteniendo la otra en la espalda, lo levantó en brazos. Jay apoyó la cabeza en su hombro y al fin reaccionó.

—Oye, ¿qué haces? —protestó, con las mejillas ardiendo.

Alastair enarcó una ceja.

—¿Acaso te quedan fuerzas para andar por tu cuenta?

—Supongo que no —masculló Jay. Se relajó y se le escapó un suspiro. No lo admitiría en voz alta, pero lo agradecía bastante—. ¿Y Cai?

—Está durmiendo. Como deberías haber hecho tú.

—Ya, bueno… —Jay tensó la mandíbula—. Está bien, ¿no?

Por mucho que Ayla la hubiera curado y no viera a Alastair alterado, necesitaba asegurarse. Se había asustado tanto cuando ella se había doblado y la sangre había caído al suelo… ¿Por qué insistía siempre en tratar de ocultarle su dolor?

—Sí. —La corta y seca respuesta de Alastair tendría que bastar.

Jay se dio cuenta de que estaban fuera por la brisa nocturna que le revolvió el pelo. Entreabrió los ojos, confuso.

—¿No vamos a dormir?

—Antes vas a darte un baño.

—Oh, venga ya… —empezó a protestar, pero Alastair gruñó y se calló enseguida. Era todavía más intimidante cuando sentía las vibraciones en su pecho.

Resignado, cerró de nuevo los ojos. Estaba tan cansado que apenas sentía lo que había a su alrededor. ¿Por qué le había parecido buena idea estar tanto tiempo despierto? La niebla del sueño lo envolvió…

Y sintió el frío del agua. Levantó los párpados de golpe, aferrándose a los hombros de Alastair como si su vida dependiera de ello, y sacudió las piernas, salpicando agua.

—¡Pero ¿qué…?! —aulló, devuelto a la realidad con una brusquedad que no le agradó en absoluto. Se había quedado dormido sin darse cuenta, y ahora estaban en el río que había cerca del volcán.

—Date prisa —fue todo lo que dijo Alastair, implacable, antes de quitar las manos de sus hombros y obligarlo a sumergirse en el río.

Jay, más despejado ahora, lo miró con una mueca en su rostro.

—Ni siquiera me has quitado la ropa —refunfuñó, estirando los brazos. La camisa se adhería de forma desagradable a su piel.

—También está sucia. Y no tendrás dificultad para secarte siendo afín al fuego —replicó Alastair, sin inmutarse. Se sentó en la orilla.

Jay puso los ojos en blanco.

—Muy considerado por tu parte. —Iba a seguir hablando, pero se le revolvió el estómago. Se llevó una mano a la frente y apretó los dientes. Hasta respirar le estaba empezando a costar debido a la desagradable sensación de presión en el pecho cada vez que tomaba una bocanada de aire.

—Jay.

Habría dado un respingo si le hubieran quedado fuerzas. Alastair se había materializado a su lado, sobre una de las rocas que sobresalían del río, y se había agachado para agarrarlo de los brazos. Jay se dio cuenta de que su rostro estaba a escasos centímetros del agua. Se había mareado de nuevo.

—No aguanto más… —dijo en un susurro, incapaz hasta de erguir la cabeza. Solo quería dormir…

Alastair suspiró, exasperado. Se sentó en la roca, hundiendo las piernas en el agua, sin importarle que las botas y pantalones se mojaran, y rodeó con un brazo el pecho de Jay. Tiró de él para ponerlo recto y recostarlo contra la piedra. Jay apoyó la cabeza en su rodilla, sin importarle lo dura que estaba, y cerró los ojos.

Alastair echó agua sobre el pelo de Jay. Empezó a frotarlo con los dedos para quitarle la tierra. Jay se relajó, sorprendiéndose al hallarse tan a gusto con Alastair a solas. No se escuchaba ningún ruido más que el arrullo del río fluyendo, la suave brisa nocturna removiendo las hojas de los árboles y los tenues vítores de los torrogal en la distancia. Estaban realizando un ritual en la hoguera del centro de su aldea para pedirle a Volkorr que los apoyara en la guerra.

Jay se sumió en sus pensamientos. El destino probaba una y otra vez que iba a por Caedra. Y la pobre zeafírea ni siquiera lo sabía. Pensaría que solo era mala suerte, pero Jay y Alastair conocían la verdad.

La angustia se clavó como espinas en su piel. Jay apretó los dientes. No era justo. ¿Por qué tenía que acechar a Caedra, que siempre lo había dado todo por él? Pero era precisamente por eso que había acabado así… Porque ella no había estado dispuesta a abandonarlo ni cuando tomó la peor decisión de su vida.

Ahogó un sollozo. Alastair ladeó la cabeza para mirarlo, confuso, pero Jay estaba de espaldas a

él y no podía ver su expresión.

—Jay —lo llamó, inquieto. Los hombros del chico temblaban; estaba conteniendo a duras penas las lágrimas—. ¿Qué ocurre?

—¿De verdad no me odias? —preguntó él en apenas un susurro debido al nudo en su garganta.

Unas finas líneas se marcaron entre las cejas blancas de Alastair.

—¿Por qué?

—Por… esta situación. El destino… —Jay parpadeó repetidamente. Cada vez le ardían más los ojos y le costaba pensar con la claridad suficiente para expresarse—. Caedra… Es mi culpa que…

Alastair clavó los dedos en su cabeza. Jay se encogió. Pero Alastair respiró hondo y enseguida relajó las manos.

—En los minutos siguientes a cambiar el pasado, he de admitir que albergaba un resentimiento especial hacia ti por lo que había estado a punto de suceder. Por lo que había sucedido y tuve que cambiar —se corrigió. Jay se mordió el labio, nervioso—. Pero… como ya te comenté entonces, acabé por entender tus razones. Como tan estúpidamente has demostrado ahora, te desvives por aquellos que te importan hasta extremos peligrosos. Cargas con demasiada responsabilidad. —Alastair suspiró tristemente. Bajó las manos a los hombros de Jay y alzó la vista al cielo—. Todos cometemos errores. Sé que te arrepientes por lo que ocurrió, que te odias por ello y cargas aún con la culpa…, y me gustaría que no fuera así.

Jay ladeó la cabeza para mirarlo, sorprendido. Primero, porque Alastair estuviera hablando tanto. Y segundo, por sus palabras.

—Al final, he podido ver por qué Caedra te quiere tanto —prosiguió Alastair. Bajó la vista y clavó sus ojos de hielo en él. Jay se quedó rígido—. Por qué está dispuesta a darlo todo por ti. Y es que tú también te entregas de esa forma a ella. —Ya lo había comprobado cuando Jay la protegió interponiéndose en la trayectoria de aquella flecha—. Eres un mortal tan único como Caedra. Y, mientras la hagas feliz…, no seré capaz de odiarte.

El hielo en sus ojos había desaparecido. El corazón de Jay latió más deprisa, reconfortado.

Pero todavía no estaba tranquilo.

—¿Y no te cansarás? —preguntó, desviando la mirada. Apretó los puños—. De tener que proteger a Caedra del maldito destino. Porque yo nunca me cansaré —dijo con fiereza, y sus ojos se incendiaron por un instante—. La protegeré de todo. Siempre. —Tensó la mandíbula. Espiró aire con brusquedad—. Pero yo… no sé si lo lograría solo. Tú siempre sabes qué hacer. Y Caedra te quiere mucho. —La angustia ejercía de nuevo presión en su pecho. Sus hombros temblaron. Se le aceleró la respiración—. Te quiere mucho, Alastair, y me da miedo que te canses de esta situación que he provocado yo y te marches y… —Ya era incapaz de contener las lágrimas. Sacudió la cabeza—. Ella no lo soportaría, ella…

—Jay —lo cortó Alastair con firmeza. Lo tomó de la barbilla e hizo que lo mirara a los ojos. Jay jadeó—. Primero, respira hondo.

—Pero…

—Respira hondo —ordenó él con tal frialdad que Jay obedeció de inmediato—. Otra vez.

—Vale…

El entorno a su alrededor recuperó algo de claridad. El pánico se había ido apoderando de él.

Viendo que respiraba con más normalidad, Alastair dejó caer la mano. Jay echó de menos su gélido tacto.

—No me voy a marchar —declaró Alastair con firmeza—. Nunca temas por eso. Jamás abandonaré a Caedra, y nunca me cansaré de protegerla de todo lo que haga falta. Siempre estaré con vosotros.

Jay se frotó los ojos con el dorso de la mano. Lo miró con una tímida sonrisa, más tranquilo.

—Gracias. Entonces…, estaremos siempre juntos, ¿no?

Alastair suspiró y, resignado, esbozó media sonrisa.

—Sí, Jay. Siempre.

Capítulo 41: Malas noticias

Tenían que comunicarle a Valikia lo que había sucedido con su hermano. Por tanto, se dirigieron a Omilia, aproximándose con cautela. Sobrevolaron la cordillera, donde vieron los restos de las montañas que habían destruido.

Avanzaron bastante antes de tener que descender. Jay se sorprendió.

—¿Cómo han ido tan rápido? —preguntó en cuanto aterrizaron.

Alastair regresó a su forma humana.

—No tenían preparada una buena defensa en los bordes —contestó con sequedad.

—No tenían razón para pensar que un ejército podría ir más allá de las montañas —añadió Caedra, con los brazos en jarras—. Al fin y al cabo, era lo que utilizaban como una defensa natural. Las tenían controladas por completo. Lo que hicimos los pilló totalmente desprevenidos.

Estaban al otro lado de lo que quedaba del bosque de Magulia. Habían aterrizado a cierta distancia del campamento que divisaron desde el aire. No querían irrumpir con Alastair en forma de dragón, o serían detectados también por el enemigo si estaba por la zona.

Se acercaron, por tanto, andando. Jay arqueó las cejas al ver la inmensidad del campamento. Era mucho más grande que el que habían tenido cuando recuperaron Anthius, pero era lógico. Contaban ahora con un número mucho mayor de soldados en sus tropas.

Fueron directos al centro. Estaba atardeciendo, por lo que se habrían detenido hacía poco. Encontraron a Gavin y a Valikia terminando de montar su tienda de campaña.

Caedra respiró hondo. No estaba preparada para lo que tenía que decir…

Gavin y Valikia los detectaron y se irguieron, pues estaban agachados en el suelo.

Valikia sonrió y fue corriendo a abrazar a Caedra.

—¡Qué alegría veros! —exclamó, sin reparar en que Caedra se había quedado rígida y no había sido capaz de devolverle el abrazo.

—¿Cómo ha ido todo en Gaelar? —inquirió Gavin con más calma. Valikia regresó a su lado.

—Tenemos a bastantes rebeldes de nuestra parte —contestó Jay—. Los soldados imperiales trataron de atacar, pero pudimos con ellos.

—Me alegro —dijo Gavin, satisfecho—. En Omilia no están muy preparados para luchar; se nota que quedaron tocados tras la década en guerra contra el imperio. Hemos avanzado muy rápido y en breve llegaremos a la capital.

El corazón de Jay se aceleró.

—Eso quiere decir…

Gavin asintió.

—Según nuestros exploradores, el emperador esta vez sí que ha movilizado a buena parte de su ejército y se dirigen hacia Kieur. Ha visto que o reacciona, o perderá Omilia también. Hemos

conseguido el objetivo de forzarlo.

Alastair entornó los ojos.

—¿Cuánto tardarán en llegar a Kieur?

—Calculamos que unas dos semanas. Lo mismo que nosotros, pues ahora avanzaremos con más cautela. Esperamos algo más de resistencia —explicó Gavin. Cruzó los brazos—. ¿Podréis organizar los suficientes altercados para cuando llegue ese momento? Es importante que coincidan con la batalla de Kieur.

Jay se llevó una mano a la barbilla, pensativo.

—Sí, dos semanas serán suficientes para que organicemos algo que le dé un buen dolor de cabeza al emperador y lo obligue a desplegar también parte de sus tropas a distintos puntos de Gaelar.

—Y, después, nos infiltraremos en el palacio —habló al fin Caedra. Frunció el ceño—. Tenemos que ver cómo nos organizamos. Sería conveniente que estuviéramos todos nosotros, pero…

—Alguien debería quedarse en el frente de Kieur —asintió Gavin—. Y alguien tendrá que quedarse liderando a los rebeldes en Gaelar. ¿Qué os parece si pasamos —Señaló la tienda de campaña con el pulgar— y lo discutimos dentro?

***

El interior era suficientemente espacioso para todos. Había un par de mantas extendidas en el suelo de tierra, donde pasarían Gavin y Valikia la noche. Tenían unas cuantas bolsas de tela con provisiones a un lado, y una pequeña hoguera encendida en el centro. Ya no se filtraba nada de luz del exterior; había anochecido.

Jay observaba a Caedra de reojo. La zeafírea estaba sentada con la espalda recta, en tensión. Estaba nerviosa, era lógico. Cogió su mano y acarició su piel con el pulgar. Caedra relajó un poco los hombros y entrelazó sus dedos con los de Jay.

—Makus puede encargarse de los rebeldes en Gaelar —dijo Gavin, y todos asintieron. Ya les habían informado de lo sucedido con Silvary, aunque todavía no habían hablado de Denkuro—. La cuestión es ver quién se queda con las tropas aquí en Omilia.

—Yo no me pienso ir hasta que haya hablado con mi hermano —declaró Valikia—. Y se supone que estará en Kieur.

Caedra suspiró con tristeza, sintiéndose como un reo a punto de caminar hacia su ejecución. Se forzó a soltar la mano de Jay, apretó los puños y miró a Valikia a los ojos. El momento que tanto temía había llegado.

—Val, sobre eso… Tenemos que hablar.

***

Habían dejado a Alastair y Gavin en la tienda de campaña planeando cómo ejecutarían la incursión al palacio al mismo tiempo que las revueltas en Gaelar y la batalla en Kieur.

Jay siguió a Valikia y a Caedra hasta el borde del campamento. Se adentraron en el bosque, pero sin alejarse mucho. Nunca se sabía dónde podía haber enemigos.

—¿Y bien? —habló Valikia en cuanto se detuvieron. Cruzó los brazos—. ¿Qué es eso que me

tenéis que contar?

Caedra se giró para mirarla. Echó un breve vistazo a Jay, que asintió con la cabeza. El corazón de Caedra empezó a latir más rápido.

—Hace dos días, cuando organizamos el encuentro para los rebeldes en Nefror… —Caedra respiró hondo. Continuó—: Tu hermano también estaba allí y nos atacó.

Valikia arqueó las cejas.

—¿Cómo? ¿Qué sucedió? ¿Pudisteis contarle la verdad? ¿Lo convencisteis? ¿Dónde está ahora?

Demasiadas preguntas y con mucha rapidez. Caedra apretó los ojos, sintiendo un pinchazo en el corazón ante la ilusión de su amiga. La iba a destrozar cuando le dijera lo que había pasado…

—Val… La cosa no fue bien —empezó Caedra con lentitud.

Valikia frunció el ceño. Crispó las plumas de las alas.

—¿Qué quieres decir?

—Hicimos todo lo que pudimos —dijo Caedra. Se forzó a mirarla de nuevo—. Alastair y yo nos enfrentamos a Denkuro. Logramos inmovilizarlo y Alastair le mostró lo que había encontrado Djaka en el pasado…

—¿Y vio por fin que el oráculo supremo lo había engañado? —interrumpió Valikia, dando un paso hacia ella, impaciente.

Jay se sintió mal tanto por Caedra como por Valikia. Sabía que Caedra cargaba con la culpa de lo sucedido, y Valikia estaba a punto de recibir una noticia que la hundiría.

—No, Val, él… —Caedra tensó la mandíbula—. Val, tratamos de convencerlo, pero no hubo manera. Estaba completamente cegado por la ira, nos atacó, tuvimos que defendernos y… —Desvió la vista. No tenía sentido darle más vueltas—. Denkuro murió.

Valikia se quedó con los ojos desorbitados, como si le hubieran dado una bofetada. Permaneció congelada durante unos segundos mientras asimilaba lo que había escuchado.

—¿Qué?

Caedra suspiró profundamente. Clavó las uñas en las palmas de las manos.

—Él… no iba a detenerse hasta matarnos, Valikia. Tuvimos que hacerlo.

Valikia continuó en silencio. Jay la observaba, en tensión.

—¿Cómo que tuvisteis que hacerlo? —rugió al fin Valikia, extendiendo las alas con brusquedad.

Jay reaccionó de inmediato. La abrazó por detrás, atrapando sus brazos.

—¡Valikia, tranquila!

Valikia se retorció, tratando de abalanzarse sobre Caedra, y batió las alas con tanta fuerza que Jay gruñó, clavando los talones en la tierra. Las plumas le arañaron la cara.

—¡Suéltame, Jay! —bramó Valikia. Miró a Caedra con tal furia reflejada en sus ojos naranjas que parecieron las llamas de una hoguera. Echaba chispas por la boca—. ¡No me lo puedo creer, Caedra! ¡¿Habéis asesinado a mi hermano?! ¡¿Cómo has podido?!

—Val, yo…

Valikia no la dejó hablar. Continuó gritando:

—¡Confiaba en ti! ¡Confiaba en que me ayudarías a traer a Denkuro de vuelta! ¡Solo tenías que contarle la verdad! ¡No era tan complicado! ¡Él lo habría entendido!

Envolvió su puño en electricidad. Jay ahogó una exclamación al recibir la descarga. Valikia logró deshacerse de sus brazos y salió disparada hacia Caedra.

Caedra la esquivó. Valikia se giró con rapidez. Respiraba entrecortadamente.

—¡Valikia, para! —dijo Jay, alarmado. Tenía ahora todos los músculos entumecidos y le costaba moverse.

Valikia empuñó su lanza. Su rostro estaba rojo de la furia.

—¡Me mentiste, Caedra! —gritó, saltando sobre ella.

Caedra interpuso su propia lanza con rapidez. Se mantenía seria, asegurándose de no perder la calma.

—Valikia, Denkuro no quiso ver la verdad. Intentó matarme —dijo abrumada por el peso de la culpa que sentía por lo sucedido.

Movió el brazo y el arma de Valikia salió volando por los aires.

—¡Lo has hecho porque en el fondo sí que tenías envidia, ¿verdad?! —chilló Valikia—. ¡Envidia de que yo sí pudiera recuperar a mi hermano y tú no!

Caedra abrió los ojos como platos. Se quedó inmóvil.

—¡Valikia, ya basta! —bramó Jay, enfadado, consiguiendo moverse al fin. Valikia se había pasado con sus palabras.

Se situó delante de Caedra justo para protegerla del puñetazo envuelto en electricidad de Valikia. Este se estampó contra un escudo de hielo, resquebrajándolo.

—¡Aparta, Jay!

—No. Valikia, tienes que calmarte —replicó él con seriedad, si bien su respiración también estaba acelerada—. Esto no es culpa de Caedra. ¡Tu hermano la habría matado si no hubieran actuado! ¡No les quedó más remedio!

Todavía recordaba con claridad la angustia que había sentido con Caedra en sus brazos, mientras ella se desangraba por dentro como consecuencia del golpe recibido en esa lucha. El miedo cuando la había visto sangrar y aún no sabía qué le pasaba…

—¡Pues que se hubiera esforzado más en convencerlo!

Caedra guardó su lanza.

—Valikia, lo siento. Lo intentamos, pero no pudimos evitarlo…

—¡No quiero escuchar tus excusas! —la interrumpió Valikia, furiosa—. ¡Nunca tendría que haber confiado en ti! Tendría que haber adivinado que me fallarías. ¡Eres un fracaso como amiga!

Valikia alzó el vuelo, sin darles la oportunidad de responder. Se alejó con rapidez en dirección al campamento, probablemente a refugiarse junto a Gavin.

Jay deshizo su escudo. Se giró de inmediato al escuchar un golpe seco. Caedra se había dejado caer de rodillas al suelo, con la cabeza agachada.

—Cai… —la llamó Jay, apenado.

—Sí que soy un fracaso… —musitó ella. Su voz temblaba.

—¿Qué? ¡Claro que no! —replicó Jay enseguida. Se arrodilló frente a ella y puso las manos en sus hombros—. Cai, no dejes que te afecte lo que ha dicho Valikia. Está dolida y lo ha dicho sin pensar.

—No sé, Jay. Sé que le he hecho mucho daño y… —Caedra al fin lo miró. Sus ojos brillaban por las lágrimas. Jay sintió un pinchazo en el pecho—. No sé si nuestra amistad va a poder superar esto.

Jay frunció el ceño. Limpió con el pulgar una lágrima que se escapó.

—Cai, pase lo que pase con Valikia, tú no tienes la culpa, ¿de acuerdo?

Caedra se quedó callada. Bajó la vista. Le habían dolido mucho las palabras de Valikia, habían sido como cuchillas directas a su corazón. Sobre todo, porque ella misma se preguntaba constantemente si no habría nada más que pudieran haber hecho para evitar la muerte de Denkuro…

—Hicisteis lo que pudisteis en esas circunstancias, Cai —dijo Jay, adivinando lo que estaba pensando—. No te tortures más con eso.

Abrazó a Caedra. Ella se aferró a él, enterrando el rostro en su pecho y dejando que las lágrimas fluyeran.

—Tranquila, Cai —susurró Jay, acariciando su pelo—. Dale un tiempo a Valikia y ya verás cómo podéis solucionar todo.

Ella asintió con la cabeza. Se le escapó un sollozo. Apretó la camisa de Jay con los puños y trató de centrarse en la reconfortante sensación de sus cálidos dedos acariciándola. Jay le dio un beso en la coronilla y Caedra liberó un suspiro tembloroso.

Alastair apareció envuelto en sombras. Entornó los ojos al verlos.

—No deberíais estar aquí —dijo—. Estáis expuestos.

Jay lo miró y frunció el ceño. Supuso que Valikia ya estaría con Gavin y Alastair los habría dejado a solas.

—Caedra, ignora a esa estúpida mortal —prosiguió Alastair con frialdad—. No dejes que sus palabras te afecten. Ella no estaba allí para juzgar la situación.

Caedra no dijo nada, aunque habría preferido que no insultara a la pobre Valikia; entendía bien su dolor por haber perdido a su hermano. Se separó de Jay y se frotó los ojos. Los dos se pusieron en pie.

—¿Habéis decidido cómo nos organizaremos? —inquirió Jay, que no dejaba de observar de reojo a Caedra, preocupado.

Alastair asintió con la cabeza.

—Es hora de que ese emperador caiga.

Capítulo 42: Revueltas

—¡No! ¡No os llevaréis a mi hijo!

Los gritos de una mujer retumbaban por toda la ciudad. Era una madre que trataba de impedir que los soldados imperiales accedieran a su hogar. Un chico de unos trece años estaba detrás de ella, encogido, mirando lo que sucedía con el miedo reflejado en sus ojos.

—Orden del emperador —comunicó el capitán, impasible—. Todos los jóvenes mayores de trece años deben alistarse en el ejército. El imperio los necesita.

—¡No podéis hacer eso! ¡Mi hijo no es más que un niño!

El soldado dio un paso hacia delante. La mujer lo empujó. El hombre endureció su expresión y le dio un puñetazo en el rostro. La madre retrocedió, temblando, aturdida.

—¿Qué va a hacer mi niño en un campo de batalla? —gritó ella, abrazando a su hijo, que se aferró a sus faldas, sollozando—. ¡El imperio no hace más que reclutar a niños cada vez más pequeños! ¡El emperador ha perdido la cabeza!

—¡Madre, no…! —trató de decir el niño, asustado. Su madre acababa de insultar al emperador, y sería ejecutada por ello.

El capitán entornó los ojos.

—Apresadlos. A los dos —ordenó con dureza.

Un cúmulo de sombras brotó en la entrada de la casa. Los soldados retrocedieron, confusos.

Jay se materializó y esbozó una sonrisa irónica.

—¿Así que ahora vais a hacer que vuestras guerras las luchen por vosotros unos pobres niños? Un poco patético por parte del emperador, ¿no creéis? ¿Tan débil es?

El capitán gruñó. Era el único que no se había echado hacia atrás.

—Tú —bramó, y lo señaló con el dedo—. ¡Matadlo! ¡Es el príncipe Althalos!

Jay puso los ojos en blanco. Desenvainó la espada.

—Eso decís siempre. Me gustaría, para variar, que alguna vez pensarais un poco en vez de hablar… —Miró por encima del hombro a la madre y al niño, que observaban todo con la boca abierta, petrificados—. Señora, retiraos, es mejor que su hijo no vea esto.

Los soldados se abalanzaron sobre él. Jay envolvió su arma en llamas azules a la vez que con su otra mano formaba un círculo de carámbanos de hielo. Sus contrincantes se desplomaron al suelo uno a uno, sin llegar a tocarlo siquiera. El suelo de madera no tardó en teñirse de rojo.

El capitán parpadeó repetidamente, incrédulo ante la rapidez con la que sus hombres habían caído. Solo habían sido unos segundos.

Jay avanzó hacia él, imponente con pasos certeros y las ascuas todavía flotando a su alrededor.

—¿Ya no tienes nada que decir? —le preguntó, alzando la espada—. ¿Dónde ha quedado esa valentía que tenías a la hora de aterrorizar a una pobre madre y a su hijo?

—Yo…

El capitán miró a un lado y a otro, buscando una vía de escape. Para su horror, se encontró con que ahora las calles estaban siendo invadidas por los rebeldes, con gritos de guerra retumbando por todas partes. Los soldados imperiales trataban de hacerles frente, pero eran demasiados.

La gente se había asomado a los balcones y ventanas de las casas, animándolos con exclamaciones de entusiasmo. Muchos se habían puesto a lanzar cualquier cosa que tuvieran a mano contra los soldados.

El capitán apretó los dientes y centró su vista de nuevo, listo para enfrentarse a su contrincante. Pero este había desaparecido.

—Tarde —susurró Jay en su oído, detrás de él.

Hundió la espada en su cuerpo, entre las placas de la armadura. El capitán se desplomó, inmóvil, con un estridente sonido metálico.

—Creo que estás empezando a disfrutar demasiado con esto, Jay —comentó una voz sarcástica a sus espaldas.

Jay envainó la espada y se giró, sonriendo. La había reconocido al instante.

—¿Tan malo soy, Cai? Aunque no voy a negar que me gusta dar su merecido a estos soldados que no dudan en torturar a la gente de Gaelar para servir al emperador.

Caedra plegó las alas. Rio con suavidad.

—Lo sé.

—¡Príncipe Althalos!

La madre había salido de la casa. Se dejó caer de rodillas frente a él y Jay arqueó las cejas, conteniéndose para no retroceder.

—¿Qué…?

—¡Os doy las gracias! —exclamó ella, con lágrimas en los ojos—. Nos habéis salvado a mí y a mi hijo. Creía que estaba todo perdido y… —Sacudió la cabeza—. ¿Cómo puedo pagároslo?

Jay se agachó para mirarla y sonrió.

—Poneos a salvo. Contad lo que ha sucedido aquí. Mantened viva vuestra esperanza… Y que la gente del imperio sepa que vamos a liberarla del emperador.

***

Llevaban dos semanas avanzando del sur al norte de Gaelar, librando escaramuzas contra las tropas imperiales allá por donde pasaban. A Jay lo llenaba de satisfacción saber que habían impedido el secuestro de tantos niños y el apaleamiento de ancianos cuyo único crimen había sido no obedecer suficientemente rápido a los soldados.

Iban a por el emperador. Y Jay quería que este lo supiera. El emperador mandaba tropas del ejército a las distintas ciudades para tratar de sofocar los alzamientos de la gente. Cada vez más rebeldes se unían a su causa, alentados por el hecho de que el príncipe Althalos los lideraba y los protegería de las sombras.

El ejército imperial estaba cada vez más diseminado. Una parte distribuida por el territorio de Gaelar y la otra reforzando ya Kieur, la capital de Omilia, para impedir que los ejércitos de

Anthius y Ganthia se la arrebataran. Estaban a las puertas del enfrentamiento definitivo.

Y el emperador ni siquiera sospechaba sus intenciones de infiltrarse en el palacio, pues se habían asegurado de estar siempre en contacto con piezas de umbrano mientras discutían los planes. De esa forma, evitaban que el oráculo supremo pudiera tener una visión y descubriera sus propósitos. Habían preparado ya su estrategia, y la ejecutarían dentro de tan solo unos días.

No quedaba ya mucho para que la rebelión alcanzara Luminaria, la capital del imperio.

Se encontraban rodeando Gallia, la ciudad que daba nombre al bosque en cuyas catacumbas se encontraba el portal de Mhunn, aquel que llevaba a la Tierra. Aunque la mayoría de los habitantes de Gea desconocía esto.

Gallia era una ciudad que Jay no había visto nunca. Cuando llegó a Gea con Hadriel y Caedra, tantos años atrás, habían tenido que pasar discretamente de largo tras ser avistados por los pájaros zizevin. Ahora, al fin, podía contemplarla, aunque le dolía que su padre no estuviera ya a su lado.

Era similar a Luminaria, con sus altos tejados a doble vertiente. Tenía un inmenso templo erigido cerca del centro. La piedra de las construcciones era mucho más clara, en contraste con la madera negra de los curiosos troncos del bosque. Sus hojas blancas se veían con claridad incluso a esa distancia. Resultaba casi mágico.

Jay había estado esas dos semanas con Alastair, Caedra, Connor y Makus. Tarvo había ido al frente de Kieur con el fin de preparar los túneles que utilizarían para tomar la ciudad y también se quedaría allí al mando por el momento. Alastair había partido esa misma mañana para llevar a Connor a Omilia, y regresaría al día siguiente con Gavin, Valikia e información sobre cómo iba todo en esa parte.

Caedra estaba nerviosa. No había vuelto a hablar con Valikia desde que le había contado lo sucedido con Denkuro. Valikia había insistido en que no quería verla; Gavin se lo había comunicado con cierto pesar, pues él entendía por qué habían tenido que matar a Denkuro. Sin embargo, no había habido manera de convencer a Valikia para que hablara con Caedra, y se habían marchado de vuelta a Gaelar tras dejar establecido el plan a seguir.

Caedra no sabía cuál sería la reacción de Valikia al verla ahora de nuevo, después de unas semanas.

—Todos atentos —ordenó Makus. Se encontraban agazapados entre los árboles al otro lado de Gallia, donde los troncos eran normales, de un tono marrón moteado con gris, y las copas de los árboles estaban llenas de hojas verdes—. El objetivo es liberar a los presos que van a ser ejecutados hoy en la plaza central de Gallia, tras lo cual tomaremos la ciudad.

—Atacaremos al atardecer —continuó Jay, junto a Makus—. Van a ejecutarlos en la puesta de sol.

Lo único que habían hecho esos presos era atreverse a criticar abiertamente al emperador. Era una de las tantas ejecuciones públicas utilizadas para asustar al pueblo.

Gallia estaba completamente rodeada de soldados para defenderla. Sin embargo, la ciudad carecía de una muralla, a diferencia de Luminaria. El emperador se había confiado con los años, convencido de que nada podría hacerle ya frente en su propia tierra.

Los rebeldes se distribuyeron por la zona. Solo quedaba esperar a que pasaran las horas. Makus

se desplazaría entre todos ellos para comprobar que tenían todo preparado.

Jay y Caedra se sentaron junto a un pequeño riachuelo.

—Se me hace raro estar tan cerca del portal de Mhunn sin tener la intención de ir a la Tierra ahora mismo —comentó Jay mientras devoraba con rapidez un bocadillo.

Caedra masticaba con bastante más lentitud. Inconscientemente llevó una mano al bolso donde tenía guardada la gema astral.

—Es increíble lo rápido que ha pasado el tiempo —dijo Caedra, ladeando la cabeza para mirarlo. Sonrió—. Todavía te recuerdo cayendo de rodillas la primera vez que atravesaste el portal.

Jay agachó la cabeza, avergonzado.

—No me esperaba que produjera esa sensación de tirón…

Las cosas habían cambiado mucho desde entonces. Él ya no era aquel chico débil y asustado, enfrentándose por primera vez a un mundo hostil. El rostro de Caedra estaba ahora marcado por la cicatriz que había recibido en Titaia, aquel mundo en el que los dos habían sufrido tanto, y sus alas dependían de un esqueleto de metal para volar. Hadriel ya no estaba con ellos… Pero tenían a Alastair, a Tarvo, a Connor, a Valikia, a Gavin…

Habían pasado de ser solo tres personas, él, su padre y Caedra, a tener miles de rebeldes siguiéndolos para enfrentarse al emperador. Tenían numerosas tropas luchando en Omilia después de haber arrebatado Anthius al imperio.

Caedra estaba pensando lo mismo que él.

—Ojalá Hadriel pudiera ver todo lo que estamos consiguiendo —murmuró, con los ojos clavados en su reflejo en el agua.

—Yo… —Jay suspiró con tristeza—. Llegué a pensar que todo se había acabado cuando murió mi padre. Siento lo mal que me porté contigo entonces, Cai…

—No le des importancia a eso ahora, Jay —lo interrumpió ella, mirándolo de nuevo y poniendo la mano en su hombro—. A pesar de todo, seguimos juntos, ¿no?

Jay sonrió.

—Sí. Y recuerda que me prometiste que estaríamos juntos hasta el final.

Caedra rio con suavidad.

—Tranquilo, no tengo ni la más mínima intención de romper mi promesa.

«Y yo no dejaré que lo hagas», pensó Jay, decidido. La protegería de todo lo que hiciera falta con tal de que el destino no se saliera con la suya.

Jay terminó su bocadillo y se tumbó en la hierba, con los brazos cruzados detrás de la cabeza como almohada. Observaba el cielo azul, claro y despejado. Era un día agradable, no soplaba más que una suave brisa que arrastraba el olor a resina de los árboles. Así, ellos dos a solas con el silencio de la naturaleza, habría sido fácil olvidarse de que estaban en medio de una guerra.

Caedra lo imitó no mucho después, aunque ella reposó la cabeza directamente en el suelo. Cruzó las manos en su pecho y cerró los ojos. Se estaba muy a gusto con los rayos del sol bañándolos. Era un breve momento de tranquilidad en esas semanas tan movidas.

—Estoy muy orgullosa de ti, Jay —comentó al cabo de un rato. Abrió los ojos y giró el cuello para mirarlo—. Ya no solo eres un gran guerrero; te has convertido en un auténtico líder.

Jay también la observaba a ella ahora. Sus mejillas se colorearon de rojo.

—¿Tú crees?

Caedra soltó una pequeña carcajada.

—Siempre con eso cuando digo algo bueno de ti, Jay. Y sí, lo creo porque es lo que veo todos los días. Has crecido mucho a lo largo de estos años. Y yo me alegro de haber estado a tu lado para verlo.

Estuvo a punto de dar media vuelta cuando fue por primera vez a la Tierra y vio a aquel chico, tan parecido a Kendrij, pero tan diferente en actitud: asustado, egoísta, testarudo…

Y ahora estaría dispuesta a morir por él si fuera necesario.

Jay sonrió. La opinión de Caedra había sido siempre, junto a la de su padre, la más importante para él. Sintió una agradable calidez en el pecho al escuchar sus palabras, tan reconfortantes como los rayos del sol que le acariciaban la piel.

—Gracias, Cai —dijo y extendió un brazo para coger la mano de la zeafírea—. Eres la mejor compañera que uno puede tener. Ya sabes que no habría sido capaz de hacer nada de esto sin ti.

Caedra apretó los dedos e iba a cerrar los ojos cuando Jay tiró de ella. Caedra se pegó a su cuerpo, encantada, y él la abrazó. La zeafírea echó la cabeza hacia atrás para mirarlo con una radiante sonrisa que aceleró el corazón de Jay.

—Soy muy feliz a tu lado —susurró ella, con sus ojos amarillos iluminados por el sol. Su tez oscura casi relucía.

Jay sonrió. Se inclinó y la besó. Caedra llevó una mano a su mejilla y cruzó una pierna encima de su cintura.

—Me aseguraré de que lo seas todavía más cuando todo esto termine y podamos tener vidas normales —dijo él. Solo se separaba brevemente para hablar antes de besarla de nuevo—. Quiero enseñarte muchas cosas en la Tierra.

—¿Mejores que el helado? —bromeó ella, acariciando su rostro. Sus finos dedos le provocaban un agradable cosquilleo a Jay.

Jay rio. Mordisqueó levemente su labio inferior.

—Quién sabe. Tendrás que acompañarme para descubrirlo.

Apretó la mano en su espalda para estrecharla contra él, calmando sus nervios mientras saboreaba sus cálidos labios y era envuelto en su reconfortante aroma a resina y madera recién cortada. Estuvieron varios minutos así, simplemente abrazados y besándose, disfrutando de la paz de estar juntos. Al final, Caedra apoyó la cabeza en su pecho y suspiró, somnolienta.

Jay apartó con delicadeza algunos mechones que habían caído entre sus ojos, ahora cerrados, y la observó. Su respiración se había vuelto lenta y pausada, indicando que estaba dormida. En medio de esa guerra, los momentos en los que podía ver a Caedra tan tranquila eran escasos.

Le entusiasmaba todo lo que estaban logrando. Sin embargo, aunque sentía cierta impaciencia por enfrentarse al emperador, por derrotarlo y poder al fin vivir tranquilos, el temor también invadía su corazón con frecuencia.

¿Y si todo su esfuerzo era para nada? ¿Y si no conseguían vencer al emperador? Porque no era solo un hombre. Estaban también Saekish y el oráculo supremo.

Le daba mucho miedo la posibilidad de fallar; el futuro siempre era incierto. También podía ocurrir que vencieran, pero que perdiera a Caedra o a alguno de sus compañeros…

Intentaba evitar pensar en eso, o no sería capaz de seguir adelante.

***

Llovía en el exterior. Las gotas golpeaban con fuerza el cristal de la ventana de la cocina. Se escuchaba el ruido de los coches deslizándose por el asfalto mojado…

Jay estaba sentado con su padre, ambos con una taza de café caliente en las manos. Era de noche. Caedra se estaba duchando y Ayla veía algo en la tele del salón, empeñada en entender el idioma.

—A veces me pregunto si no habría sido mejor ignorar la petición de la emperatriz cuando envió a Caedra a buscarnos —confesó Hadriel en tono bajo.

Jay giró la cabeza para mirarlo con sorpresa.

—Pero si decidiste que teníamos que regresar de inmediato cuando apareció Caedra —replicó, confuso.

Hadriel suspiró profundamente.

—Porque era lo correcto. Y no le iba a dar la espalda a Emeline. Pero ahora que volvemos a estar en la Tierra, no puedo evitar echar de menos la vida que habíamos construido aquí.

Jay frunció el ceño y clavó la vista en el café de su taza, que todavía expulsaba vapor. ¿Cómo habría sido su vida si no hubiera tenido que ir a Gea? Habría sido mucho más sencilla y aburrida: habría ido a la universidad, se habría graduado, habría buscado trabajo…

Y no habría conocido a Caedra. Después de todo lo que habían pasado juntos esos años, se le hacía imposible imaginarse la vida sin ella.

—Hicimos lo correcto, papá —dijo Jay, mirándolo de nuevo—. El emperador debe caer; tiene que pagar por todo lo que nos ha hecho. Si no lo detenemos nosotros, nadie lo hará, y la gente de Gaelar seguirá sufriendo.

Hadriel esbozó una sonrisa cansada.

—Es increíble lo mucho que has crecido en estos años, Jay. Siempre me sentí también un poco culpable por arrastrarte a Gea en contra de tu voluntad.

—Pero me diste la oportunidad de quedarme aquí, en la Tierra, hace dos años, si así yo lo quería —le recordó Jay—. Por tanto, fue decisión mía continuar con vosotros.

—Lo sé, y me alegro mucho de ello. —Hadriel torció el gesto antes de continuar—: Siempre que pienso en todo esto, llego a la conclusión de que, de haber ignorado la petición de la emperatriz, habría vivido con miedo constante a partir de ese momento. Temiendo que Emeline enviara a más gente para llevarte con ella, temiendo que el emperador nos encontrara y te matara sin que yo pudiera evitarlo…

Jay asintió.

—Lo que hiciste fue lo correcto. La única forma de que podamos vivir tranquilos es eliminando al emperador.

***

Era así. Por mucho miedo que tuviera, si no quería vivir aterrado el resto de su vida, escondido y atrapado en cualquier lugar, la única opción era hacerle frente al emperador.

Era extraño, pero le reconfortaba saber que su padre, a pesar de la firmeza con la que había actuado siempre, también había tenido dudas. Le hacía sentirse más cercano a él.

Además, todavía tenía que vengar la muerte de Hadriel. Nunca se había planteado huir, porque no iba a permitir que su muerte hubiera sido en vano.

***

Estaba atardeciendo cuando Jay se despertó. Parpadeó varias veces, confuso, pues no recordaba haberse quedado dormido. Caedra seguía abrazada a él, con los ojos cerrados.

Estaba muy a gusto así y no tenía ganas de moverse. Pero sabía que no podían quedarse ahí. Suspiró con tristeza.

Reunió las energías que iba a necesitar y se incorporó hasta quedarse sentado, arrastrando a Caedra con él. La acunó en sus brazos y se inclinó sobre ella.

—Cai, arriba. —Le dio un beso en la frente y ella murmuró algo, sin despertar del todo. Jay rio con suavidad y acarició su mejilla—. Vamos, zeafírea dormilona. Tenemos una ciudad que atacar.

Caedra frunció el ceño, levantó los párpados y lo miró.

—¿Eh? —balbuceó, tan perdida como él al principio—. ¿Me he quedado dormida?

Jay soltó una carcajada.

—Tranquila, yo también —dijo y se puso serio—. Pero tenemos que darnos prisa. Ya es casi la hora.

Los dos se pusieron en pie y Caedra estiró las alas mientras Jay arreglaba su camisa. Makus escogió ese momento para aparecer.

—Estamos listos para empezar —les comunicó.

***

La plaza estaba abarrotada. Era obligatorio asistir a las ejecuciones; los soldados se paseaban minutos antes por todas las casas para asegurarse de que no quedaba nadie en ellas. El emperador quería que el pueblo presenciara el castigo. Las madres apretaban a los niños contra sus faldas, tratando de que no vieran lo que iba a suceder a continuación.

En el centro de la plaza había cinco montones de madera preparados. En lo alto de ellos, cinco personas estaban encadenadas a postes de metal. Los soldados tenían antorchas preparadas para prender las piras.

Los reos lloraban o se mantenían en silencio, resignados a lo que les esperaba. El cielo se había teñido de naranja y una bandada de pájaros sobrevoló Gallia, de regreso a sus nidos para dormir.

Había un pequeño zizevin posado en la esquina de un tejado. Los últimos rayos de sol arrancaban reflejos dorados a su plumaje metalizado, rosa y verde. Observaba con sus grandes ojos negros lo que ocurría en la plaza, listo para volar hacia Luminaria y comunicarle al oráculo supremo lo que había visto.

Una daga de metal se hundió en su pecho. El pájaro se desplomó y cayó al suelo. Las personas que había allí abajo dieron un respingo, sorprendidas, pero al mirar hacia arriba no vieron a nadie. Los soldados, afortunadamente, no se habían dado cuenta.

Caedra se asomó de nuevo desde el tejado, comprobando que el zizevin había sido eliminado. Miró por encima del hombro y asintió. Jay se envolvió en una nube de sombras y desapareció.

Se empezaron a escuchar gritos procedentes de las afueras de Gallia. El chasquido de un rayo fue seguido de una gran explosión.

Los rebeldes habían comenzado su ataque.

La plaza se llenó de chillidos. La gente comenzó a empujarse, luchando por salir corriendo. Los soldados miraban a un lado y a otro, confusos.

Jay se materializó en medio de las cinco hogueras. Movió la mano y las llamas que habían comenzado a arder en la base de cada una abandonaron la madera, acudiendo a él. Giró y las envió contra los soldados que corrían en su dirección. Estos cayeron al suelo, gritando mientras sus armaduras se derretían.

—No juguéis con fuego si no sabéis cómo pararlo —les recomendó Jay, sin piedad, antes de encaramarse al primer poste de metal y romper las cadenas con su espada envuelta en llamas azules.

El hombre liberado se dio la vuelta de inmediato para mirarlo. Tenía los ojos abiertos como platos.

—¡Sois el príncipe Althalos! —exclamó con admiración—. ¡Lo que dicen es cierto!

Jay sonrió, acostumbrado ya a ese tipo de reacciones.

—Ponte a salvo —le recomendó—. El espectáculo no ha hecho más que comenzar.

Caedra descendió del cielo y batió las alas con fuerza. Un viento huracanado arrastró a todos los soldados que se acercaban, lanzándolos por los aires. Ayudó a Jay a liberar a los presos que quedaban.

Los rebeldes ya inundaban las calles de la ciudad. Daba igual que Gallia hubiera estado un poco mejor defendida que las demás poblaciones; el emperador seguía sin disponer de tropas suficientes para cubrir todos los territorios que se estaban alzando contra él.

Al ver lo que estaba sucediendo, la gente de la plaza, a excepción de las madres con sus niños, había dejado de huir. Ahora que había quedado claro que aquello no era un ataque del emperador, sino de los rebeldes, muchos se habían unido a los gritos de guerra, enfrentándose a los soldados que los habían oprimido y aprovechando la oportunidad que se les presentaba de vengarse.

Venían refuerzos del emperador desde el bosque de Gallia, donde ahora había tropas permanentemente estacionadas para vigilar el portal a la Tierra. Aun así, no serían suficientes.

Jay y Caedra se desplazaron a un extremo de la plaza, a la calle por la que se escuchaban los atronadores pasos del ejército.

Jay frotó las manos.

—¿Preparada, Cai?

Por toda respuesta, la zeafírea se situó justo encima de él y batió las alas, creando un vendaval.

Jay invocó su fuego blanco. El resultado fue una tormenta de llamas infernales que arrasó por completo a los hombres que venían, chamuscando también las paredes de los edificios.

Caedra se giró y extendió la palma de la mano. Frenó en el aire las lanzas con las que habían pretendido alcanzarlos sus enemigos. Bajó el brazo y las armas regresaron en la dirección opuesta, ensartando a aquellos que las habían enviado.

Los rebeldes seguían llenando las calles de Gallia. Los soldados habían pasado de la ofensiva a la defensiva. No necesitaron mucho más para acabar huyendo. Algunos salieron en su persecución.

Gallia era suya.

***

Había caído la noche y los rebeldes celebraban en la plaza de Gallia su victoria. Algunos, como Makus, vigilaban en las afueras para asegurarse de que no llegaban más tropas del emperador.

Los habitantes de Gallia reían y bailaban con ellos. Habían repartido alimentos para todos.

Jay y Caedra se sentaron en uno de los tejados. Caedra estaba limpiando su abanico y Jay se había tumbado boca arriba.

—Es alentador arrebatarle el control de otra ciudad al emperador —comentó Jay, satisfecho.

Caedra sonrió.

—¿Verdad?

Sabían que no tenían que confiarse. El emperador no tardaría en actuar; no les permitiría seguir conquistando las ciudades de Gaelar indefinidamente. Pero era lo que estaban esperando. En cuanto el emperador se diera cuenta de que, en su intento de defender Omilia, ponía en peligro su propio reino, retiraría las tropas de Kieur para restaurar el orden en la región.

Si no derrotaban al emperador, los rebeldes tenían los días contados. Sin embargo, por ahora todo iba según el plan acordado. Habían engañado al emperador, obligándolo al fin a dividir sus tropas, una parte importante de las cuales había mandado a Omilia. Una vez recibieron confirmación de su movilización, empezaron los altercados por todo Gaelar. No había suficientes soldados para sofocarlos todos a la vez y, poco a poco, iban ganando terreno.

Una vez el ejército abandonara Omilia y se dirigiera de nuevo a Gaelar, ellos pasarían a la acción. Se infiltrarían en el palacio e irían directos a por el emperador, después de haberle obligado a entregar un reino entero a Anthius.

—Se acerca la batalla final —comentó Jay, más serio.

Caedra frunció el ceño.

—Sí. Pero estamos preparados.

Los desconcertaba que el oráculo supremo no hubiera hecho ya algo para intentar frenarlos, pero no iban a quejarse ante su falta de acción. Aunque sospechaban que les habría preparado alguna trampa. Aun así, confiaban en darse cuenta de ello a tiempo.

Jay se incorporó hasta quedar sentado. Alzó la vista al cielo estrellado. Ahora lo veía despejado. Dentro de unos días, estaría cubierto de humo cuando incendiaran Luminaria entera.

Miró a Caedra. Ella observaba su reflejo en el abanico, con unas finas líneas marcadas entre sus cejas.

—¿Qué te preocupa?

La zeafírea desvió su atención hacia él al escucharlo.

—No ser capaz de protegerte —dijo, decidiendo ser sincera. Cerró el abanico y lo enganchó en el cinto—. Jay, la conexión que siento contigo y con Alastair es única. Fui capaz de recuperarme después de lo que le sucedió a Kendrij, pero con vosotros… —Sacudió la cabeza. Bajó la vista y se mordió el labio. Se percibía de fondo el alboroto que provenía de la fiesta en la plaza central —. Sois parte de mí. —Miró a Jay de nuevo a los ojos. Él la escuchaba con atención—. Sin ti, Jay, estaría incompleta. Prométeme que tú también estarás a mi lado hasta el final… y en lo que haya después.

Jay sintió su corazón latir más deprisa. Cogió la mano derecha de Caedra entre las suyas y la acarició, apreciando la textura áspera de su piel tras mil batallas. Se fijó en las finas cicatrices que quedaban de cortes recientes que se habían curado y le dio la vuelta para observar la palma, arrastrando su dedo índice por sus líneas.

—Te prometo que estaré a tu lado hasta el final. Hasta el final… y en lo que haya después —dijo, mirándola con una sonrisa al usar sus palabras—. No sé qué habrá después, Cai. Después de la vida, me refiero. —Respiró hondo y alzó la vista al cielo, sin soltar la mano de Caedra. Una suave corriente de aire revolvió su largo cabello ondulado—. Pero estoy seguro de que, sea lo que sea, siempre lograré encontrarte.

—Si no recuerdo mal, fui yo quien tuvo que ir a buscarte y encontrarte en la Tierra —señaló ella, divertida.

Jay se volvió de nuevo hacia ella. Rio y negó con la cabeza.

—Eso solo significa que la próxima vez me tocará hacerlo a mí. Y te aseguro que lo haré. Lo importante es que siempre nos encontremos —dijo con firmeza. Acercó su rostro al de ella y habló con suavidad—. Yo siempre te encontraré. Así que no tengas miedo. Siempre estaré contigo. Ni el destino, ni los mundos, ni el universo, ni las estrellas podrán separarnos. De eso no tengo duda. —Bajó su voz hasta casi un susurro—. Siempre estaremos juntos.

—¿Lo prometes? —preguntó ella una vez más. Sus ojos amarillos relucían en la oscuridad.

—Lo prometo. Ni la muerte me separará de ti.

Y juntó sus labios a los de ella.

Capítulo 43: Una temible visión

Alastair cumplió lo acordado y llevó a Gavin y a Valikia de vuelta a Gaelar. La sorpresa llegó cuando también se bajaron del lomo del dragón Tarvo y Connor.

—¡Tarvo! ¡Connor! —Jay fue corriendo hacia ellos entusiasmado, si bien algo confuso—. No es que no me alegre de veros, pero ¿qué hacéis aquí?

Estaban en el bosque de Gallia. A Jay le gustaba saber que ahora tenían la zona del portal a la Tierra bajo su control, aunque no pensaran usarlo.

—El emperador ha reaccionado más rápido de lo que esperábamos —contestó Tarvo, ajustándose la mochila—. Kieur se ha rendido y las tropas imperiales se repliegan de vuelta a Gaelar. Deduzco que la rebelión avanza con éxito, pues.

—Deduces bien —asintió Jay con una sonrisa un tanto salvaje. Era imposible contener la satisfacción que le producía estar liberando al fin a toda esa gente de la opresión del emperador.

—Me he pegado el viaje para nada… —protestó Connor por lo bajo.

—Hemos dejado al rey Kidhu firmando el acuerdo con el general que estaba al mando en Kieur —dijo Gavin, frunciendo el ceño—. Al fin y al cabo, el trato con Anthius era que ellos se quedaban con Omilia. Por tanto, eso ya es asunto suyo.

Jay se llevó una mano a la barbilla, pensativo.

—En ese caso, tenemos que actuar rápido. A marchas forzadas, el ejército no tardará más de dos semanas en regresar.

—Solo necesitamos unos días para organizar el ataque a Luminaria y actuaremos de inmediato —decidió Gavin, y todos asintieron.

Alastair, mientras tanto, había regresado a su forma humana y había ido sin perder ni un segundo junto a Caedra. Ella sonrió.

—Tranquilo, Alastair, estoy bien.

Alastair entornó los ojos.

—He decidido que siempre voy a asegurarme después del susto que me diste la última vez —replicó con cierta frialdad.

Caedra agachó la cabeza, avergonzada.

—Vale, vale, lo siento…

Caedra observó a Valikia de reojo. Valikia evitaba a toda costa mirarla. Caedra contuvo un suspiro de tristeza.

—¿Dónde está Makus? —inquirió Tarvo, mirando a un lado y a otro.

—Se ha quedado en Gallia organizando las provisiones y encargándose de los que quieren unirse a nosotros —contestó Jay.

—Vamos para allá y nos pondremos de inmediato a diseñar la estrategia para el ataque a

Luminaria —decidió Gavin.

Los demás asintieron, conformes.

***

Acababan de llegar a las afueras de Gallia cuando divisaron a otro dragón en el cielo. El corazón de Jay se aceleró al reconocer las escamas azul marino de Djaka.

Y, tal y como esperaba, Ayla iba con ella.

Djaka aterrizó y se estiró. Las gemas azules de su cornamenta brillaron al recibir los rayos dorados del atardecer. Ayla bajó al suelo y Jay fue hacia ella.

—Djaka, ¿qué haces aquí? —fue lo primero que preguntó Alastair.

Ella irguió la barbilla y arqueó una ceja.

«Yo también me alegro de verte —ironizó—. He decidido que no os vendría mal mi ayuda, así que aquí estoy».

Alastair la miró fijamente. Al final, Djaka gruñó. Se envolvió en un brillo blanco y regresó a su forma humana. Iba con su vestido granate.

—De acuerdo —bufó y se cruzó de brazos. Todos la miraron, atentos—. He tenido una visión… no muy buena.

Caedra frunció el ceño.

—¿Qué clase de visión?

—La clase de visión horrible en la que Saekish recupera su cuerpo —respondió ella en tono amargo.

—Mierda —soltó Jay, dibujando una mueca en su rostro—. Eso es justo lo que tenemos que evitar.

Si Saekish recuperaba su cuerpo y destruía la esfera primaria, todo su esfuerzo habría sido para nada. Gea estaría condenada a hundirse en las sombras.

—Lo sé, mortal —replicó Djaka irritada—. Por eso he decidido que participaré en vuestra lucha.

Caedra sonrió, ilusionada.

—Gracias, Djaka.

Ella sacudió la mano.

—No me las des; vuestros asuntos mortales me interesan muy poco. Solo quiero evitar que Saekish recupere su cuerpo y acabemos como en ese futuro oscuro que vi…

Jay tuvo un escalofrío al recordar aquella horrible experiencia. Miró a Ayla, que estaba esperando a que él dijera algo.

—Ayla, me alegro mucho de verte. ¿Has terminado tu entrenamiento? —inquirió él, esperanzado.

—Sí —contestó ella con una sonrisa.

—Muy bien —celebró Jay—. El oráculo supremo no sabe lo que le espera.

Ayla se sonrojó. Confiaba en no decepcionarlos cuando llegara el momento.

***

Se movilizarían hacia Luminaria al día siguiente. A buen ritmo, lograrían estar allí en una semana con todos los rebeldes.

Habían estado durante un par de horas discutiendo posibles planes y cuál sería la mejor ruta a seguir. Había costado, pero al final habían conseguido ponerse de acuerdo.

Tenían que matar al emperador. Con eso, Luminaria sería automáticamente suya. Bastaba con que los soldados imperiales estuvieran demasiado distraídos con un ataque a la ciudad durante el tiempo suficiente para que se mantuvieran alejados del palacio. Eso les facilitaría el camino hasta el emperador.

Alastair, sin embargo, no estaba contento con lo acordado.

—Vamos, Alastair, estaré con Jay —le dijo Caedra una vez se hubieron apartado para estar los dos a solas—. No me pasará nada.

Habían ido al bosque de Gallia, donde no había nadie más. Las hojas blancas de los árboles recibían la pálida luz de la luna, iluminándose tenuemente. Era un espectáculo precioso, pero ni Caedra ni Alastair le prestaban atención.

Alastair gruñó.

—No quiero perderte de vista ni un momento, Caedra. Esto va a ser lo más peligroso que hagamos —replicó él con frialdad. Era la batalla que decidiría si obtenían la victoria y podían al fin vivir tranquilos, o si eran derrotados y morían todos.

Caedra suspiró con tristeza. Cogió la mano izquierda de Alastair entre las suyas.

—Lo sé, pero necesitamos que tanto tú como Djaka causéis un buen destrozo en Luminaria para atraer la atención de los soldados, mientras los rebeldes se infiltran en la ciudad y nosotros en el palacio —explicó—. Eso solo lo pueden conseguir dos dragones.

Alastair no dijo nada. Sabía que tenía razón, y que era importante que el palacio estuviera lo más despejado posible de soldados, pero no tenía por qué gustarle. Estaría todo el tiempo intranquilo, preguntándose si Caedra estaría bien. Y esas cadenas de angustia podían ser un lastre en combate.

—Solo estaremos alejados un pequeño rato —insistió Caedra—. En cuanto los rebeldes ya estén dentro de la ciudad, vendrás con nosotros. Recuerda que no podemos luchar contra el emperador sin ti.

Al fin y al cabo, no era solo el emperador a quien tenían que enfrentarse. También estarían Saekish y el oráculo supremo.

Alastair suspiró pesadamente. La miró al fin.

—Iré lo más rápido que pueda.

Caedra sonrió.

—Eso no lo dudo. Pero no te preocupes, Alastair, sé defenderme, por lo que no te precipites. Aguantaré hasta que vengas.

—No dudo de tus habilidades, Caedra, pero… —Alastair frunció el ceño y calló. Desvió la mirada, ahora sombría.

—Pero ¿qué? —Caedra lo instó a continuar, inquieta al ver su reacción. ¿Qué lo atormentaba?

Alastair gruñó.

—Olvídalo.

—No, Alastair, dímelo —insistió ella, apretando los dedos. La piel de Alastair estaba tan fría como de costumbre.

Alastair clavó sus ojos de hielo en ella. Caedra se quedó rígida ante su intensidad.

—No dudo de tus habilidades —repitió él—. Sin embargo, hay algo que desconoces. —Su voz adquirió un tono cargado de amargura y sus hombros estaban tensos—. Cuando viajé al pasado para evitar tu muerte, cambié lo que el destino había dictado que debía ocurrir. El destino va a seguir intentando que se cumpla lo que tenía que haber sucedido en ese momento…

Caedra abrió los ojos como platos. Su corazón se aceleró, y ató cabos de inmediato.

—Ahora entiendo por qué últimamente me he visto en tantas situaciones en las que casi no lo cuento —murmuró, sorprendida. Había creído que solo era mala suerte… Resultaba que el destino había estado al acecho, agazapado en las sombras para aprovechar la más mínima oportunidad de segar su vida y cumplir lo que estaba escrito.

¿Qué significaba esto? ¿Qué era el destino? Si tenía esa influencia, debía ser una parte fundamental del funcionamiento de Gea. Pero ¿cómo?

Y, sobre todo, ¿acaso era algo que pudiera ser derrotado? Caedra sospechaba que no, y se le revolvió el estómago. ¿Tenía los días contados?

—No quería que lo supieras para no asustarte —prosiguió Alastair, viendo que ella permanecía con los ojos desorbitados, dándole vueltas. Suspiró con tristeza—. Pero creo que sabiéndolo serás más precavida. No se trata de que no seas una hábil guerrera, la cuestión es no darle ninguna oportunidad al destino. Es por eso que siempre estoy más inquieto de lo normal por lo que pueda pasarte, Caedra. No es porque no confíe en ti. ¿Me entiendes ahora?

—Yo… —Caedra frunció el ceño—. No lo sabía, Alastair. Pero no te preocupes, de verdad. Tendré mucho cuidado.

Ahora sentía como si tuviera a un espectro detrás de ella, vigilando cada uno de sus movimientos, esperando a que se descuidara lo más mínimo para desgarrarle la garganta. Tragó saliva y respiró hondo.

No podía morir. No *quería* morir. Todavía tenía mucho por lo que vivir… No solo debía proteger a Jay. También deseaba hacer tantas cosas con él y con Alastair… Tenían tanto que ver y experimentar juntos…

—¿Me lo prometes? —dijo Alastair, muy serio.

Caedra liberó un suspiro tembloroso. Sonrió, aunque la alegría no llegó a sus ojos amarillos, y asintió con la cabeza.

—Te lo prometo. No es tan fácil vencerme. Pero tienes que prometerme que tú también tendrás cuidado.

Alastair esbozó media sonrisa. Llevó la mano que tenía libre a la mejilla de Caedra.

—Lo tendré.

***

Jay se había sentado con Ayla en una pequeña plaza de Gallia en la que había una fuente. Tuvo

en su día una estatua de piedra en el centro, pero fue destruida en el ataque y solo quedaban sus restos.

—¿Te ha torturado mucho Djaka estas semanas? —inquirió Jay, solo medio en broma.

Estaban los dos en un banco de piedra, prácticamente a solas. Apenas pasaba alguien muy de vez en cuando. Jay estaba esperando a que Alastair y Caedra regresaran.

Ayla dejó escapar una pequeña carcajada, llevándose la mano a la boca.

—Ha sido duro, pero ha merecido la pena —contestó—. Ahora puedo enfrentarme a dos personas a la vez y predecir todos sus movimientos.

Habría estado bien ser capaz de luchar contra más, pero no tenían más tiempo. Por el momento, tendría que ser suficiente con dos. Aunque tampoco podía aguantar más de unos minutos sin cansarse y perder la concentración. Sospechaba que el oráculo supremo no tendría esa desventaja.

—Me alegro de que haya ido bien —dijo Jay y sonrió—. Tengo curiosidad por verte en combate, aunque ojalá no tuviera que ser precisamente cuando vamos a jugarnos la vida contra el emperador y sus cómplices…

Ayla suspiró con tristeza.

—Ya…

—Bueno, no pasa nada. Estoy seguro de que todo saldrá bien —continuó Jay, también para convencerse a sí mismo.

Ayla abrió la boca para decir algo, pero sus ojos se iluminaron. Jay frunció el ceño. Estaba recibiendo una visión.

Pasaron varios minutos. Jay esperó, algo impaciente. Al fin, Ayla parpadeó.

La chica sacudió la cabeza. Juntó las cejas y se mordió el labio. Bajó la vista.

—¿Qué has visto, Ayla? —preguntó Jay de inmediato, inclinándose hacia ella—. ¿Ha sido la visión de Saekish recuperando su cuerpo?

—No… —murmuró ella, todavía sin mirarlo—. Ha sido… algo distinto.

—¿El qué?

Ayla sacudió la cabeza otra vez y apretó los dientes. Jay se fijó en que sus ojos se habían llenado de lágrimas.

—¿Qué has visto, Ayla? —le preguntó con suavidad, poniendo las manos en sus hombros. Ahora estaba preocupado.

Ella respiró hondo y parpadeó varias veces.

—Re… ¿Recuerdas aquella vez en la Tierra cuando tuve una visión horrible? —dijo. Su voz tembló un poco.

Jay asintió con la cabeza.

—Recuerdo que lo pasaste muy mal. Era una visión de nuestra batalla contra el emperador, ¿verdad?

—Sí… —Ayla apretó los puños—. He… He vuelto a tener una visión de ese momento.

Jay frunció el ceño.

—¿Igual? —quiso saber, inquieto. Al fin y al cabo, Ayla le había contado que había presenciado la muerte de alguien en esa visión…

Nunca había logrado convencerla para que le dijera de quién se trataba, sin embargo. Ayla había estado muy afectada y había insistido en mantenerlo en secreto.

Al menos, esta vez no se había puesto a gritar. Quizás no fuera tan terrible para ella…

Ayla negó con la cabeza.

—No, ha cambiado…

—¿En qué es diferente? —cuestionó Jay, impaciente por saberlo. Aunque no se había hecho ilusiones. Si fuera algo bueno, Ayla no estaría reaccionando de esa manera.

Ayla desvió la mirada.

—La persona que muere… es otra —murmuró en un tono tan bajo que a Jay le costó escucharla.

Jay dibujó una mueca en su rostro. Seguía muriendo alguien, aunque ahora fuera otra persona. Iba a perder igualmente a alguno de sus amigos…

También existía la posibilidad de que fuera él mismo el que muriera. Tuvo un escalofrío.

—¿Quién? —preguntó, muy serio.

—No… No quiero decirlo —respondió ella, mirándolo por debajo de las pestañas—. Por favor, Jay.

—Ayla… —empezó él, inquieto. ¿Y si era Caedra? ¿Y si era Alastair?

—Prefiero no decir nada. Lo siento —sentenció Ayla, torciendo el gesto.

Jay suspiró con tristeza. Se apartó.

—Está bien. Como quieras.

Supuso que era mejor así. Si se enteraba de quién era, no dejaría de estar pendiente de esa persona, y quizás descuidaría sus propios movimientos. Conocer lo que el futuro podía depararle siempre tenía sus riesgos.

—Lo siento —repitió Ayla, intranquila. Notó una desagradable presión en el pecho. Le preocupaba que Jay se hubiera enfadado con ella.

—No, Ayla, lo siento yo por presionarte —dijo él, llevándose una mano a la cabeza, avergonzado—. Tienes todo el derecho del mundo a callar. Supongo que, en realidad, me estás haciendo un favor. Imagino que es mejor no saber esas cosas…

Ayla se encogió.

—Me siento más bien egoísta no contándotelo.

Jay rio con suavidad, pero sus carcajadas estaban vacías de alegría alguna.

—No eres egoísta. Te ha asustado lo que has visto y prefieres no contármelo por si no sucede. Es comprensible.

Ayla clavó la vista en las baldosas del suelo y se quedó en silencio.

«Te equivocas, Jay», pensó, sintiéndose culpable.

Pero dejaría que creyera que era esa la razón por la que no se lo contaba.

***

Partieron al amanecer. Jay, Ayla y Gavin iban al frente. Djaka y Alastair iban en el medio de las tropas de rebeldes. Tarvo, Connor y Makus cerraban las filas. Caedra y Valikia los sobrevolaban, desplazándose de un lugar a otro para comprobar que no se aproximaban enemigos.

Caedra intentó acercarse a Valikia para hablar con ella varias veces a lo largo del día. Pero esta o se apartaba o la ignoraba. Caedra no tardó en desistir, resignada.

Acamparon al caer la noche. Cenaron y organizaron turnos de guardia. Caedra y Jay serían parte del segundo, por lo que todavía tenían algo de tiempo.

Estaban en el extremo norte del campamento, junto a una pequeña hoguera. Caedra se había sentado en la tierra, con las piernas cruzadas, mientras que Jay estaba acomodado en una roca a su lado, con los codos apoyados en las rodillas.

Llevaban un buen rato en silencio, escuchando el lento crepitar de las llamas y contemplando las bonitas ascuas rojas que ascendían hacia el cielo. De vez en cuando se oía el ruido de pasos de gente que se desplazaba por el campamento, o de animales salvajes moviéndose entre las ramas de los árboles.

Jay observaba a Caedra de reojo. La zeafírea tenía la mirada fija en el fuego, con el rostro iluminado de naranja. Parecía sumida en sus pensamientos.

—Vas a hacer una gran labor de guardia, Cai —bromeó Jay, levantándose.

Ella sacudió la cabeza, regresando a la realidad. Suspiró con tristeza.

—Lo siento.

Jay se acomodó detrás de ella, extendiendo sus piernas a un lado y a otro. La rodeó con sus brazos y Caedra se recostó en él, relajando los músculos. Jay frunció el ceño.

—¿En qué piensas?

—En Valikia —admitió Caedra. Echó la cabeza hacia atrás para apoyarla en su hombro y Jay le dio un beso en la sien. Caedra sonrió brevemente antes de recuperar la seriedad y continuar—: Por más que he intentado hablar con ella, me evita constantemente.

Jay gruñó.

—No me puedo creer que siga igual. No fue tu culpa.

—No lo sé, Jay. Quizás tenga razón… —empezó Caedra.

—No la tiene —la interrumpió Jay, firme—. Pero sí que es cierto que no podemos obligarla a hablar. Habrá que seguir esperando; no queda más remedio.

Caedra ladeó la cabeza para mirarlo.

—¿Y si ya nunca más quiere hablar conmigo? —inquirió, con el temor filtrándose en su voz.

Le había costado mucho ganarse la amistad de Valikia, pero habían llegado a ser casi como hermanas. Y ahora… Ahora todo se había echado a perder. Se había abierto una grieta inmensa entre ellas y no veía cómo cerrarla. Era un abismo insalvable, y tratar de sobrevolarlo solo haría que se estrellara.

—Tranquila, Cai —dijo Jay, acariciando su mejilla—. Estoy seguro de que al final se dará cuenta de que con quien tiene que estar enfadada es con el oráculo supremo, no contigo.

Caedra suspiró pesadamente y se quedó callada. Clavó la vista de nuevo en el fuego.

Jay permanecía con el ceño fruncido, preocupado. No insistió, sin embargo, y los dos se sumieron una vez más en el silencio.

Solo pasaron unos minutos antes de que Jay hablara de nuevo:

—Oye, Cai…

La zeafírea giró la cabeza con rapidez hacia él, mirándolo fijamente con sus ojos amarillos. A Jay se le escapó una carcajada y ella arqueó una ceja.

—¿Qué es tan gracioso?

—Nada, nada, lo siento, es solo que… —Jay sonrió con ternura. Cruzó los brazos delante del pecho de la zeafírea y ella se aferró a sus manos—. Llevo años queriendo decírtelo, y siempre se me pasa. Es algo en lo que me fijé cuando te conocí y, todavía hoy, me sigue sorprendiendo.

—¿El qué?

—Cuando mueves así la cabeza… me recuerda mucho al movimiento de un pájaro, al de un ave rapaz —explicó él—. Lo cual es gracioso, porque eres una zeafírea y, bueno…

Caedra bajó la vista.

—Ah, vaya… —murmuró, y Jay se fijó en que sus mejillas se habían coloreado de rojo.

—Vamos, Cai, no lo decía para que te avergüences por ello —se apresuró a aclarar. Le dio un beso en la mejilla y el corazón de la zeafírea latió con alegría. Daba igual cuántas veces la besara, se emocionaría siempre, con las mariposas revoloteando en su estómago—. Es un gesto muy propio de ti y me encanta. Es adorable.

Caedra lo miró de nuevo. Esta vez rio con suavidad, con una agradable calidez en el pecho.

—Si tú lo dices…

Jay apoyó la barbilla en su hombro. Caedra pegó su mejilla a la de él y Jay cerró los ojos por un instante, disfrutando de tenerla contra su cuerpo, en sus brazos, juntos sus rostros. Solo levantó de nuevo los párpados porque su turno de guardia sería el siguiente. No debía dormirse.

—¿Qué es lo que me ibas a comentar antes? —inquirió ella, ya sin la sonrisa en sus labios.

Jay frunció el ceño, desterrando también la alegría de su rostro.

—Ayla tuvo una visión ayer y estoy preocupado. Vio a alguien morir, pero no me ha querido revelar quién es.

—Bueno, quizás sea mejor así… —dijo Caedra, encogiéndose de hombros, aunque también le había inquietado la información.

—Sí, pero… —Jay se irguió y la tomó de la barbilla con suavidad para que lo mirara. Sus ojos amarillos, que él tanto adoraba, lo observaban con atención—. Tan solo… Ten mucho cuidado, ¿vale?

El corazón de Caedra se aceleró, recordando lo que le había contado Alastair.

—No te preocupes por mí, Jay —contestó con suavidad, subiendo una mano para acariciar la mejilla del chico—. Asegúrate de tener cuidado tú.

Jay soltó una pequeña carcajada teñida de amargura.

—Sí, lo mejor será que tengamos cuidado todos.

Caedra movió la mano a su nuca, empujando hacia abajo para besar sus labios. Cerró los ojos, sintiendo cómo Jay sonreía contra su boca mientras ella enredaba los dedos en su cabello. Sabía a los dulces frutos rojos que habían tomado como postre.

—Cuando todo esto termine —susurró Jay al separarse para respirar, acariciando los labios húmedos de la zeafírea con el dedo índice—, que sepas que voy a ser muy pesado contigo.

—¿Ah, sí? ¿Qué me vas a hacer? —lo provocó ella, con una sonrisa pícara.

Jay deslizó la mano por debajo del cuello de la camisa. Acarició las plumas en el pecho de Caedra y ella tuvo un escalofrío de placer. Al estar abrazándola, Jay lo sintió y sonrió.

—De entrada, recuperar el tiempo perdido estos años mientras ni tú ni yo sabíamos qué hacer con nuestros sentimientos. —Jay le dio otro beso rápido en los labios—. ¿Qué te parece?

Caedra se giró y se sentó a horcajadas encima de él. Jay se tensó ante la intensidad en su mirada.

—Me parece una idea excelente —dijo en tono bajo, rodeándolo con sus alas. Apartó los mechones de pelo castaño que caían sobre la frente de Jay, despejando su cara. La recorrió con las puntas de los dedos hasta llegar a sus labios—. Y, si no tuviéramos guardia dentro de un rato… —Acercó su rostro al de él. Jay tragó saliva—… empezaríamos ahora mismo.

Le dio un beso en la frente, riendo ante su expresión de asombro, y regresó a la postura anterior. Jay esta vez solo reposó un brazo en el pecho de la zeafírea.

—Cuidado con lo que provocas —le susurró Jay en el oído. Fue el turno de Caedra de tensarse al sentir sus cálidos dedos debajo del pantalón.

—Jay —logró decir ella, conteniendo a duras penas un gemido cuando rozó su zona más sensible—. Te recuerdo que estaremos de guardia en...

—Muy bien, pero olvídate hasta entonces —dijo él, mordisqueando su oreja. Caedra suspiró. Además, Alastair rondaba por el perímetro y aparecería al instante si realmente había peligro alguno—. Deberías relajarte. Tienes los músculos muy rígidos.

Sabía que no era mucho lo que podía hacer por ella, pero Alastair le había comentado lo afectada que había quedado Caedra tras revelarle la verdad sobre el destino que la acechaba. Y, si así contribuía a que se olvidara, aunque fuera por unos instantes, del miedo que debía de sentir ante la inminente batalla, lo haría encantado.

—Si sigues así, no voy a relajarme, precisamente… —jadeó ella, echando la cabeza hacia atrás y estirando con brusquedad una pierna. La presión en su interior no hacía más que aumentar.

Jay sonrió.

—Bueno —dijo, moviendo sus dedos en círculos. Caedra se retorció en sus brazos, apretando los ojos—. En ese caso, simplemente disfruta. Yo creo que te lo mereces.

La besó para ahogar sus gemidos. Y Caedra fue incapaz de pensar en otra cosa que no fuera él.

***

En el primer turno de guardia estaban Valikia y Gavin, pero a ellos les tocaba vigilar la zona oeste del campamento.

Gavin afilaba su espada con una roca, sentado con las piernas cruzadas en el suelo. Valikia se mantenía de pie a su lado, con los brazos cruzados.

—¿Vas a estar así todo el tiempo? —le preguntó Gavin, divertido.

Ella gruñó. No respondió.

Gavin suspiró con tristeza. Valikia llevaba actuando de una forma muy rara desde que había recibido la noticia de la muerte de su hermano. Era normal, y lo entendía, pero no podía continuar así cuando dentro de tan solo unos días se enfrentarían al emperador.

Necesitaba que estuviera centrada. De lo contrario, Gavin temía que no fuera capaz de luchar en condiciones. Le daba miedo que le pasara algo.

—Val… —la llamó, y ella lo miró de reojo—. ¿Piensas seguir ignorando a Caedra?

Valikia bufó e irguió la barbilla.

—¿Qué clase de pregunta es esa, principito? Por supuesto que voy a seguir ignorándola. Es culpa suya que Denkuro no esté ahora aquí con nosotros… —Su voz se partió al final y se calló. Se abrazó a sí misma.

Gavin dejó su espada en el suelo y se levantó.

—Sabes que no es así, Val. ¿Por qué insistes en tratarla de esa manera? —inquirió con suavidad.

Valikia bajó la vista. Su labio inferior tembló.

—Yo… No sé qué hacer, Gavin. Me cuesta tanto asumir que Denkuro no está. Me había hecho ilusiones pensando que por fin volvería conmigo…

—Lo sé —dijo él, rodeándola con sus brazos por detrás. Ella se recostó en él y Gavin apoyó la barbilla en su hombro—. Sé lo dolida que estás. Pero lo estás pagando con la persona equivocada. El único responsable en todo esto es el oráculo supremo..., y el propio Denkuro, que no quiso aceptar la realidad.

—Pero Caedra… —trató de replicar Valikia. Los ojos le ardían.

—En el fondo sabes que Caedra hizo todo lo que pudo para que tu hermano supiera la verdad, Val.

—¿Y por qué no está Denkuro aquí con nosotros, entonces? —masculló ella.

—Porque la ira lo cegó hasta el final. Si las circunstancias hubieran sido diferentes, quizá el resultado habría sido otro. Pero la situación era la que era —contestó Gavin en tono bajo. Irguió el cuello para mirarla—. ¿Habrías preferido que Caedra muriera?

Valikia permaneció varios segundos en silencio, ahora con los hombros en tensión. Gavin no la presionó, esperando pacientemente a que ella estuviera lista para responder.

—No —admitió ella al fin. Apretó los puños.

—Pues es lo que habría sucedido si ella y Alastair no hubieran detenido a Denkuro. Acabaron heridos solo por evitar atacarlo a él mientras trataban de convencerlo, Val. Hicieron todo lo que pudieron. Ahora, tú simplemente estás pagando con ella el inmenso dolor que la muerte de tu hermano te ha provocado.

Valikia no dijo nada. Un par de lágrimas se deslizaron por sus mejillas. Gavin las limpió con la

mano.

—Supongo que la rabia y el dolor también me cegaron a mí —murmuró al cabo de unos segundos, con el ceño fruncido.

—Sí. No por nada eres mi arpía testaruda —replicó Gavin en tono juguetón, intentando animarla.

—¡Oye! —protestó Valikia, girándose, todavía rodeada por sus brazos, para mirarlo—. ¿Qué has querido decir con eso?

—Que eres una maravillosa arpía testaruda —dijo Gavin con una sonrisa pícara—. ¿Necesitas que te lo repita más veces?

—Y tú eres un principito insoportable —replicó ella, aparentando indignación, y llevó las manos a sus mejillas para besarlo. Gavin rio contra sus labios y Valikia acabó por sonreír también, envolviéndolo con sus alas y pegándolo a su cuerpo.

Cuando se separaron, Valikia estaba más tranquila. Lo miró por debajo de las pestañas, su sonrisa ahora tímida.

—Gracias por hablar conmigo, Gavin.

Él suavizó la mirada.

—No me des las gracias por eso, Val. —Apartó un mechón de la mejilla de la zeafírea y lo colocó detrás de la oreja—. Para eso estoy.

Valikia se dio la vuelta de nuevo para recostarse en su pecho. Alzó la vista al cielo estrellado y suspiró con pesadez.

—No sé cuándo hablaré con Caedra… Todavía no estoy preparada para ello.

—Tómate el tiempo que necesites. Lo importante es que en algún momento puedas hacerlo —señaló Gavin—. Sé que tú también te sientes mal por la distancia y el vacío que se ha generado entre vosotras. Se acercan momentos muy difíciles. Sería bueno que os enfrentarais a ellos con el corazón limpio.

—Sí…

Gavin tenía razón. Quien realmente tenía la culpa de la muerte de Denkuro era el oráculo supremo, por haberlo engañado.

El oráculo supremo les había hecho daño a todos. Había destrozado egoístamente muchas vidas, al igual que el emperador.

Y Valikia no podía esperar para hacérselo pagar.

Capítulo 44: Inspiración

Caedra movió la lanza con rapidez. Ayla la frenó con la suya. Caedra giró y se agachó para golpear sus piernas con el astil. Ayla la detuvo una vez más.

Jay palideció al observar la velocidad con la que las dos se desplazaban de un sitio a otro, encadenando impactos de sus lanzas y llenando el ambiente de una estridente melodía metálica.

Llegarían al día siguiente a Luminaria. Estaban ya muy cerca del enemigo, por lo que habían extremado la vigilancia. Habían parado para pasar la noche en el bosque, donde todos dormirían al raso, ocultos. No iban a montar un campamento que los soldados imperiales pudieran ver con claridad y atacar.

Caedra había expresado curiosidad por las nuevas habilidades de combate de Ayla. Al fin y al cabo, había sido ella quien había empezado a entrenarla en serio antes de que el oráculo supremo la secuestrara.

Se habían desplazado a un lugar apartado, junto a unas rocas, para realizar un pequeño combate de práctica.

Caedra podría haber desarmado a Ayla desde el principio simplemente ejerciendo su control sobre el metal, pero quería ver cómo se desenvolvía la chica. Llevaban ya varios minutos intercambiando golpes y, por más que Caedra lo intentaba, Ayla conseguía bloquearlos todos, sin excepción.

—Es increíble —comentó Jay por lo bajo.

—Otra alumna más a la que enseño con éxito —declaró Djaka, inflando el pecho con orgullo —. Soy la mejor maestra que existe.

Alastair, que también observaba, arqueó una ceja.

Sin embargo, Ayla empezó a cansarse antes que Caedra. Solo pasaron un par de minutos más y Ayla saltó hacia atrás y alzó la palma de la mano jadeando.

Caedra se detuvo. Transformó su lanza de nuevo en un brazalete y sonrió.

—Has estado muy bien, Ayla. Solo te falta seguir trabajando esa resistencia.

Ayla suspiró.

—Lo sé, pero no teníamos tiempo para entrenar más.

—Lo que has conseguido es digno de admirar —le aseguró Caedra, acercándose y poniendo una mano en su hombro—. Eres una gran guerrera, eso no lo dudes.

Ayla la miró con las cejas arqueadas y las mejillas rosas. Su corazón se aceleró al recibir un cumplido de la zeafírea, a la que siempre había admirado tanto. Sin embargo, enseguida bajó la vista, frunciendo el ceño.

Caedra entornó los ojos ante su reacción. Se había mostrado contenta, pero esa alegría se había apagado con demasiada rapidez.

—Veros era como presenciar una danza con una coreografía muy complicada —comentó Jay,

divertido. Se acercó a ellas, seguido por Djaka y Alastair.

Caedra se apartó de Ayla. Decidió no darle mucha importancia a su actitud.

***

La noche estaba ya avanzada. Caedra y Ayla habían ido a darse un baño al río antes de dormir, pero la zeafírea se fijó en que Ayla ahora evitaba mirarla, como si estuviera nerviosa.

—Ayla —la llamó con suavidad, cruzándose de brazos, aunque estaba sumergida en el agua y su amiga no vería el gesto—. ¿Te pasa algo?

Ella agachó la cabeza.

—No… No es nada.

—¿Seguro? Te noto un poco rara conmigo después de lo que te dije al terminar el combate —señaló Caedra. Frunció el ceño—. ¿Te molestó lo que dije? Porque mi intención era animarte…

—No, no —contestó Ayla con rapidez, alzando al fin la vista para mirarla. Pero enseguida la apartó de nuevo y desvió su atención a los árboles que tenía a la derecha—. Es solo que… —Ayla calló y se mordió el labio, nerviosa. Se hundió en el agua hasta la barbilla.

Caedra se acercó a ella.

—Puedes contarme lo que sea, Ayla.

Ayla, sin embargo, le dio la espalda. Caedra suspiró pesadamente.

Hubo varios segundos de silencio. Ayla miró a Caedra por encima del hombro. La zeafírea lavaba las plumas de sus alas. El metal que cubría el hueso brillaba cubierto de una leve lámina de agua.

—Solo estoy nerviosa… por mañana —murmuró Ayla.

Caedra arqueó una ceja. Por el ligero temblor en su voz deducía con facilidad que estaba mintiendo. Pero tampoco tenía sentido presionarla.

—Es normal. Solo céntrate en seguir el plan que hemos trazado y no te pares a pensar en nada más —le recomendó, sin dejar de lavar sus plumas—. Así será más fácil.

El agua del río estaba fría. Caedra quería terminar de limpiar sus alas cuanto antes para salir. Ayla, en cambio, debía de estar lista ya desde hacía rato, porque no dedicaba tanto tiempo como ella a asegurarse de que cada pluma estaba perfecta. Por tanto, no entendía por qué no aprovechaba y se marchaba. A Caedra no le preocupaba quedarse sola, pues sabía que Alastair estaría vigilando la zona.

—Jay significa mucho para ti, ¿verdad?

La pregunta de Ayla, varios minutos más tarde, la pilló desprevenida, pues Caedra pensaba que se quedaría callada el resto del tiempo.

La zeafírea frunció el ceño.

—Sí. Jay es una de las dos personas más importantes para mí. Pero creo que eso no es ningún secreto.

—Solo asegúrate de estar pendiente de él mañana cuando ataquemos Luminaria, ¿vale? —musitó Ayla. Fue con rapidez a la orilla y se envolvió en la manta, que había dejado preparada previamente en la hierba, nada más salir.

—Eso lo hago siempre, no te preocupes —contestó Caedra, arqueando una ceja. La actitud de Ayla seguía siendo muy extraña.

Ayla se giró para mirarla, tiritando por el frío.

—Gracias, Caedra. Yo también estaré más tranquila sabiendo que cuidas de Jay.

Dicho esto, Ayla dio media vuelta y se marchó.

Caedra dibujó una mueca en su rostro en cuanto se hubo quedado a solas.

—Pensaba que esa mortal no se iba a ir nunca.

Caedra sonrió al escuchar esa voz. Se giró, viendo que Alastair se había materializado en la otra orilla. Fue hacia él.

—Alastair, no seas malo.

—¿Por querer tener un rato contigo a solas? —replicó él, en absoluto arrepentido por su comentario.

—Yo también me alegro de verte —dijo ella con una pequeña carcajada. Extendió los brazos hacia él—. ¿Te bañas conmigo?

Alastair esbozó media sonrisa.

—Sabes que nunca puedo rechazar una propuesta tuya.

Y el hombre, tras quitarse la ropa, no tardó en acompañarla bajo el agua.

Caedra fue de inmediato a refugiarse en sus brazos, contenta. Alastair la abrazó y apoyó la mejilla en su cabeza.

Se quedaron un rato así, en silencio, disfrutando de la presencia del otro y del relajante sonido del agua que se deslizaba con lentitud. Hacía algo de fresco, y la piel de Alastair estaba helada, pero a Caedra no le importó. Se sentía demasiado a gusto con él, y las posibilidades de tener un momento a solas ya eran escasas a esas alturas.

—Ayla está actuando raro —dijo Caedra al cabo de un rato.

Alastair frunció el ceño.

—Estará nerviosa por la batalla de mañana.

Él también lo estaba, aunque se esforzara en ocultarlo. Le preocupaba lo que le pudiera pasar a Caedra… Y, por si eso no fuera suficiente, ambos tendrían que estar separados al principio.

La apretó contra él, preso de la angustia que le provocaba pensar en ello. Caedra alzó la vista para mirarlo.

—Alastair… Estamos muy cerca de conseguirlo —murmuró ella con una sonrisa—. ¿Te imaginas? Podremos al fin tener una vida tranquila juntos…

Alastair clavó los dedos en la piel húmeda de Caedra. Sonaba maravilloso… Pero ¿serían realmente capaces de conseguirlo? Estaba seguro de que el destino iba a hacer todo lo posible para salirse con la suya, para arrebatarle a Caedra e impedir que tuvieran esa vida juntos con la que soñaban…

Tendría que confiar en que Jay protegería a Caedra hasta que él fuera con ellos.

—Es lo que más deseo. Una vida contigo y con Jay.

La sonrisa de Caedra se ensanchó al escuchar sus palabras.

—Tengo tantas cosas que enseñarte…

—Y el helado será la primera, ¿no? —adivinó Alastair, poniendo los ojos en blanco.

La zeafírea soltó una pequeña carcajada.

—Quién sabe. Estoy segura de que verás que su textura es muy acorde a tu esencia. Te encantará.

—Yo, en cambio, estoy convencido de que no superará mi textura favorita —replicó él, y su tono hizo que un escalofrío recorriera la espalda de Caedra.

—¿Cuál… es esa textura?

Alastair esbozó una enigmática sonrisa y la besó. Caedra correspondió con gusto, lista para sumirse por completo en el beso, pero entonces Alastair se apartó y se sumergió en el agua.

—¿Alastair? —lo llamó ella, confusa—. ¿Por qué has…?

Tuvo que ahogar un grito al notarlo entre las piernas.

***

Ayla fue corriendo de vuelta a donde había dejado sus cosas. Ahí se encontraba Jay con una pequeña hoguera encendida. Estaba sentado en el tronco caído de un árbol.

Ayla se quedó rígida un segundo, con el corazón latiendo a mil por hora. No había esperado encontrárselo ahí; pensaba que ya estaría durmiendo, pues su turno de guardia era más tarde.

Logró reaccionar. Se acercó a él y se sentó a su lado, asegurándose de estar bien envuelta en la manta. El calor de las llamas ayudó a Ayla a terminar de secarse.

—¿Quién os manda daros un baño a estas horas? —inquirió Jay, divertido.

—No íbamos a tener otra oportunidad ya antes de la batalla… —contestó ella.

—Ya, lo sé. ¿Y Caedra? —preguntó Jay—. ¿Todavía no ha terminado?

Ayla negó con la cabeza.

—Seguía lavando las plumas de sus alas. Yo me he dado más prisa.

Jay frunció el ceño, un poco preocupado.

«Estará con Alastair», se dijo para relajarse. Si no volvía en unos minutos, iría él mismo a comprobarlo.

—Oye, Jay… —continuó Ayla, mirándolo de lado.

Jay desvió su atención hacia ella.

—Dime, Ayla.

Ayla se mordió el labio, nerviosa. No se sentía muy preparada para contarle a Jay lo que sentía por él. Sin embargo, al día siguiente se embarcarían en la que sería, probablemente, la batalla más complicada de sus vidas. Podía pasar cualquier cosa…

Y Ayla no quería dejar pasar esa oportunidad de sincerarse con Jay. Sabía que no había ninguna posibilidad de que el chico correspondiera a sus sentimientos; estaba con Caedra y sospechaba que también había algo con Alastair. Pero necesitaba expresarlo.

—Tengo algo que decirte.

—Espero que sea lo que no me contaste hace un tiempo en Ganthia porque nos interrumpió Valikia.

Ayla arqueó las cejas.

—¿Te acuerdas?

Jay soltó una carcajada. Extendió la mano hacia el fuego para mantener vivas las llamas.

—Claro que me acuerdo. Me quedé con la curiosidad.

—Sí, es eso —admitió ella. Apretó los puños. No iba a echarse atrás.

—Muy bien, pues soy todo oídos.

Ayla respiró hondo. Lo miró a los ojos.

—Jay… Es gracias a ti que hoy estoy aquí. De no ser porque decidiste ayudarme a pesar de que no me conocías de nada, a pesar de que era tu enemiga, yo seguiría engañada, trabajando para el oráculo supremo.

—Me di cuenta enseguida de que eras diferente al resto de nuestros enemigos —dijo Jay—. Y a cabezota no me gana nadie. Así que no iba a detenerme hasta que vieras que tenías derecho a ser libre y a ser tú misma.

Ayla esbozó una pequeña sonrisa antes de continuar:

—Sí, y no has parado de ayudarme desde entonces. Me enseñaste a expresar mis emociones, a comunicarme con los demás, a ir ganando confianza en mí misma… Es gracias a ti que empecé a disfrutar del mundo y de mi vida.

Jay también sonrió.

—Yo siempre me he alegrado mucho de que decidieras venir con nosotros, Ayla. Te has convertido en una de las personas más importantes para mí.

El corazón de Ayla empezó a latir más deprisa. Subió las cejas.

—¿En serio? —balbuceó, notando que le ardían las mejillas.

—Claro. Y tú también me has ayudado mucho, Ayla. He perdido ya la cuenta de las veces que me has salvado la vida con tus curaciones —dijo él, solo medio en broma.

Ayla sonrió. Bajó la vista, nerviosa. Ahora era cuando venía lo más complicado.

—Jay… —Respiró hondo. Le dolían las palmas de las manos, en las que había clavado sus uñas con demasiada fuerza. Continuó—: Tú siempre has sido la persona a la que más admiro. La persona más importante para mí, a la que aspiro a alcanzar algún día. No tengo duda alguna de que encontrarte es lo mejor que me ha pasado en la vida…

—¿Qué…? —balbuceó Jay, sorprendido.

Ayla lo miró por debajo de las pestañas.

—A lo largo de todo este tiempo que hemos pasado juntos, me he dado cuenta de una cosa. Y-yo… Me daba miedo decírtelo —admitió. Tragó saliva, notando la garganta seca por los nervios, y se forzó a seguir hablando—: Pero he decidido que no puedo seguir ocultándolo. M-mañana puede pasar cualquier cosa… y, aunque sé cuál será tu respuesta, solo necesito que lo sepas.

Jay había arqueado las cejas.

—¿A qué te refieres, Ayla?

Ella alzó la vista. Clavó sus ojos azules en él con una intensidad que Jay no había visto nunca. Se quedó rígido, con el corazón latiendo con fuerza.

—Estoy… enamorada de ti, Jay. No voy a ocultarlo más —confesó Ayla con toda la firmeza que pudo. Había logrado que no le temblara la voz.

Jay se había quedado con la boca abierta. Que Ayla le dijera eso era lo último que habría esperado esa noche.

—Ayla, yo… —No sabía cómo responder. No había estado preparado para escuchar algo así.

Ella apretó los ojos.

—Ya sé que no sientes lo mismo, Jay… —murmuró, y Jay detectó la tristeza en su voz—. Solo necesitaba decírtelo.

—Está bien, Ayla —se apresuró a responder él. Puso su mano sobre las de ella, que descansaban en su regazo con los puños apretados—. Es solo que yo… —Gruñó y se aclaró la garganta. Ahora estaba nervioso y le costaba expresarse. No quería hacerle daño. Sin embargo, era inevitable—. Te tengo mucho cariño, ya lo sabes. Pero mi corazón pertenece a Caedra y a Alastair.

Ayla levantó los párpados para mirarlo de nuevo, con las mejillas rojas.

—Lo sé…

—Pero sí eres muy importante para mí —insistió Jay—. Tanto que te veo como a una hermana pequeña, alguien imprescindible en mi vida.

El corazón de Ayla latía con tanta rapidez que la chica temía que fuera a darle un infarto.

—Eso… es suficiente para mí —respondió respirando hondo. Y era cierto, lo apreciaba mucho. Espiró con suavidad y se sorprendió al encontrarse ahora más ligera. Relajó las manos—. ¿No te ha molestado que te lo diga?

—No, tranquila. Solo no me lo esperaba —admitió él, llevándose la mano al cuello—. Pero entiendo que necesitaras decírmelo. Espero que ahora te sientas mejor.

Ayla asintió con la cabeza y se puso en pie. Se agachó para coger sus cosas. Iría a cambiarse a donde estuviera Valikia. No andaría muy lejos.

—Gracias, Jay —dijo con una pequeña sonrisa—. Eres el mejor.

Jay rio con suavidad.

—Ojalá fuera cierto. Descansa esta noche, Ayla.

—Lo intentaré —murmuró ella, tensando los hombros. La mañana siguiente sería dura, el destino echaría sus dados.

Y Ayla se marchó, dejando a Jay a solas. No por mucho tiempo, sin embargo. Pronto, captó los pasos sigilosos de Caedra y Alastair.

Los dos aparecieron en el claro. Alastair llevaba su ropa húmeda, mientras que Caedra iba envuelta en una toalla. Dejó las prendas mojadas junto a la hoguera antes de ir corriendo a sentarse con Jay.

—Veo que alguien tiene mucho frío —se burló Jay—. Ven aquí, anda.

La zeafírea se acomodó en su regazo y él la abrazó, aumentando su temperatura corporal. Caedra suspiró de felicidad, relajando los músculos y dejando de tiritar casi al instante.

—He comprobado que todo está despejado —dijo Alastair, sentándose junto a ellos.

—Oye, ¿dónde está Ayla? —inquirió Caedra, extrañada.

Jay dejó escapar una risa nerviosa.

—Supongo que habrá ido con los demás.

Caedra aceptó esta respuesta y se deslizó hacia abajo, reposando la cabeza en el pecho de Jay y extendiendo las piernas en el regazo de Alastair. Jay arqueó una ceja.

—Nos has convertido en tu cama —dijo, divertido.

—Algo así —murmuró ella con una sonrisa.

—Tengo que irme dentro de poco a mi turno de guardia —le recordó Jay con una mueca. Él habría querido quedarse toda la noche así.

—Bueno, hasta entonces no te vas a librar de mí —replicó ella, escondiendo el rostro en su pecho y abrazando su cintura. Jay rio, acariciando el pelo de la zeafírea y observándola con una sonrisa.

Alastair también los miraba. El hielo estaba ausente de sus ojos, que hasta parecían cálidos con las llamas reflejándose en ellos. Las comisuras de sus labios estaban curvadas hacia arriba. Reposó las manos en las piernas de Caedra.

—Os quiero mucho —susurró Caedra, cerrando los ojos.

Jay acarició su mejilla con ternura.

—Yo también, Cai.

Alastair sonrió. Jay, que lo observaba de reojo, sintió que su corazón se aceleraba. Supo, sin necesidad de palabras, que él habría dicho lo mismo.

Los tres tenían miedo. Miedo de que alguno de ellos no sobreviviera a la batalla. De que murieran todos. De que fracasaran.

Pero no permitirían que esto los bloqueara. No se rendirían. Y, mientras hubiera esperanza, pelearían por conseguir esa vida juntos que tanto anhelaban.

Jay no tardó en notar que Caedra se relajaba por completo en sus brazos, su respiración lenta y pausada. Frunció el ceño.

—Voy a tener que despertarla enseguida —dijo, frustrado. No quería apartarse de ella.

—Estoy seguro de que aprecia mucho estar así, aunque sea solo unos minutos —respondió Alastair, con una suave sonrisa, mirando a la zeafírea.

—Ya… Me alegro de que ya no esté tan asustada con el asunto del destino —murmuró Jay, que tampoco apartaba los ojos de Caedra—. Aunque yo… sigo aterrado.

Notó una mano en su hombro y desvió su atención hacia Alastair, sorprendido. Este lo observaba ahora con ojos de hielo en los que ardía el fuego de la decisión.

—La protegeremos, Jay. El destino es obstinado, pero nosotros lo somos más todavía.

Jay esbozó media sonrisa.

—Eso es cierto. —Recuperó el semblante serio, apretando los labios—. Alastair… Yo… —Espiró aire con brusquedad y apartó la vista. Los nervios le bloqueaban la voz. Pero había algo que necesitaba decir, y probablemente no habría otro momento. Ayla había tenido el valor y él seguiría su ejemplo.

Alastair arqueó una ceja.

—Suéltalo, Jay.

El chico clavó la vista en las llamas de la hoguera, buscando ser reconfortado por su calidez.

—Es solo que… Bueno. —Respiró hondo—. Al principio… te odiaba.

—Era mutuo.

Jay puso los ojos en blanco.

—Ya. Pero luego… fui aprendiendo a confiar en ti, sobre todo al quedar atrapados juntos en el futuro. Después acepté que Caedra te amara a ti también, y empecé a apreciarte por ser una persona capaz de querer a Caedra con la misma intensidad que yo, dispuesto a sacrificar todo por ella, gélido como el hielo, pero tan feroz protegiendo a aquellos que quieres como un vendaval… —Miró a Alastair a los ojos. Él lo observaba con atención, sin mostrar emoción alguna en su rostro. Jay tragó saliva. Sentía un insistente cosquilleo en los dedos y se obligó a no apretarlos para no molestar a Caedra—. Y ahora… Ahora, tras haber pasado por tanto juntos, tanto nosotros tres, como tú y yo… Con todo lo que siempre me has ayudado a mí también, Alastair… Yo… siento que también estoy desarrollando un cariño especial hacia ti.

—Un cariño especial —repitió Alastair despacio. Jay tensó los hombros. No podía adivinar cuál sería su reacción. Pero las comisuras de los labios de Alastair se curvaron hacia arriba—. Sí, eso también es mutuo.

Y Jay dejó escapar un suspiro de alivio.

—Eres impulsivo, cabezota y obstinado —prosiguió Alastair. Jay abrió la boca para protestar —. Pero también te entregas con todo lo que tienes a aquellos a los que amas. Tu fuego arde con más fuerza que cualquiera en Gea. Y, de alguna manera, mi hielo, que al conocerte encontraba muy desagradable la intensidad de tus llamas, se ha acostumbrado. Somos opuestos, pero nos hemos adaptado y amoldado al otro. Poco a poco, he aprendido a apreciarte, Jay, y ahora también puedo decir que ya no te protegería solo por lo que significas para Caedra, sino también por lo que significas para mí.

Jay lo miró con los ojos muy abiertos y el corazón latiendo cada vez más deprisa. Estuvo a punto de picar a Alastair por lo mucho que había hablado, pero decidió que no era el momento y él estaba demasiado emocionado; no quería arriesgarse a estropearlo.

—Creo que hemos sido muy afortunados al ser capaces de crear este vínculo tan fuerte entre los tres —comentó Jay con una sonrisa.

Alastair suavizó la mirada.

—Es un vínculo muy especial. Y merece la pena haber tenido que esperar mil años para encontrarlo. Y merece la pena… envejecer, al fin, ahora que sé que será junto a vosotros.

Jay disfrutó de la agradable sensación que floreció en su pecho con estas palabras. Significaba mucho que Alastair, tan solitario y distante por naturaleza, hubiera decidido que era con ellos con quienes deseaba permanecer.

Y él no podía sentirse más dichoso por haber encontrado esa felicidad en Gea. Por haber encontrado a Caedra. Y por haber encontrado a Alastair.

***

Valikia arqueó una ceja al observar a Jay de reojo. Caminaban juntos recorriendo el bosque en el que habían acampado. Tenían el segundo turno de guardia y era más pesado que de costumbre al no poder permanecer sentados en un mismo sitio.

Jay andaba con una sonrisa casi permanente en sus labios. Al final, Valikia no aguantó más y le preguntó:

—¿Se puede saber qué te tiene tan contento?

Jay borró la sonrisa de su rostro. Ladeó la cabeza para mirarla.

—¿A qué te refieres?

Valikia puso los ojos en blanco.

—A que mañana por la noche llegaremos a Luminaria y se desatará el caos y, mientras tanto, aquí estás tú sonriendo como un tonto.

Jay se atragantó. Tosió y se aclaró la garganta, desviando la vista.

—No sé de qué me hablas.

—¿Cómo que no sabes…? —Valikia calló. Lo miró fijamente, entornando los ojos—. Tú estabas con Alastair y Caedra antes de venir conmigo…

Las mejillas de Jay se iban coloreando de rojo. Valikia se irguió y cruzó los brazos, sonriendo con picardía.

—Ah, ya entiendo. ¿Habéis hecho algo indebido?

—¿Qué? ¡No! —soltó él de inmediato, girando la cabeza hacia ella de golpe. Simplemente, ese breve rato que había pasado con ellos, sumado a su conversación con Alastair, había servido para infundirle nuevos ánimos. Era tan feliz que todavía le costaba bajar de la nube, y sentía un poco de vergüenza por que Valikia se hubiera dado cuenta.

Frunció el ceño. Tenía que centrarse.

—Tu reacción intentando ocultarlo no dice lo mismo.

Jay gruñó.

—No he ocultado nada.

La zeafírea rio a carcajada limpia.

—Lo sé, solo me apetecía picarte un poco.

Jay puso los ojos en blanco.

—¿Quieres que empiece yo contigo y con Gavin?

—No sé de qué hablas —dijo ella, tosiendo con disimulo y utilizando las mismas palabras que él antes.

—Ya, claro. El otro día se os escuchaba bastante entretenidos en la tienda de campaña…

Valikia se quedó rígida. Su rostro despedía vapor.

—¿En serio? —dijo en apenas un murmullo, las plumas crispadas.

—No —admitió Jay despreocupadamente—. La verdad es que me lo he inventado, pero, mira, ahora ya sé que sí que habéis hecho… —Fue interrumpido por un puñetazo de Valikia en el hombro. Se apartó de ella tratando de controlar el volumen de su risa—. ¡Oye! Más respeto. ¿Qué dirían los rebeldes si ven que tratas así a su príncipe Althalos?

Valikia bufó, soplando los cortos mechones de su flequillo hacia arriba. Un ligero rubor coloreaba todavía sus pálidas mejillas.

—Tienes de príncipe lo que yo de reina, Jay.

Jay gruñó. Optó por ignorar el comentario. Sin embargo, una luz difusa e imprecisa se encendió en ese momento en su mente.

—En fin, hablando de parejas… —dijo ella, echando su larga melena negra hacia atrás—. Aún me faltan Tarvo y Connor, pero con esos dos sí que no tengo ninguna esperanza.

—¿Por qué lo dices? —inquirió Jay, curioso.

La zeafírea resopló. Se agachó para evitar que sus cuernos se quedaran enganchados en una rama más baja que las demás.

—Porque Tarvo está demasiado centrado en su deber. Lo conozco ya muy bien; no se va a parar a pensar en sus sentimientos hasta que hayamos derrotado al emperador.

Jay frunció el ceño.

—Pues es una pena. Porque… Bueno —Calló, imaginando que Valikia entendería a qué se refería.

Ella asintió con la cabeza.

—Exacto. ¿Quién sabe lo que puede pasar mañana? —Se encogió de hombros—. Pero bueno, allá ellos. Confiemos en que todo salga bien.

Tras eso, la conversación se apagó. Siguieron caminando en silencio. Hacían el menor ruido posible, con cuidado de no pisar ninguna rama caída o revolver algún montón de hojas. Se habían excedido con su conversación antes, y ahora convenía abandonar las risas. Caminaban ya por la parte más alejada del lugar en el que se habían asentado.

—Val… —la llamó Jay al cabo de un rato, mirándola de reojo.

—¿Qué? —quiso saber ella, sin apartar la vista de los árboles al frente.

Jay suspiró profundamente.

—¿De verdad no quieres arreglar las cosas con Caedra?

Valikia se paró. Jay se detuvo a su lado, esperando una respuesta.

La zeafírea tensó la mandíbula.

—Ya habló conmigo de eso Gavin el otro día.

—¿Y bien? —la instó a continuar Jay, muy serio. Sabía que Caedra estaba muy dolida con las palabras de Valikia y su empeño en ignorarla. Tenía que intentar hacer algo al respecto. No soportaba verla sufrir de ninguna manera, y Caedra continuaba angustiada.

Valikia apretó los puños.

—Gavin me hizo ver que… a quien tendría que dirigir mi furia realmente es al oráculo supremo.

—Y tiene razón —señaló Jay—. Lo que sucedió con Denkuro no es culpa de Caedra…

—Ya lo sé, ya lo sé —masculló Valikia. Siguió andando y Jay fue tras ella—. Pero ahora soy yo la que no sabe qué decirle.

Jay esbozó media sonrisa, divertido.

—Ya me he fijado en que se te da bastante mal disculparte con Caedra.

Valikia gruñó.

—Gracias, Jay, aprecio mucho tu comentario —soltó con sarcasmo. Suspiró con tristeza—. No sé cómo acercarme a ella…

—Te acercas a Caedra, le dices que quieres hablar con ella, te disculpas por lo que le dijiste el otro día, os abrazáis y hacéis las paces —resumió Jay con sencillez, encogiéndose de hombros.

—No es tan fácil…

—No, pero tienes que hacerlo… Y ambas lo estáis deseando.

Valikia torció el gesto.

—No lo sé. Mañana estaremos ya todos centrándonos en la batalla que nos espera por la noche —señaló—. Supongo que será mejor esperar a después para hablar con ella.

Jay frunció el ceño.

—Como veas.

Tampoco podía forzarla, aunque le habría gustado que dejaran ese asunto resuelto antes de llegar a Luminaria para que Caedra estuviera más tranquila.

***

Al regresar para dormir al claro donde tenía las cosas, Jay se encontró a Caedra ya despierta, lista para su turno de guardia, el tercero y último de la noche.

No había ni rastro de Alastair. Y el resto de sus compañeros estaban esparcidos en otros puntos del bosque.

—Alastair ha ido a hacer un pequeño reconocimiento por su cuenta —explicó Caedra, disimulando un bostezo. Se había levantado al verlo aparecer—. Enseguida volverá para vigilar juntos.

Jay asintió con la cabeza. Se acercó a ella.

—He hablado con Valikia sobre… eso —murmuró, mirando a un lado y a otro para asegurarse de que Valikia no lo había seguido por alguna casualidad.

Caedra apretó los labios.

—¿Y qué tal?

—Parece que quiere solucionar las cosas contigo. Creo que ya ha entendido la situación. Pero no he logrado convencerla para que lo haga antes de la batalla… —contestó él, llevándose una mano al cuello.

Caedra sonrió.

—No pasa nada, Jay. Ya hablaré con ella con calma una vez haya acabado todo esto. Por ahora, me quedo más tranquila. Gracias.

Jay sonrió también. Ese había sido su objetivo al contárselo.

—Y mañana, por fin, nos enfrentaremos al emperador —murmuró, su semblante serio, sus ojos oscuros—. No sé qué va a pasar…

Caedra suavizó la mirada.

—Sí, Jay. Pero no te preocupes. Todo irá bien —declaró con firmeza. Extendió los brazos hacia él, y Jay no esperó para estrecharla contra su cuerpo. Jay respiró hondo, tratando de calmar su alterado corazón—. Yo estaré contigo. Podremos con todo, como lo hemos hecho hasta ahora.

Jay esbozó una pequeña sonrisa, esta más cansada. Le dio un beso y reposó la mejilla en su cabeza.

—Eso espero, Cai.

La batalla final… La que decidiría el destino de todo el continente y, también, el de sus propias vidas.

Capítulo 45: Ataque a Luminaria

Caedra y Alastair observaban Luminaria desde lo alto de una colina. Estaba atardeciendo y la ciudad se mostraba bañada por los últimos rayos del sol, arrancando reflejos naranjas a sus edificios oscuros. Los guardias se movían de un lado a otro en la muralla, siempre vigilando…

Los rebeldes ya se habían ido con Tarvo, Connor y Makus al túnel que utilizaban Makus y Silvary para acceder a Luminaria. Una vez cayera la noche y estuvieran en el interior, Tarvo abriría el techo para que todos invadieran la capital con rapidez.

Gavin, Valikia y Ayla esperaban en el bosque de encinas que había un poco más allá de Luminaria. Allí estaba oculta la entrada que los llevaría por el pasadizo hasta el palacio imperial.

Y Jay subiría a la colina con ellos en cuanto terminara de hablar con Gavin.

Caedra estaba nerviosa, aunque trataba de ocultarlo. No quería separarse de Alastair. Una vez el sol hubiera desaparecido por el horizonte, comenzaría el ataque.

—Caedra…

Ladeó la cabeza para mirar a Alastair. Él tenía su atención puesta en Luminaria.

—Ten mucho cuidado, por favor —dijo Alastair. Se giró y clavó sus ojos de hielo en ella.

—Lo tendré —asintió ella—. Y tú también. Todo irá bien, Alastair, ya lo verás.

Alastair esbozó media sonrisa.

—Aprecio tu optimismo, Caedra, pero…

—Saldrá bien —lo interrumpió ella, poniendo una mano en el brazo del hombre—. Tenemos que confiar en ello.

Alastair suspiró pesadamente y la abrazó. Caedra se refugió en sus brazos y apoyó la cabeza en su pecho. Su corazón latía con lentitud.

Caedra cerró los ojos, deseando quedarse así para siempre. Sin embargo, eso no sería posible. En apenas una hora estarían separados, cada uno cumpliendo su papel en el ataque a Luminaria.

Y si no volvían a verse…

Caedra tuvo un escalofrío. Empezó a sentir una desagradable presión en el pecho y su respiración se aceleró. Apretó los puños, agarrando la tela de la camisa negra de Alastair.

—Caedra, ¿qué pasa? —preguntó él, consternado.

A la zeafírea se le escapó un sollozo.

—Lo siento, Alastair, yo… —Se separó de él y se frotó los ojos, pero las lágrimas acabaron cayendo igualmente. Sacudió la cabeza—. No puedo ocultarlo más. Tengo mucho miedo.

La mirada de Alastair se suavizó. Tiempo atrás habría considerado la reacción de Caedra un signo de debilidad. Ahora, en cambio, la entendía perfectamente.

—¿De qué?

—De perderte. A ti o a Jay —respondió ella. Su respiración era ya entrecortada—. Yo…

Alastair… Sois…

—Caedra, tranquila —dijo él con un tono suave. Acarició la mejilla de la zeafírea, limpiando algunas de las lágrimas, pero pronto aparecieron más.

Ella puso su mano encima de la de él. Sus hombros temblaban por los sollozos.

—Hacía mucho tiempo que no… sentía nada así por alguien —admitió Caedra, alzando la vista para mirarlo—. Incluso… Incluso podría decir que lo que siento por vosotros es único.

Había estado enamorada de Kendrij, que había sido muy importante para ella. Pero él había muerto cuando ambos tenían quince años. No eran más que unos críos poco conscientes aún de la realidad. Habían pasado ya once años desde entonces…

A Alastair y a Jay los había conocido siendo ya adulta. Sus sentimientos por ellos eran todavía más intensos, más maduros… Y, tras tantas situaciones al límite, se había establecido entre ellos un vínculo indisoluble.

No sabía expresarlo con palabras en ese momento de pánico.

—Caedra… —empezó Alastair, con la espalda tensa. Quería tranquilizarla; le preocupaba verla así de alterada justo antes de la batalla.

—¿Se puede saber qué pasa?

Caedra agachó la cabeza. Alastair comprobó que era Jay quien se acercaba, con el ceño fruncido al ver a la zeafírea llorando.

Jay se paró junto a ellos. Cogió la mano izquierda de Caedra entre las suyas y acarició su piel. Estaba fría y apretó sus dedos, buscando infundirle calor.

Caedra respiró hondo.

—Alastair, Jay, os quiero. Os quiero más de lo que he querido nunca a nadie…

Caedra, con su otra mano en el pecho de Alastair, notó que su corazón se aceleraba. Jay entrelazó sus dedos con los de la zeafírea.

—No os imagináis lo mucho que me habéis ayudado a lo largo de estos años —continuó, logrando normalizar un poco su respiración—. Os habéis convertido en algo imprescindible para mí. Y mi… —Caedra apretó los ojos. Se le escapó un sollozo—. Mi vida no tendría… sentido… sin vosotros…

No sería capaz de superar otra muerte. La destrozaría para siempre.

—Cai… —murmuró Jay, afligido al verla tan angustiada. Apartó los mechones que habían caído en su rostro, colocándolos detrás de la oreja.

—Tengo mucho miedo de que os pase algo —balbuceó ella, temblando.

Levantó los párpados, sorprendida, al notar a Jay rodeándola con sus brazos. Él llevó una mano a la cabeza de la zeafírea.

—No nos va a pasar nada —dijo él con firmeza—. Lucharemos juntos. Y venceremos. Como siempre. Ya lo verás.

Alastair los observó durante un par de segundos.

—Caedra, me devolviste las ganas de vivir y estar en este mundo. Gracias a ti he conocido también a Jay...

—Vaya, te has acordado de mí —bromeó él, en un intento de animar el ambiente.

Y Alastair esbozó una suave sonrisa.

—Ha sido un proceso largo, pero he entendido por qué lo quieres tanto. No pienso irme hasta que hayamos pasado toda una vida los tres juntos.

—No habría imaginado que sabes decir cosas tan bonitas, Alastair —ironizó Jay. Sonrió también y extendió un brazo hacia él—. Ven aquí, anda. —Ante la mirada asesina con la que Alastair lo taladró, Jay puso los ojos en blanco—. No seas así.

Y Alastair cedió, conteniendo un gruñido mientras se unía al abrazo. Pero Jay notó que no tardaba en relajar los músculos y ensanchó su sonrisa. Caedra soltó una pequeña carcajada, empañada de amargura, que sirvió para liberar un poco la tensión de ese momento.

Aunque todavía temblaba, la calidez de los brazos de Jay, sumada a la fuerza que emanaba de Alastair, la iban calmando poco a poco.

—Pero tú te marchas ahora… —dijo ella, mirando a Alastair.

—No te preocupes por mí. Me aseguraré de volver con vosotros. Tienes mi palabra. —Alastair se inclinó brevemente para darle un beso en la frente. Caedra cerró los ojos y apoyó la cabeza en su pecho.

Había tenido que esperar miles de años para encontrar su hogar. No iba a permitir que nada lo apartara ahora.

—Gracias, Alastair —murmuró ella, más tranquila.

Jay apoyó la mejilla en la cabeza de Caedra.

—Estaremos bien, Cai. Ya verás cómo mañana por la mañana estamos los tres riendo felizmente. —Frunció el ceño—. Bueno, Alastair lo de reír quizás no…

Y Alastair respondió reposando la barbilla en su cabeza, con un suave gruñido.

—Debe de ser muy curioso vernos desde lejos ahora mismo —murmuró la zeafírea, divertida, pero sobre todo reconfortada, entre los brazos de los dos.

Jay se habría encogido de hombros de no ser porque no quería moverse en absoluto.

—Nosotros nos queremos así. Lo que piensen los demás me da igual. —Acarició con lentitud el largo pelo de la zeafírea, algo enredado como de costumbre.

—Hemos pasado por tantas cosas juntos… —dijo Caedra en un tono tan bajo que solo la escucharon gracias al silencio que reinaba en la colina—. Nos merecemos un periodo de tranquilidad en el que poder simplemente disfrutar de nosotros.

Alastair esbozó una pequeña sonrisa.

—Lo tendremos, Caedra.

—A cabezotas no nos gana nadie —declaró Jay.

Caedra sonrió también.

—Me alegra ver que ahora vosotros también sois optimistas respecto al futuro.

Alastair se separó. Jay también. Caedra respiró hondo y puso los hombros rectos, pero mantenía la cabeza agachada.

Jay tomó a la zeafírea de la barbilla para obligarla a mirarlo a los ojos. Caedra los tenía rojos de tanto llorar, pero apreció igualmente en ellos el brillo salvaje de una guerrera. La guerrera que había ido a buscarlo años atrás a la Tierra y de la que había acabado perdidamente enamorado.

La mitad izquierda de su rostro estaba marcada por aquella horrible cicatriz, que para Jay significaba que había fallado protegiéndola. La ira todavía burbujeaba en su interior cuando recordaba la agonía de Caedra en Titaia. No estaba dispuesto a permitir que sufriera de esa manera nunca más; antes entregaría su propia vida. Para Alastair, que también la observaba, simbolizaba, sin embargo, la primera vez que se había mostrado vulnerable frente a Caedra, dejando que esta viera una parte de sus sentimientos…

Sopló una ligera brisa.

—Cai. Te quiero —dijo Jay en apenas un susurro, acariciando su mejilla. Ella cerró los ojos—. Mi corazón es tuyo desde mucho antes de que yo me diera cuenta. Y, mientras estés conmigo, continuará latiendo.

—Jay, yo… —murmuró Caedra, emocionada.

—Lucharé por ti hasta mi último aliento. Jamás lo dudes.

Acercó su rostro al de ella y le dio un beso rápido en la nariz. A Caedra se le escapó una carcajada.

Alastair se alegró al ver los ojos amarillos de Caedra iluminados, despejados de las sombras del temor. Caedra cogió la mano de Jay y extendió el brazo para coger también la de Alastair. Él acarició su piel con el pulgar y observó sus manos entrelazadas.

Caedra sonrió, reconfortada. Los amaba por igual. Eran su fuego y su hielo. Ambos elementos se habían convertido en la fuente de la vida para ella.

Alastair nunca había sido de muchas palabras, y en ese momento simplemente habría disfrutado del silencio. Pero era la última oportunidad de estar así que tendrían antes de la batalla final. Y debía expresar lo que sentía.

—Caedra, yo también te quiero. Te quiero como no he querido nunca a nadie —dijo, mirándola a los ojos—. Sé que te querré siempre. —Miró a Jay y esbozó media sonrisa—. Lo que no esperaba era empezar a sentir este vínculo también con un mortal al que odié tanto al principio... Pero aprecio lo que tenemos. Y lo defenderé con mi vida.

El corazón de Jay se aceleró. Caedra notó que le apretaba los dedos.

—Yo también, Alastair —dijo Jay, conmovido. Parecía que había pasado una eternidad desde la primera vez que se habían visto cara a cara, en la Tierra. No se habían matado de milagro, porque sí que se habían enfrentado—. Ahora sois los dos imprescindibles para mí. Y no permitiré que nada ni nadie destruya esto.

Los ojos de Caedra brillaron, cargados de ilusión. Era muy feliz sabiendo que, al final, Jay y Alastair no solo se respetaban y apreciaban por ella, sino que habían aprendido a querer al otro también.

Estuvieron el resto del tiempo callados, en armonía con el silencio de la naturaleza. No había nada más que decir. Solo quedaba disfrutar de un último momento de paz los tres juntos antes de lo que esperaban que fuera la batalla decisiva.

Cuando el sol ya no era más que una fina línea en el horizonte, Alastair se transformó en

dragón y los envolvió con sus alas.

Los tres observaron cómo el cielo pasaba de naranja y morado a azul oscuro, casi negro. Las estrellas comenzaron a titilar, acompañando a la luna en cuarto menguante. Los astros celestes serían testigos de lo que se iba a desatar en Luminaria esa noche.

Caedra puso una mano en el hombro de Alastair, acariciando sus duras y frías escamas.

—Es la hora —dijo, frunciendo el ceño. Ya no había ni rastro de lágrimas en su rostro; era como si nunca hubiera llorado.

«¿Estáis preparados?», preguntó Alastair. A Caedra la reconfortó escuchar la grave y fría voz en su mente.

Jay miró a Caedra. Ella asintió con firmeza.

—Lo estamos —declaró Jay.

***

Djaka observó a Alastair aterrizar entre las encinas. Caedra y Jay bajaron de un salto de su espalda.

«Vaya, por fin. Pensaba que nos habíais dado plantón», comentó Djaka, sarcástica.

Alastair la ignoró.

—¿Estamos todos listos? —preguntó Jay, manteniéndose pegado a Caedra, que agradeció su reconfortante presencia.

—Vamos a darle una patada en el culo a ese miserable emperador —afirmó Valikia y estampó su puño contra la palma de la otra mano.

—Adelante —asintió Gavin.

—Sí —respondió Ayla en tono más bajo.

—Te seguimos —concluyó Caedra, mirando a Jay con una suave sonrisa. El corazón de Jay latió más deprisa ante el cariño con el que lo miraban esos ojos amarillos que él tanto adoraba.

«Por favor —pensó, respirando hondo—. Por favor, que todo salga bien. Que Caedra esté bien».

Porque si le sucedía algo, no sabía cómo se contendría, roto por dentro, para no desatar su ira sobre cualquiera que estuviera a su alrededor. Para no quemar el mundo entero con tal de no tener que vivir en él sin ella.

Jay endureció la mirada. Protegería a Caedra con todo. No le pasaría nada.

Se agachó y eliminó con su fuego el arbusto que cubría unas rocas. Las apartó, dejando al descubierto un boquete que se hundía en la tierra.

—Es por aquí —comunicó a sus compañeros antes de saltar.

La profundidad era aceptable.

Ayla lo siguió. Gavin y Valikia también. Caedra echó un último vistazo por encima del hombro.

Los ojos de hielo de Alastair la observaban.

«Tened cuidado», le dijo, muy serio.

—Lo tendremos —respondió ella con una sonrisa—. Buena suerte.

Y saltó.

***

Aquel pasadizo llevaba años sin usarse. Jay caminaba al frente, iluminando sus pasos solo con una diminuta llama en el dedo índice.

Las paredes de roca estaban llenas de telarañas. Olía a cerrado; el ambiente estaba cargado de tierra y polvo.

Caedra y Valikia tosieron en alguna ocasión. Al ser zeafíreas, sus pulmones eran más delicados que los de sus compañeros.

Ayla iba agarrada a la mano de Caedra, luchando por ocultar su miedo. Cada paso que daban estaban más cerca del palacio imperial.

—Todo va a ir bien —le dijo Caedra a Ayla con una sonrisa.

Ayla tragó saliva y asintió con la cabeza. Recordaba todavía la sonrisa cruel del oráculo supremo en su último encuentro con él, el que había acabado con el sacrifico de Su-Nev. Mentiría si decía que no le aterraba la idea de verlo de nuevo; era una presencia frecuente en sus pesadillas. Pero estaba dispuesta a afrontarlo. Le demostraría a su antiguo maestro lo mucho que había mejorado. Acabaría con él, costara lo que costara. No permitiría que hiciera daño a ninguno de sus amigos.

Caedra observaba a Ayla de reojo. Era consciente de lo duro que tenía que ser para ella regresar al palacio donde había pasado tantos meses cautiva, torturada por el oráculo supremo. Por eso no le importaba llevarla de la mano; era lo único que podía hacer en esas circunstancias para transmitirle algo de ánimo.

Aprovechó que iban al final del grupo. Se inclinó hacia ella.

—Estoy orgullosa de ti, Ayla —le susurró.

La chica giró la cabeza. En sus ojos azules se reflejaba la sorpresa, junto a un destello de ilusión.

No fue capaz de decir nada, con un nudo de nervios en la garganta. Pero logró sonreír y sintió que la presión del terror en su pecho se hacía más ligera. Apretó en sus dedos la mano de Caedra y ella le sonrió también.

Caminaron durante media hora en silencio. A cada paso aumentaba la tensión. Se detuvieron cuando el suelo tembló y algo de tierra se desprendió del techo.

Se miraron entre sí.

—Ha comenzado el ataque a Luminaria —dijo Jay. Respiró hondo y frunció el ceño—. Debemos darnos prisa.

El corazón de Caedra se aceleró. Pensó en Alastair, y deseó más que nunca que estuviera bien. Ojalá tuviera alguna forma de saberlo…

Siguieron caminando. El suelo no tardó en temblar de nuevo. Escuchaban alaridos en la distancia, distorsionados por las paredes de roca.

Ayla tuvo un escalofrío. El recuerdo de la última visión cruzó su mente como un fogonazo y apretó los ojos. No quería oír aquellos gritos desgarradores, una mezcla de profunda ira, agonía y

desolación, de…

—Está todo bien, Ayla.

El susurro de Caedra la devolvió a la realidad. Inspiró aire profundamente y puso los hombros rectos. Se pegó a Caedra y la zeafírea pasó un ala por sus hombros.

Ayla la observó de reojo. ¿Por qué no se había atrevido la noche anterior a hablar con Caedra de lo que había presenciado en su visión? Seguro que no se habría enfadado con ella por ocultarlo al principio, lo habría entendido y a lo mejor podrían haber pensado en un plan distinto…

—Nos acercamos a la superficie —dijo Gavin. Esta vez nadie se había detenido.

Ayla respiró hondo. No tenía sentido darle vueltas ahora. Si había decidido mantenerse callada, era precisamente porque temía que, intentando evitar lo que había visto, terminara por hacer que se cumpliera.

Tendría que confiar en el destino.

—Estoy preparada para lo que sea —declaró Valikia, empuñando su lanza con fuerza.

Jay y Gavin también desenvainaron sus espadas. Caedra desenganchó el abanico del cinto y bajó la vista a la superficie metálica del arma. Apenas veía su reflejo por la escasa luz, pero divisó el emblema del águila grabado en el extremo izquierdo.

«Confío en que estés con nosotros, Hadriel —pensó, clavando sus ojos en la espalda de Jay—. Danos fuerza. La vamos a necesitar».

***

Alastair había descendido sobre Luminaria con brusquedad, apareciendo justo encima de sus edificios envuelto en una nube de sombras. Los guardias no habían tenido tiempo de reaccionar antes de que el dragón disparara un rayo de hielo en todo el centro de la ciudad, congelando varias casas por completo.

Djaka, ahora su fiel sombra, lo siguió con un rugido. La potencia de este hizo que varios soldados se llevaran las manos a los oídos; era como si se les derritieran. Alastair cruzó las alas delante de él y las echó con fuerza hacia atrás. Salió despedida de él una ola de brumas negras que impactó en los guardias situados en lo alto de la muralla. Estos se precipitaron hacia la muerte con un alarido estridente. Y Alastair no fue capaz de sentir pena alguna por ellos. Solo eran el primer obstáculo entre ellos y la libertad.

«Las vidas de los humanos son demasiado frágiles…». Y él haría lo que fuera necesario para conseguir que Caedra y Jay estuvieran a salvo.

Llovieron lanzas y flechas hacia ellos. Djaka, con sus ojos y las gemas de la cornamenta brillando, se anticipó a ellos con facilidad. El problema vino al detectar que eran de umbrano, pues le era imposible controlar ese metal para devolvérselo a sus enemigos. Afortunadamente, Alastair reaccionó con rapidez y los envolvió en un escudo de sombras que giraron a una velocidad vertiginosa. Repelieron cualquier proyectil.

Los dos dragones se desplazaron por encima de la ciudad. Alastair disparaba hielo y Djaka expulsaba fuego de sus fauces llenas de colmillos. La noche no tardó en llenarse de gritos.

Djaka, a pesar de la situación, se sintió reconfortada por estar luchando esta vez junto a

Alastair, en vez de en su contra.

***

Makus caminaba al frente. Tarvo y Connor iban justo detrás de él. Los seguían todos los rebeldes en una fila casi infinita por aquel túnel.

Andaban con sigilo. Connor temía hasta respirar demasiado alto.

Era extraño para él estar en esas circunstancias en aquel mundo, entre aquellos hombres, luchando por una causa que no era la suya. Pero ya no se arrepentía de haber viajado a Gea. Había ido para acompañar a Jay, porque no quería estar de nuevo sin saber nada de su mejor amigo durante años, preguntándose, quizás hasta el fin de sus días, qué les habría pasado a él y a sus compañeros.

Había conocido a Tarvo y se había creado una conexión casi instantánea entre ellos. Ahora también podía decir que permanecía en Gea por él, por ayudarlo a poner fin a la tiranía del emperador combatiendo a su lado.

Esa sería la noche que lo decidiría todo.

Observaba de vez en cuando a Tarvo de reojo. Él mantenía la mirada al frente, caminando con la espalda erguida y los hombros rectos. Vestía completamente de negro, como todos los rebeldes, con la armadura del color de la obsidiana y acentos dorados.

Era duro caminar sin Silvary. Connor sabía que era difícil para Tarvo y Makus marchar sin su fiel compañero. Pero era hora de vengarlo.

Makus se detuvo. Miró a Tarvo y asintió con la cabeza. Estaban justo bajo el centro de la ciudad.

—¡Preparados! —gritó Tarvo. Su voz resonó por todo el túnel.

Alzó la palma de la mano hacia el techo y este salió volando por los aires. Dejó al descubierto a los rebeldes bajo el cielo estrellado de Luminaria. Los rugidos de los dragones llegaron a sus oídos.

Tarvo estampó el pie y el suelo de roca ascendió. Al mismo tiempo, los rebeldes afines a la tierra situados más atrás en el túnel lo imitaron.

Con un grito de guerra, los rebeldes se lanzaron a inundar las calles de la capital. Los soldados imperiales, que ya habían estado bastante atareados lidiando con el par de dragones, fueron pillados por sorpresa por la marabunta que brotó en un parpadeo de las profundidades. Los primeros cayeron con rapidez hasta que lograron reconocer la nueva amenaza y organizarse para hacer frente a los rebeldes.

Makus se marchó en dirección al palacio. Connor seguía a Tarvo, creando ráfagas de aire para estampar a los enemigos contra las paredes y rematándolos con sus cuchillos. Tarvo iba levantando las losas del suelo sin detenerse en su carrera y las lanzaba a las cabezas de los soldados imperiales.

Una gota de agua cayó en el pelo de Connor. Y otra. Y otra más.

Connor tenía un mal presentimiento. Alzó la vista al cielo. Donde antes relucían estrellas, ahora había un espeso manto de nubes.

—¡Mierda! ¡Es él! —exclamó, sabiendo que Tarvo entendería a quién se refería.

Tarvo apretó los dientes y se detuvo. Observó alrededor. Connor pegó la espalda a la de su compañero, con el corazón latiendo a mil por hora, en tensión, y un cuchillo preparado en la mano.

Y la tormenta se desató.

Una tétrica risa llegó a sus oídos, distorsionada por el agua de la lluvia. Connor maldijo para sus adentros por la reducida visibilidad.

—Me alegra este recibimiento —comentó la voz de Ridre, el aquitón—. ¿Debería sentirme honrado porque me toméis tan en serio?

—¡Calla y muestra la cara! —ladró Connor. Iban a hacerle pagar por lo que le había hecho a Silvary.

—Si insistes…

Un tridente fue volando directo a su rostro. Tarvo reaccionó con rapidez e interpuso su espada a la vez que Connor se echaba hacia atrás, pálido.

Ridre brotó del agua del suelo, guiñándoles un ojo mientras cerraba su puño en torno al astil del tridente para recuperarlo.

—Un placer veros de nuevo en esta ocasión —dijo, esbozando una sonrisa burlona—. Con un poco de suerte, será también la última.

«La última para ti», pensó Connor con rabia.

Tarvo estampó el pie en el suelo e hizo brotar afiladas estacas. Pero Ridre ya se había disuelto otra vez.

Connor se giró a un lado y a otro. Vio a una silueta casi transparente deslizándose entre la lluvia, como un espectro. Probó a lanzar varios cuchillos, aunque no acertó con ninguno.

El suelo se inundaba con rapidez, volviéndose resbaladizo.

—¡Detrás!

Connor se dio la vuelta de inmediato ante el aviso de Tarvo y no esperó a divisar nada. Extendió los brazos y mandó al frente una potente ráfaga de aire.

Ridre se vio forzado a materializarse al salir disparado hacia atrás. Dio una voltereta y aterrizó con varios carámbanos de hielo ya preparados.

Tarvo y Connor saltaron en direcciones distintas para esquivarlos. Ridre fue hacia ellos, lanzando una bola de agua tras otra. Connor y Tarvo las evitaban como podían; estas estallaban muy cerca de sus pies, creando auténticos géiseres de la potencia que albergaban.

—¿Es que solo os vais a dedicar a huir? —se mofó Ridre—. ¡Vuestro compañero hizo lo mismo y no le salió muy bien!

Connor gruñó. Se detuvo y se giró, enviando tres cuchillos contra él. Ridre rio con sorna y levantó un muro de agua que convirtió en hielo. Las hojas de metal se clavaron en su superficie.

—No caigas en sus provocaciones —le susurró Tarvo a Connor, apareciendo detrás de él.

Connor apretó los dientes, pero asintió con la cabeza. Movió los brazos en círculo y mandó un torrente de viento contra Ridre. Este ya se estaba deslizando hacia la derecha.

Tarvo estampó el puño en el suelo. Este tembló y una grieta se abrió hacia su enemigo. Ridre

saltó por encima, impulsado por el agua. Dio una voltereta en el aire y movió el brazo. Una inmensa ola apareció casi de la nada.

Tarvo corrió hacia Connor y levantó un grueso muro de piedra tras el cual se agacharon. Connor, adivinando cuál sería la jugada de Ridre, ya se había dado la vuelta para cuando este se materializó a sus espaldas.

Ridre apenas logró doblarse hacia atrás. Los cuchillos le rozaron la barbilla.

—Impresionante —comentó. Frenó con su tridente la estocada de Tarvo—. Pero es tan patético que tengáis que ser dos para hacer frente a uno…

Desapareció con una carcajada.

—¡Deja de huir! —ladró Connor, irritado. Le habría gustado ser afín al agua solo para frustrar los movimientos de Ridre.

—No estoy huyendo —replicó Ridre, ofendido, desde el otro extremo de la plaza. Bajó el brazo y las agujas de la lluvia descendieron a mayor velocidad, transformadas en afilado hielo.

Connor rotó, invocando un escudo de viento alrededor de él y Tarvo. Lo mantuvo hasta que cesó el ataque, tras lo cual echó las palmas de las manos hacia delante y envió la corriente contra Ridre. El aquitón lo esquivó, y cayeron varias tejas de la casa que había sido alcanzada.

Estaban en Luminaria, atacando junto a todos los rebeldes. Ridre no tendría a donde escapar. Ese combate debía ser el decisivo contra él. Connor no estaba dispuesto a fallar.

Ridre brotó del agua del suelo justo delante de Tarvo. Este interpuso su espada en el último momento y los metales de sus armas sonaron al chocar.

—Empiezo a cansarme de tus reflejos —siseó Ridre. Extendió el brazo que tenía libre y movió los dedos.

Connor gritó al notar que se clavaban varios carámbanos de hielo en su espalda. Cayó de rodillas al suelo y sus palmas se hundieron en el agua con un chapoteo.

Tarvo abrió los ojos como platos. El terror lo atravesó al escuchar la exclamación de dolor de su compañero. Miró por encima del hombro.

—¿No te han enseñado en tu entrenamiento como asesino a no apartar la mirada de tu oponente? —lo regañó Ridre.

La espada de Tarvo voló por los aires.

Tarvo saltó hacia atrás. Erigió un muro de piedra delante de él y de Connor. El tridente de Ridre chocó contra la roca.

Connor jadeaba. Logró ponerse en pie con algo de dificultad. Sintió múltiples pinchazos de dolor en la espalda.

Estaba ya preparado cuando Ridre se materializó al otro lado del muro. Lo empujó hacia atrás con su aire. Las heridas le molestaban con cada simple movimiento de sus brazos.

—¿Podrás aguantar? —le preguntó Tarvo a Connor, preocupado. Lanzaba un proyectil de piedra tras otro hacia Ridre para mantenerlo alejado.

—Sí —contestó Connor de inmediato. No le iba a fallar ahora.

—En ese caso, ¡cúbreme! —le pidió Tarvo con rapidez antes de salir corriendo.

—¿Qué…?

Connor no tuvo tiempo de terminar su pregunta. Envió una potente corriente de viento contra Ridre pegando un puñetazo al aire al ver que este salía en persecución de Tarvo. Lo obligó a frenar. Lanzó cuatro cuchillos con la otra mano y lo forzó a desplazarse a su derecha.

—Si tantas ganas tienes de que te remate, acabaré contigo primero —bramó Ridre, clavando sus ojos negros en Connor.

Se deslizó en un parpadeo hacia él, blandiendo su tridente y arrastrando burbujas de agua en cada uno de sus picos metálicos.

Los ojos de Connor casi se salieron de sus órbitas. No le iba a dar tiempo a esquivarlo…

—¡Aléjate de él!

La furiosa exclamación de Tarvo llegó justo antes de que él se interpusiera con su espada. Había conseguido recuperar su arma.

Tarvo no se detuvo. Estampó su pie en el suelo y un pequeño terremoto hizo que temblara todo. Ridre se desestabilizó. Empezó a disolverse.

—¡De eso nada! —gritó Connor.

Movió los brazos en círculo, haciendo que el viento comenzara a girar. Las gotas de agua fueron arrastradas por las rápidas corrientes de aire, que poco a poco iban dando forma a un tornado.

Ridre aulló al verse forzado a materializarse si no quería que sus partículas se dispersaran de manera irreparable. Esto supuso que el viento tirara de él también.

El aquitón extendió el brazo hacia ellos, pero no fue capaz de concentrarse al estar girando constantemente.

Connor gruñó por el esfuerzo, con su piel perlada por el sudor, además de la lluvia. Estaba creando un tornado él solo. Era pequeño, pero más que suficiente.

Bajó la palma de su mano con brusquedad hacia el suelo. El viento siguió su movimiento. El tornado se estrelló contra las losas de piedra y el agua que cubría la tierra, estampando a Ridre con violencia también.

Tarvo no le iba a permitir levantarse. Corrió hacia él y saltó. Clavó la hoja metálica de su arma en la espalda del aquitón al aterrizar.

Ridre profirió un grito de dolor. Solo tardó un par de segundos más en quedarse inmóvil.

Connor jadeó. Se dejó caer de rodillas al suelo con un chapoteo, exhausto.

La lluvia fue dispersándose y las nubes del cielo desaparecieron.

Lo habían conseguido. Habían vengado a Silvary.

Connor alzó la vista al escuchar los apresurados pasos de Tarvo hacia él.

—¿Estás bien? —le preguntó Connor, a pesar de ser el que tenía los carámbanos clavados en la espalda. Tarvo no dijo nada y se agachó frente a él de repente. El corazón de Connor latió más deprisa al tener su rostro tan cerca. Tarvo lo observaba con un extraño brillo en sus ojos marrones—. No sé si…

No pudo terminar la frase. Tarvo agarró su cara con ambas manos y, sin darle tiempo a

reaccionar, le robó el aliento apoderándose de su boca con un beso de la intensidad de una descarga eléctrica. Connor abrió los ojos como platos, pero solo necesitó un instante para hundir los dedos en el pelo húmedo de Tarvo y mover sus labios al ritmo de los de su compañero. Los dos estaban empapados y agotados, pero la emoción en ese momento fue más que suficiente para que se sintieran más cálidos y vivos que nunca.

El rugido de un dragón resonó encima de ellos. Tarvo se apartó y miró en derredor. Continuaban solos, pero los gritos en la ciudad aumentaban. La batalla no había hecho más que comenzar y debían seguir.

Connor lo agarró de la muñeca antes de que se levantara.

—No te vas a librar de una buena conversación después de esto —advirtió.

Tarvo esbozó media sonrisa.

—Soy consciente.

—Vine a Gea por Jay —continuó Connor. Aceptó la mano de Tarvo para que lo ayudara a incorporarse. En medio de aquella emoción, se había olvidado por completo del dolor de su espalda—. Pero me quedé por ti.

Tarvo apretó con sus dedos la mano de Connor. Respiró hondo y se forzó a controlar su alegría por el momento; no debía distraerse cuando estaban en peligro. Por una vez, se había dejado llevar por un impulso, pero todavía quedaba trabajo por delante.

—Haré que haya merecido la pena, Connor —dijo y lo miró a los ojos—. Primero, sin embargo, tenemos una ciudad que conquistar.

Los ojos verdes de Connor relucieron.

—Conquistémosla, pues.

Capítulo 46: El trono

Desconocían a qué parte del palacio iban a parar, pues Jay no lo había visto en sus recuerdos. Por tanto, no habían podido preparar con precisión esa parte del plan. Improvisarían según el lugar donde aparecieran y se moverían hasta la sala del trono con toda la rapidez posible.

Jay se detuvo al llegar al final del pasadizo. Acercó la luz de la llama a la pared. Había una grieta muy estrecha, pero podrían pasar a través de ella.

La estancia a la que salieron también estaba a oscuras, con el mismo olor a cerrado.

—¿Dónde estamos? —inquirió Valikia en un susurro.

Gavin frunció el ceño, creando él también una pequeña bola de fuego en la mano para aportar más luz. Estaba vacía por completo, salvo por lo que parecía un espejo tapado con una tela blanca.

—No lo sé —contestó Gavin en el mismo tono—. Parece una sala abandonada…

—Solo hay una manera de averiguarlo —dijo Jay y fue hacia la puerta. Trató de abrirla, pero se resistió—. Está cerrada.

Caedra se acercó.

—Déjame a mí.

Jay se echó a un lado y la zeafírea se inclinó, observando la cerradura. Movió los dedos.

Clac.

Jay abrió la puerta con cuidado, encogiéndose cuando chirrió. Se asomó al pasillo. Estaba también casi desprovisto de luz salvo por alguna antorcha en la pared. No había nadie.

—Estamos en los sótanos del palacio —dijo Gavin al salir—. Tiene sentido que nadie haya reparado nunca en este pasadizo.

Escucharon ruido de pasos corriendo encima de ellos. También algún que otro grito.

—Aquí ya se están movilizando también —comentó Jay con el ceño fruncido.

—Espero que no nos encontremos a demasiados soldados, entonces —dijo Valikia.

Jay asintió e inició la marcha de nuevo. Subieron en silencio por unas escaleras de caracol. Eran de piedra oscura, un gran contraste con el lujoso mármol que cubría casi todo el palacio.

Les llegó el olor a pan. Salieron no mucho después a la cocina, por fin algo más iluminada por múltiples velas.

No había nadie. El suelo y las mesas estaban cubiertos con sartenes y cacerolas abandonadas, además de todo tipo de alimentos a medio preparar que no habían llegado al fuego aún encendido de los fogones. Los criados habían huido.

Se miraron los cinco entre sí y asintieron. Continuaron andando.

Jay notaba sus nervios. Un desagradable cosquilleo provocaba que empuñara la espada con tanta fuerza que tenía los nudillos blancos. Tanta quietud, aunque esperada por el ataque previo a

la ciudad, era desconcertante en un palacio que normalmente hervía de gente.

Se asomó al pasillo. Divisó un grupo de soldados doblando la esquina al final a la izquierda. Otros subían apresuradamente las escaleras, estas ya de mármol, anchas y cubiertas con una alfombra roja.

Cuando esa parte quedó despejada, salió, indicando con un gesto de la mano a sus compañeros que hicieran lo mismo.

Gavin miró a un lado y a otro.

—Estamos en el ala izquierda del palacio —les comunicó. Tensó la mandíbula. Estaban un poco lejos—. Tenemos que dirigirnos al ala derecha para acceder a la sala del trono.

—Vamos allá —dijo Jay, decidido.

Apenas habían dado unos pasos, sin embargo, cuando los soldados de antes volvieron a bajar por las escaleras.

—¡Intrusos! —gritó uno de ellos, señalándolos con el dedo índice—. ¡Matadlos!

Caedra alzó el vuelo, con espacio de sobra en aquellos altos y amplios pasillos, y movió con rapidez su abanico abierto en horizontal. La corriente de aire que se desató estampó con violencia a todos los soldados contra las escaleras. No se levantaron.

Echaron a correr, pues no tenía sentido ya mantener el sigilo. Habían sido descubiertos y escuchaban el ruido de más pasos acercándose.

Atravesaron la inmensa sala a la que daba la entrada principal. Allí se toparon con un batallón entero del ejército.

Estos los apuntaron de inmediato. Lanzaron sobre ellos proyectiles de fuego. Jay y Gavin los atraparon todos y los devolvieron.

Gavin apretó los dientes. Eran demasiados; iban a tardar mucho en derrotarlos a todos. En ese tiempo irían apareciendo más soldados y al final se retrasarían más de lo que podían permitirse en llegar a la sala del trono.

Miró a Valikia y esta asintió con la cabeza, adivinándole el pensamiento.

—¡Valikia y yo los entretendremos! —dijo Gavin, alzando la voz por encima del ruido de la lucha. La zeafírea se elevó por encima de él y liberó una poderosa descarga eléctrica que forzó a los soldados a desplazarse a la izquierda—. Seguid hacia la sala del trono. Os alcanzaremos.

Jay iba a protestar, pues no le gustaba la idea de separarse, pero enseguida llegó a la misma conclusión que Gavin.

No había tiempo que perder, o existía el riesgo de que el emperador huyera.

—¡De acuerdo!

Caedra iba por delante de él, repeliendo con movimientos del abanico y ráfagas de viento a todo el que pretendía acercarse. Ayla los protegía con su escudo de cualquier proyectil que pudiera alcanzarlos mientras avanzaban.

Se adentraron por el pasillo principal del ala derecha. Jay tenía una ligera idea del camino a seguir gracias a los recuerdos recuperados.

Se toparon con más grupos de soldados que quisieron detenerlos, pero estos eran más pequeños

y no tuvieron dificultades para quitárselos de encima.

El palacio entero fue sacudido por un temblor. Jay y Ayla se detuvieron para no perder el equilibrio. Caedra paró en el aire encima de ellos, batiendo las alas con lentitud.

—Ya casi hemos llegado —les comunicó Jay y tragó saliva, siendo muy consciente de lo que acababa de decir.

Estaban a punto de enfrentarse al emperador.

***

Alastair repelía a batallones enteros del ejército con sus ventiscas. Los rebeldes avanzaban hacia el palacio con gritos de guerra, a la vez que otros custodiaban las entradas a Luminaria en la muralla para que no accediera ningún refuerzo imperial. La ciudad entera estaba envuelta en llamas que devoraban todo a su paso.

Alastair consideró que ya había hecho suficiente. Se dio la vuelta, dispuesto a ir a donde estuvieran Caedra y Jay.

Un agudo aullido de dolor le taladró la mente.

Se giró con brusquedad. Vio a Djaka inestable en su vuelo. Localizó con su aguda visión la flecha que se había clavado justo en su hombro, como le había sucedido a él hacía tiempo.

Adivinó lo que iba a pasar. Descendió con rapidez a la vez que ella se envolvía en un brillo blanco. La mujer de pelo azul cayó en su lomo con un quejido.

—¡Alastair! ¡Me has salvado! —dijo ella, con los ojos abiertos como platos.

«¿Acaso esperabas que te abandonara a tu suerte?», replicó él con frialdad.

Ganó altura con rapidez para evitar ser alcanzado por más proyectiles. Si él también era herido con umbrano, estarían perdidos.

Se envolvió en sombras y se alejó de la ciudad. Aterrizó con suavidad en la colina donde apenas unas horas antes había estado con Jay y Caedra.

Djaka bajó al suelo y se le escapó un gemido de dolor. Dibujó una mueca en su rostro y se llevó una mano al hombro, donde todavía estaba la flecha. El umbrano estaba mermando su energía con rapidez, incendiando la sangre en sus venas.

Alastair regresó a su forma humana. Materializó un afilado carámbano de hielo e hizo un corte en la piel de Djaka.

El único aviso que tuvo Djaka fue Alastair mirándola a los ojos un segundo. Se le escapó un grito cuando arrancó la flecha.

Djaka cayó de rodillas al suelo, jadeando. Alastair se agachó a su lado y cubrió la herida de hielo para evitar que siguiera saliendo sangre.

Superado el dolor inicial, Djaka respiró con más tranquilidad ahora que el venenoso metal ya no estaba en contacto con su piel. Sin embargo, necesitaría todavía un tiempo para terminar de recuperarse del que se había filtrado en su sangre.

—Gracias, Alastair —logró decir, ladeando la cabeza para mirarlo. Su piel de porcelana brillaba por el sudor—. No… tenías por qué hacerlo.

Alastair no respondió. Se limitó a observarla con frialdad. Djaka sonrió, reconociendo la

preocupación por ella en sus ojos.

—Estaré bien. No intervendré más; os esperaré aquí. Ve con Caedra y Jay.

Alastair se irguió. Se envolvió en un brillo blanco y regresó a su forma dragón. Inclinó la cabeza para mirarla.

«No te muevas», le dijo antes de alzar el vuelo.

Djaka lo vio alejarse. Apretó los ojos, todavía un tanto mareada.

Tenía un mal presentimiento.

***

Caedra movió su abanico con fuerza. Abrió de par en par el doble portón que daba acceso a la sala del trono.

Se adentraron los tres con rapidez. El lugar estaba bien iluminado, con multitud de elegantes lámparas con velas, colocadas en fila tanto en la pared derecha como en la izquierda. Del techo colgaba un inmenso candelabro de oro.

Al fondo, había un único trono del mismo material. Y, en él, un hombre sentado, observándolos con gesto despreocupado.

—Habéis tardado en aparecer.

Su voz era grave y extraña. Tenía un ligero eco, como si alguien más hablara a la vez.

El emperador se levantó. Era alto, de piel pálida, con el pelo rubio recogido en una alta coleta. Una corona de oro adornaba su cabeza. Portaba la armadura imperial, roja y dorada, y una larga capa caía por su espalda. Sus facciones eran suaves, demasiado jóvenes para la edad que debería tener.

Clavó en ellos sus ojos verdes.

Jay apretó los dientes al verlo, al fin, en persona. No había nadie más en la sala. Solo estaban ellos tres y el emperador.

—No tardaremos tanto en acabar contigo, tranquilo —replicó Jay con ira contenida. Habría querido lanzarse de inmediato a atravesarlo con su espada, pero había aprendido a ser más precavido, a no dejarse guiar siempre por los impulsos de la bestia en su interior.

Caedra miraba a un lado y a otro, extrañada. ¿Dónde estaba el oráculo supremo?

—¿A qué viene esa rabia, joven Althalos? —dijo el emperador, extendiendo los brazos. Hablaba con parsimonia, consciente de su superioridad.

Jay gruñó. Cada vez le costaba más contenerse para no actuar de forma temeraria.

—¡Mataste a mi hermano, a mi madre y a mi padre! Todo… porque eres un cobarde —espetó Jay, con la mandíbula en tensión ante la rabia que le produjo que el emperador se atreviera siquiera a hacer esa pregunta. Toda su vida había cambiado por completo, dejó de ser Althalos para convertirse en Jay, por los designios de aquel hombre—. ¿Cómo pudiste matar al que se suponía que era tu propio hijo?

Los ojos del emperador cambiaron por un momento a rosa. Jay parpadeó al percatarse de esto, desconcertado. Recordó que Alastair le había explicado que era por la presencia de Saekish en el cuerpo del emperador.

—¿Cobarde? —repitió el emperador con sorna. Movió con lentitud su cabeza de un lado a otro —. Althalos, Althalos… Siempre supe que Kendrij y tú no erais mis hijos.

Fue como una bofetada para Jay. Incluso Caedra, que había aterrizado a su lado, se quedó rígida.

—¿Qué? —soltó Jay. Ni siquiera Hadriel lo había sabido hasta la muerte de Emeline, la emperatriz…

—Advertí a Emeline en múltiples ocasiones de que se mantuviera alejada de Hadriel. Hadriel, su molesto y persistente amigo de la infancia —dijo el emperador, alzando la voz con furia—. Pero se negaron a obedecer mis órdenes. Seguían viéndose a mis espaldas.

—¿Por qué no los detuviste? —quiso saber Jay.

—Porque yo amaba a Emeline. No habría sido capaz de hacerle daño por aquella época… Y tenía un imperio frente al que debía aparentar que todo estaba en orden —contestó el emperador. Torció el gesto—. Me vi forzado a actuar durante años como si Kendrij y tú fuerais mis hijos, a pesar de que os detestaba con todo mi ser. Erais la prueba de que Emeline, en el fondo, no era mía.

—¿Y por eso torturabas a Kendrij de esa forma? —espetó Caedra, que mantenía las alas extendidas, lista para pasar a la acción en cualquier momento.

El rostro del emperador se arrugó en una mueca de furia.

—Jamás habría dado la talla como príncipe. Era lo que se merecía.

Caedra gruñó como un animal salvaje a punto de abalanzarse hacia su presa. Jay puso una mano en su brazo, recordándole que tenía que contenerse si no quería precipitarse. Caedra respiró hondo, apreciando su cálido tacto, que siempre actuaba como el ancla que necesitaba para no sucumbir a la locura.

Jay estaba con ella. No actuaría de manera imprudente.

—Imaginad, por tanto, mi alegría ante la oportunidad que presentó ante mí el oráculo supremo —continuó el emperador, irguiendo la barbilla. Sonrió con una malicia que convirtió sus bellos rasgos aristocráticos en tétricos—. Había recibido la visión de que uno de mis herederos me mataba para hacerse con el trono. Lo creí al instante: no erais mis hijos de sangre, y estaba seguro de que en cuanto os enterarais intentaríais eliminarme para que el poder pasara a vosotros. Por tanto, ordené de inmediato vuestra ejecución. Por fin os quitaría de en medio.

—Eres despreciable —escupió Jay—. No éramos más que unos niños.

—¿Soy yo el despreciable? —replicó el emperador, mirándolo con desdén—. Si el necio de Hadriel se hubiera mantenido alejado de Emeline, ella nunca habría tenido sus hijos. Nada de esto habría sucedido. Fue tu querido padre el que os condenó a una vida de sufrimiento…, Jay —concluyó con crueldad, utilizando por primera vez su nuevo nombre.

Jay se había quedado rígido.

—¡No te atrevas a hablar así de Hadriel! —bramó Caedra con rabia, crispando las plumas.

Y Jay reaccionó. Sacudió la cabeza; debía mantenerla despejada. Desenvainó la espada y dio un paso al frente.

—El único culpable aquí eres tú, Derej —espetó, empleando él también el nombre del

emperador. Entornó los ojos—. Eres tú el que ha decidido gobernar de forma despótica, tratando a tus súbditos como simples objetos de usar y tirar. Tu pueblo está sufriendo. La gente muere por tu culpa. Y vamos a poner fin a esto. Tu tiranía acaba aquí.

El emperador rio con sorna. Ayla tuvo un escalofrío.

—Me gustará ver cómo lo intentáis y fracasáis.

—¿Dónde tienes ocultos a tus hombres? —preguntó Caedra, observando el lugar. Se refería, sobre todo, al oráculo supremo.

Derej bajó el par de escalones sobre los que se alzaba su trono. Sus ojos se iluminaron de rosa.

—No necesito a nadie más para aplastaros como gusanos.

La sala se inundó de sombras. Caedra alzó el vuelo. Ayla creó un escudo de luz. Y Jay movió los brazos, ganando el control sobre algunas y dirigiéndolas hacia el emperador.

Derej las desintegró con un muro de llamas. Arqueó una ceja.

—Impresionante. Sin embargo, Jay —pronunció su nombre con desdén—, tu poder es muy inferior al mío.

Caedra batió las alas y movió su abanico. El viento huracanado hizo que el trono saliera volando por los aires, estrellándose contra la pared del fondo. El emperador se había desvanecido.

El corazón de Jay latía a mil por hora. Trató de predecir dónde aparecería de nuevo.

Ayla ahogó una exclamación al verlo materializarse justo delante de ella. Sus ojos azules brillaron y activó su poder. Pudo desplazarse a su derecha antes de que él la atravesara con su espada.

—¡No te atrevas a tocarla! —bramó Jay, corriendo hacia él con su propio acero envuelto en llamas azules.

El emperador giró hacia Jay. La hoja metálica de su arma se cubrió de fuego negro. Jay abrió los ojos como platos.

Sus espadas chocaron. Caedra y Ayla trataron de acercarse. El emperador las apartó con su otra mano, creando una ola de sombras.

Caedra salió disparada contra la pared. Cayó al suelo con un gemido. Ayla había podido predecir el ataque y se había envuelto en un escudo de luz, aunque también fue desplazada hacia atrás.

Jay apretó los dientes. Quería girarse para ver cómo estaba Caedra, pero no podía. Las llamas negras de su enemigo estaban devorando con rapidez las suyas azules. Jay subió la temperatura y el azul se transformó en blanco.

Se envolvió en un cúmulo de sombras. Pero el emperador ya se había girado cuando reapareció detrás de él apenas un segundo después.

—Esos trucos no funcionarán conmigo —se burló él, casi con una voz femenina. Saekish.

Jay gritó al ser golpeado por una esfera de sombras en el abdomen. Salió volando hacia atrás.

—¡Jay!

Ayla lo atrapó en sus brazos y lo salvó del golpe contra la pared.

Caedra ya se había levantado. Envió varias dagas de metal contra el emperador, pero las sombras las detuvieron todas. El suelo estaba ahora cubierto por una fina capa de brumas.

La zeafírea no se detuvo. Movió su abanico e invocó un vendaval.

El emperador desapareció y se materializó unos metros a la izquierda. Caedra levantó el brazo y mandó su lanza a ese punto. Pero él se desvaneció de nuevo.

Apretó los dientes. ¡Así no había manera de alcanzarlo!

Jay ya volvía a la carga. Disparó una serie de esferas de fuego blanco en cuanto lo vio aparecer. El emperador las frenó con su fuego negro y hubo pequeñas explosiones que llenaron todo de humo.

Ayla miró a un lado y a otro, nerviosa. No veía nada, y así no podía enfocar su poder en su oponente para predecir lo que iba a hacer.

Chilló al ser golpeada por algo.

—¡Ayla! —gritó Jay, asustado.

Caedra despejó el humo con el viento al batir sus alas. Disparó un rayo hacia el emperador para obligarlo a apartarse de Ayla, hacia quien ya iba a bajar su espada. Se desvaneció.

Jay fue corriendo hasta Ayla. La chica se retorcía en el suelo, con sus brazos y alas atrapados por cadenas de umbrano. Jay iba a liberarla, pero fue golpeado por una ola de sombras.

—Os advertí que no tendríais nada que hacer contra mí —dijo el emperador con desdén. Movió las manos y un torrente de llamas negras se dirigió hacia Jay.

Él extendió las palmas de las manos hacia delante e invocó su fuego blanco. Gruñó cuando la piel de sus dedos se quemó.

Caedra recogió su lanza.

—¡Déjalo! —vociferó, alterada al ver a Jay en dificultades.

Envió de nuevo su arma contra el emperador. Un muro de sombras la frenó y maldijo entre dientes. O cambiaban de estrategia, o se agotarían mucho antes de encontrar una abertura en las defensas del emperador.

Se elevó en el aire y descargó un vendaval cargado de electricidad. Este obligó a Derej a desvanecerse. Jay, al fin, pudo moverse también al no estar atosigado por el fuego negro. Jadeaba, agotado por la energía que estaba empleando.

Fue de nuevo hacia Ayla. Pero el emperador se materializó delante de él. Sus espadas chocaron.

«¡Así es imposible!», pensó Jay, angustiado. Aunque ganaban en número, su enemigo estaba demostrando ser muy superior a ellos. El corazón le latía a un ritmo desenfrenado; trataba de concebir, en vano, algún plan de ataque que le permitiera abatir al emperador. No se le ocurría ninguno, y la presión en su pecho iba en aumento.

Derej y Jay intercambiaron miradas. Jay se tensó al ver los mismos ojos que había heredado Gavin, ese hipnótico verde esmeralda. Y la boca de Derej se contrajo en un rictus de rabia al reconocer los cálidos ojos marrones de Emeline, la mujer que nunca lo había amado. Elevó una mano, sosteniendo la espada con la otra.

—¡Jay!

Caedra descendió, mandando una afilada ráfaga de aire con su abanico para desintegrar la bola de sombras que habría impactado en la espalda de su compañero.

El emperador no se detuvo y le dio una patada en el abdomen a Jay. Estaba cargada de brumas negras que enseguida lo echaron con violencia hacia atrás.

Caedra lo atrapó y lo frenó. Pero ninguno tuvo tiempo de respirar con alivio. Abrieron los ojos como platos al ver al emperador aparecer justo delante de ellos. Estaban expuestos por completo.

Gritaron al ser golpeados por las sombras y las llamas oscuras. Se estamparon contra la pared de la entrada y cayeron al suelo de brumas negras.

Caedra tosió, escupiendo sangre. Trató de erguir la cabeza, mareada, pero la sala daba vueltas a su alrededor y escuchaba todo distorsionado. El impacto había sido bastante fuerte. Sus brazos temblaron cuando intentó apoyarse en ellos para levantarse.

Jay estaba igual de revuelto por dentro. Parpadeaba en un intento de despejar los puntos negros de su visión. Los músculos le ardían del dolor y desagradables agujas se clavaban en sus pulmones al intentar respirar. Solo quería quedarse en el suelo y recuperar, de alguna manera, el aliento.

Pero captó una sombra acercándose y su corazón se aceleró. Reaccionó de inmediato y se incorporó, tambaleándose.

—¡No…! —aulló de forma ahogada a la vez que se ponía delante de Caedra, ignorando los pinchazos que el movimiento le produjo.

Frenó a duras penas la espada del emperador con la suya. Las rodillas le temblaban del esfuerzo. Jadeaba, con grandes dificultades para mantenerse en pie y, aun así, no se dejaría caer, no sabiendo que Caedra, aquella a quien él defendería por encima de todo, estaba detrás de él.

Una brecha en la sien le cubría de sangre la mitad izquierda del rostro y lo forzó a cerrar un ojo, limitando su visión. Le dolía todo el cuerpo, sentía las cadenas de la extenuación tirando de él hacia abajo. Pero no iba a permitir que el emperador se acercara a Caedra. Apretó los dientes, centrando sus fuerzas en evitar que la espada de su enemigo lanzara la suya por los aires.

Todo era un caos. Estaban perdiendo, aplastados por el emperador como moscas. No eran más que una pequeña molestia para él…

Parpadeó para despejar las lágrimas de rabia, gruñendo y obligándose a seguir en pie a pesar de la fatiga. Intercambiaron estocadas y los aceros chocaron de nuevo. Jay apretó los dientes con tanta fuerza que se hizo daño.

No iba a permitir que llegara hasta Caedra. Tendría que matarlo a él primero.

—Ríndete, Althalos —se mofó el emperador—. Estás acabado.

No. No podía terminar todo así. Habían luchado tanto para conseguir llegar hasta su enemigo…

Pero no habían considerado que su poder fuera realmente el de un dios. Y ese había sido su error.

Jay materializó carámbanos de hielo. El emperador desapareció para evitar que estos se clavaran en su cuerpo y Jay aulló de la frustración. Daba igual lo que hiciera, era inútil.

Aun así, no se iba a rendir. Se tragó su miedo, el terror ante su evidente fracaso, ante la idea de perder ese futuro por el que lo habían dado todo. Jay fue corriendo hacia él, en el otro lado de la

sala. Tenía que seguir intentándolo hasta el final...

Deslizó su espada por el aire en diagonal. El emperador había retrocedido. Sin detenerse, Jay giró y alzó su pierna cubierta de fuego blanco, quemando la tela del pantalón y las botas. Logró golpear el hombro de su enemigo, que gruñó. Jay rotó y sus espadas chocaron de nuevo.

—Te concederé que tienes habilidad, Althalos —dijo el emperador. Esbozó una sonrisa altanera —. Pero no tienes nada que hacer contra un dios.

—¡Cállate! —rugió Jay, sus ojos humeaban de rabia. ¿Por qué? ¿Por qué era incapaz de derrotarlo? Si no lo conseguía, acabaría por caer. Y si caía, el emperador iría a por Caedra. No podía fallarle de esa manera…

Movió la espada hacia su costado. Antes de que la frenara, levantó el arma y agarró el acero de su enemigo con la mano tras haberla envuelto en una capa de hielo. El hielo se resquebrajó y la cuchilla abrió la palma de Jay, salpicando sangre al suelo. Pero él bloqueó el dolor y aprovechó la oportunidad que había creado. Con un grito de guerra, descargó la espada sobre el hombro del emperador, buscando desgarrar su torso.

Y él se desvaneció. Pero había logrado provocarle un buen corte. Cuando reapareció un segundo después a su izquierda, Jay ya agarraba la espada con ambas manos y frenó la estocada. A pesar de la mueca de furia, de indignación, de su enemigo, no se confió. Todo ese esfuerzo solo para un corte…

Caedra trataba de enfocar, nerviosa. Vio a Jay y al emperador desplazándose a una gran velocidad por toda la sala, envueltos en cúmulos de sombras, el chico sostenido únicamente por la adrenalina. Saltaban llamas negras y blancas cada vez que sus espadas se cruzaban.

Tenía que ir a ayudarlo. Pero su cuerpo se negaba a cooperar. Y sabía que Ayla continuaba retenida por las cadenas…

Notó una mano fría en su cintura. Dio un respingo y miró a su derecha. Alastair acababa de aparecer a su lado.

—Ya estoy aquí —dijo, inclinándose para observarla con el ceño fruncido—. ¿Estás bien?

Caedra esbozó una sonrisa temblorosa. La sangre se deslizaba por las comisuras de sus labios y también entre sus ojos, cayendo desde su frente. Se olvidó por un momento de todo su dolor al ver los ojos de hielo de Alastair, gélidos para otros, pero cargados de cariño para ella. Si tan solo pudiera dormirse en sus brazos, reconfortada…

El corazón de Alastair se encogió cuando ella sonrió solo por verlo a él, a pesar de la agonía que tenía que estar sufriendo por dentro.

—Alastair, ayuda a Jay… —le pidió ella, con una mueca por el pinchazo en los pulmones al hablar. Apretó los dientes, llevándose una mano al pecho.

Él endureció la mirada, consternado por el estado de la zeafírea. Observó por el rabillo del ojo a Jay, que seguía intercambiando golpes con el emperador. El chico acababa de recibir un corte en el brazo y ya se estaba ralentizando. No aguantaría mucho más.

—Quédate aquí —le dijo a Caedra con una frialdad que indicaba que no aceptaría réplicas. La zeafírea ya no estaba en condiciones de luchar, pero no había tiempo para llevarla a un lugar seguro.

Puso una mano en la mejilla de Caedra, sin importarle mancharse con su sangre. Ella suspiró y

lo miró con esos ojos amarillos que habían derretido el hielo en su interior, devolviéndolo a la vida. El corazón de Alastair se aceleró. Pero no había tiempo para reconfortarla. Primero debía protegerla y salvar a Jay.

Hizo un esfuerzo para levantarse y apartarse. Localizó también a Ayla, todavía en el suelo y luchando, en vano, por librarse de las cadenas. Pero él no podía hacer nada por ella. No tenía con qué destruir el umbrano. Su única opción era distraer al emperador para darle tiempo a Jay de liberarla.

Alastair extendió la mano y apuntó al emperador con el dedo índice.

«Es hora de que des la cara después de todos estos años, Saekish», pensó, con la mandíbula tensa de la ira que sintió al ver al humano en el que se ocultaba su mayor enemiga.

De su dedo salió disparado un veloz rayo de hielo.

El emperador giró la cabeza hacia él. Se desvaneció en el último momento. La columna en la que impactó el rayo se congeló al instante. Jay se detuvo al fin, respirando entrecortadamente.

—¡Alastair! —bramó el emperador, sonriendo, clavando sus ojos, ahora rosas, en él—. Qué alegría volver a verte después de mil años.

—He venido a matarte, Saekish —le espetó Alastair con frialdad.

El emperador soltó una carcajada. Su risa estaba distorsionada por las dos voces. Jay, por su parte, aprovechó para recuperar el aliento. Tenía la esperanza de que la presencia de Alastair inclinara la balanza a su favor…

Alastair frunció el ceño. Se había dado cuenta nada más entrar de que las paredes de la sala y el techo tenían incrustados trozos de umbrano. La abundante presencia del metal hacía que le resultara demasiado complicado transformarse en dragón. No podría mantener la forma durante más de un minuto, y una vez lo hiciera sería todavía más vulnerable a aquel maldito metal.

Saekish había sabido llevarlos a su terreno, donde él no podría desgarrar a su huésped humano sin más. Y ellos habían caído en la trampa.

Disparó de nuevo su rayo de hielo. El emperador lo esquivó, reapareciendo un poco más a la derecha.

Jay había intentado aprovechar para ir hacia Ayla. Pero las sombras se arremolinaron a sus pies y ascendieron con brusquedad, enrollándose a su alrededor.

—¡¿Qué…?!

Se encontró inmóvil. Jay se retorció, en vano. Su enemigo lo había atrapado.

Alastair movió el brazo hacia él para liberarlo. Sin embargo, al instante siguiente, se vio en la misma situación que Jay.

Gruñó con la ferocidad del dragón en su interior, clavando sus ojos de hielo en el emperador. Había bastado un segundo de distracción en su preocupación por Jay para ser alcanzado por las sombras. Sombras que no lo obedecerían a él, pues las comandaba Saekish.

—Estás débil, Alastair —se mofó el emperador, aunque era Saekish la que hablaba—. Llevo más de dos siglos recuperando mi poder poco a poco. Te has quedado atrás. Pero no te preocupes. Eliminaré a los mortales en un momento y a ti te dejaré para el final.

El emperador avanzó hacia Jay. Alastair, por más que intentaba ganar el control de las sombras,

no podía hacer nada. Su respiración se aceleró, por mucho que trató de dominar su nerviosismo. La situación se complicaba por momentos. Él solo podía observar impotente cómo todo aquello por lo que habían luchado se hacía añicos al estrellarse contra la realidad.

Alastair buscó a Caedra con la mirada. Ella seguía donde la había dejado, tirada en el suelo, aunque le pareció que intentaba moverse…

¿Acaso era ese el fin? Le había prometido a Caedra que no la dejaría… Tanto Jay como él le habían asegurado que no la abandonarían, que lo conseguirían. Tenían una vida juntos por delante.

—Me desharé primero de ti, príncipe Althalos —dijo el emperador, sonriendo con altanería. Lo apuntó con la espada—. Jamás sospeché que Emeline sería tan hábil y lograría ocultarte de mí durante años. Pero tu suerte se ha acabado. Ya no podrás huir más de la muerte que te espera.

«No, no, no», pensaba Jay una y otra vez, mirando a un lado y a otro frenéticamente, en busca de una solución que no llegaría. No había forma de liberarse…

Se retorció, desesperado. Envolvió sus puños en fuego blanco, aunque nada de lo que hacía funcionaba contra esas sombras. Trató de transportarse a otro sitio, pero las brumas negras lo bloquearon, susurrando, crueles, en vez de ayudarlo. Ya no eran sus aliadas.

Apretó los ojos al ver al emperador yendo hacia él a gran velocidad.

Habían sido unos ilusos, llegando a creer que tenían alguna posibilidad. El emperador y Saekish juntos eran demasiado poderosos. Y ellos no eran más que un puñado de ingenuos mortales que habían creído que podrían alzarse contra un dios.

«Lo siento, papá —pensó, aterrado—. He fallado».

Pero no les había quedado otra opción. Nunca habrían logrado esconderse del todo de sus enemigos, que habrían acabado por destruir Gea. Su única posibilidad había sido enfrentarse a ellos…

Y habían fracasado.

«Cai… —Nunca volvería a ver sus bonitos ojos amarillos. Eso era lo que más lo angustiaba en esos momentos—. Perdóname. Confiabas en mí…».

—¡Jay! —Oía a Ayla llamándolo a lo lejos, asustada. Tampoco podría hacer nada por ella…

Tensó la mandíbula, aterrado, temiendo el instante en el que sentiría el gélido y despiadado acero del emperador atravesándolo…

Algo lo empujó, sacándolo con brusquedad del remolino de sombras que lo retenía. Cayó al suelo y escuchó un grito desgarrador.

Jay levantó los párpados, dolorido y confuso al notarse intacto. ¿Qué había sido eso…?

Y abrió los ojos como platos. Se le cortó la respiración.

Todo se detuvo a su alrededor. El hielo le congeló las venas, el horror lo dejó con la mandíbula desencajada. Tenía que ser una pesadilla. Una alucinación. Una cruel broma del destino.

Pero daba igual lo mucho que se negara a creerlo, a aceptar que estaba presenciando su mayor miedo. Porque Caedra ocupaba su lugar, y esa era la terrible realidad. La espada del emperador le había atravesado el abdomen. A ella. En vez de a él.

Caedra lo había salvado una vez más, sacrificando su cuerpo en el proceso.

«No. No. No…», sollozaba Jay desesperado, temblando todo su cuerpo. Su corazón cada vez latía más deprisa, presa del pánico, retumbando en sus oídos y anulando cualquier otro sonido. Caedra había entrecerrado los ojos, y su boca se abría en un grito silencioso, rígida por completo…

Jay habría dado lo que fuera por borrar la agonía de su rostro. Ella se merecía vivir con una radiante sonrisa, feliz entre sus brazos, cálida, protegida. No el frío acero atravesándola, ahogándola en aquel mar de sufrimiento.

Todo por protegerlo a él.

Capítulo 47: El emperador

—¡Caedra!

El desgarrador grito de Alastair se impuso por encima del pitido en los oídos de Jay. Alastair era incapaz de ir hacia ella. La furia y la desolación lo quemaban a partes iguales por dentro. ¡Le había dicho que no se moviera!

Jay jadeó. Era real. Era terriblemente real.

—¡¡Caedra!! —Y Alastair la llamó otra vez, retorciéndose. No apartaba su mirada de ella, horrorizado. Él, tan frío y reservado, no pudo ocultar su terror, su ira, su voz rota. La pupila estaba reducida a una franja diminuta, casi invisible, en medio del iris de hielo.

Caedra apretó los dientes, escuchándolo mientras agonizaba. No podía responderle. No tenía la fuerza suficiente siquiera para mirarlo…

No había sabido si llegaría a tiempo, pero no lo dudó al ver a Jay en peligro. Su cuerpo se había movido casi por inercia.

Todo lo que veía ahora era aquella siniestra hoja de acero atravesando su vientre, coloreando la zona de un rojo asesino. Acelerada por la adrenalina, apenas había logrado contener un alarido al notar el frío metal hundiéndose en su piel. Y ahora su mente todavía estaba terminando de asimilar lo ocurrido.

—Muy noble por tu parte, zeafírea —comentó el emperador con desdén—. Pero esto solo supone un pequeño retraso en mis planes.

Arrancó la espada. Caedra abrió los ojos como platos, ahogando una exclamación. La sangre salpicó el suelo. Trató de aferrarse a algo, en vano. Todo le dio vueltas…

Jay reaccionó al instante. Caedra se derrumbó, pero Jay la atrapó en sus brazos, sin pensar siquiera en que tenía al emperador junto a él. La observó con una mueca de horror congelada en su rostro. La angustia, la desesperación, se cerraban en torno a su garganta como una mano enemiga, amenazando con asfixiarlo. No le salían las palabras, y su corazón se iba resquebrajando por momentos.

No podía creerse lo que estaba sucediendo. Habían fracasado, todo se venía abajo. Aquello por lo que tanto habían luchado, se deshacía entre sus dedos.

Estaba perdiendo a Caedra.

El emperador dudó un segundo. Una extraña expresión se apoderó de sus facciones. El chico que tendría que haber criado como su hijo estaba sufriendo al saber que la mujer que amaba iba a morir en sus brazos.

«Emeline…», pensó; sus cálidos ojos marrones se manifestaron en su mente. Sacudió la cabeza. No, en el fondo él no deseaba asesinar a…

«¡Mátalo! —La estridente voz de Saekish retumbó con fuerza, interrumpiéndolo—. ¡Ya! ¡Obedece!».

El emperador se quedó rígido. Alzó la espada. Valikia y Gavin irrumpieron en ese momento en la sala.

—¡Apártate de ellos! —bramó Valikia, erizando las plumas y envolviendo sus dedos en electricidad.

No tuvieron tiempo de analizar en detalle la situación; se lanzaron de inmediato a la carga. Valikia disparó un rayo al emperador y Gavin fue corriendo hacia él con su espada en llamas. Lo alejaron mientras se enzarzaban en una serie de golpes, pero no aguantarían mucho.

Jay no fue capaz de ver lo que hacían. No podía apartar la mirada de Caedra, horrorizado.

—Cai… ¿Por qué…? —Se le partió la voz. Los ojos le ardían. La presión en el pecho era insoportable. Caedra estaba recostada contra él, inmóvil, con un agujero en el abdomen del que no paraba de salir sangre. Jay apretó la mano contra la herida, aunque sabía que era inútil.

Por qué… ¿Por qué? Era él el que tendría que estar en esa situación, no Caedra…

¿Por qué?

—J-Jay… —balbuceó ella, tratando de enfocarlo. Le costaba cada vez más respirar—. ¿Estás… bien…?

Un sollozo de pura agonía brotó de la garganta de Jay. Sacudió la cabeza. ¡No, no estaba bien! Le costaba pensar, el pánico lo azotaba sin piedad y sentía que todo a su alrededor se desvanecía. Su respiración, a diferencia de la de Caedra, era más acelerada y errática por momentos.

—Cai, ¿por qué? —Luchaba por seguir hablando entre las irregulares bocanadas de aire que tomaba. Sus ojos, envueltos en oscuras sombras, estaban desorbitados—. ¡¿Por qué?!

¡No tenía que ser así! ¡Caedra no podía morir! Él lo había dado todo por protegerla. La había defendido sin tregua del maldito destino.

Solo quería gritar y gritar. No era justo. ¡No era justo!

—T-te dije… que te protegería… —murmuró ella con dificultad. Jay inclinó su cabeza con suavidad para que no se ahogara con su propia sangre. No paraban de temblarle las manos y se mordía el labio para no romper a llorar.

Caedra no había tenido ninguna duda al ver lo que iba a suceder. No iba a permitir que Jay muriera si ella podía evitarlo. Aunque fuera entregando su propia vida a cambio. Había actuado por instinto. No iba a fallar una segunda vez.

Y no se arrepentía, a pesar del dolor que estaba experimentando. Su frágil cuerpo había sido atravesado por la fría espada sin piedad. Su cerebro tardó unos segundos en notar las punzadas que laceraban todos sus nervios. Al principio, se quedó paralizada por completo. Después, una violenta agonía, como aceite hirviendo, se había diseminado por sus entrañas.

El dolor, sin embargo, se iba apagando poco a poco, al mismo tiempo que la sangre, caliente, se deslizaba por aquel terrible agujero. Se le estaban durmiendo las extremidades…

—Pero… Cai… —Jay temblaba, aterrado—. ¡Yo no quería que hicieras eso! —gritó, desesperado—. ¡Jamás habría querido que…! —Se le partió la voz. Y gritó de nuevo, incendiado por la rabia.

Habría preferido mil veces ser él quien recibiera la herida mortal. ¿Por qué el destino había sido tan cruel jugando a dar y quitar?

Caedra no respondió.

Jay la zarandeó con suavidad, asustado. Su corazón latía a mil por hora, amenazando con desbordarlo. Su peor miedo se estaba haciendo realidad.

—Cai… Dime algo —suplicó. Congeló la herida, aunque no sabía si serviría de mucho—. Vamos… —Apartó los mechones de pelo manchado de rojo que se habían quedado pegados a la frente de su compañera. Ella solo fue capaz de liberar un suspiro tembloroso.

¿Dónde estaba esa sonrisa que tanto necesitaba él siempre para sentirse bien? ¿Por qué no paraba de brotar sangre de esos labios que le habían abierto el cielo en cada beso?

No. No, no…

Caedra escuchaba su voz distorsionada.

—Cai, ¡por favor! ¡Cai!

Jay le clavaba los dedos en la piel. Ella apenas los sentía.

—¡Caedra! ¡Aguanta!

También oía muy de fondo, retumbando en su mente, los gritos desgarradores de Alastair, que luchaba desesperadamente por deshacerse de las sombras que lo retenían. A Caedra le habría gustado verlo…

Jay se tensó cuando ella empezó a bajar los párpados.

—¡No, no, no! —gritó, con el pánico brillando en sus oscuros ojos—. ¡Cai! —La zarandeó de nuevo con más insistencia, trastornado por el pánico que estaba invadiendo cada rincón de su ser. No podía dormirse. No se lo iba a permitir. Porque sabía que no volvería a despertar—. ¡Quédate conmigo!

Caedra luchó por respirar. Ella tampoco quería abandonarlo. Quería permanecer a su lado. Pero cada bocanada de aire suponía un mayor esfuerzo que la anterior, y estaba tan cansada… La calidez de los brazos de Jay la invitaba a dejarse llevar por el sueño.

Jay miró a un lado y a otro, desesperado. Alastair seguía retenido por las sombras, retorciéndose y con sus ojos de hielo clavados en ellos. Valikia y Gavin hacían todo lo que estaba en sus manos para mantener alejado al emperador. Y Ayla...

—¡Ayla! ¡Ayla, ven, por favor! —suplicó Jay entre lágrimas.

La desesperación en su voz era desoladora. Pero, por más que la llamara, y por más que ella quisiera ir, Ayla no podía acudir al rescate. Permanecía encadenada, lejos de ellos…

La vida de Caedra se escapaba con rapidez. Ya había perdido demasiada sangre. Y Jay no podía hacer nada para evitarlo. No podía salvarla.

¿Acaso el destino se iba a salir con la suya?

No. No.

—¡Cai! ¡Cai, no puedes abandonarme! —gritó Jay, sin importarle desgarrarse la garganta—. Me prometiste… ¡Me prometiste que estaríamos juntos hasta el final!

Caedra era la persona más importante para él. Era quien había estado con él desde el principio, era quien lo había acompañado en todo. Habían superado todas las dificultades juntos. Siempre juntos…

¿Cómo iba a seguir él solo? No sería capaz. No podría…

Ella lo miró de nuevo, demasiado consciente de lo que le estaba sucediendo, pero ya sin fuerzas. Alzó una mano temblorosa y la puso en la mejilla de Jay. Esbozó una pequeña sonrisa a duras penas. No había sentido semejante agotamiento nunca.

Jay abrió los ojos como platos al ver su suave sonrisa. Jadeó. Los ojos de Caedra reflejaban una adoración profunda, pero también una resignación que solo asustó todavía más a Jay.

—Te… quiero…

—No, no, no, ni se te ocurra despedirte, Cai —balbuceó él atropelladamente por el pánico. Su visión se estaba nublando por las lágrimas. La estrechó contra él—. ¡No puedo seguir sin ti! ¡No puedo!

—No te rindas…, Jay…

¿Rendirse? Jay no sabía cómo iba a continuar sin ella.

La zeafírea había inclinado la cabeza. Su mano se deslizó por la mejilla de Jay hasta caer a su costado. Jay no fue capaz de reaccionar, horrorizado.

Caedra estaba asustada, aunque no iba a mostrarlo. Sentía un cierto vacío por no haber podido ver también el rostro de Alastair una última vez…

—¡Cai! ¡Por favor!

Sabía que Alastair estaría furioso. No lo culpaba. Ya no podrían estar juntos, todo por la decisión que había tomado ella. Pero si no hubiera hecho nada, habrían perdido a Jay. Alastair tenía que entenderlo…

«Alastair… —pensó, incapaz de mover la cabeza para buscar al hombre con la mirada. Habría estado mucho más tranquila de haber podido contemplar también aquellos ojos de hielo—. Perdóname…».

¿Estarían Hadriel y Kendrij esperándola?

—Cai… —Jay la llamó con voz ahogada. La sensación de asfixia seguía inundándolo, cada vez mayor. Limpió las lágrimas que cayeron de los ojos de Caedra, aunque le temblaba la mano. La zeafírea ya casi no respiraba…—. No me dejes… Mírame…

Escuchó una explosión en la distancia.

—¡Jay! —exclamó Valikia, casi sin aliento—. ¡Necesitamos ayuda!

Jay lo sabía. Pero no podía apartarse de Caedra. No quería. No iba a abandonarla. Estaba cubierto de su sangre, pero le daba igual.

—Cai, mírame, por favor —suplicó Jay, forzándose a hablar a pesar del intenso dolor de cabeza que lo bloqueaba. La tomó de la barbilla—. Vas a estar bien, ¿vale? Tienes que aguantar. Ahora enseguida vendrá Ayla y… Y…

Sacudió la cabeza. Endureció la mirada. Caedra le había dicho que no se rindiera. Se había referido a la batalla, pero con quien Jay no pensaba rendirse era con ella. Iba a salvarla como fuera.

—Tengo… frío… —murmuró Caedra con un hilo de voz. Apenas sentía ya nada—. ¿Jay…?

—Estoy aquí —dijo Jay con suavidad, estrechándola en sus brazos en un intento de transmitirle

su calor, de que lo sintiera cerca. Luchó por calmar los nervios que lo asaltaban con punzantes pinchazos y lo bloqueaban. Mientras Caedra siguiera respirando, haría todo lo posible por salvarla—. Estoy aquí, Cai. Tienes que aguantar… —suplicó de nuevo. Logró a duras penas contener el siguiente sollozo que subía por su garganta.

Localizó a Ayla con la mirada; permanecía retenida por las cadenas, observándolos con resignada desolación, consciente de que no podría ir hacia ellos.

Aquello era lo que Ayla había presenciado en su visión. Cuando la había recibido por primera vez en la Tierra, había sido Jay quien moría a manos del emperador. Al cambiar el destino y modificar el pasado para que sobreviviera Caedra, sin embargo, la segunda visión había sido diferente…

Y no había podido evitarla. Se sentía inútil, impotente. Jay sufría como si le hubieran arrancado el corazón. Sabía que se rompería en pedazos para siempre si perdía a Caedra. Y ella no había sido capaz de protegerlo de aquella agonía…

Al mismo tiempo, Jay seguía pensando frenéticamente. Desplazó la atención hacia Alastair; intercambiaron miradas de agónica desesperación, conscientes de que el tiempo se agotaba con rapidez. Los segundos pasaban demasiado rápido.

Captó a Gavin por el rabillo del ojo. Su hermano acababa de ser empujado hacia atrás por las sombras del emperador y había aterrizado en pie a duras penas.

—¡Gavin! —lo llamó, su voz desgarrada por el pánico—. ¡Libera a Ayla!

Gavin reparó en ellos y en lo que estaba sucediendo. Sus ojos se abrieron como platos, golpeado por el horror al darse cuenta del estado de Caedra, que yacía ensangrentada en brazos de Jay. Valikia y él habían irrumpido en la sala e ido directos a por el emperador; no habían tenido tiempo de ver nada más.

Pero no era tan sencillo como marchar hacia Ayla y romper el umbrano. El emperador aprovecharía ese instante para aniquilarlos a ambos.

No podía quedarse de brazos cruzados. Debía actuar de inmediato, como fuera.

Y se lanzó de nuevo a por el emperador con un aullido de guerra.

—¿Todavía no ha quedado claro que no tienes nada que hacer contra mí, hijo? —se mofó Derej, pero sus ojos brillaban con una tétrica tonalidad rosa.

La espada de Gavin chocó contra su acero. Aquel era el hombre que tendría que haberlo protegido de todo, que tendría que haberle aportado seguridad y cariño mientras lo guiaba. Como Hadriel con Jay. Pero todo lo que había recibido por parte del emperador había sido soledad y una educación sangrienta encaminada a convertirlo en un arma perfecta.

Y ahora estaba dispuesto a matarlo porque se había rebelado contra él.

—¿Acaso alguna vez me quisiste como a un hijo? —Por más que lo intentó, no pudo evitar que el resentimiento y el dolor se filtraran en su voz. Insistía en aparentar que no le importaba, pero siempre iba a llevar esa espina clavada en el corazón.

Su pregunta fue el golpe más certero que podría haber asestado en aquel momento. Porque el iris del emperador regresó a su color verde, idéntico al de Gavin. Fue solo un instante, en el que su mirada reflejó una enigmática desorientación. Y aquel segundo fue suficiente para que Valikia lo alcanzara con un rayo que, en cualquier otra ocasión, el emperador habría frenado con sus

sombras.

La descarga hizo que el emperador perdiera el control de las brumas que todavía retenían a Alastair. Gavin había logrado su objetivo.

Porque Alastair, por mucho que deseara transportarse de inmediato al lado de Caedra, sabía lo que debía hacer. Ayla era la única posibilidad de salvarla, y Caedra ya tenía a Jay a su lado para protegerla.

Recaía en él la tarea de enfrentarse al emperador para que Gavin consiguiera el hueco necesario para liberar a Ayla.

—¡Saekish! —Su rugido de furia fue el único aviso que recibió el emperador. Alastair se materializó frente a él y rasgó su costado con garras de hielo. Aquel hombre, junto a Saekish, le había intentado arrebatar a Caedra, a la única persona que se había esforzado en escucharlo, en comprenderlo y en ayudarlo después de tantos años de soledad… A alguien que jamás lo habría abandonado. No iba a dejar que el emperador y Saekish se libraran de sufrir su gélida cólera.

—¡Alastair! —contestó el emperador con la voz de la serpiente. Sus labios se estiraron en una macabra sonrisa a pesar de la sangre que ahora goteaba de la herida—. ¿Todavía tratas de resistirte ante el inevitable destino?

Ambos se desplazaron envueltos en brumas por la sala. Gavin se había dirigido a la carrera hacia Ayla. Rompió las cadenas con golpes de su espada y la chica no dudó en salir volando hacia Jay y Caedra.

—Cai, Cai, aguanta —murmuraba Jay, sacudiéndola con suavidad en sus brazos. Ella apenas mantenía los ojos abiertos y el brillo en ellos se apagaba. Jay clavó su mirada en Ayla, que se quedó congelada ante el profundo dolor que reflejaba. Un dolor que estaba a punto de desgarrar su corazón para siempre y, con ello, rompería las frágiles cadenas que contenían la furia de Jay en esos momentos. Una furia que arrasaría con todo, convirtiendo Gea en el mismo infierno—. ¡Ayla! —gritó, desesperado. Prácticamente sentía a Caedra desvanecerse, escurrirse entre sus brazos como granos de arena…

Ayla ahogó una exclamación. Posicionó las manos en el abdomen ensangrentado de Caedra, que no reaccionó al contacto. Activó la luz de inmediato, pálida. El daño era demasiado extenso, la pérdida de sangre enorme y la vida de Caedra pendía de un hilo que estaba a un soplo de romperse.

Hubo gritos a sus espaldas. Jay miró por encima del hombro y apretó los dedos en la piel de Caedra. Valikia y Gavin yacían a un lado, inmóviles, aunque todavía respiraban. Y Alastair había recibido un profundo tajo en el abdomen que ya manchaba de rojo su camisa.

El corazón de Jay estaba a punto de estallar de la presión. Ni siquiera Alastair era rival para una Saekish que llevaba años recuperando su poder, por mucho que esta estuviera limitada por el cuerpo de un humano. Sin poder pasar a su forma de dragón, Alastair se encontraba en seria desventaja.

Alastair jadeaba. Su torso entero ardía por el corte; la abundancia de umbrano en la sala le taladraba con pinchazos la cabeza y le ralentizaba. Las sombras obedecían a Saekish antes que a él y, aunque lograba acercarse al emperador, era cuestión de tiempo que se descuidara y Saekish lo destrozara.

—He de reconocer que esperaba más de ti, Alastair —se burló el emperador. Alzó la mano—. La mortalidad te hace débil. Tus seres queridos te hacen vulnerable.

Alastair se preparó para frenar el ataque. Pero Saekish contorsionó las facciones de su huésped en una burda mueca socarrona y extendió el brazo hacia Jay, Caedra y Ayla.

La masa de sombras salió despedida como un relámpago. Alastair abrió los ojos como platos, el pánico lo atravesó y su corazón latió desbocado. Jay no iba a reaccionar con la suficiente rapidez. Y Caedra, desde luego, no sobreviviría a eso. Ayla todavía luchaba por mantenerla con vida.

—¡Alastair! —gritó Jay, con la mandíbula desencajada.

Se había interpuesto entre ellos y las sombras. Gruñó, absorbiendo el impacto del ataque. Pero Saekish había conseguido su propósito: las sombras se aferraron a él, sometiéndolo a su control. El emperador lo lanzó contra la pared y Alastair se estrelló con la fuerza de un huracán. Ahogó un alarido a duras penas cuando las piezas de umbrano se clavaron en su espalda. Las brumas lo retuvieron, dejándolo inmovilizado.

—¡Alastair! —gritó de nuevo Jay, apretando inconscientemente a Caedra en sus brazos. El pánico lo aplastó como una despiadada ola a la vez que la ira estallaba con la fuerza de un volcán en su interior, sacudiéndolo. Alastair estaba sufriendo por ellos.

Ayla había bloqueado todo lo que sucedía a su alrededor. Las gotas de sudor perlaban su rostro y el esfuerzo al que estaba sometiendo su cuerpo hacía que le ardiera cada músculo con la intensidad de un latigazo tras otro. Pero se negaba a ceder. Forzaba a su luz a pelear contra el destino que trataba de reclamar la vida de Caedra para sí; trabajaba sin cesar para reparar el daño y curarla. Era una batalla que perdería ante la más mínima distracción y que no estaba segura de poder ganar pese a su voluntad inquebrantable, decidida a salvar a Caedra como fuera. La zeafírea seguía respirando, aferrándose a aquel hilo que Ayla iba consolidando con el sacrificio de su propia energía.

«¡Aguanta! —le gritaba Ayla en su mente, porque si lo hacía en voz alta rompería toda la concentración—. Jay te necesita. ¡No nos puedes dejar ahora!».

El emperador se acercó a Alastair. Bajó la barbilla para observarlo con su aire depredador. Una serpiente contemplando a su presa inmovilizada.

—Ha sido absurdamente fácil atraparte de nuevo, Alastair —dijo, y chasqueó la lengua—. Todo porque esos mortales se han convertido en tu punto débil. ¿Acaso ha merecido la pena? Estás condenado por ellos.

Alastair mantenía la cabeza gacha y los dientes apretados. El umbrano lo bloqueaba con violentas descargas que hacían hervir su sangre. El líquido caliente también seguía deslizándose desde el corte en su abdomen, robándole la energía que habría necesitado para no sucumbir con esa rapidez ante el venenoso metal. Las fuerzas lo abandonaban y, aun así, no apartaba la mirada de Caedra, asegurándose de que su pecho no dejaba de subir y bajar.

—Mientras Caedra respire, siempre merecerá la pena —logró decir Alastair. Gruñó—. Atrévete a tocarla otra vez, a ella o a Jay… y te haré pedazos.

El emperador echó la cabeza hacia atrás y rio relajado. Sabía que podía permitirse jugar con él: Valikia y Gavin estaban demasiado heridos para atacarlo de nuevo, Ayla luchaba por salvar a Caedra y Jay no podría contra él solo.

—Patético —escupió el emperador. Dio la espalda a Alastair y lo observó por encima del hombro—. Contempla, pues, cómo destruyo todo lo que te importa mientras no puedes hacer nada para evitarlo.

Alastair se retorció y rugió, pero las sombras no se movieron ni un ápice, reteniéndolo con sus cadenas de brumas contra el umbrano. El emperador salió disparado hacia Jay, Caedra y Ayla.

Esta vez, sin embargo, Jay estaba preparado.

Si el emperador llegaba hasta ellos, ya nunca volvería a oír la animosa voz de Caedra, que siempre lo llenaba de alegría; ya no volvería a ver la luz de esos preciosos ojos amarillos que él tanto adoraba; ya no volvería a contemplar sus mejillas coloreadas de rojo cuando le decía lo mucho que la quería… Ya nunca más escucharía su risa vivificadora…

Dejó a Caedra con suavidad en el suelo. Tensó la mandíbula ante la extensa mancha roja en el abdomen de la zeafírea, que luchaba por permanecer con él. La ira hizo que le hirviera la sangre. El responsable de que Caedra estuviera en ese estado se dirigía hacia ellos.

Caedra luchaba por sobrevivir gracias a la ayuda de Ayla, que estaba poniendo toda su energía en el empeño. Alastair lo había dado todo por defenderlos y ahora sucumbía poco a poco al veneno que el umbrano suponía para él. No quería estar en un mundo sin ellos. Si no hacía algo pronto, los perdería.

Y Jay no lo iba a permitir. Por mucho que el emperador y Saekish fueran más fuertes.

No importaba la brecha en su cabeza, ni las costillas rotas, ni los cortes en los brazos y piernas… Aunque tuviera todo en su contra, hasta al destino mismo, no se iba a rendir. Los protegería a todos. Fuera como fuera.

Y, si no era capaz, desde luego no permitiría que el emperador se acercara a Caedra y Alastair antes de haberlo matado a él.

Alzó sus ojos, en los que humeaba una ardiente rabia. La furia reducía sus pupilas a una profunda sima sumida en las sombras. El fuego incendió sus venas. Lucharía hasta el final por Alastair y Caedra… Y por todos ellos.

—¡Ni un paso más! —rugió Jay. La temperatura subió con tanta rapidez que Ayla tuvo que ahogar un grito.

Y las espadas de Jay y el emperador chocaron. Saltaron ascuas.

—Todo esto ha sucedido por ti —siseó el emperador—. Tú eres la amenaza para mi imperio de sombras. Pero esa amenaza se acaba hoy, Althalos.

—Dejé de ser Althalos hace mucho tiempo —bramó Jay, con una mueca de furia en su rostro. Cómo deseaba borrar la sonrisa triunfal de su enemigo…

El empuje del emperador le hizo retroceder un paso. Jay apretó los dientes con tanta fuerza que notó el sabor metálico de la sangre y gruñó, forzando sus músculos a resistir. Caedra y Ayla estaban detrás de él. No perdería terreno. No podía caer.

—Resiste todo lo que quieras, es inútil —dijo el emperador con desdén. Alzó la mano y las sombras se arremolinaron a su alrededor.

El corazón de Jay estaba a punto de estallar. Su respiración era corta y acelerada. Le costaba mantener la cabeza erguida y su visión se llenaba de puntos negros. Estaba a nada de sucumbir a

sus heridas, lo percibía con claridad. Había perdido mucha sangre y había llevado su cuerpo más allá del límite. No iba a soportar mucho más y, aun así…

—¡Por encima de mi cadáver! —gritó Jay. Una súbita llamarada de fuego blanco envolvió su espada e iluminó sus ojos, sombríos y cansados, con el impulso de un último esfuerzo. El emperador retrocedió un paso ante el calor infernal. Jay deslizó el metal hacia él.

Pero el emperador se limitó a pintar una sonrisa victoriosa en sus labios que hizo que a Jay se le cayera el alma a los pies.

—Que así sea.

Y con esa sentencia, las sombras atraparon de nuevo a Jay. Salió disparado contra la pared opuesta a donde estaba retenido Alastair y se precipitó al suelo con un grito de agonía.

Se le escapó un lamento al tratar de moverse. No podía más. Su cuerpo no era capaz de aguantar aquella tortura, estaba demasiado herido. Su visión se iba tornando negra y Jay gruñó. Se negaba a perder la consciencia…

Se incorporó a duras penas sobre los codos. Otro gemido brotó de su garganta y la sangre goteó de sus labios al mármol pulido del suelo. Un terrible pitido le taladraba los oídos y el dolor de sus heridas era como una descarga tras otra.

—No… —jadeó. Cada bocanada de aire desataba una lluvia de cuchilladas en sus pulmones. Parpadeó, luchando por enfocar—. No…

El emperador se alzaba sobre Caedra y Ayla. Ayla había logrado cerrar casi por completo el agujero en el abdomen de la zeafírea, pero Caedra había perdido mucha sangre y, al igual que Jay, tenía otras heridas de gravedad. Respiraba, pero permanecía inmóvil. Y Ayla había agotado toda su energía para estabilizar a Caedra.

Estaban completamente indefensas.

Ácidas lágrimas rodaron por las mejillas de Jay. Estiró su brazo hacia ellas, pero estaba exhausto. Ni las llamas, ni el hielo, ni las sombras acudieron a su llamada.

¿Por qué? ¿Por qué no habían sido capaces de derrotar al emperador? ¿De qué habían servido todos sus años combatiendo, preparándose y volviéndose más fuerte? Al final, había sido incapaz de proteger a aquellos a los que amaba. El futuro por el que habían luchado él, Caedra y Alastair se hacía añicos.

Y el responsable de su fracaso alzaba lentamente su espada, dispuesto a clavársela de nuevo a Caedra.

—Cai… —Jay ni siquiera era capaz ya de gritar. Su voz salía ahogada, tan rota como su cuerpo.

Y Alastair supo que tenía que hacer algo, lo que fuera. Tendría una única oportunidad y sacrificaría su vida en el intento. Transformarse en dragón con el umbrano clavado en la espalda le destrozaría casi de inmediato, extendiendo el veneno con la velocidad de una chispa en la yesca seca, pero podría intentar descuartizar al huésped de Saekish en aquel breve instante que tendría…

Su consciencia estaba a punto de desvanecerse. Se encontraba más y más débil por momentos. Y la espada descendía hacia Caedra…

Dejó caer los párpados, dispuesto a entregar su vida para salvar la de Caedra, la de Jay y la de todos ellos. Si el emperador no moría, estaban condenados.

Un destello se movió a la velocidad de la luz. El sonido metálico del choque de las armas retumbó por la sala antes de que todos entendieran lo que estaba pasando.

En un parpadeo, Djaka había aparecido frente al emperador. Su guadaña estaba justo encima de Caedra, protegiéndola del acero que descendía.

—Hola, Saekish —saludó Djaka. A pesar de su sonrisa burlona, en sus ojos se arremolinaba el dolor. Todo el umbrano que blindaba la sala había empezado a mermar sus fuerzas desde que había pisado aquel lugar.

Era consciente de que caminaba hacia una trampa mortal para ella. Así lo había percibido en la visión que recibió en la colina.

—¡Djaka! —exclamó Alastair, perplejo. Sus manos temblaron—. ¿Qué…?

Antes de que el emperador pudiera reaccionar siquiera, Djaka se envolvió en un brillo blanco.

—¡No! —gritó Alastair al darse cuenta de lo que estaba haciendo. En su forma dragón, Djaka quedaría completamente expuesta al umbrano, letal para ella.

La dragona de escamas de zafiro se materializó. Su cornamenta de gemas se iluminó y un aura majestuosa la rodeó otorgándole la presencia de un dios todopoderoso.

El emperador había palidecido. La tenía justo delante, a aquella magnífica y monstruosa criatura, y él no parecía más que una hormiga a su lado. Con su habilidad para manejar el tiempo, Djaka se había movido demasiado rápido como para que él pudiera reaccionar.

—¡¿Cómo, Djaka?! —bramó la voz de Saekish—. ¡Hay demasiado umbrano para ti!

Fue un único instante. Djaka clavó sus ojos, cargados de amor y resignación, en Alastair, que contuvo la respiración al comprender lo que pretendía hacer. Enseguida, Djaka desplazó su mirada de brillo asesino hacia su eterna enemiga, oculta en el cuerpo de un hombre.

«Basta con un momento… ¡para destrozar tu miserable cáscara mortal y devolverte la tortura a la que me sometiste en el futuro!».

Inmediatamente se abalanzó sobre el emperador con un rugido que taladró los oídos de todos. Las sombras los envolvieron. Una horrible explosión sobrecogió a todos.

—¡Djaka! —chilló Ayla, agachándose sobre Caedra para protegerla de las brumas que salieron despedidas.

Pero estas solo rozaron su piel antes de caer al suelo. Ayla exhaló un suspiro tembloroso, aterrada.

«Queda en tus manos, Ayla. Tu luz brilla por encima de todo… No lo olvides».

Ayla se quedó rígida, pálida y desalentada, cuando la voz de Djaka se apagó en su mente. El humo se disipó poco a poco y la chica tosió. Acunó a Caedra en sus brazos, asegurándose de que el corazón de la zeafírea latía, débil, pero firme.

Una silueta se abrió paso entre las sombras. Ayla se tensó, pero la figura se dirigía hacia Alastair, que había caído de rodillas al suelo al quedar libre de su prisión de brumas negras.

Era Djaka. Tambaleándose, llegó hasta su antiguo compañero e inclinó la cabeza para observarlo. Alastair luchaba por respirar, incapaz de erguirse siquiera para arrancar el umbrano

que permanecía clavado en su espalda.

—Ahora al fin comprendo… —murmuró Djaka, extendiendo una mano. Alastair sintió la delicada caricia en su mejilla—. Comprendo lo que es sentir cariño por una mortal…

Alastair logró alzar la vista. Y deseó no haberlo hecho.

Un horrible corte recorría el torso de Djaka. Cada segundo en pie debía de ser una tortura para ella; estaba desgarrada por dentro. El cuerpo destrozado del emperador yacía sin vida en el mismo punto en el que la dragona se había abalanzado sobre él.

Djaka se derrumbó. Alastair, todavía de rodillas en el suelo, consiguió atraparla en sus brazos a duras penas. Djaka apoyó la barbilla en su hombro y lo abrazó.

—¿Por… qué…? —empezó Alastair. La sorpresa, el dolor y la impotencia burbujeaban en su interior. Ahogó una exclamación al sentir un pinchazo en su espalda.

Djaka le estaba arrancando el umbrano, quemando la piel de sus dedos mientras lo hacía.

—Tuve una visión… —balbuceó ella. Cada vez le resultaba más difícil articular palabras. La primera pieza del venenoso mineral cayó al suelo—. No iba a permitir que murieras aquí. Que te sacrificaras para acabar con el huésped de Saekish… Yo…

Los trozos de umbrano golpeaban las losas de mármol uno tras otro. Alastair, aunque todavía malherido, iba respirando con más facilidad. La tortuosa niebla se despejaba de su mente.

—Solo deseo que seas feliz —suspiró Djaka—. Porque… es lo que mereces…

Alastair la había salvado con la pluma de Luvann en el pasado. La había traído de vuelta a la vida después de estar al borde de la muerte a pesar de todo el dolor que ella le había infligido mil años atrás; a pesar de que lo había abandonado y lo había traicionado; a pesar de que le había arrebatado su cuerpo…

A pesar de todo, la había perdonado. La había aceptado como una amiga. Había estado dispuesto a luchar de nuevo a su lado.

Djaka no había dudado en sacrificarse por él.

La última pieza de umbrano cayó al suelo. Djaka sintió que los brazos de Alastair se estrechaban a su alrededor.

—Gracias.

La voz de Alastair fue un susurro de invierno, pero Djaka supo reconocer el cariño oculto, acompañado de un dolor que Alastair no fue capaz de disimular del todo.

Porque al segundo siguiente, los músculos de Djaka perdieron la tensión. Se quedó inmóvil, inerte, y no respiró más. Con los ojos cerrados, reposó la frente en el cuello de Alastair y una pequeña sonrisa adornó su rostro de alabastro, congelado ahora para siempre.

Jay observaba todo con los ojos muy abiertos. Pero no se atrevió a respirar con alivio, no se permitió sucumbir a la negrura de la inconsciencia que todavía trataba de apoderarse de él, porque, aunque el emperador estaba muerto y, por ahora, Caedra estaba a salvo…

Una tétrica risa retumbó en toda la sala. Jay alzó la vista. Se quedó congelado al reparar en el cuerpo del emperador, tal y como lo había dejado Djaka, completamente descuartizado. De su pecho emergía una bruma…

El espectro de una serpiente.

Saekish.

Capítulo 48: El oráculo supremo

Saekish había sido liberada. Era solo un espectro y, en teoría, no podría hacerles mucho daño… Sin embargo, sin Alastair en condiciones de enfrentarse a ella, la serpiente encontraría otro cuerpo y no tardaría en ir a por todos para aniquilarlos.

—Gran trabajo —comentó alguien a sus espaldas, aplaudiendo con lentitud—. Sabía que podía confiar en vosotros para encargaros del emperador.

Jay miró hacia la entrada de la sala, con el corazón latiendo a mil por hora. Alzándose en el umbral se hallaba un hombre ataviado con una larga túnica dorada, pelo gris y ojos de acero.

El oráculo supremo.

—¿Qué…? —dijo Gavin, que estaba consiguiendo levantarse a duras penas. Se había roto unas cuantas costillas—. ¿Estabas observando?

—Naturalmente. Necesitaba que alguien se ocupara del emperador —contestó Leveann, esbozando una sonrisa altanera—. Y ahora que lo habéis hecho…, ya puedo eliminaros yo a vosotros.

Jay maldijo para sus adentros. Ahora entendía por qué no se habían encontrado, por ejemplo, a Su-Nev. El oráculo supremo no había estado realmente interesado en detenerlos.

Y no estaban en condiciones de enfrentarse a él.

—¡Eres despreciable! —gritó Valikia. Gavin había ido hacia ella, ayudándola a incorporarse. A la zeafírea le costaba apoyar el pie derecho. Al igual que Gavin, estaba cubierta de magulladuras y rasguños.

Ayla logró levantarse y se puso delante de Caedra, endureciendo la mirada. No había podido ser de ayuda en el combate contra el emperador; no iba a dejar que sucediera lo mismo con el oráculo supremo. Se encargaría de él. No sabía de dónde sacaría la energía, pero lo haría. Aunque tuviera que usar su propia fuente vital para ello.

El oráculo supremo la observó con una ceja arqueada. Pero enseguida alzó la vista hacia Saekish, que se retorcía en el aire dudando sin saber hacia dónde ir.

—¡Saekish! —la llamó. Su voz autoritaria retumbó por toda la sala. Extendió los brazos—. Llevo décadas esperando este momento, anhelando la oportunidad de aliarme contigo.

Su espectro tembló. Empezaba a tener dificultades para mantener una forma tan material.

«¿Por qué debería fiarme de ti, mortal? —siseó ella—. ¿Qué me ofreces?».

Leveann sonrió, confiado.

—Te ofrezco tu cuerpo, Saekish. Conozco su localización y, si miras en mi mente, podrás comprobar que es así.

Jay entreabrió la boca e inspiró aire con brusquedad.

—No puede ser...

Si Saekish recuperaba su cuerpo, estaban perdidos.

Saekish solo necesitó un par de segundos para tomar la decisión. Su espectro voló como un relámpago hasta el oráculo supremo, que la recibió con los brazos abiertos. Leveann la absorbió y sus ojos brillaron por un instante, volviéndose rosas antes de regresar a su tono gris.

Gavin cargó contra él. Leveann movió el brazo y el chico salió despedido. Chocó contra Valikia y los dos fueron de nuevo contra el suelo.

El oráculo supremo, sin embargo, jadeó. Estaba ahora más débil: su cuerpo se estaba acostumbrando a la presencia de Saekish. Chasqueó la lengua, disgustado.

Daba igual. Ahora que iba a ayudar a Saekish a recuperar su forma material, ya nadie podría detenerlo.

Dio media vuelta y se marchó. Ninguno de ellos fue capaz de seguirlo.

El palacio tembló. Los rebeldes estaban entrando.

Ayla corrió hacia Jay, que resollaba mientras intentaba ponerse en pie apoyándose en la pared.

—¡Jay! —lo llamó ella. Logró atraparlo justo antes de que se derrumbara de nuevo, pero pesaba demasiado para las pocas fuerzas que le quedaban y ambos acabaron de rodillas en el suelo. Jay tosió, escupiendo sangre, y dejó caer la cabeza contra el pecho de Ayla. Ella palideció, llevando la mano al costado del chico.

—Tengo que ir… con Caedra… —murmuraba él, apretando los ojos. La sala daba vueltas a su alrededor, tenía el estómago revuelto y apenas sentía las piernas…

—Estate quieto —lo regañó ella con suavidad. Trataba de aparentar calma, pero por dentro era un manojo de nervios. Jay estaba herido de gravedad y ella había agotado toda su energía con Caedra. Aun así, presionó los dedos contra su piel y los forzó a iluminarse.

Jay gimió de dolor. Ayla no se detuvo, consciente de que la luz que estaba usando era salvaje, nada refinada, porque ella carecía de fuerzas para controlarla y se estaba quedando sin aire solo para conseguir producirla.

—Aguanta… —jadeó, con los ojos anegados en lágrimas. Algo se retorcía en su interior, estaba cruzando el límite de sus capacidades y su visión se volvió borrosa.

Consiguió reparar el daño interno a base de sufrimiento y obstinación. Se detuvo y tomó una amplia bocanada de aire con urgencia. Insistió en continuar curando la brecha en la cabeza de Jay, pero, cuando estaba a punto de cerrarla, el mundo a su alrededor giró.

Jay la agarró de la muñeca antes de que cayera hacia atrás. La apretó contra él, abrazándola.

—Ya basta, Ayla —susurró, hundiendo los dedos en su cabello rubio enmarañado. Ayla se dio cuenta de que estaba temblando—. Has hecho más que suficiente.

Ayla sollozó. Apretó los puños en la camisa de Jay y enterró el rostro en su pecho. Jay la sostuvo, dejando que llorara y liberara la presión en su interior.

—Está todo bien, Ayla —dijo con ternura, acariciando su pelo mientras observaba a Alastair ir hacia Caedra. La zeafírea estaba abriendo los ojos. Y Jay estuvo a punto de romper a llorar también de puro alivio.

Pero no podía hacerlo todavía. Porque el oráculo supremo había huido con Saekish. La serpiente iba a recuperar su cuerpo.

El emperador había sido eliminado. Pero eso daba igual si no acababan también con el oráculo supremo y Saekish. El mundo sería destruido.

—Debemos continuar —dijo Jay. Ayla asintió, aunque no se despegó de él—. Debemos continuar, o todo lo que hemos sacrificado para llegar hasta aquí habrá sido inútil.

No permitiría que la muerte de Hadriel hubiera sido en vano. Que el sufrimiento de Caedra y Alastair no tuviera un propósito. Que el sacrifico de Djaka careciera de significado.

Jay endureció la mirada.

«No te rindas, Jay». Las palabras de Caedra retumbaron en su mente. La zeafírea, gracias a la increíble labor de Ayla, había derrotado una vez más al destino y seguía con vida.

Pero había estado a nada de perderla. Y solo uno de los responsables había caído. Todavía faltaba otro: Saekish.

No iba a descansar hasta haber eliminado al oráculo supremo y a Saekish. No podía rendirse. Caedra siempre había confiado ciegamente en él. Incluso había estado a punto de morir dando la vida por él.

Jay no le fallaría. No estaba todo perdido.

«No me rendiré, Cai».

Se levantó y, junto con Ayla, fue hacia sus compañeros. Alastair había congelado el corte en su abdomen para no perder más sangre. Lo primero que pensaba hacer Jay era cerrarlo y curarlo hasta que Ayla pudiera echarle un vistazo. Pero antes necesitaba hacer otra cosa.

Se agachó junto a Caedra. Alastair había incorporado a la zeafírea para que se recostara en él. Caedra permanecía débil, apenas capaz de moverse, pero estaba viva. Malherida, como Jay y Alastair, pero viva. Y eso era todo lo que le importaba a Jay en ese instante. Que, a pesar de todo, seguían los tres juntos. Vivos.

—Jay… —lo llamó ella. Con suavidad, pero con firmeza, sin vacilación alguna en su voz. Se inclinó hacia él.

Jay la abrazó. La pegó a él, sintiendo el latido del corazón de Caedra contra su pecho. Hundió el rostro en su cabello sucio y enredado, inspirando el aroma familiar a resina y madera recién cortada. Estaba contaminado por el olor metálico de la sangre, y clavó los dedos en su piel.

—No vuelvas a darme un susto así —susurró. Estaba exhausto, dolorido, pero se habría quedado así toda la eternidad, con Caedra en sus brazos y Alastair junto a ellos.

—Yo… —empezó ella.

—Jamás —la interrumpió Jay con dureza. Se apartó brevemente para mirarla a los ojos, esos cálidos y reconfortantes ojos amarillos que había temido no volver a ver… Apretó las manos en sus hombros—. Prométemelo.

Caedra suspiró. Esbozó una pequeña sonrisa.

—Te lo prometo, Jay.

Él sonrió también.

—No te creo. Sé que mi intrépida zeafírea es una cabezotita. Pero por ahora me basta con eso.

La abrazó de nuevo. Captó por el rabillo del ojo a Gavin y a Valikia, que se apoyaba en su

compañero para ser capaz de andar, acercándose. El alivio llenó a Jay tras comprobar que su hermano y su amiga también estaban bien…

Y respiró hondo, mentalizándose para la batalla que todavía les quedaba por librar.

***

Amanecía en Luminaria. Múltiples columnas de humo ascendían al cielo desde sus edificios. Reinaba el silencio en las calles, llenas de cadáveres y escombros.

La victoria había sido para los rebeldes. Ya se había corrido la voz de que los príncipes Althalos y Gavin habían matado a su padre, al emperador. Todos lo celebraban, ajenos al hecho de que Gea todavía corría un serio peligro. Al fin y al cabo, ninguno sabía nada sobre Saekish. Ignoraban que se encontraban lejos de estar a salvo…

Para Gavin era extraño, pero no sentía pena alguna por el emperador. Lo odiaba desde hacía muchos años por haberlo tratado como un simple instrumento, y aquel enfrentamiento final había dejado claro que su padre nunca lo había querido. En su opinión, el emperador simplemente había recibido lo que se merecía.

Alastair estaba en lo alto de la colina desde la que se veía Luminaria entera. Era ahí donde había decidido enterrar a Djaka. La tierra todavía estaba húmeda. Alastair permanecía sentado sobre las piernas, cabizbajo, con la mirada vacía.

Jay, Caedra y Ayla estaban de pie detrás de él. La zeafírea se recostaba en su compañero, que mantenía un brazo alrededor de su cintura. Ayla miraba al suelo sobrecogida.

—Alastair… —murmuró Caedra, afligida al verlo tan abatido. Extendió una mano hacia él.

—Necesita asimilarlo —dijo Jay con suavidad.

Y así era. Alastair aún no asumía que Djaka ya no estuviera, de que se hubiera sacrificado para que él no tuviera que hacerlo. Djaka, inmortal, con quien había existido desde el principio de los tiempos en Gea, con quien había recluido las sombras en la esfera primaria. Djaka, su primera compañera, que le había enseñado a volar, a ser un dragón y lo que era el amor.

La actitud de Djaka en el pasado había hecho que su relación se rompiera de manera casi irremediable. Pero, poco a poco, la habían ido reparando. Si no para volver al punto original, sí para construir una nueva amistad…

Ahora, eso ya no sería posible. Y Alastair sentía un extraño vacío por dentro. ¿Era esto lo que había experimentado Djaka al darse cuenta de que tendría que enfrentarse a la eternidad sin él para acompañarla?

El resto de sus compañeros se había quedado en la capital, debatiendo las posibles localizaciones del cuerpo de Saekish. No sabían a dónde había ido el oráculo supremo, y el tiempo corría en su contra. Estaban desesperados.

Jay y Caedra no habían querido dejar a Alastair solo con su dolor. Para Ayla, en los últimos tiempos, Djaka había sido su maestra, descubriéndole todo el poder que albergaba dentro de ella. Se había convertido casi en una madre protectora. Ya nunca más podrían entrenar juntas…

Estuvieron así durante un largo rato. Jay perdió la noción del tiempo.

—Jay. Caedra. Ayla…

El sol ya estaba alto en el cielo. Jay parpadeó y alzó la vista al escuchar su nombre.

Gavin estaba ahora a su lado.

—Gavin… —murmuró Jay, ladeando la cabeza para mirarlo. Estaba tan cansado que hasta le costaba hablar.

Gavin suspiró profundamente. Estuvo a punto de decirle algo a Alastair, pero decidió que el hombre preferiría el silencio en ese momento.

—No avanzamos en la búsqueda. No tenemos la más mínima idea de dónde se encuentra el cuerpo de Saekish. Ni de dónde podría estar la esfera primaria para protegerla…

Jay apretó los dedos de la mano que tenía en la cintura de Caedra. Ella lo notó y centró en él su mirada cargada de preocupación.

—Tiene que haber alguna manera… —empezó ella.

Gavin negó con la cabeza.

—No la hay.

Jay apretó los dientes.

—Nuestro camino no puede acabar aquí. No voy a aceptar que hemos luchado en vano.

Ninguno dijo nada. El futuro de sombras amenazaba con hacerse realidad muy pronto. Y no tenían manera de impedirlo.

Gavin se dio la vuelta, dispuesto a marcharse.

Y un portal rosa se abrió detrás de ellos.

Los cuatro retrocedieron, boquiabiertos. Jay se aseguró de sostener a Caedra para que no se cayera; la zeafírea se mantenía en pie solo con su apoyo. Alastair, alertado por la vibración en el aire, enseguida se situó junto a ellos, con los ojos entornados. Hacía mil años que no veía un portal así…

Un robusto hombre emergió del portal, clavando en ellos sus pálidos ojos rosas. Su piel era oscura, casi negra, y su pelo, largo y rizado, de un tono rubio tan claro que parecía blanco. Vestía una simple túnica marrón.

—Mhunn… —dijo Alastair, reconociéndolo al instante.

—¿Qué? —soltaron Jay y Gavin a la vez, estupefactos. Ayla se llevó las manos a la boca.

El hombre, Mhunn, asintió con la cabeza.

—Alastair. Es un placer volver a verte después de tanto tiempo. Sin embargo, me temo que no hay tiempo para un nostálgico reencuentro. Necesito vuestra ayuda.

—¿Nuestra ayuda? —repitió Jay, confuso.

—Controlo todo el tejido del espacio —explicó Mhunn, cruzándose de brazos. Su voz era tan áspera como la roca—. Llevo un tiempo observándoos desde el lugar en el que custodio la esfera primaria.

Jay arqueó las cejas. Alastair frunció el ceño.

—¿Por qué no has aparecido antes? —cuestionó él, claramente irritado.

Y Jay no podía decir que no estuviera de acuerdo. Les habría venido de maravilla su ayuda. Quizás, habría podido evitar la muerte de Djaka.

—No era mi intención intervenir en absoluto —replicó Mhunn, impasible—. Los asuntos de los mortales no me incumben en lo más mínimo. Sin embargo, sí que lamento la muerte de Djaka. —Torció el gesto—. He aparecido ante vosotros porque Saekish ha recuperado su cuerpo; puedo percibirlo. Y sé que irá directa a destruir la esfera primaria. Eso sí que no lo puedo permitir.

Alastair gruñó. No podía culparlo; la propia Djaka se había mantenido alejada de todo lo que tuviera que ver con los mortales hasta hacía poco. Y él siempre los había despreciado hasta que conoció a Caedra. Acusar ahora a Mhunn lo convertiría en un hipócrita.

El corazón de Jay se aceleró. Apartó la furia que sentía por las mismas razones que Alastair y se centró en lo que era más importante en ese momento, cuando el tiempo se agotaba y el equilibrio del mundo pendía de un hilo.

—¿Puedes llevarnos hasta la esfera primaria?

No habían podido impedir que Saekish recuperara su cuerpo. Pero todavía había esperanza. Tenían que impedir que destruyera la esfera.

—Así es —confirmó Mhunn—. Pero debemos darnos prisa. Saekish no tardará en habituarse a su cuerpo de nuevo.

—Voy a avisar a los demás —dijo Gavin y se fue corriendo de inmediato. Ayla voló tras él para alcanzarlo, sabiendo que reunirían a todos más rápido yendo juntos.

Mhunn se quedó en silencio, esperando. El portal continuaba abierto a sus espaldas.

Jay se inclinó para observarlo, curioso. Frunció el ceño. Y ladeó la cabeza para mirar a Caedra.

—Cai, tú te quedas aquí.

Caedra arqueó las cejas. Dejó caer las manos a los lados.

—¿Qué? —soltó, perpleja.

—Estoy de acuerdo —asintió Alastair. Su semblante era serio mientras la contemplaba—. Fuiste herida de gravedad y sigues muy débil. No estás en condiciones de luchar.

Caedra abrió la boca para protestar, pero Jay se le adelantó:

—Y tú tampoco, Alastair. Te quedarás con ella.

Los ojos de hielo de Alastair relucieron peligrosamente. Era cierto, el corte en el abdomen se abriría de nuevo si no tenía cuidado y el umbrano había mermado considerablemente su fuerza; y aún tardaría en recuperarla.

Eso no quería decir que estuviera conforme.

—¿Acaso crees que te vamos a dejar marchar solo contra Saekish?

—No estaré solo, Gavin y los demás me acompañarán —señaló Jay. Alzó la barbilla y habría cruzado los brazos de no ser porque tenía rodeada con ellos a Caedra. La dureza en su mirada indicaba que no aceptaría réplicas.

Caedra torció el gesto. Estaban los tres todavía cubiertos de sangre y heridas, exhaustos. Jay no estaba mejor que ellos. Ayla no tenía energía suficiente para curar a nadie más.

—No hagas esto, Jay —le suplicó Caedra, llevándose una mano al pecho al sentir una desagradable presión—. Por favor, vamos a…

Su propio cuerpo la traicionó. Sus rodillas temblaron y Jay la sujetó por los brazos. Descendió

con ella hacia el suelo para que se sentara y Caedra agachó la cabeza, derrotada, mientras recuperaba el aliento. Con la cantidad de sangre que había perdido, era difícil permanecer de pie más de unos minutos. Pero no quería admitirlo.

Jay apartó el pelo que tapaba el rostro de Caedra, con cuidado de no tocar la brecha recién cerrada en su frente, y le colocó los mechones detrás de la oreja. Posó los dedos debajo de su barbilla y la alzó con suavidad.

—Mírame, Cai —le pidió él, y ella obedeció. Sus ojos estaban vidriosos, y Jay sintió un pinchazo en el corazón—. Eh, nada de llorar ahora. Guarda las lágrimas para cuando estemos yendo a la Tierra a por helado y quieras llorar de alegría, ¿vale?

Caedra ahogó una carcajada. Se mordió el labio.

—¿Y si no vuelves?

Jay acarició su mejilla. La contempló, con su piel oscura marcada por las cicatrices y las heridas, su pelo blanco manchado de sangre y enmarañado, sus ojos amarillos ensombrecidos por el agotamiento, sus alas atrapadas en aquel esqueleto de metal que necesitaba para volar. Era la guerrera que había ido a buscarlo a la Tierra cuando él todavía no era más que un crío asustado, era quien lo había acompañado en cada paso de aquel camino que le había llevado a enfrentarse a todo, quien lo había protegido mientras aprendía a luchar y a ver el mundo con otros ojos.

Sin Caedra, nunca habría llegado tan lejos. Jamás hubiera sido un guerrero como ella. Y ahora Jay estaba dispuesto a dar lo que fuera con tal de protegerla. Porque Caedra era quien hacía que su vida tuviera sentido, que se levantara con el ánimo alto por las mañanas y quien le daba la energía de hacer cualquier cosa para conseguir verla sonreír.

Caedra estaba marcada por la guerra. Pero, sobre todo, por haberse entregado los últimos años de su vida a protegerlo. Y Jay no dejaría que todo su esfuerzo, todas las veces que Caedra se había roto y había logrado recomponerse para acompañarlo en cada batalla, fuera en vano.

—Volveré. Te dije que siempre te encontraría, ¿no es así? Que siempre estaré a tu lado. —Le dio un beso en la frente. Ella cerró los ojos—. Volveré, Cai. Cumpliré mi promesa.

Alastair suspiró, resignado.

—Yo sí que debería ir contigo, Jay.

Él alzó la vista para mirarlo. Arqueó una ceja.

—Lo ocultas bien, Alastair, pero te conozco. Apenas te quedan fuerzas y no puedes usar aún del todo tus poderes —señaló, y Alastair gruñó. Jay suavizó la mirada—. Pero, sobre todo, no querría que Caedra se quedara sola.

—Sé defenderme —masculló ella, pero no lo hizo con su convicción habitual. Era consciente de que no se encontraba en condiciones para ello.

Alastair tensó la mandíbula. Él tampoco se atrevería a dejar a Caedra sola en su estado. Pero como le sucediera algo a Jay… Porque él había captado el otro significado de esas palabras: Jay no solo no quería que se quedara sola en ese momento en el que estaba indefensa, sino que tampoco quería que se quedara sola para el resto de su vida si él no sobrevivía al enfrentamiento final. Caedra no podía perderlos a ambos.

—Estaré bien —declaró Jay con firmeza, leyéndole el pensamiento. Escuchó pasos que subían por la colina y se puso en pie. Mhunn se mantenía al margen, en silencio. Los ojos de Jay

cobraron un brillo siniestro—. No descansaré hasta que Saekish y el oráculo supremo paguen por lo que nos han hecho… Y haré lo que sea necesario para conseguirlo. Pero volveré con vosotros. Os lo aseguro.

Caedra se incorporó, recostándose esta vez en Alastair. Resignada, no discutió. Desenganchó algo de su cinto y se lo tendió a Jay.

—¿Lo llevarás contigo?

Jay lo aceptó, arqueando una ceja.

—¿Por qué?

Caedra esbozó una sonrisa triste.

—Para que te dé buena suerte. Para que sientas que Hadriel y yo estamos contigo.

Jay observó el abanico dorado que ahora tenía en las manos. Pasó los dedos por el emblema que tenía grabado en el extremo izquierdo: un águila. El último regalo que Hadriel le había hecho a Caedra.

—Lo llevaré.

***

Estaban listos para partir. Se habían curado las heridas lo mejor que habían podido, ayudados en las más graves por Ayla, y llevaban todo lo que necesitarían: solo sus armas. Al fin y al cabo, no esperaban pasar un largo tiempo en el micromundo que Mhunn había creado para albergar la esfera primaria. Saekish no tardaría en aparecer. Mhunn había calculado que llegaría en unas pocas horas.

Jay dio un paso al frente.

—Vamos. Todavía tenemos un asunto pendiente.

Ayla asintió, decidida. Djaka le había dicho que confiaba en ella. No la decepcionaría. Quería llorar su pérdida, había sido quien la había entrenado para esa batalla, pero el duelo tendría que esperar.

—No permitiremos que el oráculo supremo y Saekish se salgan con la suya.

Jay respiró hondo notando un pinchazo en las costillas. Era cierto que todavía se encontraba débil, y Alastair entornó los ojos al observarlo. Pero no comentó nada para no preocupar más a Caedra. Jay lo agradeció.

Gavin sonrió, tratando de reunir ánimos. Estaban todos agotados y heridos, pero no había tiempo que perder. Por mucho que no estuvieran en las mejores condiciones posibles, sería la única oportunidad que tendrían de salvar Gea.

—Demostremos al oráculo supremo y a Saekish que se han equivocado subestimándonos.

—Es hora de salvar un mundo —añadió Connor, decidido.

Tarvo lo observaba de reojo. A veces le era difícil creer que aquel chico que había conocido hacía unos meses, asustado y poniendo un pie en Gea solo por apoyar a Jay, ahora se había convertido en su fiel compañero, dispuesto a enfrentarse a todo, a la destrucción misma, con tal de no abandonarlo. Connor podría haberse marchado a la Tierra, donde estaría a salvo. El portal del bosque de Gallia no quedaba lejos. Y, aun así, había optado por quedarse con ellos. Por permanecer a su lado. Y Tarvo lo apreciaba más de lo que sería capaz de expresar con palabras.

Extendió la mano para agarrar la de Connor, que lo miró y asintió. Entrelazaron los dedos. El gesto no le pasó desapercibido a Jay, que sonrió en silencio.

Mhunn se aclaró la garganta.

—¿Estáis ya todos listos? No conviene que tardemos mucho más. Debemos escondernos antes de que lleguen a por la esfera primaria.

Jay endureció la mirada.

—Adelante.

Uno a uno, cruzaron el portal detrás de Mhunn. Al final, solo quedó Jay. Miró por encima del hombro a Alastair y a Caedra. La zeafírea, todavía sostenida por Alastair, había recuperado la compostura, pero Jay se fijó en que se mordía el labio para no volver a llorar.

Tuvo la tentación de ir a abrazarla. Pero entonces no querría separarse de ella y ambos lo sentirían como una despedida, un último contacto antes del adiós definitivo. Y Jay tenía toda la intención de volver. Se lo había prometido a Caedra. Quería que ella fuera feliz. Y para eso lo necesitaba a él.

—Conseguiremos nuestra vida los tres juntos, Cai —le dijo, esbozando una sonrisa que buscaba aliviar un poco la tensión que debía de estar sintiendo—. Tan solo esperadme aquí.

—Y tú asegúrate de volver —dijo Alastair con la frialdad de un témpano.

—Me halaga tu preocupación, dragón —replicó él, divertido. Respiró hondo y caminó hacia el portal.

—Vuelve, Jay...

Las palabras susurradas de Caedra fueron lo último que escuchó antes de que Gea se cerrara a sus espaldas.

Capítulo 49: Saekish

El lugar que albergaba la esfera primaria era una cueva inmensa, con todas las paredes y el techo de cristal blanco que emitía un agradable brillo. El suelo estaba cubierto de roca negra lisa y, en el centro, un pilar de piedra sobre el que descendían varios cristales rosas. En medio, la esfera primaria flotaba inocentemente.

Jay la examinó de cerca, curioso. Era grande; necesitaría las dos manos si quisiera moverla. Su superficie transparente estaba pulida. En su interior, una masa de sombras negras giraba con lentitud, atrapadas en un remolino eterno. Esas brumas que tenían el poder de sumir el mundo entero en el caos.

«Y es por esto que comenzó todo», pensó Jay, entornando los ojos.

Si no hubieran necesitado encerrar en esa esfera la marea de sombras que cubría Gea, Saekish no habría tenido nada por lo que enfrentarse a Alastair. Djaka y Luvann no habrían sellado sus cuerpos. Saekish no habría cruzado el océano para ir al otro continente. No habría nacido el Imperio gaelaro…

Todo habría sido muy diferente.

Ayla estaba a su lado. Jay la observó de reojo.

Era difícil mantenerse en pie en ese momento. La angustia y la rabia continuaban amenazando con ahogarlo, con encadenarlo de tal manera que fuera incapaz de moverse. Era consciente de su inferioridad frente al oráculo supremo y Saekish; sus enemigos no estaban agotados y heridos tras la batalla contra el emperador. Pero estaba decidido a terminar lo que había empezado. No iba a descansar hasta haber cumplido lo que se habían propuesto.

A pesar de todas las dificultades, habían conseguido llegar hasta allí. Y eso era, en gran medida, gracias a que Ayla los había mantenido con vida. Jay apreciaba que permaneciera junto a él, atenta.

—Ayla —la llamó en un susurro, para que los demás, esparcidos por la sala, no lo escucharan.

—¿Sí? —contestó ella en el mismo tono, girando la cabeza para mirarlo.

Jay trató de sonreír. Fue incapaz.

—Gracias por estar conmigo.

Ayla sí esbozó una sonrisa triste.

—Siempre, Jay.

Jay cerró los ojos. Había perdido a Hadriel. Había estado a punto de perder a Caedra. Había perdido a su madre y a su hermano mayor, a los que, aunque ahora apenas los recordaba, había querido mucho en el pasado, antes de que le borraran la memoria.

Ya había perdido a demasiada gente. No podía permitir que le pasara nada a nadie más…

Valikia, mientras tanto, permanecía sentada en un rincón, abrazando sus rodillas, con la frente apoyada en ellas. Gavin a su lado la observaba, afligido por el estado de la zeafírea antes de la

batalla.

—No pude hacer nada contra el emperador, Gavin —murmuró Valikia, con voz apagada—. ¿De qué os voy a servir ahora?

—Eso no es cierto, Val —dijo él de inmediato, frunciendo el ceño. Pasó un brazo por sus hombros y la pegó a él—. No eres menos que nadie. Simplemente resultó que ninguno de nosotros éramos rivales para el poder que había acumulado Saekish.

—Pero… —Valikia calló al notar un nudo en la garganta. Se abrazó a Gavin, conteniendo a duras penas las lágrimas—. Tengo miedo —admitió en un susurro ahogado.

Caedra era su mejor amiga, casi como una hermana para ella. Valikia había pagado con ella el enfado por la muerte de Denkuro, a pesar de que no había sido su culpa. Había decidido que sería mejor esperar a después de la batalla para hablar con Caedra y pedirle perdón, para reconciliarse y abrazarla de nuevo con calma… Pero Caedra había estado a punto de no sobrevivir al enfrentamiento.

Sus vidas eran demasiado frágiles. Ahora era consciente de ello.

Gavin la miró, apenado.

—Val, es normal que tengas miedo. Te aseguro que todos lo tenemos.

—¿Y si no lo conseguimos?

Gavin tensó los hombros.

—Lo conseguiremos. Debemos confiar en ello. Y yo estoy a tu lado. Todo saldrá bien.

—No te separes de mí en ningún momento —le suplicó ella, aferrándose a su chaqueta.

Gavin sonrió y le dio un beso en la cabeza.

—¿Por qué iba a separarme de mi arpía? Es el mejor ángel guardián en un campo de batalla.

Valikia dejó escapar una pequeña carcajada.

—Eres tonto.

Connor miraba a Jay de lejos, preocupado por su amigo. Había acabado muy herido en el enfrentamiento contra el emperador. No sabía si sería capaz de aguantar la batalla contra Saekish y el oráculo supremo…

Era duro. No resultaba más sencillo después de la segunda muerte. Primero, Silvary. Ahora, Djaka. Connor apenas había conocido a Djaka, pero se había acostumbrado a verla paseándose con sus curiosos vestidos y sus comentarios demasiado sinceros sobre los mortales. A pesar de ese supuesto desagrado que sentía por ellos, los había ayudado muchísimo. Tanto que al final se había sacrificado por su causa.

Al menos, Connor había comprobado que el fuego seguía ardiendo en los ojos de Jay, llenos de pasión. Estaba decidido a conseguir su propósito, a salvar Gea de las sombras y que así Caedra y Alastair también estuvieran a salvo, a matar al oráculo supremo y a Saekish para que todos los que habían destrozado sus vidas pagaran el precio por ello.

Le frustraba no haber tenido tiempo de hablar con Jay después del ataque a Luminaria. Habían tenido que ir enseguida a detener a Saekish.

—Jay es fuerte —habló Tarvo, adivinando lo que estaba pensando al seguir la dirección de su

mirada—. Resistirá.

Connor asintió con la cabeza.

—Y estaremos nosotros para ayudarlo.

Hubo un ligero temblor. Tarvo cogió la mano de Connor y apretó ligeramente. Este asintió con la cabeza.

—Vienen —dijo Mhunn, alzando la voz.

Todos se escondieron de inmediato tras las rocas. Llevaban brazaletes de umbrano que ocultarían su presencia ante un escaneo mental.

Jay estaba agazapado junto a Ayla. Le latía el corazón a mil por hora. Ella también estaba nerviosa y tensó los dedos.

Esa sería la batalla final. La que decidiría todo. O ganaban y salvaban el mundo entero, o perdían y morían, dejando que Gea fuera consumida por las sombras.

Jay se aseguró de que tenía la espada y también el abanico de Caedra en su cinto. Era cierto que sentía una parte de ella ahí, con él. Quizás, sí le daría buena suerte.

«No te rindas, Jay».

Cerró los ojos.

«Dame fuerzas, Cai —pensó, deseando más que nada poder comunicarse por telepatía con ella —. Yo haré todo lo posible por acabar con esto».

Levantó los párpados al notar una vibración en el aire. Se asomó con cautela.

Un portal negro se había abierto en el otro extremo de la sala. De él apareció una denu.

Jay tensó la mandíbula al darse cuenta de que se trataba de Su-Nev. La observó caminar lentamente hacia la esfera primaria.

Transcurrieron unos segundos. Su-Nev alzó el brazo. Su mirada estaba vacía; sus labios, una fina y rígida línea que llevaba meses sin ser capaz de transformarse en una sonrisa. Cómo habría deseado Jay que hubiera alguna forma de traerla de vuelta, de que fuera realmente Su-Nev la que habitara de nuevo ese cuerpo…

Nunca sucedería.

Su-Nev puso un dedo en la superficie de la esfera.

Y fue acribillada por una multitud de afilados cristales. Ayla se encogió al ver su cuerpo sin vida desplomarse en el suelo, agujereado.

«Lo siento, Su-Nev», se lamentó Jay, afligido. Había sido una de sus primeras amigas en Gea…

Al menos, ahora ya era libre. El oráculo supremo no podría utilizarla más.

—Bonita trampa la que tenías preparada, Mhunn.

Era una tétrica voz femenina la que había hablado, grave y aterciopelada. Su propietaria emergió del portal, irguiéndose. Su cabeza casi rozaba el alto techo.

Jay tensó los músculos, reconociendo las escamas negras como la noche, las marcas fucsia por todo su cuerpo, aquellos ojos rosa pálido con la pupila reducida a una fina rendija…

Saekish se mostraba tal y como la había visto en el futuro oscuro. Su presencia, al menos, era

ahora menos asfixiante. Jay supuso que era porque no había tenido todavía tiempo para recuperar todo su poder.

Eso no quería decir que no fuera muy peligrosa, pero, quizás, aún tenían posibilidades de vencerla.

La serpiente se deslizó y ladeó la cabeza, observando la esfera primaria.

—¿No vas a mostrarte ante mí, Mhunn? Sé que estás aquí.

Saekish era la única que hablaba auralio en esa forma sin tener que emplear la telepatía, si bien lo hacía con un extraño acento. Esto era porque nunca había adoptado un aspecto humano.

El oráculo supremo también atravesó el portal, que se cerró a sus espaldas. Su llamativa túnica dorada era inconfundible.

Y Mhunn pasó a la acción. Jay vio por el rabillo del ojo que se arrancaba el brazalete de umbrano y saltaba por encima de las rocas, envolviéndose en un brillo blanco.

Un enorme golem de piedra negra, con multitud de cristales rosas incrustados en su espalda, se abalanzó sobre Saekish con ferocidad.

El caos se desató. Los demás también salieron de sus escondites, lanzando todo contra el oráculo supremo: fuego, agua, hielo, roca, viento y rayos.

El oráculo supremo, sin embargo, sonrió. Alzó la mano y los ataques quedaron suspendidos en el aire.

—Patético.

Los devolvió contra ellos.

—¡Cuidado! —gritó Ayla mientras sus ojos se iluminaban.

Se puso delante de Jay y levantó un escudo de luz. Valikia se cubrió a ella y a Gavin con un escudo eléctrico. Y Tarvo se ocultó junto a Connor tras un muro de piedra.

El humo llenó el lugar. Connor lo despejó con una ráfaga de aire.

—¿Estáis todos bien? —exclamó Jay, nervioso. Solo escuchaba el latido alterado de su propio corazón.

La tétrica risa de Saekish retumbó en la cueva, impidiendo a sus compañeros responder. La serpiente empujó a Mhunn con una onda de sombras hacia atrás. El golem rugió y se estrelló contra los cristales, cayendo al suelo con un golpe pesado. Los colmillos de Saekish chorreaban veneno.

—Veo que has perdido facultades, Mhunn —se burló Saekish.

Mhunn gruñó, ofendido. Odiaba que tuviera razón…

Saekish se disolvió en sombras, esquivando la lluvia de rocas de Mhunn.

Apareció encima del golem. Le mordió el cuello. Sus colmillos, cubiertos por una capa de ácidas brumas, atravesaron la roca de su piel como si de mantequilla se tratara. Mhunn rugió, sacudiéndose a la serpiente de encima, pero ya era tarde.

Mhunn se movió con dificultad. El veneno estaba paralizando sus músculos. Mandó una serie de estacas de roca hacia Saekish. La serpiente las esquivó y reptó hacia él.

—¡Mhunn!

Valikia se puso delante del golem y disparó un rayo. Saekish frenó con brusquedad y levantó un muro de sombras para detenerlo.

Gavin saltó por detrás con su espada envuelta en llamas azules. Logró cortar las escamas en el costado de Saekish, que se retorció y desapareció.

Mientras tanto, los demás seguían enfrentándose al oráculo supremo. Jay expulsó un torrente de llamas blancas hacia su enemigo. Leveann simplemente las controló con la mente y las dirigió hacia Connor, que palideció al verlo. Sabía que el fuego infernal de Jay era casi imposible de detener; un muro de roca de Tarvo se fundiría al instante.

Afortunadamente, Ayla ya había predicho que esto sucedería. Se desplazó a la velocidad de la luz y apartó a Connor de la trayectoria.

Tarvo contuvo un suspiro de alivio, mientras que Connor contempló a su salvadora con ojos de sorpresa y gratitud.

—¿Por qué ayudas a Saekish, Leveann? —cuestionó Jay, desenvainando su espada—. ¿Acaso crees que te va a servir ella a ti? ¡Su única intención es sumir de nuevo a Gea en sombras! Tú no sobrevivirás.

El oráculo supremo rio con desdén.

—¿Quién te ha dicho a ti que no? —replicó, divertido, y alzó el brazo.

Jay saltó hacia atrás para evitar la esfera de sombras que había brotado del suelo. Gruñó al aterrizar.

—¿Saekish te ha dado sus poderes? —bramó, incrédulo. Eso no había sucedido en el futuro oscuro.

—Era mi condición para revelarle el lugar donde se encontraba su cuerpo —contestó Leveann con sencillez—. ¿Acaso crees que yo no vislumbré ese futuro que tú y Alastair visitasteis? Decidí que esta vez tomaría precauciones.

Jay apretó los dientes. ¿Por qué estaba Leveann siempre preparado para todo? Al menos, sabía que el oráculo supremo no podía tener más que un entendimiento básico de sus nuevos poderes; solo llevaba unas horas ellos.

—¿Y qué ganarás de una Gea llena de sombras? —preguntó Jay a la vez que iba hacia él con su espada por delante.

Leveann no respondió.

Tarvo estampó su puño en el suelo a la vez, haciendo que temblara. El oráculo supremo se desestabilizó, incapaz de frenar a Jay con su mente, y tuvo que moverse hacia atrás para esquivar la hoja metálica.

Jay giró y alzó la pierna, disparando a través de ella llamas blancas. Leveann las frenó y se las devolvió. Ayla lo apartó también de la trayectoria.

Escucharon un grito. Valikia estaba en el suelo junto a la pared, con un montón de cristales encima. Gavin trataba de defenderla, pero quedaba él solo contra Saekish. Mhunn estaba paralizado por el veneno.

Tarvo fue corriendo hacia ellos. Hizo brotar varias estacas de piedra del suelo. Saekish tuvo que disolverse para esquivarlas.

Connor lanzó algunos cuchillos al oráculo supremo, pero este, con los ojos brillando, los suspendió en el aire. Movió el brazo y fueron hacia Jay.

—¡Jay! —lo alertó Connor, pálido.

Ayla lo protegió con un escudo de luz. Jay contuvo un suspiro de alivio.

La chica no se detuvo y mandó varias esferas de agua hacia Leveann. Él las esquivó. Jay probó con una llamarada, pero obtuvo el mismo resultado.

Ayla se desplazó a la velocidad de la luz, blandiendo su lanza. Leveann echó la cabeza a un lado y el filo solo lo rozó. Ayla encadenó varios cortes con la cuchilla, pero el oráculo supremo los evitaba todos sin problema.

Leveann la observaba mientras combatían, experimentando una extraña sensación en su interior. Ahí estaba Ayla, a la que él tan cuidadosamente había criado como su futura arma, rebelándose contra él. Ayla lo había desafiado, era la prueba de que no era infalible, de que sus planes también podían fallar; y esto disgustaba en gran medida a Leveann.

Estaba decidido a corregir su error. Ese era el día en el que eliminaría, al fin, a su joven aprendiz, que había tenido la osadía de rebelarse contra él y sus propósitos.

A Ayla, la angustia que le producía enfrentarse a su antiguo maestro solo servía para alimentar su rabia, para animarla a seguir combatiendo. Tenía delante de ella a la persona que le había arrebatado tantos años de vida, que la había convertido en una simple marioneta manejada a su antojo.

Era despreciable. Ayla habría querido gritarle que no le tenía ningún miedo. Sin embargo, él era mucho más poderoso que ella…

Fue capaz de predecir su próximo movimiento. Retrocedió y cubrió a Jay de una lluvia de cristales que descendió del techo con un escudo de luz que los desintegró.

No tuvo tiempo de ir hasta Connor, sin embargo. El chico acababa de invocar un viento huracanado que el oráculo supremo frenó con su mente. Alzó el brazo y Connor salió disparado hacia atrás.

Se estampó con un grito contra los cristales de la pared. Cayó al suelo con varios clavados en su cuerpo.

—¡Connor! —Tarvo lo llamó, alarmado.

La distracción le salió cara. Saekish lo golpeó con la cola envuelta en sombras. Tarvo también se estrelló con fuerza contra los cristales. No se levantó.

Jay resolló, invadido por el terror. Estaban perdiendo y no había nada que pudieran hacer. Sus compañeros estaban cayendo uno a uno con rapidez y él ya notaba que las heridas del anterior combate lo ralentizaban en exceso, dificultándole la respiración y la concentración.

No podían fallar…, pero todo se había torcido. El oráculo supremo era demasiado poderoso, y ellos estaban muy débiles tras enfrentarse al emperador.

Sacudió la cabeza. Por desoladora y desesperanzadora que fuera la situación, él no se iba a rendir. Le había prometido a Caedra que volvería.

—¿Veis por qué no me había preocupado de vosotros? —se mofó el oráculo supremo—. Sabía que podía utilizaros para deshacerme del emperador y luego eliminaros con facilidad. Sois

patéticos.

Ayla también estaba agotada. Había utilizado el poder de la luz demasiado y ya le costaba mantener constantemente activa su capacidad para adivinar lo que iba a hacer su oponente.

Gavin gritó, repeliendo a Saekish a duras penas con un torrente de fuego azul. Pero la serpiente ya estaba rodeándolo. Y Gavin no iba a dejar expuesta a Valikia, tirada en el suelo tras él.

Jay tensó la mandíbula. No. No podían perder. No podía dejar que Gea se sumiera en las sombras. Alastair y Caedra confiaban en él. Tenía que aguantar un poco más.

Había sido un largo camino en el que había aprendido a base de graves errores, un golpe tras otro. Nunca creyó que fuera fácil, pero eso no había hecho el proceso más sencillo. Si había sobrevivido, había sido gracias a todo lo que Hadriel, Caedra y Alastair le habían enseñado. No se vendría abajo. Les demostraría que todo lo que habían hecho por él, todo lo que habían sacrificado, había merecido la pena.

No iba a fallar. No se iba a rendir. Iban a derrotar a Saekish y al oráculo supremo. Tenía que haber alguna forma.

Dejó que la rabia incendiara una vez más sus venas. Que la ira lo impulsara a moverse con su fuego. Que el dolor le recordara que aún tenía que cumplir su venganza, asegurarse de que el oráculo supremo y Saekish pagaban por destrozarles las vidas. No descansaría hasta entonces.

Una pequeña idea nació en su mente. Y endureció la mirada.

—Ayla, ve a por Saekish —ordenó Jay.

—¿Qué…? —balbuceó ella, perpleja. Frunció el ceño—. ¡No podrás contra él!

¿Cómo iba a enfrentarse Jay al oráculo supremo él solo cuando este predeciría todos sus movimientos y lo frenaría con su mente?

—Confía en mí —contestó Jay. Apretó la empuñadura de su espada y se desvaneció.

Apareció frente a Leveann. Este rio con sorna y se desplazó a la derecha. Jay volvió a desaparecer.

Ayla apretó los dientes. Su corazón latía con fuerza, indecisa.

El grito de Gavin al ser estampado contra la pared la hizo actuar.

«Confío en ti, Jay», pensó, angustiada, dando la vuelta y volando hacia Saekish.

Se envolvió en un escudo de luz y repelió las sombras que se dirigían como relámpagos hacia Gavin y Valikia, ahora ambos en el suelo.

Saekish se irguió y ladeó la cabeza, observándola con curiosidad.

—Controlas la luz… Llevas la marca de Luvann —siseó. Las brumas a su alrededor temblaron —. ¿Sabes que por su culpa he estado mil años sin cuerpo?

—Era lo que te merecías —dijo Ayla, apretando los dedos en el astil de su lanza. Normalmente no habría sido tan atrevida como para contestar, y menos de aquella manera, pero esa breve conversación le venía bien para recuperar el aliento.

Saekish entornó los ojos.

—Puede que Luvann no esté aquí, pero ya me encargaré de él a su debido tiempo. Por ahora —bramó y su pupila se redujo a una fina rendija— me bastará con aplastar a su discípula.

Las sombras se abalanzaron sobre ella. Ayla giró y el brillo aumentó en intensidad, repeliéndolas. Se desplazó y las brumas la persiguieron, como polillas buscando la luz.

Saekish se abalanzó. Trató de alcanzarla con sus colmillos, los cuales seguían destilando veneno, pero Ayla viró en el aire y la esquivó. Deslizó su lanza y de ella salió despedido un chorro de agua. Este se convirtió en hielo al entrar en contacto con las escamas de Saekish.

Antes de que pudiera cortarla, sin embargo, Saekish se desvaneció. Ayla, cuyos ojos ya no brillaban por el cansancio, chilló al esquivarla de milagro cuando apareció por detrás. Le arrancó unas cuantas plumas.

Batió las alas con fuerza y se alejó. Giró y la observó desde el aire. Su corazón latía con violencia por el susto.

—Huye todo lo que quieras, ratoncito —se burló Saekish, moviendo su cola con lentitud de un lado a otro—. Es cuestión de tiempo que te atrape.

Mhunn, todavía incapaz de moverse, gruñó. Por más que intentaba purificar el veneno de su sistema, era un proceso demasiado lento.

Ayla observaba a Saekish con los ojos muy abiertos. Había una posibilidad de acabar con ella. El problema era que sin su poder de predicción no lo conseguiría…

Respiró hondo y trató de calmar sus nervios. Solo tendría una oportunidad de ejecutar su jugada certeramente. Sería arriesgado, pero era lo único que se le ocurría para derrotar a Saekish. De no hacerlo, Gea estaba condenada.

«Si superas el límite, perderás la visión», le había advertido Djaka mientras la entrenaba.

Ayla estaba dispuesta a pagar el precio. Por mucho que se le revolviera el estómago.

Fue hacia Saekish, blandiendo su lanza.

«Esto acaba aquí», pensó, decidida. Jay confiaba en ella. No lo iba a decepcionar. Djaka no estaba y Ayla se aseguraría de demostrarle que todo el tiempo que había pasado ayudándola a comprender cómo funcionaban sus poderes había merecido la pena.

Saekish rio.

—No eres muy original. Puedo repetir esto las veces que haga falta —dijo con desdén y se desvaneció.

Reapareció en un cúmulo de sombras justo detrás de Ayla.

—¡Ayla! —Gavin trató de avisarla, aun sabiendo que la chica no podría reaccionar a tiempo. Él apenas estaba consiguiendo levantarse con dificultad.

Saekish cerró sus fauces en torno al pequeño cuerpo de Ayla, lista para atravesarla con sus colmillos… y la chica desapareció, envuelta en una estela luminosa.

Hubo solo un instante de confusión en el que Saekish se quedó congelada. Trató de decir algo, pero de su garganta solo brotó sangre.

Ayla se detuvo en el extremo de la cola de la serpiente, jadeando. Sus ojos brillaban, ella estaba intacta y la punta de su lanza estaba coloreada de rojo.

El cuerpo de la serpiente se partió en dos mitades que acabaron en el suelo. Sus órganos se esparcieron por la roca negra.

Gavin, a pesar de su incredulidad ante lo que acababa de presenciar, no dudó en incendiar inmediatamente los restos de Saekish con sus llamas azules. Y Ayla se derrumbó en el suelo, exhausta por completo, mientras todo a su alrededor se volvía borroso...

Había matado a Saekish. Pero había llevado sus ojos al límite utilizando de nuevo aquel poder para predecir los movimientos de su enemiga.

Bajó los párpados. Lágrimas de sangre rodaron por sus mejillas. Jamás vería de nuevo, salvo aquello que vislumbrara en sus visiones.

***

Jay aparecía y desaparecía con rapidez, evitando que el oráculo supremo lograra atrapar su cuerpo. Lanzaba estocada tras estocada, pero Leveann las esquivaba todas.

—¿Se puede saber qué pretendes conseguir con esto? —cuestionó Leveann, aburrido. Detuvo con la mente las llamas que habrían alcanzado su rostro.

Jay se desvaneció en un cúmulo de sombras, sin responder. El oráculo supremo se encogió de hombros.

—Como quieras. Te cansarás antes que yo.

Jay escuchó a Gavin llamando a Ayla. Miró por encima del hombro, consternado. Y vio cómo Ayla partía a Saekish por la mitad.

Su corazón se aceleró. Ayla lo había conseguido.

—Vaya, no esperaba que me ayudarais a deshacerme de Saekish también —comentó Leveann, arqueando una ceja.

—¿Qué? —soltó Jay casi sin aliento, perplejo. Su energía se agotaba a pasos agigantados y sus músculos se negaban cada vez más a cooperar. Si no hubiera tenido que lanzarse a combatir tras las heridas sufridas contra el emperador…—. ¿También querías eliminarla a ella?

—Naturalmente. Ahora soy yo el único que tendrá el control de las sombras… —Los ojos de Leveann brillaron. Jay ahogó una exclamación al notar que obtenía el control de su cuerpo y lo levantaba en el aire. Se había distraído—… y de la esfera primaria.

—¡Jay! —gritó Gavin, extendiendo un brazo hacia él, aunque sabía que no había nada que pudiera hacer.

Jay voló hacia atrás. El sonido metálico de los cristales que destruyó en su impacto retumbó en la cueva. Cayó al suelo con un gemido. Sentía una multitud de pinchazos en la espalda…

El oráculo supremo caminó hacia la esfera primaria, con porte erguido. Mhunn, en el otro extremo de la sala, gruñó, intentando levantarse, pero el veneno en su sangre era corrosivo y persistente.

Connor y Tarvo eran incapaces de moverse. Valikia estaba inconsciente y Gavin se mantenía a su lado, jadeando y con el costado derecho sangrando en abundancia; sus músculos estaban paralizados por la extenuación.

Ayla apenas veía ya. Observó la forma borrosa de su antiguo maestro acercarse a la esfera, angustiada. Se derrumbó al intentar incorporarse, sin energía tras su último ataque a Saekish. ¿Acaso no había nada que hacer? Ella estaba sin fuerzas; no podría activar de nuevo su visión para predecir los movimientos de Leveann y estar en igualdad de condiciones. Y ella era la única

que habría podido derrotarlo…

Estaba presenciando el comienzo del fin de Gea; Leveann utilizaría las sombras para doblegarlos a todos. La realidad la golpeó como una maza y por un instante se olvidó de respirar.

Sus ojos se llenaron de lágrimas todavía teñidas de rojo. Había matado a Saekish, pero ¿de qué servía eso si el oráculo supremo los iba a destruir igualmente? Jay había confiado en ella…

Lo buscó con su mirada casi apagada, en el otro extremo de aquella sala, y apenas alcanzó a distinguir su forma. El chico estaba tirado en el suelo, aunque parecía que intentaba moverse…

Y, aunque Ayla admiraba la decisión de Jay, sabía que era en vano. El oráculo supremo predeciría todos sus movimientos…

Leveann ya había llegado a la esfera. Se quedó frente a ella, contemplándola con una arrogante sonrisa. Sabía que la victoria era suya. Con Ayla, la única que podría haberle hecho frente, sin energía y sin visión, nadie se atrevería a oponerse a él. Sería la primera a la que matara una vez tuviera la esfera primaria en su poder. Con esa esfera, nadie osaría desafiarle jamás.

Jay luchó por ponerse en pie. Respiraba entrecortadamente, agotado tras abusar de sus poderes y dolorido por el impacto. La brecha se había abierto de nuevo y su cabeza sangraba. Estaba convencido de que sus costillas, de por sí fracturadas tras el enfrentamiento contra el emperador, habían estado a nada de perforar sus pulmones, porque estos ardían como nunca. Sus músculos protestaban con violencia, gritándole que ya no podían soportar más. No había tenido tiempo de recuperarse, estaba al límite y su visión ya se llenaba de puntos negros.

«No te rindas, Jay».

No iba a hacerlo. No estaba todo perdido. Todavía no había tenido oportunidad de poner en práctica la idea que había nacido en su mente…

Ayla lo observaba, afligida al verlo sufriendo de aquella manera. Jay trataba de incorporarse. Le temblaban las piernas y se había llevado una mano al pecho, luchando por respirar. Su cabeza gacha hacía que su largo pelo cayera delante de su rostro, pero Ayla alcanzaba a distinguir, pese a la visión cada vez más borrosa, la sangre que lo cubría. Jay llevó una mano al cinto, pero su movimiento era demasiado lento.

Jay le había pedido que confiara en él. Debía de tener algún plan, Ayla no albergaba duda alguna al respecto. El problema era que el cuerpo de Jay estaba a nada de romperse y el oráculo supremo ya había alargado el brazo hacia la esfera. Fuera lo que fuera que pretendía hacer Jay, no iba a llegar a tiempo.

Ayla se puso en pie. Se tambaleó. La visión ya casi la había abandonado. Pero sabía que tenía al oráculo supremo en línea recta.

No tenía tiempo para pensar. Los dedos del oráculo supremo estaban a punto de posarse en la esfera. Una vez la tuviera, desataría las sombras que los destruirían a todos y sería invencible.

Quería hacer muchas cosas en su vida. Ansiaba descubrir, conocer, compartir…, disfrutar el mundo que le habían negado durante años.

Pero gracias a Jay había tenido la oportunidad de romper las cadenas del oráculo supremo. Él había hecho que cayera la venda de sus ojos, se había preocupado por ella y la había animado a explorar los grandes poderes que tenía. Jay la había ayudado a crecer, a luchar por su propia voluntad, a ser una nueva persona consciente de sí misma y de sus emociones.

Era la hora de devolverle el favor. Al fin comprendía el sacrificio de Djaka por Alastair. Todo por amor.

«Si esto es lo que hace falta para que seas feliz, Jay —pensó, dando un paso hacia delante. Extendió las alas. Las lágrimas de sangre se secaban en sus mejillas pálidas—, para que cumplamos el propósito que nos ha traído hasta aquí…, lo haré».

Se impulsó una última vez con su luz. Le habría gustado ver a Jay en aquel instante final. Pero su mundo ya solo era negro.

El oráculo supremo se detuvo al predecir el movimiento. Arqueó una ceja y extendió el brazo. La frenó en el aire y Ayla apretó los ojos.

—¿Qué pretendías conseguir? —cuestionó él, observándola con dureza—. Ya no tenéis nada que hacer contra mí.

—Al contrario…, maestro —fue todo lo que dijo Ayla entre dientes, encogida. Sentía el latido desbocado de su corazón en la garganta. «Te hemos derrotado», añadió en su mente, porque confiaba a ciegas en Jay. Pero no le iba a dar oportunidad a su enemigo de prepararse para lo que vendría a continuación.

Jay estaba en pie. Controlaba su respiración lo mejor que podía para parpadear y enfocar la vista el tiempo que necesitaría, aunque la sala todavía daba vueltas a su alrededor. Su cuerpo insistía en doblarse hacia delante y derrumbarse, pero estaba decidido a sobreponerse al dolor.

Leveann arrugó su rostro en una mueca de asco.

—Jamás tendrías que haberme desafiado, aprendiz —sentenció, negándose a utilizar su nombre hasta el final.

Elevó uno de los cristales. Sonriendo con la malicia de un tirano, lo clavó en el corazón de Ayla.

Al mismo tiempo que Ayla se desplomaba con un grito silencioso, Jay conseguía enfocar su objetivo en el oráculo supremo.

—¡Ayla! —había gritado Gavin, el único de los que estaba consciente con fuerza para ello.

Jay no había visto lo sucedido. Y, aunque su corazón latió desbocado ante su preocupación por ella, si apartaba ahora la mirada del oráculo supremo perdería aquel breve momento de claridad que había logrado.

Un cosquilleo nervioso lo recorrió, consciente de que solo tendría un intento. Y las sombras danzaron en sus oscuros ojos.

«Bien, Cai —pensó Jay, desenganchando su abanico del cinto—. Es ahora cuando necesitaré tu ayuda. Préstame tu fuerza».

Leveann le dedicó una última mirada cargada de desdén al cuerpo de Ayla y le dio la espalda. Acercó la mano a la esfera, confiado. ¡Ya era suya! Sus ojos de acero brillaban. Nadie podría jamás detenerlo…

Algo pasó volando a gran velocidad. Y el oráculo supremo observó con horror cómo su mano era cercenada limpiamente. Un aullido de dolor brotó de su garganta y retrocedió con brusquedad, agarrándose el antebrazo, que ahora chorreaba sangre.

El abanico de metal siguió su trayectoria y giró hasta clavarse en los cristales de la pared del

fondo.

Jay se irguió, con una sonrisa un tanto siniestra en su rostro. Leveann lo miró, jadeando. Tenía los ojos abiertos como platos.

—¡¿Cómo?! —bramó, con su brazo derecho temblando por el dolor.

Tenía activado su poder de la predicción. Tendría que haber advertido que Jay lanzaba aquel abanico. Tendría que haberlo esquivado sin dificultad, con calma incluso.

¿Qué había pasado?

—Nunca pensé que algo que siempre nos había hecho tanto daño sería lo que nos daría hoy la victoria —dijo Jay con cierto tono de burla, y alzó la mano izquierda.

Leveann se quedó congelado. Jay sujetaba el trozo de umbrano que había tenido en su brazalete. En contacto con su piel, había bloqueado la visión del oráculo supremo por completo. Y Jay no había necesitado sus poderes para lanzar el abanico.

Jay dejó caer el umbrano al suelo. El oráculo supremo observó su lenta trayectoria, respirando cada vez más rápido.

No se lo podía creer. Tantos años de meticulosa planificación, de mover cuidadosamente los hilos desde las sombras…

Todo había ido según lo previsto hasta ahora. Todo marchaba como la seda. Y, de repente…

El umbrano golpeó la roca con un sonido metálico. Jay se materializó, envuelto en brumas negras, delante del oráculo supremo.

Todo echado a perder por un simple crío. Se había confiado demasiado. Y, de repente, comprendió por qué Ayla había ido de esa manera aparentemente temeraria hacia él, por qué no había parecido derrotada cuando la había atrapado, sino cargada de una triste esperanza.

Porque Ayla había confiado en Jay hasta el final. Y había hecho aquello para darle el tiempo necesario de recuperarse y ejecutar su plan.

Había sido una maniobra de distracción. Y Leveann había caído ingenuamente en la trampa, cegado por su propia arrogancia.

Ayla le había desafiado no solo al rebelarse contra los planes que tenía para ella. Había cortado también los hilos que tan meticulosamente había tejido para el resto del mundo.

La aprendiz había ganado al maestro. El oráculo supremo trató de levantar su otra mano, agónico…

—Se acabó, Leveann —sentenció Jay con la frialdad del hielo.

Y hundió su espada envuelta en llamas blancas en el cuerpo de su enemigo. Este no tuvo tiempo ni de gritar.

Jay retrocedió y lo observó desplomarse en el suelo, impasible. No tardó en formarse un charco de sangre a su alrededor.

—Ya no podrás causar más sufrimiento —dijo, irguiendo la barbilla—. Ya no manipularás a nadie más.

El rostro de Jay era de piedra. Pero una multitud de emociones lo asaltaban por dentro: alegría, tristeza, rabia, dolor, alivio…

«Lo he conseguido, Cai, Alastair —pensó, notando que se le llenaban los ojos de lágrimas. Sus hombros temblaron—. Papá, he terminado lo que empezamos».

Habían destruido al emperador. Habían acabado con Saekish. Y habían matado al oráculo supremo.

Las fuerzas lo abandonaron. Se quedó sin aire a la vez que una terrible presión le atravesaba el pecho y lo revolvía por dentro. La sala dio vueltas a su alrededor, los cristales borrosos y desenfocados. Ya ni siquiera notaba la sangre que se deslizaba por varias partes de su cuerpo.

Al derrumbarse, sin embargo, reparó al fin en Ayla. Jadeó, parpadeando con insistencia para confirmar que lo que su mente trataba de mostrarle no era más que una alucinación causada por su estado.

Pero no lo era. Ayla estaba tirada en el suelo, inmóvil, con los ojos cerrados enmarcados por lágrimas rojas y una estaca de cristal hundida en su corazón. Su pecho no se movía.

Y ya nunca más lo haría.

Jay se arrastró hacia ella. Temblando, logró extender la mano y aferrar la de Ayla, fría y rígida.

Apoyó la frente en el duro suelo de piedra. Lloró en silencio, maldiciendo al destino por haberle arrebatado a alguien más.

Ya no era capaz de soportarlo. Estaba completamente roto.

Pero la gente del imperio era libre. Ellos estaban a salvo; ya no habría tiranos que los sometieran a la esclavitud y la muerte. Gea, por fin, estaba libre de sombras.

Se sumió en la oscuridad y perdió la noción del tiempo. Sus compañeros trataban de moverse a su alrededor. En algún momento, una vibración se extendió por el aire.

Y Jay jadeó al sentir unas manos en su cara. Reconocería aquel tacto en cualquier parte.

—Todo está bien, Jay. —Era la voz de Caedra, suave como una brisa de primavera y cálida como el hogar. La zeafírea lo rodeó con sus brazos y lo cubrió con sus alas—. Lo has conseguido.

Jay dejó que lo levantara para recostarlo en ella. Habría querido abrir los ojos para contemplar su rostro, pero no le quedaban fuerzas. Apoyó la cabeza en su pecho, arrullado por los latidos de su corazón.

Había luchado por ella, por su futuro. Caedra estaba junto a él. Y eso siempre haría que todo el sufrimiento, el miedo, el dolor y la lucha constante hubieran merecido la pena.

—Al final, he tenido que ser yo la que venga a por ti otra vez —lo regañó ella en broma, acariciando su rostro, sin importarle mancharse con su sangre. Apartó el pelo pegado a su frente y le dio un beso.

Jay sonrió.

—Eso parece… Mi intrépida zeafírea, una vez más viniendo a otro mundo a buscarme.

La risa de Caedra lo envolvió, haciendo que las mariposas revolotearan en su estómago.

—Descansa, Jay. Alastair y yo nos encargaremos de todo.

Jay también habría querido ver a Alastair. ¿Dónde estaba?

Y sintió la familiar presencia gélida a su lado.

—Esta vez —dijo Alastair. Su fría voz reconfortó a Jay— volveremos todos juntos.

Epílogo

Jay observaba el amanecer en el balcón más alto del palacio. Habían pasado varias semanas desde su victoria. Los pocos soldados que quedaban leales al emperador habían sido apresados y sometidos.

Habían limpiado Luminaria y la estaban reconstruyendo. Se restableció el orden en todos los territorios de Gaelar y se firmaron acuerdos de paz con Anthius, que ahora también tenía Omilia en su poder. Ganthia era reino aliado del imperio.

Habían liberado a todos los esclavos. Los rebeldes se habían extendido por las distintas ciudades y pueblos, ayudando a recuperar los campos de cultivo.

Poco a poco, todo iba volviendo a la normalidad. Y el pueblo ya estaba preparado para recibir a su nuevo emperador, aclamando el nombre de su liberador en las calles. Todo estaba listo para la ceremonia de coronación y su posterior celebración.

Sopló una suave brisa que le revolvió el pelo. Jay cerró los ojos, dejando que el aire acariciara su piel. Todavía quedaba alguna herida dolorosa, pero la mayoría se habían curado.

No podía dejar de pensar en Ayla. Esas semanas habían sido duras para él. Aún le costaba asumir la pérdida de la muchacha que había querido como una hermana pequeña, que en poco tiempo se había ganado un lugar preferente en su corazón. Había sido incapaz de celebrar la victoria con el mismo entusiasmo que sus compañeros y, cada noche, las pesadillas volvían para atormentarlo…

Levantó lentamente los párpados y bajó la vista al objeto que tenía en sus manos. El abanico de Caedra, limpio y reluciente. No sabía por qué no se lo había devuelto todavía. Pero la zeafírea le había permitido conservarlo. Era el arma que les había otorgado la victoria y, sin duda, tenía un significado especial que lo conectaba con sus orígenes: Hadriel, Caedra, él… Comprendió que en el momento decisivo no había estado solo.

Se le escapó una amarga lágrima que rodó por su mejilla.

Tenía que aceptarlo. Ayla no volvería. Había muerto para que él viviera y salvara a toda la gente del imperio… A Gea entera.

Habían sido unos largos años cargados de luchas y sufrimiento, pero Jay siempre estuvo convencido de que llegarían todos juntos hasta el final. Sin embargo, faltaban Hadriel, Ayla, Djaka… Y había estado a punto de perder a Caedra y a Alastair.

Todo se había acabado. Habían derrotado a sus enemigos. Pero el dolor por los ausentes perduraría para siempre.

Jay sentía un enorme vacío. Le habría gustado tanto tener a su padre en esos momentos a su lado…

Pero, a la vez, albergaba la esperanza de un nuevo comienzo. De vivir con Caedra y Alastair el futuro por el que habían luchado, de empezar una nueva existencia juntos y en paz. Eso lo animaba a seguir adelante, a pesar de la dura realidad.

El viento arrastró hasta él el olor a resina y madera de los árboles.

—Te echo mucho de menos, Ayla —murmuró, deseando que ella, de alguna manera, pudiera escucharlo—. Siempre te estaré agradecido… —Cerró los ojos—. Y te llevaré en mi corazón.

¿Se habría reunido Ayla con Hadriel? ¿Habrían visto ambos, desde donde estuvieran, que al final lo habían conseguido?

Escuchó pasos detrás de él. Se frotó los ojos y se irguió. Respiró hondo y se dio la vuelta.

Gavin entró al balcón.

—¿Estás seguro de tu decisión, Jay? —le preguntó, con el ceño fruncido.

Gavin iba con una elegante armadura ceremonial negra, roja y dorada. Jay llevaba una similar, con la diferencia de que Gavin también portaba una larga capa que bajaba por su espalda hasta el suelo de mármol.

Jay esbozó una sonrisa cansada. A pesar de que ya habían pasado varias semanas desde su victoria, seguía teniendo unas profundas ojeras en su rostro. Era incapaz de dormir bien por las noches debido a las pesadillas. Y sospechaba que así sería para siempre. Pero ya se enfrentaría a ello más adelante.

—Sí, Gavin. Estoy seguro.

Gavin suspiró pesadamente.

—He de admitir que no lo esperaba, Jay. Estaba convencido de que serías tú quien liderara el imperio.

Jay dio un par de pasos hacia él. Puso una mano en su hombro. Gavin lo miró con sorpresa.

—Yo no estoy hecho para gobernar, Gavin. Y sé que tú sí —declaró con firmeza—. Confío en que harás un gran trabajo al frente del imperio. Fuiste educado para esto.

—Gracias, Jay. No te defraudaré —dijo Gavin, sonriendo.

Jay sonrió también, esta vez con calidez.

—Lo sé.

Los dos se giraron y se apoyaron en la barandilla blanca del balcón. El sol ascendía por el horizonte, llenando el cielo de tonos naranjas, amarillos y rosas. Los ojos de Jay, sin embargo, permanecieron apagados.

—Es el amanecer de una nueva era para el imperio —comentó Gavin, orgulloso—. Jay, todo esto es gracias a ti.

Jay negó con la cabeza. Cruzó los brazos.

—Es gracias a todos nosotros. Los que seguimos aquí… y los que ya no están.

Gavin lo observó. Jay había clavado la vista en el horizonte, con el ceño fruncido. Parecía sumido en sus pensamientos.

—La verdad es que hace unos años no hubiera podido imaginar siquiera que algún día estaría aquí, así, con mi hermano —murmuró Gavin.

Jay sonrió.

—Yo tampoco.

Le había costado aceptarlo al principio, pero lo había asumido y no se arrepentía de haberle abierto su corazón. Gavin lo había seguido, lo había apoyado en todo y había luchado junto a él. Eran hermanos, aunque solo compartieran la misma madre. Seguía teniendo familia en Gea.

Y esa era otra razón para vivir.

El viento sopló con más fuerza y Jay cerró los ojos, dejando que le acariciara las mejillas. El amanecer marcaba un nuevo comienzo. Y Jay aprovecharía esa nueva vida que habían conquistado.

***

La ceremonia de coronación tuvo lugar cuando el sol estaba en su punto más alto, al mediodía. Jay la observó desde el escenario en el que estaba Gavin. Se mantuvo quieto, con la espalda erguida y los hombros rectos. Caedra y Alastair estaban junto a él. Su hermano estaba en el centro, donde todos lo veían con claridad.

Había acudido toda la gente de Luminaria y los alrededores. Estaban en la Plaza Magna de la capital. El mismo sitio en el que ya tantos años atrás el emperador había intentado ejecutar a la emperatriz…

Ya no había un oráculo supremo. Por todo lo negativo que asociaban a ese nombre, lo habían suprimido y habían elevado a la máxima autoridad el antiguo título que ostentara Ayla: el oráculo de la luna, en la Orden de las Estrellas. Los miembros de la orden eran los últimos en Gea bendecidos con el don de las visiones. Sin Djaka, ya no habría quien lo otorgara a las próximas generaciones. Estaban condenados a desaparecer.

La mujer elegida como el nuevo oráculo de la luna tendría que haber sido la encargada de poner la corona a Gavin. Pero él lo había rechazado. Había insistido en que fuera otra persona.

Por tanto, cuando llegó el momento, Jay se desplazó para situarse frente a Gavin.

Ambos se miraron a los ojos. El marrón de Emeline contra el verde de Derej.

Gavin esbozó una sonrisa tímida. Y Jay lo contempló con orgullo.

—Serás un gran emperador, Gavin —le susurró. La calidez y la convicción de sus palabras aceleraron el corazón de su hermano.

Gavin clavó una rodilla en el suelo e inclinó la cabeza. Tarvo se acercó portando el cojín con la corona. Jay la tomó y la alzó para que todos la vieran.

—Es el comienzo de una nueva era de luz y esplendor para el imperio —declaró.

Y colocó la corona en la cabeza de Gavin, completando el nombramiento de un nuevo emperador. Uno que sería muy diferente a su padre. Un emperador que había ayudado a liberar a su pueblo de la opresión de un tirano.

Jay sonrió cuando todo el mundo aplaudió, apartándose para quedar detrás de Gavin. Este se levantó y alzó el puño, cubriéndolo en llamas azules. El público estalló en exclamaciones de alegría y vítores.

Valikia no andaba lejos, con dificultades para estarse quieta.

—¡Ese es mi Gavin! —gritó la zeafírea, sin poder contenerse.

Jay rio interiormente al ver que Gavin, ahora de espaldas a él, agachaba la cabeza. Sus orejas estaban rojas.

Jay no sabía qué harían Gavin y Valikia. Eran pareja, y Gavin estaba dispuesto a seguir con ella a pesar de ser el nuevo emperador. El pueblo no se opondría a su unión; aceptarían con alegría cualquier decisión en la vida personal de su liberador. Las casas nobles, sin embargo, no estarían tan contentas de que la próxima emperatriz fuera una zeafírea. El heredero al trono sería un mestizo.

Pero eso ya sería un problema que afrontarían más adelante. Por ahora, todos disfrutaban la celebración.

***

Los siguientes días también pasaron volando. Había muchos asuntos que resolver y organizar. Gavin tenía montones de gestiones que hacer y Jay lo acompañaba como consejero y, a la vez, como una especie de guardaespaldas, asegurándose de que nadie lo atacara. Alastair no se apartaba de Caedra, que era la que peor parada había salido del último enfrentamiento, para garantizar que seguía recuperándose.

No podían descartar que alguna casa noble intentara eliminar al nuevo emperador para hacerse con el trono. Al fin y al cabo, no todos creían en la historia de las sombras y en que solo los descendientes del emperador tenían el poder de mantenerlas alejadas de Gaelar.

Sin embargo, el tiempo transcurrió con razonable tranquilidad.

Un par de meses después de la coronación, Jay, Alastair y Caedra decidieron que era buen momento para marcharse.

—No tardéis en volver, ¿eh? —les estaba diciendo Valikia. Ella y Gavin los habían acompañado al bosque de Gallia—. Aquí todavía hay mucho trabajo por delante. ¡Y si no os veo pronto iré yo misma a buscaros!

Gavin rio.

—Siento que estés aquí atrapada conmigo.

Valikia resopló.

—Es lo que tiene haber decidido estar con un principito que ahora es emperador.

—Piensa en todas las clases de etiqueta y relaciones políticas que te esperan, Val —la picó Jay.

Ella gruñó. Caedra dejó escapar una pequeña carcajada por lo bajo.

—No seas cruel, Jay.

—Es su especialidad —dijo Alastair en tono seco.

Jay cruzó los brazos y bufó.

—Tan encantador como siempre, Alastair. —Sacudió la cabeza y miró de nuevo a Valikia—. Tranquila, Val. No te vas a librar de probar la pizza.

—Espero que no me decepcione después de probarla —comentó Tarvo, ajustando las correas de su mochila. Él y Connor los acompañarían a la Tierra en esa visita—. Lo habéis mencionado tanto que tengo grandes expectativas.

Connor pasó un brazo por sus hombros y soltó una pequeña carcajada.

—No te preocupes, Tarvo, estoy seguro de que te encantará.

Jay alzó la vista al cielo, oculto en parte por las altas copas de los árboles del bosque. Una brisa

arrastró algunas hojas blancas.

Recordaba con claridad su primer día en Gea, cuando había pisado el bosque de Gallia. Hadriel y Caedra lo acompañaban. Él no lo había apreciado lo suficiente…

Y habían pasado tantas cosas desde entonces…

—Tengo muchas ganas de volver a la Tierra —dijo Connor con alegría—. Ahora ya podremos ver todo con tranquilidad.

—Sí —afirmó Jay—. Esta vez… será diferente.

Ya no tendrían que estar pendientes de enemigos acechantes… y Alastair y Caedra estarían a su lado.

Caedra lo cogió de la mano. Jay la miró y su corazón dio un brinco al ver su sonrisa.

—Todo estará bien, Jay.

Tras la victoria, se habían planteado dónde establecerse. Porque, aunque ahora el destino tendría menos oportunidades de atacar a Caedra, no dejaría de acecharla. Y Jay y Alastair querían evitar que Caedra estuviera expuesta al más mínimo peligro.

Al final, encontraron el lugar adecuado: irían donde el destino no pudiera alcanzarlos. Fuera de Gea… A la Tierra.

Jay sabía que sería duro para Caedra y Alastair adaptarse. Pero él los ayudaría en todo lo necesario. Se asentarían en la montaña, donde no pasaba nadie, y estarían cerca del portal por si necesitaban ir a Gea por cualquier razón. Sería imposible vivir en la civilización, donde Caedra acabaría agobiada por tener que ocultar constantemente sus cuernos y alas, por no hablar del problema de la contaminación. Pero los tres preferían vivir apartados, juntos y en paz. Por tanto, aunque echarían de menos Gea, era la solución ideal.

Jay entrelazó sus dedos con los de Caedra y sonrió.

—Estoy seguro de que sí, Cai.

—Bueno, ¿nos vamos ya? —dijo Connor, dándose la vuelta y arrastrando a Tarvo con él. Tarvo puso los ojos en blanco y se dejó llevar.

Tal y como Valikia y Gavin habían predicho, Tarvo había hablado con Connor después de la batalla. Tardó un poco más porque Makus había fallecido en el ataque a Luminaria. Pero ahora Tarvo y Connor ya eran pareja oficial.

Jay arqueó una ceja.

—Y yo pensando que aquí el impaciente era yo…

Connor soltó una carcajada y siguió andando.

—Ya te he robado a Tarvo, ¿por qué no hacerlo también con la impaciencia?

Jay sacudió la cabeza y rio.

—Tened cuidado —dijo Gavin, alzando la mano—. Y buen viaje.

Jay lo miró por encima del hombro. Sus ojos permanecían oscuros, plagados de sombras, con unas ojeras ya habituales en su rostro.

Pero al contemplar a Gavin, su hermano pequeño, el nuevo emperador y la prueba de su triunfo, el peso en sus hombros se hizo más ligero.

Caedra y Alastair observaron a Jay. Este respiró hondo. Debía aprovechar la vida que le habían regalado Hadriel y Ayla con sus sacrificios. Por mucho que le costara. Por difícil que fuera.

Nunca los olvidaría. Pero Jay sabía que, estuvieran donde estuvieran, ellos lo animarían a seguir adelante.

Sonrió, y algo de luz brilló en sus ojos.

—Cuida lo que hemos construido, Gavin.